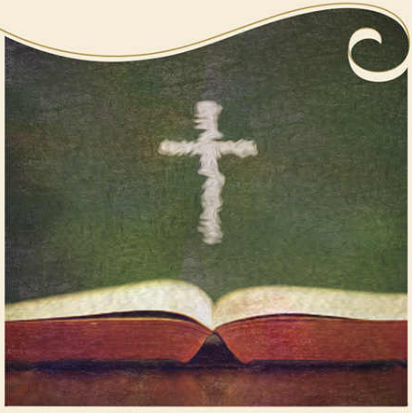
BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

LA EDUCACIÓN CRISTIANA



ELENA G. de WHITE

La educación cristiana

Elena G. de White

Asociación Casa Editora Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prefacio

1 - La educación apropiada

2 - Los fundamentos de la verdadera educación

3 - Cuidado con las imitaciones

4 - La ciencia de la salvación: La principal de las ciencias

5 - La educación superior

6 - La educación esencial

7 - El modelo celestial

8 - El objetivo fundamental de la educación

9 - Lo falso y lo verdadero en la educación

10 - El verdadero ideal para nuestra juventud

11 - La necesidad de una reforma educativa

12 - Lo que impide la reforma

13 - El peligro de la educación mundana

14 - Nuestros hijos y nuestros jóvenes exigen nuestro cuidado

15 - La salvaguardia de los jóvenes

16 - Nuestra responsabilidad

17 - La obra que debe hacerse por nuestros hijos

18 - La educación en el hogar

19 - La primera escuela del niño

20 - Las escuelas de familia

21 - La parábola de la semilla vegetante

22 - ¿Qué deben leer nuestros hijos?

23 - Las escuelas de iglesia

24 - La cooperación entre el hogar y la escuela

25 - La lección bíblica

26 - La enseñanza por la naturaleza

27 - Valor de las materias comunes

28 - Las escuelas intermedias

29 - Valor del estudio de la Biblia

30 - El Libro de los libros

31 - Estudiar la Biblia personalmente

32 - La Biblia en nuestros colegios

33 - Los libros en nuestros colegios

34 - Libros y autores en nuestros colegios

35 - Las escuelas de los antiguos hebreos

36 - La integridad de Daniel probada

37 - La influencia de las compañías

38 - La salud y la eficiencia

39 - Algunos principios del sano vestir

40 - La educación y la salud

41 - La importancia de la cultura física

42 - La reforma industrial

43 - La finca del colegio de Avondale

44 - Estudio y trabajo

45 - La educación práctica

46 - Trabajo y educación

47 - La preparación manual

48 - Diversiones peligrosas para los jóvenes

49 - La recreación cristiana

50 - Las diversiones mundanales

51 - Las fiestas para Dios

52 - Cómo pasar las fiestas

53 - El peligro de las diversiones

54 - La importancia de la preparación física

55 - El Ejemplo divino

56 - Palabras de un maestro divino

57 - Carácter y obra de los maestros

58 - El carácter cristiano ejemplificado en docentes y alumnos

59 - A los docentes y los alumnos

60 - Palabras a los estudiantes

61 - Los internados

62 - La administración de los colegios

63 - En auxilio de nuestros colegios

64 - La educación para servir

65 - La educación más esencial para los obreros evangélicos

66 - “Conforme a lo que uno tiene”

67 - Los jóvenes como misioneros

68 - La obra misionera de los estudiantes

69 - Los jóvenes deben llevar responsabilidades

70 - Un mensaje para nuestros jóvenes

La educación cristiana

Elena G. de White

Dirección: Aldo D. Orrego

Traductor: *Staff* de la ACES

Diseño: Carlos Schefer

Ilustración de tapa: Propiedad Shutterstock

Primera edición, e - Book

MMXX

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Es propiedad © ACES (2015).

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-141-4

White, Elena G. de

La educación cristiana / Elena G. de White. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: online

ISBN 978-987-798-141-4

1. Educación religiosa. I. Título.

CDD 268.4

Publicado el 20 de abril de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total* o *parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Prefacio

Ha pasado ya más de un siglo desde que la Sra. Elena de White comenzara a redactar los mensajes de origen divino en cuanto a la educación y sus problemas. Los años transcurridos no han hecho perder su valor a las enseñanzas recibidas por inspiración divina. Por el contrario, la experiencia recogida en los colegios y las escuelas adventistas, tanto como en los hogares, ha servido para poner de manifiesto los magníficos resultados que se consiguen cuando se siguen fielmente las instrucciones que el Cielo tuvo a bien hacernos llegar mediante la sierva elegida por Dios.

En 1928 se publicó la primera edición en castellano de *La educación cristiana.* Son incalculables los beneficios que su lectura proporcionó a los adventistas que se nutrieron espiritualmente con sus enseñanzas. La eternidad revelará la influencia de los ejemplares que llegaron como obsequio o como préstamo hasta las manos de quienes, sin ser adventistas, también fueron guiados e iluminados en sus conceptos mediante sus páginas.

Era evidente la necesidad de nuevas ediciones. Hay muchos miles de personas que se decidieron por la verdad desde los días cuando se agotó la primera edición. Ellos necesitan conocer mejor numerosas indicaciones referentes al problema de la educación, para sí mismos, para sus hijos, o sus familiares. Indudablemente, por alguna circunstancia, hay otros que no consiguieron ninguno de los ejemplares que circularon hace ya años. Para ellos también se brinda ahora esta oportunidad. Estamos seguros de que esta nueva edición responderá ampliamente a todas estas necesidades.

Los 70 capítulos que forman esta obra provienen mayormente de tres libros publicados originalmente en inglés: *Fundamentals of Christian Education* [Fundamentos de la educación cristiana], *Counsels to Parents & Teachers* [Consejos para los maestros, padres y

alumnos] y el tomo 6 de *Testimonies for the Church* [*Testimonios para la iglesia*].

Hay otros pasajes tomados de otras fuentes que, en todos los casos, provinieron de la pluma inspirada de la sierva de Dios. Las referencias indicarán al lector su origen.

Estamos seguros de que el departamento de Educación procedió sabiamente al pedir que se hiciera esta nueva edición de *La educación cristiana.* El esfuerzo que ha representado repasar sus páginas, hacer las inevitables comparaciones con los originales en inglés y todas las demás tareas propias de una redacción, recibirá una recompensa muchas veces multiplicada bajo la dirección y la bendición de Dios. Es la firme esperanza y oración de

LOS EDITORES

1

La educación apropiada

Tratar con las mentes juveniles es la obra más hermosa en que se hayan empeñado jamás hombres y mujeres. Debe ejercerse el mayor cuidado en la educación de los jóvenes, con el fin de variar la manera de instruirlos, con el propósito de despertar las facultades más elevadas y nobles de la mente. Los padres y los maestros no están ciertamente preparados para educar debidamente a los niños si no han aprendido primero la lección del dominio propio, la paciencia, la tolerancia, la bondad y el amor. ¡Qué puesto importante es el de los padres, los tutores y los maestros! Son muy pocos los que comprenden las necesidades más esenciales de la mente, y cómo se ha de dirigir el intelecto que se desarrolla, los pensamientos y los sentimientos en constante crecimiento de los jóvenes.

Hay un tiempo para desarrollar a los niños, y otro para educar a los jóvenes; es esencial que en cada escuela se combinen ambos en extenso grado. Se puede preparar a los niños para que sirvan al pecado o para que sirvan a la justicia. La primera educación de los jóvenes amolda su carácter, tanto en su vida secular como en la religiosa. Salomón dice: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (Prov. 22:6).1 Este lenguaje es positivo. La preparación que Salomón recomienda consiste en dirigir, educar y desarrollar. Para hacer esta obra, los padres y los maestros deben comprender ellos mismos el "camino" por el cual debe andar el niño. Esto abarca más que tener simplemente un conocimiento de los libros. Abarca todo lo que es bueno, virtuoso, justo y santo. Abarca la práctica de la templanza, la piedad, la bondad fraternal, y el amor a Dios y a otros. Con el fin de alcanzar este objetivo, debe recibir atención la educación física, mental,

moral y religiosa de los niños.

La educación de los niños, en el hogar y en la escuela, no debe ser como el adiestramiento de los animales; porque los niños tienen una voluntad inteligente, que debe ser dirigida para que controle todas sus facultades. Los animales necesitan ser adiestrados, porque no tienen razón ni intelecto. Pero a la mente humana se le debe enseñar el dominio propio. Debe educársela para que rija al ser humano, mientras que los animales son controlados por un amo, y se les enseña a someterse a él. El amo es mente, juicio y voluntad para la bestia. Puede educarse a un niño de tal manera que no tenga voluntad propia, como un animal. Aun su individualidad puede fundirse con la de aquel que dirige su adiestramiento; para todos los fines y los propósitos, su voluntad está sujeta a la voluntad del maestro.

Los niños así educados serán siempre deficientes en energía moral y responsabilidad individual. No se les ha enseñado a obrar por la razón y los buenos principios; sus voluntades han sido controladas por otros y su mente no ha sido despertada para que se expanda y fortalezca por el ejercicio. Sus temperamentos peculiares y sus capacidades mentales no han sido dirigidos ni disciplinados para ejercer su mayor poder cuando lo necesiten. Los maestros no deben detenerse allí, sino que deben dar atención especial al cultivo de las facultades más débiles, con el fin de que se cumplan todos los deberes y se las desarrolle de un grado de fuerza a otro para que la mente alcance las debidas proporciones.

En muchas familias, los niños parecen bien educados mientras están bajo la disciplina y el adiestramiento; pero, cuando el sistema que los sujetó a reglas fijas se quebranta parecen incapaces de pensar, actuar y decidir por su cuenta. Estos niños han estado durante tanto tiempo bajo una regla férrea, sin que se les permitiera pensar o actuar por su cuenta en lo que les

correspondía, que no tienen confianza en sí mismos para obrar de acuerdo con su propio juicio u opinión. Y, cuando se apartan de sus padres para actuar independientemente, el juicio ajeno los conduce en dirección equivocada. No tienen estabilidad de carácter. No se les ha hecho depender de su propio juicio a medida que era posible, y por lo tanto su mente no se ha desarrollado ni fortalecido en forma debida. Han estado durante tanto tiempo absolutamente controlados por sus padres que fían por completo en ellos; sus padres son para ellos mente y juicio.

Por otro lado, no se debe dejar a los jóvenes que piensen y actúen independientemente del juicio de sus padres y sus maestros. Debe enseñárseles a los niños a respetar el juicio experimentado, y a ser guiados por sus padres y sus maestros. Se los debe educar de tal manera que sus mentes estén unidas con las de sus padres y sus maestros, y se los ha de instruir para que comprendan lo conveniente que es escuchar sus consejos. Entonces, cuando se aparten de la mano guiadora de sus padres y sus maestros, su carácter no será como el junco que tiembla al viento.

En el caso de que no se les enseñe a los jóvenes a pensar debidamente y a actuar por su cuenta, en la medida en que lo permitan su capacidad y su inclinación mental, con el fin de que por este medio puedan desarrollar su pensamiento, su sentido del respeto propio y su confianza en su propia capacidad de obrar, el adiestramiento severo producirá siempre una clase de seres débiles en fuerza mental y moral. Y, cuando se hallen en el mundo para actuar por su cuenta, revelarán el hecho de que fueron adiestrados como los animales, y no educados. Su voluntad, en vez de ser guiada, fue forzada a someterse por la dura disciplina de padres y maestros.

Aquellos padres y aquellos maestros que se jactan de ejercer el dominio completo de la mente y la voluntad de los niños que están

bajo su cuidado dejarían de jactarse si pudiesen ver la vida futura de los niños así dominados por la fuerza o el temor. Carecen casi completamente de preparación para tomar parte en las severas responsabilidades de la vida. Cuando estos jóvenes ya no estén bajo el cuidado de sus padres y sus maestros, y estén obligados a pensar y actuar por su cuenta, es casi seguro que seguirán una conducta errónea y cederán al poder de la tentación. No tienen éxito en esta vida; y se advierten las mismas deficiencias en su vida religiosa. Si los instructores de los niños y los jóvenes pudiesen ver desplegados delante de ellos el resultado futuro de su disciplina errónea, cambiarían su plan de educación. Esa clase de maestros que se congratulan de dominar casi por completo la voluntad de sus alumnos no es la que tiene más éxito, aunque momentáneamente las apariencias sean halagadoras.

Dios no quiso nunca que una mente humana estuviese bajo el dominio completo de otra. Los que se esfuerzan porque la individualidad de sus alumnos se funda en la suya, para ser mente, voluntad y conciencia de ellos, asumen terribles responsabilidades. Estos alumnos pueden, en ciertas ocasiones, parecerse a soldados bien adiestrados. Pero, cuando se elimine la restricción no actuarán en forma independiente, basados en principios firmes que existan en ellos. Los que tienen por objetivo educar a sus alumnos para que vean y sientan que tienen en sí el poder de ser hombres y mujeres de principios firmes, preparados para afrontar cualquier situación de la vida, son los maestros de mayor utilidad y éxito permanente. Puede ser que su obra no sea vista bajo los aspectos más ventajosos por los observadores descuidados, y que sus labores no sean apreciadas tan altamente como las del maestro que domina la mente y la voluntad de sus alumnos por la autoridad absoluta; pero la vida futura de sus alumnos demostrará los mejores resultados de ese mejor plan de educación.

Existe el peligro de que tanto los padres como los maestros

ordenen y dicten demasiado, mientras que no mantienen suficientes relaciones sociales con sus hijos o sus alumnos. Con frecuencia se muestran demasiado reservados, y ejercen su autoridad en una forma fría y carente de simpatía, que no puede conquistar el corazón de sus hijos y sus alumnos. Si hicieran acercar a los niños a sí y les demostrasen que los aman, y manifestaran interés en todos sus esfuerzos, y aun en sus juegos, siendo a veces niños entre los niños, podrían hacer muy felices a estos, y conquistarían su amor y su confianza. Y los niños respetarían y amarían más temprano la autoridad de sus padres y sus maestros.

Los hábitos y los principios de un maestro deben considerarse como de mayor importancia que su preparación literaria. Si es un cristiano sincero, sentirá la necesidad de interesarse por igual en la educación física, mental, moral y espiritual de sus alumnos. Para ejercer la debida influencia, debe tener perfecto dominio de sí mismo y su propio corazón debe estar henchido de amor por sus alumnos, cosa que se revelará en su mirada, sus palabras y actos. Debe ser de carácter firme, para poder amoldar la mente de sus alumnos, como también instruirlos en las ciencias. La primera educación de los jóvenes modela generalmente su carácter para toda la vida. Los que tratan con los jóvenes deben ser cuidadosos para despertar sus cualidades mentales, con el fin de que sepan dirigir sus facultades de manera que puedan ejercitarlas con el mayor provecho (*Joyas de los testimonios*, t. 1, págs. 314-318).

El encierro prolongado en la escuela

El sistema educativo seguido en lo pasado durante generaciones ha sido destructivo para la salud y hasta para la vida misma. Muchos niños han pasado cinco horas diarias en salones de clase sin ventilación adecuada ni espacio suficiente para la saludable acomodación de los alumnos. El aire de tales salones pronto se vuelve tóxico para los pulmones que lo inhalan. Niñitos de

miembros y músculos endebles y cerebros no plenamente desarrollados han estado encerrados en esas aulas con perjuicio para ellos. Muchos no tienen más que un débil asidero como punto de partida para la vida. El encierro diario en la escuela los convierte en nerviosos y enfermos. Sus cuerpos carecen de desarrollo debido al estado de agotamiento del sistema nervioso. Y si la lámpara de la existencia se apaga, los padres y los maestros no piensan haber tenido participación directa en la extinción de la chispa vital. Al lado de las sepulturas de sus hijos, los atribulados padres consideran su aflicción como un acto de la Providencia, cuando, a causa de una ignorancia inexcusable, fue su propia conducta lo que destruyó la vida de sus hijos. Blasfeman al atribuir la muerte a un designio de la Providencia. Dios quería que los pequeñuelos vivieran y fuesen disciplinados, que pudieran poseer hermosos caracteres, lo glorificasen en este mundo y lo loaran en el mundo mejor.

Los padres y los maestros, al asumir la responsabilidad de enseñar a estos niños, no sienten el deber que tienen ante Dios de instruirse acerca del organismo humano, de modo que puedan tratar con acierto los cuerpos de sus hijos y sus alumnos para conservarles la vida y la salud. Miles de niños mueren a causa de la ignorancia de padres y de maestros. Madres hay que dedican horas de trabajo innecesario a sus propios vestidos y los de sus hijos, con fines de ostentación, y luego alegan que no disponen de tiempo para leer y obtener la información necesaria para el cuidado de la salud de sus hijos. Consideran menos molesto confiar sus organismos a los médicos. Para estar de acuerdo con la moda y las costumbres, muchos padres han sacrificado la salud y la vida de sus hijos.

El conocimiento del maravilloso organismo humano: los huesos, los músculos, el estómago, el hígado, los intestinos, el corazón y los poros de la piel, y el comprender la mutua dependencia de los

órganos entre sí para el saludable funcionamiento de todos, es un estudio en que la mayoría de las madres no se interesa. Nada saben acerca de la influencia del cuerpo sobre la mente y de esta sobre aquel. La mente, que es lo que une lo finito a lo Infinito, es algo que ellas, al parecer, no comprenden. Cada órgano del cuerpo ha sido hecho para estar subordinado a la mente. Es ella la capital del cuerpo. A los niños se les permite generalmente consumir carne, especias, manteca, queso, carne de cerdo, pasteles y condimentos. Se les deja comer, sin regularidad y entre las comidas, alimentos malsanos. Estas cosas producen trastornos del estómago, activan la acción de los nervios en forma antinatural y debilitan el intelecto. Los padres no se dan cuenta de que están sembrando la semilla que producirá enfermedad y muerte.

Muchos niños se han arruinado para toda la vida por forzar la inteligencia descuidando la vigorización de sus fuerzas físicas. Otros tantos han muerto en la infancia debido al proceder falto de juicio de padres y de maestros al forzar sus jóvenes inteligencias con adulaciones o amenazas cuando eran demasiado pequeños para estar encerrados en una escuela. Se les recargó la mente de lecciones cuando, en vez de hacerlos estudiar, se los debería haber dejado hasta que su constitución física fuese bastante fuerte como para resistir el trabajo mental. A los niñitos se los debiera dejar tan libres como los corderitos para correr al raso, ser libres y felices; y debiera proporcionárseles las oportunidades más favorables para poner los cimientos de una constitución sana.

Los padres deberían ser los únicos maestros de sus hijos hasta que estos hayan llegado a la edad de 8 o 10 años. Tan pronto como sus inteligencias puedan comprenderlo, los padres deberían abrir ante ellos el gran libro divino de la naturaleza. La madre debería tener menos apego a lo artificial de su casa y a la confección de vestidos que ostentar, y hallar tiempo para cultivar, lo mismo en ella que en sus hijos, el amor por los hermosos pimpollos y las flores.

Llamando la atención de sus hijitos a tanta diversidad de colores y variedad de formas, puede familiarizarlos con Dios, que creó todas las bellezas que los atraen y deleitan. Puede elevar sus inteligencias hasta su Creador y despertar en sus tiernos corazones el amor hacia su Padre celestial, que manifestó tan grande amor hacia ellos. Los padres pueden asociar a Dios con todas sus obras creadas. La sola aula de los niños desde los 8 hasta los 10 años de edad debería ser el aire libre, entre el florecer de las plantas y el hermoso panorama de la naturaleza. Y los tesoros de la naturaleza deberían ser su único libro de texto. Estas lecciones, grabadas en las mentes de tiernos niños, entre las agradables y atrayentes escenas de la naturaleza, no serán olvidadas inmediatamente.

Para tener salud, alegría, vivacidad, y cerebro y músculos bien desarrollados, los niños y los jóvenes deberían permanecer mucho tiempo al aire libre, y tener ocupaciones y distracciones debidamente sistematizadas. Los que están de continuo encerrados en la escuela y limitados a los libros no pueden tener una sana constitución física. El ejercicio al que el cerebro está sometido por el estudio, sin un ejercicio físico correspondiente, tiende a atraer la sangre a ese órgano, y la circulación en el organismo queda desequilibrada. El cerebro recibe exceso de sangre y las extremidades demasiado poca. Debiera haber reglas que ajustasen los estudios a ciertas horas, dedicando luego una parte del tiempo al trabajo físico. Y, si los hábitos del niño en el comer, el vestir y el dormir están en armonía con las leyes naturales, podrá educarse sin sacrificar la salud física y mental.

Decadencia física de la especie humana

El libro del Génesis ofrece una reseña muy clara de la vida social e individual, y a pesar de ello no tenemos noticia de que un niño naciera ciego, sordo, lisiado, deforme o imbécil. No se registra un caso de muerte natural en la infancia, la niñez o la temprana edad viril. No hay relato alguno referente a hombres y mujeres que

muriesen de enfermedad. Las noticias necrológicas del libro del Génesis dicen: "Y fueron todos los días que vivió Adán novecientos treinta años; y murió", y "fueron todos los días de Set novecientos doce años; y murió" (Gén. 5:5, 8). Acerca de otros, el relato dice que alcanzaron gran edad, y murieron. Era tan raro que un hijo muriera antes que su padre que tal acontecimiento fue considerado digno de anotarse. "Y murió Harán antes que su padre Taré" (Gén. 11:28). Harán era ya padre al tiempo de su muerte.

Dios dotó originalmente al hombre de una fuerza vital tan grande que le ha permitido resistir la acumulación de enfermedad atraída sobre la especie humana como consecuencia de hábitos pervertidos, y ha subsistido por espacio de seis mil años. Este hecho es, de por sí, suficiente para evidenciarnos la fuerza y la energía eléctrica que Dios dio al hombre en ocasión de su creación. Se requirieron más de dos mil años de delitos y satisfacción de las pasiones bajas para hacer sentir en grado apreciable la enfermedad corporal a la familia humana. Si Adán, al tiempo de su creación, no hubiese sido dotado de una vitalidad veinte veces mayor que la que los hombres tienen actualmente, la especie, con sus presentes métodos de vida y sus violaciones de la ley natural, se habría extinguido. Al tiempo del primer advenimiento de Cristo, el género humano había degenerado tan rápidamente que acumuladas enfermedades pesaban sobre aquella generación, y abrían paso a una marea de dolor y a una carga de miseria indescriptible.

Me ha sido presentada la desdichada condición del mundo en la época actual. Desde la caída de Adán, la raza humana se ha estado degenerando. Me han sido mostradas algunas de las causas de la deplorable condición presente de hombres y mujeres formados a la imagen de Dios; y la comprensión de lo mucho que es menester hacer para contrarrestar, aunque sea en pequeña escala, la decadencia física, mental y moral causó dolor y desaliento a mi corazón. Dios no creó a la humanidad en su débil condición

presente. Este estado de cosas no es obra de la Providencia sino del hombre; ha sido ocasionado por hábitos errados y abusos, por la violación de las leyes que Dios estableció para regir la existencia del hombre. Por ceder a la tentación de satisfacer el apetito, Adán y Eva fueron los primeros en perder su elevado, santo y feliz estado. Y a la misma tentación se debe el que los humanos se hayan debilitado. Han consentido en que el apetito y la pasión ocupen el trono, y reduzcan a la esclavitud a la razón y la inteligencia.

La violación de la ley física, y su consecuencia, el sufrimiento humano, han prevalecido por tanto tiempo que hombres y mujeres consideran el presente estado de enfermedad, sufrimiento, debilitamiento y muerte prematura como la porción que tocara en suerte a la humanidad. El hombre salió de las manos de su Creador perfecto y hermoso, y a tal punto lleno de vitalidad que transcurrieron más de mil años antes de que sus apetitos corrompidos y sus pasiones, y la general violación de la ley física, hiciesen sentir notablemente sus efectos sobre la raza humana. Las generaciones más recientes han sentido el peso de la enfermedad y los achaques más rápida y duramente aún que cualquier otra generación. La vitalidad ha quedado muy debilitada por la satisfacción del apetito y la pasión lujuriosa.

Los patriarcas desde Adán hasta Noé, con pocas excepciones, vivieron aproximadamente mil años. Desde los días de Noé, la longevidad ha venido disminuyendo. En los días de Cristo se llevaban a él, de toda ciudad, población y aldea, enfermos de toda clase de males para que él los sanara. Y la enfermedad se ha mantenido invariablemente en aumento a través de generaciones sucesivas desde aquel período. Debido a la continuada violación de las leyes de la vida, la mortalidad ha aumentado hasta un grado alarmante. Los años del hombre se han acortado al punto de que la presente generación baja a la tumba aun antes de la edad en que las generaciones que vivieron durante los dos primeros milenios

que siguieron a la Creación entraran en la escena de sus actividades.

La enfermedad ha sido transmitida de padres a hijos de una generación a otra. Niños de cuna están miserablemente perjudicados a causa de los pecados que cometieron sus padres, en detrimento de su vitalidad. Han recibido en herencia hábitos incorrectos en el comer y el vestir, y una vida en general relajada. Muchos nacen dementes, deformes, ciegos, sordos, y un sinnúmero es deficiente intelectualmente. La ausencia de principios que caracteriza a esta generación, y que se manifiesta en su desprecio de las leyes de la vida y la salud, es asombrosa. Prevalece la ignorancia sobre este asunto, cuando la luz está brillando alrededor. La principal ansiedad de la mayoría es: ¿Qué comeré? ¿Qué beberé? ¿Con qué me vestiré? No obstante todo lo que se ha dicho y escrito respecto de cómo debiera tratarse nuestro cuerpo, el apetito es la gran ley que gobierna a hombres y mujeres, por regla general.

Las facultades morales se debilitan porque los hombres y las mujeres no desean vivir en obediencia a las leyes de la salud ni hacer de este importante asunto un deber personal. Los padres transmiten a su posteridad sus propios hábitos pervertidos y las repugnantes enfermedades que corrompen la sangre y enervan el cerebro. La mayoría de las personas vive en ignorancia de las leyes de su propio ser, y satisface el apetito y la pasión a expensas de su inteligencia y moralidad; y, al parecer, desean permanecer ignorantes de los resultados de su violación de las leyes naturales. Complacen el apetito depravado haciendo uso de venenos de acción lenta, los cuales corrompen la sangre y minan las fuerzas nerviosas, y como consecuencia atraen sobre sí mismos las enfermedades y la muerte. Sus amigos llaman al resultado de ese proceder designios de la Providencia. Con ello ofenden al Cielo. Se rebelaron contra las leyes de la naturaleza y sufrieron el castigo

por abusar así de dichas leyes. Los sufrimientos y la muerte prevalecen ahora por doquier, especialmente entre los niños. ¡Cuán grande es el contraste entre esta generación y las que vivieron durante los primeros 2.000 años!

Importancia de la enseñanza en el hogar

Pregunté si esta marea de dolor no podía evitarse y hacerse algo para salvar a la juventud de esta generación de la ruina que la amenaza. Me fue mostrado que una causa importante del deplorable estado de cosas reinante es que los padres no se sienten en la obligación de enseñar a sus hijos a amoldarse a las leyes de la naturaleza. Las madres aman a sus hijos con un amor idólatra y les permiten satisfacer su apetito, aun cuando saben que ello perjudicará su salud y, por consiguiente, les acarreará enfermedad y desdicha. Esta bondad cruel se manifiesta en grado sumo en la presente generación. Los deseos de los niños se satisfacen a expensas de la salud y de la buena disposición, por cuanto es más fácil para la madre complacerlos por el momento que negarles aquello que motiva su clamor.

De este modo las madres están sembrando la semilla que brotará y dará fruto. No se enseña a los niños a resistir sus apetitos y restringir sus deseos, y así llegan a ser egoístas, exigentes, desobedientes, ingratos e impíos. Las madres que están haciendo esta obra segarán con amargura el fruto de la semilla que han sembrado. Han pecado contra el Cielo y contra sus hijos, y Dios las tendrá por responsables.

Si durante las generaciones pasadas se hubiera seguido, en cuanto a educación, un plan completamente distinto, la juventud de esta generación no sería ahora tan depravada e inútil. Los directores y los maestros de escuela debieran haber sido de aquellos que comprendían la fisiología y que tenían interés no sólo en enseñar ciencia a los jóvenes sino también en instruirlos acerca

de cómo conservar la salud, de manera que pudieran hacer uso del conocimiento que obtenían para los fines más nobles. Debieran haberse unido a las escuelas establecimientos donde se ejecutaran trabajos de diferentes ramos, para que los estudiantes pudieran tener ocupación y el ejercicio necesario fuera de las horas de clase.

Las ocupaciones y las diversiones de los estudiantes debieran haber sido reglamentadas de acuerdo con las leyes de la naturaleza, y adaptadas para conservar el saludable vigor de todas las facultades del cuerpo y de la mente. Entonces podrían haber obtenido un conocimiento práctico de negocios y oficios mientras adquirían su educación literaria. Debiera haberse despertado la sensibilidad moral de los estudiantes para que vieran y sintiesen que la sociedad tiene derechos sobre ellos y que deberían vivir obedientes a las leyes de la naturaleza de modo que pudiesen, por su existencia y su influencia, por precepto y ejemplo, ser de provecho y bendición para aquella. Debiera hacerse la impresión, en los jóvenes, de que todos ejercen de continuo influencia en la sociedad para mejorar y elevar o para menoscabar y degradar. El primer tema de estudio de los jóvenes debería ser el de conocerse a sí mismos y saber cómo conservar sano su organismo.

Muchos padres dejan a sus hijos en la escuela aproximadamente todo el año. Estos niños siguen la rutina de estudios maquinalmente, pero no retienen lo que aprenden. Muchos de estos asiduos estudiantes parecen casi privados de vida intelectual. La monotonía del estudio constante les cansa la mente; no tienen más que un pequeño interés en sus lecciones; y, para muchos, la aplicación al estudio de los libros llega a ser penosa. No sienten en sí amor por el pensamiento ni la ambición de adquirir conocimiento. No alientan el hábito de la reflexión y la investigación.

Los niños tienen gran necesidad de educación apropiada para que

puedan ser de utilidad en el mundo. Pero, cualquier esfuerzo que exalte la cultura intelectual por encima de la disciplina moral va por mal camino. Instruir, cultivar, pulir, y refinar a los jóvenes y los niños debiera ser la preocupación principal de padres y de maestros. Hay pocos hombres de raciocinio estricto y de pensar lógico, porque influencias falsas han estorbado el desarrollo de la inteligencia. La creencia de padres y de maestros de que el estudio constante fortalece la inteligencia ha demostrado ser errónea, porque en muchos casos ha tenido el resultado opuesto.

En la educación primera de los niños, muchos padres y muchos maestros dejan de comprender que es necesario prestar la mayor atención al organismo, para que haya salud corporal y mental. Ha sido costumbre animar a los niños a asistir a la escuela cuando no son más que bebés que necesitan el cuidado maternal. En edad tierna, se los ve frecuentemente apiñados en salas de clases mal ventiladas, donde se sientan en posiciones incorrectas, en bancos de construcción deficiente; y, como resultado, el delicado esqueleto de algunos se deforma.

Las disposiciones y los hábitos de la juventud se manifestarán con toda probabilidad en la edad madura. Ustedes pueden doblar un árbol joven dándole la forma que quieran, y si permanece y se desarrolla como lo han doblado será un árbol deformado, testimonio constante del daño y el abuso recibidos de sus manos. Ustedes pueden, después de años de desarrollo, intentar enderezarlo, pero todos sus esfuerzos resultarán infructuosos. Será siempre un árbol torcido. Tal es el caso de las mentes de los jóvenes. Debiera enseñárseles cuidadosa y tiernamente en la infancia, porque en su futuro seguirán el curso en que se los encaminó en la juventud, sea debido o indebido. Los hábitos formados entonces se arraigarán y vigorizarán al crecer y adquirir fuerza el niño, y serán generalmente los mismos en la vida ulterior, con la diferencia de que se fortalecerán constantemente.

Vivimos en una época en que casi todo es superficial. No hay sino poca estabilidad y firmeza de carácter, porque la enseñanza y la educación de los niños, desde la cuna, son superficiales. Sus caracteres están edificados sobre la arena movediza. No se han cultivado en ellos el dominio propio y la abnegación. Han sido mimados y complacidos hasta el punto de que son inútiles para la vida práctica. El amor al placer gobierna las mentes, y los niños son halagados y complacidos para su ruina. Se les debiera enseñar y educar de modo que esperen las tentaciones y cuenten con encontrarse con dificultades y peligros. Se les debiera enseñar a tener dominio de sí mismos y a vencer con nobleza las dificultades. Y, si ellos no se precipitan voluntariamente al peligro ni se colocan innecesariamente en el camino de la tentación, sino que rehuyen las malas influencias y las asociaciones viciosas, y a pesar de eso se ven inevitablemente obligados a estar en compañías peligrosas, tendrán fuerza de carácter para mantenerse en lo justo y conservar los buenos principios, y avanzarán en el poder de Dios con una moralidad sin tacha. Si los jóvenes que han sido debidamente educados ponen su confianza en Dios, sus facultades morales resistirán las pruebas más intensas.

Pero pocos padres se dan cuenta de que sus hijos son lo que su ejemplo y su disciplina han hecho de ellos, y de que son responsables del carácter que desarrollen. Si el corazón de los padres cristianos fuera obediente a la voluntad de Cristo, acatarían el mandato del Maestro celestial, que dijo: "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mat. 6:33). Si los que profesan ser seguidores de Cristo quisieran hacer esto, darían, no únicamente a sus hijos, sino además al mundo incrédulo, ejemplos que representaran con justicia la religión de la Biblia.

Si los padres cristianos vivieran obedientes a las demandas del divino Maestro, conservarían la sencillez en el comer y el vestir, y

vivirían en mayor armonía con la ley natural. No dedicarían, entonces, tanto tiempo a la vida artificial, creándose cuidados y responsabilidades que Cristo no puso sobre ellos, sino que les mandó positivamente rehuir. Si el Reino de Dios y su justicia fuesen el asunto de primera y más importante consideración para los padres, muy poco tiempo precioso se perdería en adornos exteriores innecesarios, en tanto que la inteligencia de sus hijos es casi del todo descuidada. El tiempo precioso que muchos padres ocupan en ataviar a sus hijos para que se exhiban en sus diversiones estaría mejor, mucho mejor empleado en cultivar sus propias inteligencias, con el fin de poder ser idóneos para instruir adecuadamente a sus hijos. No es esencial para la salvación o la felicidad de estos padres que empleen el precioso tiempo de gracia, que Dios les ha dado como préstamo, en vestir, hacer visitas y chismear.

Muchos padres alegan que tienen tanto que hacer que no disponen de tiempo para educarse y educar a los niños para la vida práctica o enseñarles cómo llegar a ser corderos del rebaño de Cristo. Nunca, hasta el ajuste final de cuentas, cuando los casos de todos sean decididos y los actos de toda nuestra vida se descubran ante nuestra vista en la presencia de Dios, del Cordero y de todos los santos ángeles, comprenderán los padres el valor casi infinito del tiempo que han derrochado. Muchísimos verán, entonces, que su proceder incorrecto ha determinado el destino de sus hijos. No solamente dejan de recibir las palabras de aprobación del Rey de gloria: "Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor" (Mat. 25:21), sino también oyen pronunciar sobre sus hijos la terrible declaración: "¡Apártense!", con lo cual quedan separados para siempre de los goces y las glorias del cielo, y de la presencia de Cristo. Y ellos mismos reciben también la acusación: "¡Apártate! malo y negligente siervo". (Ver Mat. 25:26.) Jesús no dirá nunca "Bien hecho" a aquellos que no han ganado el "bien hecho" por sus fieles vidas de abnegación y sacrificio en bien de otros, y para

acrecentar la gloria de su Salvador. Los que viven principalmente para complacerse a sí mismos, en vez de hacer bien a otros, tendrán que hacer frente a una pérdida infinita.

Si se pudiera hacer sentir a los padres la terrible responsabilidad que descansa sobre ellos en la obra de educar a sus hijos, dedicarían más tiempo a la oración y menos a la ostentación innecesaria. Reflexionarían, estudiarían y orarían fervientemente a Dios en busca de sabiduría y ayuda divinas, para enseñar a sus hijos de modo que puedan desarrollar caracteres que Dios aprobará. Su ansiedad no sería la de saber cómo educar a sus hijos para que sean alabados y honrados por el mundo, sino para formar caracteres hermosos que Dios pueda aprobar.

Se necesitan mucho estudio y oración ferviente en procura de sabiduría celestial para saber cómo tratar con las mentes juveniles, porque muchísimo depende de la dirección que los padres dan a la inteligencia y la voluntad de sus hijos. Equilibrar sus mentes de la manera debida y en el tiempo oportuno es una tarea de la mayor importancia, por cuanto su destino eterno puede depender de las decisiones hechas en algún momento crítico. ¡Cuánto importa, entonces, que la mente de los padres esté tan libre como sea posible de perplejidad y del cuidado abrumador de las cosas temporales, para que puedan pensar y obrar con tranquila reflexión, sabiduría y amor, y hacer de la salvación de sus hijos el objetivo primordial! El gran fin que los padres deben tratar de lograr para sus hijos es el adorno interior. No han de consentir en que las visitas y los extraños reciban tanta atención que, robándoles el tiempo, que es el gran capital de la vida, les hagan imposible dar a sus hijos diariamente esa instrucción paciente que deben recibir para encauzar debidamente su inteligencia en formación.

Esta vida es demasiado corta para disiparla en vanas y frívolas

distracciones o en diversiones excitantes. No podemos consentir en derrochar el tiempo que Dios nos ha dado para que seamos útiles a otros y nos hagamos tesoro en los cielos. No tenemos tiempo de sobra para el desempeño de las necesarias obligaciones. Debiéramos dedicar tiempo a la cultura de nuestro propio corazón y nuestra inteligencia con el fin de ser idóneos para la obra que nos toca en la vida. Descuidando estos deberes esenciales, y conformándonos a los hábitos y las costumbres de la sociedad mundana y dada a la moda, nos hacemos a nosotros mismos y a nuestros hijos un gran mal.

Las madres que tienen que disciplinar mentes juveniles y formar el carácter de sus hijos no debieran buscar la excitación del mundo con el fin de estar alegres y ser felices. Tienen una tarea importante en la vida, y tanto ellas como los suyos deben disponer de su tiempo en forma provechosa. El tiempo es uno de los valiosos talentos que Dios nos ha confiado y del cual nos pedirá cuenta. Derrochar el tiempo es malograr la inteligencia. Las facultades de la mente son susceptibles de gran desarrollo. Es deber de las madres cultivar sus propias inteligencias y conservar puros sus corazones. Debieran aprovechar todos los medios a su alcance para su mejoramiento intelectual y moral, con el fin de estar preparadas para cultivar la mente de sus hijos. Aquellas que satisfacen su inclinación a estar siempre en compañía de alguien se sentirán pronto incómodas a menos que hagan visitas o las reciban. Las tales no tienen la facultad de adaptarse a las circunstancias. Los deberes sagrados y necesarios del hogar les parecen vulgares y faltos de interés. No les agrada el examen o la disciplina propias. La mente anhela las escenas cambiantes y excitantes de la vida mundanal; se descuida a los hijos por complacer las inclinaciones, y el ángel registrador escribe “siervos inútiles”. Dios se propone que nuestras mentes no carezcan de propósito, sino que hagan el bien en esta vida.

Si los padres sintieran que es solemne el deber que Dios les ha impuesto mandándoles educar a sus hijos para ser útiles en esta vida; si adornaran el templo interior del alma de sus hijos y sus hijas para la vida inmortal, veríamos un gran cambio en la sociedad en el sentido del bien. No se manifestaría entonces tan grande indiferencia por la piedad práctica, y no sería tan difícil despertar la sensibilidad moral de los niños para que comprendan los derechos que Dios tiene sobre ellos. Pero los padres se vuelven más y más descuidados en educar a sus hijos en lo que es útil. Muchos permiten que sus hijos formen hábitos incorrectos y sigan sus propias inclinaciones, y dejan de hacerles ver el peligro de proceder así y la necesidad de ser regidos por principios buenos.

Los niños con frecuencia empiezan un trabajo con entusiasmo, pero cuando están perplejos o cansados desean cambiar y ocuparse en algo nuevo. De ese modo echarán mano de varias cosas, tropezarán con un pequeño desaliento, y las abandonarán, pasando así de una cosa a otra sin perfeccionarse en nada. Los padres no deberían permitir que el amor a la variación rija a sus hijos. No deberían estar tan ocupados con otras cosas que no tuviesen tiempo de disciplinar pacientemente las mentes en desarrollo. Unas pocas palabras de estímulo o una pequeña ayuda en el debido tiempo pueden hacerlos sobreponerse al desánimo, y la satisfacción que les producirá el ver terminada la tarea que emprendieron los incitará a mayores esfuerzos.

Muchos niños, por falta de palabras de aliento y una pequeña ayuda en sus esfuerzos, se descorazonan y cambian de una cosa a otra. Y llevan este funesto defecto con ellos en la edad madura. No logran éxito en ninguna cosa en que se ocupan porque no se les enseñó a perseverar en circunstancias desalentadoras. Así, toda la vida de muchos es un fracaso, por cuanto no tuvieron una disciplina correcta en su juventud. La educación que recibieron en la infancia y la juventud afecta toda su carrera en la edad madura,

y su experiencia religiosa lleva el mismo sello.

Trabajo físico para los estudiantes

Con el programa actual de educación, se abre una puerta de tentación para los jóvenes. Aunque generalmente tienen demasiadas horas de estudio, para muchas no tienen ocupación fija. Y frecuentemente pasan sus momentos de ocio en forma temeraria. El conocimiento de los malos hábitos se comunica de uno a otro, y el vicio aumenta enormemente. Muchísimos jóvenes que han sido instruidos religiosamente en el hogar, y que van a la escuela comparativamente inocentes y virtuosos, se corrompen al asociarse con compañeros viciosos. Pierden el respeto propio y sacrifican los principios nobles. Están preparados para emprender el camino hacia abajo, porque han profanado a tal punto sus conciencias que el pecado no les parece tan excesivamente pecaminoso. Estos males existentes en las escuelas dirigidas de acuerdo con el programa actual podrían remediarse en gran escala si se combinara el estudio con el trabajo. El mismo mal existe en los colegios, pero en mayor grado, pues muchos de los jóvenes se han educado en el vicio, y sus conciencias están cauterizadas.

Muchos padres ponderan la firmeza y las buenas cualidades de sus hijos. Al parecer, no consideran que estarán expuestos a las seductoras influencias de jóvenes viciosos. Tienen sus temores al enviarlos algo lejos, a la escuela, pero se hacen la ilusión de que, por haber tenido buenos ejemplos e instrucción religiosa, se mantendrán fieles a los principios en su vida estudiantil. Muchos padres no tienen más que una débil idea del grado de disolución que existe en estas instituciones de saber. En muchos casos, han trabajado tenazmente y sufrido muchas privaciones por el acariciado propósito de que sus hijos obtuviesen una perfecta educación; y, después de todos sus esfuerzos, muchos han sufrido la amarga decepción de recibir a sus hijos después del curso de estudios con hábitos disolutos y organismos arruinados. Y con

frecuencia son irrespetuosos para con sus padres, desagradecidos e impíos. Estos engañados padres, así recompensados por hijos ingratos, lamentan haberlos enviado lejos de ellos para que estuviesen expuestos a las tentaciones y volviesen arruinados física, mental y moralmente. Decepcionados y con el corazón casi quebrantado, ven a sus hijos, en quienes tenían grandes esperanzas, seguir el curso del vicio y arrastrar una existencia miserable.

Pero los hay que tienen firmes principios y que responden a la expectativa de padres y de maestros. Cursan sus estudios con limpias conciencias, y terminan física y moralmente bien, no mancillados por influencias corruptoras. Pero su número es pequeño.

Algunos estudiantes ponen todo su ser en el estudio, y consagran su mente al propósito de educarse. Hacen trabajar el cerebro, pero dejan inactivas las facultades físicas. El cerebro se recarga, y los músculos se debilitan debido a la falta de ejercicio. Cuando estos estudiantes se gradúan, resulta evidente que han obtenido su educación a expensas de su vida. Han estudiado día y noche durante años consecutivos, manteniendo la mente en tensión constante, al paso que dejaron de dar ejercicio suficiente a sus músculos. Lo sacrifican todo por el conocimiento de las ciencias y van hacia la tumba.

Con frecuencia las niñas se abocan al estudio, descuidando cosas más esenciales para la vida práctica que el estudio de los libros, y después de haber logrado su educación quedan a menudo inválidas para toda la vida. Descuidaron su salud, permaneciendo demasiado tiempo encerradas, privadas del aire puro del cielo y de la luz solar que Dios nos concede. Podrían haber vuelto del colegio con salud, si hubiesen combinado con sus estudios los quehaceres domésticos y el ejercicio al aire libre.

La salud es un gran tesoro, la mayor posesión que puedan tener los mortales. La riqueza, el honor o el saber se habrán comprado demasiado caros si han costado la salud. Ninguna de estas adquisiciones puede asegurar la felicidad si el cuerpo está enfermo. Es un terrible pecado abusar de la salud que Dios nos ha dado, pues ello nos debilita para la vida y nos convierte en vencidos, aun cuando logremos cualquier grado de educación.

En muchos casos, los padres acaudalados no ven la importancia de dar a sus hijos una educación en los deberes prácticos de la vida tanto como en la ciencia. No sienten la necesidad, para bien de la inteligencia y la moralidad de sus hijos, y para su utilidad futura, de darles un conocimiento cabal de algún trabajo útil. Pero tienen esta obligación para con sus hijos, pues, si experimentaran reveses, podrían sostenerse con noble independencia, sabiendo cómo hacer uso de sus manos. Si tienen todo un capital de vigor, no pueden ser pobres, aun cuando no posean un solo peso. Muchos que en la juventud se hallaron en la opulencia pueden quedar despojados de todas sus riquezas, y con padres, hermanos y hermanas que mantener. Por lo tanto, ¡cuán importante es que a todo joven se le enseñe a trabajar, con el fin de que pueda estar preparado para cualquier emergencia! Las riquezas son una verdadera maldición cuando sus poseedores cierran con ellas, a sus hijos y sus hijas, el camino para obtener el conocimiento de algún trabajo útil que los prepare para la vida práctica.

A menudo, los que no están obligados a trabajar no hacen suficiente ejercicio activo para conservar la salud física. Los jóvenes, por no tener mente y manos ocupadas en trabajo activo, adquieren hábitos de indolencia y, con frecuencia, lo que es más espantoso aún: una educación callejera, el vicio de haraganear por los negocios, fumar, beber y jugar a los naipes.

Algunas jóvenes quieren leer novelas, excusándose de no hacer

trabajo activo debido a que son delicadas de salud. Su debilidad es consecuencia de la falta de ejercicio de los músculos que Dios les dio. Creen que son demasiado débiles para hacer el trabajo doméstico; y, sin embargo, hacen croché y encaje, y conservan la delicada palidez de las manos y el rostro, en tanto que sus madres, agobiadas de cuidados, trabajan penosamente para lavar y planchar sus vestidos. Estas jóvenes no son cristianas, porque violan el quinto Mandamiento. No honran a sus padres. Pero la madre lleva la mayor culpa. Ha mimado a sus hijas y las ha eximido de compartir los deberes de la casa, hasta que el trabajo ha llegado a serles desagradable, y aman y disfrutan una ociosidad enfermiza. Comen, duermen, leen novelas y hablan de modas, al paso que sus vidas son inútiles.

La pobreza, en muchos casos, es una bendición, porque preserva a los jóvenes y los niños de arruinarse por la inacción. Las facultades físicas tanto como las mentales debieran cultivarse y desarrollarse debidamente. El primer y constante cuidado de los padres debiera ser el de ver que sus hijos tengan organismos firmes, para que puedan ser hombres y mujeres sanos. Es imposible lograr este objetivo sin ejercicio físico. Para su propia salud física y bien moral, se debiera enseñar a los niños a trabajar, aun cuando no hubiese la necesidad imperiosa de hacerlo. Si han de tener caracteres puros y virtuosos, deben gozar de la disciplina de un trabajo bien regulado, que ponga en actividad todos los músculos. La satisfacción que tendrán los niños siendo útiles y ayudando abnegadamente a otros será el placer más saludable que jamás experimentarán. ¿Por qué debería privar la riqueza a padres y a hijos de esta gran bendición?

Padres, la inacción es la maldición más grande que haya recaído sobre los jóvenes. No deberían permitir a sus hijas que permanezcan en cama hasta tarde por la mañana, dejando que el sueño disipe las preciosas horas que Dios les dio prestadas para

dedicarlas a los mejores fines, y de las cuales tendrán que rendirle cuenta. La madre causa un grave daño a sus hijas al llevar sola las cargas que estas debieran compartir con ella para su propio bien presente y futuro. Muchos padres, al permitir que sus hijos sean indolentes y satisfagan sus deseos de leer novelas, los inhabilitan para la vida real. La lectura de cuentos y novelas es el mal más grande en que puedan darse gusto los jóvenes. Las lectoras de novelas e historias de amor siempre dejan de ser madres buenas y prácticas. Son las que edifican castillos en el aire, y viven en un mundo irreal e imaginario. Se vuelven sentimentales y tienen antojos enfermizos. Su vida artificial las arruina para todo lo útil. Tienen la inteligencia empequeñecida, aunque se hagan la ilusión de que son superiores en mentalidad y modales. La actividad en los quehaceres domésticos es lo más ventajoso para las niñas.

El trabajo físico no impedirá el cultivo de la inteligencia. Lejos de ello. Las ventajas obtenidas por el trabajo físico servirán de contrapeso a una persona, e impedirán que la mente sea recargada. La fatiga recaerá sobre los músculos y aliviará al cerebro cansado. Hay muchas jovencitas inquietas e inútiles que consideran poco femenino el ocuparse en el trabajo activo. Pero sus caracteres son demasiado transparentes para engañar a personas sensatas con respecto a su inutilidad. Se sonríen bobamente, se ríen sin motivo y todo en ellas es afectación. Aparecen como si no pudiesen pronunciar las palabras claramente y con propiedad, sino balbuciendo y riendo neciamente. ¿Son realmente señoritas? No nacieron necias sino que las educaron así. Ser señorita no significa ser frágil, desvalida, estar sobrecargada de adornos y reír tontamente. Se necesita más bien un cuerpo sano para tener una inteligencia sana. La salud física y un conocimiento práctico de todos los deberes domésticos necesarios jamás constituirán un obstáculo para una inteligencia bien desarrollada; ambos son altamente importantes para una señorita.

Todas las facultades mentales debieran ser puestas en uso y desarrolladas, con el fin de que hombres y mujeres tengan una mente bien equilibrada. El mundo está lleno de personas unilateralmente desarrolladas, debido a que una parte de sus facultades fue cultivada, en tanto que otras se empequeñecieron por la inacción. La educación de la mayoría de los jóvenes es un fracaso. Estudian con exceso, al paso que descuidan lo que atañe a la vida práctica. Hombres y mujeres llegan a ser padres sin considerar sus responsabilidades, y su prole desciende más abajo que ellos en la escala de la deficiencia humana. De ese modo, la humanidad degenera rápidamente. La aplicación constante al estudio, según la manera en que actualmente se dirigen las escuelas, está inhabilitando a la juventud para la vida práctica. La mente humana debe tener actividad. Si no está activa en la dirección adecuada, lo estará en la indebida. Con el fin de conservarla en equilibrio, el trabajo y el estudio deberían estar unidos en las escuelas.

Debieran haberse tomado medidas, en las generaciones pasadas, para una obra educativa en mayor escala. Los colegios debieran haber tenido establecimientos agrícolas y fabriles, como también maestros de economía doméstica; y una parte del tiempo diario debiera haberse dedicado al trabajo, de modo que las facultades físicas y las mentales pudieran ejercitarse igualmente. Si las escuelas se hubiesen establecido de acuerdo con el plan que hemos mencionado, no habría ahora tantas mentes desequilibradas.

Dios preparó para Adán y Eva un jardín hermoso. Los proveyó de cuanto exigían sus necesidades. Plantó para ellos árboles frutales de toda especie. Con mano liberal los rodeó de sus mercedes. No habían de marchitarse nunca los árboles para aprovechamiento y adorno, y las atrayentes flores que brotaban espontáneamente y crecían con profusión a su alrededor. Adán y Eva eran ricos de verdad. Poseían el Edén. Adán era señor en sus bellos dominios.

Nadie puede discutir el hecho de que fue rico. Mas Dios sabía que Adán no podría ser feliz sin ocupación. Por tanto, le dio algo que hacer: debía cultivar el huerto.

Los hombres y las mujeres de este degenerado siglo que poseen una cuantiosa fortuna terrenal, la cual, en comparación con el paraíso de belleza y riqueza dado al majestuoso Adán, es muy insignificante, se creen eximidos del trabajo y enseñan a sus hijos a mirarlo como degradante. Esos padres acaudalados, por precepto y ejemplo, enseñan a sus hijos que el dinero es lo que hace al caballero o a la dama. Pero nuestro concepto del caballero y de la dama se mide por su valía intelectual y moral. Dios no estima según el vestido. La exhortación del inspirado apóstol Pedro es: "Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios" (1 Ped. 3:3, 4). Un espíritu manso y pacífico es exaltado por encima del honor y las riquezas del mundo.

El Señor ilustra su estimación de los ricos mundanos, cuyas almas se envanecen en virtud de sus posesiones terrenales, por medio del hombre rico que demolió sus graneros y los edificó mayores para tener donde guardar sus bienes. Olvidado de Dios, dejó de reconocer de dónde procedían sus posesiones. Ningún agradecimiento ascendió hasta su benigno Benefactor. Y se cumplimentaba pensando de esta manera: "Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate". El Maestro, que le había confiado riquezas terrenas para que beneficiara con ellas a su prójimo y glorificase a su Hacedor, se airó justamente a causa de su ingratitud, y le dijo: "Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios" (Luc. 12:19-21). Aquí tenemos una ilustración de cómo

estima al hombre el Dios infinito. Una inmensa fortuna o cualquier grado de riqueza no asegurará el favor de Dios. Todas estas mercedes y bendiciones proceden de él para probar y desarrollar el carácter del hombre.

Los hombres podrán tener riquezas sin límites. Sin embargo, si no son ricos en Dios, si no tienen interés en obtener para sí el tesoro celestial y la sabiduría de origen divino, son considerados como necios por su Creador, y nosotros hemos de colocarlos precisamente donde Dios los coloca. El trabajo es una bendición. No es posible disfrutar de salud sin trabajo. Hay que ejercitar todas las facultades, para que puedan desarrollarse debidamente y para que tanto hombres como mujeres posean una mente bien equilibrada. Si se hubiera dado a los jóvenes una acabada educación en los diferentes ramos de trabajo, si se les hubiera enseñado el trabajo tanto como las ciencias, la educación les habría sido más ventajosa.

La constante tensión del cerebro, al mismo tiempo que deja inactivos los músculos, debilita los nervios, por lo que los estudiantes tienen un deseo casi irresistible de cambios y de diversiones excitantes. Y, cuando se ven libres después de un encierro de varias horas de estudio diario, están casi ingobernables. Muchos jamás fueron disciplinados en sus casas. Se les dejó seguir sus inclinaciones, y creen que la restricción de las horas de estudio es una imposición severa. No teniendo nada que hacer después de dichas horas, Satanás les sugiere el juego y las travesuras como variación. Su influencia sobre otros estudiantes es desmoralizadora. Los que gozaron en el hogar de los beneficios de la enseñanza religiosa y que ignoraban los vicios de la sociedad, llegan a ser con frecuencia los que más se relacionan con aquellos cuya mente se formó en un molde inferior, y cuyas oportunidades de adquirir cultura mental y preparación religiosa fueron muy limitadas. Se hallan en peligro, al mezclarse con compañías de esta

clase y respirar una atmósfera que no es elevadora, sino que por el contrario tiende a rebajar y degradar la moralidad, a descender al mismo nivel que sus compañeros. Divertirse en las horas libres constituye la delicia de un sinnúmero de estudiantes. Y muchísimos de los que dejan el hogar inocentes y puros se corrompen por influencia de sus compañeros de escuela.

Me he sentido movida a preguntar: ¿Debe sacrificarse todo lo que es de valor en nuestra juventud con el fin de darle una educación escolar? Si hubiese habido establecimientos agrícolas e industriales unidos a nuestras escuelas, y se hubiese empleado a maestros competentes para educar a los jóvenes en los diversos ramos de estudio y de trabajo, dedicando parte del tiempo diariamente al mejoramiento intelectual, y parte al trabajo físico, habría ahora una clase más elevada de jóvenes activos y de influencia en el amoldamiento de la sociedad. Muchos de los jóvenes que se graduaran en tales instituciones saldrían con estabilidad de carácter. Tendrían perseverancia, entereza y valor para sobreponerse a los obstáculos, y tales principios que no los desviaría una mala influencia, por popular que fuera. Debería haber habido maestras expertas para dar lecciones a las jóvenes en el departamento culinario. A las niñas se les debería haber enseñado a confeccionar ropas, a cortar, a hacer y remendar prendas de vestir, para que llegaran así a estar preparadas para desempeñar los deberes y las obligaciones prácticas de la vida.

Debería haber establecimientos en los que los jóvenes pudieran aprender oficios diferentes, los que pondrían en acción tanto sus músculos como sus facultades mentales. Si los jóvenes no pueden adquirir más que una educación parcial, ¿cuál es la de mayor importancia: la de un conocimiento de las ciencias, con todas sus desventajas para la salud y la vida, o el aprendizaje del trabajo para la vida práctica? Sin titubear, respondemos: la última. Si una ha de desatenderse, sea ella el estudio de los libros.

Hay muchas jóvenes casadas y con familia que poseen sólo un pequeño conocimiento práctico de los deberes que incumben a una esposa y madre. Leen y saben tocar un instrumento de música; empero, no saben cocinar. No saben hacer buen pan, tan esencial para la salud de la familia. No saben cortar y confeccionar vestidos, porque nunca aprendieron a hacerlo. Consideraban estas cosas sin importancia, y en su vida de casadas dependen tanto de alguna otra persona para que se las haga como sus propios hijitos. Es esta ignorancia inexcusable con respecto a los deberes más imprescindibles de la vida lo que hace desdichadas a muchas familias.

La impresión de que el trabajo es degradante para una vida de buen tono ha llevado al sepulcro a millares que pudieran haber vivido. Los que hacen únicamente labor manual trabajan frecuentemente con exceso sin darse períodos de descanso, mientras que la clase intelectual recarga el cerebro y sufre por falta del saludable vigor que proporciona la labor física. Si la clase intelectual quisiera compartir en cierta medida la carga de la clase trabajadora y vigorizar así sus músculos, el mundo obrero podría hacer menos y dedicar una parte de su tiempo a la cultura mental y moral. Los dedicados a ocupaciones sedentarias debieran hacer ejercicio físico aun cuando no necesiten trabajar por razones pecuniarias. La salud debería ser incentivo suficiente para inducirlos a unir el trabajo físico al mental.

La cultura moral, intelectual y física debería combinarse con el fin de producir hombres y mujeres bien desarrollados y equilibrados. Algunos están capacitados para realizar mayor esfuerzo intelectual que otros, mientras que hay quienes están inclinados a amar y disfrutar el trabajo físico. Ambas clases deberían tratar de subsanar sus deficiencias de modo que puedan presentar a Dios su ser entero como sacrificio vivo, santo y aceptable, que es lo que constituye su culto racional. Los hábitos y

las costumbres de la sociedad que sigue la moda no deberían regular su curso de acción. El inspirado apóstol Pablo añade: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2).

La mente de los hombres que trabajan con el pensamiento está sometida a un severo ejercicio. Con frecuencia hacen uso de sus facultades mentales con prodigalidad, mientras que hay otra clase cuyo mayor interés en la vida lo constituye la labor física. Esta última clase no ejercita la mente. Mientras sus músculos están en acción casi constante, su cerebro se ve privado de vigor intelectual del mismo modo que la mente de los hombres que trabajan con el pensamiento se fatiga, en tanto que su cuerpo se halla privado de fuerza y vigor, porque dejan de ejercitar los músculos. Los que se contentan con dedicar su vida a la labor física y dejan que otros piensen por ellos, mientras a su vez ejecutan simplemente lo que otros cerebros idearon, tendrán fuerza muscular, empero una inteligencia débil, de poco beneficio comparada con lo que podría ser si usaran el cerebro tanto como los músculos. Esta clase cae más pronto si es atacada por la enfermedad, debido a que el organismo se ve privado de la fuerza vigorosa del cerebro para resistir la enfermedad.

Los hombres que poseen buenas facultades físicas debieran aprender a pensar y obrar por sí mismos, y no depender de otros para que les sirvan de cerebro. Es un error popular, entre una clase numerosa, considerar como degradante el trabajo. En vista de ello, los jóvenes ansían educarse para maestros, oficinistas, comerciantes, abogados, y para ocupar casi cualquier puesto que no requiera trabajo físico. Las jóvenes consideran el trabajo doméstico como degradante. Y, aunque el ejercicio físico requerido para hacer el trabajo de la casa, si no es severo en demasía, contribuye mucho a favorecer la salud, buscan, no obstante, la

educación que las habilite para ser maestras u oficinistas, o bien aprenden algún oficio que las encierre en un aposento, con una ocupación sedentaria. La lozanía de la salud desaparece de sus rostros y caen presa de la enfermedad, porque están privadas del ejercicio físico y, por lo general, pervierten sus hábitos. ¡Todo eso por rendir obediencia a la moda! Disfrutan una vida delicada, que es debilidad y decadencia.

En verdad, existen algunos motivos para que las jóvenes no escojan emplearse para los trabajos domésticos, porque los que toman señoritas para los trabajos de la cocina por lo general las tratan como sirvientas. Sus patrones frecuentemente no las respetan y las tratan como si fueran indignas de ser miembros de su familia. No les dan los privilegios que conceden a la costurera, la dactilógrafa y la maestra de música. Pero no puede haber empleo mejor que los trabajos domésticos. Cocinar bien, presentar en la mesa alimentos saludables de una manera atrayente, requiere inteligencia y experiencia. La persona que prepara el alimento que debe ir a nuestro estómago, para ser convertido en sangre que nutra el organismo, desempeña una misión muy importante y elevada. La posición de dactilógrafa, modista o maestra de música no puede igualarse en importancia a la de la cocinera.

Lo que precede es una exposición de lo que podría haberse hecho mediante un sistema de educación apropiado. El tiempo es ahora demasiado corto para llevar a cabo lo que podría haberse hecho en las generaciones pasadas; pero podemos hacer mucho, aun en estos últimos días, para corregir los males existentes en la educación de la juventud. Y, por cuanto el tiempo es corto, debemos ser fervientes y trabajar celosamente para dar a los jóvenes la educación compatible con nuestra fe. Somos reformadores. Deseamos que nuestros hijos estudien con el mayor provecho. Con el fin de realizar esto, se les debiera dar ocupación que los obligue a ejercitar los músculos. El trabajo diario y sistemático debiera

constituir una parte de la educación de los jóvenes, aun en esta época tardía. Se puede ganar mucho ahora con incluir el trabajo en las escuelas. Siguiendo este plan, los estudiantes llegarán a poseer elasticidad de espíritu y vigor de pensamiento, y serán capaces de ejecutar más trabajo mental, en un tiempo dado, que el que harían estudiando solamente. Y podrán abandonar el colegio con sus organismos incólumes, y con fuerza y valor para perseverar en cualquier puesto donde la Providencia divina pueda colocarlos.

Por cuanto el tiempo es corto, deberíamos trabajar con diligencia y redoblada energía. Nuestros hijos tal vez no ingresen en la universidad, pero pueden obtener una preparación en aquellos ramos esenciales que apliquen después a un uso práctico, y que darán cultura a la mente y ejercicio a sus facultades. Muchísimos jóvenes que han pasado un curso universitario no han obtenido aquella educación verdadera que podrían dedicar a un uso práctico. Pueden tener fama de poseer una educación universitaria, pero, en realidad, sólo son majaderos instruidos.

Hay muchos jóvenes cuyos servicios Dios aceptaría si se consagraran a él sin reserva. Si emplearan en el servicio de Dios aquellas facultades de la mente que usan para su propio servicio y para adquirir bienes, serían obreros fervientes, perseverantes y de éxito en la viña del Señor. Muchos de nuestros jóvenes debieran concentrar su atención en el estudio de las Escrituras, para que Dios pueda usarlos en su causa. No llegan a ser tan inteligentes en el conocimiento espiritual como en las cosas temporales. Por tanto, dejan de ocuparse en la obra de Dios, que podrían hacer de manera aceptable. Hay tan sólo unos pocos para amonestar a los pecadores y ganar almas para Cristo, cuando debiera haber muchos. Nuestros jóvenes son generalmente sabios en asuntos mundanales, pero no entendidos en cuanto a las cosas del Reino de Dios. Podrían convertir su mente en un conducto celestial, divino, y andar en la luz, avanzando de un grado de claridad y poder a otro, hasta poder

volver a los pecadores hacia Cristo, y dirigir a los incrédulos y los desalentados a una senda brillante que va hacia el cielo. Y, cuando la lucha haya terminado, podrían recibir la bienvenida en el gozo de su Señor.

Los jóvenes no deberían ocuparse en la obra de explicar las Escrituras y disertar sobre las profecías cuando no conocen las importantes verdades bíblicas que tratan de dar a conocer a otros. Pueden ser deficientes en los ramos comunes de educación y dejar, por lo tanto, de hacer el bien que podrían si hubiesen gozado de las ventajas de una buena escuela. La ignorancia no aumenta la humildad o la espiritualidad de ningún seguidor profeso de Cristo. Un cristiano intelectual apreciará mejor que nadie las verdades de la Palabra divina. Cristo puede ser glorificado mejor por los que lo sirven inteligentemente. El gran objetivo de la educación es habilitarnos para hacer uso de las facultades que Dios nos ha dado, de manera tal que exponga mejor la religión de la Biblia y se acreciente la gloria de Dios.

Estamos endeudados con el Ser que nos dio la existencia, por todos los talentos que nos ha entregado; y es un deber que tenemos para con nuestro Creador el cultivar y acrecentar las aptitudes que él ha confiado a nuestro cuidado. La educación disciplinará la mente, desarrollará las facultades y las dirigirá de una manera inteligente, para que podamos ser útiles en promover la gloria de Dios. Necesitamos colegios donde los que entran en el ministerio puedan recibir enseñanza por lo menos en los ramos comunes de la educación, y donde puedan aprender también con más perfección las verdades de la Palabra de Dios para este tiempo. En relación con estos colegios, debieran darse conferencias sobre las profecías. Los que, en realidad, tengan buenas aptitudes que Dios aceptará para trabajar en su viña, recibirían gran beneficio con sólo una instrucción de pocos meses en tales colegios (*Testimonies for the Church*, t. 3, págs. 135-160 [1872]).

***

Los padres y los maestros debieran buscar con más fervor aquella sabiduría que Jesús está siempre dispuesto a conceder, pues están tratando con la mente humana en el período más interesante e impresionable de su desarrollo. Debieran proponerse cultivar las tendencias de los jóvenes de tal manera que en cada época de su vida puedan ofrecer la belleza natural propia de aquel período, belleza que se desarrolla gradualmente, así como lo hacen las plantas y las flores en el jardín.

El gobierno y la instrucción de los niños es la obra misionera más noble que algún hombre o alguna mujer pueda emprender. Mediante el empleo apropiado de objetos, debieran hacerse muy sencillas las lecciones, con el fin de que sus inteligencias sean dirigidas de la naturaleza al Dios de la naturaleza. Debemos tener en nuestras escuelas personas que posean tacto y habilidad para llevar adelante este ramo de trabajo, sembrando así las semillas de verdad. Sólo el gran Día de Dios podrá revelar el bien que hará esta obra (Testimonies for the Church, t. 6, págs. 204, 205; reproducido en Joyas de los testimonios, t. 2, pág. 463).

---

1 Los textos bíblicos utilizados en esta obra pertenecen a la versión Reina-Valera Revisada de 1960, por ser la de más amplia difusión en castellano.

2

Los fundamentos de la verdadera educación

La verdadera educación es una ciencia grandiosa, porque se funda en el temor del Señor, que es el principio de la sabiduría. Cristo es el más grande maestro que este mundo haya conocido; y no es del agrado del Señor Jesús que los súbditos de su Reino, por los cuales murió, sean educados de manera tal que sean inducidos a colocar la sabiduría de los hombres en primera línea y releguen la sabiduría de Dios, según se revela en su Santa Palabra, a la última fila. La verdadera educación preparará a los niños y los jóvenes para la vida presente y la venidera, para una herencia en la patria mejor, es decir, la celestial. Deben ser preparados para la patria hacia la cual miraron los patriarcas y los profetas. "Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad" (Heb. 11:13-16).

El método general para educar a la juventud no alcanza la norma de la verdadera educación. Conceptos ateos se encuentran entretejidos en las materias expuestas en los libros de texto, y los oráculos de Dios están colocados en una luz equívoca y aun objetable. Así, la mente de los jóvenes se familiariza con las sugestiones de Satanás, y las dudas una vez acariciadas llegan a ser hechos positivos para los que las abrigaron, y la investigación científica se vuelve engañosa en virtud de la forma en que sus descubrimientos son interpretados y pervertidos. Los hombres se

permiten emplazar la Palabra de Dios ante un tribunal finito, se pronuncia sentencia sobre la inspiración de Dios de acuerdo con la estimación finita y se hace aparecer la verdad de Dios como una cosa dudosa frente a los anales de la ciencia. Estos falsos educadores exaltan la naturaleza por encima del Dios de la naturaleza y Autor de toda ciencia verdadera. Precisamente cuando los maestros debieran haber sido firmes y decididos en su testimonio; precisamente cuando debiera haberse hecho manifiesto que sus almas estaban aseguradas a la Roca eterna; cuando debieran haber sido capaces de inspirar fe a los que dudaban, admitieron su propia incertidumbre de si era verdadera la Palabra de Dios o los descubrimientos de la así llamada ciencia. A los que eran realmente concienzudos se les hizo titubear en su fe debido a la vacilación de los que eran exponentes profesos de la Biblia al tratar los oráculos vivientes. Satanás ha sacado ventaja de la incertidumbre de la mente y, mediante influencias invisibles, ha amontonado sus sofismas y hecho que los hombres queden envueltos en la niebla del escepticismo.

Hombres de saber han dado disertaciones en las que mezclaron la verdad con el error; y con ellas han desquiciado la mente de los que se inclinaban hacia el error en vez de hacia la verdad. Los sofismas sutilmente tramados por los así llamados sabios poseen cierto encanto para determinada clase de estudiantes; pero la impresión que dichas disertaciones dejan en la mente es que el Dios de la naturaleza está restringido por sus propias leyes. Se ha hablado mucho de la inmutabilidad de la naturaleza, y aquellos cuya mente escogió la atmósfera de la duda han adoptado con presteza teorías escépticas debido a que no estaban en armonía con la santa Ley de Dios, fundamento de su Gobierno en el cielo y en la tierra. Su natural tendencia al mal les facilitó la elección de falsos caminos, y el poner en duda la confianza que merecen los anales del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, y la historia. Envenenados por el error, aprovecharon toda

oportunidad para sembrar la semilla de la duda en otras mentes. La naturaleza es exaltada por encima del Dios de la naturaleza y la sencillez de la fe queda destruida, por cuanto el fundamento de ella se ha hecho aparecer como inseguro. Envuelta en la niebla del escepticismo, se deja a la mente de los que dudan que se estrelle contra las rocas de la incredulidad (*The Youth's Instructor*, 31 de enero de 1895; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 328-330).

3

Cuidado con las imitaciones

Algunos estiman la asociación con hombres eruditos de más valor que la comunión con el Dios del cielo. Las declaraciones de los sabios se consideran de más valor que la sabiduría suprema revelada en la Palabra de Dios. Pero, mientras la incredulidad levanta orgullosamente su cabeza, el cielo contempla la vanidad y la insignificancia del razonamiento humano, porque el hombre es en sí mismo vanidad. Todo el mérito, toda la dignidad moral, ha pertenecido a los hombres simplemente por los méritos de Jesucristo y por ellos. ¿Qué son, entonces, las especulaciones de las mentes más elevadas de los más grandes hombres que vivieron alguna vez? No obstante, los hombres colocan su raciocinio humano en oposición a la revelada voluntad de Dios y presentan al mundo lo que ellos sostienen que es una sabiduría más elevada que la del Eterno. En sus vanas imaginaciones, echarían por tierra la economía del cielo para satisfacer sus propias inclinaciones y deseos.

El Dios excelso tiene una Ley para regir su Reino, y aquellos que la pisotean hallarán un día que están sujetos a sus ordenanzas. El remedio para la transgresión no ha de encontrarse declarando que la Ley está abolida. Abolir la Ley sería deshonrarla y despreciar al Legislador. La única salvación del transgresor de la Ley se encuentra en el Señor Jesucristo, por cuanto mediante la gracia y la expiación del unigénito Hijo de Dios el pecador puede salvarse, y vindicarse la Ley. Los hombres que ante el mundo hacen gala de ser notables especímenes de grandeza y, al mismo tiempo, pisotean la voluntad revelada de Dios recubren al hombre de honor y hablan de la perfección de la naturaleza. Pintan un cuadro hermosísimo, pero es una ilusión, un engaño halagador; porque

caminan alumbrándose con las chispas de su propio fuego.

Los que presentan una doctrina contraria a la de la Biblia son guiados por el gran apóstata que fue expulsado de los atrios de Dios. De él, antes de su caída, se escribió: "Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura... Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad... Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti... te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser" (Eze. 28:12-19).

Con semejante cabecilla –un ángel expulsado del cielo–, estos supuestos sabios de la tierra pueden inventar teorías fascinadoras con las cuales entontecer la mente de los hombres. Pablo dijo a los Gálatas: "¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad?" (Gál. 3:1). Satanás tiene una mente maestra y agentes escogidos por medio de quienes obra para exaltar a los hombres y honrarlos por encima de Dios. Pero Dios está revestido de poder; puede tomar a los que están muertos en delitos y pecados y, por la operación del Espíritu que levantó a Jesús de entre los muertos, transformar el carácter humano, devolviendo al alma la perdida imagen de Dios. Los que creen en Jesús son transformados de rebeldes contra la Ley de Dios en siervos obedientes y súbditos de su Reino. Son engendrados de nuevo, regenerados, santificados por medio de la verdad. El escéptico no admite este poder, y niega toda evidencia hasta que pueda apreciarla con sus facultades finitas. Se atreve hasta a poner de lado la Ley de Dios y a señalar el límite del poder

de Jehová. Pero Dios ha dicho: "Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios" (1 Cor. 1:19-24) (*The Youth's Instructor*, 7 de febrero de 1895; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 331-333).

***

Si el maestro ha aprendido de Jesucristo sus lecciones y al hacerlo ha tenido el propósito de aplicarlas plenamente a su propia vida, puede enseñar con éxito. Los que diariamente aprendan del gran Maestro tendrán un tesoro muy precioso de donde sacar cosas nuevas y viejas.

Quiero decir esto a los maestros de escuelas de iglesia: Sepan que están gobernados por el Espíritu Santo. Revelen en sus vidas la influencia transformadora de la verdad. Hagan cuanto puedan para mejorar sus aptitudes, con el fin de que puedan enseñar a sus alumnos a hacer progresos.

Tan pronto como las mentes de ustedes armonicen con la mente de Dios, serán puestos en contacto con una inteligencia que les transmitirá lecciones de inapreciable valor en su obra de enseñanza. A medida que cuenten a los niños la historia de la Cruz, sus propias almas serán elevadas por encima de la melancolía y el desaliento. Al considerar el infinito sacrificio del Redentor, ustedes perderán todo deseo de las cosas de este mundo (Counsels to

Parents, Teachers, and Students, pág. 184; reproducido en Consejos para los maestros, págs. 175, 176).

4

La ciencia de la salvación: La principal de las ciencias

Los colegios establecidos entre nosotros significan una gran responsabilidad, pues implican importantes intereses. Nuestros colegios, en forma especial, son un espectáculo para los ángeles y los hombres. Hay poder en el conocimiento de las diversas ciencias, y Dios quiere que la ciencia avanzada se enseñe en nuestros colegios como preparación para la obra que ha de preceder a las escenas finales de la historia terrestre. La verdad ha de ir a los confines más remotos de la tierra, llevada por personas educadas para hacer la obra. Pero, aunque en el conocimiento de la ciencia hay poder, el conocimiento que Jesús vino a impartir personalmente al mundo es el conocimiento del evangelio. La luz de la verdad debe hacer resplandecer sus brillantes rayos en las partes más lejanas de la tierra; y la aceptación o el rechazo del mensaje de Dios entraña el destino eterno de las almas.

El plan de salvación ocupó su lugar en los consejos del Infinito por toda la eternidad. El evangelio es la revelación del amor de Dios hacia los hombres, y comprende todo lo esencial para la felicidad y el bienestar de la humanidad. La obra de Dios en la tierra es de una importancia inconmensurable, y el objetivo especial de Satanás es colocarla fuera del alcance de la vista y la mente, para hacer que sus engañosos artificios resulten eficaces para la destrucción de aquellos por quienes murió Cristo. Es su propósito hacer que los descubrimientos de los hombres sean exaltados por encima de la sabiduría de Dios. La mente recibe el sello de la idolatría cuando está monopolizada por conceptos y teorías de los hombres, con exclusión de la sabiduría de Dios. La

falsamente así llamada ciencia ha sido exaltada por encima de Dios, y la naturaleza por encima de su Hacedor; ¿cómo puede considerar Dios tal sabiduría?

En la Biblia está definido todo el deber del hombre. Salomón dice: "Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre" (Ecl. 12:13). La voluntad de Dios está revelada en su Palabra escrita, ese es el conocimiento esencial. La sabiduría humana, el conocimiento de los idiomas de naciones diferentes, son una ayuda en la obra misionera. Una comprensión de las costumbres de la gente, y del lugar y la época de los acontecimientos es un conocimiento práctico, pues ayuda a entender las figuras de la Biblia, a exponer la fuerza de las lecciones de Cristo; pero no es absolutamente necesario saber estas cosas. El peregrino puede hallar el camino aparejado para que anden los redimidos y no habrá excusa para ninguno que se pierda por una falsa interpretación de las Escrituras.

En la Biblia está declarado todo principio vital, explicado todo deber, evidenciada toda obligación. Todo el deber del hombre ha sido resumido por el Salvador en estas palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. 22:37, 39). En la Palabra está claramente delineado el plan de salvación. El don de la vida eterna se promete bajo la condición de la fe salvadora en Cristo. El poder atrayente del Espíritu Santo está señalado como un agente en la obra de la salvación del hombre. La recompensa de los fieles y el castigo de los culpables están expuestos claramente. La Biblia contiene la ciencia de la salvación para todos los que oigan y obedezcan las palabras de Cristo.

El apóstol dice: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, con el fin de que el hombre de Dios sea perfecto,

enteramente preparado para toda buena obra" (2 Tim. 3:16, 17). La Biblia es su propio exégeta. Un pasaje es la llave para abrir otros pasajes, y de esta manera la luz se derramará sobre el significado oculto de la Palabra. El verdadero significado de las Escrituras se hará evidente al comparar los distintos pasajes que tratan el mismo asunto y al examinar su relación con el todo.

Muchos piensan que deben consultar comentarios de las Escrituras para comprender el significado de la Palabra de Dios; y, por nuestra parte, no diríamos que no deben estudiarlos. Pero se requerirá mucho discernimiento para descubrir la verdad de Dios sepultada bajo el montón de las palabras de los hombres. ¡Cuán poco ha hecho la iglesia, como entidad que profesa creer en la Biblia, para reunir las esparcidas joyas de la Palabra de Dios en una perfecta cadena de verdad! Las joyas de verdad no yacen en la superficie, como muchos suponen. La mente maestra de la confederación del mal trabaja siempre para mantener la verdad fuera del alcance de la vista y para poner ante los ojos las opiniones de los grandes hombres. El enemigo está haciendo cuanto puede para oscurecer la luz del Cielo en el proceso de la educación, pues no quiere que los hombres oigan la voz del Señor, que dice: "Este es el camino, andad por él" (Isa. 30:21).

Las joyas de verdad yacen esparcidas sobre el terreno de la Revelación; pero han quedado sepultadas debajo de las tradiciones humanas, debajo de dichos y mandamientos de hombres, y la sabiduría del Cielo ha sido prácticamente pasada por alto. Y esto porque Satanás ha tenido éxito en hacer que el mundo crea que las palabras y los hechos de los hombres son de gran importancia. El Señor Jehová, el Creador del universo, ha dado el evangelio al mundo a un costo infinito. Mediante este agente divino, agradables y refrigerantes manantiales de refrigerio celestial y permanente consolación han sido abiertos para aquellos que acudan a la Fuente de la vida. Hay vetas de verdad que aún quedan por descubrir;

empero, las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. Las mentes oscurecidas por el mal no pueden apreciar el valor de la verdad tal cual es en Jesús. Cuando se acaricia la iniquidad, los hombres no sienten la necesidad de hacer esfuerzos diligentes, acompañados de oración y reflexión, para comprender lo que deben saber o de lo contrario perder el cielo. Han estado tanto tiempo bajo la sombra del enemigo, que ven la verdad como se ven los objetos cuando se miran a través de un lente ahumado e imperfecto, pues todas las cosas aparecen oscuras y pervertidas a sus ojos. Su visión espiritual es débil e indigna de confianza, porque fijan la mirada en la sombra y se retiran de la luz.

Pero los que profesan creer en Jesús debieran acercarse siempre a la luz. Debieran orar diariamente para que la luz del Espíritu Santo resplandezca sobre las páginas del Libro Sagrado, con el fin de ser capacitados para comprender las cosas del Espíritu de Dios. Debemos tener una confianza implícita en la Palabra de Dios o estamos perdidos. Las palabras de los hombres, por grandes que sean, no son capaces de hacernos perfectos, enteramente instruidos para toda buena obra. "Nosotros debemos dar siempre gracias a Dios... de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad" (2 Tes. 2:13). En este versículo se revelan los dos medios que obran en la salvación del hombre: la influencia divina, y la fe poderosa y vital de los que siguen a Cristo. Llegamos a ser colaboradores de Dios mediante la santificación del Espíritu y la creencia en la verdad. El Señor espera la cooperación de su iglesia. No se propone añadir un nuevo elemento de eficiencia a su Palabra; hizo su gran obra con dar su inspiración al mundo. Son nuestros la sangre de Jesús, el Espíritu Santo, la Palabra divina. El objetivo de toda esta provisión del Cielo está delante de nosotros: las almas por las cuales Cristo murió; y está en nosotros el echar mano de las promesas que Dios dio y llegar a ser colaboradores suyos; pues las agencias divinas y humanas deben cooperar en esta

obra.

La razón por la que muchos profesos cristianos no tienen una experiencia clara y bien definida es que no creen que es privilegio suyo comprender lo que Dios ha dicho por medio de su Palabra. Después de su resurrección, Jesús se unió a dos de sus discípulos que se dirigían a Emaús. Pero ellos no reconocieron a su Señor y lo creyeron un extranjero, aunque "Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían. Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos. Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos. Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él desapareció de su vista. Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras... Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras?" (Luc. 24:27-32, 45). Esta es la obra que podemos esperar que Cristo haga con nosotros, porque lo que el Señor ha revelado es para nosotros y nuestros hijos para siempre.

Jesús sabía que todo lo que se presentaba en desacuerdo con lo que él había venido a revelar al mundo, era falso y engañoso, y dijo: "Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz" (Juan 18:37). Habiendo estado en los consejos de Dios y morado en los collados eternos del Santuario, todos los elementos de la verdad estaban en él y eran suyos, porque era uno con Dios. "De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo" (Juan 3:11-13). "Toda palabra de Dios

es limpia; él es escudo a los que en él esperan. No añadas a sus palabras, para que no te reprenda, y seas hallado mentiroso" (Prov. 30:5, 6) (*Review and Herald*, 19 de diciembre de 1891; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 186-190).

5

La educación superior

La frase "educación superior" ha de considerarse desde un punto de vista diferente del que ha sido vista por los estudiantes de ciencias. La oración de Cristo a su Padre está llena de eterna verdad: "Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta empero es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:1-3). "El que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (3:34-36). El poder y el alma de la verdadera educación es un conocimiento de Dios y de Jesucristo, a quien él ha enviado. "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Prov. 9:10).

De Jesús está escrito: "Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él... Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres" (Luc. 2:40, 52). El conocimiento de Dios constituirá una clase de conocimiento que será tan duradero como la eternidad. Aprender y ejecutar las obras de Cristo es obtener una educación verdadera. Si bien el Espíritu Santo movía la mente de Cristo, de modo que pudo decir a sus padres: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" (Luc. 2:49), no obstante trabajó de carpintero como un hijo obediente. Puso de manifiesto que tenía un conocimiento de su obra como Hijo de Dios, y sin embargo no exaltó su carácter divino. No dio como

razón para eludir la carga de los cuidados temporales el hecho de que fuese divino, sino que estuvo sujeto a sus padres. Era el Señor de los mandamientos, y sin embargo fue obediente a todas sus exigencias, dejando así un ejemplo de obediencia para la infancia, la juventud y la virilidad.

Si la mente se aboca a la tarea de estudiar la Biblia para obtener información, mejorará la facultad de razonar. Sometida al estudio de las Escrituras, la mente se ensanchará y adquirirá un equilibrio más uniforme que si se ocupara en la obtención de información general de los libros que se usan y que no tienen relación con la Biblia. Ningún conocimiento es tan firme, consistente y vasto en sus alcances como el obtenido del estudio de la Palabra de Dios. Es la base de todo verdadero conocimiento. La Biblia se parece a un manantial: cuanto más miren en su interior, tanto más profundo parece a la vista. Las verdades grandiosas de la historia sagrada poseen una fuerza y una belleza que asombran, y son tan vastas como la eternidad. Ninguna ciencia iguala a la que revela el carácter de Dios. Moisés había sido educado en toda la sabiduría de los egipcios, y dijo, no obstante: "Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros? Por tanto, guárdate, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos, y a los hijos de tus hijos" (Deut. 4:5-9).

¿Dónde hallaremos leyes más nobles, puras y justas que las que aparecen en los libros en que se registran las instrucciones dadas a Moisés para los hijos de Israel? Estas leyes deben perpetuarse a través de todos los tiempos para que el carácter del pueblo de Dios pueda formarse a la semejanza divina. La ley es una muralla protectora para los que son obedientes a los preceptos de Dios. ¿De qué otra fuente podemos obtener fuerza semejante o aprender tan noble ciencia? ¿Qué otro libro puede enseñar al hombre a amar, temer y obedecer a Dios como la Biblia? ¿Qué otro libro presenta a los estudiantes ciencia más ennoblecedora, historia más maravillosa? Claramente retrata la justicia, y vaticina la consecuencia de la desobediencia a la ley de Jehová. A nadie se deja en la oscuridad en cuanto a lo que Dios aprueba o desaprueba. Estudiando las Escrituras llegamos a conocer a Dios y somos encaminados hacia la comprensión de nuestra relación con Cristo, quien llevó nuestros pecados, y es el Garante, el Sustituto de nuestra humanidad caída. Estas verdades atañen a nuestros intereses presentes y eternos. La Biblia descuella entre los libros, y su estudio tiene un valor superior al de otra literatura para dar vigor y expansión a la mente. Pablo dice: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Tim. 2:15). "Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, con el fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Tim. 3:14-17). "Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron; con el fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza" (Rom. 15:4).

La Palabra de Dios es el libro de texto más perfecto que exista en nuestro mundo. Sin embargo, en nuestros colegios y escuelas se han presentado, para el estudio de nuestros alumnos, libros producidos por la inteligencia humana, y el Libro de los libros, el que Dios ha dado a los hombres como guía infalible, ha sido desplazado a un lugar secundario. Se han usado producciones humanas como más esenciales y la Palabra de Dios ha sido estudiada simplemente para dar color a otros estudios. Isaías describe con el lenguaje más vivo las escenas de gloria del cielo que le fueron presentadas. En todo su libro da a conocer cosas gloriosas que han de revelarse a otros. Ezequiel dice: "Vino palabra de Jehová al sacerdote Ezequiel hijo de Buzi, en la tierra de los caldeos, junto al río Quebar; vino allí sobre él la mano de Jehová. Y miré, y he aquí venía del norte un viento tempestuoso, y una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de él un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía como bronce refulgente, y en medio de ella la figura de cuatro seres vivientes. Y esta era su apariencia: había en ellos semejanza de hombre. Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas. Y los pies de ellos eran derechos, y la planta de sus pies como planta de pie de becerro; y centelleaban a manera de bronce muy bruñido. Debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos de hombre; y sus caras y sus alas por los cuatro lados. Con las alas se juntaban el uno al otro. No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba derecho hacia adelante. Y el aspecto de sus caras era cara de hombre, y cara de león al lado derecho de los cuatro, y cara de buey a la izquierda en los cuatro; asimismo había en los cuatro cara de águila" (Eze. 1:1-10). El libro de Ezequiel es profundamente instructivo.

La Biblia ha sido destinada por Dios como el libro disciplinador del entendimiento y rector del alma. El vivir en el mundo y no ser, sin embargo, del mundo, es un problema que muchos profesos cristianos jamás han resuelto en su vida práctica. El engrandecimiento de la mente se verá en una nación sólo a medida

que los hombres vuelvan a su lealtad hacia Dios. El mundo está inundado de libros de información general, y los hombres ocupan su mente en el examen de historias no inspiradas; pero hacen caso omiso del Libro más admirable, que puede darles las ideas más claras y la comprensión más amplia (*Review and Herald*, 25 de febrero de 1896; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 392-396).

6

La educación esencial

He escrito extensamente con referencia a los estudiantes que dedican un tiempo desproporcionadamente largo a la adquisición de una educación; confío, sin embargo, en que no seré mal comprendida en cuanto a lo que es una educación esencial. No quiero dar a entender que debiera hacerse un trabajo superficial, como se ilustra por la manera en que se solía cultivar la tierra en ciertas partes de Australia. Se hacía penetrar el arado en la tierra sólo unas pocas pulgadas; y el terreno, que no había quedado bien preparado para la semilla, rendía una cosecha escasa, correspondiente a la preparación superficial de la tierra.

Dios ha dado mentes investigadoras a los jóvenes y los niños. Sus facultades de raciocinio les son confiadas como talentos preciosos. Es deber de los padres mantener ante ellos el asunto de su educación en su verdadero significado, pues ella comprende muchos aspectos. Se les debiera enseñar a desarrollar todo talento y órgano, con miras de emplearlos en el servicio de Cristo para la elevación de la humanidad caída. Nuestras escuelas son el medio especial que el Señor tiene con el objetivo de preparar a los niños y los jóvenes para la obra misionera. Los padres debieran comprender su responsabilidad, y hacer que sus hijos aprecien los grandes privilegios y bendiciones que Dios ha provisto para ellos por medio de las facilidades educativas.

Pero su educación doméstica debiera correr pareja con su educación de carácter literario. En la infancia y la juventud, debieran combinarse la enseñanza práctica y la literaria, y nutrirse con conocimiento la mente. Los padres debieran sentir que tienen una obra solemne que hacer, y echar mano de ella con fervor. Han

de disciplinar y modelar el carácter de sus hijos. No debieran contentarse con una obra superficial. Ante todo niño se extiende una vida llena de elevadísimos intereses, pues han de ser hechos completos en Cristo por los medios que Dios ha provisto. El terreno del corazón ha de ocuparse con anticipación; las semillas de verdad deberían sembrarse en él en los primeras años. Si los padres son negligentes en este asunto, serán llamados a cuenta por su infiel mayordomía. A los niños se los ha de tratar tierna y amablemente, y enseñárseles que Cristo es su Salvador personal y que por el sencillo procedimiento de entregarle su mente y su corazón llegan a ser sus discípulos.

Debiera enseñarse a los niños a cargar con una parte de los deberes domésticos. Se los debiera instruir en la manera de ayudar al papá y la mamá en las cositas que pueden hacer. Debiera educárseles la mente para pensar, la memoria para recordar la tarea señalada; y, mientras se les está haciendo adquirir el hábito de ser útiles en el hogar, se los está educando en el cumplimiento de los deberes prácticos adaptados a su edad. Si los niños reciben la debida enseñanza en el hogar, no se los verá en las calles, recibiendo allí, como tantos, la educación que el azar les depare. Los padres que aman con sensatez a sus hijos no los dejarán crecer con hábitos de indolencia e ignorantes de la mejor manera de hacer los trabajos domésticos. La ignorancia no es aceptable a Dios y es desfavorable para la realización de su obra. El ser ignorante no ha de considerarse como señal de humildad o algo por lo que los hombres debieran ser alabados. Empero, Dios obra por su pueblo a pesar de su ignorancia. Aquellos que no han tenido oportunidad de educarse, o la han tenido y no la han aprovechado, y se convierten al Señor, pueden ser útiles en su servicio mediante la operación de su Espíritu Santo. Pero los que tienen educación y se consagran al servicio de Dios pueden prestar servicio en mayor número, de maneras diversas, y llevar a cabo una obra más extensa en guiar almas al conocimiento de la verdad, que aquellos que carecen de

educación. Los aventajan debido a la disciplina mental que han obtenido. No despreciamos la educación en manera alguna, sino que, por el contrario, aconsejamos que se lleve adelante con un concepto cabal de la brevedad del tiempo y la gran obra que hay que llevar a cabo antes de la venida de Cristo. No quisiéramos que los estudiantes creyesen que pueden dedicar muchos años a la adquisición de una educación. Empleen ellos, en llevar adelante la obra de Dios, la educación que pueden adquirir en un espacio razonable de tiempo. Nuestro Salvador está en el Santuario intercediendo en favor de nosotros. Es nuestro Sumo Sacerdote intercesor, que hace por nosotros el sacrificio de la expiación, y presenta en favor de nosotros los méritos de su sangre. Los padres deberían tratar de presentar a este Salvador ante sus hijos, con el fin de grabar en sus mentes el plan de la salvación; de cómo, debido a la transgresión de la Ley de Dios, Cristo tomó sobre sí nuestros pecados. El hecho de que el unigénito Hijo de Dios dio su vida a causa de la transgresión del hombre, para satisfacer la justicia y vindicar el honor de la Ley de Dios, debiera mantenerse constantemente ante la mente de niños y jóvenes. El objetivo de este gran sacrificio debiera asimismo mantenerse ante ellos, porque fue hecho para levantar al hombre caído y degradado por el pecado. Cristo sufrió para que, mediante la fe en él, nuestros pecados fuesen perdonados. Vino a ser el Sustituto y la seguridad del hombre, tomando sobre sí el castigo que no merecía, para que nosotros, que lo merecíamos, pudiésemos ser libertados y volver a la lealtad hacia Dios en virtud de los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. Él es nuestra única esperanza de salvación. En virtud de su sacrificio, los que ahora somos probados somos prisioneros de esperanza. Hemos de revelar al universo –al mundo caído y a los mundos no caídos– que en Dios hay perdón y que, mediante su amor, podemos ser reconciliados con él. El hombre que se arrepiente, que experimenta contrición de corazón, que cree en Cristo como sacrificio expiatorio, llega a comprender que Dios se ha reconciliado con él.

Debiéramos conservar una profunda gratitud todos los días de nuestra vida porque el Señor ha dejado escritas estas palabras: "Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados" (Isa. 57:15). La reconciliación de Dios con el hombre y del hombre con Dios es segura si se llenan ciertas condiciones. El Señor dice: "Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Sal. 51:17). En otro lugar dice: "Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu" (Sal. 34:18). "Porque Jehová es excelso, y atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos" (Sal. 138:6). "Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra" (Isa. 66:1, 2). "El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de alegría en lugar de espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya" (Isa. 61:1-3). El salmista escribe: "Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas" (Sal. 147:3). Aunque es el Restaurador de la humanidad caída, sin embargo, "él cuenta el número de las estrellas; a todas ellas llama por sus nombres. Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito. Jehová exalta a los humildes, y humilla los impíos hasta la tierra. Cantad a Jehová con alabanza, cantad con arpa a nuestro Dios... Se complace Jehová en los que le temen,

y en los que esperan en su misericordia. Alaba a Jehová, Jerusalén; alaba a tu Dios, oh Sión" (Sal. 147:4-7, 11, 12).

¡Cuán preciosas son las lecciones de este salmo! Bien podríamos estudiar los cuatro últimos salmos de David. También son preciosas las palabras del profeta: "¿Faltará la nieve del Líbano de la piedra del campo? ¿Faltarán las aguas frías que corren de lejanas tierras? Porque mi pueblo me ha olvidado, incensando a lo que es vanidad, y ha tropezado en sus caminos, en las sendas antiguas, para que camine por sendas y no por camino transitado" (Jer. 18:14, 15). "Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada. Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto" (Jer. 17:5-8) (*Special Testimonies on Education*, 22 de abril de 1895).

***

Los padres, al hacer planes para la educación de sus hijos fuera del hogar, debieran darse cuenta de que el enviarlos a las escuelas públicas ha dejado ya de ser cosa segura y debieran esforzarse por mandarlos a escuelas donde reciban una educación apoyada sobre una base bíblica. Sobre todo padre cristiano descansa la obligación solemne de dar a sus hijos la educación que los conduzca a la adquisición del conocimiento del Señor, y a ser participantes de la naturaleza divina por medio de la obediencia a la voluntad y el designio de Dios (Counsels to Parents, Teachers, and Students, pág. 205; reproducido en Consejos para los maestros, pág. 197).

***

Los alumnos no debieran ser abrumados de estudios a tal extremo que tengan que descuidar el cultivo de los modales; y, sobre todo, ellos no debieran permitir que nada estorbe sus momentos de oración, la cual los pone en relación con Cristo. En ningún caso debieran privarse de los privilegios religiosos (Counsels to Parents, Teachers, and Students, pág. 318; reproducido en Consejos para los maestros, pág. 302).

7

El modelo celestial

Nos estamos acercando rápidamente a la crisis final de la historia de este mundo, y es importante que comprendamos que las ventajas educativas ofrecidas por nuestras escuelas son diferentes de las ofrecidas por las escuelas del mundo. Tampoco hemos de seguir la rutina de las escuelas mundanas. La instrucción impartida en las escuelas adventistas del séptimo día ha de ser tal que induzca a practicar la verdadera humildad. En las palabras, la vestimenta, el régimen alimenticio y la influencia ejercida se ha de ver la sencillez y la verdadera piedad.

Nuestros maestros necesitan comprender la obra que ha de hacerse en estos últimos días. La educación que se dé en nuestras escuelas, nuestras iglesias y nuestros sanatorios debe presentar claramente la gran obra que es necesario realizar. Debe presentarse claramente, a los estudiantes de todos los grados, la necesidad de desarraigar de la vida toda práctica mundana opuesta a las enseñanzas de la Palabra de Dios, y poner en su lugar hechos que lleven la marca de la naturaleza divina. Nuestra obra educativa debe llevar siempre el sello de lo celestial y revelar así cuánto supera la instrucción divina al saber del mundo.

Algunos pueden considerar imposible esta obra de transformación completa. Pero, si lo fuera, ¿por qué haríamos el gasto que representa el intentar realizar la obra de la educación cristiana? Nuestro conocimiento de lo que significa la verdadera educación debe inducirnos a buscar siempre la estricta pureza de carácter. En todo nuestro trato mutuo debemos tener presente que nos estamos preparando para ser transferidos a otro mundo; deben aprenderse y practicarse los principios del cielo; debe grabarse, en

la mente de todo estudiante, la superioridad de la vida futura con respecto a esta vida. Los maestros que no introducen esto en su obra educativa no tienen parte en la gran obra de desarrollar un carácter que pueda ser aprobado por Dios.

A medida que en esta época el mundo caiga más y más bajo la influencia de Satanás, los verdaderos hijos de Dios tendrán mayor deseo de ser enseñados por él. Deben emplearse maestros que den un molde celestial al carácter de los jóvenes. Bajo su influencia, las prácticas insensatas y sin importancia se trocarán en prácticas y hábitos propios de los hijos y las hijas de Dios.

A medida que se vuelva más pronunciada la maldad del mundo, y las enseñanzas del maligno se desarrollen más plenamente y se las acepte más ampliamente, las enseñanzas de Cristo se han de destacar, ejemplificadas en la vida de hombres y mujeres convertidos. Los ángeles están aguardando para cooperar en todo departamento de la obra. Esto me ha sido presentado vez tras vez. En este tiempo, el pueblo de Dios, hombres y mujeres verdaderamente convertidos, han de aprender, bajo la enseñanza de maestros fieles, las lecciones que aprecia el Dios del cielo.

La obra más importante de nuestras instituciones educativas en este tiempo consiste en presentar ante el mundo un ejemplo que honre a Dios. Los santos ángeles han de vigilar la obra por intermedio de agentes humanos, y todo departamento ha de llevar la marca de la excelencia divina.

Todas nuestras instituciones dedicadas a la salud, todas nuestras casas editoras, todas nuestras instituciones de saber han de ser dirigidas cada vez más de acuerdo con la instrucción dada. Cuanto más sea reconocido Cristo como la cabeza de todas nuestras fuerzas de trabajo, tanto más cabalmente quedarán nuestras instituciones limpias de toda práctica común y mundana. La ostentación y la afectación, y muchas de las manifestaciones que

en lo pasado se han revelado en nuestras escuelas, no hallarán cabida allí, cuando maestros y alumnos procuren cumplir la voluntad de Dios en la tierra como se cumple en el cielo. Cristo, como el principal agente activo, modelará y amoldará los caracteres de acuerdo con el orden divino; y estudiantes y maestros, comprendiendo que se están preparando para la escuela superior de los atrios celestiales, pondrán a un lado muchas cosas que ahora consideran necesarias, y magnificarán y seguirán los métodos de Cristo.

El pensamiento de la vida eterna debe entretejerse con todo lo que el cristiano emprenda. Si el trabajo realizado es agrícola o mecánico en su naturaleza, puede, sin embargo, llevar el molde de lo celestial. Es privilegio de los preceptores y los maestros de nuestras escuelas revelar, en todo su trabajo, la dirección del Espíritu de Dios. La gracia de Cristo ha hecho toda provisión para el perfeccionamiento de los caracteres con el fin de que sean semejantes al de Cristo; y Dios queda honrado cuando sus hijos, en todo su trato social y comercial, revelan los principios del cielo.

El Señor exige integridad tanto en los asuntos más pequeños como en los mayores. Los que sean aceptados al fin como miembros del tribunal celestial, serán hombres y mujeres que aquí en la tierra procuraron llevar a cabo la voluntad de Dios en todo detalle y procuraron poner el sello del cielo sobre sus labores terrenales.

El Señor dio una lección importante a su pueblo de todas las épocas cuando, en el monte, dio instrucciones a Moisés acerca de la edificación del Tabernáculo. Se requirió, en esa obra, perfección en todo detalle. Moisés era eficiente en todo el saber de los egipcios, tenía un conocimiento de Dios y sus propósitos le habían sido revelados en visión; pero no sabía grabar ni bordar.

Israel había estado sujeto a servidumbre todos los días que pasó

en Egipto; aunque había entre ellos hombres ingeniosos, no habían sido instruidos en las artes singulares que eran necesarias para la edificación del Tabernáculo. Sabían hacer ladrillos, pero no labrar el oro o la plata. ¿Cómo debía realizarse el trabajo? ¿Quién se bastaba para estas cosas? Estas eran preguntas que afligían la mente de Moisés.

Entonces, Dios mismo le explicó cómo debía hacerse el trabajo. Designó por nombre a las personas que deseaba que hicieran ciertas labores. Bezaleel tenía que ser el arquitecto. Era hombre de la tribu de Judá, a la cual Dios se deleitaba en honrar.

"Habló Jehová a Moisés, diciendo: Mira, yo he llamado por nombre a Bezaleel hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá; y lo he llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría y en inteligencia, en ciencia y en todo arte, para inventar diseños, para trabajar en oro, en plata y en bronce, y en artificio de piedras para engastarlas, y en artificio de madera; para trabajar en toda clase de labor. Y he aquí que yo he puesto con él a Aholiab hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan; y he puesto sabiduría en el ánimo de todo sabio de corazón, para que hagan todo lo que te he mandado" (Éxo. 31:1-6).

Con el fin de que el Tabernáculo terrenal pudiese representar el celestial, debía ser perfecto en todas sus partes, y en todo minucioso detalle, como el modelo de los cielos. Así también ha de suceder con el carácter de los que serán finalmente aceptados a la vista del cielo.

El Hijo de Dios bajó a esta tierra, con el fin de que hombres y mujeres pudiesen tener en él una representación del carácter perfecto, que es el único que Dios puede aceptar. Por la gracia de Cristo, se ha hecho toda provisión para la salvación de la familia humana. Es posible que toda transacción realizada por los que se llaman cristianos sea tan pura como los actos de Cristo. Y el alma que acepta las virtudes del carácter de Cristo y se apropia de los

méritos de su vida es tan preciosa a la vista de Dios como su propio Hijo muy amado. La fe sincera e incorrupta es para él como oro, incienso y mirra –los dones que trajeron los magos al niño de Belén: como evidencia de su fe en él como Mesías prometido (*Consejos para los maestros*, págs. 55-59).

8

El objetivo fundamental de la educación

Por un falso concepto de la verdadera naturaleza y el verdadero objetivo de la educación, muchos han sido inducidos a errores graves y aun fatales. Se comete un error tal cuando se descuida la regulación del corazón o el establecimiento de principios en el esfuerzo por obtener cultura intelectual, o cuando, en el ávido deseo de ventajas temporales, se pasan por alto los intereses eternos.

Hacer de la posesión de los honores o las riquezas mundanales el motivo que rija la conducta es cosa indigna del que ha sido redimido por la sangre de Cristo. Nuestro objetivo debiera ser, más bien, obtener conocimiento y sabiduría para llegar a ser mejores cristianos y estar preparados para una utilidad mayor, prestando un servicio más fiel a nuestro Creador; y, por nuestro ejemplo e influencia, inducir a otros a glorificarlo también. Esto es algo real y tangible; no solamente palabras, sino hechos. No sólo los afectos del corazón deben ser dedicados a nuestro Hacedor, sino también el servicio de la vida.

El único Modelo perfecto

El gran propósito de toda la educación y la disciplina de la vida es volver al hombre a la armonía con Dios, y elevar y ennoblecer de tal manera su naturaleza moral que pueda volver a reflejar la imagen de su Creador. Tan importante era esta obra que el Salvador dejó los atrios celestiales y vino en persona a esta tierra, para poder enseñar a los hombres cómo obtener la idoneidad para la vida superior. Durante treinta años habitó como hombre entre los hombres, experimentó las cosas de la vida humana como niño,

joven y hombre; soportó las pruebas más severas con el fin de poder presentar una ilustración viva de las verdades que enseñaba. Durante tres años, como Maestro enviado de Dios, instruyó a los hijos de los hombres; luego, dejando la obra a colaboradores escogidos, ascendió al cielo. Pero no ha cesado su interés en ella. Desde los atrios celestiales, observa con la más profunda solicitud el progreso de la causa por la cual dio su vida.

El carácter de Cristo es el único modelo perfecto que hemos de copiar. El arrepentimiento y la fe, la entrega de la voluntad y la consagración de los afectos a Dios son los medios señalados para la realización de esta obra. Obtener un conocimiento de su plan divinamente ordenado debiera ser el objetivo de nuestro primer estudio; cumplir con sus requerimientos, nuestro primer esfuerzo.

Salomón declara que "el temor de Jehová es el principio de la sabiduría". Respecto del valor y la importancia de esta sabiduría, dice: "Sabiduría ante todo: adquiere sabiduría; y sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia". "Porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino. Más preciosa es que las piedras preciosas; y todo lo que puedes desear, no se puede comparar a ella" (Prov. 9:10; 4:7; 3:14, 15).

La escuela de Cristo

El que procura con diligencia adquirir la sabiduría de las escuelas humanas debe recordar que otra escuela lo reclama también como estudiante. Cristo fue el mayor maestro que el mundo vio jamás. Trajo al hombre conocimiento directo del cielo. Las lecciones que nos ha dado son las que necesitamos tanto para el estado actual como para el futuro. Pone delante de nosotros los verdaderos fines de la vida, y cómo podemos obtenerlos.

En la escuela de Cristo, los estudiantes nunca se gradúan. Entre los alumnos se cuentan tanto viejos como jóvenes. Los que prestan

atención a las instrucciones del divino Maestro adelantan constantemente en sabiduría, refinamiento y nobleza del alma. Y así están preparados para entrar en aquella escuela superior donde el progreso continuará durante toda la eternidad.

La Sabiduría infinita nos presenta las grandes lecciones de la vida; lecciones de deber y de felicidad. A menudo son difíciles de aprender, pero sin ellas no podemos hacer ningún progreso real. Pueden costarnos esfuerzos y lágrimas, y hasta agonía, pero nunca debemos vacilar ni cansarnos. Al fin oiremos la invitación del Maestro: "Hijo, sube más arriba".

En este mundo, en medio de sus pruebas y tentaciones, es donde hemos de adquirir idoneidad para la sociedad de los puros y santos. Los que se dejan absorber de tal manera por estudios menos importantes, que cesan de aprender en la escuela de Cristo, están arrostrando una pérdida infinita. Insultan al divino Maestro al rechazar las provisiones de su gracia. Cuanto más tiempo continúan en su conducta, tanto más se endurecen en el pecado. Su retribución será proporcionada al valor infinito de las bendiciones que despreciaron.

En la religión de Cristo hay una influencia regeneradora que transforma todo el ser, elevando al hombre por encima de todo vicio degradante y rastrero, y alzando los pensamientos y los deseos hacia Dios y el cielo. Vinculado al Ser infinito, el hombre es hecho participante de la naturaleza divina. Ya no tienen efecto contra él los dardos del maligno; porque está revestido de la panoplia de la justicia de Cristo.

Toda facultad, todo atributo con que el Creador ha dotado a los hijos de los hombres se han de emplear para su gloria; y en este empleo se halla su ejercicio más puro, más santo y más feliz. Mientras se tengan por supremos los principios religiosos, todo paso hacia adelante en la adquisición de conocimiento o en el

cultivo del intelecto es un paso hacia la asimilación de lo humano con lo divino, lo finito con lo infinito.

La Biblia como agente educador

Como agente educador, las Sagradas Escrituras no tienen rival. La Biblia es la historia más antigua y más abarcadora que los hombres poseen. Vino directamente de la Fuente de la verdad eterna; y una mano divina ha conservado su pureza a través de los siglos. Ilumina el lejano pasado, donde en vano procura penetrar la investigación humana. Únicamente en la Palabra de Dios contemplamos el poder que echó los fundamentos de la tierra, y extendió los cielos. Sólo en ella hallamos un relato auténtico del origen de las naciones. Únicamente en ella se nos da una historia de la familia humana no mancillada por el orgullo o el prejuicio del hombre.

En la Palabra de Dios halla la mente temas de la más profunda meditación, las más sublimes aspiraciones. Allí podemos estar en comunión con los patriarcas y los profetas, y escuchar la voz del Eterno mientras habla con los hombres. Allí contemplamos la Majestad de los cielos tal como se humilló para hacerse nuestro Sustituto y Garante, para luchar a solas con las potestades de las tinieblas y obtener la victoria en nuestro favor. Una reverente contemplación de estos temas no puede menos que suavizar, purificar y ennoblecer el corazón, y al mismo tiempo inspirar a la mente nueva fortaleza y vigor.

Los que consideran como valiente y viril el tratar los requerimientos de Dios con indiferencia y desprecio revelan con esto su propia insensatez e ignorancia. Mientras que se jactan de su libertad e independencia, están realmente en la servidumbre del pecado y de Satanás.

Un claro concepto de lo que es Dios y de lo que él requiere que

seamos producirá en nosotros una sana humildad. El que estudia correctamente la Sagrada Palabra aprenderá que el intelecto humano no es omnipotente. Aprenderá que, sin la ayuda que nadie sino Dios puede dar, la fuerza y la sabiduría humana no son sino debilidad e ignorancia.

El que sigue la dirección divina ha hallado la única fuente verdadera de gracia salvadora y felicidad real, y ha obtenido el poder de impartir felicidad a todos los que lo rodean. Nadie sin religión puede disfrutar realmente de la vida. El amor a Dios purifica y ennoblece todo gusto y deseo, intensifica todo afecto y da realce a todo placer digno. Habilita a los hombres para apreciar y disfrutar de todo lo que es verdadero, bueno y hermoso.

Pero, lo que sobre todas las demás consideraciones debiera inducirnos a apreciar la Biblia es que en ella se revela a los hombres la voluntad de Dios. En ella aprendemos el propósito de nuestra creación y los medios por los cuales se lo puede alcanzar. Aprendemos a aprovechar sabiamente la vida presente y a asegurarnos la futura. Ningún otro libro puede satisfacer los anhelos del corazón o contestar las preguntas que se suscitan en la mente. Si obtienen un conocimiento de la Palabra de Dios y le prestan atención, los hombres pueden elevarse de las más bajas profundidades de la degradación hasta llegar a ser hijos de Dios, compañeros de los ángeles sin pecado.

Las lecciones de la naturaleza

En las variadas escenas de la naturaleza, hay también lecciones de sabiduría divina para todos los que han aprendido a comulgar con Dios. Las páginas que se abrieron deslumbrantes a la mirada de la primera pareja en el Edén llevan ahora una sombra. Una maldición ha caído sobre la hermosa creación. Sin embargo, doquiera que miremos, vemos rastros de la hermosura primitiva; doquiera que nos volvamos, oímos la voz de Dios y contemplamos la obra de sus

manos.

Desde el solemne y profundo retumbo del trueno y el incesante rugido del viejo océano, hasta los alegres cantos que llenan los bosques de melodías, las diez mil voces de la naturaleza expresan su loor. En la tierra, en el mar y en el cielo, con sus maravillosos matices y colores, que varían en glorioso contraste o se fusionan armoniosamente, contemplamos su gloria. Las montañas eternas hablan de su poder. Los árboles que hacen ondear sus verdes estandartes a la luz del sol, las flores en su delicada belleza, señalan a su Creador. El verde vivo que alfombra la tierra habla del cuidado de Dios por la más humilde de sus criaturas. Las cuevas del mar y las profundidades de la tierra revelan sus tesoros. El que puso las perlas en el océano, y la amatista y el crisólito entre las rocas, ama lo bello. El sol que se levanta en los cielos es un símbolo de aquel que es la vida y la luz de todo lo que ha hecho. Todo el esplendor y la hermosura que adornan la tierra e iluminan los cielos hablan de Dios.

Por lo tanto, mientras disfrutamos de sus dones, ¿habremos de olvidarnos del Dador? Dejemos más bien que nos induzcan a contemplar su bondad y su amor, y que todo lo que hay de hermoso en nuestra patria terrenal nos recuerde el río cristalino y los campos verdes, los ondeantes árboles y las fuentes vivas, la resplandeciente ciudad y los cantores de ropas blancas de nuestra patria celestial, el mundo de belleza que ningún artista puede pintar, que ninguna lengua mortal puede describir. "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Cor. 2:9).

Morar para siempre en este hogar de los bienaventurados, llevar en el alma, el cuerpo y el espíritu, no los oscuros estigmas del pecado y de la maldición, sino la perfecta semejanza de nuestro Creador, y a través de los siglos sin fin progresar en sabiduría,

conocimiento y santidad, explorando siempre nuevos campos del pensamiento, hallando siempre nuevos prodigios y nuevas glorias, creciendo siempre en capacidad de conocer, disfrutar y amar, sabiendo que quedan todavía delante de nosotros gozo, amor y sabiduría infinitos, tal es el fin hacia el cual se dirige la esperanza del cristiano, el fin para el cual nos prepara la educación cristiana. Obtener esta educación y ayudar a otros a obtenerla debiera ser el propósito de la vida del cristiano (*Consejos para los maestros*, págs. 48-54).

9

Lo falso y lo verdadero en la educación

La inteligencia maestra en la confederación del mal trabaja siempre por tener ocultas las palabras de Dios, y poner en lugar de ellas las opiniones de los hombres. Se propone que no oigamos la voz de Dios, que nos dice: "Este es el camino, andad por él" (Isa. 30:21). Valiéndose de sistemas de educación pervertidos, hace cuanto le es posible por oscurecer la luz del cielo.

La especulación filosófica y la investigación científica que no reconocen a Dios están haciendo escépticos por miles. En las escuelas de hoy, las conclusiones a que han llegado hombres instruidos, como resultado de sus investigaciones científicas, se enseñan con empeño y se explican detenidamente; de lo que resulta evidente que si estos hombres instruidos tienen razón, la Biblia no la tiene. El escepticismo tiene atractivos para la humana inteligencia. La juventud ve en él una independencia que cautiva la imaginación, y es víctima del engaño. Satanás triunfa. Nutre toda semilla de duda sembrada en corazones jóvenes. La hace crecer y llevar fruto, y pronto se recoge abundante cosecha de incredulidad.

Precisamente por ser el corazón humano tan propenso al mal es tan peligroso arrojar semillas de escepticismo en inteligencias jóvenes. Todo lo que debilita la fe en Dios arrebata al alma el poder de resistir la tentación. La despoja de toda verdadera salvaguardia contra el pecado. Necesitamos escuelas en que se enseñe a la juventud que la grandeza consiste en honrar a Dios manifestando su carácter en la vida diaria. Por medio de su Palabra y sus obras, necesitamos aprender de Dios para que nuestras vidas realicen los designios divinos.

Autores incrédulos

Para conseguir una educación, muchos creen necesario estudiar los escritos de autores incrédulos, porque dichas obras encierran brillantes perlas del pensamiento. Pero ¿quién fue el que creó estas perlas? Fue Dios, y Dios solo. Él es la fuente de toda luz. ¿Por qué, entonces, internarnos dentro de ese fárrago de errores encerrados en las obras de los incrédulos por causa de unas cuantas verdades intelectuales, cuando toda la verdad está a nuestra disposición?

¿Cómo es que hombres que están en guerra con el gobierno de Dios llegan a poseer la sabiduría de la que a veces hacen gala? Satanás mismo fue educado en las aulas celestiales, y tiene conocimiento tanto del bien como del mal. Sabe mezclar lo precioso con lo vil, y esto es lo que le da el poder de engañar. Pero, porque Satanás se haya revestido de esplendor celestial, ¿lo habremos de recibir como ángel de luz? El tentador tiene sus agentes, educados según sus métodos, inspirados por su espíritu e idóneos para su obra. ¿Cooperaremos nosotros con ellos? ¿Recibiremos las obras de sus agentes como esenciales para que uno se eduque?

Si el tiempo y los esfuerzos gastados en sacar alguna que otra idea brillante de las enseñanzas de los incrédulos se dedicaran a estudiar las preciosas enseñanzas de la Palabra de Dios, millares que hoy día se encuentran en tinieblas y en sombra de muerte gozarían en la gloria de la Luz de la vida.

Conocimientos históricos y teológicos

Como preparación para la obra cristiana, muchos creen necesario adquirir extenso conocimiento de escritos históricos y teológicos. Se figuran que este conocimiento los ayudará para enseñar el evangelio. Pero el estudio laborioso de las opiniones de los hombres tiende a debilitar su ministerio, más bien que a

fortalecerlo. Cuando veo bibliotecas atestadas de enormes obras de erudición histórica y teológica, me pregunto: ¿Para qué gastar dinero en lo que no es pan? El capitulo sexto de S. Juan nos dice más de lo que podemos encontrar en semejantes obras. Dice Cristo: "Yo soy el pan de vida: el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás". "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre". "El que cree en mí, tiene vida eterna". "Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (Juan 6:35, 51, 47, 63).

Hay un estudio de la historia que no debe condenarse. La historia sagrada fue uno de los estudios que se hacían en las escuelas de los profetas. En la crónica de su trato con las naciones, se trazaban las huellas de Jehová. Así también debemos considerar actualmente los tratos de Dios con las naciones de la tierra. Debemos ver en la historia el cumplimiento de la profecía, debemos estudiar las obras de la Providencia en los grandes movimientos de la Reforma y entender la marcha de los acontecimientos en la reunión de las naciones para el conflicto final de la gran controversia.

Semejante estudio suministrará ideas amplias y comprensivas de la vida. Nos ayudará a entender algo de las relaciones y la dependencia de ella, nos enseñará cuán maravillosamente unidos estamos en la gran fraternidad de la sociedad y de las naciones, y hasta qué extensión la opresión y la degradación de un solo miembro perjudica a todos.

Pero la historia tal como se la suele estudiar se relaciona con las hazañas de los hombres, sus victorias en la guerra, y su éxito en alcanzar poder y grandeza. Pero la intervención de Dios en los asuntos de los hombres se pierde de vista. Pocos estudian la realización del designio divino en el levantamiento y el decaimiento de las naciones.

La teología también, hasta cierto punto, tal como es estudiada y

enseñada, no es más que la consignación de la especulación humana, que sólo "oscurece el consejo con palabras sin sabiduría" (Job 38:2). Muchas veces el motivo para acumular tantos libros como estos no es el deseo de sacar de ellos alimento para el espíritu y el alma, sino más bien la ambición de familiarizarse con filósofos y teólogos, el deseo de presentar el cristianismo al pueblo en forma y proposiciones cultas.

No todos los libros escritos pueden contribuir a una vida santa. "Aprended de mí –decía el gran Maestro– 'llevad mi yugo sobre vosotros'; aprended mi mansedumbre y mi humildad" (ver Mat. 11:29). El orgullo intelectual de ustedes no los ayudará a entrar en contacto con almas que están pereciendo por falta del Pan de vida. Al estudiar estos libros, ustedes les dan el lugar que ocupan en perjuicio y menoscabo de las lecciones prácticas que deberían aprender de Cristo. Con los resultados de este estudio no se alimenta al pueblo. Muy pocas de las tantas investigaciones que cansan la inteligencia proporcionan lo que puede ayudar a uno para trabajar con éxito en bien de las almas.

El Salvador vino "para dar buenas nuevas a los pobres" (Luc. 4:18). En su enseñanza, hacía uso de los términos más sencillos y de las imágenes más claras. Y se decía que "gran multitud del pueblo le oía de buena gana" (Mar. 12:37). Los que procuran hacer su obra en este tiempo necesitan una inteligencia más profunda de las lecciones que él dio.

Las palabras del Dios vivo son las más elevadas de toda educación. Los que sirven al pueblo necesitan comer del Pan de vida. Este les dará fuerza espiritual; entonces serán aptos para servir a todas las clases del pueblo.

Los clásicos

En los colegios y las universidades, millares de jóvenes dedican

buena parte de los mejores años de su vida al estudio del griego y del latín. Y, mientras están empeñados en sus estudios, la mente y el carácter se amoldan según los malos sentimientos de la literatura pagana, cuya lectura es generalmente considerada como parte esencial del estudio de estos idiomas.

Los que se han familiarizado con los clásicos declaran que "las tragedias griegas están llenas de incestos, muertes, y sacrificios humanos hechos a dioses sensuales y vengativos". Mucho mejor sería para el mundo que se prescindiera de la educación conseguida de semejantes fuentes. "¿Andará el hombre sobre las brasas sin que sus pies se quemen?" (Prov. 6:28). "¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie" (Job 14:4). ¿Podemos esperar, entonces, que la juventud desarrolle un carácter cristiano mientras que su educación es amoldada por la enseñanza de los que hacen mofa de los principios de la Ley de Dios?

Al hacer a un lado toda restricción, y al sumirse en diversiones desvergonzadas, en disipaciones y vicios, los estudiantes no hacen sino seguir el ejemplo puesto ante sus inteligencias por estos estudios. Hay carreras en que el conocimiento del griego y del latín es necesario. Hay algunos que tienen que estudiar estos idiomas. Pero el conocimiento de ellos, indispensable para fines prácticos, puede adquirirse sin el estudio de una literatura corrompida y corruptora.

El conocimiento del griego y del latín no es de necesidad para muchos. El estudio de idiomas muertos debería ser pospuesto al estudio de temas que enseñen a hacer uso provechoso de todas las facultades del cuerpo y de la mente. Es locura para los estudiantes gastar tiempo en el estudio de idiomas muertos o en el conocimiento de libros en cualquier ramo, en menoscabo de una preparación para las obligaciones de la vida práctica.

¿Qué llevan consigo los estudiantes al salir de la escuela?

¿Adónde van? ¿Qué van a hacer? ¿Tienen el caudal de conocimientos necesarios para enseñar a otros? ¿Han sido educados para ser buenos padres y madres de familia? ¿Pueden ponerse a la cabeza de un hogar como maestros entendidos? La única educación digna de este nombre es la que induce a los jóvenes y a las jóvenes a ser buenos cristianos, la que los habilita para cargar con las responsabilidades de la vida, y para guiar a sus familias. Esta educación no se adquiere en el estudio de los clásicos paganos...

Ficción de alto estilo

Hay obras de imaginación que fueron escritas con el objetivo de enseñar la verdad o dar a conocer algún gran mal. Varias de estas obras han hecho algún bien. Sin embargo, no han dejado de hacer un daño indecible. Encierran declaraciones y descripciones de estilo refinado que excitan la imaginación y despiertan toda una serie de pensamientos llenos de peligro, especialmente para la juventud. Las escenas en ellos descritas repercuten una y muchas veces en el pensamiento del lector. Semejantes lecturas inhabilitan la mente para una obra provechosa, y la imposibilitan para el ejercicio espiritual. Destruyen el interés por la Biblia. Las cosas del cielo ocupan poco lugar en el pensamiento. Al detenerse el espíritu en las escenas de impureza presentadas, se despierta la pasión y dan por resultado el pecado.

Aun la ficción que no contenga alusiones a la impureza, y que se haya propuesto por fin enseñar excelentes principios, no deja de ser perjudicial. Fomenta el hábito de la lectura rápida y superficial, sólo por el interés de la intriga. Así tiende a destruir la facultad de pensar con hilación y vigor; incapacita al alma para contemplar los grandes problemas del deber y del destino.

Al dar alas al amor por pura diversión, la lectura de obras de imaginación produce hastío de los deberes prácticos de la vida. Con

su poder excitante y emponzoñador, es causa no pocas veces de enfermedad mental y física. Más de un hogar miserable y descuidado, más de un inválido para toda la vida, más de un asilado de la casa de locos han llegado a ser lo que son debido a la lectura de novelas.

Se insiste muchas veces en que, para arrancar de la juventud el gusto por la literatura pasional o indigna, habría que proporcionarle mejor clase de literatura de imaginación. Pero esto es como intentar curar a un borracho dándole, en vez de aguardiente, bebidas fermentadas más suaves, tales como vino, cerveza o sidra. El uso de estas bebidas fomentaría continuamente el apetito para estimulantes más fuertes. La única seguridad para el borracho, y la única salvaguardia para el hombre templado, es la abstinencia total. Para el aficionado a la ficción rige la misma regla. La abstinencia total es su única seguridad.

Mitos y cuentos de hadas

En la educación de niños y de jóvenes, los cuentos de fantasía, los mitos y las novelas de ficción ocupan un lugar muy grande. Se hace uso en las escuelas de libros de semejante carácter, y se encuentran en muchos hogares. ¿Cómo pueden permitir los padres cristianos que sus hijos se nutran de libros tan llenos de falsedades? Cuando los niños preguntan el significado de cuentos tan contrarios a la enseñanza de sus padres, se les contesta que dichos cuentos no son verdad; pero esta contestación no acaba con los malos resultados de tal lectura. Las ideas presentadas en estos libros extravían a los niños, les dan falsas ideas de la vida y fomentan en ellos el deseo de lo que es vano e ilusorio.

El uso tan general de semejantes libros en nuestros días es uno de los ardides de Satanás. Procura este distraer las mentes de viejos y jóvenes de la gran obra de la formación del carácter. Él se propone que nuestros hijos y nuestros jóvenes sean arrasados por los

engaños destructores con que sigue llenando el mundo. Por eso procura distraer el espíritu de unos y otros de la Palabra de Dios, y de este modo impedirles que consigan un conocimiento de las verdades que podrían servirles de salvaguardia.

Jamás deberían ponerse en las manos de niños y de jóvenes libros que perviertan la verdad. No hay que consentir en que nuestros hijos, en el curso de su educación, reciban ideas que resulten ser semilla de pecado. Si las personas de edad madura dejaran de leer semejantes libros, se sentirían en situación más segura, y su ejemplo y su influencia en la buena dirección facilitarían la tarea de guardar de la tentación a la juventud.

Una fuente más pura

Tenemos en abundancia lo que es real, lo que es divino. Los que tienen sed de conocimientos no necesitan acudir a fuentes corrompidas. Dice el Señor: "Inclina tu oído y oye las palabras de los sabios, y aplica tu corazón a mi sabiduría... Para que tu confianza sea en Jehová, te las he hecho saber hoy a ti también. ¿No te he escrito tres veces en consejos y en ciencia, para hacerte saber la certidumbre de las palabras de verdad, con el fin de que vuelvas a llevar palabras de verdad a los que te enviaron?" (Prov. 22:17, 19-21).

"Él estableció testimonio en Jacob, y puso ley en Israel; la cual mandó a nuestros padres que la notificasen a sus hijos". "Contando a la generación venidera las alabanzas de Jehová, y su potencia, y las maravillas que hizo". "Para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, con el fin de que pongan en Dios su confianza" (Sal. 78:5, 4, 6, 7). "La bendición de Jehová es la que enriquece, y no añade tristeza con ella" (Prov. 10:22).

La enseñanza de Cristo

Así también Cristo presentó los principios de la verdad en el evangelio. En su enseñanza podemos beber de las fuentes puras que manan del Trono de Dios. Cristo hubiera podido impartir a los hombres conocimientos que hubieran sobrepujado cualquier descubrimiento anterior y dejar en segundo plano todo otro descubrimiento. Hubiera podido descubrir misterio tras misterio, y concentrar alrededor de estas maravillosas revelaciones el pensamiento activo y serio de generaciones sucesivas hasta el fin de los tiempos. Pero no quiso dejar pasar ni un momento sin enseñar la ciencia de la salvación. Su tiempo, sus facultades, y su vida no los apreció ni aprovechó sino como medios para realizar la salvación de los hombres. Vino a buscar y salvar lo que se había perdido, y nada le distrajo de su propósito. Ni lo hubiera consentido tampoco.

Cristo impartió únicamente el conocimiento que podía ser aprovechado. Su instrucción al pueblo se limitaba a las necesidades de la condición de este en la vida práctica. No satisfacía la curiosidad que llevaba a la gente al Salvador con cuestiones no fundamentales. Se valía de todas ellas para dirigir llamamientos solemnes, serios y vitales. A los que tenían ardientes deseos de tomar frutas del árbol de la ciencia, les ofrecía el fruto del árbol de la vida. Todos los caminos les eran cerrados menos el que lleva a Dios. Toda fuente les era cegada, menos la de la vida eterna.

Nuestro Salvador no alentaba a nadie a asistir a las escuelas rabínicas de aquel tiempo, porque allí sus espíritus serían corrompidos con la muletilla aquella de: “Dicen”, o “Se ha dicho”. Y, efectivamente, ¿por qué aceptaríamos como suprema sabiduría las palabras inciertas de los hombres, cuando disponemos de una sabiduría más grande e infalible?

Lo que yo he visto de las cosas eternas y de la debilidad humana me ha impresionado hondamente y ha influido en el trabajo de mi

vida. No veo nada en que el hombre pueda ser alabado ni glorificado. No veo motivo de confianza ni de alabanza en las opiniones de los hombres de saber mundano y de los así llamados grandes. ¿Cómo pueden los que están destituidos de la iluminación divina formarse exacta idea de los planes y los caminos de Dios? O niegan a Dios e ignoran su existencia, o circunscriben su poder limitándolo a sus propios conceptos finitos.

Conocimiento que puede ser aprovechado

Prefiramos ser enseñados por aquel que creó los cielos y la tierra, por aquel que dispuso las estrellas en su orden en el firmamento, y que señaló al sol y la luna su obra respectiva.

Es bueno que la juventud se dé cuenta de que debe alcanzar el más alto desarrollo de sus facultades intelectuales. No está en nuestro ánimo el poner límites a la educación que Dios ha hecho ilimitada. Pero lo que logramos de nada nos sirve si no lo aplicamos para honra de Dios y beneficio de la humanidad.

No es bueno llenar la mente de estudios que requieren intensa aplicación pero que de nada valen para fines prácticos. Semejante educación será una pérdida para el estudiante, pues estos estudios disminuyen el interés y la afición del joven por los que lo prepararían para una vida provechosa y lo harían capaz de cumplir con sus responsabilidades. Una educación práctica vale mucho más que cualquier acopio de meras teorías. No basta tener conocimiento. Tenemos que saber también cómo aprovecharlo debidamente.

El tiempo, los recursos, y el estudio que tanto se gastan en una educación relativamente inútil deberían dedicarse a adquirir una educación que hiciera hombres y mujeres prácticos, capaces de llevar las responsabilidades de la vida. Semejante educación será en extremo valiosa (*Consejos para los maestros*, págs. 365-374).

Educación del corazón

Necesitamos conocimientos que robustezcan la mente y el alma, y nos hagan mejores hombres y mujeres. La educación del corazón es mucho más importante que lo aprendido de los libros. Es bueno, hasta esencial, poseer cierto conocimiento del mundo en el que vivimos; pero si no tenemos en cuenta la eternidad, experimentaremos un fracaso del cual jamás nos repondremos...

Si la juventud se diera cuenta de su propia debilidad, encontraría su fuerza en Dios. Si permitiera que Dios le diese enseñanza, se haría sabia en la sabiduría divina, y su vida redundaría en bendiciones para el mundo. Pero, si dedica su inteligencia al mero estudio mundano y especulativo, y así se separa de Dios, perderá cuanto enriquece la vida (*El ministerio de curación*, pág. 356, ed. PP).

10

El verdadero ideal para nuestra juventud

En virtud de un concepto erróneo de la verdadera naturaleza y el verdadero objetivo de la educación, muchos han sido inducidos a serios y hasta fatales errores. Se comete esa falta cuando se descuida la regulación del corazón o el establecimiento de principios rectos al hacer esfuerzos para obtener cultura intelectual, o cuando, en el ávido deseo de ganancias temporales, se hace caso omiso de los intereses eternos.

Es justo que los jóvenes piensen en dar a sus facultades naturales el máximo desarrollo. No quisiéramos restringir la educación para la cual Dios no ha establecido límite. Pero, nuestras conquistas no tendrán valor alguno si no se emplean para honra de Dios y bien de la humanidad. A menos que nuestro conocimiento sea el escalón que nos permita llegar hasta los más elevados propósitos, no tendrá valor alguno.

Se me ha presentado insistentemente la necesidad de establecer escuelas cristianas. En las escuelas de hoy, se enseñan muchas cosas que son más bien un obstáculo que un beneficio. Se necesitan escuelas donde se haga de la Palabra de Dios la base de la educación. Satanás es el gran enemigo de Dios, y su designio constante es apartar a las almas de la lealtad que deben al Rey del cielo. Quisiera tener disciplinadas las mentes de tal modo que los hombres y las mujeres ejerciesen influencia en el sentido del error y la corrupción moral, en vez de usar sus talentos en el servicio de Dios. Logra eficazmente su objetivo cuando, pervirtiendo sus ideas acerca de la educación, consigue poner de su parte a los padres y los maestros; pues una educación desacertada a menudo coloca la inteligencia en el sendero de la incredulidad.

En muchas de las escuelas y los colegios de hoy se enseñan cuidadosamente y se explican de manera cabal las conclusiones a las que los sabios han llegado como resultado de sus investigaciones científicas, mientras se hace la evidente impresión de que, si estos eruditos están en lo cierto, la Biblia no puede tener razón. Se encubren las espinas del escepticismo; se las disimula con la lozanía y el verdor de la ciencia y la filosofía. El escepticismo es atrayente para la mente humana. Los jóvenes ven en él una independencia que cautiva su imaginación, y acaban por ser engañados. Satanás triunfa: sucede conforme a su designio. Alimenta toda semilla de duda sembrada en los corazones juveniles y bien pronto se recolecta una abundante cosecha de incredulidad.

No podemos permitir que la mente de nuestros jóvenes se contamine así, por cuanto debemos depender de ellos para llevar adelante la obra del futuro. Deseamos para nuestra juventud algo más que la oportunidad de educarse en las ciencias. La ciencia de la verdadera educación es la verdad, que ha de impresionarse tan hondamente en el alma que no pueda ser borrada por el error que abunda por doquier.

La Palabra de Dios debiera ocupar un lugar –el primero– en todo sistema de educación. Como potencia educativa, es más valiosa que los escritos de todos los filósofos de todos los siglos. En su amplitud de estilo y temas hay algo capaz de interesar y educar la mente, y de ennoblecer todo interés. La luz de la Revelación brilla claramente en el lejano pasado donde los anales humanos no arrojan ni un rayo de luz. Hay, en ella, poesía que ha causado la sorpresa y admiración del mundo. En belleza que resplandece, en majestad solemne y sublime, en conmovedora ternura, no ha sido igualada por las producciones más brillantes del genio humano. Hay en ella una sana lógica y una elocuencia llena de vehemencia. En ella hay, como retratados, nobles actos de hombres nobles, ejemplos de virtud privada y de honor público, lecciones de piedad

y de pureza.

No hay en la vida situación alguna, no hay fase de la experiencia humana, para la cual no contenga la Biblia valiosa instrucción. Gobernante y gobernado, amo y criado, comprador y vendedor, prestador y prestatario, padre e hijo, maestro y discípulo: todos pueden encontrar en ella lecciones de incalculable valor.

Pero, por sobre todo, la Palabra de Dios expone el plan de salvación: muestra cómo el hombre pecador puede reconciliarse con Dios; establece los grandes principios de la verdad y del deber que debieran gobernar nuestra vida y nos promete el auxilio divino en su observancia. Va más allá de esta vida fugaz, más allá de la breve y turbia historia de nuestra humanidad. Abre ante nuestra vista el extenso panorama de las edades eternas, edades no oscurecidas por el pecado ni la tristeza. Nos enseña cómo participar de la morada de los benditos y nos invita a cimentar allí nuestras esperanzas y afectos.

Los verdaderos móviles de servicio han de mantenerse delante de viejos y de jóvenes. Se ha de enseñar a los alumnos de manera tal que lleguen a desarrollarse en hombres y mujeres útiles. Ha de emplearse todo recurso que pueda elevarlos y ennoblecerlos. Se les ha de enseñar a dar a sus facultades el mejor uso. Se han de ejercitar igualmente las facultades físicas y mentales. Han de cultivarse hábitos de orden y disciplina. Se ha de hacer ver a los alumnos el poder que ejerce una vida pura y sincera. Esto los ayudará en la preparación para un servicio útil. De día en día crecerán en pureza y vigor, y mediante la gracia de Dios y el estudio de su Palabra irán preparándose mejor para luchar decididamente contra el mal.

La verdadera educación consiste en inculcar aquellas ideas que han de impresionar la mente y el corazón con el conocimiento de Dios el Creador y de Jesucristo el Redentor. Tal educación renovará

la mente y transformará el carácter. Dará vigor a la mente y la fortalecerá para oponerse a las engañosas sugestiones del adversario de las almas y nos hará capaces de comprender la voz de Dios. Habilitará al entendido para llegar a ser un colaborador de Cristo.

Si nuestros jóvenes obtienen este conocimiento, podrán conseguir todo lo restante que sea esencial; pero si no, todo el conocimiento que puedan adquirir del mundo no los colocará en las filas del Señor. Pueden reunir todo el saber que puedan dar los libros y, no obstante, ser ignorantes de los principios de justicia que les podrían dar un carácter aprobado por Dios.

Los que están tratando de adquirir conocimiento en las escuelas de la tierra debieran recordar que otra escuela los reclama igualmente por alumnos: la escuela de Cristo. En ella no se gradúan jamás los estudiantes. Entre sus alumnos se cuentan viejos y jóvenes. Los que dan oído a las instrucciones del Maestro divino obtienen constantemente más sabiduría y nobleza de alma; y de ese modo están preparados para ingresar en aquella escuela superior donde los progresos continuarán por toda la eternidad.

La sabiduría infinita expone ante nosotros las grandes lecciones de la vida: las lecciones del deber y la felicidad. Con frecuencia cuesta aprenderlas; pero, sin ellas no podemos hacer verdaderos progresos. Pueden costarnos esfuerzo, lágrimas y hasta agonía, pero no hemos de vacilar ni desfallecer. Es en este mundo, en medio de sus pruebas y tentaciones, donde tenemos que obtener la idoneidad para estar en compañía de los ángeles puros y santos. Los que llegan a preocuparse tanto con estudios de menor importancia que acaban por dejar de aprender en la escuela de Cristo están sufriendo una pérdida infinita.

Toda facultad, todo atributo con que el Creador ha dotado a los hijos de los hombres ha de ser empleado para su gloria, y es en

dicho empleo donde se halla su ejercicio más puro, noble y dichoso. Los principios del cielo debieran hacerse los principios supremos de la vida y todo paso que se adelante en la adquisición de saber o en la cultura de la inteligencia debiera ser un paso hacia la semejanza de lo humano con lo divino.

A muchos de los que ponen a sus hijos en nuestras escuelas les sobrevendrán fuertes tentaciones, debido a que quieren que estos obtengan lo que el mundo considera como educación más esencial. Pero, ¿qué es lo que constituye la educación más esencial, a no ser que sea la que se obtiene de aquel Libro que es el fundamento del verdadero saber? Los que consideran como esencial el conocimiento obtenido de acuerdo con la educación mundana se equivocan mucho, y esa equivocación los llevará a ser gobernados por opiniones humanas y falibles.

Los que buscan la educación que el mundo tiene en tan alta estima se van alejando gradualmente de los principios de la verdad, hasta que llegan a estar educados como los mundanos. ¡A qué precio han obtenido su educación! Se han alejado del Espíritu Santo de Dios. Eligieron aceptar lo que el mundo llama saber en lugar de las verdades que Dios ha entregado a los hombres por medio de sus ministros, profetas y apóstoles.

Recae sobre los padres y las madres la responsabilidad de dar una educación cristiana a los hijos que se les ha confiado. En ningún caso han de permitir que los negocios de cualquier índole les absorban el pensamiento, el tiempo y los talentos a tal punto que dejen a sus hijos ir a la deriva hasta que se hallen separados grandemente de Dios. No han de permitir que sus hijos se escapen de sus manos para caer en las de los incrédulos. Han de hacer todo lo que puedan para impedir que se saturen del espíritu del mundo. Han de educarlos para que lleguen a ser obreros juntamente con Dios. Han de ser la mano humana de Dios, preparándose a sí

mismos y a sus hijos para una vida sin fin.

Hay una obra seria que hacer por los niños. Antes de que el castigo se derrame sobre los habitantes de la tierra, el Señor llama a los que son israelitas de verdad para que lo sirvan. Junten a sus hijos en sus propias casas, separándolos de aquellos que proclaman las palabras de Satanás y están desobedeciendo los mandamientos de Dios.

Abarquemos, en nuestra obra educativa, a muchos más niños y jóvenes, y habrá todo un ejército de misioneros listos para trabajar para Dios.

Nuestras instituciones de enseñanza tienen mucho que hacer en el sentido de hacer frente a la demanda de obreros preparados para los campos misioneros. Hacen falta obreros en todo el mundo. La verdad de Dios ha de ser llevada a los países extranjeros, para que los que están en tinieblas reciban la luz. Hay necesidad de talentos cultivados en cualquier parte de la obra de Dios. Dios ha dispuesto que nuestras escuelas sean el medio de desarrollar obreros para él; obreros de los cuales no tenga que avergonzarse. Él pide a nuestros jóvenes que ingresen en nuestras escuelas y se preparen rápidamente para el servicio (*Review and Herald*, 22 de agosto de 1912; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 541-545).

11

La necesidad de una reforma educativa

"Reedificarán las ruinas antiguas, y levantarán los asolamientos primeros, y restaurarán las ciudades arruinadas, los escombros de muchas generaciones". "Y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar" (Isa. 61:4; 58:12). Estas palabras de la Inspiración señalan, a los creyentes en la verdad presente, la obra que debe hacerse ahora en la educación de nuestros niños y nuestros jóvenes. Cuando la verdad para estos últimos días llegó al mundo en la proclamación de los mensajes del primer, segundo y tercer ángeles, se nos mostró que en la educación de nuestros niños debía introducirse un orden de cosas diferente; pero ha llevado mucho tiempo el comprender qué cambios deben hacerse.

Nuestra obra es reformadora, y es propósito de Dios que, mediante la excelencia del trabajo hecho en nuestras instituciones educativas, se llame la atención de la gente al último gran esfuerzo por salvar a los que perecen. En nuestras escuelas no ha de rebajarse la norma de educación. Ha de levantarse siempre más alta, muy por encima de lo que está ahora; empero, la educación dada no ha de limitarse meramente a un conocimiento de los libros de texto. El estudio de los libros de texto solamente no puede proporcionar a los estudiantes la disciplina que necesitan, ni puede impartirles verdadera sabiduría. El objetivo de nuestras escuelas es proveer lugares donde los miembros más jóvenes de la familia del Señor puedan ser educados de acuerdo con su plan de crecimiento y desarrollo.

Satanás ha empleado los métodos más ingeniosos para entretejer sus planes y sus principios en los sistemas de educación, y lograr

así un poderoso dominio de la mente de niños y jóvenes. Contrarrestar sus artificios es la obra del verdadero educador. Tenemos, ante Dios, la obligación solemne y sagrada de criar a nuestros niños para él y no para el mundo; de enseñarles a no hacer alianza con el mundo sino a amar y temer a Dios, y a guardar sus mandamientos. Se les debe inculcar el pensamiento de que están formados a la imagen de su Creador y de que Cristo es el Modelo al cual deben adaptarse. Debe prestarse más seria atención a la educación que impartirá un conocimiento de la salvación, y amoldará la vida y el carácter a la semejanza divina. Es el amor de Dios, la pureza del alma entretejida en la vida a guisa de hebras de oro, lo que tiene verdadero valor. La altura que el hombre puede alcanzar así no ha sido comprendida plenamente.

Para llevar a efecto esta tarea, ha de ponerse un fundamento más amplio. Debe introducirse y adaptarse un nuevo propósito, ayudarse a los alumnos a aplicar los principios de la Biblia en todo lo que hacen. Debe señalarse claramente y eliminarse todo aquello que salga de lo recto, pues es iniquidad que no puede perpetuarse. Es importante que todo maestro ame y cultive sanos principios y doctrinas, por cuanto en ellos está la luz que ha de proyectarse en la senda de todos los alumnos.

El mensaje del tercer ángel en nuestras escuelas

En el libro del Apocalipsis leemos acerca de una obra especial que Dios quiere que su pueblo haga en estos últimos días. Él nos ha revelado su ley y nos ha mostrado la verdad para este tiempo. Esta verdad se despliega constantemente, y Dios quiere que seamos entendidos en ella, para que podamos distinguir entre lo correcto y lo erróneo, entre la justicia y la injusticia.

El mensaje del tercer ángel, la gran verdad probatoria para este tiempo, ha de enseñarse en nuestras instituciones. Es designio de Dios que por intermedio de ellas se dé esta amonestación especial,

y rayos brillantes de luz resplandecerán sobre el mundo. El tiempo es corto. Los peligros de los últimos días están muy cerca, y debemos velar y orar, estudiar y dar oído a las lecciones presentadas en el libro de Daniel y del Apocalipsis (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 409-411).

Cuando Juan fue sacado de entre los que amaba para ser desterrado a la solitaria Patmos, Cristo sabía dónde hallar a su fiel testigo. Juan dice: "Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta" (Apoc. 1:9, 10). El día del Señor es el séptimo día, el sábado de la creación. En el día que Dios santificó y bendijo, Cristo manifestó "por medio de su ángel a su siervo Juan" (1:1) las cosas que deben acontecer antes del fin de la historia del mundo, y su propósito es que seamos entendidos con respecto a ellas. No en vano declara: "Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas: porque el tiempo está cerca" (1:3). Esta es la educación que ha de darse pacientemente. Sean nuestras lecciones adecuadas al tiempo en que vivimos y nuestra instrucción religiosa dada de acuerdo con los mensajes que Dios envía (*Testimonies for the Church*, t. 6, pág. 128).

Tendremos que comparecer ante magistrados para dar razón de nuestra lealtad a la Ley de Dios, para dar a conocer los motivos de nuestra fe; y los jóvenes debieran entender estas cosas. Debieran estar al tanto de las cosas que acontecerán antes del fin de la historia del mundo. Estas cosas tienen que ver con nuestro bienestar eterno, y los maestros y los alumnos deben prestarles más atención. Por voz y pluma debe impartirse el conocimiento que será alimento a tiempo, no sólo para los jóvenes sino también para los de edad adulta (*Joyas de los testimonios*, t. 2, pág. 411).

Vivimos durante las escenas finales de estos tiempos peligrosos. El Señor previó la incredulidad que ahora prevalece con respecto a su venida; y, vez tras vez, nos ha advertido en su Palabra que este evento será inesperado. El gran día vendrá como un lazo "sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra" (Luc. 21:35). Hay, empero, dos clases. A una le dirige el apóstol estas animadoras palabras: "Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón" (1 Tes. 5:4). Algunos estarán apercibidos cuando venga el Esposo y entrarán con él a las bodas. ¡Cuán precioso es este pensamiento para aquellos que están esperando y velan por su aparición! Cristo "amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, con el fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha" (Efe. 5:25-27). Aquellos a quienes Dios ama gozan de este favor porque son de carácter amable (*Testimonies for the Church*, t. 6, pág. 129).

La importante y grandiosa obra de preparar a un pueblo que posea el carácter de Cristo y que pueda estar de pie en el Día del Señor ha de llevarse a efecto. Mientras navegamos en la corriente del mundo, no tenemos necesidad de vela ni de remo. Es al tornarnos decididamente contra la corriente cuando empieza en realidad nuestro trabajo. Satanás introducirá toda clase de teorías para pervertir la verdad. La obra avanzará con dificultad; pues, desde la caída de Adán, el mundo ha tenido por costumbre pecar (*Joyas de los testimonios*, t. 2, pág. 411).

Pero Cristo está en el campo de batalla; el Espíritu Santo está obrando. Instrumentos divinos y humanos están aliados en la obra de formar de nuevo el carácter en conformidad con el modelo perfecto, y el hombre tiene que completar lo que Dios comienza. ¿Haremos, como pueblo, esta obra impuesta por Dios?

¿Prestaremos atención cuidadosa a la luz que nos ha sido dada, no perdiendo de vista ni un momento el propósito único de preparar a los alumnos para el Reino de Dios? Si por la fe avanzamos paso a paso en la debida dirección, siguiendo al gran Guía, la luz resplandecerá en nuestro sendero y se originarán circunstancias que quiten las dificultades. La aprobación de Dios proporcionará esperanzas, y ángeles ministradores cooperarán con nosotros, trayendo luz y gracia, valor y alegría (*Testimonies for the Church*, t. 6, pág. 130).

Por lo tanto, no se pierda más tiempo en explayarse en las muchas cosas que no son esenciales y que no mantienen relación alguna con las necesidades presentes del pueblo de Dios. No se pierda más tiempo en enaltecer a los hombres que no conocen la verdad, "porque el tiempo está cerca" (Apoc. 1:3). No hay ahora tiempo para llenar la mente con teorías de lo que vulgarmente se llama "educación superior". El tiempo consagrado a aquello que no tiende a amoldar el alma a la semejanza de Cristo es tiempo perdido para la eternidad. No podemos permitir esto, por cuanto cada momento rebosa de intereses eternos. ¿Hemos de permitir ahora, cuando la gran obra de juzgar a los vivos está por empezar, que ambiciones no santificadas se posesionen del corazón y nos induzcan a descuidar la educación requerida para hacer frente a las exigencias de este tiempo de peligro? (*Joyas de los testimonios*, t. 2, pág. 411).

En cada caso ha de hacerse la importante decisión en cuanto a si hemos de recibir la marca de la bestia, o su imagen, o el sello del Dios vivo. Y ahora, al hallarnos en las márgenes del mundo eterno, ¿qué cosa puede ser de tanto valor para nosotros como el ser hallados leales y fieles para con el Dios del cielo? ¿Qué cosa existe que pudiéramos estimar por encima de su verdad y de su Ley? ¿Qué educación puede darse a los alumnos de nuestras escuelas que sea tan necesaria como un conocimiento de "qué dice la

Escritura"? (*Testimonies for the Church*, t. 6, págs. 130, 131).

Sabemos que existen escuelas que dan oportunidades para instruirse en las ciencias; pero queremos algo más que esto. La ciencia de la verdadera educación es la verdad, la cual ha de quedar grabada tan profundamente en el alma que no pueda ser borrada por el error que abunda por doquiera. El mensaje del tercer ángel es verdad, luz y poder, y el presentarlo de manera que produzca las debidas impresiones en el corazón debe ser obra de nuestras escuelas tanto como de nuestras iglesias, del maestro como del ministro. Los que aceptan puestos de educadores deben estimar cada vez más la voluntad revelada de Dios, y presentada tan clara y notablemente en Daniel y el Apocalipsis.

El estudio de la Biblia

Las urgentes necesidades que se están haciendo sentir en este tiempo exigen una educación constante en el conocimiento de la Palabra de Dios. Esta es la verdad presente. Por todo el mundo debiera haber una reforma en el estudio de la Biblia, pues hoy se necesita como nunca antes. A medida que esta reforma progrese, se realizará una obra poderosa; pues cuando Dios declaró que su Palabra no volverá a él vacía quiso decir realmente todo lo que dijo. El conocimiento de Dios y de Jesucristo, a quien envió, es la más elevada educación y ella llegará a cubrir la tierra con su maravillosa luz, como las aguas cubren la mar.

El estudio de la Biblia es especialmente necesario en las escuelas. Los alumnos debieran ser arraigados y fundados en la verdad divina. Se debiera llamar su atención no ya a los asertos de los hombres, sino a la Palabra de Dios. Por sobre todos los demás libros, la Palabra de Dios debe ser nuestro tema de estudio, el gran libro de texto, la base de toda educación; y nuestros niños deben ser educados en las verdades que ella encierra, sin atender a hábitos y costumbres precedentes. Al hacer esto, maestros y

alumnos encontrarán el tesoro escondido: la educación más elevada.

Los preceptos bíblicos han de regir la vida cotidiana. La cruz de Cristo ha de ser el tema, y nos ha de revelar las lecciones que hemos de aprender o practicar. Debe introducirse a Cristo en todos los estudios, para que los alumnos absorban el conocimiento de Dios y lo puedan representar en su carácter. Su excelencia ha de ser nuestro tema de estudio en el presente como lo será en la eternidad. La Palabra de Dios, emitida por Cristo en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, es el pan del cielo; pero mucho de lo que se llama ciencia es como manjar de invención humana, como alimento adulterado; no es el verdadero maná.

En la Palabra de Dios se halla sabiduría indubitable, inagotable; pues ella no se originó en la mente finita, sino en la infinita. Sin embargo, mucho de lo que Dios ha revelado en su Palabra es oscuro para los hombres debido a que las joyas de la verdad están sepultadas debajo de los escombros de la sabiduría y la tradición humanas. Para muchos, los tesoros de la Palabra permanecen ocultos debido a que no los han buscado con ardiente perseverancia hasta haber comprendido los preceptos de oro. La Palabra ha de ser escudriñada para que purifique a los que la reciban y los prepare para ser miembros de la familia real, hijos del Rey del cielo.

El estudio de la Palabra de Dios debiera reemplazar al de los libros que han llevado las mentes al misticismo y lejos de la verdad. Sus vivos principios, entretejidos en nuestra vida, serán nuestra salvaguardia en las pruebas y las tentaciones; su instrucción divina es la única senda para alcanzar éxito. En cuanto llegue la prueba a cada alma, habrá apostasías. Algunos resultarán traidores, temerarios, presuntuosos y engreídos, y abandonarán la verdad, haciendo naufragio de la fe. ¿Por qué? Porque no vivieron de “toda

palabra que sale de la boca de Dios" (Mat. 4:4). No cavaron hondo para hacer firme su fundamento. Cuando las palabras del Señor les son transmitidas por medio de los mensajeros escogidos, murmuran y piensan que el camino es demasiado estrecho. En el capítulo 6 de Juan leemos de algunos a quienes se creía discípulos de Cristo pero que, cuando se les presentó la clara verdad, se disgustaron y no anduvieron más con él. De la misma manera, se separarán de Cristo también esos estudiantes que son superficiales. A todo el que se ha convertido al Señor se le pide que crezca en eficiencia mediante el uso de sus talentos. Todo pámpano de la viviente Vid que no crece es cortado y desechado como cosa inútil. ¿Cuál debe ser, entonces, el carácter de la educación dada en nuestras escuelas? ¿Ha de estar de acuerdo con la sabiduría de este mundo o con la sabiduría que es de lo Alto? ¿No despertarán los maestros ante su responsabilidad en este asunto, y procurarán que la Palabra de Dios tenga un lugar mayor en la instrucción dada en nuestras escuelas?

La preparación de obreros

Uno de los grandes propósitos de nuestras escuelas es la preparación de jóvenes para servir en nuestras instituciones y en otras diferentes fases de la obra evangélica. Por doquiera se ha de explicar la Biblia a la gente. Ha llegado el momento en que, por medio de los mensajeros de Dios, el rollo de la Escritura se está desenrollando ante el mundo. La verdad encerrada en los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero ha de ir a toda nación, tribu lengua y pueblo, iluminar la oscuridad de todo continente y extenderse a las islas del mar. No se ha de permitir que cosa alguna de invención humana retarde esta obra. Para que esto pueda llevarse a efecto, hacen falta talentos cultivados y consagrados; hacen falta personas que puedan hacer excelente trabajo, con la mansedumbre de Cristo, porque esconden su yo en él. Los novicios no pueden hacer aceptablemente la obra de revelar el tesoro

oculto para enriquecer a las almas en las cosas espirituales. "Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo". "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Tim. 2:7, 15). Este encargo hecho a Timoteo debe constituir una fuerza educadora en toda familia y escuela.

Se requieren serios esfuerzos de parte de todos los que estén vinculados con nuestras instituciones, no solamente las escuelas, sino también los sanatorios y las casas editoriales, con el fin de hacer idóneos a hombres, mujeres y jóvenes para ser colaboradores de Dios. Se ha de enseñar a los estudiantes a trabajar con inteligencia, como trabajó Cristo; a revelar un carácter cristiano noble y elevado a aquellos con quienes se asocien. Los encargados de preparar a los jóvenes vinculados con cualquier fase de nuestra obra debieran ser hombres que tengan un claro concepto del valor de las almas. A menos que beban en abundancia del Espíritu Santo, el observador maligno creará circunstancias molestas. El educador debe ser sabio para discernir que mientras que la fidelidad y la bondad ganarán almas, la aspereza nunca lo logrará. Las palabras y las acciones arbitrarias incitan las peores pasiones del corazón humano. Si los hombres y las mujeres que profesan ser cristianos no han aprendido a dominar su temperamento malo e infantil, ¿cómo podrán esperar que se los honre y respete?

¡Cuánto cuidado debiera tenerse, entonces, para elegir a instructores apropiados con el fin de que no solamente sean fieles en su trabajo sino también manifiesten también el debido temperamento! Si no son dignos de confianza, deberá exonerárselos. Dios tendrá a toda institución por responsable de cualquier descuido en ver que se estimule la bondad y el amor. Nunca debiera olvidarse que Cristo mismo tiene la dirección de nuestras instituciones.

Debe designarse a los predicadores más talentosos para que enseñen la Biblia en nuestras escuelas. Los escogidos para este trabajo tienen que ser estudiantes cabales de la Biblia, que posean una profunda experiencia cristiana, y su salario debe pagarse del diezmo. Es designio de Dios que todas nuestras instituciones lleguen a ser medios para educar y desarrollar obreros de quienes él no se avergüence, obreros que puedan ser enviados como misioneros idóneos que trabajen para el Maestro; pero este fin no se ha tenido en vista. En muchos respectos nos hallamos muy rezagados en esta obra, y el Señor exige que se manifieste en ella un celo infinitamente mayor que el que hasta aquí se ha manifestado. Nos ha llamado a salir del mundo para que seamos testigos de su verdad; y, en todas nuestras filas, hombres y mujeres jóvenes debieran prepararse para ocupar puestos de utilidad e influencia.

Hay una urgente demanda de obreros en el campo misionero. Hacen falta hombres jóvenes para esta obra; Dios los solicita. Su educación es de primordial importancia en nuestros colegios y en ningún caso debiera ello ignorarse o considerarse como cosa secundaria. Es de todo punto una equivocación que los maestros, por el hecho de aconsejar otras ocupaciones, desanimen a los jóvenes que pudieran prepararse para realizar una obra aceptable en el ministerio. Los que presentan obstáculos para impedir a los jóvenes que se preparen para este trabajo están contrarrestando los planes de Dios y tendrán que dar cuenta de su proceder. Hay, entre nosotros, un elevado promedio de hombres capaces. Si sus aptitudes se pusieran en uso, tendríamos veinte ministros donde ahora tenemos uno.

Los jóvenes que se proponen entrar en el ministerio no deberían dedicar un número de años solamente a instruirse. Los maestros debieran ser capaces de comprender la situación y adaptar su enseñanza a los anhelos de esta clase, a la cual se le debería

conceder ventajas especiales para que hagan un estudio breve y compendioso de las fases más necesarias para su obra. Pero no se ha seguido este plan. No se ha prestado suficiente atención a la educación de los jóvenes para el ministerio. No tenemos muchos años para trabajar, y los maestros debieran estar henchidos del Espíritu de Dios y trabajar en armonía con su voluntad revelada, en lugar de ejecutar sus propios planes. Estamos perdiendo mucho cada año debido a que no damos oídos al consejo del Señor en este respecto.

En nuestras escuelas, los enfermeros misioneros debieran recibir lecciones de labios de médicos perfectamente idóneos y aprender, como parte de su educación, la manera de luchar con la enfermedad y mostrar el valor de los remedios naturales. Este trabajo es muy necesario. Ciudades y pueblos están sumidos en el pecado y la corrupción moral, aunque hay hombres como Lot en cada Sodoma. El veneno del pecado está obrando en el corazón de la sociedad, y Dios pide reformadores que se levanten en defensa de las leyes que él ha establecido para gobernar el organismo físico. Al mismo tiempo, deben mantener una alta norma en la disciplina de la mente y la cultura del corazón, para que el gran Médico coopere con la auxiliadora mano humana en llevar a cabo una obra de misericordia necesaria en el alivio del sufrimiento.

Es también designio del Señor que nuestras escuelas den a los jóvenes una preparación que los capacite para enseñar en cualquier división de la Escuela Sabática o para asumir cualquier cargo en ella. Veríamos un estado de cosas diferente si un número de personas jóvenes consagradas se dedicara a la obra de la Escuela Sabática tomándose la molestia de educarse y luego instruir a otros en cuanto a los mejores métodos que pudieran emplearse para guiar almas a Cristo. Esta es una fase del trabajo que da resultados.

Maestros misioneros

Deben educarse maestros para la obra misionera. Por doquiera existen oportunidades para el misionero, y no será posible proporcionar obreros procedentes de dos o tres países para responder a todos los pedidos de ayuda. Aparte de la educación de aquellos que han de ser enviados como misioneros desde nuestras Asociaciones más antiguas, deben educarse personas de diferentes partes del mundo para trabajar por sus compatriotas y sus vecinos; y, hasta donde sea posible, es mejor y más seguro para ellos obtener su educación en el campo en el que tienen que trabajar. Rara vez resulta mejor, para el obrero o para el progreso de la obra, que vaya a tierras lejanas para educarse. El Señor quiere que se haga toda provisión posible para suplir dichas necesidades, y si las iglesias reconocen sus responsabilidades sabrán cómo proceder en cualquier emergencia.

Para suplir la falta de obreros, Dios desea que se establezcan, en diferentes países, centros educativos donde los estudiantes promisorios puedan educarse en los ramos prácticos del conocimiento y en la verdad bíblica. A medida que estas personas se ocupen en el trabajo, irán dando carácter a la obra de la verdad presente en nuevos campos. Despertarán interés entre los incrédulos y ayudarán a rescatar almas de la esclavitud del pecado. Los mejores maestros deberían enviarse a los diversos países donde se han de establecer escuelas, para realizar la obra educativa (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 412-418).

Existe el peligro de concentrar demasiados medios en un solo lugar. Escuelas pequeñas, dirigidas según el plan de las escuelas de los profetas, serían de un beneficio mucho mayor. El dinero que se ha empleado en ensanchar el colegio de Battle Creek para el funcionamiento del curso ministerial, hubiera sido mejor emplearlo en establecer escuelas en distritos rurales de los Estados Unidos y en las regiones lejanas. No se necesitarán más edificios en Battle Creek; amplios medios han sido provistos ya para la

educación de los estudiantes de ese lugar. No es lo mejor que tantos estudiantes asistan a ese colegio, pues habría talento y sabiduría para dirigir solamente una determinada cantidad. El curso ministerial podría haberse ubicado en edificios ya levantados, y el dinero empleado en ensanchar el colegio habría sido mejor invertirlo en levantar edificios escolares en otras localidades.

Los nuevos edificios de Battle Creek son un estímulo para que las familias se muden a dicho lugar con el fin de educar a sus hijos en el colegio. Pero habría sido una bendición mucho mayor para todo interesado si los estudiantes hubiesen sido educados en alguna otra localidad y en mucho menor número. La agrupación de gente en Battle Creek constituye una falta tanto de los que dirigen como de los que se mudaron a dicho lugar. Hay campos mejores para empresas misioneras que Battle Creek y, sin embargo, los que están en los puestos de responsabilidad han trazado planes para tener allí todo lo de carácter más conveniente; y, con las grandes facilidades, están diciendo a la gente: "Vengan a Battle Creek; trasladen aquí a sus familias, y eduquen aquí a sus hijos".

Si algunas de nuestras grandes instituciones educativas fuesen fraccionadas en más pequeñas, y se establecieran escuelas y colegios en varios lugares, se haría mayor progreso en la cultura física, mental y moral. El Señor no ha dicho que debiera haber menos edificios, sino que ellos no se concentren en demasía en un lugar. La gran cantidad de medios invertidos en unas pocas localidades debiera haberse usado en el desarrollo de un campo más vasto, de modo que pudiera darse cabida a muchos estudiantes más.

Ha llegado el momento de levantar el estandarte de la verdad en muchos lugares, para despertar el interés y dar extensión al campo misionero hasta que circunde al mundo. Ha llegado el tiempo

cuando debiera llamarse la atención de muchos al mensaje de la verdad. Mucho puede hacerse en este sentido que no se ha hecho. Al paso que las iglesias son responsables de mantener sus propias lámparas aderezadas y encendidas, jóvenes consagrados deben ser educados en sus propios países para llevar esta obra adelante. Debieran establecerse colegios, pero no tan primorosos como los de Battle Creek y College View, sino más sencillos, de edificios más humildes, y con maestros que adoptasen los mismos planes que se siguieron en las escuelas de los profetas. En lugar de concentrar la luz en un solo sitio, donde muchos no aprecian ni aprovechan lo que se les da, la luz debiera llevarse a muchos lugares de la tierra. Si maestros consagrados, temerosos de Dios, de mentes bien equilibradas y de ideas prácticas fueran a los campos misioneros y trabajaran humildemente, impartiendo lo que han recibido, Dios daría su Santo Espíritu a muchos que están destituidos de su gracia.

Elementos de éxito

En la obra de reforma, maestros y alumnos debieran cooperar y trabajar cada uno con el mejor interés de hacer de nuestras escuelas algo que Dios pueda aprobar. La unidad de acción es necesaria para el éxito. Un ejército en batalla se vería confundido y derrotado si cada soldado entrara en acción de acuerdo con sus propios impulsos en lugar de hacerlo en armonía, bajo la dirección de un general competente. Los soldados de Cristo deben también obrar en armonía. Unas cuantas almas convertidas, unidas por un gran propósito, bajo la dirección de una cabeza, obtendrán victorias en cada encuentro.

Si existe desunión entre los que profesan creer la verdad, el mundo llegará a la conclusión de que este pueblo no puede ser de Dios, porque el uno obra en contra del otro. Cuando seamos uno con Cristo, seremos unidos entre nosotros. Los que no están en el yugo con Cristo siempre tiran para el lado opuesto. Poseen un

temperamento que pertenece a la naturaleza carnal del hombre y, a la menor excusa, su ira se despierta para oponerse a la pasión ajena. Esto produce choques y, en las reuniones de comisión, en las reuniones de junta y en las asambleas públicas, se oyen voces ruidosas que se oponen a los métodos de reforma.

La obediencia a cada palabra de Dios es otra de las condiciones del éxito. Las victorias no se obtienen por ceremonias u ostentación sino por la sencilla obediencia al supremo General: Jehová, Dios de los cielos. El que confía en este Jefe, jamás sabrá lo que es derrota. La derrota proviene de depender de los métodos humanos, de las invenciones humanas, relegando lo divino a un segundo lugar. La obediencia fue la lección que el Capitán de las huestes del Señor trató de enseñar a los vastos ejércitos de Israel; obediencia a cosas en que ellos no podían ver éxito. Cuando se preste obediencia a la voz de nuestro Jefe, Cristo dirigirá sus batallas en forma que ha de sorprender a los mayores poderes de la tierra.

Somos soldados de Cristo, y se espera de los que se alisten en su ejército que lleven a efecto trabajo dificultoso, trabajo que exigirá el máximo de sus energías. Debemos comprender que la vida de un soldado es una vida de lucha agresiva, de perseverancia y de aguante. Por Cristo, hemos de soportar pruebas. No estamos empeñados en batallas simuladas. Tenemos que hacer frente a los adversarios más poderosos, por cuanto "no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Efe. 6:12). Tenemos que encontrar nuestra fortaleza precisamente donde la hallaron los primeros discípulos: "Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos". "Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del

Espíritu Santo, y hablaron con denuedo la palabra de Dios. Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común" (Hech. 1:14; 4:31, 32) (*Testimonies for the Church*, t. 6, págs. 137-140).

12

Lo que impide la reforma

Hasta cierto punto, la Biblia ha sido introducida en nuestras escuelas y se han hecho algunos esfuerzos en el sentido de la reforma; pero es muy difícil adoptar principios rectos después de haber estado acostumbrado por tanto tiempo a los métodos populares. Las primeras tentativas para cambiar las viejas costumbres acarrearon pruebas severas para aquellos que querían andar en el camino señalado por Dios. Se han cometido errores, de los que han resultado grandes pérdidas. Ha habido obstáculos que tendieron a hacernos andar en direcciones comunes y mundanales, y a impedirnos que comprendiéramos los principios de la educación verdadera. A los inconversos, que miran las cosas desde las bajas regiones del egoísmo, de la incredulidad y de la indiferencia, los principios y los métodos correctos les parecieron erróneos.

Algunos maestros y algunos administradores, convertidos sólo a medias, son piedras de tropiezo para otros. Ceden en algunas cosas y hacen reformas a medias; pero, cuando sobreviene mayor conocimiento, rehúsan avanzar, prefiriendo trabajar de acuerdo con sus propias ideas. Al hacer esto, están tomando y comiendo de aquel árbol de conocimiento que coloca a lo humano por encima de lo divino. "Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová". "Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis

vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra" (Jos. 24:14, 15; 1 Rey. 18:21). Habríamos superado por mucho nuestra presente condición espiritual si hubiésemos avanzado a medida que nos llegaba la luz.

Cuando se abogó por nuevos métodos, se suscitaron tantas preguntas y dudas, y fueron tantas las reuniones celebradas para discernir toda dificultad, que los reformadores se vieron estorbados y algunos cesaron de pedir reformas. Parecieron incapaces de detener la corriente de duda y crítica. Fueron pocos, comparativamente, los que recibieron el evangelio en Atenas, debido a que la gente albergaba orgullo intelectual y sabiduría mundana, y reputaba por locura el evangelio de Cristo. Pero, "lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres". Por lo tanto, "predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios" (1 Cor. 1:25, 23, 24).

Nos toca ahora comenzar de nuevo. Las reformas deben emprenderse de todo corazón, alma y voluntad. Los errores pueden ser muy antiguos, pero los años no hacen del error verdad, ni de la verdad error. Se han seguido por demasiado tiempo los viejos hábitos y costumbres. El Señor quiere que maestros y alumnos desechen ahora toda idea falsa. No tenemos libertad para enseñar lo que cuadre con la norma del mundo o la norma de la iglesia, sencillamente porque así se suele hacer. Las lecciones enseñadas por Cristo han de constituir la norma. Ha de tenerse estrictamente en cuenta lo que el Señor ha dicho con respecto a la enseñanza que se ha de impartir en nuestras escuelas; pues, si en algunos respectos no existe una educación de carácter completamente diferente de la que se ha venido dando en algunas de nuestras escuelas, no necesitábamos haber gastado dinero en la

compra de terrenos y la construcción de edificios escolares.

Algunos sostendrán que, si se da preeminencia a la enseñanza religiosa, nuestras escuelas llegarán a ser impopulares y que aquellos que no son de nuestra fe no las patrocinarán. Perfectamente; vayan los tales a otras escuelas donde encuentren un sistema de educación que cuadre con sus gustos. Es el propósito de Satanás impedir, por medio de estas consideraciones, que se logre el objetivo por el cual nuestras escuelas fueron establecidas. Estorbados por estas artimañas, los dirigentes razonan a la usanza del mundo, copian sus planes e imitan sus costumbres. Muchos han demostrado su falta de sabiduría de lo Alto, hasta el extremo de unirse a los enemigos de Dios y de la verdad al proveer entretenimientos mundanos a los estudiantes. Al hacer esto atraen, sobre sí, la ira de Dios, pues desvían a los jóvenes y hacen la obra de Satanás. Esta obra, con todos sus resultados, la tendrán que arrostrar ante el tribunal de Dios.

La popularidad por las normas rebajadas

Los que siguen semejante conducta dan a entender que no se puede confiar en ellos. Después de que el mal ha sido hecho, podrán confesar su error; pero ¿podrán acaso destruir la influencia que han ejercido? ¿Se dirá el "bien, buen siervo" a los que no cumplieron su cometido? Estos obreros infieles no han edificado sobre la Roca eterna, y su fundamento resultará ser arena movediza. En vista de que el Señor nos manda ser diferentes y singulares, ¿cómo podremos apetecer la popularidad o tratar de imitar las costumbres y las prácticas del mundo? "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios" (Sant. 4:4).

Rebajar la norma para conseguir popularidad y un aumento en número, y luego hacer de este aumento un motivo de regocijo,

pone de manifiesto gran ceguedad. Si la cantidad fuese una prueba del éxito, Satanás podría pretender la preeminencia, porque en este mundo sus seguidores forman la gran mayoría. Es el grado de poder moral que compenetra una escuela lo que constituye una prueba de su prosperidad. Es la virtud, la inteligencia y la piedad de las personas que componen nuestras escuelas, y no su número, lo que debiera ser una fuente de gozo y gratitud. ¿Deberían, acaso, nuestras escuelas convertirse al mundo, y seguir sus costumbres y sus modas? "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios... No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:1, 2).

Los hombres harán uso de todos los medios para atenuar la diferencia entre los adventistas del séptimo día y los observadores del primer día de la semana. Me fue presentada una compañía que, a pesar de llevar el nombre de adventistas del séptimo día, aconsejaba que el estandarte que nos hace un pueblo singular no se destacara tanto, pues alegaban que no era el mejor proceder para dar éxito a nuestras instituciones. Pero este no es el momento de arriar nuestra bandera o avergonzarnos de nuestra fe. El estandarte distintivo, descrito con las palabras: "aquí está la paciencia de los santos; los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (Apoc. 14:12), debe flamear sobre el mundo hasta el fin del tiempo de gracia. Al paso que han de aumentarse los esfuerzos para avanzar en diversas localidades, no debe encubrirse en modo alguno nuestra fe con el fin de obtener patrocinio. La verdad ha de llegar hasta las almas que están a punto de perecer, y si de alguna manera ello es impedido, Dios queda deshonrado y la sangre de las almas estará sobre nuestras vestiduras.

Mientras los que están vinculados con nuestras instituciones anden humildemente con Dios, los seres celestiales cooperarán con

ellos; pero recuerden todos el hecho de que Dios ha dicho: "Yo honraré a los que me honran" (1 Sam. 2:30). Ni por un momento debiera darse a alguno la impresión de que sería beneficioso para él ocultar su fe y sus doctrinas a los incrédulos del mundo, por temor a que no lo tendrán en tan alta estima si llegan a conocer sus principios. Cristo demanda de todos sus seguidores una confesión de fe abierta y franca. Cada cual ha de colocarse en su puesto y ser lo que Dios quiso que sea: un espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. El universo entero mira con interés indecible para ver el fin de la gran controversia entre Cristo y Satanás. Todo cristiano ha de ser una luz, no escondida debajo de un almud o de una cama, sino colocada en el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. No se relegue jamás a último término la verdad de Dios por cobardía o conveniencia mundana (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 419-423).

Aunque en muchos respectos nuestras instituciones de enseñanza se han inclinado a ponerse en conformidad con el mundo; aunque paso a paso han avanzado hacia él, son, sin embargo, prisioneras de esperanza. El hado no ha tejido sus redes alrededor de sus labores, a tal punto que tengan que quedar impotentes y en la incertidumbre. Si quieren escuchar la voz de Dios y seguir en sus caminos, él las corregirá e ilustrará, y las volverá a colocar en su debida posición de separación del mundo. Cuando se discierna la ventaja de trabajar teniendo como base los principios cristianos, cuando el yo se oculte en Cristo, mayores progresos se harán; pues cada obrero sentirá su propia debilidad humana e implorará la sabiduría y la gracia de Dios, y recibirá la ayuda divina prometida para toda emergencia.

Las circunstancias adversas debieran dar origen a la firme determinación de vencerlas. Una barrera derribada dará mayor aptitud y valor para seguir adelante. Porfíen en seguir la debida dirección y hagan un cambio, decidida e inteligentemente.

Entonces, las circunstancias serán sus auxiliadores y no sus estorbos. Empiecen. El roble tiene su origen en la bellota.

A los docentes y los directores

Suplico a los directores de nuestros colegios que hagan uso de sano criterio y que trabajen sobre más alto nivel. Nuestros recursos educativos deben purificarse de todas las escorias. Nuestras instituciones han de dirigirse basándose en principios cristianos, si se quiere que triunfen sobre los obstáculos. Si son dirigidas atendiendo a planes de carácter mundanal, habrá falta de solidez en la obra, falta de un amplio discernimiento espiritual. La condición del mundo con anterioridad al primer advenimiento de Cristo es un cuadro de la condición del mundo precisamente en los días que precederán a su segunda venida. El pueblo judío fue destruido porque rechazó el mensaje de salvación enviado del Cielo. ¿Seguirán los de esta generación, a los cuales ha dado Dios gran luz y oportunidades maravillosas, el curso de aquellos que rechazaron la luz para ruina suya?

Hoy muchos tienen un velo sobre su rostro. Este velo consiste en la simpatía con las costumbres y las prácticas del mundo, que les ocultan la gloria del Señor. Dios quiere que mantengamos nuestros ojos fijos en él, para que perdamos de vista las cosas de este mundo.

A medida que se va introduciendo la verdad en la vida práctica, la norma ha de ser elevada más y más, para ponerse a la altura de las demandas de la Biblia. Esto hará necesaria la oposición a las modas, las costumbres, las prácticas y las máximas del mundo. Las influencias mundanas, a semejanza de las olas del mar, baten contra los seguidores de Cristo para arrancarlos de los verdaderos principios de su mansedumbre y de su gracia; pero debemos permanecer en los principios tan firmes como una roca. El hacerlo exigirá valor moral, y aquellos cuyas almas no estén aseguradas a

la Roca eterna serán arrastrados por la corriente mundana. Podremos quedar firmes solamente si nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. La independencia moral está en su sitio cuando se opone al mundo. Poniéndonos en completa armonía con la voluntad de Dios, estaremos en situación ventajosa, y veremos la necesidad de una separación terminante de las costumbres y las prácticas del mundo.

No hemos de elevar nuestra norma tan sólo un poquito sobre la norma del mundo, sino que hemos de hacer la diferencia incontestablemente evidente. La razón por la cual hemos tenido tan poca influencia sobre nuestros parientes y nuestros amigos incrédulos es que ha habido una diferencia muy poco categórica entre nuestras prácticas y las del mundo.

Muchos docentes permiten que sus mentes adopten una visión demasiado estrecha y baja. No mantienen constantemente ante su vista el plan divino, sino que fijan su mirada en los modelos mundanos. Alcen la vista a "donde Cristo está sentado a la diestra de Dios" y entonces trabajen para que sus alumnos se conformen a su perfecto carácter. Indiquen a los jóvenes la escalera de ocho peldaños de Pedro y no coloquen sus pies en el peldaño más alto sino en el más bajo, y con cálidos ruegos ínstenlos a trepar hasta la misma cumbre.

Cristo, el que une el cielo con la tierra, es la escalera. La base de ella está firmemente asegurada en la tierra por su humanidad; el peldaño más alto alcanza hasta el Trono de Dios por su divinidad. La humanidad de Cristo abraza a la humanidad caída, en tanto que su divinidad se ase al Trono de Dios. Somos salvos cuando ascendemos peldaño tras peldaño en la escalera mirando a Cristo, ascendiendo paso a paso hasta la altura de Cristo, de modo que él sea hecho para nosotros sabiduría, y justicia, y santificación y redención. Fe, virtud, ciencia, templanza, paciencia, bondad, amor

fraternal y caridad son los peldaños de esta escalera. Todas estas gracias deben manifestarse en el carácter cristiano; y "haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped. 1:10, 11).

No es cosa fácil obtener el inestimable tesoro de la vida eterna. Nadie puede hacer esto e ir a la deriva con la corriente del mundo. Ha de salir del mundo, separarse de él y no tocar lo inmundo. Nadie puede proceder como un mundano sin ser arrastrado por la corriente del mundo. Nadie hará progreso alguno en sentido ascendente sin esfuerzo perseverante. El que quiere vencer tiene que afirmarse en Cristo. No ha de mirar atrás, sino mantener la vista siempre en alto, obteniendo una gracia tras otra. La vigilancia individual es el precio de la seguridad. Satanás está jugando la partida de la vida por nuestra alma. No se inclinen a su lado ni una pulgada, no sea que obtenga ventaja sobre ustedes.

Si alguna vez alcanzamos el cielo será por ligar nuestras almas a Cristo, apoyarnos en él y romper las ataduras del mundo, sus locuras y sus encantos. Debe haber, de nuestra parte, una cooperación espiritual con los seres celestiales. Debemos creer, trabajar, orar, velar y esperar. Como hemos sido comprados por el Hijo de Dios, somos su propiedad y cada uno debiera recibir educación en la escuela de Cristo. Tanto docentes como alumnos deben hacer una obra diligente para la eternidad. El fin de todas las cosas está cerca. Se necesitan, ahora, hombres y mujeres armados y equipados para luchar en favor de Dios.

No es al hombre a quien tenemos que enaltecer sino a Dios, el solo Dios verdadero y vivo. La vida desinteresada, el espíritu generoso y abnegado, la simpatía y el amor de los que ocupan puestos de responsabilidad en nuestras instituciones debieran tener una influencia purificadora y ennoblecedora, la cual sería

elocuente en la realización del bien. Sus palabras en los consejos no provendrían, entonces, de un espíritu engreído y arrogante, sino que sus discretas virtudes serían más valiosas que el oro. Si el hombre echa mano de la naturaleza divina, procediendo por adición, añadiendo gracia a gracia en la perfección de un carácter cristiano, Dios procederá por multiplicación. Dice él en su Palabra: "Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús" (2 Ped. 1:2).

"Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová". "Oh, hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios". "¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia". "Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda" (Jer. 9:23, 24; Miq. 6:8; 7:18; Isa. 1:16, 17).

Estas son las palabras que Dios nos dirige. El pasado se halla en el libro donde todas las cosas están escritas. No podemos tachar lo escrito; pero, si escogemos aprender aquellas palabras, el pasado nos enseñará sus lecciones. Al hacer de ese pasado nuestro instructor, debemos hacerlo también nuestro amigo. Al recordar un pasado desagradable, enséñenos este a no incurrir en el mismo error. Nada se registre en el futuro que luego sea causa de remordimiento.

Podemos evitar un mal informe. Con cada día que transcurre,

vamos haciendo nuestra historia. El ayer está fuera del alcance de nuestra enmienda o manejo; el hoy es lo único que nos pertenece. Luego, no contristemos hoy al Espíritu de Dios; pues mañana no podremos anular lo que hemos hecho. Hoy será entonces ayer.

Tratemos de seguir el consejo de Dios en todas las cosas, porque él es infinito en sabiduría. Aunque en el pasado no hemos llegado a hacer lo que pudiéramos haber hecho en favor de nuestros niños y nuestros jóvenes, arrepintámonos ahora y redimamos el tiempo. El Señor dice: "Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho" (Isa. 1:18-20). El mensaje "Avanzad" ha de oírse y repetirse todavía. Las cambiantes circunstancias que se suceden en nuestro mundo requieren una labor que convenga a estos cambios. El Señor necesita hombres de viva espiritualidad y de clara visión, hombres que en verdad estén recibiendo maná fresco del Cielo. El Espíritu Santo obra sobre el corazón de tales hombres, y la Palabra de Dios hace brillar la luz en la mente, revelándoles más que nunca la verdadera sabiduría (*Testimonies for the Church*, t. 6, págs. 145-150).

La educación dada a los jóvenes amolda toda la estructura social. Por todo el mundo la sociedad está en desorden, y se necesita una completa transformación. Muchos creen que mejores recursos educativos, mayor pericia y métodos más recientes pondrán las cosas en su lugar. Profesan creer y aceptar los oráculos vivos, y no obstante dan a la Palabra de Dios un puesto inferior en el gran cuadro de la educación. Lo que debiera estar primero es hecho accesorio de las invenciones humanas.

Es muy fácil dejarse llevar por planes, métodos y costumbres del

mundo y no dedicar al tiempo en que vivimos o a la gran obra que debe hacerse más reflexión de la que dedicaron a su tiempo los contemporáneos de Noé. Existe el peligro constante de que nuestros educadores sigan el mismo camino que los judíos, amoldándose a costumbres, prácticas y tradiciones que Dios no dio. Con tenacidad y firmeza, algunos se adhieren a viejos hábitos y a una afición por diversos estudios que no son esenciales, como si su salvación dependiera de estas cosas. Al hacer esto, se apartan de la obra especial de Dios, y dan a los estudiantes una educación deficiente y errónea. Las mentes son desviadas de un sencillo "Así dice Jehová", que entraña intereses eternos, hacia teorías y enseñanzas humanas. La revelación de Dios, verdad eterna e infinita, es explicada según interpretaciones humanas, cuando solamente el poder del Espíritu Santo puede revelar las cosas espirituales. La sabiduría humana es insensatez, pues pasa por alto el conjunto de las providencias de Dios, que miran a la eternidad.

***

Los reformadores no son destructores. Jamás tratarán de arruinar a los que no estén en armonía con sus planes ni se amolden a ellos. Los reformadores deben avanzar, no retroceder. Deben ser decididos, firmes, resueltos, indómitos; empero, la firmeza no debe degenerar en un espíritu autoritario. Dios quiere que todos los que lo sirvan sean firmes como una roca, en cuanto a principios se refiere, pero mansos y humildes de corazón, como lo fue Cristo. Entonces, permaneciendo en Cristo, podrán hacer la obra que él haría si estuviera en el lugar de ellos. Un espíritu brusco y condenador no es esencial para ser heroico en las reformas de este tiempo. Todos los métodos egoístas que se practiquen en el servicio de Dios son una abominación delante de él (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 423, 424).

13

El peligro de la educación mundana

Muchos de los que colocan a sus hijos en nuestras escuelas tendrán grandes tentaciones porque desean para ellos lo que el mundo considera la educación más esencial. A los tales, quiero decirles: Presenten a sus hijos la sencillez de la Palabra, y ellos estarán seguros. Este Libro es el fundamento de todo verdadero conocimiento. La más alta educación que pueden recibir consiste en aprender a añadir a su "fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan –declara la Palabra de Dios–, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo... porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped. 1:5-11).

Cuando se pone a un lado la Palabra de Dios, por libros que apartan del Señor y confunden el entendimiento acerca de los principios del Reino de los cielos, la educación impartida es una perversión del vocablo. A menos que el estudiante reciba alimento mental puro, cabalmente limpio de todo lo que se llama "educación superior" y está impregnado de incredulidad, no puede conocer verdaderamente a Dios. Únicamente los que cooperan con el Cielo en el plan de salvación pueden saber lo que significa, en su sencillez, la verdadera educación.

Los que procuran lo que el mundo estima tanto se ven gradualmente alejados de los principios de la verdad, hasta llegar a ser personas educadas mundanalmente. ¡Y qué precio han pagado

por su educación! Se han apartado del Santo Espíritu de Dios. Han preferido aceptar lo que el mundo llama conocimiento en lugar de las verdades que Dios ha confiado a los hombres por sus ministros, apóstoles y profetas.

Y hay personas que, habiendo obtenido esta educación mundana, creen que pueden introducirla en nuestras escuelas. Existe el constante peligro de que los que trabajan en nuestras escuelas y nuestros sanatorios alberguen la idea de que deben ponerse a la par del mundo, estudiar las cosas que el mundo estudia y familiarizarse con las cosas comunes para el mundo. Cometeremos graves errores a menos que dediquemos especial atención al estudio de la Palabra. En nuestras escuelas, la Biblia no debe introducirse entre enseñanzas de la incredulidad. Debe ser el fundamento y la materia principal de la educación. Es verdad que sabemos mucho más de esta Palabra de lo que sabíamos en lo pasado, pero tenemos todavía mucho que aprender (*Consejos para los maestros*, págs. 16, 17).

***

Satanás trabaja por hacer vana la oración de Cristo. Hace constantes esfuerzos por crear amargura y discordia; pues, donde hay unión, hay fuerza; una unidad que todas las potestades del infierno no pueden quebrantar. Todos los que ayuden a los enemigos de Dios, acarreando sobre su pueblo debilidad, tristeza y desaliento por medio de sus propias maneras y temperamentos perversos, están obrando directamente en contra de la oración de Cristo (Testimonies for the Church, t. 6, pág. 151).

14

Nuestros hijos y nuestros jóvenes exigen nuestro cuidado

Ha sido por completo demasiado escasa la atención prestada a nuestros niños y nuestros jóvenes, y ellos no han alcanzado a desarrollarse como debieran en la vida cristiana, porque los miembros de la iglesia no los han considerado con ternura y simpatía, deseando que progresaran en la vida divina.

En nuestras iglesias grandes podría haberse hecho muchísimo para los jóvenes. ¿Recibirán ellos menos labor especial; se les ofrecerán menos incentivos para llegar a ser cristianos adultos –hombres y mujeres en Cristo Jesús– de lo que se les ofrece en las denominaciones que abandonaron por amor a la verdad? ¿Se los dejará ir al garete, de aquí para allá, desalentarse y caer en las tentaciones que asechan por doquiera para entrampar sus pies incautos? Si ellos yerran, y pierden la firmeza de su integridad, ¿habrán de censurarlos, criticarlos y exagerar sus fracasos los miembros de la iglesia que fueron descuidados en cuidar a los corderos? ¿Se habla de sus faltas y se las expone a otros, mientras que se los abandona en el desaliento y la desesperación?

La obra que más de cerca les toca a los miembros de nuestras iglesias es interesarse por sus jóvenes, porque necesitan bondad, paciencia, ternura, renglón sobre renglón, precepto sobre precepto. ¡Oh! ¿Dónde están los padres y las madres de Israel? Debería haber muchos dispensadores de la gracia de Cristo, para que se sintiera no solamente un interés casual por los jóvenes, sino un interés especial. Debiera haber personas cuyo corazón se conmoviera por la condición lastimera en la que están colocados nuestros jóvenes, y comprendiesen que Satanás está obrando por

todo medio concebible para atraerlos a su red.

Dios requiere que su iglesia despierte de su letargo, y vea la clase de servicio que se le exige en este tiempo de peligro. Debe apacentar a los corderos del rebaño. El Señor del cielo está mirando para ver quién hace la obra que él quisiera ver hecha en favor de los niños y los jóvenes. Los ojos de nuestros hermanos y nuestras hermanas deberían ser ungidos con colirio celestial con el fin de que pudieran discernir las necesidades del momento. Debemos despertarnos para ver lo que es necesario hacer en la viña espiritual de Cristo, e ir a trabajar.

Debe proveerse una educación liberal

Como pueblo que asevera tener una luz avanzada, hemos de idear medios y recursos por los cuales producir un cuerpo de obreros educados para los diversos departamentos de la obra de Dios. Necesitamos, en nuestros sanatorios, en la obra misionera médica, en las oficinas de publicación, en las Asociaciones de los diversos Estados y en el campo en general, una clase de jóvenes bien disciplinada y culta. Necesitamos hombres y mujeres jóvenes que tengan una alta cultura intelectual, con el fin de que puedan hacer la mejor obra para el Señor. Hemos hecho algo en la realización de esta norma, pero estamos muy por debajo de donde debiéramos estar.

Como iglesia, como individuos, si queremos estar sin culpa en el juicio, debemos hacer esfuerzos más generosos para la educación de nuestros jóvenes, con el fin de que puedan estar mejor preparados para las diversas ramas de la gran obra confiada a nuestras manos. Debemos trazar planes sabios, para que las mentes ingeniosas de los que tienen talentos puedan ser fortalecidas y disciplinadas de la manera más refinada, con el fin de que la obra de Cristo no sea impedida por falta de obreros hábiles, que harán su obra con fervor y fidelidad.

Todos han de ser preparados

La iglesia está dormida, y no comprende la magnitud de este asunto de educar a los niños y los jóvenes. "¿Por qué –dice uno– es necesario ser tan meticuloso para dar a nuestros jóvenes una educación esmerada? Me parece que si se eligen a unos pocos que han decidido seguir una vocación literaria o alguna otra vocación que requiera cierta disciplina, y se les presta la debida atención, es todo cuanto es necesario hacer. No se requiere que toda la masa de nuestra juventud sea tan bien preparada. ¿No bastará esto para hacer frente a todo requerimiento esencial?"

Contesto: No; muy enfáticamente, no. ¿Qué selección podremos hacer entre ellos? ¿Cómo podríamos decir quiénes serían los más promisorios y quién prestaría el mejor servicio a Dios? En nuestro juicio sólo podríamos mirar la apariencia exterior, como Samuel cuando fue enviado para hallar al ungido del Señor. Cuando los nobles hijos de Isaí pasaron delante de él, su ojo descansó sobre el hermoso rostro y la imponente estatura del mayor, y le pareció que el ungido de Dios estaba delante de él. Pero el Señor le dijo: "No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón". Dios no quiso aceptar a ninguno de aquellos hijos de Isaí de noble aspecto. Pero, cuando David, el menor, un simple adolescente, fue llamado del campo, y pasó delante de Samuel, el Señor le dijo: "Levántate y úngelo, que este es" (1 Sam. 16:7, 12).

¿Quién puede señalar al miembro de una familia que resultará eficiente en la obra de Dios? Debe haber educación general para todos sus miembros, y todos nuestros jóvenes deben poder recibir las bendiciones y los privilegios de una educación en nuestras escuelas, para inspirarlos a ser obreros juntamente con Dios. Todos la necesitan, con el fin de poder ser útiles y preparados para los puestos de responsabilidad en la vida privada y la pública. Hay una

gran necesidad de hacer planes para que haya un gran número de obreros competentes, y muchos deben prepararse como maestros, con el fin de que otros puedan ser preparados y disciplinados para la gran obra del futuro.

Un fondo para la obra escolar

La iglesia debe percatarse de la situación, y por su influencia y sus recursos procurar alcanzar este fin tan deseado. Créese un fondo para contribuciones generosas destinado al establecimiento de escuelas que lleven adelante la obra educativa. Necesitamos hombres bien preparados, bien educados, para trabajar en interés de las iglesias. Deben presentar el hecho de que no podemos confiar nuestros jóvenes a los seminarios y los colegios establecidos por otras denominaciones; debemos reunirlos en nuestras escuelas, donde no se descuidará su preparación religiosa.

Fines elevados

Dios no quiere que en ningún sentido quedemos rezagados en la obra educativa. Nuestros colegios debieran estar muy adelante en la vanguardia de la más elevada clase de educación... Si no tenemos escuelas para nuestros jóvenes, ellos asistirán a otros seminarios y colegios, donde se verán expuestos a la influencia de los incrédulos, y a cavilaciones y dudas acerca de la inspiración de la Biblia. Se habla mucho de la educación superior, y muchos suponen que ella consiste enteramente en la enseñanza de la ciencia y la literatura; pero eso no es todo. La más alta educación incluye el conocimiento de la Palabra de Dios, y está comprendida en las palabras: "Que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3).

La más alta educación es la que imparte un conocimiento y una disciplina que conducen a un mejor desarrollo del carácter, y prepara al alma para aquella vida que se mide con la vida de Dios.

En nuestros cálculos no debe perderse de vista la eternidad. La más alta educación es la que enseña a nuestros niños y nuestros jóvenes la ciencia del cristianismo, la que les da un conocimiento experimental de los caminos de Dios y les imparte las lecciones que Cristo dio a sus discípulos acerca del carácter paternal de Dios.

"Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme" (Jer. 9:23, 24)... Procuremos seguir el consejo de Dios en todas las cosas; porque él es infinito en sabiduría. Aunque en lo pasado no hayamos alcanzado a hacer lo que nos correspondía por nuestros jóvenes y nuestros niños, arrepintámonos ahora, y redimamos el tiempo.

La responsabilidad de los miembros de la iglesia

No hay obra más importante que la educación de nuestros jóvenes. Me alegro porque tenemos instituciones donde pueden estar separados de las influencias corruptoras que tanto prevalecen en las escuelas del tiempo actual. Nuestros hermanos y nuestras hermanas deben sentir agradecimiento porque, en la providencia de Dios, se han establecido nuestros colegios, y debieran estar listos para sostenerlos con sus recursos. Debiera ponerse en juego toda influencia posible para educar a los jóvenes y elevar su moral. Debe enseñárseles a tener valor para resistir la marea de corrupción moral que se manifiesta en esta época de degeneración. Con firme confianza en el poder divino, pueden destacarse en la sociedad para amoldar a los demás, en vez de ser amoldados de acuerdo con el modelo del mundo.

Cuando los jóvenes acuden a nuestros colegios, no se les debe hacer sentir que han llegado entre extraños que no se preocupan por sus almas. Debemos protegerlos, rechazar a Satanás, con el fin de que no los arrebate de nuestros brazos. Debiera haber en Israel

padres y madres que velen por sus almas como quienes han de dar cuenta. Hermanos y hermanas, no se mantengan apartados de los jóvenes, como si no tuviesen preocupación o responsabilidad particular hacia ellos. Ustedes, que desde hace mucho profesan ser cristianos, tienen que hacer, con paciencia y bondad, una obra para conducirlos por el buen camino. Deben mostrarles que los aman, porque son los miembros más jóvenes de la familia del Señor, la adquisición de su sangre.

El futuro de la sociedad quedará determinado por los jóvenes de hoy. Satanás está haciendo esfuerzos ardientes y perseverantes para corromper la mente y degradar el carácter de todo joven. ¿Permaneceremos como simples espectadores los que tenemos más experiencia, y lo veremos realizar su propósito sin estorbarlo? Ocupemos nuestros puestos como milicianos, para trabajar en favor de estos jóvenes y, por la ayuda de Dios, impedir que caigan en el hoyo de la destrucción. En la parábola, mientras los hombres dormían, el enemigo sembró la cizaña; y mientras ustedes, hermanos y hermanas, no se percatan de su obra, Satanás está reuniendo un ejército de jóvenes bajo su estandarte y se regocija porque por su medio lleva adelante su obra contra Dios.

El privilegio del maestro

Los maestros de nuestras escuelas tienen una pesada responsabilidad que llevar. Deben ser, en palabras y carácter lo que quieren que sean sus alumnos: hombres y mujeres que teman a Dios y que obren justicia. Si ellos mismos están familiarizados con el camino, pueden enseñar a los jóvenes a andar en él. No sólo los educarán en las ciencias, sino también los prepararán para que tengan independencia moral, trabajen para Jesús y asuman cargas en su causa.

Maestros, ¡qué oportunidades tienen! ¡Qué privilegio está a su alcance al moldear la mente y el carácter de los jóvenes que están a

su cargo! ¡Qué gozo será para ustedes encontrarlos en derredor del gran Trono blanco, y saber que han hecho lo que podían con el fin de prepararlos para la inmortalidad! Si su obra resiste la prueba del gran Día, como la música más dulce en sus oídos sonará la bendición del Maestro: "Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor" (Mat. 25:21).

En el gran campo de la mies hay abundancia de trabajo para todos, y los que dejan de hacer lo que pueden serán hallados culpables delante de Dios. Trabajemos delante de Dios. Trabajemos para este tiempo y la eternidad. Trabajemos con todas las facultades que Dios nos ha concedido, y él bendecirá nuestros esfuerzos bien encauzados.

El Salvador anhela salvar a los jóvenes. Quiere regocijarse viéndolos en derredor de su Trono, revestidos del manto inmaculado de su justicia. Está aguardando para colocar sobre sus cabezas la corona de la vida, y oír sus voces felices participando en la honra, la gloria y la majestad que se tributará a Dios y al Cordero en el canto de victoria que repercutirá en los atrios del cielo (*Consejos para los maestros*, págs. 41-47).

15

La salvaguardia de los jóvenes

Los jóvenes necesitan, desde su infancia, que se levante una firme barrera entre ellos y el mundo, con el fin de que no los afecten sus influencias corruptoras. Los padres deben velar incesantemente con el fin de que sus hijos no se pierdan para Dios. Los votos de David, registrados en el Salmo 101, deben ser los votos de todos los que tienen la responsabilidad de custodiar las influencias del hogar. El salmista declara: "No pondré delante de mis ojos cosa injusta. Aborrezco la obra de los que se desvían; ninguno de ellos se acercará a mí. Corazón perverso se apartará de mí; no conoceré al malvado. Al que solapadamente infama a su prójimo, yo lo destruiré; no sufriré al de ojos altaneros y de corazón vanidoso. Mis ojos pondré en los fieles de la tierra, para que estén conmigo; el que ande en el camino de la perfección, éste me servirá. No habitará dentro de mi casa el que hace fraude; el que habla mentiras no se afirmará delante de mis ojos" (Sal. 101:3-7).

A los jóvenes no se les debe dejar aprender sin discriminación el bien y el mal, pensando los padres que en alguna oportunidad futura el bien predominará y el mal perderá su influencia. El mal crecerá más rápidamente que el bien. Es posible que el mal que aprendan los niños pueda desarraigarse después de muchos años, pero ¿quién puede confiar en ello? Descuiden los padres cualquier otra cosa, pero no dejen nunca libres a sus hijos para extraviarse por las sendas del pecado.

La elección de compañeros

Los padres deben recordar que la compañía de los de baja moralidad y carácter grosero ejercerá una influencia perjudicial

sobre los jóvenes. Si no eligen la debida sociedad para sus hijos, y les permiten tratar con jóvenes de moralidad dudosa, los colocan, o permiten que se coloquen, en una escuela donde se enseñan y practican lecciones de depravación. Puede ser que ellos piensen que sus hijos son bastante fuertes para resistir la tentación; pero ¿cómo pueden estar seguros de esto? Es mucho más fácil ceder a las malas influencias que resistirlas. Antes que se den cuenta de ello, sus hijos estarán tal vez imbuidos con el espíritu de sus compañeros y ya estarán tal vez degradados o arruinados.

Padres, custodien como a la niña del ojo los principios y los hábitos de sus hijos. No les permitan asociarse con persona alguna cuyo carácter no conozcan. No les permitan trabar intimidad con nadie hasta que no estén seguros de que no los perjudicará. Acostumbren a sus hijos a confiar en el juicio y la experiencia de ustedes. Enséñenles que tienen una percepción más clara del carácter que la que ellos pueden tener en su inexperiencia, y que no deben despreciar las decisiones de ustedes.

La elección de la lectura

Los padres deben esforzarse por mantener fuera del hogar toda influencia que no redunde para bien. En este asunto, algunos padres tienen mucho que aprender. A los que se sienten libres para leer revistas de cuentos y novelas, quisiera decirles: Están sembrando una semilla cuya cosecha no les interesará recoger. De esa lectura no se puede obtener fuerza espiritual. Más bien, destruye el amor hacia la verdad pura de la Palabra. Por intermedio de las novelas y las revistas de cuentos, Satanás está obrando para llenar con pensamientos irreales y triviales las mentes que debieran estar estudiando diligentemente la Palabra de Dios. Así está robando a miles y miles el tiempo, la energía y la disciplina propia que exigen los severos problemas de la vida.

La mente susceptible del niño anhela conocimiento en el período

de desarrollo. Los padres debieran mantenerse bien informados con el fin de poder darle el alimento apropiado. Como el cuerpo, la mente obtiene su fuerza del alimento que recibe. Se amplía y eleva por pensamientos puros y vigorizadores, pero se estrecha y degrada por pensamientos terrenales.

Padres, ustedes son los que deciden si la mente de sus hijos se ha de llenar de pensamientos ennoblecedores o de sentimientos viciosos. No pueden mantener sin ocupación sus mentes activas, ni ahuyentar el mal con el ceño. Únicamente inculcando los debidos principios pueden destruir los malos pensamientos. El enemigo sembrará cizaña en los corazones de los hijos a menos que los padres siembren en ellos las semillas de la verdad. Las instrucciones buenas y sanas son el único preventivo contra las compañías malas que corrompen los buenos modales. La verdad protegerá al alma de las tentaciones sin fin que habrá de arrostrar.

Enséñese a los jóvenes a dedicar detenido estudio a la Palabra de Dios. Recibida en el alma, constituirá una poderosa barricada contra la tentación. "Dentro de mi corazón he atesorado tu palabra –declara el salmista– para no pecar contra ti". "Yo me he guardado de las sendas de los violentos" (Sal. 119:11, VM; 17:4).

Enseñando a los niños a ser útiles

Una de las salvaguardias más seguras de los jóvenes es la ocupación útil. Los niños que han sido enseñados en hábitos de laboriosidad, de manera que todas sus horas estén dedicadas a ocupaciones útiles y placenteras, no tienen inclinación a quejarse de su suerte ni tienen tiempo para entregarse a sueños ociosos. Corren poco peligro de formar compañías o hábitos viciosos.

En la escuela del hogar se debe enseñar a los niños a cumplir con los deberes prácticos de la vida diaria. Mientras aún son jóvenes, la madre debe darles algunas tareas sencillas que hacer cada día.

Necesitará más tiempo para enseñarlas que para hacerlas ella misma; pero recuerde que debe poner el fundamento de la utilidad en el edificio de su carácter. Piense que el hogar es la escuela en la que ella es la maestra principal. A ella le toca enseñar a sus hijos a cumplir rápida y hábilmente los deberes de la casa. Tan temprano en la vida como sea posible, se les debe enseñar a compartir las cargas del hogar. Desde la infancia, se debería enseñar a los niños a llevar cargas siempre más pesadas, a ayudar inteligentemente en el trabajo de la familia.

Cuando llegan a una edad adecuada, deben proveérseles herramientas. Resultarán alumnos idóneos. Si el padre es carpintero, debe dar a sus hijos lecciones de carpintería.

Los niños han de aprender de la madre hábitos de aseo, esmero y prontitud. Dejar que un niño tome una o dos horas para hacer un trabajo que podría hacerse fácilmente en media hora es permitirle tomar hábitos dilatorios. Los hábitos de laboriosidad y de esmero serán una bendición indecible para los jóvenes en la escuela mayor de la vida, en la cual han de entrar cuando tengan más edad.

No se debe permitir a los niños pensar que todo lo que hay en la casa es juguete suyo, que pueden hacer con ello como quieran. Aun a los niños más pequeños deben dárseles instrucciones al respecto. Corrigiendo este hábito, se lo destruirá. Dios quiere que las perversidades naturales a la infancia sean desarraigadas antes de transformarse en hábitos. No les deis a los niños juguetes que se rompan fácilmente. Hacer esto es enseñarles lecciones en el arte de destruir. Dénseles juguetes que sean fuertes y durables. Estas sugestiones, por insignificantes que parezcan, representan mucho en la educación del niño.

Las madres deben precaverse para no enseñar a sus hijos a depender de otros y pensar sólo en sí mismos. Nunca les den motivo de pensar que son el centro, y que todo debe girar

alrededor de ellos. Algunos padres dedican mucho tiempo y atención a divertir a sus hijos; pero debe enseñárseles a divertirse solos, a ejercitar su propio ingenio y habilidad. Así aprenderán a contentarse con placeres sencillos. Debe enseñárseles a soportar valientemente sus pequeñas desilusiones y pruebas. En vez de llamar la atención a todo dolor trivial o lastimadura, distráigase su mente; enséñesele a pasar por alto las pequeñas molestias.

Estúdiese para aprender a enseñar a los niños a ser serviciales. Los jóvenes deben acostumbrarse desde temprano a la sumisión, a la abnegación y a la consideración de la felicidad ajena. Debe enseñárseles a subyugar el temperamento impulsivo, a retener la palabra apasionada, a manifestar invariablemente bondad, cortesía y dominio propio.

Recargada con muchos cuidados, la madre puede a veces creer que no puede tomar tiempo para instruir pacientemente a sus pequeñuelos, y dedicarles su simpatía y su amor. Pero ella debe recordar que si los hijos no hallan en sus padres y en sus hogares lo que satisfaga su deseo de simpatía y compañerismo, recurrirán a otras fuentes, que harán peligrar tal vez la mente y el carácter.

Dediquen parte de sus horas libres a sus hijos; asóciense con ellos en sus trabajos y sus deportes, y conquisten su confianza. Cultiven su amistad. Denles responsabilidades que llevar, pequeñas al principio, mayores a medida que vayan creciendo. Déjenles ver que ustedes consideran que los ayudan. Nunca, nunca permitan que los oigan decir: “Me estorban más de lo que me ayudan”.

Si ello es posible, el hogar debiera estar situado fuera de la ciudad, donde los niños puedan tener terreno para cultivar. Asígnese a cada uno de ellos un pedazo de tierra; y, mientras se les enseña a hacer un jardín, a preparar el suelo para la semilla y la importancia de mantenerlo libre de malas hierbas, incúlqueseles también cuán importante es mantener la vida libre de prácticas

indecorosas y perjudiciales. Enséñeseles a dominar los malos hábitos, como desarraigan la maleza en sus jardines. Se necesitará tiempo para impartirles estas lecciones, pero reportarán grandes recompensas.

Hablen a sus hijos del poder que Dios tiene de hacer milagros. Mientras estudian el gran libro de texto de la naturaleza, Dios impresionará sus mentes. El agricultor labra su tierra y siembra su semilla; pero no puede hacerla crecer. Debe confiar en que Dios hará lo que ningún poder humano puede realizar. El Señor pone su poder vital en la semilla, haciéndola germinar y tener vida. Bajo su cuidado, el germen de vida atraviesa la dura corteza que lo envuelve, y brota para llevar fruto. Primero aparece la hoja, después la espiga y luego el grano lleno en la espiga. Al hablárseles a los niños de la obra que Dios hace en la semilla, aprenderán el secreto del crecimiento en la gracia.

Hay indecible valor en la laboriosidad. Enséñese a los niños a hacer algo útil. Los padres necesitan sabiduría más que humana para comprender cómo educar mejor a sus hijos para una vida feliz y útil aquí, y un servicio superior y un gozo mayor en la otra vida.

El bienestar físico

Los padres deben procurar despertar en sus hijos interés en el estudio de la fisiología. Desde el mismo amanecer de la razón, la mente humana debería tener entendimiento acerca de la estructura física. Podemos contemplar y admirar la obra de Dios en el mundo natural, pero la habitación humana es la más admirable. Es, por lo tanto, de la mayor importancia que la fisiología ocupe un lugar importante entre los estudios elegidos para los niños. Todos ellos deben estudiarla. Y luego, los padres deben cuidar de que a esto se añada la higiene práctica.

Debe hacerse comprender a los niños que todo órgano del cuerpo

y toda facultad de la mente son dones de un Dios bueno y sabio, y que cada uno de ellos debe ser usado para su gloria. Debe insistirse en los debidos hábitos con respecto al comer, al beber y al vestir. Los malos hábitos hacen a los jóvenes menos susceptibles a la instrucción bíblica. Los niños deben ser protegidos contra la complacencia del apetito, y especialmente contra el uso de estimulantes y narcóticos. Las mesas de los padres cristianos no deben cargarse con alimentos que contengan condimentos y especias.

Pocos son los jóvenes que tienen un conocimiento definido de los misterios de la vida. El estudio del maravilloso organismo humano, la relación de dependencia de todas sus partes complicadas, es un estudio en el cual la mayoría de las madres tiene poco o ningún interés. No comprenden la influencia del cuerpo sobre la mente, y de la mente sobre el cuerpo. Se ocupan en trivialidades inútiles, y luego arguyen que no tienen tiempo para obtener la información que necesitan para cuidar debidamente de la salud de sus hijos. Es menos molestia confiarlos a los médicos. Miles de niños mueren por ignorancia de los padres acerca de las leyes de la higiene.

Si los padres mismos quisieran obtener conocimientos sobre el asunto, y sentir la importancia de ponerlos en práctica, veríamos un mejor estado de cosas. Enseñen a sus hijos a razonar de causa a efecto. Muéstrenles que si violan las leyes de su ser tendrán que pagar la penalidad en sufrimiento. Si no pueden ver progresos tan rápidos como desean, no los desalienten, sino instrúyanlos pacientemente, y sigan adelante hasta ganar la victoria. La temeridad en relación con la salud corporal tiende a producir temeridad en las cosas morales.

No descuiden de enseñar a sus hijos cómo preparar alimentos sanos. Al darles estas lecciones de fisiología y de buena cocina, les enseñan los primeros pasos en algunas de las ramas más útiles de

la educación, y les inculcan principios que son elementos necesarios en su vida religiosa.

Enseñen a sus hijos, desde la cuna, a practicar la abnegación y el dominio propio. Enséñenles a disfrutar de las bellezas de la naturaleza y a ejercitar, en un empleo útil, todas las facultades de la mente y del cuerpo. Críenlos para tener constituciones sanas y buena moralidad, para tener disposiciones y genios alegres. Enséñenles que ceder a la tentación es débil y perverso; que resistir es noble y viril.

Presten todos, viejos y jóvenes, diligente atención a las palabras escritas por el sabio hace tres mil años: "Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos; porque largura de días, y años de vida y paz te aumentarán. Nunca se aparten de ti la misericordia y la verdad; átalas a tu cuello, escríbelas en la tabla de tu corazón; y hallarás gracia y buena opinión ante los ojos de Dios y de los hombres" (Prov. 3:1-4).

La unidad en el gobierno

Unidos y con oración, el padre y la madre deben llevar la grave responsabilidad de guiar correctamente a sus hijos. Incumbe mayormente a la madre el trabajo de educar al niño; pero el padre no debe dejarse absorber tanto por sus negocios o el estudio de los libros que no pueda tomar tiempo para estudiar la naturaleza de sus hijos y sus necesidades. Debe ayudar a idear maneras para mantenerlos atareados en trabajos útiles, que concuerden con sus diversas disposiciones.

El padre de niños varones debe tratar íntimamente con sus hijos, darles el beneficio de su experiencia mayor, y hablar con ellos con tanta sencillez y ternura que los vincule con su corazón. Debe dejarles ver que todo el tiempo busca sus mejores intereses y su felicidad. Como sacerdote de la casa, es responsable ante Dios por

la influencia que ejerce sobre cada miembro de la familia.

La madre debe sentir la necesidad de la dirección del Espíritu Santo, sentir que ella misma debe experimentar verdadera sumisión a los caminos y a la voluntad de Dios. Entonces, por la gracia de Cristo, puede ser una maestra sabia, bondadosa y amante. Para hacer debidamente su obra se requieren de ella talento, habilidad, paciencia, cuidado reflexivo, desconfianza de sí misma y oración ferviente. Procure cada madre cumplir sus obligaciones por esfuerzo perseverante. Lleve a sus pequeñuelos en los brazos de la fe a los pies de Jesús, y cuéntele su gran necesidad y pídale sabiduría y gracia. Fervorosa, paciente y valientemente, ella debe procurar mejorar su propia capacidad, con el fin de usar correctamente las facultades más elevadas de la mente en la educación de sus hijos.

Como gobernantes unidos del reino del hogar, sientan el padre y la madre bondad y cortesía el uno hacia el otro. Nunca debe su comportamiento militar contra los preceptos que procuran inculcar. Deben conservar la pureza del corazón y la vida si quieren que sus hijos sean puros. Deben educar y disciplinar el yo, si quieren que sus hijos se sometan a la disciplina. Deben dar a sus hijos un ejemplo digno de imitación. Si son remisos al respecto, ¿qué responderán si los hijos confiados a ellos se presentan delante del tribunal del cielo como testigos de su negligencia? ¡Cuán terrible será la comprensión de su fracaso y pérdida, al encontrarse frente al Juez de toda la tierra!

Una razón por la cual hay tanto mal en el mundo hoy estriba en que los padres ocupan su mente en otras cosas, con exclusión de la obra que es de suma importancia: la tarea de enseñar a sus hijos el camino del Señor con paciencia y bondad. Los padres no deben permitir que cosa alguna les impida dar a sus hijos todo el tiempo necesario para hacerles comprender lo que significa obedecer al

Señor y confiar plenamente en él.

Los hijos de ustedes están antes que las visitas, antes que toda otra consideración. El tiempo usado en costuras inútiles, Dios quisiera que lo dedicaran a educarlos en las cosas esenciales. Descuiden más bien esa prenda innecesaria que están haciendo, ese plato adicional que piensan preparar, antes que la educación de sus hijos. La labor debida a su hijo durante sus primeros años no admite negligencia. No hay en su vida un momento en que pueda olvidarse la regla: renglón sobre renglón, precepto sobre precepto, un poco aquí, un poco allá. Nieguen a sus hijos cualquier cosa antes que la instrucción que, si se sigue fielmente, los hará miembros buenos y útiles para la sociedad, y los preparará para ser ciudadanos del Reino de los cielos.

Una preparación misionera

Sobre los padres recae la responsabilidad de desarrollar en sus hijos las capacidades que los habilitarán para prestar un buen servicio para Dios. Dios ve todas las posibilidades que hay en ese trocito de humanidad. Ve que, con la debida educación, el niño llegará a ser un poder para el bien en el mundo. Él observa con ansioso interés para ver si los padres ejecutan sus planes o si, por bondad equivocada, estorban su propósito, complaciendo al niño para su ruina presente y eterna. Es una obra digna y grandiosa la de transformar a este ser impotente y aparentemente insignificante en una bendición para el mundo y una honra para Dios.

Padres, ayuden a sus hijos a cumplir el propósito que Dios tiene para ellos. En el hogar se los ha de educar con el fin de que hagan obra misionera que los prepare para esferas más amplias de utilidad. Edúquenlos para que honren a aquel que murió para ganarles la vida eterna en el Reino de gloria. Enséñenles que Dios les ha asignado una parte en su gran obra, que ellos tienen que

desempeñar. El Señor los bendecirá mientras trabajen para él. Pueden ser su mano auxiliadora.

El hogar de ustedes es el primer campo al cual son llamados a trabajar. Las preciosas plantas del jardín del hogar exigen su primer cuidado. Consideren cuidadosamente el trabajo de ustedes, su naturaleza, su influencia, sus resultados, recordando siempre que las miradas de ustedes, sus palabras y sus acciones ejercen una influencia directa sobre el futuro de sus amados. La obra de ustedes no consiste en crear belleza en la tela, ni esculpirla en el mármol, sino en grabar sobre un alma humana la imagen divina.

Den a sus hijos cultura intelectual y preparación moral. Fortalezcan sus mentes juveniles con principios firmes y puros. Mientras tienen oportunidad, echen el fundamento de unas nobles virilidad y femineidad. Su labor será recompensada mil veces.

Este es su día de confianza, su día de responsabilidad y oportunidad. Pronto llegará aquel en que habrán de dar cuenta. Emprendan su obra con ferviente oración y fiel esfuerzo. Enseñen a sus hijos que es privilegio suyo recibir cada día el bautismo del Espíritu Santo. Permitan que Cristo encuentre en ustedes su mano auxiliadora para ejecutar sus propósitos. Por la oración, pueden adquirir una experiencia que dará perfecto éxito a su ministerio en favor de sus hijos.

Los padres adventistas deben comprender más plenamente sus responsabilidades como edificadores del carácter. Dios les ofrece el privilegio de fortalecer su causa por la consagración y las labores de sus hijos. Desea ver reunida, en los hogares de nuestro pueblo, una gran compañía de jóvenes que, a causa de las influencias piadosas de sus padres, le hayan entregado su corazón y salgan a prestar el más alto servicio de sus vidas. Dirigidos y educados por la piadosa instrucción del hogar, la influencia del culto matutino y vespertino, el ejemplo consecuente de los padres que aman y

temen al Señor, han aprendido a someterse a Dios como Maestro, y están preparados para rendirle un servicio aceptable como hijos e hijas leales. Estos jóvenes están preparados para representar ante el mundo el poder y la gracia de Cristo (*Consejos para los maestros*, págs. 114-124).

***

Justo es que tiemblen las iglesias de los lugares en los que hay escuelas establecidas al ver que sobre ellas pesan responsabilidades morales demasiado grandes para expresarlas con palabras. ¿Ha de fracasar o languidecer esta obra, tan noblemente comenzada, por falta de obreros consagrados? ¿Han de hallar cabida, en esta empresa, los proyectos y las ambiciones egoístas? ¿Han de permitir los obreros que el amor al lucro y la comodidad y la falta de piedad desalojen a Cristo de sus corazones y lo excluyan de la escuela? ¡De ninguna manera! La obra está ya muy adelantada. En los ramos educativos todo está dispuesto para una seria reforma, para una educación más positiva y eficaz. ¿Aceptará nuestro pueblo este sagrado cometido? ¿Se humillará ante la cruz del Calvario, dispuesto a cualquier sacrificio y servicio? (Testimonies for the Church, t. 6, pág. 204).

16

Nuestra responsabilidad

No hay nada de mayor importancia que la educación de nuestros niños y nuestros jóvenes. La iglesia debe despertarse, y manifestar un profundo interés en esta obra; porque, ahora como nunca antes, Satanás y su hueste están determinados a alistar a la juventud bajo el negro estandarte que conduce a la ruina y a la muerte.

Dios ha designado a la iglesia como atalaya, para que ejerza un cuidado celoso sobre los jóvenes y los niños, y que como centinela vea cómo se acerca el enemigo y advierta del peligro. Pero, la iglesia no comprende la situación. Duerme estando de guardia. En este tiempo de peligro, los padres deben despertarse y trabajar como por su vida o muchos de los jóvenes se perderán para siempre.

Aunque debemos hacer esfuerzos fervientes por las masas que nos rodean y hacer avanzar la obra en los campos extranjeros, ningún caudal de trabajo en este ramo puede sernos una disculpa por descuidar la educación de nuestros niños y jóvenes. Se los ha de educar para que lleguen a ser obreros de Dios. Tanto los padres como los maestros, por precepto y ejemplo, han de inculcar los principios de la verdad y la honradez en la mente y el corazón de los jóvenes, para que lleguen a ser hombres y mujeres tan fieles a Dios y a su causa como el acero.

Los padres y los maestros no aprecian la magnitud de la obra que les ha sido confiada en la preparación de los jóvenes. La experiencia de los hijos de Israel fue escrita para nosotros, "a quienes han alcanzado los fines de los siglos" (1 Cor. 10:11). Como en su tiempo, ahora quiere el Señor que saquemos a los niños de

escuelas donde prevalecen las influencias mundanales y los coloquemos en nuestras propias escuelas, donde la Palabra de Dios es el fundamento de la educación.

Si alguna vez hemos de trabajar con fervor, es ahora. El enemigo nos está apremiando por todos lados, como una inundación. Únicamente el poder de Dios puede salvar a nuestros hijos de ser arrebatados por la marea del mal. La responsabilidad que descansa sobre padres, maestros y miembros de las iglesias, en cuanto a hacer su parte al cooperar con Dios, es mayor de lo que puede expresarse en palabras.

Preparar a los jóvenes para que lleguen a ser fieles soldados del Señor Jesucristo es la obra más noble que haya sido confiada alguna vez al hombre. Únicamente deben ser escogidos como maestros de las escuelas de iglesia hombres y mujeres devotos y consagrados, que amen a los niños y puedan ver en ellos almas que tienen que salvarse para el Maestro. Los maestros que estudian la Palabra de Dios como se debe sabrán algo del valor de las almas confiadas a su cuidado, y de ellos recibirán los niños una verdadera educación cristiana.

En las escenas finales de la historia de esta tierra, muchos de estos niños y estos jóvenes asombrarán a la gente por su testimonio de la verdad, que darán con sencillez, pero con espíritu y poder. Se les habrá enseñado el temor de Jehová y su corazón habrá sido enternecido por un estudio cuidadoso de la Biblia, acompañado de oración. En el cercano futuro, muchos niños serán dotados del Espíritu de Dios y harán, en la proclamación de la verdad al mundo, una obra que en aquel entonces no podrán hacer los miembros adultos.

El Señor quiere usar a la escuela de iglesia con el fin de ayudar a los padres en la educación y la preparación de sus hijos para el tiempo que nos espera. Por lo tanto, dedíquese la iglesia con fervor

a la obra de esta escuela, y haga de ella lo que el Señor quiere que sea.

No podemos permitir que se separe la preparación espiritual de la intelectual. Bien pueden los padres temer la grandeza intelectual para sus hijos, a menos que sea equilibrada por un conocimiento de Dios y de sus caminos. Esto forma la base de todo verdadero conocimiento. En lugar de una rivalidad profana en busca de honores terrenales, sientan nuestros estudiantes la más alta ambición de salir de su vida escolar como misioneros para Dios, educadores que enseñarán lo que han aprendido. Los estudiantes que salgan de la escuela con este propósito atraerán a Cristo no solamente a hombres y mujeres, sino también a niños y jóvenes. Harán, en el mundo, una obra que no podrá ser contrarrestada por todas las potestades del mal.

Maestros, despierten y vean sus responsabilidades, sus privilegios. Bien pueden preguntar: "Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?" (2 Cor. 2:16) "Bástate mi gracia" (2 Cor. 12:9) es la promesa del gran Maestro. Si no la tienen en cuenta, ni buscan su ayuda, la tarea de ustedes es verdaderamente desesperada. Pero, en su sabiduría y su fuerza, pueden alcanzar noblemente el éxito (*Consejos para los maestros*, págs. 157-159).

***

Debe usarse especial ingenio en la educación de los pequeños. Muchos podrán poner alto el pesebre y dar de comer a las ovejas; pero es cosa mucho más difícil colocarlo bajo y dar de comer a los corderos. Los maestros primarios tienen que aprender esta lección (Testimonies for the Church, t. 6, pág. 205).

***

El ojo de la mente tiene que ser educado o, de lo contrario, el niño

hallará placer en contemplar el mal (Ibíd.).

***

Los maestros debieran mezclarse a veces en los entretenimientos y los juegos de los niños, y enseñarles cómo jugar. De esta manera podrán reprimir los sentimientos y las acciones enojosos, al parecer sin criticar o censurar. Este compañerismo ligará los corazones de maestros y alumnos, y la escuela será un deleite para todos (Ibíd.).

17

La obra que debe hacerse por nuestros hijos

Me han sido mostradas las iglesias que están esparcidas en diferentes localidades, y se me ha indicado que su fuerza depende de su crecimiento en utilidad y eficiencia... En todas nuestras iglesias debiera haber escuelas y, en estas, maestros que sean misioneros. Es esencial que estos estén preparados para desempeñar bien su parte en la obra importante de educar a los hijos de los observadores del sábado, no sólo en las ciencias, sino también en las Escrituras. Estas escuelas, establecidas en diferentes localidades, y bajo la dirección de hombres y mujeres temerosos de Dios, según lo exija el caso, deben fundarse sobre los mismos principios en que estaban edificadas las escuelas de los profetas.

Es necesario dedicar cuidado especial a la educación de los jóvenes. Los niños han de ser preparados para llegar a ser misioneros; debe ayudárseles a comprender distintamente lo que tienen que hacer para ser salvos. Pocos han recibido la instrucción esencial en las cosas religiosas. Si los instructores tienen experiencia religiosa, podrán comunicar a sus alumnos el conocimiento del amor de Dios que ellos mismos han recibido. Estas lecciones pueden ser impartidas únicamente por los que son verdaderamente convertidos. Esta es la obra misionera más noble que cualquier hombre o cualquier mujer pueda emprender.

Cuando los niños son aún muy tiernos, se les debe enseñar a leer, a escribir, a comprender los números y a llevar sus propias cuentas. Pueden avanzar paso a paso en este conocimiento. Pero, ante todo, debe enseñárseles que el temor de Jehová es el principio de la sabiduría. Debe educárselos renglón tras renglón, precepto tras precepto, un poco aquí y un poco allí; pero el único blanco del

maestro debe ser educarlos para que conozcan a Dios y a Jesucristo, a quien él envió.

Enseñen a los jóvenes que el pecado de cualquier clase está definido en las Escrituras como "infracción de la ley" (1 Juan 3:4). Enséñenles en lenguaje sencillo que deben obedecer a sus padres y dar su corazón a Dios. Jesucristo los aguarda para aceptarlos y bendecirlos, si tan sólo quieren venir a él y pedirle que perdone todas sus transgresiones y les quite sus pecados. Y, cuando ellos se lo piden, deben creer que él lo hace.

Dios quiere que todo niño de tierna edad sea su hijo, adoptado en su familia. Por muy jóvenes que sean, pueden ser miembros de la familia de la fe y tener una experiencia muy preciosa. Pueden tener corazones tiernos y dispuestos a recibir impresiones duraderas. Pueden sentir sus corazones atraídos en confianza y amor hacia Jesús, y vivir para el Salvador. Cristo hará de ellos pequeños misioneros. Toda la corriente de sus pensamientos puede cambiarse, de manera que el pecado aparezca no como cosa que se pueda disfrutar, sino a la cual hay que rehuir y odiar.

Los niños pequeños, como también los que tienen algo más de edad, recibirán beneficios de estas instrucciones; y, al simplificar así el plan de salvación, los maestros gozarán de tan grandes bendiciones como las que reciben sus educandos. El Santo Espíritu de Dios grabará las lecciones en las mentes receptivas de los niños, para que puedan comprender las ideas de la verdad bíblica en su sencillez. Y el Señor les dará experiencia en las cosas misioneras; les sugerirá pensamientos que ni siquiera tienen los maestros. Los niños debidamente instruidos serán testigos de la verdad.

Los maestros nerviosos y que se irritan fácilmente no deben encargarse de los jóvenes. Deben amar a los niños porque son los miembros más jóvenes de la familia del Señor. El Señor les preguntará a los padres: "¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu

hermosa grey?" (Jer. 13:20).

Al educar a los niños y a los jóvenes, los maestros no deben permitir que una palabra o un ademán airado mancille su obra, porque al hacerlo imbuirían a los estudiantes del mismo espíritu que los posee. El Señor quiere que nuestras escuelas primarias, tanto como las de los alumnos de más edad, sean de tal carácter que los ángeles de Dios puedan andar por las aulas y contemplar, en el orden y el principio del gobierno, el orden y el gobierno del cielo. Muchos piensan que es imposible conseguirlo; pero cada escuela debe comenzar con esto, y trabajar con todo fervor para conservar el espíritu de Cristo en el genio, en las comunicaciones y en las instrucciones, colocándose los maestros en el canal de luz donde el Señor pueda usarlos como agentes para reflejar su propia semejanza de carácter. Los estudiantes pueden saber que, en sus instructores temerosos de Dios, tienen ayudantes en cada hora para grabar en los corazones de los niños las valiosas lecciones impartidas.

El Señor obra por medio de todo maestro consagrado; y conviene a los intereses del maestro que así lo comprenda. Los instructores que están bajo la disciplina de Dios reciben gracia, verdad y luz por el Espíritu Santo, para comunicarlas a su vez a los niños. Están bajo el mayor Maestro que el mundo haya conocido, y cuán impropio sería que ellos tuviesen un espíritu cruel, una voz aguda, llena de irritación. Con esto, perpetuarían sus propios defectos en los niños.

¡Ojalá hubiera una clara percepción de lo que podríamos lograr si aprendiésemos de Jesús! Las fuentes de la paz y el gozo celestiales, reveladas en el alma del maestro por las palabras mágicas de la inspiración, llegarán a ser un poderoso río de influencia, que beneficiará a todos los que se relacionen con él.

No piensen que la Biblia llegará a ser un libro cansador para los

niños. Bajo un instructor sabio, la Palabra llegará a ser más y más deseable. Será para ellos como el pan de vida, y nunca envejecerá. Hay en ella una frescura y una belleza que atraen y encantan a los niños y los jóvenes. Es como el sol resplandeciente sobre la tierra, que da su brillo y calor, sin agotarse nunca. Por las lecciones que se desprenden de la historia y la doctrina contenidas en la Biblia, los niños y los jóvenes pueden aprender que todos los demás libros son inferiores a ella. Pueden hallar, en ella, una fuente de misericordia y amor.

El santo y educador Espíritu de Dios está en su Palabra. Una luz nueva y preciosa resplandece en cada página. Allí se revela la verdad, y mientras les habla la voz de Dios, las palabras y las frases resultan brillantes y apropiadas para la ocasión.

Necesitamos reconocer al Espíritu Santo como nuestro iluminador. Este Espíritu se deleita en dirigirse a los niños, y en descubrirles los tesoros y las bellezas de la Palabra. Las promesas hechas por el gran Maestro cautivarán los sentidos y animarán el alma del niño con un poder espiritual divino. Crecerá, en su mente receptiva, una familiaridad con las cosas divinas, que será una barricada contra las tentaciones del enemigo.

La obra de los maestros es importante. Deben hacer de la Palabra de Dios su meditación. Dios se comunicará con el alma por su propio Espíritu. Oren, mientras estudien: "Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley" (Sal. 119:18). Cuando en oración el maestro confíe en Dios, el Espíritu de Cristo descenderá sobre él, y por el Espíritu Santo Dios obrará mediante él sobre la mente del alumno. El Espíritu Santo llenará la mente y el corazón de esperanza, valor e imágenes bíblicas, que serán comunicadas al alumno. Las palabras de verdad crecerán en importancia, y asumirán una anchura y una plenitud de significado cual él nunca soñó. La belleza y la virtud de la Palabra de Dios ejercerán una

influencia transformadora sobre la mente y el carácter: las chispas del amor celestial lloverán sobre el corazón de los niños como una inspiración. Podremos llevar a centenares y miles de niños a Cristo si trabajamos por ellos (*Consejos para los maestros*, págs. 160-164).

18

La educación en el hogar

La obra de la madre es de suma importancia. En medio de los cuidados del hogar y de los penosos deberes de la vida diaria, debiera ella esforzarse por ejercer una influencia que bendiga y eleve a su familia. En los niños confiados a su cuidado, toda madre ha recibido un cometido sagrado del Padre celestial, y es su privilegio, mediante la gracia de Cristo, modelar sus caracteres según el dechado divino, y esparcir sobre sus vidas una influencia que los atraiga a Dios y al cielo. Si las madres se hubieran dado cuenta siempre de su responsabilidad, y hubieran hecho de la preparación de sus hijos para los deberes de esta vida y los honores de la vida inmortal futura su principal propósito y su misión más importante, no veríamos la miseria que actualmente existe en tantos hogares de nuestra patria. Es tal la tarea de la madre que exige progreso constante en su propia vida con el fin de que pueda llevar a sus hijos a conquistas siempre más elevadas. Pero Satanás traza sus planes para hacerse dueño de las almas de padres e hijos. Las madres son apartadas de los deberes domésticos y de la preparación cuidadosa de sus hijitos para dedicarse al servicio del yo y del mundo. Se permite que la vanidad, la moda y los asuntos de menor importancia absorban la atención, descuidándose así la educación física y moral de los preciosos hijos.

Si la madre forma su criterio con las costumbres y las prácticas del mundo, se volverá inepta para el cargo de responsabilidad que le toca desempeñar. Si la moda la tiene esclavizada, debilitará su fuerza de resistencia y hará de la vida una carga fatigosa en vez de una bendición. A causa de la debilidad física, podría dejar de apreciar el valor de sus oportunidades y su familia podría verse limitada a desarrollarse sin los beneficios de su cuidado, sus

oraciones y su diligente instrucción. Si las madres quisieran tan sólo considerar los maravillosos privilegios que Dios les ha concedido, no se desviarían tan fácilmente de sus sagrados deberes para ocuparse de los triviales asuntos mundanales.

La obra de la madre comienza con el nene que lleva en brazos. He visto a menudo al pequeñuelo arrojarse al suelo y gritar, si se le contrariaba en alguna cosa. Este es el momento de increpar al mal espíritu. El enemigo procurará gobernar la mente de nuestros niños, pero ¿hemos de permitirle nosotros que los plasme según su voluntad? Estos pequeñuelos no pueden discernir qué espíritu los domina, y es deber de los padres obrar con ellos con juicio y discreción. Deben vigilarse cuidadosamente sus costumbres. Se ha de poner freno a las malas tendencias y estimularse la mente a inclinarse en favor de lo recto. Se debiera animar al niño en cada esfuerzo que hace por mantener el gobierno de sí mismo.

Método, en todos los hábitos del niño, debiera ser la regla. Las madres cometen un grave error al permitirles comer entre comidas. Por esta práctica, el estómago se trastorna y pone el fundamento de sufrimientos futuros. Su mal humor pudo haber sido causado por alimento malsano, no digerido aún; sin embargo, la madre considera que no puede perder tiempo en pensar en esto y enmendar su pernicioso proceder. Ni tampoco puede contenerse para aquietar su impaciente congoja. Da a los pequeños pacientes un pedazo de torta o alguna otra golosina para calmarlos, pero esto tan solamente agrava el mal. Algunas madres, por el afán de hacer gran cantidad de trabajo, hacen su tarea con tan excitado apresuramiento que son más irritables que sus hijos, y tratan de aterrorizarlos para hacerlos callar, regañándolos o castigándolos.

Las madres se quejan a menudo de la delicada salud de sus hijos y consultan al médico, cuando hubieran podido ver, haciendo uso de un poco de sentido común, que el trastorno proviene de errores de

régimen.

Vivimos en un siglo de glotonería, y las costumbres que se enseñan a los jóvenes, aun de parte de muchos adventistas del séptimo día, son diametralmente opuestas a las leyes de la naturaleza. Me senté una vez a la mesa con varios niños menores de 12 años de edad. Se sirvió carne en abundancia. Luego, una niña delgada y nerviosa pidió encurtidos. Se le alargó un frasco que contenía una mezcla ardiente de encurtidos con mostaza y otras especias picantes, de la cual se sirvió abundantemente. La nerviosidad y la índole irritable de esa niña eran bien conocidas, y estos condimentos picantes eran muy a propósito para producir semejante condición. El niño mayor tenía la idea de que no podía pasar sin carne, y demostraba gran disgusto y hasta falta de respeto si no se la daban. La madre lo había complacido en sus gustos y aversiones hasta que se convirtió en poco menos que una esclava de sus caprichos. Al muchacho no se le daba trabajo, así que dedicaba la mayor parte de su tiempo a leer cosas inútiles o peores que inútiles. Se quejaba casi siempre de dolor de cabeza y no quería alimentos sencillos.

Los padres debieran dar ocupación a sus hijos. Nada constituirá una fuente más segura de mal que la indolencia. El trabajo físico, que cansa los músculos saludablemente, despertará el apetito por alimentos sencillos y sanos; y el joven que esté debidamente ocupado no se levantará de la mesa refunfuñando porque no ha visto delante de sí una fuente de carne y varias golosinas para tentar su apetito.

Jesús, el Hijo de Dios, al trabajar con sus propias manos en el oficio de carpintero, dio un ejemplo a todos los jóvenes. Que los que desdeñan el asumir los deberes corrientes de la vida recuerden que Jesús estuvo sujeto a sus padres y contribuyó con su parte al sostén de la familia. Poco lujo se veía en la mesa de José y María,

pues se contaban entre los pobres y humildes.

Los padres debieran servir de ejemplo a sus hijos en el desembolso de dinero. Hay quienes, tan pronto como obtienen dinero, lo gastan en golosinas o en adornos innecesarios del vestido; y, cuando los ingresos disminuyen, sienten necesidad de lo que han malgastado. Si tienen una entrada abundante, hacen uso de cada peso; si la entrada es limitada, no alcanza a causa de los hábitos de despilfarro que han adquirido, y piden prestado para llenar las exigencias. Reúnen de toda fuente posible para hacer frente a sus necesidades imaginarias. Llegan a ser fraudulentos y falsos, y el registro que hay contra ellos en los libros del cielo es de tal naturaleza que no querrían mirarlo en el Día del Juicio. Han de satisfacer el deseo de ostentación; han de complacer el deseo del apetito y se mantienen pobres en virtud de sus descuidados hábitos, pudiendo haber aprendido a vivir dentro del alcance de sus medios. El despilfarro es uno de los pecados a los que están propensos los jóvenes. Desprecian los hábitos de economía por temor de que se los crea tacaños y pobres. Ante semejante estado de cosas, ¿qué diría Jesús, la Majestad del cielo, que les ha dado un ejemplo de paciente laboriosidad y economía?

No es necesario precisar aquí cómo se haya de practicar la economía en todos sus detalles. Aquellos cuyos corazones estén completamente rendidos a Dios y que tomen su Palabra como guía sabrán cómo conducirse en todos los deberes de la vida. Aprenderán de Jesús, que es manso y humilde de corazón, y al cultivar la mansedumbre de Cristo cerrarán la puerta a innúmeras tentaciones.

No se lo pasarán estudiando cómo satisfacer el apetito y la pasión de ostentación, en tanto que muchísimos ni siquiera pueden ahuyentar el hambre de sus puertas. El total gastado diariamente en cosas superfluas con la idea de que “son sólo cinco centavos” o

“son sólo diez centavos” parece muy pequeño; pero multipliquen estas insignificancias por los días del año, y a medida que los años pasen la cifra alcanzada parecerá casi increíble.

El Señor se ha complacido en presentar ante mí los males resultantes de los hábitos de derroche, con el fin de que pueda amonestar a los padres para que enseñen a sus hijos estricta economía. Enséñenles que el uso del dinero gastado en lo que no necesitan queda desviado del empleo que le corresponde. El que es infiel en lo poco, lo sería también en lo mucho. Si los hombres son infieles en los bienes terrenales, no se les pueden confiar riquezas eternas. Pongan guardia a su apetito; enseñen a sus hijos por el ejemplo, lo mismo que por precepto, a hacer uso de una dieta sencilla. Enséñenles a ser laboriosos, a no estar meramente ocupados sino empeñados en trabajo provechoso. Traten de despertar sus sensibilidades morales. Enséñenles que Dios tiene derechos sobre ellos, empezando aun desde los primeros años de su infancia. Díganles que hay corrupciones morales que afrontar por todos lados; que necesitan acudir a Jesús y entregarse a él en cuerpo y espíritu, y que en él encontrarán fuerza para resistir a toda tentación. Recuérdenles que no fueron creados meramente para complacerse a sí mismos, sino para ser instrumentos con los cuales llevar a cabo nobles propósitos. Enséñenles, cuando las tentaciones los induzcan a seguir sendas de egoísta complacencia, cuando Satanás trate de ocultar a Dios de su vista, que miren a Jesús y digan: “Sálvame, oh Jehová, para que no sea vencido”. Los ángeles se pondrán a su alrededor en respuesta a sus oraciones y los guiarán a seguras sendas.

Cristo no oró para que sus discípulos fueran quitados del mundo sino para que fuesen guardados del mal, esto es, guardados de ceder a las tentaciones que encontrarían en todas direcciones. Esta es una oración que todo padre y toda madre debieran elevar. Pero ¿habrían de interceder así en favor de sus hijos, dejándolos luego

hacer lo que les plazca? ¿Habrían de regalar el apetito hasta que este se hiciera dueño del terreno y esperar luego refrenar a los niños? No; la templanza y el dominio propio debieran enseñarse comenzando desde la cuna misma. Sobre la madre debe reposar mayormente la responsabilidad de esta tarea. El lazo terrenal más tierno es el que existe entre la madre y su hijo. El niño queda más prontamente impresionado por la vida y el ejemplo de la madre que por los del padre, debido a este lazo de unión más fuerte y más tierno. No obstante, la responsabilidad de la madre es pesada, y ella debiera tener la ayuda constante de su esposo.

La intemperancia en el comer y el beber, en trabajar y en casi todas las cosas existe por todas partes. Los que hacen grandes esfuerzos para ejecutar cierta suma de trabajo en un tiempo dado y siguen trabajando cuando su criterio les dice que deberían descansar jamás son vencedores. Están viviendo de capital prestado. Están gastando la fuerza vital que necesitarán en un tiempo futuro. Y, cuando se exija la energía que emplearon con tanta imprudencia, desfallecerán por falta de ella. Habrá desaparecido la fuerza física; decaerán las facultades mentales. Se darán cuenta de que han perdido algo, pero no sabrán lo que es. Su tiempo de necesidad habrá llegado, pero sus recursos físicos estarán agotados. Todo aquel que viola las leyes de la salud, deberá algún día sufrir en mayor o menor grado. Dios nos ha dotado de fuerza corporal, necesaria en diferentes períodos de nuestra vida. Si imprudentemente agotamos esta fuerza por el ajetreo constante, seremos perdedores algún día. Nuestra eficiencia se menoscabará, si acaso nuestra vida misma no se destruye.

Como regla, el trabajo del día no debiera prolongarse por la noche. Si se aprovechan bien las horas del día, todo el trabajo continuado hasta la noche es extra, y el recargado organismo se resentirá a causa de la carga que se le impone. Me fue mostrado que los que así proceden a menudo pierden más de lo que ganan,

por cuanto sus energías están agotadas y trabajan con nerviosidad. Puede ocurrir que no se den cuenta de ningún daño inmediato; pero están infaliblemente socavando su organismo.

Consagren los padres las noches a su familia. Dejen los cuidados y las perplejidades con los trabajos del día. El esposo y padre ganaría mucho si tomara por regla no turbar la felicidad de su familia llevando al hogar las desazones de los negocios, para producir roces y preocupaciones. Puede que necesite el consejo de su esposa en los asuntos difíciles, y ambos podrían obtener alivio en sus perplejidades con buscar juntamente sabiduría de Dios; pero eso de mantener la mente en tensión constante por asuntos de negocios perjudicará la salud, así de la mente como del cuerpo.

Pásense las noches tan alegremente como sea posible. Sea el hogar un lugar donde existan la alegría, la cortesía y el amor. Esto lo hará atractivo a los niños. Si los padres se cargan de disgustos y desazones, son iracundos y criticones, los niños participan del mismo espíritu de descontento y contención, y el hogar resulta el sitio más miserable del mundo. Los niños encuentran más placer entre extraños, en compañías descuidadas o en la calle, que en el hogar. Todo esto podría evitarse si se practicara la templanza en todas las cosas y se cultivara la paciencia. El dominio propio de parte de todos los miembros de la familia hará del hogar casi un paraíso. Hagan sus habitaciones tan placenteras como sea posible. Encuentren los niños que el hogar es el sitio más atrayente de la tierra. Rodéenlos de influencias que los aparten de buscar las compañías callejeras y que los hagan pensar en los antros del vicio sólo con horror. Si la vida del hogar fuese lo que debiera ser, los hábitos que en él se formaran serían una poderosa defensa contra los ataques de la tentación cuando los jóvenes tuvieran que abandonar el amparo del hogar para ir al mundo.

¿Construimos nuestras casas para la felicidad de la familia o

meramente por ostentación? ¿Proporcionamos a nuestros hijos habitaciones agradables y asoleadas o las mantenemos oscuras y cerradas, reservándolas para extraños, cuya felicidad no depende de nosotros? No hay obra más noble que podamos hacer, beneficio mayor que conferir a la sociedad, que dar a nuestros niños una educación adecuada, grabando en ellos, por precepto y ejemplo, el importante principio de que la pureza de vida y la sinceridad de propósito los preparará mejor para d-sempeñar su parte en el mundo.

Nuestras costumbres artificiales nos privan de muchos privilegios y de muchos goces, y nos inhabilitan para lo útil. Una vida a la moda es una vida dura e ingrata. ¡Cuántas veces se sacrifican el tiempo, el dinero y la salud, se somete a penosa prueba la paciencia y se pierde el dominio propio, sólo por causa de la ostentación! Si los padres quisieran atenerse a la sencillez, no dándose a gastos para la satisfacción de la vanidad y para seguir la moda; si quisieran mantener una noble independencia en lo recto, sin dejarse llevar por la influencia de aquellos que, siendo profesos cristianos, se niegan a levantar la cruz de la abnegación, darían a sus hijos, mediante este mismo ejemplo, una educación inestimable. Los niños llegarían a ser hombres y mujeres de valía moral y, a su vez, tendrían valor para mantenerse con denuedo por lo recto, aun contra la corriente de la moda y la opinión popular.

Cada acto de los padres repercute en el futuro de los hijos. Al consagrar tiempo y dinero al adorno exterior y a la complacencia de un apetito pervertido, están fomentando en los hijos la vanidad, el egoísmo y la concupiscencia. Las madres se quejan de estar tan cargadas de cuidados y trabajos que no pueden darse tiempo para enseñar pacientemente a sus pequeñuelos y dolerse con ellos en sus chascos y pruebas. Los corazones juveniles desean vivamente la simpatía y la ternura, y si no las obtienen de los padres las buscarán en fuentes que pongan en peligro la mente y las

costumbres. He oído a madres negar a sus hijos algún placer inocente, por falta de tiempo y reflexión, mientras que sus atareadas manos y fatigados ojos se ocupaban diligentemente con alguna inútil pieza de adorno, algo que tan sólo serviría para alentar la vanidad y la extravagancia en los niños. "Árbol que crece torcido, nunca su tronco endereza". A medida que los niños se aproximan a la pubertad, esas lecciones producen fruto de orgullo y falta de valor moral. Los padres deploran las faltas de sus hijos, pero no ven que están recolectando la cosecha de la semilla que ellos mismos sembraron.

Padres cristianos, asuman la responsabilidad de su vida y piensen sinceramente en las sagradas obligaciones que descansan sobre ustedes. Hagan de la Palabra de Dios su norma en lugar de seguir las modas y las costumbres del mundo, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. La felicidad futura de sus familias y el bienestar de la sociedad dependen mayormente de la educación física y moral que sus hijos reciban en los primeros años de su existencia. Si sus gustos y sus hábitos son tan sencillos en todo como debieran ser, si su vestido es decente, sin adorno adicional, las madres tendrán tiempo para hacer felices a sus hijos y enseñarles cariñosa obediencia.

No envíen a sus pequeñuelos demasiado pronto a la escuela. La madre debiera ser cuidadosa al confiar el modelado de la mente del niño a manos ajenas. Los padres tendrían que ser los mejores maestros de sus hijos hasta que estos hayan llegado a la edad de 8 o 10 años. Su sala de clase debiera ser el aire libre, entre las flores y los pájaros; y su libro de texto, el tesoro de la naturaleza. Tan pronto como sus inteligencias puedan comprenderlo, los padres debieran abrir ante ellos el gran libro divino de la naturaleza. Estas lecciones, dadas en tal ambiente, no se olvidarán rápidamente. Grande solicitud debiera tenerse para preparar el terreno del corazón, con el fin de que el Sembrador esparza la buena simiente.

Si la mitad del tiempo y del trabajo que es ahora más que perdido en ir tras las modas del mundo se consagrase al cultivo de la inteligencia de los niños y a la formación de hábitos correctos, se manifestaría en las familias un señalado cambio.

No hace mucho oí a una madre decir que le agradaba ver una casa construida con acierto, y que los defectos en la disposición y las fallas en el retoque final de la obra de carpintería le causaban fastidio. No condeno su gusto delicado; pero, mientras la escuchaba, lamentaba que no hubiese podido introducirse esta misma delicadeza en sus métodos de gobernar a los niños. Estos eran edificios de cuya construcción ella era responsable; no obstante, las maneras ásperas y descorteses de esos niños, su temperamento iracundo y egoísta, y su voluntad sin gobierno, eran dolorosamente manifiestos para otros. Eran, en efecto, caracteres disformes, seres humanos inadaptados. Sin embargo, la madre era ciega a todo ello. La disposición de su casa era para ella de más importancia que la simetría del carácter de sus hijos.

La limpieza y el orden son deberes cristianos. Sin embargo, aun estas cosas podrían llevarse demasiado lejos y hacer de ellas lo esencial, al paso que se descuidasen los asuntos de mayor importancia. Aquellos que descuidan los intereses de los hijos por estas consideraciones están diezmando la menta y el comino, en tanto que dejan lo más grave de la ley, a saber, la justicia, la misericordia y el amor de Dios.

Los niños más consentidos llegan a ser voluntariosos, iracundos y desagradables. ¡Ojalá que los padres se dieran cuenta de que tanto su felicidad como la de sus hijos dependen de una disciplina sensata y temprana! ¿Quiénes son estos pequeñuelos confiados a nuestro cuidado? Son los miembros más jóvenes de la familia del Señor. Él dice: "Toma este hijo, esta hija; críalos para mí y prepáralos para que sean 'como esquinas labradas a manera de las

de un palacio' [Sal. 144:12], de modo que resplandezcan en los atrios del Señor". ¡Obra preciosa! ¡Importante obra! Y, sin embargo, vemos madres que suspiran por un campo más vasto de trabajo, por alguna obra misionera que hacer. Si tan sólo pudieran ir al África o a la India, creerían estar haciendo algo. Pero, el hacerse cargo de los pequeños deberes diarios de la vida, y cumplirlos fiel y perseverantemente, les parece cosa sin importancia. ¿Cuál es la causa de esto? ¿No es con frecuencia debido a que la labor de la madre se aprecia tan poco? Ella tiene mil cuidados y responsabilidades de los que el padre pocas veces tiene conocimiento. Demasiado a menudo, este vuelve al hogar trayendo las inquietudes y las perplejidades de sus negocios, que proyectan sombra en la familia, y si no encuentra todo a su gusto en el hogar da expresión a sentimientos de impaciencia y de censura. Puede que se vanaglorie de lo que ha logrado durante el día; pero, a su manera de ver, el trabajo de la madre vale muy poco, o a lo menos no lo estima. Para él, las preocupaciones de aquella parecen insignificantes. Ella no tiene que hacer más que cocinar, cuidar a los niños, a veces bastante numerosos, y mantener la casa en orden. Durante todo el día ha tratado de hacer andar suavemente la maquinaria doméstica. Ha tratado, aunque cansada y perpleja, de hablar bondadosa y alegremente, de enseñar a los niños y de mantenerlos en el camino recto. Todo esto le ha costado esfuerzo y mucha paciencia. Ella no puede, a su vez, vanagloriarse de lo que ha hecho. Le parece como si no hubiese hecho nada. Pero, no es así. Aunque los resultados de su trabajo no son visibles, hay ángeles de Dios que observan a la afanada madre y anotan las cargas que lleva de día en día. Su nombre puede no aparecer jamás en los anales de la historia o recibir la honra y el aplauso del mundo, como podría suceder con el del esposo y padre; pero, en el libro de Dios queda inmortalizado. Está haciendo lo que puede, y su puesto a la vista de Dios es más elevado que el del monarca que se sienta en su trono, pues ella está modelando el carácter y promoviendo el desarrollo de las inteligencias.

Las madres del presente están haciendo la sociedad del futuro. ¡Cuán importante es que sus hijos sean criados de tal modo que puedan resistir las tentaciones que han de encontrar por doquier, más tarde en la vida!

Sea cual fuere la ocupación del padre y las perplejidades que ella le ocasione, traiga él al hogar el mismo rostro sonriente y los acentos placenteros con que durante todo el día ha recibido a visitantes y extraños. Sienta la esposa que puede apoyarse en el gran afecto de su esposo, en que sus brazos la fortalecerán y sostendrán a través de todas sus tareas y cuidados, en que su influencia apoyará la suya, y su carga perderá la mitad de su peso. ¿No le pertenecen los hijos a él tanto como a ella?

Procure el padre aliviar la tarea de la madre. En el momento dedicado al goce de un ocio egoísta, trate de familiarizarse con sus hijos, vale decir, únase a ellos en sus juegos, en sus ocupaciones. Muéstreles las hermosas flores, los altos árboles, en cuyas hojas pueden seguir las huellas de la obra y el amor de Dios. Debiera enseñarles que el Dios que hizo todo eso ama lo bello y lo bueno. Cristo señaló a sus discípulos los lirios del campo y las aves del aire, mostrando cómo Dios cuida de ellos; y esto lo presentó como una evidencia de que él cuidará del hombre, que vale mucho más que las aves y las flores. Explíquese a los niños que, por mucho tiempo que se malgaste en tentativas de ostentación, nuestra apariencia, en gracia y belleza, no puede compararse con la de las más sencillas flores del campo. De esa manera, sus inteligencias podrán ser llevadas de lo artificial a lo natural. Podrán aprender que Dios les ha dado todas estas cosas hermosas para que gocen de ellas, y que desea que ellos les den los mejores y más santos afectos del corazón.

Los padres debieran tratar de despertar en sus hijos interés por el estudio de la fisiología. Los jóvenes tienen que ser instruidos en lo

referente a sus propios cuerpos. Sólo pocos hay, entre los jóvenes, que tengan un conocimiento definido de los misterios de la vida. Es el estudio del maravilloso organismo humano, la relación y la dependencia de todas sus complicadas partes, uno de aquellos en que las más de las madres se toman poco o ningún interés. No comprenden la influencia del cuerpo sobre la mente ni la de la mente sobre el cuerpo. Se ocupan en innecesarias fruslerías y luego alegan que no tienen tiempo para obtener la información que necesitan con el fin de cuidar debidamente de la salud de sus hijos. Es menos molesto confiarlos a los médicos. Miles de niños mueren a causa de la ignorancia respecto de las leyes de su ser.

Si de por sí los padres quisieran adquirir un conocimiento en cuanto a este asunto y sintieran la importancia de aplicarlo a un uso práctico, veríamos un mejor estado de cosas. Enseñen a sus hijos a razonar, yendo de causa a efecto. Muéstrenles que si violan las leyes de su ser han de cumplir la pena de esa violación por medio del sufrimiento. Si ustedes no pueden ver tan rápido adelanto como quisieran, no se desanimen, sino instrúyanlos pacientemente y avancen hasta obtener la victoria. Continúen enseñándoles lo referente a sus propios cuerpos, y cómo cuidar de ellos. La imprudencia en la salud corporal propende a la imprudencia en las costumbres.

No se descuiden en enseñar a sus hijos cómo preparar alimento saludable. Al darles tales lecciones sobre fisiología y el arte de cocinar bien, les están dando los rudimentos de algunos de los ramos más útiles de la educación e inculcándoles principios que son elementos necesarios de una educación religiosa.

Todas las lecciones de las que he hablado en este capítulo son necesarias. Si se les presta la debida atención, serán como un baluarte que ha de proteger a nuestros niños de los males que están inundando al mundo. Tenemos necesidad de templanza en

nuestras mesas. Tenemos necesidad de casas en las que la luz del sol que Dios da y el aire puro del cielo sean bien recibidos. Tenemos necesidad de una influencia alegre y feliz en nuestros hogares. Deberíamos fomentar costumbres provechosas en nuestros hijos e instruirlos en las cosas de Dios. Cuesta algo hacer todo esto. Cuesta oraciones y lágrimas, e instrucción paciente y repetida con frecuencia. Nos hallamos, a veces, en el caso de no saber qué hacer; pero podemos llevar los niños a Dios en nuestras oraciones, pidiendo que sean guardados del mal, orando así: "Ahora, Señor, haz tu obra; ablanda y subyuga el corazón de nuestros hijos"; y él nos oirá. Él escucha las oraciones de las madres llorosas y afanadas. Cuando Cristo estaba en la tierra, las agobiadas madres le llevaban sus hijos. Pensaban que, si ponía las manos sobre sus hijos, se sentirían con mejor ánimo para criarlos en el camino en que tendrían que andar. El Salvador sabía por qué esas madres acudían a él con sus pequeñuelos, y reprendió a los discípulos que querían apartarlos, diciendo: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de tales es el reino de los cielos" (Mat. 19:14). Jesús ama a los pequeñuelos y está observando para ver cómo los padres llevan a cabo su cometido.

La iniquidad abunda por todos lados, y si los niños se salvan será debido a esfuerzos serios y perseverantes. Cristo ha dicho: "Yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados..." (Juan 17:19). Quiso que sus discípulos fuesen santificados, y se hizo él mismo ejemplo de ellos, para que pudieran seguirlo. ¿Qué sucedería si los padres y las madres se situaran en la misma posición, diciendo: "Deseo que mis hijos tengan firmes principios, y yo les daré un ejemplo de ello con mi vida"? Que la madre no considere demasiado grande sacrificio alguno, si es hecho por la salvación de su familia. Recuerden que Jesús dio su vida con el propósito de rescatarlos de la ruina a ustedes y a sus hijos. Tendrán su simpatía y su ayuda en esta bendita obra, y serán colaboradores de Dios.

Aunque faltemos en cualquier otra cosa, esmerémonos en la obra por nuestros niños. Si la disciplina doméstica los hace puros y virtuosos, así ocupen el lugar más pequeño y humilde en el gran plan de Dios para el bien del mundo, la obra de nuestra vida jamás será llamada fracaso (*Christian Temperance and Bible Hygiene*, págs. 60-72, 1880; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 149-161).

19

La primera escuela del niño

"Y vivirán con sus hijos" (Zac. 10:9)

En su sabiduría, el Señor decretó que la familia sea el mayor agente educativo. En el hogar es donde ha de empezar la educación del niño. Allí está su primera escuela. Allí, con sus padres como maestros, debe aprender las lecciones que han de guiarlo a través de la vida: lecciones de respeto, obediencia, reverencia, dominio propio. Las influencias educativas del hogar son un poder decidido para el bien o para el mal. Son, en muchos respectos, silenciosas y graduales, pero si se ejercen de la debida manera llegan a ser un poder abarcador para ver la verdad y la justicia. Si no se instruye correctamente al niño en el hogar, Satanás lo educará por medio de instrumentos elegidos por él. ¡Cuán importante es, pues, la escuela del hogar!

En esta escuela –el primer grado–, debe utilizarse el mejor talento. Sobre los padres recae la obligación de dar instrucción física, mental y espiritual. Debe ser el objetivo de todo padre asegurar para su hijo un carácter bien equilibrado, simétrico. Esa es una obra de no pequeña magnitud e importancia, una obra que requiere ferviente meditación y oración no menos que esfuerzo paciente y perseverante. Hay que echar un fundamento correcto, levantar un armazón fuerte y firme, y luego, día tras día, adelantar la obra de edificar, pulir y perfeccionar.

Los niños pueden ser educados para el servicio del pecado o para el servicio de la justicia. Salomón declara: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (Prov. 22:6). Este es un lenguaje positivo. La educación que Salomón ordena ha

de dirigir, educar y desarrollar. Pero, para hacer esta obra, los padres mismos deben comprender el "camino" por el cual debe andar el niño. Es imposible para ellos dar a sus hijos la debida preparación, a menos que se entreguen primero a Dios y aprendan del gran Maestro lecciones de obediencia a su voluntad.

Es mucho más fácil dar la preparación física, el desarrollo del cuerpo, que impartir la preparación espiritual. La pieza de los niños, el terreno de juegos, el taller, la siembra de la semilla y la recolección de la mies, todas estas cosas proporcionan educación física. En circunstancias ordinariamente favorables, el niño adquiere naturalmente su vigor saludable y el debido desarrollo de su organismo. Sin embargo, aun en las cosas físicas debe educárselo cuidadosamente.

La cultura del alma, que da pureza y elevación a los pensamientos, y fragancia a las palabras y los actos, requiere el esfuerzo más esmerado. Requiere paciencia mantener todo mal motivo apartado del jardín del corazón. En ningún caso debe descuidarse la preparación espiritual, porque "el principio de la sabiduría es el temor de Jehová" (Sal. 111:10). Algunos colocan la educación después de la religión, pero la verdadera educación es religión. La Biblia debería ser el primer libro de texto del niño. De este libro, los padres han de dar sabias instrucciones. La Palabra de Dios ha de constituir la regla de la vida. De ella, los niños han de aprender que Dios es su Padre; y de las hermosas lecciones de su Palabra han de adquirir un conocimiento de su carácter. Por la inculcación de sus principios, deben aprender a hacer justicia y juicio.

Por alguna razón a muchos padres les desagrada dar instrucción religiosa a sus hijos; los dejan obtener de la Escuela Sabática el conocimiento que es su privilegio y deber impartir. Estos padres no cumplen con la responsabilidad que se les impuso: dar a sus hijos

una educación completa. Dios ordena a su pueblo que críe a sus hijos en educación y admonición del Señor. ¿Qué significa 'educación y admonición del Señor'? Significa enseñarles a ordenar su vida por los requerimientos y las lecciones de la Palabra; ayudarlos a obtener una clara comprensión de las condiciones de entrada en la Ciudad de Dios. Las puertas de esa ciudad no serán abiertas a todos los que quieran entrar en ella, sino tan sólo a los que estudiaron para conocer la voluntad de Dios y entregaron su vida al dominio del Creador.

Padres, sean sencillas las instrucciones que dan a sus hijos, y asegúrense que las comprendan claramente. Las lecciones que ustedes aprenden de la Palabra deben presentarlas a sus mentes juveniles con tal claridad que no puedan dejar de comprenderlas. Por sencillas lecciones extraídas de la Palabra de Dios y de su propia experiencia, ustedes pueden enseñarles a conformar su vida a la norma más alta. Aun en la infancia y la adolescencia, pueden aprender a vivir vidas llenas de reflexión y fervor, vidas que den una rica mies de bien.

El altar de la familia

Dios debe ser honrado en todo hogar cristiano con los sacrificios matutinos y vespertinos de oración y alabanza. Debe enseñarse a los niños a respetar y a reverenciar la hora de oración. Es deber de los padres cristianos levantar, mañana y noche, por medio de la oración ferviente y perseverante, un cerco en derredor de sus hijos.

En la iglesia del hogar los niños han de aprender a orar y a confiar en Dios. Enséñenles a repetir la ley de Dios. Así se instruyó a los israelitas acerca de los mandamientos: "Las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes" (Deut. 6:7). Vengan con humildad, con un corazón lleno de ternura, con una

comprensión de las tentaciones y peligros que hay delante de ustedes mismos y de vuestros hijos; por la fe vincúlenlos al altar, suplicando el cuidado del Señor por ellos. Eduquen a los niños para ofrecer sus sencillas palabras de oración. Díganles que Dios se deleita en que lo invoquen.

¿Pasará por alto el Señor del cielo tales hogares, sin dejar una bendición en ellos? No, por cierto. Los ángeles ministradores guardarán a los niños así dedicados a Dios. Ellos oyen las alabanzas ofrecidas y la oración de fe, y llevan las peticiones a aquel que ministra en el Santuario en favor de su pueblo y ofrece sus méritos en su favor.

La disciplina del hogar

Se les ha de enseñar a los niños que sus capacidades les fueron dadas para honra y gloria de Dios. A este fin deben aprender la lección de la obediencia; porque únicamente mediante vidas de obediencia voluntaria pueden prestar a Dios el servicio que él requiere. Antes de que el niño tenga suficiente edad para razonar, ya se le puede enseñar a obedecer. Debe inculcársele el hábito mediante esfuerzos amables y persistentes. Así se podrán evitar, en un extenso grado, aquellos conflictos ulteriores entre su voluntad y la autoridad, que tanto contribuyen a despertar en las mentes de los jóvenes la enemistad y la amargura hacia sus padres y sus maestros, y demasiado a menudo resistencia a toda autoridad humana y divina.

Muéstrese a los niños que la verdadera reverencia se revela por la obediencia. Dios no ha ordenado nada que no sea esencial, y no hay otra manera de manifestarle reverencia tan agradable fuera de la obediencia a lo que él dijo.

La madre es la reina del hogar, y los niños son sus súbditos. Ella debe gobernar sabiamente su casa, en la dignidad de su

maternidad. Su influencia en el hogar ha de ser suprema; su palabra, ley. Si ella es cristiana, bajo la dirección de Dios, conquistará el respeto de sus hijos. Digan a sus hijos exactamente lo que requieren de ellos. Luego, háganles comprender que deben obedecer su palabra. De esta manera les estarán enseñando a respetar los mandamientos de Dios, que declaran sencillamente: "Harás" y "No harás".

Pocos padres empiezan bastante temprano a enseñar a sus hijos a obedecer. Generalmente se permite que el niño tome la delantera a sus padres en dos o tres años, al olvidarse de disciplinario, pensando que es demasiado joven para aprender a obedecer. Pero, durante todo ese tiempo, el yo se está fortaleciendo en el pequeño ser, y cada día la tarea de los padres para obtener el dominio se hace más difícil. Desde una edad muy temprana, los niños pueden comprender lo que se les dice con sencillez y claridad; y, manejándolos con bondad y juicio, se les puede enseñar a obedecer. Nunca debe permitírseles que manifiesten falta de respeto hacia sus padres. Nunca la terquedad se debe dejar sin reprensión. El futuro bienestar del niño requiere una disciplina bondadosa, amante, pero firme.

Hay un afecto ciego que permite a los niños hacer lo que quieren. Pero dejar a un niño seguir sus impulsos naturales es permitir que su carácter se deteriore y se haga eficiente en el mal. Los padres sabios no dirán a sus hijos: "Sigue tu propia elección; ve adonde quieras y haz lo que quieras"; sino: "Escucha la instrucción del Señor". Para no echar a perder la belleza de la vida hogareña, hagan y apliquen reglas sabias en él.

Es imposible describir el mal resultante de dejar a un niño librado a su propia voluntad. Algunos de los extraviados por habérselos descuidado en la infancia volverán en sí más tarde, pues se les inculcó lecciones prácticas; pero muchos se pierden para siempre

porque en la infancia y la adolescencia recibieron una cultura parcial, unilateral. El niño echado a perder tiene una pesada carga que llevar a través de su vida. En la prueba, los chascos, la tentación, seguirá su voluntad indisciplinada y mal dirigida. Los niños que nunca aprendieron a obedecer tendrán caracteres débiles e impulsivos. Procurarán gobernar, pero no aprendieron a someterse. No tienen fuerza moral para refrenar su genio díscolo, corregir sus malos hábitos o subyugar su voluntad sin control. Los hombres y las mujeres heredan los errores de la infancia no preparada ni disciplinada. Al intelecto pervertido le resulta difícil discernir entre lo verdadero y lo falso.

Los padres que aman de verdad a Cristo dan testimonio de ello en un amor hacia sus hijos que no será demasiado indulgente, sino que obrará sabiamente para su mayor bien. Dedicarán toda energía y capacidad santificada a la obra de salvar a sus hijos. En vez de tratarlos como juguetes, los considerarán como la adquisición de Cristo, y les enseñarán que deben llegar a ser hijos de Dios. En vez de permitirles entregarse al mal genio y a los deseos egoístas, les enseñarán lecciones de dominio propio. Y los niños serán, bajo la debida disciplina, más felices, mucho más felices, que si se les permitiera hacer como se lo sugieren sus impulsos irrefrenados. Las verdaderas virtudes de un niño consisten en la modestia y la obediencia, en oídos atentos para escuchar las palabras de dirección, en pies y manos voluntarios para andar y trabajar en la senda del deber.

Hacer atrayente el hogar

Mientras muchos padres yerran por el lado de la indulgencia, otros van al extremo opuesto y rigen a sus hijos con vara de hierro. Parecen olvidar que ellos mismos fueron una vez niños. Tienen una dignidad extremada, son fríos y carentes de simpatía. La alegría y las travesuras infantiles, la actividad incesante de las vidas jóvenes, no hallan excusas ante sus ojos. Tratan las faltas triviales

como pecados graves. Tal disciplina no es semejante a la de Cristo. Los niños así educados temen a sus padres, pero no los aman; no les confían las cosas que les pasan. Una de las cualidades más valiosas de la mente y del corazón queda paralizada como una planta tierna bajo el viento del invierno.

Aunque no hemos de entregarnos a un afecto ciego, tampoco hemos de manifestar una severidad indebida. Los niños no pueden ser llevados al Señor por la fuerza. Se los puede conducir, pero no arrear. "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen", declara Cristo (Juan 10:27). Él no dice: Mis ovejas oyen mi voz y se las obliga a andar en la senda de la obediencia. Nunca deben los padres causar dolor a sus hijos por la dureza y por las exigencias irrazonables. La dureza ahuyenta a las almas y las hace caer en la red de Satanás.

Administren las reglas del hogar con sabiduría y amor, no con vara de hierro. Los niños responderán con obediencia voluntaria a la ley del amor. Elogien a sus hijos siempre que puedan. Hagan que sus vidas sean tan felices como fuere posible. Provéanles diversiones inocentes. Hagan del hogar un Bet-el, un lugar santo, consagrado. Mantengan blando el terreno del corazón por la manifestación del amor y del afecto, preparándolo así para la semilla de la verdad. Recuerden que el Señor da a la tierra no solamente nubes y lluvias, sino también el hermoso y sonriente sol, que hace germinar la semilla y hace aparecer las flores. Recuerden que los niños necesitan no solamente reproches y corrección, sino también estímulo y encomio, el agradable sol de las palabras bondadosas.

El hogar debe ser para los niños el lugar más atrayente del mundo, y la presencia de la madre debiera ser su mayor encanto. Los niños tienen naturaleza sensible y amante. Es fácil agradarlos y es fácil hacerlos desgraciados. Con suave disciplina, con palabras y

actos bondadosos, las madres pueden ligarlos a su corazón.

Por sobre todo, los padres deben rodear a sus hijos de una atmósfera de alegría, cortesía y amor. Los ángeles se deleitan en morar en un hogar en el que vive el amor y este se expresa tanto en miradas y palabras como en actos. Padres, permitan que el sol del amor, la alegría y un feliz contentamiento penetre en el corazón de ustedes, y dejen que su dulce influencia impregne el hogar. Manifiesten un espíritu bondadoso y tolerante, y estimúlenlo en sus hijos, cultivando todas las gracias que alegran la vida hogareña. La atmósfera así creada será para los niños lo que son el aire y el sol para el mundo vegetal, y favorecerá la salud y el vigor de la mente y el cuerpo.

En vez de apartar de sí a sus hijos para que no la molesten con sus ruidos o sus pequeñas necesidades, planee la madre sus diversiones o trabajos livianos que mantengan ocupadas las manos y activas las mentes. Compenetrándose de sus sentimientos y dirigiendo sus diversiones y sus ocupaciones, la madre ganará la confianza de sus hijos; y así podrá corregir tanto más eficazmente sus malos hábitos, o refrenar sus manifestaciones de egoísmo o apasionamiento. Una palabra de cautela o de reproche pronunciada en el momento oportuno será de gran valor. Por un amor paciente y vigilante, ella puede encauzar la mente de sus hijos en la debida dirección, cultivando en ellos hermosos y atrayentes rasgos de carácter.

Los niños poco promisorios

Algunos tienen mayor necesidad que otros de paciente disciplina y bondadosa educación. Han recibido, como legado, rasgos de carácter poco promisorios, y por eso tienen tanto mayor necesidad de simpatía y amor. Por sus esfuerzos perseverantes, se puede preparar a estos niños díscolos para que ocupen un lugar en la obra del Maestro. Poseen facultades sin desarrollarse que, una vez

despiertas, los habilitarán para ocupar lugares mucho más destacados que los de aquellos de quienes se esperaba más.

Si tienen hijos de temperamentos peculiares, no permitan por ello que la plaga del desaliento pese sobre sus vidas. No deben darse órdenes a voces, ni debe haber palabras descorteses, exasperantes, duras, ni expresiones severas o llenas de lobreguez. Ayúdenlos por la manifestación de tolerancia y simpatía. Fortalézcanlos con palabras amorosas y actos de bondad, para que venzan sus defectos de carácter.

El intento de quebrantar la voluntad contraría los principios de Cristo. La voluntad del niño debe ser dirigida y guiada. Salven toda la fuerza de la voluntad, porque el ser humano la necesita toda; pero denle la debida dirección. Trátenla sabia y tiernamente, como un tesoro sagrado. No la desmenucen a golpes; sino amóldenla sabiamente, por precepto y verdadero ejemplo, hasta que el niño llegue a los años en que pueda llevar responsabilidades.

Cuándo y cómo castigar

La madre puede preguntarse: "¿No habré de castigar nunca a mi hijo?" Puede ser que los azotes sean necesarios cuando los demás recursos fracasen; sin embargo, ella no debe usar la vara si es posible evitarlo. Pero si las correcciones más benignas resultan insuficientes, el castigo para hacer volver al niño en sí debe ser administrado con amor. Frecuentemente, una sola corrección de esta naturaleza bastará para toda la vida, pues le demostrará al niño que él no tiene en sus manos las riendas del dominio de las cosas.

Y, cuando este paso llega a ser necesario, se le debe inculcar seriamente al niño el pensamiento de que se le administra el castigo no para la satisfacción de los padres ni como acto de arbitraria autoridad, sino para su propio beneficio. Debe

enseñársele que todo defecto no corregido le ocasionará desgracia, y desagradará a Dios. Bajo esa disciplina, los niños hallarán su mayor felicidad en someter su voluntad a la voluntad de su Padre celestial.

A veces hacemos más para provocar que para ganar. He visto a una madre arrebatar de la mano de su hijo algo que le ocasionaba placer especial. El niño no veía la razón de ello, y naturalmente se sintió maltratado. Luego siguió un altercado entre ambos, y un vivo castigo puso fin a la escena, por lo menos aparentemente; pero esta batalla dejó en la mente tierna una impresión que no se iba a borrar fácilmente. Esa madre actuó imprudentemente. No razonó de causa a efecto. Su acción dura, poco juiciosa, despertó las peores pasiones en el corazón de su hijo, y en toda ocasión similar esas pasiones se iban a reactivar y fortalecer.

¿Piensan que Dios no se fija en la manera en que tales niños son corregidos? Él lo ve, y sabe cuáles podrían haber sido los bienaventurados resultados de la obra de corrección hecha de una manera que hubiese conquistado en lugar de repeler.

No corrijan nunca a sus hijos si ustedes están airados. Un arrebato de ustedes no curará el mal genio de su hijo. De todos, este es el momento en que deben actuar con humildad, paciencia y oración. Es el momento de arrodillarse con los niños y pedir perdón al Señor. Si son padres cristianos, antes de ocasionar dolor físico a su hijo, revelarán el amor que tienen para con sus pequeñuelos que yerran. Mientras se postran delante de Dios con su hijo, presentarán al Redentor lleno de simpatía sus propias palabras: "Dejad los niños venir, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios" (Mar. 10:14). Esta oración traerá a los ángeles a su lado. Su hijo no olvidará estos incidentes, y la bendición de Dios descansará sobre tal instrucción, guiándolos a Cristo.

Cuando los niños comprenden que sus padres están procurando ayudarlos, pondrán todas sus energías en la debida dirección. Y, para los niños que reciben la debida instrucción en el hogar, las ventajas de nuestras escuelas serán mayores que para aquellos a quienes se ha dejado crecer sin ayuda espiritual en casa (*Consejos para los maestros*, págs. 103-112).

***

Necesitamos de continuo una nueva revelación de Cristo, una experiencia diaria que armonice con sus enseñanzas. Altos y santos resultados están a nuestro alcance. El propósito de Dios es que progresemos siempre en conocimiento y virtud. Su ley es eco de su propia voz, que dirige a todos la invitación: "Sube más arriba. Sé santo, cada vez más santo". Cada día podemos adelantar en la perfección del carácter cristiano...

Las tentaciones a las que estamos expuestos cada día hacen de la oración una necesidad. Todo camino está sembrado de peligros. Los que procuran rescatar a otros del vicio y de la ruina están especialmente expuestos a la tentación. En continuo contacto con el mal, necesitan apoyarse fuertemente en Dios, si no quieren corromperse. Cortos y terminantes son los pasos que conducen a los hombres desde las alturas de la santidad hasta el abismo de la degradación. En un solo momento pueden tomarse resoluciones que determinen para siempre el destino personal. Al no obtener la victoria una vez, el alma queda desamparada. Un hábito vicioso que dejemos de reprimir se convertirá en cadenas de acero que sujetarán a todo el ser (*El ministerio de curación*, págs. 403, 408).

20

Las escuelas de familia

A medida que progresemos en el establecimiento de escuelas de iglesia, hallaremos que debe trabajarse en favor de los niños en los lugares donde se había pensado que no podía sostenerse una. En cuanto sea posible, todos nuestros hijos deben tener oportunidad de obtener educación cristiana. Con el fin de proveerla, debemos a veces establecer escuelas de iglesia en los hogares. Sería bueno si varias familias de un vecindario se uniesen para emplear a un maestro humilde y temeroso de Dios, que dé a los padres la ayuda que necesitan para educar a sus hijos. Esto será una gran bendición para muchos grupos aislados de observadores del sábado, y un plan más agradable al Señor que el que se ha seguido a veces, a saber, enviar a niños tiernos lejos de sus casas para asistir a una de nuestras escuelas mayores.

Los pequeños grupos de observadores del sábado son necesarios para mantener en alto la luz delante de sus vecinos; y se necesitan los niños en los hogares, para poder ayudar a sus padres cuando terminan las horas de estudio. El mejor lugar para los niños es el hogar cristiano bien ordenado, donde puedan recibir la disciplina paterna según la orden del Señor.

Los tiernos años de la infancia son años de pesada responsabilidad para los padres. Estos tienen un sagrado deber que cumplir en cuanto a enseñar a sus hijos a ayudar a llevar las cargas del hogar, a conformarse con alimentos sencillos, y ropas aseadas y poco costosas. Los requerimientos de los padres deben ser siempre razonables; deben expresar bondad, no por una negligencia insensata, sino por una sabia dirección. Han de enseñar a sus hijos en forma agradable, sin reñir ni censurarlos, procurando ligar

consigo el corazón de los pequeñuelos con sedosas cuerdas de amor. Sean todos, padres y madres, maestros, hermanos y hermanas mayores, una fuerza educadora para fortalecer todo interés espiritual, y para introducir en el hogar y en la vida escolar una atmósfera sana, que ayude a los niños menores a crecer en la educación y la admonición del Señor.

El estudio de la Biblia en el hogar

Nuestros hijos son la propiedad del Señor; han sido adquiridos por precio. Este pensamiento debe ser el móvil de nuestros trabajos en favor de ellos. El método que tiene más éxito para asegurar su salvación y mantenerlos apartados del camino de la tentación consiste en instruirlos constantemente en la Palabra de Dios. Y, a medida que los padres aprendan con sus niños, encontrarán que su propio crecimiento en la gracia y el conocimiento de la verdad se vuelve más rápido. La incredulidad desaparecerá; aumentará la fe y la actividad; se profundizará la seguridad y la confianza a medida que ellos prosigan en el conocimiento del Señor. Sus oraciones experimentarán una transformación, haciéndose más fervientes y sinceras. Cristo es la cabeza de su iglesia, el apoyo que no falta de su pueblo; él dará la gracia necesaria a los que lo busquen en procura de sabiduría e instrucción.

Dios quiere que consideremos estas cosas en su importancia sagrada. Es privilegio de hermanos, hermanas y padres cooperar en enseñar a los niños a beber de la alegría de la vida de Cristo, aprendiendo a seguir su ejemplo. A los niños mayores de estas familias aisladas quiero decirles: No es necesario que todos abandonen las responsabilidades del hogar para asistir a nuestras escuelas con internados, con el fin de prepararse para servir. Recuerden que en el hogar mismo hay una obra que hacer por el Maestro. En el hogar hay niños menores que instruir, y así aliviar las cargas de la madre.

Recuerden los miembros de más edad de la familia que esta parte de la viña del Señor necesita ser cultivada fielmente, y resuelvan dedicar todas sus mejores capacidades a hacer atrayente el hogar, y a tratar sabia y pacientemente a los niños menores. Hay, en nuestros hogares, personas jóvenes a quienes el Señor ha calificado para dar a otros el conocimiento que han adquirido. Esfuércense las tales para mantener frescas en la mente las lecciones espirituales. Y, mientras están enseñando, pueden también estudiar. Así aprenderán mientras enseñan. Obtendrán nuevas ideas, y las horas de estudio serán un decidido placer y provecho.

Agentes misioneros

Hablo a los padres y a las madres: Pueden ser educadores en sus hogares; pueden ser agentes misioneros espirituales. Sientan su necesidad de ser misioneros en el hogar, de mantener su atmósfera libre de la influencia de las palabras apresuradas y duras, de hacer de él un lugar donde los ángeles puedan venir a bendecir y dar éxito a los esfuerzos hechos.

Únanse los padres en proveer un lugar para la instrucción diaria de sus hijos, eligiendo como maestro a una persona capaz de enseñar y que, como siervo consagrado de Cristo, crezca en conocimiento mientras imparte las instrucciones. El maestro consagrado al servicio de Dios podrá hacer una obra definida en el servicio misionero, e instruirá a los niños en los mismos ramos de trabajo.

Cooperen los padres y las madres con él, trabajando fervientemente por la salvación de sus hijos. Si los padres quieren comprender la importancia de estos pequeños centros de educación, cooperando en la obra que el Señor desea que se haga en este tiempo, los planes del enemigo para con nuestros hijos serán frustrados en gran parte.

"Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (Prov. 22:6). A veces los niños se sienten tentados a tascar el freno bajo la restricción; pero, en la vida ulterior bendecirán a sus padres por el cuidado fiel y la estricta vigilancia que los guardó y guió en sus años de inexperiencia.

***

Los padres deben tener siempre presente el objetivo que se ha de alcanzar: la perfección del carácter de sus hijos. Los padres que educan correctamente a sus hijos, desarraigando de sus vidas todo rasgo impropio, los están preparando para llegar a ser misioneros de Cristo en verdad, justicia y santidad. El que en su infancia presta servicio a Dios, añadiendo a su "fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor" (2 Ped. 1:5-7), se está preparando para oír y responder al llamamiento: "Hijo, sube más alto; entra en la escuela superior".

¿Les parece que no aprenderemos nada allí? No tenemos la menor idea de lo que se abrirá entonces delante de nosotros. Con Cristo, andaremos al lado de las aguas vivas. Nos revelará la hermosura y la gloria de la naturaleza. Nos revelará lo que él es para nosotros, y lo que somos para él. Conoceremos entonces la verdad que no podemos conocer ahora, por causa de nuestras limitaciones finitas.

Ni la escuela de iglesia ni el colegio proporcionan, como el hogar, las oportunidades para asentar el carácter de un niño sobre el debido fundamento (Counsels to Parents, Teachers, and Students, pág. 162; reproducido en Consejos para los maestros, págs. 152, 153).

21

La parábola de la semilla vegetante

Jesús enseñó por ilustraciones y parábolas extraídas de la naturaleza y de los acontecimientos familiares de la vida diaria... De esta manera asociaba las cosas naturales con las espirituales, vinculando las cosas de la naturaleza y la vida de sus oyentes con las verdades sublimes de la Palabra escrita. Y, más tarde, cuandoquiera sus ojos cayeran sobre los objetos que él había asociado con la verdad eterna, oirían repetidas sus lecciones.

Una de las parábolas más hermosas e impresionantes de Cristo es la del sembrador y la semilla. "Así es el reino de Dios –dijo él–, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga" (Mar. 4:26-28)... El que dio esta parábola era el mismo que había creado la diminuta simiente, le había dado sus propiedades vitales y ordenado las leyes que debían gobernar su crecimiento; e hizo de ella una ilustración viva de la verdad tanto en el mundo natural como el espiritual.

Las verdades que esta parábola enseña fueron hechas una realidad viviente en la vida misma de Cristo. Tanto en su naturaleza física como en la espiritual, siguió el orden divino del crecimiento, ilustrado por la planta, como él desea que hagan todos los jóvenes. Aunque él era la Majestad del cielo, el Rey de gloria, vino como niño a Belén, y durante un tiempo representó al impotente infante bajo el cuidado de su madre.

En su infancia, Jesús hizo las obras de un niño obediente. Hablaba y actuaba con la sabiduría de un niño, y no de un hombre,

honrando a sus padres, y ejecutando sus deseos en forma servicial, según la capacidad de un niño. Pero, en cada etapa de su desarrollo fue perfecto, con la gracia sencilla y natural de una vida sin pecado. El Relato Sagrado dice de su infancia lo siguiente: "Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él". Y, acerca de su juventud, tenemos registrado: "Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres" (Luc. 2:40, 52).

Aquí se sugiere la obra de los padres y de los maestros... Deben procurar cultivar las tendencias de los jóvenes, con el fin de que en cada etapa de su vida puedan representar la belleza natural apropiada a ese período, en un desarrollo natural, como el de las plantas en el jardín.

La belleza de la sencillez

Los niños más atrayentes son naturales y sin afectación. No es prudente dar atención especial a los niños, y repetir delante de ellos sus dichos ingeniosos. No debe estimularse su vanidad alabando su aspecto, sus palabras o sus acciones. Tampoco debe vestírselos de una manera costosa o vistosa. Esto estimularía en ellos el orgullo y despertaría la envidia en el corazón de sus compañeros. Enseñen a los niños que el verdadero adorno no es exterior. "Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios" (1 Ped. 3:3, 4)...

Debe educarse a los pequeñuelos en la sencillez infantil. Debe enseñárseles a contentarse con los deberes y los servicios pequeños, y con los placeres y los incidentes naturales a sus años. La infancia corresponde a la hoja de la parábola, y la hoja tiene una belleza propia peculiar. Los niños no han de ser forzados a una madurez precoz, sino que deben conservar todo el tiempo posible

la frescura y la gracia de sus primeros años.

El jardín del corazón

La parábola del sembrador y de la simiente encierra una profunda lección espiritual. La simiente representa los principios sembrados en el corazón, y su crecimiento, el desarrollo del carácter. Hagan práctica la enseñanza de este punto. Los niños pueden preparar el suelo y sembrar la simiente; y, mientras trabajan, los padres o los maestros pueden explicarles cómo es el jardín del corazón, y la buena o la mala semilla que se siembra en él: que así como el jardín debe ser preparado para la semilla natural, el corazón también debe serlo para la semilla de la verdad. A medida que crece la planta, puede continuarse con la relación entre la siembra natural y la espiritual.

Los niñitos pueden ser cristianos, gozando de una experiencia de acuerdo con sus años. Esto es todo lo que Dios espera de ellos. Necesitan ser educados en las cosas espirituales; y los padres deben darles toda ventaja, con el fin de que puedan formar caracteres de acuerdo con la semejanza del carácter de Cristo.

La mente nunca cesará de estar activa. Está expuesta a influencias buenas o malas. Como el rostro humano queda estampado, por el rayo del sol, sobre la placa pulida del artista, así quedan grabados los pensamientos y las impresiones en la mente del niño, y son casi imborrables, sean estas impresiones terrenales o morales y religiosas. La mente es más susceptible cuando la razón está despertando; de modo que las primeras lecciones son de gran importancia. Estas tienen una influencia poderosa en la formación del carácter. Si son de la índole debida, y si a medida que el niño progresa en años se las continúa impartiendo con paciente perseverancia, el destino terrenal quedará amoldado para el bien. Esta es la palabra del Señor: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” (Prov. 22:6).

Padres, den sus hijos al Señor, y recuérdenles siempre que le pertenecen, que son los corderos del rebaño de Cristo, sobre los cuales vela el verdadero Pastor. Ana dedicó a Samuel al Señor; y se dice de él: "Y Samuel creció, y Jehová estaba con él, y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras" (1 Sam. 3:19). En el caso de este profeta y juez de Israel se presentan las posibilidades colocadas delante del niño cuyos padres cooperan con Dios, haciendo la obra que les es señalada.

Los niños son herencia del Señor, y han de ser educados para su servicio. Esta es la obra que incumbe a padres y maestros con fuerza solemne y sagrada, y que no pueden eludir ni ignorar. Los que descuidan esta obra son señalados como siervos infieles; pero hay una recompensa cuando la semilla de verdad se siembra temprano en el corazón y se la atiende cuidadosamente.

Cristo concluye la parábola diciendo: "Y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado" (Mar. 4:29). Cuando se recoja la cosecha de la tierra, veremos los resultados de nuestras labores; porque contemplaremos, reunidos en el alfolí celestial, a aquellos por quienes hemos trabajado y orado. Así entraremos en el gozo de nuestro Señor, cuando "verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho" (Isa. 53:11) (*Special Testimonies on Education*, págs. 67-72).

Con frecuencia le parece a la madre que su trabajo es un servicio sin importancia, una obra que rara vez se aprecia; y que los demás saben muy poco de sus muchas cuitas y ocupaciones. Si bien sus días están ocupados con una larga lista de pequeños deberes, todos los cuales exigen esfuerzos pacientes, dominio propio, tacto, sabiduría y amor abnegado, ella no puede jactarse de haber realizado algo grande. Tan sólo ha logrado que las cosas del hogar marchen suavemente. A menudo cansada y perpleja, ha procurado hablar bondadosamente a los niños, mantenerlos ocupados y

felices, guiando sus piececitos en la buena senda. Y le parece que no logró nada. Pero no es así. Los ángeles celestiales observan a la madre agobiada, y toman nota de la carga que lleva día tras día. Tal vez su nombre no haya sido oído en el mundo, pero está escrito en el Libro de la vida del Cordero (*Consejos para los maestros*, págs. 132-136).

22

¿Qué deben leer nuestros hijos?

¿Qué deben leer nuestros hijos? Esta es una pregunta seria, una pregunta que requiere una respuesta seria. Me acongoja el ver, en las familias observadoras del sábado, periódicos y diarios que contienen folletines que no dejan buenas impresiones en las mentes de los niños y los jóvenes. He observado a los que han desarrollado un gusto por los relatos ficticios. Tuvieron el privilegio de escuchar la verdad y familiarizarse con las razones de nuestra fe; pero han llegado a los años maduros privados de piedad verdadera y práctica. No manifiestan devoción, no reflejan luz celestial sobre aquellos a quienes tratan, para conducirlos a la Fuente de todo conocimiento verdadero.

Durante los primeros años de la vida de un niño su mente es más susceptible a las impresiones buenas o malas. Durante esos años, hace progreso decidido en la buena dirección o en la mala. Por un lado, se puede obtener mucha información sin valor; por otro lado, mucho conocimiento sólido y valioso. La fuerza del intelecto, el conocimiento sólido, son posesiones que no puede comprar el oro de Ofir. Su precio supera al del oro o de la plata.

La clase de educación que hará idóneos a los jóvenes para la vida práctica no es la que eligen comúnmente. Ellos insisten en sus deseos, sus gustos y aversiones, sus preferencias y sus inclinaciones; pero, si sus padres tienen una visión correcta de Dios, de la verdad, y de las influencias y las compañías que deben rodear a sus hijos, sentirán que sobre ellos descansa la responsabilidad confiada por Dios de guiar cuidadosamente a los jóvenes inexpertos.

Muchos jóvenes anhelan tener libros. Leen cualquier cosa que puedan obtener. Apelo a los padres de los tales niños para que controlen su deseo de lectura. No permitan que sobre sus mesas haya revistas y diarios que contengan historias de amor. Deben reemplazarlas por libros que ayuden a los jóvenes a incluir en el edificio de su carácter el mejor material: el amor y el temor de Dios, el conocimiento de Cristo. Estimulen a sus hijos a que almacenen valiosos conocimientos en la mente, a que lo bueno ocupe su alma, controle sus facultades, no dejando lugar para pensamientos bajos y degradantes. Repriman el deseo de leer cosas que no proporcionan buen alimento a la mente. El dinero gastado en revistas de cuentos puede parecer poco, pero es demasiado para lo que ofrece, tantas cosas que extravían y da tan poco bien en recompensa. Los que están en el servicio de Dios no deben gastar tiempo ni dinero en lecturas sin provecho.

Lecturas inútiles

El mundo está inundado de libros que sería mejor destinar al fuego que a la circulación. Sería mejor que nunca leyesen los jóvenes los libros que tratan temas sensacionales, publicados y puestos en circulación para ganar dinero. Hay una fascinación satánica en tales libros. El relato desconsolador de crímenes y atrocidades tiene sobre muchos un poder hechicero que los excita a buscar lo que pueden realizar para hacerse notar, aun mediante los actos más perniciosos. Las enormidades, las crueldades y las prácticas licenciosas descritas en algunos de los escritos estrictamente históricos han actuado como levadura en las mentes de muchos, induciéndolos a cometer actos similares.

Los libros que delinean las prácticas satánicas de los seres humanos dan publicidad al mal. Esos horribles detalles no necesitan reverse, y nadie que cree la verdad para este tiempo debe tener parte en perpetuar su recuerdo. Cuando el intelecto se alimenta y estimula con estos alimentos depravados, los

pensamientos se vuelven impuros y sensuales.

Hay otra clase de libros –historias de amor, y cuentos frívolos y excitantes– que es una maldición para todos aquellos que la leen, aun cuando el autor les añada una buena moraleja. Con frecuencia se entretejen declaraciones religiosas en estos libros; pero, en la mayoría de los casos, Satanás está vestido como ángel para engañar y seducir a los incautos. La práctica de leer cuentos es uno de los medios empleados por Satanás para destruir almas. Produce una excitación falsa y malsana, afiebra la imaginación, incapacita a la mente para ser útil y la descalifica para cualquier esfuerzo espiritual. Aleja al alma de la oración y del amor a las cosas espirituales.

Los lectores de cuentos frívolos y excitantes se incapacitan para los deberes de la vida práctica. Viven en un mundo irreal. He observado a niños a quienes se había permitido hacer una práctica de la lectura de tales historias. En su casa o fuera de ella, estaban agitados, sumidos en sueños y no eran capaces de conversar sino sobre los asuntos más comunes. La conversación y el pensamiento religiosos eran completamente ajenos a su mente. Al cultivar el apetito por las historias sensacionales, se pervirtió el gusto mental, y la mente no queda satisfecha a menos que se la alimente con este alimento malsano. No puedo pensar en un nombre más adecuado para los que se dedican a tales lecturas que el de ebrios mentales. Los hábitos intemperantes en la lectura tienen sobre el cerebro el mismo efecto que los hábitos intemperantes en el comer y beber tienen sobre el cuerpo.

Los que practican el hábito de leer rápidamente una historia excitante están simplemente invalidando su fuerza mental y descalificando su mente para la reflexión y la investigación vigorosas. Algunos jóvenes, y aun algunos de edad madura, se han visto aquejados de parálisis sin otra causa que el exceso de lectura.

La fuerza nerviosa del cerebro ha estado constantemente excitada, hasta que la máquina delicada se gastó y rehusó funcionar. Alguna parte de la delicada maquinaria cedió, y el resultado fue la parálisis.

Hay hombres y mujeres, ya en el ocaso de la vida, que nunca se han recobrado de los efectos de la intemperancia en la lectura. El hábito adquirido en los primeros años creció con su desarrollo y se fortaleció a medida que crecían. Sus esfuerzos resueltos para vencer el pecado que cometían al abusar del intelecto tuvieron éxito parcial; pero nunca recobraron el pleno vigor de la mente que Dios les había concedido.

Los autores incrédulos

Otra fuente de peligro contra la cual debemos precavernos constantemente es la lectura de autores incrédulos. Sus obras están inspiradas por el enemigo de la verdad y nadie puede leerlas sin poner en peligro su alma. Es verdad que algunos afectados por ellas pueden recobrarse finalmente; pero todos los que se someten a su mala influencia se colocan sobre el terreno de Satanás, y él saca el mejor partido de su ventaja. Al invitarlo ellos a sus tentaciones, no tienen sabiduría para discernirlas ni fuerza para resistirlas. Con poder fascinante y hechicero, la incredulidad y la infidelidad se aferran a la mente.

Estamos constantemente rodeados por la incredulidad. La misma atmósfera parece cargada de ella. Únicamente por el esfuerzo constante podemos resistir su poder. Los que aprecian su salvación deben rehuir los escritos de los incrédulos como huirían de la lepra.

Ocupación previa del suelo

La mejor manera de impedir el crecimiento del mal es ocupar previamente el suelo. En vez de recomendar a sus hijos que lean

Robinson Crusoe, o historias fascinantes de la vida real, como *La cabaña del tío Tom*, ábranles las Escrituras, y dediquen tiempo cada día a leer y estudiar la Palabra de Dios. Los gustos mentales deben ser disciplinados y educados con el mayor cuidado. Los padres deben empezar temprano a abrir las Escrituras a las mentes en desarrollo de sus hijos, con el fin de que puedan adquirir los debidos hábitos.

No deben escatimarse esfuerzos para establecer correctos hábitos de estudio. Si la mente vaga, háganla volver. Si los gustos intelectuales y morales han sido pervertidos por historias ficticias y exageradas, de manera que no haya inclinación a aplicar la mente, hay que pelear una batalla para vencer este hábito. El amor por las lecturas ficticias debe vencerse enseguida. Deben tenerse reglas rígidas para mantener la mente en el debido sendero.

Entre un campo inculto y una mente no educada hay una sorprendente similitud. El enemigo siembra cizaña en las mentes de los niños y los jóvenes, y a menos que los padres ejerzan solícito cuidado, la cizaña brotará para llevar frutos malos. Se necesita trabajo incesante para cultivar la mente y sembrar en ella la preciosa semilla de la verdad bíblica. Se debe enseñar a los niños a rechazar las historias triviales y excitantes, y a buscar lecturas sensatas, que inducirán a la mente a interesarse en los relatos bíblicos, en la historia y sus argumentos. La lectura que arroje luz sobre el Santo Tomo, y vivifique el deseo de estudiarlo, no es peligrosa sino beneficiosa.

La lección de la Escuela Sabática

La Escuela Sabática proporciona a padres y a hijos una oportunidad de estudiar la Palabra de Dios. Pero, con el fin de que obtengan el beneficio que podrían adquirir en la Escuela Sabática, tanto los padres como los niños deben dedicar tiempo al estudio de la lección, procurando obtener un conocimiento cabal de los

hechos presentados, tanto como de las verdades espirituales que estos hechos están destinados a enseñar. Inculquen en las mentes de los jóvenes la importancia de buscar el significado completo del pasaje considerado.

Padres, aparten cada día un momento para el estudio de la lección de la Escuela Sabática con sus hijos. Renuncien a la conversación familiar, si ello es necesario, antes de sacrificar la hora dedicada a las lecciones de la Historia Sagrada. Tanto los padres como los hijos recibirán beneficio de este estudio. Confíense a la memoria los pasajes más importantes de la Escritura, no como una imposición, sino como un privilegio. Aunque al principio la memoria sea deficiente, adquirirá fuerza con el ejercicio, de manera que después de un tiempo se deleitarán en atesorar las palabras de verdad. Y el hábito resultará de ayuda valiosa para el crecimiento espiritual.

El círculo de lectura del hogar

Demuestre nuestro pueblo que tiene interés vivo en la obra misionera médica. Prepárese para ser útil al estudiar las publicaciones que han sido preparadas para nuestra instrucción sobre estos asuntos. Los que estudian y practican los principios del sano vivir recibirán grandes bendiciones tanto física como espiritualmente. El comprender la filosofía de la salud es una salvaguardia contra muchos de los males que van de continuo en aumento.

Padres y madres, obtengan toda la ayuda que puedan del estudio de nuestros libros y publicaciones. Tomen tiempo para leer a sus hijos tanto de los libros de salud como de los que tratan más particularmente temas religiosos. Enséñenles la importancia de cuidar el cuerpo, la casa en que viven. Formen un círculo de lectura del hogar, en el que cada miembro de la familia pondrá a un lado las ocupaciones del día y se unirá en el estudio. Los jóvenes

que han estado acostumbrados a leer novelas y libros de cuentos triviales recibirán especial beneficio por participar del estudio familiar vespertino.

La Biblia

Sobre todo, tomen tiempo para leer la Biblia, el Libro de los libros. Un estudio diario de las Escrituras tiene una influencia santificadora y elevadora sobre la mente. Liguen el Santo Volumen a sus corazones. Resultará para ustedes un amigo y un guía en la perplejidad.

Tanto los ancianos como los jóvenes descuidan la Biblia. No hacen de ella su estudio, la regla de su vida. Especialmente los jóvenes son culpables de tal negligencia. La mayoría de ellos hallan tiempo para leer otros libros, pero no estudian diariamente el Libro que señala el camino hacia la vida eterna. Leen atentamente las historias inútiles, mientras que descuidan la Biblia. Este Libro es el Guía que nos lleva a una vida más elevada y más santa. Los jóvenes declararían que es el libro más interesante que leyeron alguna vez, si su imaginación no hubiese quedado pervertida por la lectura de historias ficticias.

Las mentes juveniles no alcanzan su desarrollo más noble cuando descuidan la fuente más elevada de sabiduría: la Palabra de Dios. Que estamos en el mundo de Dios, en presencia del Creador; que somos hechos a su semejanza; que él vela sobre nosotros, y nos ama y cuida; estos son maravillosos temas de reflexión, y conducen la mente a amplios y exaltados campos de meditación. El que abre la mente y el corazón a la contemplación de estos temas no se quedará nunca satisfecho con asuntos triviales y sensacionales.

Es difícil estimar la importancia de procurar un conocimiento cabal de las Escrituras. “Inspirada por Dios”, capaz de hacernos sabios “para la salvación” con el fin de que el hombre de Dios sea

"perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Tim. 3:15-17), la Biblia exige nuestra atención más reverente. No debemos quedar satisfechos con un conocimiento superficial, sino procurar aprender el pleno significado de las palabras de verdad, beber profundamente del espíritu de los Santos Oráculos (*Consejos para los maestros*, págs. 125-131).

23

Las escuelas de iglesia

La iglesia tiene una obra especial que hacer en lo que toca a educar y disciplinar a sus niños de modo que, al asistir a las clases o estar en cualquier otra compañía, no sientan la influencia de los que están dominados por hábitos corrompidos. El mundo está lleno de iniquidad y desprecio por los requerimientos de Dios. Las ciudades se han vuelto como Sodoma, y nuestros hijos se ven diariamente expuestos a muchos males. A menudo, los que asisten a las escuelas públicas se relacionan con otros que están más descuidados que ellos, a los cuales, aparte del tiempo pasado en la clase, se les permite adquirir una educación callejera. El corazón de los jóvenes se impresiona fácilmente y, a menos que el ambiente que los rodea sea del debido carácter, Satanás usará a estos niños abandonados para que ejerzan su influencia sobre los que están más cuidadosamente enseñados. Así, antes de que los padres observadores del sábado se percaten de los estragos que está haciendo el mal, las lecciones de depravación se habrán aprendido y las almas de sus pequeñuelos se habrán contaminado con la corrupción.

Las iglesias protestantes han aceptado el falso día de reposo, producto del Papado, y lo han exaltado por encima del día santificado por Dios. Es tarea que nos corresponde la de explicar con claridad a nuestros hijos que el primer día de la semana no es el verdadero día de reposo y que su observancia, después de habernos llegado la luz en cuanto a lo que es el sábado, es una franca impugnación de la Ley de Dios. ¿Obtienen nuestros niños, de parte de los maestros de las escuelas públicas, ideas que armonizan con la Palabra de Dios? ¿Les es presentado el pecado como una ofensa contra Dios? ¿Se les enseña que la obediencia a los

mandamientos de Dios es el principio de toda sabiduría? Enviamos a nuestros niños a la Escuela Sabática para que se los eduque acerca de la verdad, y luego, cuando van a la escuela fiscal, les hacen aprender lecciones que encierran mentiras. Estas cosas confunden la mente y no debieran suceder; pues, si los jóvenes acogen ideas que pervierten la verdad, ¿cómo podrá ser contrarrestada la influencia de dicha educación?

¿Podremos, acaso, asombrarnos de que en tales circunstancias algunos jóvenes de entre los nuestros no aprecien los beneficios religiosos? ¿Podremos admirarnos de que se dejen arrastrar hacia la tentación? ¿Podremos asombrarnos de que, habiendo vivido en el abandono que les tocó, consagren sus energías a diversiones que ningún bien les reportan, de que estén empobrecidas sus aspiraciones religiosas y oscurecida su vida espiritual? La mente será de igual carácter que aquello de lo que se alimenta, la cosecha de igual naturaleza que la semilla sembrada. ¿No bastan estos hechos para hacernos ver cuán necesario es amparar desde los primeros años la educación de los jóvenes? ¿No sería mejor para los jóvenes crecer hasta cierto punto en ignorancia de lo que comúnmente se acepta por educación, más bien que llegar a ser indiferentes a la verdad de Dios?

Separación del mundo

Cuando los hijos de Israel fueron separados de entre los egipcios, el Señor dijo: "Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto... así de los hombres como de las bestias; y ejecutaré juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová...

"Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana. Porque Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes,

pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir. Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre" (Éxo. 12:12, 22-24). La sangre puesta sobre el dintel de la puerta simbolizaba la sangre de Cristo, el único que salvó a los primogénitos hebreos de la calamidad. Todo hijo de hebreos hallado en una vivienda egipcia fue destruido.

Este incidente de la historia de los israelitas fue escrito para la enseñanza de aquellos que vivieren en los últimos días. Antes de que el azote venga como avenida de aguas sobre los habitantes de la tierra, el Señor exhorta a todos los que son israelitas de verdad a prepararse para aquel suceso. A los padres hace llegar este grito de alarma: Junten a sus hijos en sus hogares; sepárenlos de aquellos que desprecian los mandamientos de Dios, que enseñan y practican lo malo. Salgan de las grandes ciudades tan pronto como les sea posible. Establezcan escuelas de iglesia. Den a sus hijos la Palabra de Dios por fundamento de toda su educación. Ella está llena de hermosas lecciones, y si los alumnos la convierten en tema de estudio en el curso primario de esta vida estarán preparados para el curso superior en la por venir.

La Palabra de Dios se dirige a nosotros en este tiempo: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso" (2 Cor. 6:14-18). ¿Dónde están sus hijos? ¿Los están educando para que disciernan y eviten las

corrupciones que imperan en el mundo por la concupiscencia? ¿Están tratando de salvar sus almas o por su negligencia están coadyuvando a su destrucción?

En general, no se ha prestado suficiente atención a nuestros niños y jóvenes. Los miembros de mayor edad de la iglesia no los han mirado con ternura y simpatía, con deseos de que hicieran progresos en la vida divina; y, por lo tanto, los niños han dejado de desarrollarse en la vida cristiana como debieran haberlo hecho. Algunos miembros de la iglesia que en lo pasado amaron y temieron a Dios permiten ahora que sus negocios lo absorban todo y esconden su luz debajo de un almud. Se han olvidado de servir a Dios y están haciendo de sus negocios la tumba de su religión.

Los niños descuidados

¿Ha de permitirse que los jóvenes sean llevados de aquí para allá, que se desanimen y que caigan en las tentaciones que por dondequiera los asechan para enredar sus incautos pies? La obra que se halla más a mano de los miembros de nuestras iglesias es la de interesarse en nuestros jóvenes y, con bondad, paciencia y ternura, enseñarles renglón tras renglón y precepto tras precepto. ¡Oh! ¿Dónde están los padres y las madres en Israel? Debieran ser muchos los que, como dispensadores de la gracia de Cristo, sientan por los jóvenes un interés especial, y no meramente casual. Muchos debieran sentirse conmovidos por la situación lastimosa en que se encuentran nuestros jóvenes y darse cuenta de que Satanás se vale de toda artimaña imaginable para hacer caer a los jóvenes en su red. Dios demanda que la iglesia se despierte de su letargo y vea el servicio que se le exige en este tiempo de peligro.

Los ojos de nuestros hermanos y nuestras hermanas deben ser ungidos con el colirio celestial con el fin de que vean las necesidades de este tiempo. Los corderos del rebaño han de ser apacentados, y el Señor del cielo observa para ver quién hace la

obra que él quiere que se haga en pro de los niños y los jóvenes. La iglesia duerme y no se percata de la magnitud de esta cuestión. Alguien dirá: "¿Qué necesidad hay de ser tan escrupuloso en educar a nuestros jóvenes de manera cabal? Me parece que si unos cuantos de los que hayan decidido seguir alguna vocación literaria, o alguna otra carrera que exige cierta disciplina, reciben atención especial, es todo lo que se necesita. No es necesario que todos nuestros jóvenes sean tan bien enseñados. ¿No bastará, acaso, la completa educación de unos cuantos para todo requerimiento esencial?"

No, respondo, y lo recalco enérgicamente. ¿Qué selección seríamos capaces de hacer de entre nuestros jóvenes? ¿Cómo podríamos decir nosotros quién habría de ser el más promisorio, quién habría de rendir a Dios el mejor servicio? Con nuestro juicio humano, haríamos lo que hizo Samuel, quien, al ser enviado en busca del ungido del Señor, miró a la apariencia exterior.

Pero el Señor le dijo: "No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 Sam. 16:7). A ninguno de los hijos de Isaí, de parecer noble, aceptaba el Señor; mas, cuando David, el hijo menor, un mero joven, pastor de ovejas, fue traído del campo y pasó ante Samuel, el Señor dijo: "Levántate y úngelo, porque éste es" (1 Sam. 16:12). ¿Quién podría determinar qué joven de una familia resultaría eficiente en la obra de Dios? Se debe permitir a todos los jóvenes gozar de los beneficios y los privilegios de una educación en nuestras escuelas con el fin de que reciban estímulo para ser colaboradores de Dios.

Se necesitan escuelas de iglesia

Muchas familias que, con el objetivo de educar a sus hijos, se trasladan a los lugares donde están establecidas nuestras escuelas

mayores prestarían mejor servicio al Maestro si se quedaran donde se encuentran. Debieran animar a la iglesia de la cual son miembros a establecer una escuela de iglesia, donde los niños que habiten dentro de sus confines pudieran recibir una educación cristiana perfecta y práctica. Sería muchísimo mejor para sus hijos, para ellos mismos y para la causa de Dios si se quedasen en las iglesias más pequeñas, donde se necesita su ayuda, en lugar de ir a las más grandes, donde, a causa de que no se los necesita, existe la constante tentación a caer en la inercia espiritual.

Doquiera haya unos cuantos observadores del sábado, los padres deben unirse para habilitar un lugar destinado a la escuela donde sus hijos y sus jóvenes puedan ser enseñados. Deben emplear a un maestro cristiano que, como consagrado misionero, eduque a los niños para encaminarlos hacia la vocación misionera. Empléense maestros que den una educación cabal en los ramos comunes, haciendo de la Biblia el fundamento y la vida de todo estudio. Los padres deben ceñirse la armadura y, mediante su propio ejemplo, enseñar a sus hijos a ser misioneros. Deben trabajar mientras dure el día, porque "la noche viene, cuando nadie puede trabajar" (Juan 9:4). Si quieren hacer esfuerzos abnegados, enseñando con perseverancia a sus hijos a llevar responsabilidades, el Señor obrará con ellos.

Algunas familias de observadores del sábado viven solas o muy separadas de otras de la misma fe. A veces han enviado a sus hijos a nuestras escuelas de internos, donde recibieron beneficio, regresando después para ser una bendición en su propio hogar. Pero, algunas no pueden mandar a sus hijos lejos del hogar para que se eduquen. En tales casos, los padres deben hacer lo posible por emplear a un maestro de vida religiosa ejemplar, para quien sea un placer trabajar por el Maestro en cualquier actividad y estar dispuesto a cultivar cualquier porción de la viña del Señor.

Los padres y las madres deben cooperar con el maestro, trabajando fervorosamente por la conversión de sus hijos. Procuren ellos mantener vivo y lozano el interés espiritual en el hogar, y criar a sus hijos en la disciplina y la amonestación del Señor. Consagren una parte de cada día al estudio, haciéndose estudiantes con sus hijos. De esta manera pueden convertir la hora educacional en momentos de sosiego y provecho, y aumentará su confianza en este método de buscar la salvación de sus hijos. Los padres hallarán que su propio crecimiento será más rápido a medida que aprendan a trabajar en pro de sus hijos. Al trabajar así humildemente, desaparecerá la incredulidad. La fe y la actividad impartirán una confianza y una satisfacción que aumentarán de día en día, a medida que prosigan en conocer al Señor y en hacerlo conocer. Sus oraciones se volverán fervientes, por cuanto tendrán algún objetivo específico por el cual orar.

En algunos países, la ley obliga a los padres a enviar a sus hijos a la escuela. En esos países se debiera establecer escuelas en las localidades donde hay iglesias, aun en el caso de que no hubiera más que seis niños para concurrir a cada una de ellas. Trabajen por impedir que sus hijos se ahoguen en las influencias viciosas y corruptoras del mundo, como si estuviesen trabajando por su propia vida.

Estamos muy atrasados en el cumplimiento de nuestro deber en este importante asunto. En muchos lugares, hace años que debieran estar funcionando escuelas. Muchas localidades hubieran tenido así representantes de la verdad que habrían dado carácter a la obra del Señor. En vez de concentrar tantos edificios imponentes en unos pocos lugares, debieran haberse establecido escuelas en muchas localidades.

El carácter de las escuelas de iglesia y sus maestros

Establézcanse hoy dichas escuelas con sabia dirección, para que

los niños y los jóvenes sean educados en sus propias iglesias. Es una hiriente ofensa inferida a Dios el que haya existido tanto descuido en esto, cuando la Providencia nos ha provisto tan abundantes facilidades con las cuales trabajar. Pero, aunque en lo pasado hemos dejado de hacer lo que deberíamos haber hecho en pro de nuestros jóvenes y nuestros niños, arrepintámonos ahora y redimamos el tiempo. El Señor dice: "Venid luego... y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra" (Isa. 1:18, 19).

El carácter de la obra hecha en nuestras escuelas de iglesia debe ser de la clase más elevada. Jesucristo, el Restaurador, es el único remedio para una educación errónea y las lecciones enseñadas en su Palabra debieran presentarse siempre a los jóvenes en la forma más atrayente. La disciplina escolar debiera completar la enseñanza doméstica, y tanto en el hogar como en la escuela debieran conservarse la sencillez y la piedad. Se hallará a hombres y mujeres que poseen talento para trabajar en estas escuelas pequeñas, pero que no pueden hacerlo con ventaja en las más grandes. Al practicar las lecciones bíblicas, obtendrán para sí mismos una educación del más alto valor.

Al escoger maestros, debiéramos proceder con toda precaución, sabiendo que este es un asunto tan solemne como el de escoger personas para el ministerio. Hombres entendidos, capaces de discernir el carácter, deben hacer la elección; porque se requiere el mejor talento que pueda obtenerse para educar y amoldar las inteligencias de los jóvenes y para llevar a cabo con éxito las múltiples fases de labor en que será necesario que el maestro se ocupe en nuestras escuelas de iglesia. No debiera ponerse al frente de estas escuelas a persona alguna de miras intelectuales inferiores. No se ponga a los niños bajo la dirección de maestros

jóvenes e inexpertos que carezcan de capacidad administrativa; pues sus esfuerzos se inclinarán a la desorganización. El orden es la primera ley del cielo, y cada escuela debe ser en este respecto un trasunto del cielo.

Poner a los niños bajo la dirección de maestros altivos y adustos es una crueldad. Un maestro de esta clase ocasionará gran perjuicio a los que están desarrollando rápidamente su carácter. Si los maestros no son sumisos a Dios, si no tienen amor por los niños a ellos confiados, o si demuestran parcialidad por aquellos que agradan su fantasía y manifiestan indiferencia hacia los que son menos atrayentes o los que son inquietos y nerviosos, no deben ser empleados; pues el resultado de su trabajo será una pérdida de almas para Cristo.

Se necesitan maestros, en especial para los niños, que sean apacibles y bondadosos, y que manifiesten indulgencia y amor precisamente por quienes más los necesiten. Jesús ama a los niños; los considera como los miembros más jóvenes de la familia del Señor. Él siempre los trató con bondad y respeto, y los maestros han de seguir su ejemplo. Debieran poseer el verdadero espíritu misionero; pues los niños deben prepararse para ser misioneros. Los maestros deben sentir que el Señor les ha confiado, en solemne custodia, el alma de niños y jóvenes.

Nuestras escuelas de iglesia necesitan maestros que tengan altas cualidades morales; maestros en quienes se pueda confiar; que sean de fe sana, y tengan tacto y paciencia; que anden con Dios y se abstengan de toda apariencia de mal. En su trabajo habrá nubes y oscuridad, borrascas y tempestades. Tendrán que arrostrar prejuicios provenientes de padres que tienen ideas incorrectas con respecto al carácter que deben adquirir sus hijos; pues hay muchos que aseveran creer en la Biblia al paso que dejan de introducir sus principios en la vida doméstica. Con todo, si los maestros son

estudiantes constantes en la escuela de Cristo, estas circunstancias no los vencerán.

Busquen los padres al Señor con fervor intenso, para que no sean piedras de tropiezo en el camino de sus hijos. Desalójense del corazón la envidia y los celos, y que la paz de Cristo venga a reemplazarlos, para unir a los miembros de la iglesia en verdadera comunión cristiana. Ciérrense las ventanas del alma a los ponzoñosos miasmas de la tierra y ábranse hacia el cielo, para recibir los rayos sanadores del Sol de Justicia: Cristo.

Mientras el espíritu de crítica y suspicacia no sea desalojado del corazón, el Señor no podrá hacer por la iglesia lo que él anhela hacer en lo que se refiere a abrir el camino para el establecimiento de escuelas. Mientras no haya unión, el Señor no obrará en aquellos a quienes confió recursos y capacidad para hacer adelantar esta obra. Los padres deben alcanzar una norma más alta, seguir el camino del Señor y practicar la justicia, para ser portadores de luz. Debe haber una transformación completa de la mente y del carácter. Un espíritu de desunión, albergado en el corazón de unos pocos, se transmitirá de por sí a otros y destruirá la buena influencia que podría ejercer la escuela. A menos que los padres estén bien dispuestos y ansiosos de cooperar con el maestro para la salvación de sus hijos, no están preparados para tener establecida una escuela entre ellos.

Resultado de la obra de las escuelas de iglesia

Debidamente dirigidas, las escuelas de iglesia serán los medios para levantar el estandarte de la verdad en los lugares donde se hallan establecidas; pues los niños que están recibiendo una educación cristiana serán testigos de Cristo. Así como Jesús resolvió en el Templo los misterios que sacerdotes y príncipes no habían discernido, en la obra final de esta tierra los niños que hayan sido debidamente educados pronunciarán, en su sencillez,

palabras que asombrarán a hombres que ahora hablan de "educación superior". Así como los niños cantaron en los atrios del Templo: "¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor" [Mat. 21:9], en estos últimos días las voces infantiles se levantarán para dar el último mensaje de amonestación a un mundo que perece. Cuando los agentes celestiales vean que no se permite más a los hombres presentar la verdad, el Espíritu de Dios descenderá sobre los niños y estos harán, en la proclamación de la verdad, una labor que los obreros de mayor edad no podrán hacer, por cuanto su camino se hallará cerrado.

Nuestras escuelas de iglesia han sido instituidas por Dios con el fin de preparar a los niños para esta gran obra. En ellas han de ser educados los niños en las verdades especiales para este tiempo y en la obra misionera práctica. Ellos han de alistarse en el ejército de obreros para auxiliar a los enfermos y a los que sufren. Los niños pueden tomar parte en la obra médica misionera y, mediante sus jotas y tildes, pueden contribuir a llevarla adelante. Sus aportes podrán ser pequeños, pero todo poquito ayuda, y por medio de sus esfuerzos muchas almas serán ganadas para la verdad. Por su intermedio se hará notorio el mensaje de Dios y su salud salvadora a todas las naciones. Por lo tanto, preocúpese la iglesia por los corderos del rebaño. Sean los niños educados y preparados para servir a Dios, pues ellos son la heredad del Señor.

***

Hace años que debieran haberse levantado edificios apropiados para escuelas de iglesia, donde los niños y los jóvenes podrían recibir verdadera educación.

***

Los libros de texto que se emplean en nuestras escuelas de iglesia han de ser de naturaleza tal que atraigan la atención hacia la ley de

Dios. De esta manera, la luz, la fuerza y el poder de la verdad serán magnificados. Jóvenes procedentes del mundo, y hasta algunos cuyas mentes se han depravado, se unirán a estas escuelas y en ellas se convertirán. Su testimonio en pro de la verdad podrá ser detenido por algún tiempo por las falsas teorías acariciadas por los padres, pero al fin la verdad triunfará. Se me ha dado instrucción para que diga que esta clase de obra misionera tendrá una influencia eficaz en cuanto a difundir luz y conocimiento.

***

¡Cuán importante es que las familias que se radican donde hay una escuela sean buenas representantes de nuestra fe!

***

Las iglesias en las que se han establecido escuelas pueden temblar al ver cómo se les confiaron responsabilidades morales demasiado grandes para que se puedan expresar en palabras. ¿Habrá de fracasar o languidecer por falta de obreros consagrados esta obra que se inició tan noblemente? ¿Hallarán cabida, en esta empresa, proyectos y ambiciones egoístas? ¿Permitirán los obreros que la falta de piedad y el amor a la ganancia y la comodidad destierren a Cristo de su corazón y lo excluyan de la escuela? No lo permita Dios. La obra ya ha progresado mucho. En los ramos educativos todo está en orden para que se realice una reforma ferviente en pro de la educación más eficaz y verdadera. ¿Aceptará nuestro pueblo este cometido santo? ¿Se humillará a sí mismo al pie del Calvario, dispuesto a todo sacrificio y servicio?

***

Los padres y los maestros deben procurar con todo fervor la sabiduría que Jesús está siempre dispuesto a darles; porque están tratando con mentes humanas en el momento más interesante e

impresionable de su desarrollo. Deben procurar cultivar de tal manera las tendencias de los jóvenes que en cada etapa de su vida puedan representar la belleza natural apropiada a ese período, desarrollándose gradualmente, como lo hacen las plantas y las flores en el jardín.

La dirección y la instrucción de los niños es la obra misionera más noble que cualquier hombre o mujer pueda emprender. Mediante el debido empleo de objetos, deben hacerse muy claras las lecciones, con el fin de que puedan dirigir las mentes de la naturaleza al Dios de la naturaleza. Debemos tener, en nuestras escuelas, personas que posean tacto y habilidad para realizar este trabajo, y sembrar así las semillas de verdad. Únicamente el gran día de Dios podrá revelar el bien que logrará esta obra.

***

Debe dedicarse talento especial a la educación de los pequeñuelos. Muchos ponen el pesebre a cierta altura, y dan alimento a las ovejas; pero es asunto más difícil poner el pesebre más bajo y apacentar a los corderos. Esta es una lección que necesitan aprender los maestros primarios.

Es necesario educar el ojo de la mente o el niño hallará placer en la contemplación del mal.

***

A veces los maestros deben participar en los deportes y los juegos de los niños pequeños, y enseñarles a jugar. De esta manera estarán en situación de refrenar los sentimientos y los actos desprovistos de bondad, sin aparentar, criticar ni censurar. Este compañerismo vinculará los corazones de maestros y alumnos, y la escuela proporcionará deleite a todos.

***

Los maestros deben amar a los niños porque son los miembros más jóvenes de la familia del Señor. El Señor les preguntará a ellos, como a los padres: "¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermosa grey?" (Jer. 13:20).

***

En las localidades donde son pocos los creyentes, únanse dos o tres iglesias para erigir un humilde edificio como escuela primaria. Participen todos en el gasto. Es ya tiempo de que los observadores del sábado separen a sus hijos de las compañías mundanas, y los coloquen bajo los mejores maestros, que harán de la Biblia el fundamento de todo estudio (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 452-464).

24

La cooperación entre el hogar y la escuela

En la escuela del hogar es donde nuestros niños han de prepararse para asistir a la escuela de la iglesia. Los padres deben recordar esto constantemente y, como maestros del hogar, deben consagrar a Dios toda facultad de su ser, con el fin de que puedan desempeñar su alta y santa misión. La instrucción diligente y fiel que se dé en el hogar es la mejor preparación que los niños puedan recibir para la vida escolar. Los padres prudentes ayudarán a sus hijos a comprender que, tanto en la vida escolar como en el hogar, han de esforzarse por agradar y honrar a Dios.

Con el fin de proteger a sus hijos contra las influencias contaminadoras, los padres deben instruirlos en los principios de la pureza. Los niños que en el hogar adquieren hábitos de obediencia y de dominio propio tendrán poca dificultad en su vida escolar, y escaparán a muchas de las tentaciones que asedian a los jóvenes. Los padres deben enseñar a sus hijos a ser fieles a Dios en todas las circunstancias y los lugares. Deben rodearlos de influencias que tenderán a fortalecer el carácter. Con una educación tal, los niños, cuando vayan a la escuela, no serán causa de perturbación y ansiedad. Apoyarán a sus maestros, y serán un ejemplo y un estímulo para sus condiscípulos.

Lo que debe ser el maestro

Debe manifestarse gran cuidado en la elección del maestro para los niños. Los maestros de escuela deben ser hombres y mujeres que tengan una humilde opinión de sí mismos, que no estén llenos de vano engreimiento. Deben ser obreros fieles, llenos del verdadero espíritu misionero, obreros que han aprendido a poner

su confianza en Dios y a trabajar en su nombre. Deben poseer los atributos del carácter de Cristo: la paciencia, la bondad, la misericordia y el amor; y en su vida diaria deben manifestar la justicia y la paz del Salvador. Entonces, trabajando con influencia fragante, darán evidencia de lo que la gracia puede hacer por los agentes humanos que ponen su confianza en Dios.

Sea cada escuela de iglesia dirigida con tanto orden que Cristo pueda honrar el aula con su presencia. El Maestro no acepta un servicio trivial y espurio. Sepan los maestros aprender, dedicando toda la mente a la tarea de instruirse para prestar un servicio eficiente. Deben sentir siempre preocupación por las almas, no porque ellos mismos puedan salvarlas, sino porque, como mano auxiliadora de Dios, tienen el privilegio de ganar a sus alumnos para Cristo.

Maestros, no haya insensatez en su conversación. En las escuelas, ustedes se dedican a conducir, a ofrecer el debido ejemplo a los niños, presentándolos cada mañana a Dios en oración. Por lo tanto, pídanle fuerza a cada hora y crean que él los ayuda. Mientras hacen esto, conquistarán el afecto de los niños. Gracias a Dios, el guiarlos no es trabajo tan difícil. Tenemos un Auxiliador, que es infinitamente más fuerte que nosotros. Estoy agradecidísima porque no hemos de depender de nosotros mismos, sino de la fuerza de lo Alto.

Si la vida de ustedes está escondida con Cristo en Dios, al lado de ustedes habrá un Ayudador divino, y serán una cosa con el Salvador y con aquellos a quienes están enseñando. No exalten nunca el yo; exalten a Cristo, glorifíquenlo, hónrenlo delante del mundo. Digan: Me hallo bajo el estandarte teñido en sangre del Príncipe Emanuel. Estoy completamente de parte del Señor. Manifiesten simpatía y ternura al tratar con sus alumnos. Revelen el amor de Dios. Sean las palabras que hablen bondadosas y

estimulantes. Entonces, a medida que trabajen por ellos, ¡qué transformación se realizará en el carácter de los que han sido debidamente educados en el hogar! El Señor puede hacer, aun de los maestros jóvenes, si quieren consagrarse a él, medios de revelar su gracia.

Exijan obediencia

El maestro debe manifestar verdadero respeto propio en todo lo que hace. No debe permitirse manifestar viveza de genio. No debe castigar duramente a los niños que necesitan corrección. Debe entender que ha de mantener en sujeción al yo. Nunca debe olvidar que hay sobre él un Maestro divino, de quien es alumno y bajo cuyo control está siempre. A medida que humilla el corazón delante de Dios, se sentirá enternecido y subyugado por el sentimiento de sus propios defectos. Comprenderá algo del significado de las palabras: "A vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprensibles delante de él" (Col. 1:21, 22).

A veces hay, en la escuela, un elemento desordenado que hace muy difícil el trabajo. Los niños que no han recibido la debida educación causan mucha dificultad, y su perversidad causa tristeza al corazón del maestro. Pero él no debe desalentarse. Las pruebas imparten experiencia. Si los niños son desobedientes e indisciplinados, tan o más necesario es el esfuerzo arduo. El hecho de que haya alumnos de tal carácter es una de las razones por las cuales deben establecerse escuelas de iglesia. Los niños cuyos padres no los han educado y disciplinado deben ser salvados, si es posible.

Tanto en la escuela como en el hogar debe haber sabia disciplina. El maestro debe hacer reglas para guiar la conducta de sus

alumnos. Estas reglas deben ser pocas y bien estudiadas, y una vez hechas hay que hacerlas cumplir. Deben presentarse al alumno todos los principios que estas entrañan, para que se convenza de su justicia. Así sentirá la responsabilidad de cuidar de que se acaten las reglas que él mismo ayudó a formular.

Los padres han de fortalecer las manos

No se debe dejar que el maestro lleve solo la carga de su trabajo. Él necesita la simpatía, la bondad, la cooperación y el amor de todo miembro de la iglesia. Los padres deben animarlo, demostrando que aprecian sus esfuerzos. Nunca deben decir o hacer algo que estimule la insubordinación en sus hijos. Pero sé que muchos padres no cooperan con el maestro. No fomentan en su casa la buena influencia ejercida en la escuela. En vez de cumplir en el hogar los principios de la obediencia enseñada en el aula, les permiten a sus hijos hacer lo que quieren, e ir sin ninguna restricción aquí y allá. Y si el maestro ejerce su autoridad para exigir obediencia, los niños llevan a sus padres un relato exagerado y distorsionado de la manera en que han sido tratados. El maestro pudo haber hecho tan sólo lo que era su penoso deber, pero los padres simpatizan con sus hijos aun cuando han hecho lo malo. Y, a menudo, los padres que gobiernan con ira son los más irrazonables cuando se refrena y disciplina a sus hijos en la escuela.

Hay miembros de iglesia que han sido prestos en recoger suposiciones crueles y hablar mal del maestro delante de otros feligreses, aun en presencia de los niños. Algunos han hablado libre y acerbamente acerca de un maestro, sin comprender claramente la dificultad de la cual estaban hablando. Así no se debe obrar. El que piensa que un maestro ha hecho mal debe seguir las instrucciones de la Palabra: "Si tu hermano pecare contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos" (Mat. 18:15). Hasta que no se haya hecho esto, nadie está justificado para hablar a otros de los errores

de un hermano.

Padres, cuando el maestro de la escuela de iglesia procura educar y disciplinar a los hijos de ustedes con el fin de que obtengan la vida eterna, no critiquen sus acciones en presencia de ellos, aun cuando parezca que es demasiado severo. Si desean que den su corazón al Salvador, cooperen con los esfuerzos que hace el maestro para su salvación. Cuánto mejor es que los niños, en vez de oír críticas, oigan de los labios de su madre palabras de elogio acerca de la obra del maestro. Estas palabras hacen impresiones duraderas, e inducen a los niños a respetarlo.

No debemos preocuparnos tanto de la conducta que otros están siguiendo, como de la nuestra propia. Si los niños que asisten a una escuela de iglesia no mejoran sus modales, los padres no deben echar indebidamente la culpa al maestro. Más bien deben examinarse detenidamente a sí mismos para ver si son maestros a quienes Dios puede aprobar. En muchos casos se descuida a los hijos en el hogar, y allí son más desordenados que en la escuela. Si los niños a quienes durante años se les ha permitido que sigan sus propias inclinaciones y deseos no son inducidos por los esfuerzos del maestro a vivir una vida semejante a la de Cristo, ¿deben los padres, a causa de esto, poner en circulación críticas duras concernientes al maestro?

El método de gobernar que tiene Dios es un ejemplo de cómo se ha de educar a los niños. No hay opresión en el servicio del Señor, y no ha de haber opresión en el hogar ni en la escuela. Ni los padres ni los maestros deben permitir que se desprecie su palabra y no se le preste atención. Si ellos no corrigen a los niños por haber hecho mal, Dios los tendrá por responsables de su negligencia. Pero no deben abusar de la censura. Sea la bondad la ley del hogar y de la escuela. Enséñese a los niños a guardar la ley del Señor, y por una influencia firme y amante apárteselos del mal.

Los padres deben recordar que se logrará mucho más por la obra de la escuela de iglesia si ellos mismos comprenden las ventajas que sus hijos obtendrán de esa escuela, y apoyan de todo corazón al maestro. Por la oración, la paciencia y la tolerancia, los padres pueden deshacer, en gran parte, el daño causado por la impaciencia y la indulgencia imprudente. Cooperen en el trabajo los padres y el maestro, recordando los primeros que ellos mismos recibirán ayuda por la presencia en la comunidad de un maestro ferviente, temeroso de Dios.

Padres, no omitan esfuerzo alguno para colocar a sus hijos en la situación más favorable posible con el fin de formar el carácter que Dios quiere que desarrollen. Empleen toda fibra moral y muscular en el esfuerzo para salvar a su pequeña grey. Las potencias del infierno se unirán para su destrucción, pero Dios plantará en favor de ustedes bandera contra el enemigo. Oren mucho más de lo que oran. Con amor y ternura, enseñen a sus hijos a ir a Dios como a su Padre celestial. Por el ejemplo de ustedes, enséñenles el dominio propio y el ser serviciales. Díganles que Cristo no vivió para agradarse a sí mismo.

Recojan los rayos de luz divina que brillan sobre su senda. Anden en la luz, como Cristo está en la luz. Al emprender la obra de ayudar a sus hijos a servir a Dios, vendrán las pruebas más provocadoras; pero no pierdan su confianza; aférrense a Jesús. Él dice: "¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; sí, haga paz conmigo" (Isa. 27:5). Se presentarán dificultades; encontrarán obstáculos; pero miren constantemente a Jesús. Cuando se presente una emergencia, pregunten: "Señor, ¿qué debo hacer ahora?" Si se niegan a inquietarse o reñir, el Señor les mostrará el camino. Él les enseñará a usar el talento del habla de una manera tan cristiana que la paz y el amor reinarán en el hogar. Siguiendo una conducta consecuente, podrán ser evangelistas en el hogar, ministros de la gracia para sus hijos.

Una comprensión llena de simpatía

Nunca debe abandonarse el trabajo educativo en un lugar donde se ha establecido una escuela de iglesia, a menos que Dios indique claramente que así debe hacerse. Las condiciones adversas pueden parecer conspirar contra la escuela, pero con la ayuda de Dios el maestro puede hacer una gran obra salvadora y transformar las cosas. Si él trabaja paciente, ferviente y perseverantemente, de acuerdo con los métodos de Cristo, la obra de reforma hecha en la escuela podrá extenderse a los hogares de los niños, introduciendo en ellos una atmósfera más pura y celestial. Esto es, en verdad, obra misionera del más alto carácter.

Si los padres hacen fielmente su parte, la obra del maestro se aligerará grandemente. Su esperanza y su valor aumentarán. Los padres cuyo corazón rebose de amor hacia Cristo evitarán el expresar censuras, y harán cuanto esté en su poder para alentar y ayudar al que han elegido como maestro de sus hijos. Estarán dispuestos a creer que es tan concienzudo en su obra como ellos en la suya.

Los maestros del hogar y los de la escuela deben saber comprender la obra de cada uno y simpatizar mutuamente. Deben colaborar armoniosamente, imbuidos del mismo espíritu misionero, y esforzarse juntos por beneficiar a los niños física, mental y espiritualmente, con el fin de desarrollar en ellos un carácter que resista la prueba de la tentación (*Consejos para los maestros*, págs. 142-148).

25

La lección bíblica

En todo lo que los hombres han escrito, ¿dónde puede encontrarse algo que se apodere tanto del corazón, y que se adapte tan bien para despertar el interés de los pequeñuelos como las historias que la Biblia tiene? En esos sencillos relatos pueden destacarse los grandes principios de la Ley de Dios. Así, por ilustraciones adecuadas a la comprensión del niño, los padres y los maestros pueden empezar, desde temprano, a cumplir la orden del Señor acerca de sus preceptos: "Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes" (Deut. 6:7).

El empleo de figuras, pizarrones y mapas ayudará a explicar estas lecciones y a grabarlas en la memoria. Los padres y los maestros deben buscar constantemente métodos perfeccionados. La enseñanza de la Biblia debe recibir nuestras reflexiones más claras, nuestros mejores métodos y nuestro esfuerzo más ferviente.

Para que el estudio sea eficaz, debe conseguirse el interés del niño. Y es especialmente necesario que la persona que debe tratar con niños y jóvenes muy diferentes en disposición, educación y hábitos de pensar no pierda de vista este asunto. Al enseñar la Biblia a los niños, podemos ganar mucho observando la inclinación de sus mentes, las cosas en las cuales se interesan, y despertando su interés por ver lo que dice la Biblia acerca de ellas. El que nos creó con nuestras diversas aptitudes ha dado también, en su Palabra, algo para cada uno. A medida que los alumnos vean que las lecciones de la Biblia se aplican a su propia vida, enséñenles a considerarla como su consejera.

Ayúdenlos a apreciar su maravillosa belleza. Se recomiendan muchos libros sin valor, excitantes y malsanos, o por lo menos se permite su uso, a causa de su supuesto valor literario. ¿Por qué indicar a nuestros niños que beban de estos raudales corrompidos, cuando tienen libre acceso a las fuentes puras de la Palabra de Dios? La Biblia tiene una plenitud, una fuerza, una profundidad de significado, que son inagotables. Estimulen a los niños y los jóvenes a buscar sus tesoros, tanto de pensamiento como de expresión.

A medida que la belleza de estas cosas preciosas atraiga su mente, un poder suavizante y subyugador tocará su corazón. Serán atraídos hacia aquel que así se les ha revelado. Y serán pocos los que no desearán conocer más de sus obras y caminos.

La victoria de la fe

Mucho tienen que aprender los niños y los jóvenes acerca de la piedad temprana. "Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1 Juan 5:4). Esa fe no debe ser inducida a abrazar sentimientos supersticiosos y ficticios. Dejen fuera de su enseñanza las tales ideas, y den a los niños y a los jóvenes la misma clase de instrucción que dio Cristo: lecciones de fe en un claro "así dice Jehová".

La obra de vencer el mal debe ser hecha por la fe. Los que salgan al campo de batalla encontrarán que deben revestirse de toda la armadura de Dios. El escudo de la fe será su defensa, y los habilitará para ser más que vencedores. Ninguna otra cosa tendrá valor sino la fe en Jehová de los ejércitos y la obediencia a sus órdenes. Los vastos ejércitos pertrechados con todas las otras cosas no tendrán valor alguno en el último gran conflicto. Sin fe, una hueste angélica no podría ayudar. Solamente la fe viva los hará invencibles y los habilitará para subsistir en el día malo, manteniéndose firmes, inconmovibles y conservando firme hasta

el fin el comienzo de su confianza.

Los jóvenes y las señoritas que no den evidencia de que la verdad ha comenzado en su corazón su obra santificadora fracasarán si intentan enseñar en alguna escuela de iglesia. Nadie debe elegir el lugar más fácil, ni procurar comprender de la Palabra de Dios solamente lo que le agrada, obedeciendo las cosas que armonizan con sus deseos, y excusándose de aceptar lo que contraría sus inclinaciones y les exige que lleven la cruz con abnegación. Especialmente los maestros de los niños y los jóvenes deben aprender la obediencia. La verdadera fe pregunta al Señor: "¿Qué quieres que haga?" Y, cuando el Maestro señala el camino, la fe está dispuesta a hacer su voluntad, a costa de cualquier penuria o sacrificio.

Maestros, enseñen la sencillez de las Escrituras, para que puedan aprender a presentar claramente las verdades a las mentes juveniles. Su ferviente deseo de contribuir al bien actual y eterno de los niños confiados al cuidado de ustedes debe hacerlos arrodillar a menudo para buscar consejo de aquel que es demasiado sabio para equivocarse y demasiado bueno para dejar a ustedes en la impotencia de su propia sabiduría.

La instrucción bíblica debe ser vigorizada por la vida santa del maestro. Los maestros temerosos de Dios practicarán todo principio que tratan de imprimir en la mente de los niños. Los tales maestros no ven a su Padre celestial sino por el ojo de la fe; pero han aprendido de él. Leen su amor en las dispensaciones más penosas. No juzgan a su Creador por las dispensaciones; son participantes de su naturaleza divina. Pueden confiar en aquel que no retuvo a su Hijo unigénito, sabiendo que con él dará todas las cosas necesarias para su bien espiritual y eterno (*Consejos para los maestros*, págs. 173-175).

26

La enseñanza por la naturaleza

Aunque la Biblia debe ocupar el primer lugar en la educación de los jóvenes, el libro de la naturaleza le sigue en importancia. Las obras creadas por Dios testifican de su amor y poder. Él ha llamado al mundo a la existencia con todo lo que contiene. Dios ama lo bello; y en el mundo que preparó para nosotros no sólo nos ha dado todo lo necesario para nuestra comodidad, sino también ha llenado los cielos y la tierra de belleza. Vemos su amor y su cuidado en los ricos campos del otoño, y su sonrisa en la alegre luz del sol. Su mano hizo las rocas como castillos y las sublimes montañas. Los altos árboles crecen a su orden; él extendió la verde y aterciopelada alfombra de la tierra, y la tachonó de arbustos y flores.

¿Por qué revistió él la tierra y los árboles de verde vivo, en vez de un castaño oscuro y sombrío? ¿No es acaso para que fuesen más agradables a la vista? Y ¿no se llenará nuestro corazón de gratitud al ver las evidencias de su sabiduría y su amor en las maravillas de su creación?

La misma energía creadora que sacó el mundo a la existencia sigue manifestándose en el sostenimiento del universo y en la continuación de las operaciones de la naturaleza. La mano de Dios guía los planetas en su marcha ordenada a través de los cielos. No se debe a un poder inherente que la tierra continúe su movimiento en derredor del sol año tras año y produzca sus bendiciones. La palabra de Dios controla los elementos. Él cubre los cielos de nubes y prepara lluvia para la tierra. Hace fructíferos los valles, y "hace a los montes producir hierba" (Sal. 147:8). Por su poder florece la vegetación, aparecen las hojas y se abren las flores.

Todo el mundo natural está destinado a ser intérprete de las cosas de Dios. Para Adán y Eva en su hogar del Edén, la naturaleza estaba llena del conocimiento de Dios, rebosante de instrucción divina. Para sus oídos atentos, hacía repercutir la voz de la sabiduría. La sabiduría hablaba al ojo y era recibida en el corazón; porque ellos comulgaban con Dios en sus obras creadas. Tan pronto como la santa pareja transgredió la Ley del Altísimo, el esplendor del rostro de Dios se apartó de la faz de la naturaleza. Esta, ahora, está arruinada y mancillada por el pecado. Pero las lecciones objetivas de Dios no se han obliterado; aún ahora, cuando se la estudia e interpreta correctamente, habla de su Creador...

La manera más eficaz de enseñar acerca de Dios a los paganos que no lo conocen es por medio de sus obras. De esta manera, mucho más fácilmente que por cualquier otro método, puede hacérseles comprender la diferencia que hay entre sus ídolos, obras de sus manos, y el verdadero Dios, el Hacedor de los cielos y la tierra... En estas lecciones, que provienen directamente de la naturaleza, hay una sencillez y una pureza que las hacen del más alto valor para otros, además de los paganos. Los niños y los jóvenes, y todas las clases de alumnos, necesitan las lecciones que se derivan de esta fuente. La belleza de la naturaleza, por sí misma, aparta al alma del pecado y de las atracciones mundanas, y la lleva hacia la pureza, la paz y Dios.

Por esta razón, el cultivo del suelo es un buen trabajo para los niños y los jóvenes. Los pone en contacto directo con la naturaleza y el Dios de ella. Y, para que tengan esta ventaja, debe haber, en cuanto sea posible, en relación con nuestras escuelas, grandes jardines y extensos terrenos para el cultivo.

Una educación recibida en tal ambiente está de acuerdo con las indicaciones que Dios ha dado para la instrucción de los jóvenes; pero está en directo contraste con los métodos empleados en la

mayoría de las escuelas... La mente de los jóvenes se ha ocupado con libros de ciencia y filosofía, donde las espinas del escepticismo están tan sólo parcialmente ocultas; con historias de cuentos de hadas, vagos y fantásticos; o con las obras de autores que, aunque escriben acerca de temas bíblicos, entretejen con ellos sus interpretaciones caprichosas. La enseñanza de tales libros es semilla sembrada en el corazón. Crece, lleva fruto, y se produce una abundante mies de incredulidad. El resultado se ve en la depravación de la familia humana.

Un regreso a métodos más sencillos será apreciado por niños y jóvenes. El trabajo en el jardín y el campo proporcionará un cambio agradable de la rutina cansadora de lecciones abstractas a las cuales no se debiera nunca limitar las mentes juveniles. Será especialmente valioso para los niños y los jóvenes nerviosos, que hallan agotadoras y difíciles de recordar las lecciones de los libros. Hay salud y felicidad para ellos en el estudio de la naturaleza; y las impresiones hechas no se desvanecerán de su mente, porque quedarán asociadas con objetos que están continuamente delante de sus ojos.

En el mundo natural, Dios ha puesto en las manos de los hijos de los hombres la llave que ha de abrir el alfolí de su Palabra. Lo invisible queda ilustrado por lo que se ve; la sabiduría divina, la verdad eterna y la gracia infinita se entienden por las cosas que Dios ha hecho. Por lo tanto, permítase a los niños y a los jóvenes que se familiaricen con la naturaleza y sus leyes. Desarróllese la mente hasta el máximo de su capacidad y adiéstrense las facultades físicas para los deberes prácticos de la vida. Pero enséñenles también que Dios ha hecho hermoso este mundo porque se deleita en nuestra felicidad; y que está preparando para nosotros un hogar más hermoso aún en aquel mundo donde no habrá más pecado. La Palabra de Dios declara: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que

Dios ha preparado para los que le aman" (1 Cor. 2:9).

Especialmente los niñitos debieran acercarse a la naturaleza. En vez de aherrojarlos con las modas, déjeselos libres como los corderitos, para que jueguen bajo los dulces y alegres rayos solares. Muéstrenles los arbustos y las flores, la humilde hierba y los altos árboles, y déjenlos familiarizarse con sus hermosas, múltiples y delicadas formas. Enséñenles a ver la sabiduría y el amor de Dios en sus obras creadas; y, mientras sus corazones se ensanchen de gozo y amor agradecido, déjenlos unirse a las aves en sus cantos de alabanza.

Eduquen a los niños y los jóvenes para que consideren las obras del gran Artífice y Maestro, y para que imiten las gracias atrayentes de la naturaleza en la edificación de su carácter. A medida que el amor de Dios conquiste sus corazones, déjenlos impregnar sus vidas con la hermosura de la santidad. Así usarán sus capacidades para beneficiar a otros y para honrar a Dios (*Special Testimonies on Education*, págs. 58-62 [20-5-1896]).

La naturaleza está llena de las lecciones del amor de Dios. Correctamente comprendidas, conducen al Creador. Llevan de la naturaleza al Dios de la naturaleza, enseñando aquellas sencillas y santas verdades que purifican la mente y la ponen en íntima relación con Dios.

El gran Maestro ordena a la naturaleza que refleje la luz que inunda el umbral del cielo, para que hombres y mujeres puedan ser inducidos a obedecer su Palabra. Y la naturaleza cumple la orden del Creador. Para el corazón enternecido por la gracia de Dios, el sol, la luna, las estrellas, los altos árboles, las flores del campo, emiten su palabra de consejo y advertencia. La siembra de la semilla recuerda a la mente la siembra espiritual. El árbol se yergue y declara que un buen árbol no puede llevar malos frutos, ni un árbol malo llevar buenos frutos. "Por sus frutos los

conoceréis" (Mat. 7:16). Aun la cizaña tiene una lección que enseñar. Es siembra de Satanás, y si se la deja crecer libremente arruinará el trigo, por su desarrollo sin freno.

Cuando el hombre está reconciliado con Dios, las cosas de la naturaleza le dirigen palabras de sabiduría celestial, dando testimonio de la verdad eterna de la Palabra de Dios. A medida que Cristo nos brinda el significado de las cosas que hay en la naturaleza, la ciencia de la verdadera religión irradia y explica la relación que tiene la ley de Dios con el mundo natural y el espiritual.

***

La golondrina y la cigüeña obedecen a los cambios de las estaciones. Migran de un país a otro para hallar un clima adecuado a su conveniencia y felicidad, según el Señor quiso que lo hicieran. Son obedientes a las leyes que gobiernan sus vidas. Pero los seres formados a la imagen de Dios no lo honran obedeciendo a las de la naturaleza. Al despreciar las leyes que gobiernan el organismo humano, se descalifican para servir a Dios. Él les envía advertencias por violar las leyes de la vida; pero el hábito es fuerte, y ellos no quieren escucharlo. Sus días se llenan de dolor corporal e inquietud mental, porque están resueltos a seguir los malos hábitos y las malas prácticas. No quieren razonar de causa a efecto; sacrifican la salud, la paz y la felicidad a su ignorancia y su egoísmo.

El sabio dirige estas palabras al indolente: "Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio; la cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento" (Prov. 6:6-8). Las habitaciones que las hormigas se construyen demuestran habilidad y perseverancia. Pueden manejar un solo granito a la vez, pero por la diligencia y la perseverancia realizan maravillas.

Salomón señala la laboriosidad de la hormiga como un reproche para los que malgastan horas en la ociosidad y las prácticas que corrompen el alma y el cuerpo. La hormiga hace provisión para las estaciones futuras; pero muchos seres dotados de facultades de raciocinio no se preparan para la vida futura inmortal.

***

El sol, la luna, las estrellas, las rocas sólidas, el arroyo que corre, el amplio y agitado océano, enseñan lecciones que todos harían bien en escuchar (*Consejos para los maestros*, págs. 177-182).

27

Valor de las materias comunes

En la educación, la obra de la ascensión debe comenzar con el peldaño inferior de la escalera. Las materias comunes deben enseñarse cabalmente y con oración. Muchos que piensan haber terminado su educación son deficientes en la ortografía y la escritura, y no pueden leer ni hablar correctamente. No pocos de los que estudian los clásicos y otras materias superiores del saber, y que alcanzan ciertas normas, fracasan finalmente porque han descuidado hacer una obra cabal en las materias comunes. No han obtenido nunca un buen conocimiento de su idioma. Necesitan retroceder y empezar a subir desde el primer peldaño de la escalera.

Es un error permitir a los alumnos de nuestras escuelas preparatorias que escojan sus propios estudios. Se ha cometido este error en lo pasado y, como resultado, alumnos que no habían dominado las materias comunes procuraron subir más alto de lo que estaban preparados para ascender. Algunos que no podían hablar correctamente su idioma desearon emprender el estudio de idiomas extranjeros.

Los alumnos que, al llegar a la escuela, piden que se les permita seguir los estudios superiores, deben ser examinados primero en las materias elementales. Estaba conversando con un maestro en una de las escuelas de nuestra Asociación, y él me dijo que algunos habían venido a su escuela con diplomas que certificaban que habían seguido algunos estudios superiores en otros establecimientos de enseñanza.

–¿Examinó usted a cada uno de esos estudiantes –le pregunté–

para saber si habían recibido la debida instrucción en esas materias?

–En verdad –dijo el maestro–, en todos esos casos no pudimos acreditarles los estudios que certificaban los diplomas. Su preparación, aun en las materias comunes, era muy deficiente.

Y así sucede en muchos casos.

Los maestros, en vez de permitir a los alumnos seguir los estudios que elijan, deben tener cuidado de darles lo que más necesitan. Deben probar la exactitud y el conocimiento de los alumnos; entonces podrán decir si han llegado a las alturas que piensan haber alcanzado.

Uno de los ramos fundamentales del saber es el estudio del idioma. En todas nuestras escuelas debe tenerse cuidado especial de enseñar a los alumnos el uso correcto de su idioma al hablar, leer y escribir. No puede recalcarse demasiado la importancia del esmero en estos renglones. Una de las cualidades más esenciales del maestro es la capacidad de hablar y leer con claridad y fuerza. El que sabe usar su idioma con fluidez y corrección puede ejercer una influencia mucho mayor que el que no puede expresar sus pensamientos con facilidad y claridad.

Debe enseñarse el cultivo de la voz en la clase de lectura; y en otras clases el maestro debe insistir en que los alumnos hablen distintamente, y usen palabras que expresen con claridad y vigor sus pensamientos. Debe enseñárseles a emplear sus músculos abdominales al respirar y hablar. Esto hará que los tonos sean más plenos y claros.

Hágase comprender a los alumnos que Dios nos ha dado a cada uno un mecanismo maravilloso: el cuerpo humano, y que debemos emplearlo para glorificarlo. Las facultades del cuerpo obran

constantemente en nuestro favor y, si queremos, podemos mantenerlas bajo nuestro dominio.

Podemos tener conocimiento, pero a menos que se adquiera el hábito de usar correctamente la voz nuestra obra fracasará. Si no podemos vestir nuestras ideas con lenguaje apropiado, ¿de qué nos vale nuestra educación? El conocimiento será de poco valor para nosotros a menos que cultivemos el talento del habla, que es una facultad maravillosa cuando se combina con la capacidad de pronunciar palabras sabias, útiles, de una manera que cautive la atención.

Sepan todos precaverse contra la tendencia a resentirse por tener que ser enseñados en estas materias comunes. Debe inculcarse en los alumnos la idea de que ellos mismos serán educadores de otros, y por esta razón deben esforzarse fervientemente por progresar.

El aprender a expresar en forma convincente e impresionante lo que uno sabe es de valor especial para los que desean trabajar en la causa de Dios. Cuanto más expresión pongan en las palabras de verdad, tanto más eficaces serán estas en los que las oyen. Una presentación apropiada de la verdad del Señor es digna de nuestro más alto esfuerzo. Los estudiantes que se están preparando para trabajar en la causa de Dios quedarán privados de la mitad de su influencia para bien a menos que aprendan a hablar en forma clara y directa. Cualquiera que sea su vocación, el alumno debe aprender a controlar la voz. La capacidad de hablar clara y distintamente, en tonos plenos y nítidos, es inestimable en cualquier ramo de la obra, y es indispensable para los que desean llegar a ser ministros, evangelistas, obreros bíblicos o colportores. Cuando la elocución, la lectura, la escritura y la ortografía ocupen su lugar legítimo en nuestras escuelas, se verá un gran progreso. Estas materias han sido descuidadas porque los maestros no han reconocido su valor. Pero son más importantes que el latín y el griego. No digo que sea

malo estudiar el latín y el griego, pero sí que es malo descuidar las materias que constituyen el fundamento de la educación, para recargar la mente con el estudio de esas materias superiores.

Es asunto de gran importancia que los alumnos obtengan una educación que los haga idóneos para tener éxito en la vida comercial. Pero no debemos quedar satisfechos con la educación unilateral que se da en muchas escuelas. Deben dominarse cabalmente las materias comunes, y debe considerarse el conocimiento de la teneduría de libros tan importante como el conocimiento de la gramática. Todos los que esperan dedicarse a la obra del Señor deben aprender a llevar cuentas. En el mundo hay muchos que han fracasado en los negocios y, aunque son fieles en el corazón, son considerados como faltos de honradez debido a que no tuvieron éxito porque no sabían llevar cuentas.

Deletrear correctamente, escribir en forma clara y llevar cuentas son conocimientos necesarios. La teneduría de libros ha sido abandonada en muchas escuelas, pero debe ser considerada como estudio de importancia primordial. Una preparación cabal en estos estudios habilitará a los alumnos para ocupar puestos de confianza.

Quiero decir a todo estudiante: Nunca se queden satisfechos con una norma inferior. Al asistir a la escuela, cuiden de tener en vista un objetivo noble y santo. Vayan porque desean prepararse para servir en alguna parte de la viña del Señor. Hagan cuanto puedan para alcanzar este objetivo. Pueden hacer más por ustedes mismos de lo que lograría cualquier otro. Y, si hacen para ustedes mismos todo lo que pueden, ¡qué carga quitarán al director y a los maestros!

Antes de intentar el estudio de los ramos superiores del conocimiento literario, asegúrense que comprenden cabalmente las reglas sencillas de la gramática y que han aprendido a leer,

escribir y deletrear correctamente. Asciendan por los peldaños inferiores de la escalera antes de alcanzar los superiores.

No dediquen tiempo a aprender lo que les será de poca utilidad en la vida ulterior. En vez de buscar el conocimiento de los clásicos, aprendan primero a hablar correctamente su propio idioma. Aprendan a llevar cuentas. Adquieran un conocimiento de los ramos de estudio que los ayudará a ser útiles dondequiera que estén (*Consejos para los maestros*, págs. 206-210).

28

Las escuelas intermedias

Las escuelas intermedias son altamente esenciales. En estas escuelas se ha de hacer un trabajo esmerado, porque muchos alumnos saldrán de ellas directamente al gran campo de la mies. Saldrán para emplear lo que han aprendido, como colportores y ayudantes en diversos ramos de la obra evangélica. Muchos obreros, después de trabajar por un tiempo en el campo de labor, sentirán la necesidad de estudiar más, y con la experiencia adquirida en el trabajo estarán preparados para apreciar los privilegios escolares y para hacer progresos rápidos. Algunos desearán educarse en los ramos superiores de estudio. Para estos han sido establecidos nuestros colegios.

La Palabra de Dios ha de ser el fundamento de toda la obra hecha en nuestras escuelas intermedias. Y se ha de demostrar a los alumnos la verdadera dignidad del trabajo. Se les ha de enseñar que Dios obra constantemente. Coopere cada maestro cordialmente con un grupo de alumnos, trabajando con ellos y enseñándoles a trabajar. Mientras los maestros hagan esto, adquirirán valiosa experiencia. Su corazón se unirá con el de los alumnos, y eso preparará el terreno para que su enseñanza tenga éxito.

Sería cometer un error muy triste el no considerar cabalmente el propósito con que se ha establecido cada una de nuestras escuelas. Este es un asunto que deben estudiar fielmente los hombres que llevan responsabilidad en cada una de nuestras Uniones, con el fin de que los jóvenes estén rodeados de las circunstancias más favorables para la formación de un carácter suficientemente fuerte como para resistir los males de este mundo.

Tenemos delante de nosotros una gran obra, y se necesitan muchos obreros educados y preparados para ocupar puestos de confianza. Mientras nuestros jóvenes se están preparando para servir en la causa de Dios, la Biblia debe constituir el fundamento de su educación. Los principios de la verdad contenidos en la Palabra de Dios serán una salvaguardia contra las malas influencias del mundo.

Están tristemente mal dirigidos los esfuerzos que se hagan para educar a nuestros niños y nuestros jóvenes en el temor del Señor, sin dar preeminencia al estudio de la Biblia. A menos que haya una educación tal, que lleve a reconocer y aborrecer el pecado, el resultado será una deformidad moral. Nuestros hijos deben ser apartados de las malas influencias de la escuela fiscal, y puestos donde maestros cabalmente convertidos puedan educarlos en las Sagradas Escrituras. Así serán enseñados a hacer de la Palabra de Dios la gran regla de su vida.

Puede ser que algunos pregunten: ¿Cómo se han de establecer tales escuelas? No somos un pueblo rico; pero, si oramos con fe y permitimos al Señor que obre en nuestro favor, él abrirá delante de nosotros caminos para establecer, en lugares retraídos, pequeñas escuelas para la educación de nuestros jóvenes, no sólo en las Escrituras y el saber que se obtiene de los libros, sino también en muchos ramos de trabajo manual.

Se me ha presentado con enérgica insistencia la necesidad de establecer tales escuelas, a causa de la cruel negligencia de muchos padres en su deber de educar debidamente a sus hijos en el hogar. Muchos padres y muchas madres han parecido creer que si ponían en las manos de sus hijos las riendas del dominio se desarrollarían en jóvenes y señoritas útiles. Pero el Señor me ha instruido acerca de este asunto. En visiones de la noche, he visto junto a esos hijos descuidados al que fue arrojado de los atrios celestiales porque

originó el pecado. El enemigo de las almas estaba alerta para ver las oportunidades de ganar el dominio de la mente de todo niño cuyos padres no le habían dado instrucción fiel acerca de las trampas de Satanás.

La obra de la Escuela de Fernando

Se ha hecho la pregunta: "¿Qué enseñaremos en la Escuela de Fernando?" Enseñen las cosas fundamentales. Enseñen lo que sea práctico. No deben hacer gran ostentación delante del mundo, diciendo lo que esperan hacer, como si estuviesen planeando algo maravilloso. No, en verdad. No se jacten de los ramos de estudio que se proponen enseñar ni de la obra industrial que esperan hacer; antes, digan a todo el que pregunte que se proponen hacer lo mejor posible para dar a los alumnos una preparación tanto física como mental y espiritual, que los hará idóneos para ser útiles en esta vida y los preparará para la vida futura e inmortal.

¿Qué influencia les parece que tendrían sus anuncios concernientes a la escuela al publicar que se esforzarán por dar a los alumnos una preparación que los haga idóneos para la vida futura e inmortal, porque desean verlos vivir durante las edades sin fin de la eternidad? Creo que una declaración tal tendrá sobre los hermanos y las hermanas de esta Asociación, y sobre la comunidad en medio de la cual está establecida la escuela, una influencia mucho mayor que la ostentación de un número de cursos de estudio en los idiomas antiguos y modernos, y otros ramos superiores del saber.

Demuestre la escuela misma su valor. Entonces, los que la patrocinan no se chasquearán, ni dirán los alumnos que se les prometieron ciertos estudios que, después de entrar en la escuela, no se les permitió seguir.

Entiéndase desde el principio que la Biblia es el fundamento de

toda educación. Un estudio fervoroso de la Palabra de Dios, que transforme el carácter y haga idóneos para servir, hará de la Escuela de Fernando una potencia para el bien. Hermanos míos que están relacionados con esta escuela, su fuerza no reside en el número de los idiomas que puedan enseñar, o en decir cuán grande es el "colegio" que tienen. Guarden silencio sobre estos puntos. El callar sobre las grandes cosas que se proponen hacer los ayudará más que todos los asertos positivos y todas las promesas que podrían publicar en sus anuncios. Siendo fieles en la escuela, deben demostrar que están trabajando basados en principios fundamentales, principios que prepararán a los alumnos para entrar por las puertas de perla de la Ciudad celestial. La salvación de las almas es de mucho más valor que la simple preparación intelectual. Una jactanciosa ostentación de saber humano, la manifestación de orgullo por la apariencia personal, no tiene valor. El Señor aprecia la obediencia a su voluntad; porque el hombre puede glorificar a Dios únicamente si anda humilde y obedientemente delante de él.

Al darnos el privilegio de estudiar su Palabra, el Señor ha puesto delante de nosotros un rico banquete. Muchos son los beneficios que derivan de alimentarse de su Palabra, que él representa como su carne y su sangre, como su espíritu y su vida. Al comer su Palabra, aumenta nuestra fuerza espiritual, crecemos en la gracia y el conocimiento de la verdad. Se forman y fortalecen hábitos de dominio propio. Las flaquezas de la infancia –inquietud, caprichos, egoísmo, palabras apresuradas, actos apasionados– desaparecen y, en su lugar, se desarrollan las gracias de la virilidad y la femineidad cristianas.

Si sus alumnos, además de estudiar la Palabra de Dios, aprenden tan sólo a usar correctamente el lenguaje en la lectura, la escritura y la conversación, se habrá realizado una gran obra. A los que se preparen para servir en la causa de Dios se les debe enseñar a

hablar correctamente en la conversación común y delante de las congregaciones. La utilidad de más de un obrero se perjudica por su ignorancia acerca de la respiración correcta, y la pronunciación clara y enérgica. Muchos no han aprendido a recalcar debidamente las palabras que pronuncian. Con frecuencia la enunciación es poco clara. Una preparación cabal en el uso del idioma es de mucho más valor para un joven que un estudio superficial de las lenguas extranjeras, con descuido de la lengua materna.

Sea la escuela dirigida de acuerdo con las normas de las antiguas escuelas de los profetas, colocando la Palabra de Dios en el fundamento de toda educación. No intenten los alumnos asirse primero de los peldaños superiores de la escalera. Hay quienes han asistido a otras escuelas pensando que podían obtener una educación avanzada; pero se afanaron tanto por alcanzar los peldaños superiores de la escalera que no fueron suficientemente humildes como para aprender de Cristo. Si hubiesen colocado primero sus pies en los peldaños inferiores, habrían hecho progresos, aprendiendo más y más del gran Maestro.

Los instructores encontrarán muy ventajoso el participar desinteresadamente en el trabajo manual con los alumnos, mostrándoles cómo trabajar. Cooperando con los jóvenes de esta manera práctica, los maestros pueden ligar a sí mismos los corazones de los alumnos con las cuerdas de la simpatía y del amor fraternal. La bondad y la sociabilidad cristianas son factores poderosos para ganar los afectos de la juventud.

Maestros, dedíquense a la obra de la escuela con diligencia y paciencia. Comprendan que el de ustedes no es un trabajo común. Están trabajando para este tiempo y para la eternidad, amoldando la mente de sus alumnos para que entren en la escuela superior. Todo principio correcto, toda verdad aprendida en una escuela terrenal, nos hará progresar en esa proporción en la escuela

celestial. Como Cristo anduvo y conversó con sus discípulos durante su ministerio en esta tierra, así nos enseñará en la escuela celestial, guiándonos por las márgenes del río de aguas vivas y reve1ándonos verdades que en esta vida permanecerán ocultas como misterios debido a las limitaciones de la mente humana, tan perjudicada por el pecado. En la escuela celestial tendremos oportunidad de alcanzar, paso a paso, las mayores alturas del saber. Allí, como hijos del Rey celestial, moraremos para siempre con los miembros de la familia real; allí veremos al Rey en su hermosura y contemplaremos sus encantos sin par.

La preparación de los misioneros

Es importante que tengamos escuelas intermedias y secundarias. Nos ha sido confiada una gran obra, la proclamación del mensaje del tercer ángel a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Tenemos tan sólo pocos misioneros. Desde nuestra patria y del extranjero nos llegan muchos urgentes pedidos de obreros. Los jóvenes de ambos sexos, los de edad madura y, de hecho, todos los que pueden dedicarse al servicio del Maestro, debieran aplicar su mente hasta el límite, en el esfuerzo de prepararse para contestar a estos llamamientos. Por la luz que Dios me ha dado, sé que no empleamos las facultades de la mente ni con la mitad de la diligencia que debiéramos poner en un esfuerzo por prepararnos para ser más útiles. Si consagramos la mente y el cuerpo al servicio de Dios, obedeciendo su ley, él nos dará fuerza moral santificada para toda empresa.

Todo hombre y toda mujer de nuestras filas, sean padres o no, debieran interesarse intensamente en la viña del Señor. No podemos permitir que nuestros hijos se desvíen al mundo y caigan bajo el dominio del enemigo. Subamos en auxilio del Señor, en auxilio del Señor contra los poderosos. Hagamos cuanto podamos con el fin de hacer de nuestras escuelas una bendición para nuestros jóvenes. Maestros y alumnos, ustedes pueden hacer

mucho para obtenerlo, llevando el yugo de Cristo, aprendiendo diariamente de él su mansedumbre y su humildad. Los que no están relacionados directamente con la escuela pueden contribuir a que sea una bendición, dándole su cordial apoyo. Así, seremos "colaboradores de Dios" (1 Cor. 3:9), y recibiremos la recompensa de los fieles, a saber, una entrada en la escuela de lo alto (*Review and Herald*, 17 de septiembre de 1902).

Instrucciones adicionales

No es prudente que una nueva escuela enarbole su estandarte y prometa hacer una labor superior antes de probar que es plenamente capaz de hacer un trabajo preparatorio. El gran propósito de toda escuela intermedia debe ser realizar un trabajo cabal en los ramos comunes.

En toda escuela que se establezca entre nosotros, los maestros deben comenzar humildemente, no asiéndose de los peldaños superiores de la escalera sin haber ascendido antes los inferiores. Deben subir peldaño tras peldaño, empezando desde el más bajo. Han de aprender, aun mientras enseñan las materias comunes. Cuando hayan aprendido el significado de la sencillez de la verdadera educación comprenderán mejor cómo tienen que preparar a los alumnos para los estudios avanzados. Los maestros deben aprender mientras enseñan. Se han de hacer progresos, y por estos se ha de adquirir experiencia.

Nuestros maestros no deben pensar que su trabajo termina con impartir instrucción de los libros. Debieran dedicar varias horas cada día a trabajar con los alumnos en algún ramo de preparación manual. En ningún caso se la debiera descuidar. En toda escuela tiene que haber quienes posean una reserva de paciencia y talento para disciplinar, con el fin de que todo ramo de trabajo se mantenga a la mayor altura posible. Hay que dar lecciones de aseo, orden y esmero. Se debe enseñar a los alumnos a mantener en

perfecto orden todo lo que pertenece a la escuela y sus terrenos.

Antes de intentar guiar a los jóvenes, el maestro debe aprender a dominarse a sí mismo. Si no aprende constantemente en la escuela de Cristo, si no tiene el discernimiento y la discriminación que lo habiliten para emplear sabios métodos en su trabajo; si no puede gobernar con firmeza, aunque placentera y bondadosamente a los que le son confiados, ¿cómo puede tener éxito en la enseñanza? El maestro que no está bajo el dominio de Dios necesita escuchar la invitación: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mat. 11:29, 30).

Cada maestro debe aprender diariamente de Jesús, llevando su yugo de sujeción, sentándose en su escuela como alumno y obedeciendo las reglas de los principios cristianos. El maestro que no esté bajo la dirección del Maestro de los maestros no podrá afrontar con éxito los diferentes incidentes que surjan como resultado de la perversidad natural de los niños y los jóvenes.

Ponga el maestro paz, amor y alegría en su trabajo. No se permita manifestar ira u ofuscación. Dios lo mira con intenso interés, para ver si está recibiendo el molde del divino Maestro. El niño que pierde el dominio propio es mucho más disculpable que el maestro que se permite manifestar ira e impaciencia. Cuando se ha de hacer un reproche severo, puede, sin embargo, hacerse con bondad. Evite el maestro el hacer al niño terco, hablándole con dureza. Haga que a toda corrección sigan las gotas del aceite de bondad. No debe nunca olvidar que está tratando con Cristo en la persona de uno de sus pequeñuelos.

Sea norma establecida que, en toda disciplina escolar, han de reinar la fidelidad y el amor. Cuando el maestro corrige a un alumno de una manera que no le hace sentir que desea humillarlo,

en su corazón brota el amor hacia el maestro (Santa Helena, California, 17 de mayo de 1903).

En una visión nocturna, estaba hablando fervientemente con los hermanos del sur de California con referencia a la Escuela de Fernando. Se habían levantado cuestiones perturbadoras relacionadas con ella. Estaba en la asamblea un Ser revestido de autoridad, y daba consejos acerca de la manera en que debía dirigírsela.

Dijo nuestro Consejero: "Si proceden a conocer al Señor, sabrán que su salida es preparada como la mañana. Los maestros de la escuela deben aprender con los alumnos en toda la instrucción impartida. Han de recibir constantemente sabiduría y gracia de la Fuente de toda gracia y sabiduría.

"Están tan sólo comenzando su obra. No todas sus ideas son positivamente correctas. No todos sus métodos son prudentes. No es posible que su obra sea perfecta en sus comienzos. Pero, a medida que progresen, aprenderán a usar más ventajosamente el conocimiento que están adquiriendo. Con el fin de hacer esta obra en armonía con la voluntad de Dios, los maestros deben mantener sus mentes abiertas para recibir instrucción del gran Maestro".

Los Ángeles, California, 18 de septiembre de 1902. Cometerán ciertamente un grave error si emprenden, con unos pocos alumnos y maestros, la realización del trabajo avanzado que se lleva a cabo con tanta dificultad y gasto en nuestras escuelas mayores. Será mejor para sus alumnos y para la escuela que los que necesitan estudios superiores vayan al colegio, y dejen así libre a su cuerpo docente para dedicar sus mejores energías a la ejecución de un trabajo esmerado en la enseñanza de las materias comunes.

¿Qué cosa hará de nuestras escuelas un poder? No es el tamaño de los edificios; no es el número de las materias avanzadas que se

enseñe. Es el trabajo fiel que hagan los maestros y los alumnos, mientras comienzan con los peldaños inferiores de la escalera del progreso y van subiendo escalón tras escalón.

Obtengan un hombre fuerte para que se destaque como director de su escuela, un hombre cuya fuerza física lo sostenga en la ejecución de un trabajo cabal de disciplina; un hombre calificado para inculcar en los alumnos hábitos de orden, aseo y laboriosidad. Hagan una obra cabal en todo lo que emprendan. Si son fieles en enseñar las materias comunes, muchos de sus alumnos podrán ir directamente a la obra como colportores y evangelistas. No necesitamos pensar que todos los obreros deben tener una educación avanzada.

En todas nuestras instituciones, los jóvenes deben ser amoldados y disciplinados para Dios; y en esta obra se han de revelar siempre la misericordia, el amor y la ternura del Señor. Esto no debe degenerar en debilidad y sentimentalismo. Debemos ser bondadosos, pero firmes. Y recuerden los maestros que, aunque es necesaria la decisión, nunca debemos ser duros o condenadores. Nunca hemos de manifestar un espíritu intolerante. Sean ellos serenos, revelando el mejor método al negarse a sentirse provocados a ira.

Dios quiere que manifestemos su amor mostrando vivo interés por los jóvenes que están bajo nuestro cuidado. Preséntenlos al Señor y pídanle que haga por ellos lo que ustedes no pueden hacer. Déjenles ver que ustedes comprenden su propia necesidad de ayuda divina (*Consejos para los maestros*, págs. 195-205).

29

Valor del estudio de la Biblia

"Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, con el fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Tim. 3:16, 17). La Palabra de Dios es como un tesoro que contiene todo lo esencial para perfeccionar al hombre de Dios. Nosotros no apreciamos la Biblia como debiéramos. No estimamos debidamente las riquezas que encierra, ni nos damos cuenta de la gran necesidad que tenemos de escudriñar las Escrituras por nosotros mismos. Los hombres descuidan el estudio de la Palabra de Dios por ir tras intereses mundanales o entregarse a los placeres del momento. Se hace de algún asunto insignificante una excusa que justifique la ignorancia acerca de las Escrituras dadas por inspiración de Dios. Pero sería mejor desechar cualquier cosa de carácter terrenal en vez de este estudio importante en todo sentido, que ha de hacernos sabios para vida eterna.

Me duele el corazón cuando veo a hombres –aun aquellos que profesan esperar la venida de Cristo– que dedican su tiempo y sus talentos a dar circulación a libros que no contienen nada referente a las verdades especiales de nuestro tiempo, tales como libros de cuentos, de biografías, y de teorías y especulaciones de hombres. El mundo está lleno de libros tales; pueden obtenerse en cualquier parte; pero ¿pueden los seguidores de Cristo ocuparse en trabajo tan fútil cuando existe la clamorosa necesidad de la verdad de Dios por todas partes? Nuestra misión no es hacer circular libros semejantes. Hay millares que pueden hacerlo, que todavía no tienen conocimiento de nada mejor. Nosotros tenemos una misión específica, y no debemos abandonarla por cosas secundarias, empleando hombres y recursos para llamar la atención de la gente

a libros que no tienen relación con la verdad presente.

¿Oran ustedes por el adelanto de la verdad? Entonces, trabajen por ello, y demuestren que sus oraciones suben de corazones sinceros y fervientes. Dios no obra milagros donde ha provisto los medios por los cuales se ha de hacer la obra. Empleen su tiempo y sus talentos en su servicio, y él no dejará de cooperar con sus esfuerzos. Si el agricultor deja de arar y sembrar, Dios no obrará un milagro para contrarrestar las consecuencias de su descuido. El tiempo de la cosecha halla a su campo sin fruto: no hay gavillas que recoger, no hay grano que almacenar. Dios suministró la semilla, el suelo, el sol y la lluvia; y si el agricultor hubiese empleado los medios que estaban a su alcance, habría recibido según su siembra y su trabajo.

Existen grandes leyes que gobiernan el mundo de la naturaleza, y las cosas espirituales son dirigidas por principios igualmente positivos; si se quiere obtener resultados deseados, es necesario emplear medios para lograr un fin. Los que no hacen esfuerzos decididos no están trabajando en armonía con las leyes de Dios. No están haciendo uso de los medios provistos por el Padre celestial y no pueden esperar otra cosa que ínfimas retribuciones. El Espíritu Santo no obligará a los hombres a seguir un curso de acción determinado. Somos agentes morales libres y, cuando se nos ha dado evidencia suficiente acerca de nuestro deber, a nosotros nos toca decidir nuestra conducta.

A ustedes que esperan indolentemente que Dios obre algún milagro maravilloso para ilustrar al mundo con respecto a la verdad, quisiera preguntarles si han empleado los medios que Dios ha provisto para el adelanto de su causa. Ustedes que oran por luz y verdad celestiales, ¿han estudiado las Escrituras? ¿Han deseado la leche pura de la Palabra para que crezcan por ella? ¿Se han sometido al mandato revelado? “Harás” y “no harás” son

requerimientos claros; no hay sitio para la ociosidad en la vida cristiana. Ustedes que lamentan su pobreza espiritual, ¿tratan de conocer y hacer la voluntad de Dios? ¿Están procurando entrar por la puerta estrecha? Hay trabajo, importante trabajo, que hacer para el Maestro. Los males condenados en la Palabra de Dios deben ser vencidos. Tienen que batallar individualmente contra el mundo, la carne y el diablo. La Palabra de Dios es llamada "la espada del Espíritu", y ustedes deben hacerse hábiles en su manejo, con el fin de abrirse paso a través de las huestes de la oposición y de las tinieblas.

Apártense de las compañías perjudiciales. Calculen el precio de seguir a Jesús, y háganlo con el decidido propósito de purificarse de toda inmundicia de la carne y del espíritu. La vida eterna vale todo lo que poseen y son, y Jesús ha dicho: "cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (Luc. 14:33). Aquel que no hace nada, sino que solamente espera ser compelido por algún instrumento sobrenatural, seguirá esperando en el letargo y la oscuridad. Dios ha dado su Palabra. Dios habla al alma de ustedes en lenguaje inconfundible. ¿No basta la palabra de su boca para mostrarles su deber e impulsarlos a cumplirlo?

Los que humilde y piadosamente escudriñan las Escrituras para conocer y hacer la voluntad de Dios no dudarán de sus obligaciones hacia Dios. Porque "el que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá... la doctrina" (Juan 7:17). Si quieren conocer el misterio de la piedad, deben seguir la sencilla palabra de verdad, haya o no sentimiento o emoción. La obediencia debe basarse en principios, y lo recto ha de seguirse bajo todas las circunstancias. Este es el carácter elegido por Dios para salvación. La prueba de un cristiano genuino se da en la Palabra de Dios. Jesús dice: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 15:5). "El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me

ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras: y la palabra que habéis oído, no es mía, sino del Padre que me envió" (Juan 14:21, 23, 24).

He ahí las condiciones de acuerdo con las cuales toda alma será elegida para vida eterna. La obediencia de ustedes a los mandamientos de Dios evidenciará su derecho a una herencia con los santos en la luz. Dios ha escogido cierta excelencia de carácter, y todo aquel que, por la gracia de Cristo, alcance la norma por él requerida, tendrá amplia entrada en el Reino de gloria. Todo aquel que quiera alcanzar esta norma de carácter tendrá que hacer uso de los medios que Dios ha provisto para dicho fin. Si quieren heredar el reposo perdurable prometido a los hijos de Dios, tendrán que llegar a ser colaboradores de Dios. Son elegidos para llevar el yugo de Cristo, vale decir, llevar su carga, cargar su cruz. Tienen que ser diligentes en "hacer firme vuestra vocación y elección" (2 Ped. 1:10). Escudriñen las Escrituras, y verán que no se elige a ningún hijo o hija de Adán para que sea salvo si desobedece a la ley de Dios. El mundo invalida la ley de Dios; empero, los cristianos son elegidos para santificación mediante la obediencia a la verdad. Son elegidos para llevar la cruz, si quieren ceñir la corona.

La Biblia es la única regla de fe y doctrina. Y no hay nada más a propósito para vigorizar la mente y fortalecer el intelecto que el estudio de la Palabra de Dios. No hay otro libro que sea tan poderoso para elevar los pensamientos y dar vigor a las facultades como las vastas y ennoblecedoras verdades de la Biblia. Si se estudiara la Palabra de Dios como es debido, los hombres tendrían una grandeza de entendimiento, una nobleza de carácter y una firmeza de propósito que rara vez se ven en estos tiempos. Millares de hombres que ministran en el púlpito carecen de las cualidades

esenciales de la mente y del carácter, debido a que no se aplican al estudio de las Escrituras. Se conforman con un conocimiento superficial de las verdades que están llenas de ricas profundidades de significado; y prefieren seguir así, perdiendo mucho en todo sentido, más bien que buscar con diligencia el tesoro oculto.

La búsqueda de la verdad recompensará a cada paso al investigador, y cada descubrimiento le proporcionará campos más ricos de investigación. Los hombres se transforman de acuerdo con lo que contemplan. Si pensamientos y asuntos triviales ocupan la atención, el hombre será trivial. Si es tan negligente que no logra más que una comprensión superficial de la verdad de Dios, no recibirá las ricas bendiciones que Dios quiere conferirle. Es una ley de la inteligencia que esta se empequeñezca o se ensanche en proporción con aquello con que se familiarice. Las facultades mentales se contraerán seguramente y perderán su capacidad para comprender los profundos significados de la Palabra de Dios a menos que sean puestas a la tarea de escudriñar la verdad, vigorosa y persistentemente. La mente se ensanchará si se emplea en investigar la relación de los temas de la Biblia, comparando pasaje con pasaje y lo espiritual con lo espiritual. Vayan más abajo que la superficie; los más ricos tesoros del pensamiento aguardan al estudiante hábil y diligente.

Aquellos que están enseñando el mensaje más solemne que alguna vez se diera al mundo deben disciplinar la mente para que comprenda su significado. El tema de la redención resistirá el estudio más concentrado y su profundidad no será jamás explorada completamente. No tienen por qué temer que agotarán este maravilloso tema. Beban profundamente del pozo de salvación. Vayan ustedes mismos a la Fuente, para que sean totalmente refrigerados, para que Jesús sea en ustedes una Fuente de agua que brote para vida eterna. Solamente la verdad y la religión de la Biblia soportarán la prueba del juicio. No tenemos

que pervertir la Palabra de Dios para acomodarla a nuestra conveniencia y nuestros intereses mundanos, sino preguntar sinceramente: "¿Qué quieres que yo haga?" (Hech. 9:6) "No sois vuestros... habéis sido comprados por precio" (1 Cor. 6:19, 20). ¡Y qué precio! No "con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo" (1 Ped. 1:18, 19). Cuando el hombre se perdió, el Hijo de Dios dijo: Yo lo redimiré; yo seré su Fiador y Sustituto. Dejó a un lado sus vestiduras reales, cubrió su divinidad con la humanidad y descendió del Trono real, con el fin de poder llegar hasta el fondo mismo de la miseria y la tentación humanas, levantar nuestra naturaleza caída y hacer posible que nosotros seamos victoriosos, hijos de Dios, herederos del Reino eterno. ¿Permitiremos, entonces, que consideración terrenal alguna nos desvíe de la senda de la verdad? ¿No discutiremos toda doctrina y teoría, y la someteremos a la prueba de la Palabra de Dios?

No debiéramos permitir que ningún argumento humano nos desvíe de una investigación cabal de la verdad bíblica. Las opiniones y las costumbres de los hombres no han de ser recibidas romo si tuviesen autoridad divina. Dios ha revelado en su Palabra en qué consiste todo el deber del hombre, y nosotros no hemos de dejarnos apartar de la gran norma de justicia. Él envió a su Hijo unigénito para que fuese nuestro ejemplo, y nos invita a oírlo y seguirlo. No debemos apartarnos de la verdad según está en Jesús porque grandes hombres que profesan ser buenos pongan ciertas ideas por encima de las sencillas declaraciones de la Palabra de Dios.

La obra de Cristo es atraer a los hombres de lo falso y espurio a lo verdadero y genuino. "El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan 8:12). No existe peligro de caer en el error mientras seguimos las pisadas de la "Luz del mundo". Hemos de hacer las obras de Cristo. Hemos de ocupar el corazón y el alma en su servicio; hemos de escudriñar la Palabra de vida y

presentarla a otros. Debemos educar a la gente de modo que se dé cuenta de la importancia de su enseñanza y del peligro de desviarse de sus claras órdenes.

Los judíos fueron inducidos al error, llevados a la ruina y al rechazo del Señor de gloria, porque ignoraban las Escrituras y el poder de Dios. Una gran obra hay delante de nosotros: la de guiar a los hombres a hacer de la Palabra de Dios la regla de sus vidas, y a no transigir con las tradiciones y las costumbres, sino a andar en todos los mandamientos y las ordenanzas del Señor (*Review and Herald*, 17 de julio de 1888; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 123-128).

30

El Libro de los libros

¿Qué libro puede compararse con la Biblia? Una comprensión de sus enseñanzas es esencial para todo niño y todo joven, y para los de edad madura, porque es la Palabra de Dios, dada para guiar a la familia humana hacia el cielo. Hay, en el mundo de hoy, muchos dioses y muchas doctrinas. Sin una comprensión de las Escrituras, es imposible para los jóvenes separar la verdad del error o discernir entre lo sagrado y lo común.

La Palabra de Dios debe destacarse como el libro educador más sublime de nuestro mundo, y debe ser tratada con respeto y reverencia. Debe ser colocada en las manos de niños y jóvenes como el gran Libro de lecciones, con el fin de que puedan conocer al Ser cuyo conocimiento correcto es vida eterna.

La historia de la Biblia

Las grandes verdades de la Historia Sagrada poseen fuerza y belleza asombrosas, y son tan abarcadoras como la eternidad. ¿Qué conocimiento más importante puede adquirirse que el que esboza la caída del hombre y las consecuencias de aquel pecado que abrió las compuertas de la desgracia sobre el mundo; que habla del primer advenimiento de Jesús? La encarnación de Cristo, su divinidad, su expiación, su vida admirable en el cielo como nuestro Abogado, el ministerio del Espíritu Santo, todos estos temas vitales del cristianismo son revelados desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Cada uno es un eslabón de oro en la perfecta cadena de la verdad. ¿Por qué, pues, no debieran ensalzarse las Escrituras en cada escuela de la tierra?

Moisés fue educado en toda la sabiduría de los egipcios, y sin

embargo dijo a Israel: "Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque... ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros? Por tanto, guárdate, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos, y a los hijos de tus hijos" (Deut. 4:5-9).

¿Dónde encontraremos leyes más nobles, puras y justas que las presentadas en los libros de estatutos que registran las instrucciones de Moisés a los hijos de Israel? Y ¿de qué otra fuente podemos obtener tanta fuerza o aprender tan noble ciencia? ¿Qué otro libro enseñará a los hombres tan bien a amar, temer y obedecer a Dios? ¿Qué otro libro presenta a los estudiantes más ciencia ennoblecedora, más admirable historia? Presenta claramente la justicia y predice las consecuencias de ser desleales para con la ley de Jehová.

La Biblia como literatura

Como poder educativo, la Biblia es de más valor que los escritos de todos los filósofos de todos los siglos. En su amplia variedad de estilo y temas, hay algo para interesar e instruir a cada mente, ennoblecer todo interés. La luz de la Revelación resplandece sin sombra en el pasado lejano, donde los anales humanos no arrojan rayos de luz. Hay poesía que ha arrancado la admiración del mundo. En resplandeciente belleza, en sublime y solemne majestad, en patética emoción, no tiene igual entre las más brillantes producciones del genio humano. Hay en ella sana lógica

y elocuencia apasionada. Se presentan en ellas las nobles acciones de hombres nobles, ejemplos de virtud privada y honor público, lecciones de piedad y pureza.

Una fuerza moral

Al estudiar las Escrituras nos familiarizamos con Dios, somos inducidos a comprender nuestra relación con Cristo, el que lleva los pecados, la Garantía de la especie caída. Nadie es dejado en tinieblas en cuanto a lo que Dios aprueba o desaprueba.

La Biblia contiene instrucción acerca del carácter que deben poseer los hijos de Dios. "Bienaventurados los de limpio corazón –declara–, porque ellos verán a Dios" (Mat. 5:8). "Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (Heb. 12:14). "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1 Juan 3:2, 3).

Este conocimiento de suma importancia debe ser mantenido delante de nuestros hijos y nuestros jóvenes, no en forma arbitraria ni dictatorial, sino como una revelación divina, una instrucción del más alto valor, esencial para su paz actual en este mundo de contiendas y luchas, y como una preparación para la futura vida eterna en el Reino de Dios. Pongan, pues, la Palabra Santa en sus manos. Estimúlenlos a escudriñar sus páginas. Hallarán allí tesoros de valor inestimable. Y, al recibir a Cristo como Pan de vida, tienen la garantía de la vida eterna.

Los dichos de Cristo son oro puro, sin una partícula de escoria. Cuando los que han recibido la falsa interpretación de la Palabra la escudriñan con esfuerzo resuelto para conocer la verdad, el Espíritu Santo abre los ojos de su entendimiento, y las Escrituras

son para ellos una nueva revelación. Sus corazones se vivifican con una fe nueva y viva, y contemplan cosas admirables en su ley. Las enseñanzas de Cristo tienen para ellos una anchura y un significado que nunca antes habían comprendido.

Los jóvenes necesitan educadores que mantengan siempre delante de la juventud los principios de la Palabra de Dios. Si los maestros hacen de los preceptos bíblicos su libro de texto, tendrán mayor influencia sobre los jóvenes. Serán como los que aprenden, teniendo una conexión viva con Dios. Se esforzarán por inculcar ideas y principios que conducirán a un conocimiento más completo de Dios, a una fe fervorosa y creciente en la sangre de Cristo, y en el poder y la eficacia de su gracia para guardarlos sin caída. Procurarán constantemente edificar los baluartes de una experiencia cristiana sana y bien equilibrada, con el fin de que sus alumnos estén preparados para ser útiles (*Consejos para los maestros*, págs. 413-416).

31

Estudiar la Biblia personalmente

No hay nada mejor calculado para vivificar la mente y fortalecer el intelecto que el estudio de la Palabra de Dios. Ningún otro libro es tan potente para elevar los pensamientos y dar vigor a las facultades como las amplias y ennoblecedoras verdades de la Biblia. Si la Palabra de Dios fuera estudiada como debe serlo, los hombres tendrían una amplitud de opiniones, una nobleza de carácter y una estabilidad de propósito que rara vez se ve en estos tiempos. La búsqueda de la verdad recompensará a cada paso al que ande tras ella, cada descubrimiento abrirá campos más ricos para su investigación.

Miles de hombres que ministran en el púlpito carecen de las cualidades esenciales de la mente y del carácter porque no se aplican al estudio de las Escrituras. Se conforman con un conocimiento superficial de las verdades que están llenas de ricas profundidades de significado; y prefieren seguir así, perdiendo mucho en todo sentido, más bien que buscar diligentemente el tesoro oculto.

El conocimiento de Dios no se obtiene sin esfuerzo mental y sin oración por conseguir sabiduría. Muchos están convencidos de que los preciosos tesoros del Reino de Dios y de Cristo están contenidos en la Palabra. Saben también que ningún tesoro terrenal se obtiene sin esfuerzo esmerado. ¿Por qué han de esperar, entonces, comprender el significado de las Escrituras sin estudio diligente?

La Palabra de Dios es luz y verdad: una lámpara para los pies y una antorcha para el sendero. Puede guiar cada paso del camino hasta la Ciudad de Dios. Por esta razón, Satanás ha hecho esfuerzos

desesperados por oscurecer la luz, para que los hombres no puedan hallar ni conservar la senda trazada para que anden en ella los redimidos del Señor.

Así como el minero cava en la tierra en busca del áureo tesoro, también nosotros debiéramos buscar ferviente y persistentemente el tesoro de la Palabra de Dios. En el estudio diario, el método de seguir versículo por versículo es a menudo muy útil. Tome el estudiante un versículo y concentre su mente en averiguar el pensamiento que Dios quiere comunicarle, y luego espáciese en él hasta asimilarlo. Un pasaje así estudiado, hasta que su significación se haga clara, es de más valor que la lectura de muchos capítulos sin un propósito definido; y tampoco se adquiere positiva instrucción así.

La Biblia es su propia expositora

La Biblia es su propia expositora. Se ha de comparar un pasaje con otro. El alumno debe considerar la Palabra como un todo y ver la relación de sus partes. Debe adquirir conocimiento de su gran tema central: el propósito original de Dios para el mundo, el despertar de la gran controversia y de la obra de la redención. Debe comprender la naturaleza de los dos principios que contienden por la supremacía, y debe aprender a seguir sus manifestaciones a través de los anales de la historia y la profecía, hasta la gran consumación. Debe ver cómo esa controversia entra en toda fase de la experiencia humana, cómo en todo acto de la vida él mismo revela uno u otro de los motivos antagónicos y cómo, sea que lo quiera o no, está ahora mismo decidiendo de qué lado de la controversia será hallado.

Cada parte de la Biblia ha sido dada por inspiración de Dios, y es provechosa. El Antiguo Testamento, no menos que el Nuevo, debe recibir atención. Mientras estudiemos el Antiguo Testamento, hallaremos fuentes vivas que borbotean, donde el lector negligente

discierne solamente un desierto.

El Antiguo Testamento derrama luz sobre el Nuevo, y el Nuevo sobre el Antiguo. Cada uno es una revelación de la gloria de Dios en Jesús. Cristo manifestado a los patriarcas, simbolizado en los servicios de los sacrificios, esbozado en la ley y revelado por los profetas constituye las riquezas del Antiguo Testamento. Cristo en su vida, muerte y resurrección, Cristo manifestado por el Espíritu Santo, es el tesoro del Nuevo Testamento. Tanto el Nuevo Testamento como el Antiguo Testamento presentan verdades que revelan continuamente nuevas profundidades de significado al que las busca con fervor.

Cuando se despierte su verdadero amor por la Biblia, y el estudiante empiece a comprender cuán vasto es el campo y cuán precioso su tesoro, entonces deseará aprovechar toda oportunidad de familiarizarse con la Palabra de Dios. Su estudio no se limitará a un tiempo ni lugar especial. Y esa preparación continua es uno de los mejores medios para cultivar el amor por las Escrituras. Tenga el alumno su Biblia siempre consigo, y a medida que se presente la oportunidad lea un texto y medite sobre él. Mientras anda por las calles, espera en una estación de ferrocarril, aguarda el momento de una cita, aproveche la oportunidad de adquirir algún precioso pensamiento del Tesoro de verdad.

***

El estudiante de la Palabra no debe hacer de sus opiniones un centro alrededor del cual gire la verdad. No ha de estudiarla con el propósito de hallar pasajes para probar sus teorías, forzando su significado, porque esto es torcer las Escrituras para su propia perdición. Tiene que despojarse de todo prejuicio, deponer sus propias ideas en las puertas de la investigación y buscar sabiduría de Dios con ferviente oración, con corazón humilde y subyugado, con el yo escondido en Cristo. Debe procurar hacer la voluntad

revelada de Dios porque concierne a su bienestar presente y eterno. Esta Palabra es la guía por la cual debe aprender el camino a la vida eterna (*Consejos para los maestros*, págs. 444-447).

32

La Biblia en nuestros colegios

No es prudente enviar a nuestros jóvenes a universidades donde dediquen su tiempo a obtener un conocimiento del griego y del latín, en tanto que su cabeza y su corazón se llenan de los sentimientos de autores incrédulos, a los que tienen que estudiar con el fin de dominar dichos idiomas. Obtienen un conocimiento que no es del todo necesario o no está en armonía con las lecciones del gran Maestro. Por lo general, los que se educan de esta manera tienen un gran concepto de sí mismos. Creen haber alcanzado el pináculo de la educación superior y se conducen orgullosamente, como si ya no tuvieran nada más que aprender. Están arruinados para el servicio de Dios. El tiempo, los recursos y el estudio que muchos han dedicado al logro de una educación comparativamente inútil debieran haberlos empleado en conseguir una educación que los hiciera hombres y mujeres cabales e idóneos para la vida práctica. Una educación tal habría sido del más alto valor para ellos.

¿Qué llevan consigo los estudiantes cuando dejan nuestros colegios? ¿Adónde van? ¿Qué van a hacer? ¿Tienen el saber que ha de habilitarlos para enseñar a otros? ¿Han sido educados para ser padres y madres sabios? ¿Pueden ponerse a la cabeza de una familia como instructores entendidos? En su vida doméstica, ¿pueden enseñar de tal modo a sus hijos que sea la suya una familia a la cual Dios pueda contemplar complacido, por cuanto es un símbolo de la familia de los cielos? ¿Han recibido la única educación que puede, en verdad, ser llamada "educación superior"?

¿Qué es la educación superior? Ninguna puede ser llamada así a

menos que lleve la semejanza del Cielo, a menos que encamine a los jóvenes de ambos sexos a ser semejantes a Cristo y los habilite para ponerse a la cabeza de sus familias, en lugar de Dios. Si, durante su vida escolar, un joven ha dejado de adquirir un conocimiento del griego o del latín y de los sentimientos contenidos en las obras de autores incrédulos, no ha sufrido mucha pérdida. Si Jesucristo hubiera considerado esencial esta clase de educación, ¿no la habría dado a sus discípulos, a quienes estaba educando para que hicieran la obra más grande que jamás se haya encargado a los mortales, la de representarlo ante el mundo? Empero, en lugar de ella, puso la verdad sagrada en sus manos para que la diesen al mundo en su sencillez.

A veces son necesarios los eruditos en griego y latín. Alguien ha de estudiar estos idiomas. Eso está bien. Pero no todos, ni tampoco muchos, deben estudiarlos. Los que creen que el conocimiento del griego y el latín es esencial para una educación superior no pueden ver muy lejos. Ni tampoco es necesario un conocimiento de los misterios de aquello que los hombres y el mundo llaman ciencia, para entrar en el Reino de Dios. Satanás es el que llena la mente de sofismas y tradición, que excluyen la verdadera educación superior y perecerán con el estudiante.

Aquellos que han adquirido una falsa educación no miran hacia el cielo. No pueden ver a aquel que es la verdadera Luz que "alumbra a todo hombre que viene a este mundo" (Juan 1:9). Miran las realidades eternas como fantasmas, y llaman a un átomo un mundo y a un mundo un átomo. Acerca de muchos de los que han adquirido la llamada educación superior, Dios declara: "Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto" (Dan. 5:27); falto en el conocimiento de los quehaceres prácticos; falto en el conocimiento de cómo hacer el mejor uso del tiempo; falto en el conocimiento de cómo trabajar para Jesús.

La naturaleza práctica de la enseñanza de aquel que dio su vida para salvar a los hombres es una evidencia del valor que ha conferido a estos. Él dio la única educación que puede ser llamada educación superior. No despidió a sus discípulos porque no habían recibido su educación de los maestros paganos e incrédulos. Estos discípulos iban a proclamar una verdad que conmovería al mundo, pero antes de que pudiesen hacerlo, antes de que pudiesen ser la sal de la tierra, debían aprender nuevas costumbres y desaprender muchas cosas que les enseñaron los sacerdotes y los rabinos. Y hoy día, aquellos que quieran representar a Cristo deben aprender nuevas costumbres. Las teorías que tienen su origen en el mundo deben ser abandonadas. Las palabras y las obras han de ser según el modelo divino. No se han de contraer vínculos con los degradantes principios y sentimientos propios del culto de otros dioses. No puede obtenerse una educación segura de los que no conocen a Dios ni lo reconocen como la vida y la luz de los hombres. Estos hombres pertenecen a otro reino. Son gobernados por un príncipe desleal y confunden fantasmas con realidades.

Nuestros colegios no son lo que debieran ser. El tiempo que debiera dedicarse a trabajar para Cristo se consume en la contemplación de temas sin valor y la complacencia propia. La controversia surge al instante si hay oposición a las opiniones ya establecidas. Fue así con los judíos. Con el fin de vindicar opiniones personales y mezquinos intereses, y complacer la ambición mundana, desecharon al Hijo de Dios. El tiempo pasa. Nos estamos acercando a la gran crisis de la historia de esta tierra. Si los maestros persisten en cerrar los ojos a las necesidades del tiempo en que vivimos, deben ser separados de la obra.

Muchos educadores de escuelas de la actualidad están practicando el engaño al guiar a sus alumnos a terrenos de estudio comparativamente inútiles, estudios que exigen tiempo, concentración y recursos que debieran emplearse en la obtención

de la educación superior que Cristo vino a dar. Tomó la forma humana con el fin de que pudiese elevar la mente desde las lecciones que los hombres consideran esenciales hasta aquellas que entrañan consecuencias eternas. Él vio al mundo envuelto en engaño satánico. Vio a hombres que seguían fervientemente su propia imaginación y que creían que lo habrían logrado todo si hubieran podido hallar el modo de hacerse llamar grandes en el mundo. Pero no lograron más que la muerte. Cristo se situó en los caminos y en las encrucijadas de la tierra, y contempló a los hombres en su ávida busca de felicidad, creídos de que habían descubierto el modo de ser dioses en este mundo con cada nuevo proyecto que ideaban. Cristo les señaló hacia arriba, diciéndoles que el único conocimiento verdadero es el conocimiento de Dios y de Cristo, el cual acarreará paz y dicha en la presente vida y asegurará el don gratuito de Dios, la vida eterna. Instó a sus oyentes, como hombres que poseían la facultad de la razón, a que no dejasen de tomar en cuenta la eternidad. "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia –dijo–, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mat. 6:33). Ustedes son, desde luego, colaboradores de Dios. Para esto los he comprado con mis padecimientos, humillación y muerte.

La gran lección que hay que dar a los jóvenes es que, como adoradores de Dios, han de fomentar los principios bíblicos y poner al mundo en segundo lugar. Dios quiere que todos estén instruidos acerca de cómo hacer las obras de Cristo y entrar por las puertas en la Ciudad celestial. No debemos permitir que el mundo nos convierta a nosotros. Debemos procurar, con el mayor fervor, convertir al mundo. Cristo nos ha otorgado el privilegio y el deber de defenderlo bajo todas las circunstancias. Ruego a los padres que pongan a sus hijos donde no sean hechizados por una falsa educación. Su única seguridad está en aprender de Cristo. Él es la gran Luz central del mundo. Todas las demás luces, toda otra sabiduría, son necedad.

Los hombres y las mujeres son la posesión adquirida por la sangre del unigénito Hijo de Dios. Son el patrimonio de Cristo, y su educación y su disciplina han de serles dadas no con relación a esta vida corta e incierta, sino a la vida inmortal, que se compara con la vida de Dios. No es su designio que aquellos cuyo servicio ha adquirido sean enseñados para servir a Mamón, para recibir la alabanza o la glorificación humanas, o para ser servidores del mundo.

"Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él" (Juan 6:53-56). Estas son las condiciones de vida impuestas por el Redentor del mundo, antes de que se pusiesen los fundamentos de la tierra. ¿Están los maestros de nuestras escuelas dando de comer el Pan de vida a los alumnos? Muchos de ellos están guiando a sus educandos por el mismo sendero que ellos han recorrido. Creen que ese es el único camino bueno. Dan a los alumnos un alimento que no ha de mantener la vida espiritual sino que causará la muerte de los que participan de él. Están fascinados por aquello que Dios no exige conocer.

Los maestros que están tan decididos, como lo estaban los sacerdotes y los príncipes, a llevar a sus alumnos por el mismo viejo camino en que el mundo sigue andando se internarán en mayores tinieblas aún. Los que podrían haber sido colaboradores de Cristo y que, sin embargo, han despreciado a los mensajeros y su mensaje, perderán su rumbo. Andarán en tinieblas, no sabiendo en qué tropiezan. Los tales están destinados a caer engañados por los errores de los últimos días. Su mente se halla preocupada por intereses subalternos, y pierden la bendita oportunidad de llevar el

yugo con Cristo y ser obreros juntamente con Dios.

El llamado árbol de la ciencia se ha convertido en un instrumento de muerte. Satanás se ha entretejido artificiosamente, juntamente con sus dogmas y sus falsas teorías, en la instrucción impartida. Desde el árbol de la ciencia emite las lisonjas más agradables con respecto a la educación superior. Millares participan del fruto de este árbol; mas ese fruto significa muerte para ellos. Cristo les dice: "Ustedes 'gastan el dinero en lo que no es pan' [Isa. 55:2]. Están empleando los talentos que Dios les ha confiado en la obtención de una educación que Dios considera como locura".

Satanás está tratando de conseguir toda ventaja. Desea conquistarse no sólo a los alumnos, sino también a los maestros. Ha trazado sus planes. Disfrazado de ángel de luz, recorrerá la tierra como un taumaturgo. Con bello lenguaje, presentará sentimientos sublimes. Hablará palabras buenas y ejecutará buenos actos. Personificará a Cristo; pero, en un punto habrá una diferencia notable. Satanás apartará a la gente de la ley de Dios. Sin embargo, imitará tan bien la justicia que, si posible fuese, engañaría a los mismos escogidos. Testas coronadas, presidentes, gobernadores de altos puestos, se inclinarán ante sus falsas teorías. En vez de dar lugar a la crítica, a las divisiones, a los celos, a la rivalidad, los que están en nuestras escuelas deberían ser una cosa en Cristo. Solamente así pueden resistir a las tentaciones del archiengañador.

El tiempo pasa, y Dios pide que cada centinela esté en su puesto. Él ha tenido a bien conducirnos a una crisis mayor que cualesquiera de las que se hayan presentado desde el primer advenimiento de nuestro Salvador. ¿Qué haremos? El Espíritu Santo de Dios nos ha dicho lo que debemos hacer; con todo, así como los judíos del tiempo de Cristo desecharon la luz y escogieron las tinieblas, del mismo modo el mundo religioso desechará el

mensaje para este tiempo. Los hombres que profesan piedad han menospreciado a Cristo en la persona de sus mensajeros. Como los judíos, rechazan el mensaje de Dios. Los judíos preguntaron con respecto a Cristo: "¿Quién es este? ¿No es el hijo de José?" Él no era el Cristo que los judíos habían esperado. Del mismo modo, hoy día, los agentes que Dios envía no son los que los hombres han esperado. Pero el Señor no preguntará a ninguno para saber a quién tiene que enviar: él enviará a quien quiera. Los hombres podrán no comprender por qué envía Dios a este o a aquel. Su obra podrá provocar curiosidad. Dios no satisfará esta curiosidad, y su Palabra no volverá a él vacía.

Que todos los que creen en la Palabra de Dios entren en la obra de apercibir a un pueblo para estar en pie en el día de la preparación de Dios. Durante los últimos pocos años se ha hecho una obra trascendental. Importantes preguntas se han agitado en las mentes de aquellos que creen la verdad presente. La luz del Sol de Justicia ha estado brillando por doquier, y ha sido recibida por muchos y seguida perseverantemente. La obra de las filas de Cristo ha avanzado.

Toda alma que invoca el nombre de Cristo debiera estar prestando servicio. Todos debieran decir: "Heme aquí; envíame a mí" (Isa. 6:8). Los labios dispuestos a hablar, aunque inmundos, serán tocados con el ascua encendida y purificados. Serán capacitados para decir palabras que penetrarán hasta el alma. Llegará el momento cuando los hombres serán llamados a rendir cuenta por las almas a quienes debieran haber impartido luz, pero que no la han recibido. Los que han faltado así al cumplimiento de su deber, aquellos a quienes se les ha dado luz pero que no la acogieron, de modo que no tienen nada que impartir, se hallan clasificados en los libros del cielo entre los que están enemistados con Dios, sin sujeción a su voluntad ni bajo su dirección.

Una influencia cristiana debiera llenar nuestras escuelas, nuestros sanatorios y nuestras casas editoras. Bajo la dirección de Satanás, se están formando coaliciones, y se seguirán formando, para eclipsar la verdad por medio de la influencia humana. Los que se unen a esas coaliciones no podrán oír jamás el parabién de Cristo: "Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu señor" (Mat. 25:21). Los medios establecidos por Dios han de avanzar, sin transigir con la potestad de las tinieblas. Mucho más se ha de hacer en las filas de Cristo que aún no ha sido hecho.

Todo estudiante debiera fomentar una estricta integridad. Toda inteligencia debiera tornarse con reverente atención hacia la Palabra revelada de Dios. Luz y gracia les serán dadas a aquellos que así obedezcan a Dios. Verán maravillas en la ley divina. Grandes verdades que no han sido oídas ni contempladas desde el día de Pentecostés han de resplandecer de la Palabra de Dios en su original pureza. A aquellos que aman verdaderamente a Dios, el Espíritu Santo les revelará verdades que han desaparecido de la mente y también les revelará verdades completamente nuevas. Los que comen la carne y beben la sangre del Hijo de Dios sacarán de los libros de Daniel y el Apocalipsis verdades inspiradas por el Espíritu Santo. Pondrán en acción fuerzas que no podrán ser reprimidas. Serán abiertos los labios de los niños para proclamar los misterios que han permanecido ocultos para las mentes de los hombres. Dios ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo para confundir a los poderosos.

No ha de introducirse la Biblia en nuestras escuelas para ser intercalada en medio de la incredulidad. La Biblia debe ser hecha el fundamento y el tema de la educación. Es verdad que sabemos mucho más de la Palabra del Dios vivo de lo que sabíamos en lo pasado; pero hay todavía mucho más que aprender. La Biblia debe usarse como la Palabra del Dios vivo, y debe ser tenida como lo primero y lo último y mejor en todas las cosas. Entonces se verá

verdadero crecimiento espiritual. Los alumnos desarrollarán caracteres religiosos sanos, porque comen la carne y beben la sangre del Hijo de Dios. Pero, a menos que sea cuidada y promovida, la salud del alma decaerá. Manténganse en el conducto de la luz. Estudien la Biblia. Los que sirvan a Dios fielmente serán bendecidos. Aquel que no dejará sin recompensa ningún trabajo fiel coronará todo acto de lealtad e integridad con demostraciones especiales de su amor y su aprobación (*Review and Herald*, 17 de agosto 1897; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 467-474).

33

Los libros en nuestros colegios

En la tarea de educar a los jóvenes en nuestros colegios, será difícil retener la influencia del Santo Espíritu de Dios y afirmarse, al mismo tiempo, en principios erróneos. La luz que resplandece sobre los que tienen ojos para ver no puede mezclarse con las tinieblas de la herejía y el error halladas en muchos de los libros de texto recomendados a los alumnos de nuestros colegios. Tanto estudiantes como profesores han creído que, para lograr una educación, era necesario estudiar las producciones de escritores que enseñan el ateísmo, en razón de que sus obras contienen brillantes gemas de pensamiento. Pero ¿quién fue el originador de esas gemas de pensamiento? Dios, y solamente Dios; pues él es la Fuente de toda luz. ¿No se hallan, acaso, en las páginas de la Sagrada Escritura todas las cosas esenciales a la salud y el crecimiento de la naturaleza espiritual y moral? ¿No es Cristo nuestra cabeza viviente? ¿Y no tenemos que crecer en él hasta la estatura perfecta de hombres y mujeres? ¿Puede una fuente impura verter agua saludable? ¿Por qué habríamos de vadear penosamente el conjunto de errores contenidos en las obras de paganos e incrédulos para obtener el beneficio de unas cuantas verdades intelectuales, cuando toda la verdad está a nuestra disposición?

El hombre no puede llevar a efecto nada bueno sin Dios. Él es el originador de cada rayo de luz que traspasa las tinieblas del mundo. Todo lo valioso proviene de Dios y le pertenece. Hay una razón por la cual los agentes del enemigo despliegan a veces una sabiduría notable. El mismo Satanás fue educado y disciplinado en los atrios celestiales, y posee un conocimiento del bien y del mal. Mezcla lo bueno con lo vil, y esto es lo que le da poder para

engañar a los hijos de los hombres. Pero, por el hecho de que Satanás haya robado el ropaje divino con el fin de poder ejercer influencia en sus usurpados dominios, ¿se han de apartar de la luz para recomendar las tinieblas los que estaban asentados en tinieblas y vieron gran luz? Aquellos que han conocido los oráculos de Dios ¿han de recomendar a nuestros alumnos que estudien libros que dan expresión a sentimientos paganos y ateos, para que sean inteligentes? Satanás tiene sus agentes, educados según sus métodos, inspirados por su espíritu y adaptados a sus obras; pero ¿vamos nosotros a cooperar con ellos? ¿Recomendaremos, como cristianos, las obras de sus agentes como cosa valiosa y hasta esencial para una buena educación?

El mismo Señor ha dado a entender que debieran establecerse colegios entre nosotros con el fin de poder adquirir verdadero conocimiento. Ningún docente de nuestros colegios debiera sugerir la idea de que, para tener la debida preparación, es esencial el estudio de textos que den expresión a sentimientos paganos y ateos. Los estudiantes que son educados de esa manera no son competentes para llegar a ser, a su vez, educadores, pues están llenos de los sutiles sofismas del enemigo. El estudio de obras que de algún modo expresan sentimientos de ateísmo es como manipular negros carbones, pues no puede mantener impoluta la mente el hombre que piensa conforme a las ideas del escepticismo. Al recurrir a tales fuentes en procura de conocimientos, ¿no nos estamos apartando de las nieves del Líbano para beber las turbias aguas del valle?

Los hombres que se apartan del conocimiento de Dios han puesto su mente bajo el gobierno de Satanás, su amo, y este los prepara para que sean sus servidores. Cuanto menos se pongan ante los jóvenes obras que expongan ideas de ateísmo, tanto mejor. Los malos ángeles están siempre alerta para enaltecer, ante las inteligencias juveniles, aquello que les cause daño y, a medida que

se leen los libros que expresan sentimientos paganos y ateos, estos invisibles agentes del mal procuran infundir en sus lectores el espíritu de desconfianza e incredulidad. Los que beben de estos canales contaminados no sienten sed de las aguas de vida, pues están satisfechos con las cisternas rotas del mundo. Creen tener los tesoros del saber, y no están amontonando más que madera, heno y hojarasca, las cuales no vale la pena ni adquirir ni conservar. Su concepto de sí mismos y su idea de que un conocimiento superficial de las cosas constituye educación los hacen jactanciosos y satisfechos de sí mismos, cuando no son, como los fariseos, sino ignorantes de las Escrituras y del poder de Dios.

¡Oh, que nuestra juventud quiera atesorar la ciencia imperecedera para poder llevar consigo a la vida inmortal futura el saber que está presentado como oro, plata y piedras preciosas! La clase de educadores y estudiantes que se precian de sabios no sabe nada como debiera saberlo. Tiene que aprender mansedumbre y humildad en la escuela de Cristo, para que pueda estimar grandemente aquello que el Cielo tiene por excelente. Aquellos que reciben una educación valiosa, educación que será tan duradera como la eternidad, no serán considerados como los hombres mejor educados del mundo. Empero, la Escritura declara que "el temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Prov. 9:10). Esta clase de conocimiento está por debajo de la norma, según la estimación del mundo; no obstante, es esencial que todo joven llegue a ser sabio en las Escrituras, si quiere tener vida eterna. El apóstol dice: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, con el fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Tim. 3:16, 17). Esto es bastante amplio. Traten todos de comprender, hasta el máximo de sus facultades, el significado de la Palabra de Dios. Una mera lectura superficial de la inspirada Palabra de Dios será de escaso beneficio, porque cada declaración hecha en las sagradas páginas requiere un cuidadoso estudio. Es

cierto que algunos pasajes no requieren tan seria concentración como otros, porque su significado es más evidente; pero el estudiante de la Palabra de Dios debiera tratar de comprender la relación que existe entre un pasaje y otro, hasta que la cadena de la verdad se manifieste ante su vista. Como las vetas del precioso metal están ocultas debajo de la superficie de la tierra, del mismo modo las riquezas espirituales se hallan escondidas en el pasaje de la Sagrada Escritura, y es necesario el esfuerzo mental y la atención piadosa para descubrir el significado oculto de la Palabra de Dios. Que todo estudiante que aprecia el tesoro celestial esfuerce hasta el extremo sus facultades mentales y espirituales, y ahonde el socavón hasta la mina de la verdad, con el fin de que pueda obtener el oro celestial, es decir, la sabiduría que ha de hacerlo sabio para salvación.

Si la mitad del celo desplegado en tratar de comprender las brillantes ideas de los incrédulos se manifestara en estudiar el plan de salvación, millares que ahora moran en tinieblas estarían encantados con la sabiduría, la pureza y la elevación de los medios que Dios provee en nuestro favor; quedarían en éxtasis por la admiración y el asombro que les causaría el amor y la condescendencia de Dios en dar a su Hijo Unigénito en bien de una raza caída. ¿A qué se debe que muchos estén satisfechos con beber en los turbios arroyuelos que corren por los lóbregos valles cuando podrían refrescar su alma en las corrientes vivas de las montañas? Pregunta el profeta: "¿Faltará la nieve del Líbano de la piedra del campo? ¿Faltarán las aguas frías que corren de lejanas tierras?" Y Jehová responde: "Mi pueblo me ha olvidado, incensando a lo que es vanidad, y ha tropezado en sus caminos, en las sendas antiguas, para que camine por sendas y no por camino transitado" (Jer. 18:14, 15).

Es un hecho lamentable que hombres a quienes se les habían confiado espléndidas cualidades para ser empleadas en el servicio

de Dios prostituyeran sus facultades en el servicio del mal y pusieran sus talentos a los pies del enemigo. Se sometieron en la más servil esclavitud al príncipe del mal, al paso que rechazaron el servicio de Cristo considerándolo humillante y no deseable. Tuvieron la tarea del seguidor de Cristo por algo inferior a sus ambiciones, que hacía necesario un descenso de su grandeza, una especie de esclavitud que aherrojaría sus facultades y estrecharía el círculo de su influencia. Aquel que había hecho un sacrificio infinito para que ellos pudiesen quedar libres de la servidumbre del mal fue puesto a un lado como indigno de sus mejores esfuerzos y más exaltado servicio.

Estos hombres habían recibido sus talentos de Dios, y cada gema de pensamiento por la cual fueron estimados dignos de la atención de sabios y pensadores no les pertenece a ellos sino al Dios de toda sabiduría, a quien no reconocieron. Mediante la tradición y la educación falsa, estos hombres son exaltados como los educadores del mundo; pero, al acudir a ellos, los estudiantes se hallan en peligro de aceptar lo vil juntamente con lo precioso; pues la superstición, el raciocinio engañoso y el error están mezclados con porciones de verdadera filosofía e instrucción. Esta mezcla constituye una poción venenosa para el alma; vale decir, destruye la fe en el Dios de toda verdad. Los que están sedientos de saber no tienen por qué ir a esas fuentes contaminadas, por cuanto están invitados a acudir a la Fuente de vida y beber gratuitamente. Escudriñando la Palabra de Dios, pueden encontrar el tesoro escondido de la verdad que por largo tiempo ha estado sepultada debajo de los escombros del error, de la tradición humana y de las opiniones de los hombres.

La Biblia es el gran educador; porque no es posible estudiar con devoción sus sagradas páginas sin que el intelecto se discipline, se ennoblezca, se purifique y se refine. “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el

rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio, y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová. He aquí que vienen días, dice Jehová, y castigaré a todo circuncidado, y a todo incircunciso" (Jer. 9:23, 24).

Los que pretenden ser cristianos, que profesan creer la verdad y, no obstante, beben en las contaminadas fuentes de la incredulidad y, por precepto y ejemplo, apartan a otros de las frías, heladas, aguas del Líbano, son necios, a pesar de que se precien de sabios. "Oíd la palabra que Jehová ha hablado sobre vosotros, oh casa de Israel. Así dijo Jehová: No aprendáis el camino de las naciones, ni de las señales del cielo tengáis temor, aunque las naciones las teman... Mas Jehová Dios es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación. Les diréis así: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos. El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría; a su voz se produce muchedumbre de aguas en el cielo, y hace subir las nubes de lo postrero de la tierra; hace los relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos. Todo hombre se embrutece, y le falta ciencia; se avergüenza de su ídolo todo fundidor: porque mentirosa es su obra de fundición, y no hay espíritu en ella. Vanidad son, obra vana; al tiempo de su castigo perecerán. No es así la porción de Jacob: porque él es el Hacedor de todo, e Israel es la vara de su heredad; Jehová de los ejércitos es su nombre" (Jer. 10:1, 2, 10-16).

"Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Pues será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien; sino que morará en los sequedales del desierto, en tierra despoblada y deshabitada. Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto

a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto... ¡Oh Jehová, esperanza de Israel! todos los que te dejan serán avergonzados; y los que se apartan de mí serán escritos en el polvo, porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas. Sáname, oh Jehová, y seré sano; sálvame, y seré salvo; porque tú eres mi alabanza" (Jer. 17:5-7, 13, 14).

Apártense, los creyentes en la verdad para este tiempo, de los autores que enseñan el ateísmo. No aparezcan obras de escépticos en los estantes de las bibliotecas de ustedes, donde sus hijos puedan tener acceso a ellas. Los que han gustado la buena Palabra de Dios y los poderes del mundo venidero no consideren por más tiempo como una característica esencial de una buena educación el tener un conocimiento de los escritos de aquellos que niegan la existencia de Dios y desprecian su santa Palabra. No den lugar a los agentes de Satanás desde el momento que nada hay que pueda vindicar sus hechos; una cosa limpia no puede proceder de una inmunda (*Review and Herald*, 10 de noviembre de 1891; reproducido en *Fundamentals of Christian Educatio*n, págs. 167-173).

34

Libros y autores en nuestros colegios

Tengo algunos asuntos que deseo presentar ante ustedes con respecto a la educación. Los docentes de nuestros colegios tienen gran respeto por autores y libros que son de uso corriente en la mayoría de nuestras instituciones educativas. Todo el cielo ha estado contemplando nuestras instituciones de enseñanza y se ha preguntado: ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? El Señor nos ha dado en su Palabra las más preciosas instrucciones, enseñándonos qué caracteres debemos formar en esta vida con el fin de prepararnos para la vida inmortal futura. Ha sido costumbre exaltar libros y autores que no presentan el debido fundamento necesario para la educación verdadera. ¿De qué procedencia han obtenido estos autores su sabiduría, una gran parte de la cual no merece nuestro respeto, aun cuando dichos autores sean tenidos por sabios? ¿Han obtenido sus lecciones del más grande Maestro que el mundo ha conocido? Si no es así, están incontestablemente en el error. A los que se están preparando para las mansiones celestiales se les debe recomendar que hagan de la Biblia su principal libro de estudio.

Estos autores populares no han señalado a los estudiantes el camino que lleva a la vida. "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3). Los autores de estos libros de uso corriente en nuestros colegios son recomendados y engrandecidos como hombres de saber; no obstante, su educación es del todo deficiente, a no ser que hayan sido educados en la escuela de Cristo y, mediante el conocimiento práctico, den testimonio de la Palabra de Dios como el estudio más esencial para niños y jóvenes. "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Prov. 9:10).

Debieran haberse preparado libros para poner en manos de los alumnos, libros que les enseñaran a tener un amor sincero y reverente por la verdad, y una firme integridad. Debieran tenerse siempre delante de ellos los estudios que son positivamente esenciales para la formación del carácter que ha de darles una preparación para la vida futura. Cristo debe ser exaltado como el primer gran Maestro, el unigénito Hijo de Dios, quien estaba con el Padre desde los siglos eternos. El Hijo de Dios fue el gran Maestro enviado a esta tierra para ser la Luz del mundo. "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1:14). El Padre estaba representado en Cristo; y el cuidado puesto en la educación de los alumnos debe ser de tal naturaleza que ellos contemplen a Cristo y crean en él como la Semejanza de Dios. Su misión fue una de las más maravillosas en este mundo, y su obra no consistió en dar un relato pleno de sus derechos a la divinidad, sino que su humillación fue el encubrimiento de esos derechos. A esto se debe que la nación judía no reconociera a Cristo como el Príncipe de la vida; porque él no vino con ostentación y apariencia, pues ocultó su glorioso carácter bajo la vestidura de la humanidad.

La familia humana tenía que considerarlo a la luz de las Sagradas Escrituras, que habían de testificar la manera de su venida. Si hubiese venido desplegando la gloria que tenía con su Padre, entonces su camino hacia la cruz habría sido estorbado por el propósito de los hombres, quienes lo habrían tomado por la fuerza y hecho rey. Tenía que terminar su vida haciendo una solemne oblación de sí mismo. El símbolo tenía que hallar su realidad en Jesucristo. Toda su vida fue el prefacio de su muerte en la cruz. Su carácter fue el de una vida de obediencia a todos los mandamientos de Dios, y tenía que ser un dechado para todos los hombres de la tierra. Su vida consistió en vivir la Ley en la humanidad. Adán había violado esa ley. Pero Cristo, mediante su perfecta obediencia a la Ley, redimió el fracaso y la caída ignominiosos de Adán.

Las profecías tienen que ser estudiadas; y la vida de Cristo, comparada con los escritos de los profetas. Él se identifica con las profecías declarando reiteradamente: ellas escribieron de mí; ellas testifican de mí. La Biblia es el único libro que da una descripción verdadera de Cristo Jesús; y si cada ser humano quisiera estudiarla como su libro de texto y obedecerla, ningún alma se perdería.

Todos los rayos de luz que brillan en las Escrituras señalan a Jesucristo y dan testimonio de él, ligando entre sí las escrituras del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. Se presenta a Cristo como el autor y consumador de la fe, siendo él mismo aquel en quien están concentradas las esperanzas de vida eterna de todo ser humano. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

¿Qué libro puede compararse con la Biblia? Comprenderla es esencial para cada niño y cada joven, y para los de edad madura; pues es la Palabra de Dios, la palabra que ha de guiar al cielo a toda la familia humana. Luego, ¿por qué no ha de contener la palabra venida de Dios los principales elementos que constituyen la educación? Se ponen en manos de niños y jóvenes, en nuestras escuelas, libros de autores no inspirados como libros de texto, como libros por los cuales han de ser educados. Permanecen delante de los jóvenes, y el precioso tiempo de estos es ocupado en el estudio de cosas que nunca podrán usar. Se han introducido, en los colegios, muchos libros que jamás debieran haberse puesto allí. No proclaman en ningún sentido las palabras de Juan: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). El curso completo de estudios en nuestros colegios debe preparar a un pueblo para la vida eterna.

Jesucristo es la sabiduría del Padre y nuestro gran Maestro enviado de Dios. Cristo ha declarado, en el capítulo sexto de Juan,

que él es aquel Pan enviado del cielo. "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo" (Juan 6:47-51). Los discípulos no comprendieron sus palabras. Dice Cristo: "El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (6:63).

Es de suma importancia, a la luz de las lecciones de Cristo, que cada ser humano estudie las Escrituras para que se convenza de quién es la persona en la cual se concentran sus esperanzas de vida eterna. La Biblia debiera haberse hecho siempre el gran libro de estudio, el cual nos ha llegado del cielo y es la Palabra de vida. El libro que nos dice lo que hemos de hacer para ser salvos ¿habrá de ponerse en un rincón y en cambio ser exaltadas en alto grado las producciones humanas como conocimiento en materia de educación? El conocimiento que los niños y los jóvenes tienen que adquirir para ser útiles en esta vida y que puedan llevar consigo a la vida futura se halla en la Palabra de Dios. Con todo, esto no se estimula ni presenta ante ellos como el conocimiento más esencial y como aquello que proporcionará la información más correcta acerca del verdadero Dios y de Jesucristo, a quien ha enviado. Hay muchos dioses y muchas doctrinas; máximas y mandamientos que se ponen ante nuestros jóvenes como los mandamientos de Dios. Es imposible que ellos sepan lo que es verdad, qué es lo santo y qué lo profano, sino sólo en la medida en que comprendan las Escrituras, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento.

La Palabra de Dios ha de ocupar el lugar del más alto libro educativo del mundo y ha de tratársela con reverente temor. Es nuestro guía; de ella hemos de recibir la verdad. Tenemos que

presentar la Biblia como el gran libro de texto que debe colocarse en las manos de nuestros niños y nuestros jóvenes, con el fin de que puedan conocer a Cristo, pues el conocerlo debidamente es vida eterna. Es el libro que ha de ser estudiado por los de edad madura y los ancianos. La Palabra de Dios contiene promesas, amonestaciones, estímulos y afirmaciones acerca del amor de Dios para con todo aquel que lo acepta como su Salvador. Entonces, póngase la Santa Palabra en sus manos. Anímeseles a escudriñarla, y al hacerlo encontrarán tesoros ocultos de inestimable valor para esta vida presente, y al recibir a Cristo como el Pan de vida hallarán la promesa de vida eterna.

El libro de lectura, la Biblia, contiene instrucción acerca del carácter que ellos deben tener, la excelencia moral del carácter que deben cultivar, y que Dios y el cielo demandan. "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mat. 5:8). "Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (Heb. 12:14). "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él" (1 Juan 3:2-5).

Este conocimiento, importante en todo sentido, ha de mantenerse ante los niños y los jóvenes, no en forma arbitraria ni despótica, sino como una revelación divina, la cual es del más alto valor para asegurar su paz presente, su tranquilidad y su reposo mental en este mundo de inquietudes y luchas, y como preparación para la vida eterna futura en el Reino de Dios, donde ellos lo verán y conocerán, y también a Jesucristo, que dio su preciosa vida para redimirlos.

Cristo vino revestido de humanidad para vivir la Ley de Dios. Él era la Palabra de vida. Vino con el fin de ser el evangelio de salvación para el mundo y para cumplir cada detalle de la Ley. Jesús es la Palabra, la Guía, que ha de ser recibida y obedecida en todo detalle. ¡Cuán necesario es que esta mina de verdad sea explorada, y descubiertos y asegurados los preciosos tesoros de verdad, como ricas joyas! La encarnación de Cristo, su divinidad, su sacrificio expiatorio, su maravillosa vida en el cielo como nuestro Abogado, el ministerio del Espíritu Santo: todos estos temas vivos y vitales del cristianismo están revelados desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Los áureos eslabones de verdad forman una cadena de verdad evangélica, y el primero y principal se halla en las grandes enseñanzas de Cristo Jesús. ¿Por qué, entonces, no se han de engrandecer y exaltar las Escrituras en cada escuela de nuestra patria? ¡A cuán pocos niños se enseña a estudiar la Biblia como la Palabra de Dios y a alimentarse de sus verdades, que son la carne y la sangre del Hijo de Dios! "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre [esto es, recibe las palabras de Cristo y las practica], tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él" (Juan 6:53-56). "Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado" (1 Juan 3:24).

Es necesario que cada familia haga de la Biblia su libro de estudio. Los dichos de Cristo son oro puro, exento de toda partícula de escoria, a no ser que los hombres, con su entendimiento humano, procuren ponérsela y hacer aparecer a la mentira como parte de la verdad. A aquellos que han recibido la interpretación falsa de la Palabra, cuando escudriñan las Escrituras resueltos a obtener la sustancia misma de la verdad que ellas contienen, el Espíritu Santo

les abre los ojos de su entendimiento y las verdades de la Palabra les son como una nueva revelación. Sus corazones son vivificados y reciben una fe nueva y viva, y ven maravillas en la ley de Dios. Las enseñanzas de Cristo tienen, para muchos, una anchura y una profundidad que nunca antes habían comprendido.

Las doctrinas de gracia y verdad no son realmente comprendidas por la mayor parte de nuestros alumnos y nuestros miembros de iglesia. Ceguera mental ha sobrecogido a Israel. El interpretar mal y dar un sentido forzado, verdadero a medias y místico a los oráculos de Dios es, para los agentes humanos, un acto que pone en peligro sus propias almas y las de otros. "Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro" (Apoc. 22:18, 19). Aquellos que por su interpretación humana hacen que la Escritura enuncie lo que Cristo jamás puso en ella, debilitando su fuerza, haciendo que la voz de Dios, oída en instrucciones y amonestaciones, testifique mentira, con el fin de no pagar el precio que demanda la obediencia a los requerimientos de Dios, se han convertido en letreros que señalan en dirección equivocada, hacia senderos falsos que conducen a la transgresión y la muerte.

El testimonio del Alfa y Omega con respecto al castigo por hacer no esencial una palabra pronunciada por la boca de Dios es la espantosa denuncia de que recibirán las plagas escritas en el libro; sus nombres serán borrados del Libro de la vida y de la Santa Ciudad.

¿Cuántos pueden responder con verdad a esta pregunta: cuál es la educación esencial para este tiempo? La educación significa mucho más de lo que muchos suponen. La verdadera educación abarca la

disciplina física, mental y moral, con el fin de que se preparen todas las facultades para el mejor desarrollo, para servir a Dios y para trabajar por la elevación de la humanidad. El buscar ser reconocido y la glorificación propia privarán al agente humano del Espíritu de Dios, quedará destituido de aquella gracia que lo ha de hacer útil y eficiente obrero de Cristo. Los que sólo desean glorificar a Dios no tratarán de hacer notorios sus supuestos méritos, ser reconocidos o tener el puesto más alto. Los que oyen el llamado del Redentor del mundo y lo obedecen serán reconocidos como pueblo distinto, abnegado y santo.

Si los alumnos de nuestros colegios respondiesen al propósito de escuchar y obedecer esta invitación: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mat. 11:28-30), serían epístolas vivas, "conocidas y leídas por todos los hombres" (2 Cor. 3:2). "Y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos" (Mat. 18:3, 4). Los jóvenes necesitan educadores que mantengan siempre ante ellos la Palabra de Dios en principios vivos. Si estos observan siempre los preceptos de la Biblia como su libro de texto, tendrán mayor influencia sobre los jóvenes; porque los docentes serán estudiantes que tengan un contacto vivo con Dios. De continuo estarán inculcando ideas y principios que llevarán a un conocimiento mayor de Dios; a una fervorosa y creciente fe en la sangre de Jesús, y en el poder y la eficacia de la gracia de nuestro Señor Jesucristo para guardarlos de caer; porque buscan constantemente los baluartes de una experiencia cristiana sana y equilibrada, teniendo en sí cualidades para ser en lo futuro útiles, inteligentes y piadosos. Los docentes ven y sienten que deben trabajar en forma que no empequeñezcan ni corrompan las mentes

de aquellos con quienes tratan, con un servicio enfermizo y religioso a medias. Es necesario separar de nuestras instituciones educativas la literatura falsa y corrompida, de modo que no se reciban ideas que sean semillas de pecado. No suponga nadie que la educación significa el estudio de libros que conduzcan a la aceptación de ideas de autores que sembrarán una semilla que germinará, para llevar un fruto que será necesario juntar con los manojos del mundo, separándolos de la Fuente de toda sabiduría, de toda eficiencia y de todo poder para convertirlos en el juguete del archiengañador poder de Satanás. Una educación pura para los jóvenes de nuestros colegios, no mezclada con pagana filosofía, es una necesidad positiva en los ramos literarios.

El bienestar, la felicidad, la vida religiosa de las familias con las cuales estén vinculados los jóvenes, la prosperidad y la piedad de la iglesia de la cual son miembros dependen grandemente de la educación religiosa que hayan recibido en nuestros colegios (*Special Testimonies on Education*, 12-6-1895; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 381-389).

35

Las escuelas de los antiguos hebreos

Las instituciones de la sociedad humana hallan sus mejores modelos en la Palabra de Dios. Para las de enseñanza, especialmente, no carece ella del precepto ni del ejemplo. Lecciones de gran provecho, aun en este siglo de progreso educacional, pueden hallarse en la historia del antiguo pueblo de Dios.

El Señor se reservó para sí la educación y la instrucción de Israel. Su cuidado no se concretó a sus intereses religiosos. Cualquier cosa que afectara su bienestar intelectual o físico llegó a ser objeto de solicitud divina y vino a caer dentro de los fueros de la Ley divina.

Dios mandó a los hebreos que enseñaran sus requerimientos a sus hijos y que los familiarizasen con todo su proceder para con su pueblo. El hogar y la escuela eran una sola cosa. En lugar de labios extraños, los amantes corazones del padre y de la madre tenían que dar instrucción a sus hijos. Los pensamientos de Dios estaban asociados con todos los acontecimientos de la vida diaria en el hogar. Las obras poderosas de Dios en la liberación de su pueblo eran repetidas con elocuencia y reverente temor. Las grandes verdades de la providencia de Dios y de la vida futura eran grabadas en las mentes juveniles, y así estas mentes llegaban a familiarizarse con todo lo que fuese verdadero, bueno y bello.

Mediante el empleo de figuras y símbolos, las lecciones dadas eran ilustradas y grabadas así en la memoria más firmemente. Por medio de ese conjunto de imágenes animadas, el niño era, casi desde los primeros años, iniciado en los misterios, la sabiduría y las esperanzas de sus padres, y encauzado en una manera de pensar,

sentir y prever que alcanzaba más allá de lo visible y transitorio: hasta lo invisible y eterno.

Merced a esta educación, muchos jóvenes de Israel resultaron vigorosos de cuerpo y mente, prontos para percibir y fuertes para obrar, de corazón aparejado como buen terreno para el desarrollo de la preciosa simiente, y de inteligencia disciplinada para ver a Dios en las palabras de la revelación y en las escenas de la naturaleza. Las estrellas del cielo, los árboles y las flores del campo, las altas montañas, los murmurantes arroyos: todo les hablaba, y las voces de los profetas, oídas por todo el país, hallaban eco en sus corazones.

Tal fue la disciplina de Moisés en la humilde cabaña de Gosén; de Samuel, mediante la fiel Ana; de David, en la colina de Belén; de Daniel, antes de que las escenas de la cautividad lo separaran del hogar de sus padres. Tal fue, también, la infancia de Cristo en el humilde hogar de Nazaret; tal la enseñanza mediante la cual el niño Timoteo aprendió de labios de su madre Eunice y de su abuela Loida las verdades de las Santas Escrituras.

Se hizo provisión adicional para la enseñanza de los jóvenes por el establecimiento de la "escuela de los profetas". Si un joven deseaba obtener un conocimiento mejor de las Escrituras, profundizarse en los misterios del Reino de Dios y buscar sabiduría de lo Alto para ser un maestro en Israel, esta escuela estaba abierta para él.

Samuel estableció las escuelas de los profetas para que sirvieran de barrera contra la extendida corrupción resultante de la conducta inicua de los hijos de Elí, y para fomentar el bienestar moral y espiritual del pueblo. Estas escuelas fueron una gran bendición para Israel al promover aquella justicia que engrandeció a una nación y la dotó de hombres aptos para actuar, en el temor de Dios, como dirigentes y consejeros. Al llevar a cabo este

objetivo, Samuel formó grupos de jóvenes piadosos, inteligentes y estudiosos. Se los llamó hijos de los profetas. Los instructores eran hombres no solamente versados en la verdad divina, sino también personas que habían gozado por sí mismas de comunión con Dios y habían recibido el don especial de su Espíritu. Gozaban del respeto y la confianza del pueblo, por ser doctos y piadosos.

En los días de Samuel, había dos escuelas de esta clase: una en Ramá, hogar del profeta, y la otra en Kiryat-jearim, donde entonces estaba el Arca. Dos fueron añadidas en tiempos de Elías, en Jericó y Bet-el, y otras se establecieron más tarde en Samaria y Gilgal.

Los alumnos de estas escuelas se sostenían a sí mismos por medio de su propio trabajo como labradores y mecánicos. En Israel esto no se consideraba extraño o degradante; se tenía por un crimen el dejar que un niño creciera ignorando algún trabajo útil. En obediencia al mandato de Dios, a cada niño se le enseñaba algún oficio, aun en el caso de que tuviese que ser educado para un cargo sagrado. Muchos de los maestros religiosos se sostenían a sí mismos por medio del trabajo manual. Aun en época ulterior a la de Cristo, no se consideraba degradante que Pablo y Aquila se ganaran el sustento trabajando como fabricantes de tiendas.

Los principales temas de estudio eran la ley de Dios, con las instrucciones dadas a Moisés, historia sagrada, música sagrada y poesía. Era el propósito grandioso de todo estudio aprender la voluntad de Dios y los deberes de su pueblo. En las crónicas de la historia sagrada se seguían las huellas de Jehová. De los hechos del pasado se sacaban lecciones de instrucción para lo futuro. Las grandes verdades expuestas por los símbolos y las sombras de la ley mosaica eran sacadas a luz y la fe se asía del objeto central de todo el sistema: el Cordero de Dios que había de quitar los pecados del mundo.

El idioma hebreo era cultivado como el más sagrado del mundo. Se mantenía un espíritu de devoción. No solamente se enseñaba a los alumnos el deber de orar, sino también cómo orar, cómo acercarse a su Creador, cómo ejercitar la fe en él, y cómo comprender y obedecer las enseñanzas de su Espíritu. Inteligencias santificadas sacaban del tesoro de Dios.

El arte de la melodía sagrada era diligentemente cultivado. No se oía el frívolo vals ni la canción petulante que ensalzaba al hombre y apartaba la atención de Dios, sino sagrados y solemnes salmos de alabanza al Creador, que engrandecían su nombre y repetían sus obras maravillosas. De ese modo, se hacía servir a la música para un propósito santo: dirigir los pensamientos hacia lo que era puro, noble y elevador, y despertar en el alma devoción y gratitud hacia Dios.

¡Cuán grande es la diferencia entre las escuelas de la antigüedad, bajo la dirección de Dios mismo, y nuestras modernas instituciones de enseñanza! Hasta en los cursos de teología muchos alumnos se gradúan con menos conocimiento real de Dios y de la verdad religiosa que cuando ingresaron. Pocas instituciones pueden hallarse que no estén gobernadas por las reglas y las costumbres del mundo. Hay pocas donde el amor de padres cristianos no se encuentre con amargos desengaños.

¿En qué consiste la superior excelencia de nuestros sistemas de educación? ¿En la literatura clásica con que se atiborra a nuestros hijos? ¿En los conocimientos en materia de adornos, adquiridos por nuestras hijas a costa de la salud o del vigor mental? ¿En el hecho de que la enseñanza moderna está, en general, tan separada de la Palabra de verdad, el evangelio de nuestra salvación? ¿Consiste la suprema excelencia de la educación popular en tratar las materias aisladas de estudio, sin tomar en cuenta aquella investigación profunda que entraña el escudriñamiento de Dios y

de la vida futura? ¿Consiste en llenar las mentes juveniles de conceptos paganos acerca de la libertad, la moralidad y la justicia? ¿No se corre peligro alguno al confiar nuestros jóvenes a la conducción de esos directores ciegos, que estudian los Oráculos Sagrados con mucho menos interés que el que manifiestan en los clásicos de Grecia y Roma antiguas?

"La educación –observa un escritor– se está convirtiendo en un sistema de seducción". Existe una falta deplorable de debida restricción y juiciosa disciplina. Los sentimientos más amargos, las pasiones más ingobernables, son excitados por la actitud de maestros indoctos e impíos. Las mentes de los jóvenes son fácilmente excitadas y beben la insubordinación como agua.

Es alarmante la ignorancia en cuanto a la Palabra de Dios entre la gente manifiestamente cristiana. A los jóvenes de nuestros colegios públicos se los ha privado de las bendiciones de las cosas sagradas. La conversación superficial, el mero sentimentalismo, pasan por instrucción en materia de conducta y religión; no obstante, carecen de las características vitales de la verdadera piedad. La justicia y la misericordia de Dios, la belleza de la santidad, la recompensa segura por hacer bien, el carácter nefando del pecado y la certeza del castigo no se graban en las mentes juveniles.

El escepticismo y la incredulidad, bajo agradable disfraz o como una solapada insinuación, hallan a menudo cabida en los libros escolares. En algunos casos, los principios más perniciosos han sido inculcados por los maestros. Las malas compañías están enseñando a los jóvenes lecciones de crimen, de disipación y de libertinaje cuya contemplación horroriza. Muchas de nuestras escuelas públicas son focos del vicio.

¿Cómo pueden ser protegidos nuestros jóvenes de estas influencias contaminadoras? Debe haber escuelas establecidas sobre los principios de la Palabra de Dios y gobernadas por los

preceptos de ella. Debe haber otro espíritu en nuestras escuelas, para animar y santificar cada rama de educación. Se debe buscar fervientemente la cooperación divina. Y no buscaremos en vano. Las promesas de la Palabra de Dios son nuestras. Podemos esperar la presencia del Maestro celestial. Podemos ver al Espíritu del Señor derramado como en las escuelas de los profetas y que cada cosa participe de una consagración divina. La ciencia será entonces, como fue para Daniel, la sierva de la religión; y todo esfuerzo, desde el primero hasta el último, tenderá a la salvación del hombre –alma, cuerpo y espíritu– y a la gloria de Dios por medio de Cristo (*Signs of the Times*, 31 de agosto de 1885; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 95-99).

36

La integridad de Daniel probada

El profeta Daniel fue un personaje ilustre. Fue un ejemplo brillante de lo que los hombres pueden llegar a ser cuando se unen con el Dios de sabiduría. Ha quedado un breve relato de la vida de este santo de Dios para aliento de aquellos que más tarde deberían ser llamados a arrostrar la prueba y la tentación.

Cuando el pueblo de Israel, su rey, sus nobles y sus sacerdotes fueron llevados en cautiverio, cuatro de entre ellos fueron escogidos para servir en la corte del rey de Babilonia. Uno de estos fue Daniel, quien desde temprano dio muestras de la notable capacidad desarrollada en años ulteriores. Estos jóvenes eran todos del linaje real de los príncipes y se los describe como muchachos en quienes no había "...tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia, y de buen entendimiento, e idóneos..." (Dan. 1:4). Al notar los talentos superiores de estos jóvenes cautivos, el rey Nabucodonosor determinó instruirlos para que ocuparan puestos de importancia en su reino. Con el fin de que pudiesen estar perfectamente preparados para su vida en la corte, se les debía enseñar, según la costumbre oriental, el idioma de los caldeos y someterlos durante tres años a un curso completo de disciplina física e intelectual.

Los jóvenes de esa escuela de preparación no sólo eran admitidos en el palacio real sino también se dispuso que comieran de la comida de la mesa del rey y bebiesen del vino de su beber. En todo esto, el rey consideró que no solamente estaba confiriéndoles un gran honor sino también asegurándoles el mejor desarrollo físico y mental posible.

Entre las viandas que se ponían delante del rey había carne de cerdo y otras carnes declaradas inmundas por la ley de Moisés y cuyo consumo había sido prohibido expresamente a los hebreos. En este punto, Daniel fue puesto frente a una prueba severa. ¿Se adheriría a las enseñanzas de sus padres, referentes a comidas y bebidas, y ofendería al rey, perdiendo, probablemente, no sólo su posición sino también su vida, o desatendería el mandamiento del Señor y retendría el favor del rey, asegurándose así grandes beneficios intelectuales y las más halagadoras perspectivas mundanas?

Daniel no vaciló mucho. Se decidió a permanecer firme en su integridad, fuesen cuales fueren los resultados. "...Propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía" (Dan. 1:8).

Hoy hay muchos cristianos profesos que afirmarían que Daniel fue demasiado escrupuloso, y lo tildarían de mojigato y fanático. Consideran el asunto del comer y el beber como cosa de poca importancia para requerir una actitud tan decidida que implique el probable sacrificio de toda ventaja terrenal. Pero los que razonan de esta manera hallarán, en el Día del Juicio, que se han apartado de los expresos requerimientos de Dios y establecido sus propias opiniones como norma de lo bueno y de lo malo. Verán que lo que a ellos les parecía sin importancia no era considerado así por Dios. Sus requerimientos debieran ser religiosamente obedecidos. Los que aceptan y obedecen uno de sus preceptos porque conviene hacerlo así, en tanto que rechazan otro porque su observancia exigiría sacrificio, rebajan la norma de lo justo y, por su ejemplo, encaminan a otros a considerar con liviandad la santa Ley de Dios. "Así dice Jehová" debe ser nuestra regla en todas las cosas.

Daniel estuvo sujeto a las más severas tentaciones que puedan asaltar a los jóvenes de hoy; con todo, fue fiel a la instrucción

religiosa que recibió en la infancia. Estuvo rodeado de influencias calculadas para trastornar a quienes vacilasen entre los principios y la inclinación; pero, no obstante, la Palabra de Dios lo presenta como un personaje intachable. Daniel no osó confiar en su propio poder moral. La oración era una necesidad para él. Hizo de Dios su fortaleza y el temor de Dios estaba de continuo delante de él en todos los asuntos de su vida.

Daniel poseía el don de la verdadera mansedumbre. Era fiel, firme y noble. Procuraba vivir en paz con todos, al paso que era inflexible como el cedro gigantesco siempre que se trataba de principios. En todo lo que no estuviese en pugna con su lealtad hacia Dios, era respetuoso y obediente con aquellos que tenían autoridad sobre él; sin embargo, tenía tan elevado concepto de los derechos de Dios que consideraba los requerimientos de los gobernantes terrenales de un orden inferior. Por ningún motivo egoísta sería inducido a desviarse de su deber.

El carácter de Daniel se presenta al mundo como un ejemplo notable de lo que la gracia de Dios puede hacer de los hombres caídos por naturaleza y corrompidos por el pecado. La historia de su vida noble y abnegada es un estímulo para nuestra baja humanidad. De ella podemos acopiar fortaleza para resistir noblemente la tentación, y con firmeza y mansedumbre ponernos del lado de lo recto en las pruebas más severas.

Daniel podría haber hallado una excusa plausible para apartarse de sus estrictas costumbres de temperancia; pero amaba más la aprobación de Dios que el favor de los más poderosos potentados terrenales, más que la vida misma. Habiendo obtenido por su conducta cortés el favor de Melsar, funcionario encargado de los jóvenes hebreos, Daniel solicitó que se les permitiera no comer de la comida del rey ni beber de su vino. Melsar temió que, si satisfacía ese pedido, podría desagradar al rey y poner en peligro

su propia vida. Como muchos hombres de la actualidad, creía que una dieta abstinente daría a esos jóvenes un aspecto pálido y enfermizo, y los haría deficientes en fuerza muscular, mientras que los suculentos alimentos de la mesa del rey los harían rosados y hermosos, y favorecerían la actividad física y mental.

Daniel solicitó que el asunto fuese decidido por una prueba de diez días, permitiéndose que los jóvenes hebreos comieran, durante ese breve período, alimentos sencillos, mientras que sus compañeros participaran de los manjares del rey. La petición fue al fin concedida y Daniel se sintió seguro de haber ganado la partida. Aunque era joven, había visto los dañosos efectos del vino y de la vida regalada sobre la salud física y mental.

Al fin de los 10 días se vio el resultado: muy opuesto a lo esperado por Melsar. No sólo en la apariencia personal sino también en la actividad física y en el vigor mental, los que habían sido temperantes en sus costumbres mostraban una marcada superioridad sobre sus compañeros que habían gratificado el apetito. Como resultado de esta prueba, se permitió a Daniel y a sus compañeros continuar con su régimen sencillo durante todo el curso de su preparación para los deberes del reino.

El Señor miró con aprobación la firmeza y la abnegación de estos jóvenes hebreos, y su bendición los acompañó. "Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños" (Dan. 1:17). Al expirar los tres años de preparación, cuando su capacidad y su conocimiento fueron examinados por el rey, "no fueron hallados entre todos ellos otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así, pues, estuvieron delante del rey. En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino" (Dan. 1:19, 20).

La vida de Daniel es una ilustración inspirada de lo que constituye un carácter santificado. Presenta una lección para todos y especialmente para los jóvenes. Un estricto cumplimiento de los requerimientos de Dios es beneficioso para la salud del cuerpo y de la mente. Para alcanzar la norma más alta de moral y conquistas intelectuales, es necesario buscar en Dios sabiduría y fortaleza, y observar estricta temperancia en todos los hábitos de la vida. En lo que les sucedió a Daniel y a sus compañeros tenemos un ejemplo del triunfo de los principios sobre la tentación de gratificar el apetito. Ese ejemplo nos muestra que, merced a los principios religiosos, los jóvenes pueden triunfar sobre la concupiscencia de la carne y quedar fieles a los requerimientos de Dios aun cuando les cueste un gran sacrificio.

¿Qué habría sido si Daniel y sus compañeros hubiesen transigido con esos funcionarios paganos y cedido a la presión de las circunstancias, y comían y bebían según la costumbre de los babilonios? El simple hecho de apartarse de los principios habría debilitado su sentido de la justicia y odio al mal. La complacencia del apetito habría implicado sacrificar el vigor físico, la claridad de la inteligencia y el poder espiritual. Un paso errado habría llevado quizás a otros, hasta que, cortándose su relación con el Cielo, habrían sido arrastrados por la tentación.

Dios dijo: "Honraré a los que me honran" (1 Sam. 2:30). Mientras Daniel se asía de Dios con inmutable confianza, el espíritu del poder profético vino sobre él. En tanto era instruido por el hombre acerca de los deberes de la vida cortesana, era enseñado por Dios a leer los misterios de los siglos futuros y a presentar a generaciones venideras, mediante figuras y símbolos, las cosas maravillosas que acontecerían en los últimos días (*Signs of the Times*, 28 de septiembre de 1882; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 77-81).

***

Los jóvenes debieran recordar que son responsables de todos los privilegios de los que han gozado, del empleo ventajoso del tiempo y del debido uso de sus aptitudes. Podrán preguntar: ¿No hemos de divertirnos o recrearnos? ¿Debemos trabajar, trabajar y trabajar sin variación?

Toda diversión sobre la que puedan comenzar pidiendo sobre ella la bendición de Dios con fe no será peligrosa. Pero cualquier otra que los inhabilite para la oración secreta, para la devoción ante el altar de la oración o para tomar parte en el culto de oración no es segura sino peligrosa (Counsels to Parents, Teachers, and Students, pág. 337; reproducido en Consejos para los maestros, pág. 321).

***

"El que piensa estar firme, mire que no caiga" (1 Cor. 10:12). No puede haber presunción más fatal que la que lleva a los hombres a aventurarse por caminos de complacencia propia. En vista de esta solemne advertencia de Dios, ¿no tendrán cuidado los padres y las madres? ¿No indicarán fielmente a los jóvenes los peligros que surgen de continuo para apartarlos de Dios? (Ibíd., pág. 345; reproducido en ibíd., págs. 331, 332).

37

La influencia de las compañías

Dios recalca mucho la influencia de las compañías, aun sobre los hombres y las mujeres. ¡Cuánto mayor es su poder sobre la mente y el carácter de los niños y los jóvenes, que están en pleno desarrollo! Las compañías que traten, los principios que adopten, los hábitos que adquieran decidirán su utilidad aquí y su destino futuro.

Es un hecho terrible, que debiera hacer temblar el corazón de los padres, el que en tantas escuelas y colegios, a los cuales se mande a los jóvenes para su disciplina mental y cultura, prevalezcan influencias que deforman el carácter, distraen la mente de los verdaderos propósitos de la vida y degradan la moral. Por el trato con los irreligiosos, los amadores de los placeres y los corrompidos, muchos jóvenes pierden la sencillez y la pureza, la fe en Dios y la abnegación que los padres cristianos han albergado y custodiado por instrucción cuidadosa y ferviente oración.

Es inevitable que los jóvenes tengan compañías, y necesariamente sentirán su influencia. Hay misteriosos vínculos que ligan a las almas, de manera que el corazón de uno responde al corazón del otro. El uno adopta inconscientemente las ideas, los sentimientos y el espíritu del otro. Este trato puede ser una bendición o una maldición. Los jóvenes pueden ayudarse y fortalecerse mutuamente, mejorando en conducta, disposición y conocimiento, o permitirse llegar a ser descuidados e infieles, ejerciendo así una influencia desmoralizadora.

La elección de compañías es un asunto que los estudiantes deben aprender a considerar seriamente. Entre los jóvenes que asisten a

nuestras escuelas, se hallarán siempre dos clases: los que procuran agradar a Dios y obedecer a sus maestros, y los que están llenos de un espíritu de iniquidad. Si los jóvenes van con la multitud para hacer el mal, su influencia se sumará a la del adversario de las almas y contribuirá a extraviar a los que no albergaron principios de fidelidad inquebrantables.

Se ha dicho con verdad: "Dime con quién andas, y te diré quién eres". Los jóvenes no comprenden cuán sensiblemente quedan afectados su carácter y su reputación por su elección de compañías. Uno busca la compañía de aquellos cuyos gustos, hábitos y prácticas congenian con los suyos. El que prefiere la sociedad de los ignorantes y viciosos a la de los sabios y buenos demuestra que su propio carácter es deficiente. Puede ser que al principio sus gustos y sus hábitos sean completamente diferentes de los gustos y los hábitos de esos cuya compañía procura; pero a medida que trata con esa clase cambian sus pensamientos y sentimientos; sacrifica los buenos principios, e insensible aunque inevitablemente desciende al nivel de sus compañeros. Como un arroyo adquiere las propiedades del suelo por donde corre, los principios y los hábitos de los jóvenes se tiñen invariablemente del carácter de las compañías que tratan.

Debe enseñarse a los alumnos a resistir firmemente las seducciones del mal que les llegan por el trato con otros jóvenes. Rodeados como están por las tentaciones, su única salvaguardia contra el mal consiste en que Cristo more en ellos. Deben aprender a mirar continuamente a Jesús, a estudiar sus virtudes, a hacer de él su modelo diario. Entonces la verdad, introducida en el santuario íntimo del alma, santificará la vida. Debe enseñárseles a pesar sus acciones, a razonar de causa a efecto, a medir la pérdida o la ganancia eterna que significa la vida dedicada a servir al propósito del enemigo o al servicio de la justicia. Debe enseñárseles a elegir, como compañeros, a los que dan evidencia

de integridad de carácter, los que practican la verdad bíblica. Por el trato con los que andan de acuerdo con los buenos principios, aun los negligentes aprenderán a amar la justicia. Y, por la práctica del bien hacer, se creará en el corazón una repugnancia por lo trivial, común y diferente de los principios de la Palabra de Dios.

La fuerza de carácter consiste en dos cosas: la fuerza de voluntad y el dominio propio. Muchos jóvenes consideran equivocadamente la pasión fuerte y sin control como fuerza de carácter; pero la verdad es que el que es dominado por sus pasiones es un hombre débil. La verdadera grandeza y nobleza del hombre se miden por su poder de subyugar sus sentimientos, y no por el poder que tienen sus sentimientos de subyugarlo a él. El hombre más fuerte es aquel que, aunque sensible al maltrato, refrena sin embargo la pasión y perdona a sus enemigos.

Dios nos ha dado fuerza intelectual y moral; pero, en extenso grado, cada uno es arquitecto de su propio carácter. Cada día la estructura se acerca más a su terminación. La Palabra de Dios nos amonesta a prestar atención a cómo edificamos, a cuidar de que nuestro edificio esté fundado en la Roca eterna. Se acerca el momento en que nuestra obra quedará revelada tal cual es. Ahora es el momento en que todos han de cultivar las facultades que Dios les ha dado y formar un carácter que los haga útiles aquí, y alcanzar la vida superior más allá.

La fe en Cristo como Salvador personal dará fuerza y solidez al carácter. Los que tienen verdadera fe en Cristo serán serios, recordando que el ojo de Dios los ve, que el Juez de todos los hombres pesa el valor moral, que los seres celestiales observan qué clase de carácter están desarrollando.

La razón por la cual los jóvenes cometen tan graves errores reside en que no aprenden por la experiencia de los que han vivido más que ellos. Los estudiantes no pueden deshacerse con escarnio o

ridículo de los consejos y las instrucciones de padres y de maestros. Deben apreciar toda lección, comprendiendo al mismo tiempo su necesidad de una enseñanza más profunda de la que pueda dar cualquier ser humano. Cuando mora Cristo en el corazón por la fe, su Espíritu llega a ser un poder que purifica y vivifica el alma. Cuando la verdad está en el corazón, no puede dejar de ejercer una influencia correctora sobre la vida. Aférrense los maestros y los alumnos a la verdad de Dios como a un tesoro del más alto valor, que no debe ser empañado por prácticas contrarias a su santo carácter.

Recuerden los alumnos que están lejos de sus hogares y no ya bajo la influencia directa de sus padres, que el ojo de su Padre celestial los ve. Él ama a los jóvenes. Conoce sus necesidades y comprende sus tentaciones. Ve en ellos grandes posibilidades y está dispuesto a ayudarlos a alcanzar la más alta norma, si ellos quieren comprender su necesidad y pedirle ayuda.

Alumnos, noche y día las oraciones de nuestros padres ascienden a Dios en vuestro favor; día tras día los sigue su interés lleno de amor. Escuchen sus súplicas y amonestaciones, y resuelvan, que por todo medio a vuestro alcance, se elevarán por encima del mal que los rodea. No pueden discernir cuán insidiosamente obrará el enemigo para corromper vuestra mente y vuestros hábitos, y desarrollar en ustedes los principios incorrectos.

Tal vez no vean peligro real en dar el primer paso hacia la frivolidad y la búsqueda de placeres, y piensen que cuando deseen cambiar su conducta podrán hacer el bien tan fácilmente como antes de entregarse a hacer el mal. Pero esto es un error. Por la elección de malos compañeros, muchos han sido desviados paso a paso de la senda de la virtud a profundidades de desobediencia y disipación a las cuales consideraban una vez que les era imposible descender.

El alumno que cede a la tentación debilita su influencia para el bien, y el que por una conducta equivocada llegue a ser agente del adversario de las almas, deberá rendir a Dios cuenta de la parte que haya desempeñado en poner piedras de tropiezo en el camino ajeno. ¿Por qué habrían de vincularse los alumnos con el gran apóstata? ¿Por qué llegarían a ser sus agentes para tentar a otros? ¿Por qué no estudiarían, más bien, para ayudar y alentar a sus condiscípulos y sus maestros? Tienen el privilegio de ayudar a sus maestros a llevar las cargas y a arrostrar las perplejidades que Satanás quisiera hacer pesadas y penosas hasta el desaliento. Pueden crear una atmósfera de utilidad y alegría. Todo alumno puede tener la satisfacción de saber que ha estado de parte de Cristo, manifestando respeto por el orden, la diligencia y la obediencia, y negándose a poner una jota de su habilidad o su influencia en favor del gran enemigo de todo lo bueno y elevado.

El alumno que tiene concienzuda consideración por la verdad y un verdadero concepto del deber puede hacer mucho para influir en sus condiscípulos en favor de Cristo. Los jóvenes que están uncidos con el Salvador no serán indisciplinados; no buscarán su propio placer egoísta y su satisfacción. Debido a que son uno en espíritu con Cristo, serán uno con Cristo en acción. Los alumnos mayores de nuestras escuelas deben recordar que está en su poder amoldar los hábitos y las prácticas de los estudiantes menores; y deben procurar sacar el mejor partido de toda oportunidad. Resuelvan no entregar, por su influencia, a sus compañeros en manos del enemigo.

Jesús será el auxiliador de todos los que ponen su confianza en él. Los que están relacionados con Cristo tienen la felicidad a su disposición. Siguen la senda por la cual los guía su Salvador, crucificando por causa de él la carne, con sus afectos y sus concupiscencias. Han edificado sus esperanzas en Cristo, y las tormentas de la tierra son impotentes para apartarlos del seguro

fundamento.

Les incumbe a ustedes, jóvenes y señoritas, decidir si quieren llegar a ser dignos de confianza y fieles, listos y resueltos para decidirse por lo correcto en todas las circunstancias. ¿Desean formar hábitos correctos? Entonces, busquen la compañía de los que son sanos en lo moral, cuyo ideal tiende hacia lo que es bueno. Las preciosas horas del tiempo de gracia les son concedidas para que puedan eliminar todo defecto del carácter, y esto deben procurar hacer, no sólo con el fin de obtener la vida eterna, sino también para ser útiles en esta vida. Un buen carácter es un capital de más valor que el oro o la plata. No lo afectan los pánicos ni los fracasos, y en aquel día en que serán barridas las posesiones terrenales les producirá ricos dividendos. La integridad, la firmeza y la perseverancia son cualidades que todos deben procurar cultivar fervorosamente; porque invisten a su poseedor de un poder irresistible, un poder que lo hará fuerte para hacer el bien, fuerte para resistir el mal y para soportar la adversidad.

El amor a la verdad y un sentido de la responsabilidad de glorificar a Dios son los incentivos más poderosos para perfeccionar el intelecto. Con este impulso en acción, el estudiante no puede divertirse con trivialidades. Será siempre fervoroso. Estudiará como bajo los ojos de Dios, sabiendo que todo el cielo está alistado en la obra de su educación. Llegará a ser de mente noble, generoso, bondadoso, cortés, semejante a Cristo, eficiente. Su corazón y su mente obrarán en armonía con la voluntad de Dios.

Los jóvenes que están en armonía con Cristo elegirán compañeros que los ayudarán a hacer el bien, y rehuirán la sociedad de los que no les presten ayuda en el desarrollo de los buenos principios y los nobles propósitos. En todo lugar se hallarán jóvenes cuya mente se ha formado en un molde inferior. Cuando se vean en compañía de

esta clase, los que se han puesto sin reserva de parte de Cristo se mantendrán firmes por aquello que la razón y la conciencia les dicen que es correcto (*Consejos para los maestros*, págs. 211-216).

38

La salud y la eficiencia

La salud es una bendición inestimable, que está más íntimamente relacionada con la conciencia y la religión de lo que muchos se dan cuenta. Tiene mucho que ver con la capacidad de uno para servir, y debe ser guardada en forma tan sagrada como el carácter; porque, cuanto más perfecta sea la salud tanto más perfectos serán también nuestros esfuerzos para hacer progresar la causa de Dios y beneficiar a la humanidad.

Hay, en nuestras escuelas, una obra importante que hacer en la enseñanza a los jóvenes de los principios de la reforma pro salud. Los maestros deben ejercer una influencia reformadora en el comer, el beber y el vestir, y deben estimular a sus estudiantes a practicar abnegación y dominio propio. Debe enseñárseles que todas sus facultades son de Dios y que él tiene derecho sobre cada una de ellas; y que al abusar de su salud de cualquier manera que sea desprecian una de las bendiciones más selectas de Dios. El Señor les da salud para que la usen en su servicio, y cuanto mayor sea su fuerza física y más intenso su poder de resistencia tanto más pueden hacer para el Maestro. En vez de abusar de sus facultades físicas o recargarlas, deben custodiarlas celosamente para su uso.

La juventud es el tiempo en que se ha de acumular conocimiento para los ramos que puedan ponerse en práctica diaria durante toda la vida. La juventud es el tiempo en que se han de adquirir buenos hábitos, corregir los que son malos, adquirir y retener el dominio propio, acostumbrarse a ordenar los actos de la vida en armonía con la voluntad de Dios y el bienestar de los semejantes. La juventud es el tiempo de siembra que determina la cosecha de esta vida y de la vida después de la tumba. Los hábitos formados en la

infancia y la juventud, los gustos adquiridos, el dominio propio alcanzado, habrán de determinar casi seguramente el futuro del hombre o el de la mujer.

La importancia de cuidar de la salud se ha de enseñar como requerimiento bíblico. La obediencia perfecta a las órdenes de Dios exige conformidad a las leyes del ser. La ciencia de la educación incluye un conocimiento tan completo de la fisiología como se pueda obtener. Nadie puede comprender debidamente sus obligaciones hacia Dios a menos que comprenda claramente sus obligaciones para consigo mismo como propiedad de Dios. El que permanece en ignorancia pecaminosa de las leyes de la salud y de la vida, o que viola voluntariamente estas leyes, peca contra Dios.

El tiempo dedicado al ejercicio físico no está perdido. El alumno que estudia constantemente sus libros y hace poco ejercicio al aire libre se perjudica a sí mismo. Un ejercicio equilibrado de los diversos órganos y facultades del cuerpo es esencial para el mejor funcionamiento de ellos. Hay pérdida de fuerza física y mental cuando el cerebro está constantemente recargado mientras los otros órganos están inactivos. Las facultades físicas quedan privadas de su tono sano, la mente pierde su frescura y vigor, y el resultado es una excitación mórbida.

Con el fin de que hombres y mujeres tengan mentes bien equilibradas, todas las facultades del ser deben ser puestas en uso y desarrolladas. Hay, en este mundo, muchas personas más desarrolladas en un sentido que en otro, porque un conjunto de facultades ha sido cultivado mientras que el otro se ha atrofiado por la inacción. La educación de muchos jóvenes fracasa porque estudian demasiado mientras que descuidan lo que pertenece a la vida práctica. Para que el equilibrio de la mente pueda conservarse, debe combinarse un juicioso sistema de trabajo físico con el trabajo mental, con el fin de que haya desarrollo armonioso

de todas las facultades.

Los estudiantes deben tener algún trabajo manual que hacer, y no los perjudicará si al hacerlo llegan a cansarse. ¿No les parece que Cristo se cansaba? En verdad sí. El cansancio no perjudica a nadie. Tan sólo hace más dulce el descanso. No puede repetirse demasiado la lección de que la educación será de poco valor sin fuerza física con que usarla. Cuando los alumnos dejen el colegio, debieran tener mejor salud y mejor comprensión de las leyes de la vida que cuando entraron en él.

El exceso de estudio

Al alumno que desea realizar en un año el trabajo de dos años no se le debe permitir salir con la suya. Pretender realizar un doble trabajo significa, para muchos, recargar en exceso la mente y descuidar el ejercicio físico. No es razonable suponer que la mente puede asimilar una provisión excesiva de alimento mental; y recargar la mente es un pecado tan grande como recargar los órganos digestivos.

A los que desean hacerse eficientes obreros en la causa de Dios, quiero decirles: Si imponen una cantidad indebida de trabajo al cerebro, pensando que perderán terreno a menos que estudien todo el tiempo, deben cambiar inmediatamente sus opiniones y su conducta. A menos que se tenga cuidado al respecto, muchos pasarán prematuramente a la tumba.

Al regular las horas de sueño, no deben dejarse las cosas libradas al azar. Los estudiantes no deben adquirir el hábito de estudiar a medianoche y dedicar las horas del día para dormir. Si se han acostumbrado a hacer esto en casa, deben corregirse, yendo a la cama a una hora razonable. Se levantarán entonces por la mañana, refrigerados para los deberes del día. En nuestros colegios, las luces deben apagarse a las 9:30.

El cultivo de la voz

El cultivo de la voz es un asunto que tiene que ver con la salud de los estudiantes. Debe enseñarse a los jóvenes a respirar debidamente, y a leer de tal manera que no impongan un recargo indebido a la garganta y los pulmones, sino que el trabajo sea compartido por los músculos abdominales. El hablar por la garganta, dejando que el sonido provenga de la parte superior de los órganos vocales, arruina la salud de esos órganos y disminuye su eficiencia. Los músculos abdominales han de hacer la parte más pesada del trabajo, usándose la garganta sólo como un canal. Han muerto muchos que podrían haber vivido si se les hubiera enseñado a usar debidamente la voz. El uso correcto de los músculos abdominales al leer y hablar será un remedio para muchas de las dificultades de la voz y del pecho, y un medio de prolongar la vida.

La alimentación

La naturaleza del alimento y la manera en que se come ejercen una poderosa influencia sobre la salud. Muchos estudiantes no han hecho nunca un esfuerzo resuelto por dominar el apetito, o por observar las debidas reglas de la alimentación. Algunos comen demasiado en las comidas, y otros entre horas, cuandoquiera que se presenta la tentación.

La necesidad de tener cuidado en los hábitos de la alimentación debe ser inculcada en la mente de los alumnos. Se me ha instruido que a los que asisten a nuestras escuelas no se les debe servir alimentos basados en carne y preparaciones de alimentos que se conocen como malsanos. No debe colocarse sobre la mesa cosa alguna que contribuya a alentar un deseo de estimulantes. Apelo a todos para que se nieguen a comer las cosas que perjudican la salud. Así pueden servir al Señor con sacrificio.

Los que obedecen las leyes de la salud dedicarán tiempo y reflexión a las necesidades del cuerpo y a las leyes de la digestión. Serán recompensados con claridad de pensamiento y fuerza mental. Por otro lado, es posible que uno eche a perder su experiencia cristiana abusando del estómago. Las cosas que estorban la digestión ejercen una influencia embotadora sobre los sentimientos más delicados del corazón. Lo que oscurece y empaña la piel también nubla los ánimos, y destruye la alegría y la paz de la mente. Todo hábito que perjudique la salud reacciona sobre la mente. Es tiempo bien empleado el que se dedica al establecimiento y la conservación de una robusta salud física y mental. Los nervios firmes y serenos, y la circulación sana, ayudan a los hombres a seguir los principios correctos y a prestar atención a los impulsos de la conciencia.

La ventilación y la higiene

Debe dedicarse atención especial a la ventilación y las instalaciones sanitarias. El maestro debe hacer uso práctico en la escuela de su conocimiento de los principios de la fisiología y de la higiene. Así puede proteger a sus alumnos contra muchos peligros a los cuales se hallan expuestos por la ignorancia y el descuido de las leyes sanitarias. Muchos miles han sido sacrificados porque los maestros no prestaron atención a estas cosas.

Deben evitarse los cambios repentinos de temperatura. Debe tenerse cuidado para que los alumnos no se resfríen por estar sentados en las corrientes de aire. No es cosa segura que el maestro regule el calor del aula según sus propias sensaciones. Su propio bien y el de los alumnos exigen que se mantenga una temperatura uniforme.

La recompensa de la obediencia

El cerebro es la ciudadela del ser. Los hábitos físicos afectan el

cerebro, e impiden que se alcance aquello que se desea: una buena disciplina mental. A menos que los jóvenes estén versados en la ciencia de cuidar del cuerpo tanto como de la mente, no tendrán éxito como alumnos. El estudio no es la causa principal del quebrantamiento de las facultades mentales. La causa principal es la alimentación impropia, las comidas irregulares, la falta de ejercicio físico y otras violaciones negligentes de las leyes de la salud. Cuando hacemos todo cuanto podemos para conservar la salud, entonces podemos pedir con fe a Dios que bendiga nuestros esfuerzos.

Antes de que los alumnos hablen de sus progresos en la así llamada "educación superior", aprendan a comer y beber para gloria de Dios, y a ejercitar el cerebro, los huesos y los músculos de tal manera que los haga aptos para el servicio más elevado. Un alumno puede dedicar todas sus facultades a adquirir conocimientos, pero mientras desobedezca las leyes que gobiernan su ser debilitará su eficiencia. Albergando malos hábitos, pierde el poder de apreciarse a sí mismo y pierde el dominio propio. No puede razonar correctamente en cuanto a asuntos que le conciernen más profundamente; se vuelve temerario e irracional en su trato de la mente y del cuerpo.

La obligación que tenemos de mantener el cuerpo con salud es una responsabilidad individual. El Señor requiere de cada uno que obre su propia salvación día tras día. Nos invita a razonar de causa a efecto, para recordar que somos su propiedad, y a unirnos con él para mantener el cuerpo puro y sano, y todo el ser santificado para él.

Debe enseñarse a los jóvenes que no tienen libertad para hacer lo que quieren con su vida. Dios no tendrá por inocentes a los que tratan livianamente sus preciosos dones. Los hombres deben comprender que cuanto mayor sea su dotación de fuerza, talento,

recursos y oportunidades, tanto más pesadamente debe descansar sobre ellos la carga de la obra de Dios, y tanto más deben hacer por él. Los jóvenes a quienes se enseñó a creer que la vida es un cometido sagrado vacilarán antes de sumirse en el vórtice de la disipación y el delito que se tragan a tantos jóvenes promisorios de esta época.

***

El maestro cuyas facultades físicas están debilitadas por la enfermedad o el recargo de trabajo debe dedicar atención especial a las leyes de la salud. Debe tomar tiempo para participar en recreaciones. Cuando el maestro ve que su salud no basta para resistir la presión del estudio pesado, debe prestar oídos a la voz de la naturaleza, y aliviar la carga. No debe tomar sobre sí responsabilidades adicionales a su trabajo escolar, que lo recargarán física y mentalmente hasta el punto de desequilibrar su sistema nervioso, porque esta conducta lo inhabilitará para tratar con las mentes y no podrá obrar con justicia para consigo mismo o para con sus alumnos.

A veces el maestro lleva a su salón de clases la sombra de tinieblas que se han estado acumulando sobre su alma. Ha estado recargado, y se siente nervioso; o la dispepsia lo ha coloreado todo con matices lóbregos. Entra en el aula con nervios temblorosos y un estómago irritado. Nada de lo hecho le parece agradable; piensa que sus alumnos están resueltos a manifestarle falta de respeto, y sus agudas críticas y censuras caen a diestra y siniestra. Posiblemente uno o más de los alumnos cometen errores, o son indisciplinados. El caso se exagera en su mente, y es severo y mordaz en su reproche para con aquel que considera culpable. Y la misma injusticia le impide, más tarde, admitir que asumió una conducta equivocada. Para mantener la dignidad de su posición, ha perdido una oportunidad áurea de manifestar el espíritu de Cristo,

tal vez de ganar un alma para el cielo.

Es deber del maestro hacer todo lo que esté a su alcance para presentar su cuerpo a Cristo como un sacrificio vivo, físicamente perfecto y moralmente libre de contaminación, con el fin de que el Señor haga de él un colaborador suyo en la salvación de las almas (*Consejos para los maestros*, págs. 280-286).

***

No tengan los maestros favoritos entre sus alumnos ni concedan a los más perspicaces y despiertos de inteligencia la mayor atención. Los que aparentemente son los menos promisorios necesitan más del tacto y de las palabras bondadosas que han de ligar sus corazones al corazón del maestro (Consejos para los maestros, pág. 301).

39

Algunos principios del sano vestir

La Biblia nos enseña la modestia en el vestir. "Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia" (1 Tim. 2:9). Este pasaje prohíbe la ostentación en el vestir, los colores chillones, los adornos profusos. Todo medio destinado a llamar la atención hacia la persona así vestida, o a despertar la admiración, queda excluido de la modesta indumentaria prescrita por la Palabra de Dios.

Nuestro modo de vestir debe ser de poco costo; no con "oro, ni perlas, ni vestidos costosos" (1 Tim. 2:9). El dinero es un depósito que Dios nos ha confiado. No es nuestro para gastarlo en cosas que halaguen nuestro orgullo o ambición. En manos de los hijos de Dios, el dinero es alimento para los hambrientos y ropa para los desnudos. Es defensa para los oprimidos, recurso de salud para los enfermos y un medio para predicar el evangelio a los pobres. Se podría dar felicidad a muchos corazones mediante el prudente uso de los recursos que ahora se gastan para la ostentación. Consideren la vida de Cristo. Estudien su carácter y compartan su abnegación.

En la sociedad llamada cristiana se gasta en joyas y en vestidos inútilmente costosos lo que bastaría para dar de comer a todos los hambrientos y vestir a los desnudos. La moda y la ostentación absorben los recursos con que se podría consolar y aliviar a los pobres y los enfermos. Privan al mundo del evangelio del amor de Cristo.

Pero nuestra indumentaria, si bien modesta y sencilla, debe ser de buena calidad, de colores decentes y apropiada para el uso. Deberíamos escogerla por su durabilidad más bien que para la

ostentación. Debe proporcionarnos abrigo y protección adecuados. La mujer prudente descrita en los Proverbios "no tiene temor de la nieve por su familia, porque toda su familia está vestida de ropas dobles" (Prov. 31:21).

Nuestra ropa debe estar limpia. El desaseo en el vestir es contrario a la salud y, por tanto, perjudicial para el cuerpo y el alma. "¿No sabéis que sois templo de Dios?... Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él" (1 Cor. 3:16, 17).

En todo aspecto debemos vestir conforme a la higiene. "Sobre todas las cosas", Dios quiere que tengamos salud de cuerpo y alma (3 Juan 2). Debemos colaborar con Dios para asegurar esa salud. En ambos sentidos nos beneficia la ropa saludable.

Esta debe tener la donosura, belleza y la idoneidad de la sencillez. Cristo nos previno contra el orgullo de la vida, pero no contra su gracia y su belleza natural. Dirige nuestra atención a las flores del campo, a los lirios de tan significativa pureza, y dice: "Ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos" (Mat. 6:29). Por medio de las cosas de la naturaleza, Cristo nos enseña cuál es la belleza que el cielo aprecia: la gracia modesta, la sencillez, la pureza, la corrección, que harán nuestro atavío agradable a Dios.

El vestido más hermoso es el que nos manda llevar como adorno del alma. No hay atavío exterior que pueda compararse, en valor y en belleza, con aquel "espíritu afable y apacible", que en su opinión es de "grande estima" (1 Ped. 3:4).

Efectos físicos del vestido inadecuado

El enemigo de todo lo bueno fue quien instigó el invento de modas veleidosas. No desea otra cosa que causar perjuicio y deshonra a Dios, al labrar la ruina y la miseria de los seres

humanos. Uno de los medios más eficaces para lograr esto lo constituyen los ardides de la moda, que debilitan el cuerpo y la mente, y empequeñecen el alma.

Las mujeres están sujetas a graves enfermedades, y sus dolencias empeoran en gran manera por el modo de vestirse. En vez de conservar su salud para las contingencias que seguramente han de venir, sacrifican demasiado a menudo, con sus malos hábitos, no sólo la salud sino también la vida, y dejan a sus hijos una herencia de infortunio, en una constitución arruinada, hábitos pervertidos y falsas ideas acerca de la vida.

Uno de los disparates más dispendiosos y perjudiciales de la moda es la falda que barre el suelo, por lo sucia, incómoda, inconveniente y malsana. Todo esto y más aún se puede decir de la falda rastrera. Es costosa, no sólo por el género superfluo que entra en su confección, sino también porque se desgasta innecesariamente por ser tan larga. Cualquiera que haya visto a una mujer así ataviada, con las manos llenas de paquetes, intentando subir o bajar escaleras, trepar a un tranvía, abrirse paso por entre la muchedumbre, andar por el suelo encharcado, o por un camino cenagoso, no necesita más pruebas para convencerse de la incomodidad de la falda larga.

Otro grave mal es que las caderas sostengan el peso de la falda. Este gran peso, al oprimir los órganos internos, los arrastran hacia abajo, por lo que causa debilidad del estómago y una sensación de cansancio, que crea en la víctima una propensión a encorvarse, y oprime aún más los pulmones y dificulta la respiración.

En estos últimos años, los peligros que resultan de la compresión de la cintura han sido tan discutidos que pocas personas pueden alegar ignorancia sobre el particular; y, sin embargo, tan grande es el poder de la moda que el mal sigue adelante, con incalculable daño para las mujeres. Es de suma importancia para la salud que el

pecho disponga de sitio suficiente para su completa expansión y los pulmones puedan inspirar completamente, pues cuando están oprimidos disminuye la cantidad de oxígeno que inhalan. La sangre resulta insuficientemente vitalizada y las materias tóxicas del desgaste, que deberían ser eliminadas por los pulmones, quedan en el organismo. Además, la circulación se entorpece, y los órganos internos quedan tan oprimidos que se desplazan y no pueden funcionar debidamente.

El corsé apretado no embellece la figura. Uno de los principales elementos de la belleza física es la simetría, la proporción armónica de los miembros. Y el modelo correcto para el desarrollo físico no se encuentra en los figurines de las modistas francesas, sino en la forma humana tal como se desarrolla según las leyes de Dios en la naturaleza. Dios es autor de toda belleza, y sólo en la medida en que nos conformemos a su ideal nos acercaremos a la norma de la verdadera belleza.

Otro mal fomentado por la costumbre es la distribución desigual de la ropa, de modo que mientras que ciertas partes del cuerpo llevan un exceso de ropa, otras quedan insuficientemente abrigadas. Los pies, las piernas y los brazos, por estar más alejados de los órganos vitales, deberían ir mejor abrigados. Es imposible disfrutar de buena salud con las extremidades siempre frías, pues si en ellas hay poca sangre habrá demasiada en otras partes del cuerpo. La perfecta salud requiere una perfecta circulación; pero esta no se consigue llevando en el tronco, donde están los órganos vitales, tres o cuatro veces más ropa que en las extremidades.

Un sinnúmero de mujeres están nerviosas y agobiadas porque se privan del aire puro que les purificaría la sangre y de la soltura de movimientos que aumentaría la circulación por las venas, para beneficio de la vida, la salud y la energía. Muchas mujeres han contraído una invalidez crónica cuando hubieran podido gozar de

salud, y muchas han muerto de consunción y otras enfermedades cuando habrían podido alcanzar el término natural de su vida si se hubieran vestido conforme a los principios de la salud y hecho abundante ejercicio al aire libre.

Para conseguir la ropa más saludable, hay que estudiar con mucho cuidado las necesidades de cada parte del cuerpo y tener en cuenta el clima, las circunstancias en que se vive, el estado de salud, la edad y la ocupación. Cada prenda de indumentaria debe sentar holgadamente, sin entorpecer la circulación de la sangre ni la respiración libre, completa y natural. Todas las prendas han de estar lo bastante holgadas para que, al levantar los brazos, se levante también la ropa.

Las mujeres carentes de salud pueden mejorar mucho su estado merced a un modo de vestir razonable y al ejercicio. Vestidas convenientemente para el recreo, hagan ejercicio al aire libre, primero con mucho cuidado, pero aumentando la cantidad de ejercicio conforme aumente su resistencia. De este modo, muchas podrán recobrar la salud y vivir para desempeñar su parte en la obra del mundo (*El ministerio de curación*, págs. 219-225).

40

La educación y la salud

Durante generaciones, el sistema imperante de educación ha sido destructivo de la salud y hasta de la vida misma. Muchos padres y muchos maestros dejan de comprender que durante los primeros años de vida del niño es necesario prestar la mayor atención a su constitución física, con el fin de que pueda asegurársele la salud del cuerpo y del cerebro...

Padres y maestros toman la responsabilidad de enseñar a estos niños y, sin embargo, ¡cuán pocos de ellos se dan cuenta del deber que tienen ante Dios de familiarizarse con el organismo físico con el fin de que sepan cómo preservar la vida y la salud de los que están a su cargo! Miles de niños mueren debido a la ignorancia de aquellos que los cuidan.

Muchos niños han sido arruinados para la vida y muchos han muerto a consecuencia del proceder falto de juicio de padres y de maestros al empeñarse en forzar sus tiernas inteligencias, al paso que descuidaban lo físico. Los niños eran demasiado pequeños para estar en el aula escolar. Sus mentes fueron abrumadas con lecciones cuando debieran haberse dejado libres de toda tarea hasta que la fuerza física fuese suficiente como para soportar el esfuerzo mental. Los niñitos debieran ser tan libres como los corderitos, para que corran al aire libre. Se les ha de conceder la oportunidad más favorable para poner el fundamento de una sana constitución...

No se debe permitir a los estudiantes que abarquen tantos estudios que no tengan tiempo para la cultura física. La salud no puede conservarse a menos que una parte de cada día se dedique al

esfuerzo muscular al aire libre. Debieran consagrarse horas regulares a algún trabajo manual, a algo que ponga en actividad todas las partes del cuerpo. Iguálese la carga de las facultades mentales y físicas, y se vivificará la mente del estudiante. Si está enfermo, el ejercicio físico a menudo ayudará al organismo a recobrar su condición normal. Cuando los estudiantes abandonan el colegio, debieran tener mejor salud y mejor entendimiento de las leyes de la vida que cuando ingresaron en él. La salud debe protegerse de modo tan sagrado como el carácter.

Muchos estudiantes ignoran deplorablemente que el régimen ejerce una influencia poderosa sobre la salud. Algunos no han hecho jamás un esfuerzo decidido por dominar el apetito o por observar reglas apropiadas en cuanto al régimen. Comen demasiado, hasta en las comidas regulares, y además comen entre comidas siempre que se presente la tentación. Si los que profesan ser cristianos desean resolver los problemas que los perturban, tales como por qué sus inteligencias son tan torpes, por qué tan débiles sus aspiraciones religiosas, no necesitan, en muchos casos, ir más allá que la mesa; hay ahí causa suficiente, si es que no existe otra.

Muchos se apartan de Dios por su complacencia del apetito. El que advierte la caída de un pajarillo, el que cuenta hasta los cabellos, anota el pecado de aquellos que complacen un apetito pervertido a expensas del debilitamiento de las fuerzas físicas, del entorpecimiento de la inteligencia y del amortiguamiento de las percepciones morales.

Los maestros mismos debieran prestar la debida atención a las leyes de la salud, de modo que puedan conservar sus propias facultades en la mejor condición posible y, por ejemplo y precepto, ejercer una correcta influencia sobre sus alumnos. El docente cuyas fuerzas físicas están ya debilitadas por la enfermedad o el

exceso de trabajo debe prestar especial atención a las leyes de la vida. Debiera darse tiempo para recrearse. No debiera tomar sobre sí responsabilidades separadas de su trabajo escolar, que lo recarguen física y mentalmente de tal modo que se desequilibre su sistema nervioso; pues así quedaría incapacitado para tratar con otras mentes y no podría ser equitativo ni consigo mismo ni con sus alumnos.

Nuestras instituciones de enseñanza debieran estar provistas de todo lo que facilite la instrucción en cuanto al mecanismo del cuerpo humano. Se ha de enseñar a los estudiantes cómo respirar, cómo leer y hablar de modo que la tensión no se ejerza en la garganta y los pulmones sino en los músculos abdominales. Los docentes necesitan educarse en esto. Nuestros estudiantes debieran tener una perfecta preparación, para que puedan entrar en la vida activa con un conocimiento inteligente de la morada que Dios les ha dado. Enséñenles que tienen que ser estudiantes por tanto tiempo como vivan. Y, mientras les enseñan, recuerden que ellos enseñarán a otros. La lección de ustedes será repetida para provecho de muchos (*Christian Temperance and Bible Hygiene*, págs. 81-84; año 1890; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 145-148).

Hay pastores, maestros, estudiantes y otros que hacen trabajo mental, sin ejercicio físico compensativo, que enferman a consecuencia del intenso esfuerzo intelectual. Esas personas necesitan una vida más activa. Los hábitos estrictamente temperantes, combinados con ejercicio adecuado, darían vigor mental y físico a todos los intelectuales, y los harían más resistentes.

A los que han sobrecargado sus fuerzas físicas no se les debe aconsejar que desistan por completo del trabajo manual. Para que este sea lo más provechoso posible, debe ser ordenado y agradable.

El ejercicio al aire libre es el mejor; pero debe hacerse gustosamente y de modo que fortalezca los órganos débiles, sin que nunca degenere en penosa faena (*El ministerio de curación*, págs. 182, 183).

41

La importancia de la cultura física

La cultura física es una parte esencial de todo buen método de educación. Ha de enseñarse a los jóvenes a desarrollar sus fuerzas físicas, a conservarlas en el mejor estado y a hacerlas servir en los deberes prácticos de la vida. Muchos creen que estas cosas no forman parte de la labor escolar; sin embargo, es un error. Las lecciones necesarias para hacerlo a uno idóneo en cuanto a utilidad práctica debieran enseñarse a todo niño en el hogar y en las escuelas.

El lugar donde debe empezar la cultura física es el hogar, durante la niñez. Los padres deben poner el fundamento de una existencia sana y feliz. Una de las primeras cuestiones por decidir es la de la comida, porque este es un asunto del cual depende grandemente el desarrollo de los pequeñuelos y la salud de la familia. La pericia en la preparación de los alimentos es de suma importancia, y no lo es menos que el alimento sea de la debida calidad y la adecuada medida.

A todos nos es necesario hacer uso de sabiduría en el comer. Si se ingiere más alimento que el que puede ser digerido y asimilado, se acumula en el estómago un residuo que fermenta, ocasionando mal aliento y mal gusto en la boca. Se agotan las potencias vitales en el esfuerzo por eliminar los residuos y el cerebro queda privado de energía nerviosa. Menos alimento habría nutrido el organismo y no desperdiciado sus energías con exceso de trabajo. No obstante, se debe proveer alimento sano en cantidad y calidad adecuadas para nutrir el organismo. Si seguimos la regla bíblica: "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Cor. 10:31), no daremos gusto al apetito a expensas de la

salud física, la cual es deber nuestro conservar.

Toda madre debiera cuidar que sus hijos conozcan sus cuerpos y sepan cómo cuidarlos. Debiera explicarles la estructura y el uso de los músculos que nos ha dado nuestro bondadoso Padre celestial. Somos hechura de Dios y su Palabra declara que "asombrosa y maravillosamente" hemos sido formados (Sal. 139:14, VM). Ha preparado esta morada viva para la mente, y está entretejida magistralmente, como un templo que el Señor mismo ha preparado para morada de su Santo Espíritu. La mente rige al hombre entero. Todas nuestras acciones, buenas o malas, tienen su origen en la mente. Es la mente la que adora a Dios y nos pone en relación con los seres celestiales. Sin embargo, muchos pasan toda su vida sin llegar a ilustrarse acerca del estuche que contiene dicho tesoro.

Todos los órganos físicos son los servidores de la mente; y los nervios, los mensajeros que transmiten sus órdenes a cada parte del cuerpo, dirigiendo los movimientos de la maquinaria viviente. El ejercicio es importante para el desarrollo físico. Activa la circulación de la sangre y da temple al organismo. Si se deja que los músculos permanezcan inactivos, pronto se verá que la sangre no los nutre lo suficiente. En vez de crecer en tamaño y vigor, perderán su firmeza y elasticidad, y se tornarán flojos y débiles. La inactividad no es la ley que el Señor ha establecido en el cuerpo humano. La operación armoniosa de todas las partes –cerebro, huesos y músculos– es necesaria para el completo y sano desarrollo de todo el organismo.

La obra de cultura física comenzada en el hogar debe continuarse en las escuelas. Es el designio del Creador que el hombre se conozca a sí mismo; pero, demasiado a menudo, en la búsqueda del saber se pierde de vista este propósito. Los estudiantes consagran años a diferentes actividades educativas: se abisman en el estudio

de las ciencias y de las cosas del mundo natural; están ilustrados acerca de muchos temas, pero no llegan a conocerse a sí mismos. Consideran el delicado organismo humano como algo que se cuidará por sí mismo, y descuidan lo que es esencial en el grado más elevado: el conocimiento de sus propios cuerpos.

Todo estudiante debiera saber cuidar de sí mismo hasta el punto de poder conservar el mejor estado posible de salud, y resistir la debilidad y la enfermedad; y, si por cualquier causa sobreviene la enfermedad u ocurren accidentes, debiera saber afrontar las emergencias comunes sin llamar al médico y tomar sus venenosas drogas.2

El Señor mismo ha hablado sobre este asunto del cuidado del cuerpo. Dice en su Palabra: "Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es" (1 Cor. 3:17). Este pasaje prescribe un concienzudo cuidado del cuerpo y condena todo ignorante e indiferente descuido. Y dice, además: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Cor. 6:19, 20; 10:31).

El cuidado inteligente y concienzudo de nuestro cuerpo es un deber hacia nuestro Padre celestial, quien de tal manera amó al mundo "que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). Somos, individualmente, la propiedad de Cristo, su posesión adquirida. Se requiere de cada uno de nosotros la conservación de la salud y el vigor mediante la práctica de la temperancia en todas las cosas. Dominemos los apetitos y las pasiones; de otro modo,

debilitaremos y destruiremos el templo humano de Dios.

Cualquier cosa que menoscabe la fuerza física debilita la inteligencia y la hace menos clara para discernir entre el bien y el mal, y entre lo justo y lo injusto. Este principio está ilustrado en el caso de Nadab y Abiú. Dios les encomendó la ejecución de la obra más sagrada, permitiéndoles que se acercaran a él en el cumplimiento del servicio que les había señalado; pero ellos tenían la costumbre de tomar vino, y emprendieron el servicio sagrado del Santuario con la mente confusa. Estaba allí el fuego sagrado, que había sido encendido por Dios mismo; pero ellos pusieron fuego común en sus incensarios cuando ofrecieron el incienso, que debía ascender como suave fragancia con las oraciones del pueblo de Dios. Debido a que sus inteligencias estaban oscurecidas por impía complacencia, menospreciaron el requerimiento divino; "y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová" (Lev. 10:2).

Dios prohibió el uso del vino a los sacerdotes que ministraban en su Santuario, y la misma orden se habría dado contra el tabaco si se hubiese conocido su uso, pues este también tiene una influencia embotadora sobre el cerebro. Y, además de oscurecer la mente, es inmundo y corruptor. Resistan todos a la tentación de hacer uso de vino, tabaco, comidas de carne, té o café. La experiencia ha demostrado que puede hacerse mucho mejor trabajo sin estas cosas dañosas.

Graben los padres y los maestros muy hondo, en las mentes de los jóvenes, la verdad de que Cristo ha pagado un precio infinito por nuestra redención. No ha omitido nada con el fin de poder tornarnos a la lealtad hacia Dios. Él quiere que recordemos nuestro linaje real y nuestro elevado destino como hijos e hijas de Dios, y que tengamos un genuino respeto por nosotros mismos. Desearía que desarrolláramos todas nuestras facultades y nos

conservásemos en el mejor estado posible, para poder llenarnos con su gracia y usarnos en su servicio, haciéndonos colaboradores suyos en la salvación de las almas.

Es deber de cada estudiante, de cada individuo, hacer todo lo que pueda por presentar su cuerpo a Cristo como un templo purificado, físicamente perfecto, como también moralmente libre de contaminación; en resumen, un aposento adecuado para morada de la presencia de Dios (*Special Testimonies on Education*, 11-5-1896; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 425-428).

---

2 Recordemos que la Sra. de White escribió esta declaración en 1896, cuando los médicos, en su lucha contra enfermedades de origen desconocido, experimentaban con toda clase de sustancias. Ensayaban con cualquier compuesto salido del laboratorio para probar su posible eficacia contra las enfermedades que diezmaban la población. Entre estos aparecieron ciertas drogas tóxicas que se emplearon en forma generalizada contra una gran variedad de enfermedades. La pluma inspirada pone en guardia contra estos medicamentos nocivos, pero no condena productos medicinales modernos que continuamente salvan miles de vidas y que han desterrado enfermedades que en otro tiempo eran epidémicas.–*Nota de la Redacción.*

42

La reforma industrial

Por el hecho de que surjan dificultades, no tenemos que abandonar las industrias emprendidas como ramas de la educación. Mientras asisten a la escuela, los jóvenes deben tener la oportunidad de aprender a manejar herramientas. Bajo la dirección de obreros de experiencia, carpinteros aptos para enseñar, pacientes y bondadosos, los mismos alumnos deben levantar construcciones en los terrenos de la escuela y hacer las mejoras necesarias, aprendiendo así, mediante lecciones prácticas, a edificar económicamente. Se debe adiestrar también a los alumnos en los detalles de los diversos trabajos relacionados con la imprenta, tales como la composición, la impresión y la encuadernación, y también la confección de tiendas y otras ramas útiles de trabajo. Se deben plantar frutales pequeños, y cultivarse flores y verduras, haciendo salir a las jóvenes alumnas al aire libre para hacer este trabajo. Así, mientras ejerciten el cerebro, los huesos y los músculos, estarán adquiriendo también un conocimiento de la vida práctica.

La cultura en todas estas cosas hará a nuestros jóvenes útiles para llevar la verdad a campos extranjeros. Entonces, no tendrán que depender de las personas entre quienes vivan para cocinar, coser y edificar, ni será necesario gastar dinero en trasladar hombres a miles de kilómetros para proyectar la construcción de escuelas, capillas y viviendas. Los misioneros ejercerán mayor influencia entre la gente si pueden enseñar a los inexpertos a trabajar de acuerdo con los mejores métodos y obtener los mejores resultados. Podrán demostrar, así, que los misioneros pueden llegar a ser educadores industriales; y esta clase de instrucción será apreciada especialmente donde los recursos son limitados. Se requerirán menos fondos para sostener a tales misioneros, por cuanto, en

combinación con sus estudios, dieron el mejor empleo a sus facultades físicas en el trabajo práctico; y, dondequiera que vayan, les resultará ventajoso todo lo que hayan logrado en esa dirección. Los alumnos de los departamentos industriales, ya se ocupen en trabajos domésticos, en el cultivo del suelo o de otra manera, deben tener tiempo y oportunidad para referir las lecciones prácticas y espirituales que han aprendido en relación con el trabajo. En todos los deberes prácticos de la vida, deben hacerse comparaciones con las enseñanzas de la naturaleza y de la Biblia.

Ventajas de hallarse en el campo

Las razones que en algunos lugares nos han inducido a alejarnos de las ciudades y situar nuestras escuelas en el campo se adaptan bien a las escuelas que establezcamos en otros lugares. El gastar dinero en construcciones adicionales cuando una escuela está ya muy endeudada no está de acuerdo con el plan de Dios. Si el dinero que nuestras escuelas más grandes emplearon en edificios costosos se hubiese invertido en la adquisición de terreno donde los alumnos pudiesen haber recibido una educación apropiada, no habría ahora un número tan grande de alumnos luchando bajo la carga de una deuda creciente, y la obra de dichas instituciones se hallaría en una condición más próspera. Si se hubiese seguido esa conducta, habría habido algunas quejas de parte de los alumnos y muchas objeciones de parte de los padres; pero los alumnos habrían obtenido una educación cabal que los hubiese preparado no solamente para la labor práctica en oficios diversos sino también para un lugar en la labranza del Señor en la Tierra Renovada.

Si todas nuestras escuelas hubiesen fomentado el trabajo en los ramos de la agricultura, habrían alcanzado resultados muy diferentes. No habría tan grandes desalientos. Se habrían vencido las influencias opositoras; habrían cambiado las condiciones financieras. En cuanto a los alumnos, el trabajo habría sido

equilibrado, y estando toda la maquinaria humana cargada proporcionalmente se habría desarrollado mayor fuerza física y mental. Pero, la instrucción que el Señor tuvo a bien dar se acogió tan tibiamente que no se han vencido los obstáculos.

Revela cobardía el avanzar con tanta lentitud e incertidumbre en lo tocante al trabajo, fase esa que ha de suministrar la mejor clase de educación. Miren la naturaleza. Hay sitio, dentro de sus vastos límites, para establecer escuelas donde los terrenos puedan ser preparados para la labranza y cultivados. Este trabajo es esencial para la educación que más favorece el progreso espiritual; pues la voz de la naturaleza es la voz de Cristo, que nos enseña lecciones innumerables de amor, poder, sumisión y perseverancia. Algunos no aprecian el valor del trabajo agrícola. Estos no debieran hacer planes para nuestras escuelas, pues detendrían el avance de cualquier cosa en las direcciones debidas. En lo pasado, su influencia ha sido un impedimento.

Conviene cultivar la tierra

Si se cultiva la tierra, ella proveerá, con la bendición de Dios, para nuestras necesidades. No tenemos que desanimarnos en cuanto a las cosas temporales en virtud de fracasos aparentes ni debiéramos descorazonarnos a causa de la tardanza. Debiéramos trabajar el suelo alegre, esperanzada y agradecidamente, estando persuadidos de que la tierra encierra en su seno ricas provisiones para el obrero fiel, provisiones más preciosas que oro o plata. La mezquindad que se le atribuye es un testimonio falso. Con un cultivo adecuado e inteligente, la tierra entregará sus tesoros para provecho del hombre. Las montañas y las colinas están cambiando; la tierra se está envejeciendo como ropa de vestir; empero, la bendición del Dios que tendió mesa para su pueblo en el desierto no cesará jamás.

Tiempos solemnes hay delante de nosotros, y existe gran

necesidad de que las familias salgan de las ciudades y se internen en el campo, para que la verdad pueda llevarse a los vallados así como a los caminos de la tierra. Mucho depende de que se tracen nuestros planes de acuerdo con la palabra del Señor y se lleven a término con perseverante energía. Depende más de la consagrada actividad y la perseverancia que del genio y el estudio de los libros. Todos los talentos y las aptitudes otorgados a los agentes humanos, si no se usan, son de escaso valor.

Un regreso a los métodos más sencillos será apreciado por los niños y los jóvenes. El trabajo en la huerta y en el campo constituirá una variación agradable en la cansadora rutina de las lecciones abstractas, a las cuales sus jóvenes inteligencias no debieran jamás ser limitadas. Esta variación será especialmente valiosa para el niño nervioso, que encuentra en los libros lecciones agotadoras y difíciles de recordar. Hay, para él, salud y dicha en el estudio de la naturaleza, y las impresiones hechas no desaparecerán de su mente, por cuanto estarán asociadas con objetos que se hallan constantemente ante sus ojos.

El ABC de la educación

El trabajar la tierra es una de las mejores ocupaciones, que pone en actividad a los músculos y da reposo a la mente. El estudio en materia de agricultura debe ser el ABC de la educación dada en nuestras escuelas. Esta es precisamente la primera tarea que debiera iniciarse. Nuestras escuelas no debieran depender de productos importados en lo que se refiere a cereales, verduras y frutas, que tan esenciales son para la salud. Nuestros jóvenes deben ser instruidos en el desmonte de árboles y en la labranza de la tierra tanto como en las ramas literarias. Varios maestros debieran ser elegidos para vigilar a cierto número de alumnos en su trabajo y trabajar con ellos. De este modo, los mismos maestros aprenderán a llevar responsabilidades como coadjutores. Los alumnos capaces debieran ser enseñados también a llevar

responsabilidades y a ser colaboradores de los maestros. Todos debieran consultar juntos en cuanto a los mejores métodos de llevar adelante el trabajo (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 442-445).

El tiempo es ahora demasiado corto para llevar a cabo aquello que debía haberse hecho en generaciones pasadas. Pero aun en estos últimos días podemos hacer mucho en el sentido de corregir los males existentes en la educación de los jóvenes. Y, por cuanto el tiempo es corto, debiéramos estar activos y trabajar celosamente para dar a los jóvenes una educación compatible con nuestra fe. Somos reformadores. Queremos que nuestros hijos estudien de modo que obtengan el mayor beneficio. Para lograr esto, se les ha de proporcionar la ocupación que dé ejercicio a los músculos. La labor diaria y sistemática debiera constituir una parte de la educación de los jóvenes, aun en este último período. Mucho puede lograrse ahora de esta manera. Siguiendo este plan, los alumnos obtendrán amplitud de espíritu y vigor de pensamiento, y en un tiempo dado podrán ejecutar más trabajo mental de lo que podrían si estudiaran solamente. Y así podrán salir del colegio con constituciones intactas, y con fuerza y valor para perseverar en cualquier puesto en que la providencia de Dios los coloque (*Testimonies for the Church*, t. 6, págs. 179, 180).

El ejercicio que enseña a la mano a ser útil y disciplina al joven para llevar la parte que le toca de las cargas de la vida proporciona fuerza física y desarrolla cada facultad. Todos debieran buscar algo que hacer que sea beneficioso para sí mismos y para otros. Dios ordenó el trabajo como una bendición, y solamente el obrero diligente halla la verdadera gloria y gozo de la vida.

El cerebro y los músculos deben utilizarse proporcionalmente, si se quiere conservar la salud y el vigor. Los jóvenes pueden, entonces, aportar al estudio de la Palabra de Dios una percepción

sana y nervios bien equilibrados. Tendrán pensamientos saludables y podrán retener las cosas preciosas deducidas de la Palabra. Se asimilarán sus verdades y, como resultado, tendrán fuerza intelectual para discernir lo que es verdad. Luego, según la ocasión lo requiera, podrán dar, con mansedumbre y con temor, a todo aquel que lo demande, razón de la esperanza que hay en ellos (*Joyas de los testimonios*, t. 2, pág. 446).

43

La finca del colegio de Avondale

Existen algunas cosas referentes a la disposición y el empleo de las tierras próximas a nuestro colegio y nuestra capilla que han sido expuestas ante mí y que, por la instrucción que he recibido, debo presentarles. Hasta hace poco no me sentí en libertad para hablar de ellas y aun ahora no me atrevo a revelarlo todo, debido a que nuestro pueblo no está preparado todavía para comprender todo lo que en la providencia de Dios se desarrollará en Avondale.

En visiones de la noche, algunas cosas me fueron presentadas claramente. Había personas que escogían parcelas de tierra cercanas a la escuela, en las que se proponían edificar casas y establecer hogares. Pero Uno se puso en medio de nosotros y dijo: "Están cometiendo una gran equivocación, la cual tendrán que lamentar: Este terreno no tiene que ser ocupado con edificios, excepto en lo tocante a proveer las comodidades necesarias para los maestros y los alumnos de la escuela. El terreno que rodea la escuela tiene que ser reservado como hacienda de la escuela. Tiene que convertirse en una parábola viva para los estudiantes, quienes no han de considerar el terreno de la escuela como cosa común, sino como un libro de texto abierto ante ellos y que el Señor quiere que estudien. Sus lecciones impartirán conocimiento con respecto a la cultura del alma.

"Si consienten en que el terreno próximo a la escuela sea ocupado por domicilios privados y luego se ven obligados a escoger para el cultivo otro terreno distante de la escuela, será una gran equivocación, que siempre lamentarán. Todo el terreno próximo al edificio ha de considerarse como labranza de la escuela, donde los alumnos puedan educarse bajo directores bien preparados. Los

jóvenes que asistan a nuestras escuelas necesitarán todo el terreno cercano. Han de poner en él plantas de adorno y árboles frutales, y cultivar la huerta.

"La finca de la escuela ha de considerarse como un libro de texto de la naturaleza, del cual los maestros saquen lecciones prácticas. Se ha de enseñar a nuestros alumnos que Cristo, quien creó el mundo y todas las cosas que hay en él, es la vida y la luz de cada cosa viviente. La vida de cada niño y cada joven dispuesto a aprovechar las oportunidades de recibir una educación apropiada será grata y feliz, mientras estén en la escuela, por las cosas sobre las cuales se posen sus ojos".

La obra que nos espera

Necesitamos más maestros y más talento para educar a los alumnos en diversos sentidos, con el fin de que muchos salgan de ese lugar dispuestos y preparados para comunicar a otros el conocimiento que han obtenido. Los jóvenes y las niñas huérfanos han de encontrar aquí un hogar. Se han de levantar edificios para un hospital y debieran habilitarse embarcaciones para la comodidad de la escuela. Debiera emplearse a un competente administrador de la finca, y también a hombres entendidos y enérgicos para actuar como directores en los diversos ramos industriales, hombres que hagan uso de sus talentos individuales para enseñar a los alumnos a trabajar.

Vendrán a la escuela muchos jóvenes que desearán una preparación en ramos industriales. La enseñanza industrial debe incluir la contabilidad, la carpintería y todo lo que sea agricultura. Se debieran tomar medidas también para la enseñanza de trabajos de herrería, pintura, zapatería, cocina, panadería, lavandería, composturas, dactilografía e imprenta. Toda facultad que esté a nuestra disposición ha de ponerse a contribución en esta obra de preparación, con el fin de que los alumnos salgan de la escuela

equipados para los deberes de la vida práctica.

Viviendas y construcciones esenciales para la obra de la escuela tienen que ser erigidas por los mismos alumnos, y no ser aglomeradas ni colocadas cerca de los edificios de la escuela propiamente dicha. Al dirigir este trabajo, se deben formar pequeños grupos, a los cuales, por medio de directores competentes, se enseñará a tener pleno sentido de su responsabilidad. Todas estas cosas no pueden llevarse a término de golpe, pero debemos empezar a trabajar por fe.

Debe reservarse el terreno

El Señor quiere que los terrenos que rodean la escuela se le dediquen a él como aula suya. Estamos situados donde hay abundancia de tierra, por lo que los terrenos cercanos a la escuela y la iglesia no deben ser ocupados por domicilios privados. Los que creen la verdad para este tiempo no han sido todos transformados en su carácter. No todos constituyen lecciones prácticas adecuadas, por cuanto no representan el carácter de Cristo. Muchos de aquellos a quienes les gustaría acercarse a la iglesia y la escuela no prestarían ayuda, sino que serían estorbos. Creen que ellos deben ser ayudados y favorecidos. No aprecian ni el carácter ni la situación de la obra en que estamos empeñados. No comprenden que todo lo hecho en Avondale se ha llevado a cabo con penoso trabajo y mediante el empleo de dinero dado con sacrificio o que ha de devolverse a aquellos de quienes se lo tomó prestado.

Entre aquellos que querrán establecerse cerca de nuestras escuelas habrá algunos que están llenos de un alto concepto de sí mismos y se preocupan mucho por su propia reputación. Son quisquillosos y facciosos. Necesitan convertirse, por cuanto están lejos de hallarse en condición de recibir la bendición del Señor. Satanás los tienta a que pidan favores que, si les son concedidos,

sólo los perjudicarán, y de este modo acarrearán ansiedad a sus hermanos. Los principios vivos de la Palabra de Dios tienen que ser introducidos en la vida de muchos que ahora no encuentran lugar para ellos. Los que están aprendiendo en la escuela de Cristo considerarán cada favor proveniente de Dios como demasiado bueno para ellos. Reconocerán que no merecen todo lo bueno que reciben y se tendrán por dichosos. Sus rostros manifestarán paz y descanso en el Señor, por cuanto tienen la promesa de que Dios cuida de ellos.

"Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra" (Isa. 66:1, 2). Durante los últimos días del año 1898 ocurrieron muchos incidentes que nos enseñaron lo que estas palabras significan. Mi corazón estaba grandemente abrumado y entonces me fueron expuestos asuntos relativos a los males que habrían de surgir de la entrega del terreno próximo a la escuela para que fuese ocupado por viviendas. Parecía que estábamos en una reunión de consulta y entre nosotros había Uno de quien se esperaba que nos ayudara a salir de nuestras dificultades. Las palabras que pronunció fueron sencillas y terminantes. Él dijo:

"Por designio de Dios, este terreno es para beneficio de la escuela. Han tenido pruebas de cómo obra la naturaleza humana y de lo que ella revelará al ser tentada. Cuanto mayor sea el número de familias que se establezcan alrededor de la escuela, tanto más numerosas serán las dificultades que surgirán en el camino de maestros y alumnos. El egoísmo natural de los hijos de los hombres está siempre listo para manifestarse si alguna cosa no les conviene. Este terreno que rodea la escuela ha de ser la labranza de la escuela, y dicha labranza ha de ocupar mucho más espacio de lo

que ustedes han pensado. Aquí se ha de hacer trabajo relacionado con el estudio, de acuerdo con los consejos dados. Avondale ha de ser un centro filantrópico. El pueblo de Dios residente en Australia ha de ser movido por el Espíritu del Señor a ofrecer simpatía y recursos para el sostén y el fomento de muchas iniciativas de caridad y benevolencia, que constituirán medios de enseñar a los pobres, los desamparados y los ignorantes para que sepan valerse a sí mismos".

Un panorama

En varias ocasiones se me ha indicado que el terreno que rodea nuestra escuela ha de usarse como labranza del Señor. En un sentido especial, ciertas porciones de dicha labranza debieran cultivarse intensivamente. Extendiéndose delante de mí, vi terrenos en los que se había plantado toda clase de árboles frutales que pueden fructificar en la localidad; había también huertas de verduras donde la semilla se sembraba y cultivaba.

Si los dirigentes de esta labranza y los maestros de la escuela quieren recibir al Espíritu Santo con el fin de que colabore con ellos, tendrán sabiduría en su administración y Dios bendecirá sus tareas. El cuidado de los árboles, la plantación, y la siembra y recolección de la cosecha serán lecciones maravillosas para todos los estudiantes. Los eslabones invisibles que conectan la siembra y la siega han de ser estudiados, e indicadas y apreciadas las bondades de Dios. El Señor es el que da virtud y poder al suelo y la semilla. Si no fuera por la mediación divina combinada con el tacto y la habilidad de los humanos, la semilla sembrada sería inútil. Existe un poder invisible que obra constantemente en pro del hombre para alimentarlo y vestirlo. Mientras se la estudie en la experiencia diaria del maestro y del alumno, la parábola de la simiente revelará que Dios obra en la naturaleza y aclarará las cosas del Reino de los cielos (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 447-451).

Dios y la naturaleza

Después de la Biblia, la naturaleza tiene que ser nuestro gran libro de texto. Pero no hay virtud en el hecho de deificar a la naturaleza, por cuanto esto es exaltar la hechura por encima del gran Arquitecto que trazó la obra y que a cada hora la mantiene en acción según su designio. Al sembrar la simiente y cultivar la planta, tenemos que recordar que Dios creó la semilla y la dio a la tierra. Por medio de su poder divino, cuida de esa semilla. En virtud de su mandato, la semilla, al morir, da su vida al tallo y a la espiga, que contiene en sí misma otras semillas que han de recogerse y ponerse nuevamente en la tierra para que rindan su fruto. Podemos estudiar también cómo la cooperación del hombre desempeña una parte. El agente humano tiene su parte que desempeñar, su trabajo que hacer. Esta es una de las lecciones que la naturaleza enseña, y nosotros hemos de ver en ella una obra solemne y hermosa.

Mucho se habla en cuanto a que Dios está en la naturaleza, como si el Señor estuviese limitado por las leyes de aquella, al extremo de ser su esclavo. Muchas teorías pueden inducir a las inteligencias a suponer que la naturaleza sea una fuerza estable por sí misma con exclusión de la Deidad, que tenga su propio poder inherente con el cual obrar. En este respecto, los hombres no saben lo que dicen. ¿Supondrán que la naturaleza tenga el poder de existir por sí misma sin la mediación constante de Jehová? El Señor no obra por medio de sus leyes para invalidar las leyes de la naturaleza. Él ejecuta su obra por medio de las leyes y las propiedades de sus instrumentos, por lo que la naturaleza obedece a un "Así dice Jehová".

El Dios de la naturaleza obra continuamente. Su poder infinito obra inadvertido, pero se manifiesta en los efectos que produce su obra. El mismo Dios que dirige los planetas obra en el plantío de frutales y en el huerto de verduras. Jamás hizo una espina, un

cardo o una cizaña. Estas cosas son obra de Satanás, el resultado de la degeneración introducida por este entre las cosas preciosas; pero, por la inmediata mediación de Dios, cada pimpollo se abre para convertirse en flor. Cuando Cristo se hallaba en el mundo, revestido de humanidad, dijo: "Mi padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Juan 5:17). De modo que, cuando los alumnos emplean su tiempo y su vigor en trabajos de agricultura, se dice de ellos en el cielo: Ustedes son colaboradores de Dios (1 Cor. 3:9).

Reténganse los terrenos próximos al colegio y la iglesia. Los que vienen a establecerse en Cooranbong pueden, si lo desean, buscar para sí casas en la vecindad o en partes de la propiedad de Avondale. Pero, según la luz que se me ha dado, toda esa porción de tierra, desde el plantío del colegio hasta la carretera de Maitland, y que se extiende hacia ambos lados de ella, desde la capilla hasta la escuela, debe convertirse en chacra y parque, embellecidos con fragantes flores y árboles de adorno. Debe haber plantíos de frutales, y se debe cultivar toda clase de productos que se adapten al terreno, con el fin de que este lugar llegue a ser una lección objetiva para aquellos que vivan cerca y lejos de él.

Manténgase, pues, a distancia todo aquello que no sea esencial a la obra del colegio, para que el carácter sagrado del lugar no sea perturbado por la proximidad de familias y edificios. Permanezca el colegio aislado. Será mejor para las familias particulares, no importa cuán devotas sean en el servicio del Señor, que se sitúen a alguna distancia del colegio. El colegio es propiedad del Señor y los terrenos que lo rodean son su labranza, donde el gran Sembrador podrá hacer de su huerto un libro de texto. Los resultados de las labores se verán en este orden: "Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga" (Mar. 4:28). La tierra entregará sus tesoros trayéndonos el gozo de una abundante cosecha; el producto cosechado por la bendición de Dios ha de usarse como libro de texto de la naturaleza, mediante el cual pueden explicarse

las lecciones espirituales y ser aplicadas a las necesidades del alma.

Una lección práctica

Grandes cosas hay delante de nosotros que, como vemos, han de ser hechas; por lo que, tan pronto como se puedan obtener los recursos, debemos ir adelante. Un esfuerzo paciente y cuidadoso es necesario en pro del estímulo y la elevación de las comunidades adyacentes, y para su educación en los órdenes industrial y sanitario. El colegio y todos sus alrededores deben ser lecciones prácticas, que enseñen las maneras de mejorar y que insten a la gente a reformarse, de modo que el buen gusto, la laboriosidad y el refinamiento reemplacen a la tosquedad, la inmundicia, el desorden, la ignorancia y el pecado. Hasta los más pobres pueden mejorar sus alrededores levantándose temprano y trabajando con diligencia. Por medio de nuestra vida y nuestro ejemplo, podemos ayudar a otros a que disciernan lo que es repulsivo en su carácter o en sus habitaciones y, con cortesía cristiana, estimular su mejoramiento.

A menudo se formulará la pregunta: ¿Qué puede hacerse donde la pobreza prevalece y hay que habérselas con ella a cada paso? ¿Cómo podemos, bajo estas circunstancias, impresionar a las personas con ideas correctas de mejoramiento? La tarea es difícil, por cierto, y a no ser que los maestros, los hombres de pensamiento y los que cuentan con medios hagan uso de sus talentos y contribuyan a la elevación de otros, del mismo modo que Cristo lo haría si estuviese en su lugar, quedará sin hacer una obra importante. La reforma necesaria nunca se llevará a cabo a menos que hombres y mujeres sean ayudados por un poder ajeno a sí mismos. Aquellos que poseen talentos y aptitudes tienen que usar esos dones para bendecir a sus semejantes y trabajar para colocarlos en un nivel que les permita valerse a sí mismos. Es así como se le debe dar mejor aplicación a la educación obtenida en nuestras escuelas.

Los talentos que Dios ha confiado no han de ocultarse debajo de un almud o de una cama. "Vosotros sois la luz del mundo", dijo Cristo (Mat. 5:14). Al ver familias que viven en chozas, con escaso moblaje y vestido, sin herramientas, sin libros u otras muestras de refinamiento del hogar, ¿se interesarán ustedes en ellas y procurarán enseñarles cómo dar la mejor aplicación a sus energías para que se realicen mejoras y su trabajo progrese? Mediante diligente trabajo, usando de la forma más sabia cada aptitud y aprendiendo a no derrochar el tiempo, prosperarán en el mejoramiento de sus hogares y en el cultivo de su tierra.

El esfuerzo físico y el poder moral han de unirse a nuestra obra de regenerar y reformar. Hemos de tratar de obtener conocimiento tanto temporal como espiritual, para que podamos impartirlo a otros. Hemos de tratar de vivir el evangelio en todos sus aspectos, con el fin de que sus bendiciones temporales y espirituales puedan sentirse en todo nuestro alrededor.

El trabajo misionero es la más alta disciplina

Con toda seguridad, el Señor bendecirá a todo aquel que trate de bendecir a otros. La escuela ha de ser dirigida de tal modo que los maestros y los alumnos progresen constantemente en poder, en virtud del fiel empleo de los talentos que se les han concedido. Dando una aplicación práctica a lo que han aprendido, crecerán constantemente en sabiduría y conocimiento. Hemos de aprender del Libro de los libros los principios según los cuales vivir y trabajar. Al consagrar todas las aptitudes que Dios nos ha dado a aquel que tiene el principal derecho a ellas, haríamos valiosos progresos en todo aquello que merezca nuestra atención.

Cuando se emprende con este espíritu, la obra misionera llega a ser dignificante y elevadora tanto para el obrero como para la persona favorecida. Que cada uno de los que invocan el derecho de ser hijos del Rey celestial procure constantemente representar los

principios del Reino de Dios. Recuerde cada uno que, en espíritu, palabra y hechos, ha de ser leal y fiel a todos los preceptos y mandamientos del Señor. Hemos de ser súbditos del Reino de Cristo, fieles y dignos de confianza, para representar debidamente ante los mundanamente sabios las riquezas, la bondad, la misericordia, la ternura y la cortesía de los ciudadanos del Reino de Dios.

Los alumnos que sacarán más provecho de la vida serán aquellos que vivan la Palabra de Dios en sus relaciones y su proceder para con sus semejantes. Aquellos que reciban para dar experimentarán la mayor satisfacción en esta vida. Los miembros de la familia humana que viven para sí mismos siempre están necesitados, pues jamás se hallan satisfechos. No hay cristianismo en eso de encerrar completamente nuestras simpatías en nuestros propios corazones egoístas. El Señor ha instituido conductos por medio de los cuales pueda derramar su bondad, su misericordia y su verdad; y hemos de ser colaboradores de Cristo, al impartir a otros sabiduría y caridad prácticas. Hemos de prestar a sus vidas brillo y bendición, haciendo así una buena y santa obra.

Si el colegio de Avondale llega a ser lo que el Señor está tratando de hacerlo, el esfuerzo de maestros y de alumnos será fructífero. Del colegio y fuera de él, se hará venir a súbditos voluntarios a la obediencia de Dios. La rebelión que se manifestó en el cielo a raíz de una mentira y el engaño que indujo a Adán y a Eva a desobedecer la Ley de Dios abrieron las compuertas del dolor sobre nuestro mundo; pero, todos los que creen en Cristo pueden llegar a ser hijos e hijas de Dios. Mediante el poder de la verdad, pueden ser restaurados, y el hombre caído puede llegar a ser leal a su Hacedor. La verdad, la cual es peculiar en su fuerza de acción, se adapta a la mente y el corazón de los descarriados pecadores. En virtud de su influencia, la oveja perdida puede ser vuelta al redil.

Sea cual fuere la posición o las posesiones de cualquier individuo que tenga conocimiento de la verdad, la Palabra de Dios le enseña que todo lo que posee lo tiene en calidad de depósito. Se le ha prestado para probar su carácter. De todos sus negocios terrenos, talentos, utilidades, oportunidades, tiene que dar razón a aquel a quien él mismo pertenece por creación y redención. La bendición de Dios acompaña sus esfuerzos cuando emplea todo talento valioso en promover la gran obra educativa de Dios; cuando procura obtener el mejor conocimiento posible en cuanto a cómo ser de utilidad y cómo trabajar por la salvación de las almas que están a punto de perecer. Dios nos confiere sus dones con el fin de que ministremos a otros, y así lleguemos a ser semejantes a él. Los que reciben sus dones para poder dar a otros llegan a ser semejantes a Cristo. Al ayudar y levantar a otros, nos ennoblecemos y purificamos. Esta es la obra que hace que la gloria regrese a Dios. Tenemos que hacernos entendidos en estos puntos. Nuestras almas deben ser purificadas de todo egoísmo, pues Dios desea usar a su pueblo como representante de su Reino celestial.

Nuestros colegios tienen que ser dirigidos bajo la inspección de Dios. Hay una obra que hacer por los jóvenes de ambos sexos que aún no se ha hecho. Hay números mayores de jóvenes que necesitan gozar de los beneficios de nuestros colegios preparatorios. Necesitan el curso de preparación manual que ha de enseñarles cómo llevar una vida activa y llena de energía. Toda suerte de trabajos deben existir en nuestros colegios. Los alumnos han de ser enseñados por directores doctos, juiciosos y temerosos de Dios. Cada ramo del trabajo se ha de dirigir de la manera más perfecta y sistemática que la larga experiencia y el saber nos capaciten para idear y ejecutar.

Despierten los docentes ante la importancia de esto, y enseñen agricultura y otras industrias cuya comprensión es esencial para los estudiantes. Procúrese alcanzar, en cada departamento de

trabajo, los más excelentes resultados. Aplíquese al trabajo la ciencia de la Palabra de Dios, con el fin de que los estudiantes entiendan principios correctos y alcancen la norma más elevada posible. Hagan uso, ustedes, de las cualidades que Dios les ha dado y dediquen todas sus energías al adelanto de la labranza del Señor. Estudien y trabajen con el fin de que puedan obtenerse, de la siembra, los mejores resultados y los beneficios más grandes, y con el fin de que haya una provisión abundante de alimento, tanto temporal como espiritual, para el número mayor de estudiantes que han de ser reunidos con el propósito de prepararlos como obreros cristianos.

Hemos visto árboles gigantescos derribados y desarraigados, y a la reja del arado hundirse en la tierra, abriendo profundos surcos para la plantación de árboles y la siembra de la semilla.

Los alumnos están aprendiendo lo que significa arar, y que la azada, la pala, el rastrillo y la rastra son todas herramientas de honrosa y lucrativa industria. Se cometerán equivocaciones con frecuencia; pero todo error yace al lado mismo de la verdad. La sabiduría se adquiere con los fracasos y la energía que ha de marcar un comienzo da esperanza de éxito al fin. La indecisión mantendrá las cosas a la zaga; la precipitación, igualmente retrasará; pero todo servirá de lección, si el agente humano así lo desea (*Testimonies for the Church*, t. 6, págs. 185-192).

44

Estudio y trabajo

Los que reconocen que hay ciencia en el trabajo más humilde verán en él nobleza, y hallarán placer en ejecutarlo con fidelidad y eficiencia.

La dignidad del trabajo

A pesar de todo lo que se ha dicho y escrito acerca de la dignidad del trabajo manual, prevalece el sentir de que es degradante. La opinión popular ha trastornado en muchas mentes el orden de las cosas, y los hombres han llegado a pensar que no es propio que el hombre que trabaje con las manos ocupe un lugar entre caballeros. Los hombres trabajan arduamente para obtener dinero; y, habiendo alcanzado riquezas, suponen que estas harán caballeros a sus hijos. Pero, muchos de los tales no preparan a sus hijos para un trabajo duro y útil como ellos fueron preparados. Sus hijos gastan el dinero ganado por el trabajo ajeno, sin comprender su valor. Así, emplean mal un talento al que Dios quiso ver realizar mucho bien.

Los propósitos del Señor no son los propósitos de los hombres. Dios no quería que estos viviesen en la ociosidad. En el principio creó al hombre como caballero; pero, aunque rico en todo lo que podía proveerle el Propietario del universo, Adán no había de quedar ocioso. Apenas fue creado, se le dio su trabajo. Había de hallar empleo y felicidad en cultivar las cosas que Dios había creado; y, en respuesta a su trabajo, sus necesidades iban a ser abundantemente suplidas con los frutos del jardín del Edén.

Mientras nuestros primeros padres obedecieron a Dios, su trabajo en el huerto fue un placer y la tierra les daba de su abundancia para sus necesidades. Pero, cuando el hombre se apartó de la obediencia, quedó condenado a luchar con la semilla sembrada por

Satanás y ganar su pan con el sudor de su frente. Desde entonces, debía batallar con afanes y penurias contra el poder al cual había cedido su voluntad.

Era el propósito de Dios aliviar, por el trabajo, el mal introducido en el mundo por la desobediencia del hombre. El trabajo podía hacer ineficaces las tentaciones de Satanás y detener la marea del mal. Y, aunque acompañado de ansiedad, cansancio y dolor, el trabajo es todavía una fuente de felicidad y desarrollo, y una salvaguardia contra la tentación. Su disciplina pone en jaque la complacencia propia, y fomenta la laboriosidad, la pureza y la firmeza. Llega a ser, así, parte del gran plan de Dios para restaurarnos de la caída.

El trabajo manual y los juegos

El sentir público es que el trabajo manual es degradante; sin embargo, los hombres pueden esforzarse tanto como quieran en el *cricket*, el béisbol o las contiendas pugilísticas sin que se los considere degradados. Satanás se deleita cuando ve a los seres humanos emplear sus facultades físicas y mentales en lo que no educa ni es útil, que no los ayuda a beneficiar a los que necesitan su ayuda. Mientras los jóvenes se hacen expertos en juegos que no son de valor real para ellos o los demás, Satanás juega la partida de la vida por sus almas, arrebatándoles los talentos que Dios les ha dado, y colocando en su lugar sus malos atributos. Su esfuerzo consiste en inducir a los hombres a ignorar a Dios. Procura enfrascar y envolver la mente tan completamente que Dios no halle cabida en su pensamiento. No quiere que la gente conozca a su Hacedor, y queda muy complacido si puede poner en marcha juegos y funciones teatrales que confunden de tal manera los sentidos de los jóvenes que se olvidan de Dios y del cielo.

Una de las salvaguardias más seguras contra el mal es la ocupación útil, mientras que la ociosidad es una de las mayores

maldiciones; porque el vicio, el crimen y la pobreza siguen en su estela. Los que están siempre ocupados, que atienden alegremente sus tareas diarias, son los miembros útiles de la sociedad. Por el cumplimiento fiel de los deberes que hallan en su senda, hacen que su vida los beneficie a ellos mismos y a otros. El trabajo diligente los guarda de muchas de las trampas de aquel que "halla siempre alguna mala ocupación para las manos ociosas".

El agua estancada no tarda en corromperse; pero, un arroyo que fluye imparte salud y alegría por la tierra. La primera es símbolo de los ociosos; el segundo, de los laboriosos.

La educación manual entre los israelitas

En el plan de Dios para Israel, cada familia tenía una casa en la tierra, con suficiente terreno que cultivar. Así se proveían los medios y el incentivo para vivir una vida útil y laboriosa, de sostén propio. Y ningún plan humano ha podido superar este. Al hecho de que el mundo se apartó de él se debe, en extenso grado, la pobreza y la miseria que existen hoy.

Los israelitas consideraban la preparación industrial como un deber. Se requería de cada padre que hiciera aprender a sus hijos algún oficio útil. Los mayores hombres de Israel se adiestraban en actividades industriales. Se consideraba esencial para toda mujer el conocimiento de los deberes que incumbían a la dueña de casa; y la habilidad en el cumplimiento de estos deberes se consideraba como un honor entre las mujeres de la más alta jerarquía.

Se enseñaban diversas industrias en las escuelas de los profetas, y muchos de los estudiantes se sostenían por el trabajo manual.

El ejemplo de Cristo

La senda del trabajo, señalada a los moradores de la tierra, puede ser dura y cansadora, pero ha sido honrada por las pisadas del

Salvador, y está seguro el que sigue este camino sagrado. Por el precepto y el ejemplo, Cristo dignificó el trabajo útil. Desde sus primeros años, vivió una vida de trabajo. Pasó la mayor parte de su vida terrenal en el trabajo paciente de la carpintería de Nazaret. Vestido como trabajador común, el Señor de la vida recorrió las calles de la pequeña ciudad en la cual vivía, yendo y volviendo de su trabajo humilde; y lo acompañaban ángeles ministradores mientras caminaba lado a lado con los campesinos y los obreros sin que lo reconocieran y honrasen.

Cuando salía para contribuir al sostén de la familia por su trabajo diario, poseía el mismo poder que, cuando a orillas del Mar de Galilea, alimentó a cinco mil almas hambrientas con cinco panes y dos pececillos, pero no empleaba su poder divino para reducir sus cargas o aliviar su trabajo. Había tomado sobre sí la forma de la humanidad, con todos los males que la acompañaban, y no cejaba en sus pruebas más severas. Vivía en una casa de campesino; se vestía con ropas burdas; trataba con los humildes; trabajaba diariamente con manos pacientes. Su ejemplo nos muestra que el deber del hombre es ser laborioso y que el trabajo es honorable.

La relación entre cristianismo y esfuerzo humano

Las cosas de la tierra están íntimamente relacionadas con el cielo, y más directamente bajo la vigilancia de Cristo de lo que muchos piensan. Todos los inventos y perfeccionamientos correctos tienen su fuente en el Ser que es admirable en consejo y excelente en su obra. El toque hábil de la mano del médico, su poder sobre los nervios y los músculos, su conocimiento del delicado mecanismo del cuerpo, es la sabiduría del poder divino, que ha de emplearse en favor de los dolientes. La habilidad con que el carpintero usa sus herramientas, la fuerza con que el herrero golpea el yunque, provienen de Dios. En cualquier cosa que hagamos, doquiera estemos colocados, él desea controlar nuestra mente con el fin de que hagamos un trabajo perfecto.

El cristianismo y los negocios debidamente comprendidos no son cosas separadas sino una sola. La religión de la Biblia ha de introducirse en todo lo que hagamos y digamos. Los agentes humanos y los divinos han de combinarse en las realizaciones temporales tanto como en las espirituales. Han de unirse todas las actividades humanas en los trabajos mecánicos y los agrícolas, en las empresas mercantiles y en las científicas. Hay un remedio para la indolencia; consiste en desechar la pereza como un pecado que conduce a la perdición, y dedicarse al trabajo usando con resolución y vigor la capacidad física que Dios nos ha dado. La única cura para una vida inútil y deficiente es el esfuerzo resuelto y perseverante. No se nos ha dado la vida para que la dediquemos a la ociosidad y la complacencia propia; grandes posibilidades hay colocadas delante de nosotros. En su capital de fuerza, se ha confiado un precioso talento a los hombres, para que trabajen. Es de más valor que cualquier depósito bancario y debe ser apreciado altamente; porque, mediante las posibilidades que ofrece en habilitar a los hombres para vivir una vida feliz y útil, se le puede hacer rendir interés, e intereses compuestos. Es una bendición que no puede ser comprada con oro o plata, casas o tierras; y Dios requiere que la usemos sabiamente. Nadie tiene derecho a sacrificar este talento a la influencia corrompida de la inacción. Todos son responsables tanto por el capital de las fuerzas físicas como por el de los recursos pecuniarios.

No siempre ganan la carrera los veloces, ni la batalla los fuertes; y los que son diligentes en los negocios no siempre prosperan. Pero, "la mano de los diligentes enriquece". Y, mientras la indolencia y la somnolencia agravian al Espíritu Santo y destruyen la verdadera piedad, también llevan a la pobreza y a la necesidad. "La mano negligente empobrece" (Prov. 10:4).

El trabajo juicioso es tónico para la familia humana. Hace fuertes a los débiles, ricos a los pobres, felices a los desgraciados. Satanás

está al asecho, listo para destruir a aquellos que en su tiempo libre le dan oportunidad de acercarse a ellos bajo algún disfraz atrayente. Nunca tiene más éxito que cuando se acerca a los hombres en sus horas de ocio.

La lección de laboriosidad y contentamiento

Entre los males resultantes de las riquezas, uno de los mayores es la idea corriente de que el trabajo es degradante. El profeta Ezequiel declara: "He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvo ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso" (Eze. 16:49). Aquí se nos presentan los terribles resultados de la ociosidad, que debilita la mente, degrada el alma y pervierte el entendimiento, haciendo una maldición de lo que fue dado como una bendición. Los hombres y las mujeres que trabajan son los que ven cosas grandes y buenas en la vida, y son los que están dispuestos a llevar sus responsabilidades con fe y esperanza.

Muchos de los que siguen a Cristo tienen que aprender todavía la lección esencial del contentamiento y la diligencia en los deberes necesarios de la vida. Requiere más gracia y más severa disciplina de carácter el trabajar para Dios como mecánico, negociante, abogado o agricultor, cumpliendo los preceptos del cristianismo en los negocios de la vida, que el trabajar como misioneros reconocidos. Se requiere vigoroso nervio espiritual para introducir la religión en el taller, la oficina, santificando los detalles de la vida diaria y ordenando toda transacción de acuerdo con la norma de la Palabra de Dios. Pero, esto es lo que el Señor requiere.

El apóstol Pablo consideraba la ociosidad como un pecado. Aprendió el oficio de hacer tiendas en todos sus detalles, importantes o insignificantes, y durante su ministerio trabajaba a menudo en ese oficio para mantenerse a sí mismo y a los demás. Pablo no consideraba como tiempo perdido el que pasaba así.

Mientras trabajaba, el apóstol tenía acceso a una clase de personas a quienes no podría haber alcanzado de otra manera. Mostraba a sus asociados que la habilidad en las artes comunes es un don de Dios. Enseñaba que aun en el trabajo de cada día se ha de honrar a Dios. Sus manos encallecidas por el trabajo no restaban fuerza a sus llamamientos patéticos como ministro cristiano.

Dios quiere que todos trabajen. La atareada bestia de carga responde mejor a los propósitos de su creación que el hombre indolente. Dios trabaja constantemente. Los ángeles trabajan; son ministros de Dios para los hijos de los hombres. Los que esperan un cielo de inactividad quedarán chasqueados; porque en la economía del cielo no hay lugar para la satisfacción de la indolencia. Pero, se promete descanso a los cansados y cargados. El siervo fiel es el que recibirá la bienvenida al pasar de sus labores al gozo de su Señor. Depondrá su armadura con regocijo y olvidará el fragor de la batalla en el glorioso descanso preparado para los que venzan por la cruz del Calvario.

***

Por todos lados hay padres que están descuidando el instruir y preparar a sus hijos para el trabajo útil. Se permite a los jóvenes que se críen en la ignorancia de los deberes sencillos y necesarios. Los que han tenido este infortunio, deben despertar y asumir la carga del asunto ellos mismos. Si alguna vez esperan tener éxito en la vida, deben hallar incentivos para emplear útilmente las facultades que Dios les ha dado (*Consejos para los maestros*, págs. 261-267).

45

La educación práctica

El trabajo manual útil es parte del plan del evangelio. El gran Maestro, envuelto en la columna de nube, dio a Israel directivas para que a todo joven se le enseñara algún trabajo útil. Por tanto, era costumbre de los judíos, tanto de las clases más ricas como de las más pobres, enseñar a sus hijos e hijas algún oficio útil, pues si se presentaban circunstancias adversas no tendrían que depender de otros, sino que podrían proveer a sus propias necesidades. Podían ser instruidos en los ramos literarios, pero también debían adiestrarse en algún oficio. Se lo consideraba parte indispensable de su educación.

Ahora, como en los días de Israel, todo joven debe ser instruido en los deberes de la vida práctica. Cada uno debe adquirir cierto conocimiento de algún ramo manual por medio del cual, si fuera necesario, pudiera ganarse la vida. Esto es esencial, no sólo como una salvaguardia contra las vicisitudes de la vida, sino también por su influencia sobre el desarrollo físico, mental y espiritual. Aun cuando fuese seguro que una persona no tendrá necesidad de recurrir al trabajo manual para su sustento, se le debiera enseñar a trabajar. Sin ejercicio físico, nadie puede tener una constitución sana y una salud vigorosa; y la disciplina del trabajo bien regulado no es menos esencial para obtener un espíritu fuerte y activo que para adquirir un carácter noble.

Los alumnos que han obtenido conocimientos de los libros sin adquirir un conocimiento del trabajo práctico no pueden aseverar que tienen una educación simétrica. Las energías que debieron haberse consagrado a los quehaceres de diversos ramos se han descuidado. La educación no consiste en usar solamente el cerebro.

El trabajo físico es parte, también, de la educación esencial para todo joven. Falta una fase importante de la educación si no se enseña al alumno a dedicarse a un trabajo útil.

La sana ejercitación de todo el ser dará una educación amplia y abarcadora. Todo estudiante debe dedicar una parte de cada día al trabajo activo. Así adquirirá hábitos de laboriosidad y se fomentará en él un espíritu de confianza propia, y al mismo tiempo estará a salvo de muchas prácticas malas y degradantes que son a menudo resultado de la ociosidad. Y todo esto está de acuerdo con el objetivo primordial de la educación; porque al estimular la actividad, la diligencia y la pureza nos ponemos en armonía con el Creador.

El mayor beneficio no es el que se obtiene del ejercicio tomado como juego o simplemente como ejercicio. Se obtienen ciertos beneficios por estar al aire puro, y también por ejercitar los músculos; pero, si la misma cantidad de energía se dedica a ejecutar un trabajo útil, el beneficio será mayor. Habrá contentamiento, porque ese ejercicio entraña un sentido de utilidad y la aprobación de la conciencia por un deber bien cumplido.

Los alumnos deben salir de nuestros colegios dotados de eficiencia cabal, para que cuando dependan de sus propios recursos tengan conocimientos que puedan usar, útiles para tener éxito en la vida. Es esencial el estudio diligente, pero también lo es el trabajo arduo y laborioso. El juego no es esencial. El dedicar las facultades físicas a la diversión no es lo más favorable para tener una mente bien equilibrada. Si el tiempo empleado en el ejercicio físico que paso a paso conduce al exceso fuese dedicado a trabajar de acuerdo con los métodos de Cristo, la bendición de Dios descansaría sobre el obrero. La disciplina para la vida práctica que se obtiene del trabajo físico combinado con el esfuerzo mental

queda endulzada al reflexionar que ella hace a la mente y al cuerpo más idóneos para cumplir la obra que Dios requiere que los hombres hagan. Cuanto más perfectamente sepan los jóvenes cumplir los deberes de la vida práctica, tanto mayor será el gozo que tendrán día tras día por ser útiles a otros. La mente educada para disfrutar del trabajo provechoso se amplía; por la preparación y la disciplina se hace idónea para ser útil, porque adquiere el conocimiento esencial que permite a su poseedor beneficiar a otros.

No puedo hallar en la vida de Cristo un ejemplo que muestre que dedicara tiempo al juego y a la diversión. Él fue el gran educador para la vida presente y la futura; sin embargo, no he podido hallar un caso en que enseñara a sus discípulos a buscar diversiones para obtener ejercicio físico. El Redentor del mundo da a cada uno su obra y le ordena: "Negociad entre tanto que vengo" (Luc. 19:13). Al hacer esto, el corazón se entusiasma por la empresa. Todas las facultades del ser quedan alistadas, en el esfuerzo por obedecer. Tenemos una vocación elevada y santa. Los maestros y los alumnos han de ser mayordomos de la gracia de Cristo, y deben ser siempre fervorosos.

El trabajo industrial

Al establecer nuestros colegios fuera de las ciudades, daremos a los alumnos oportunidad de adiestrar tanto sus músculos para trabajar como el cerebro para pensar. Debe enseñárseles a plantar, a cosechar las mieses, a edificar, a ser obreros misioneros aceptables en los trabajos prácticos. Por su conocimiento de las industrias útiles, a menudo podrán quebrantar el prejuicio; a menudo podrán prestar tanto servicio que la verdad quedará recomendada por el conocimiento que posean.

En nuestra escuela de Australia, educamos a nuestros jóvenes en estos ramos, mostrándoles que con el fin de obtener una educación

completa deben dividir su tiempo entre la adquisición del saber de los libros y la obtención de un conocimiento del trabajo práctico. Parte del tiempo se dedicaba al trabajo manual. Así aprendían los alumnos a limpiar la tierra, a cultivar el suelo y a edificar casas; y estas actividades se realizaban mayormente durante el tiempo que de otra manera se habría dedicado a jugar y buscar diversiones. El Señor bendijo a los estudiantes que dedicaron sus horas a aprender lecciones de utilidad. Se me instruyó que dijera a los dirigentes y los maestros de aquel colegio:

"Diversas industrias deben instalarse en nuestros colegios. La instrucción industrial debe incluir la teneduría de libros, la carpintería y todo lo que abarca la agricultura. Deben hacerse preparativos para enseñarse los trabajos de herrería, pintura, zapatería, arte culinario, panadería, lavandería, zurcidos, dactilografía e imprenta. Debe dedicarse, a este trabajo de adiestramiento, toda facultad de que disponemos, con el fin de que los alumnos puedan salir preparados para los deberes de la vida práctica.

"Debe darse a los estudiantes una educación práctica en la agricultura. Esto será de valor inestimable para muchos en sus trabajos futuros. El adiestramiento obtenido en derribar árboles y cultivar el suelo, así como en los ramos literarios, es la educación que nuestros jóvenes deben procurar. La agricultura dará recursos para el sostén propio. Otras actividades, adaptadas a diferentes estudiantes, pueden también llevarse a cabo. Pero el cultivo de la tierra impartirá una bendición especial a los obreros. Debemos preparar de tal manera a los jóvenes que se deleiten en el cultivo del suelo.

"Debe ofrecérseles recursos por los cuales muchos puedan, mientras asisten a la escuela, aprender el oficio de carpintería. Bajo la dirección de obreros expertos, carpinteros aptos para

enseñar, pacientes y bondadosos, debe enseñarse a los jóvenes a construir sólida y económicamente. Las viviendas y otros edificios esenciales para los diversos ramos de la obra escolar deben ser erigidos por los mismos alumnos. Estos edificios no deben agruparse muy cerca los unos de los otros, ni construirse cerca de los edificios escolares propiamente dichos. En la dirección del trabajo escolar, tienen que formarse pequeños grupos a los cuales se les debe inculcar un amplio sentido de su responsabilidad. Todas estas cosas no pueden realizarse enseguida, pero podemos empezar a trabajar con fe".

Con adiestramiento práctico, los alumnos estarán preparados para ocupar puestos de utilidad en muchos lugares. Si en los campos que abre la providencia de Dios es necesario levantar una casa de reunión en alguna localidad, el Señor queda complacido si hay entre su propio pueblo personas a quienes haya dado sabiduría y habilidad para realizar el trabajo necesario.

Hagan sus tareas con esmero los alumnos que se dedican a la edificación; y aprendan de estas tareas lecciones que los ayudarán en la edificación de su carácter. Con el fin de tener un carácter perfecto, deben hacer su trabajo tan perfectamente como sea posible. Dése a cada ramo de trabajo la estabilidad que significa la verdadera economía. Si en nuestras escuelas se cultivara más fielmente la tierra, y los alumnos cuidasen más desinteresadamente los edificios, desaparecería el amor por los deportes y las diversiones, que causa tanta perplejidad en nuestra obra escolar.

En cuanto a las alumnas, son muchos los empleos que se les podría proveer para permitirles obtener una educación abarcadora y práctica. Debe enseñárseles a hacer vestidos y a cuidar del jardín. Deben cultivar flores y plantar frutillas. Así, mientras se están educando en el trabajo práctico, obtendrán saludable ejercicio al

aire libre.

Debe enseñarse la encuadernación y una variedad de otros oficios, que no sólo proveerán ejercicio físico, sino también impartirán conocimiento valioso.

En todas nuestras escuelas debe haber quienes estén preparados para enseñar el arte culinario. Deben dictarse clases para impartir instrucción en esta materia. Los que se están preparando para servir sufren una gran pérdida cuando no adquieren el conocimiento acerca de cómo preparar los alimentos para que sean a la vez sanos y apetitosos.

La ciencia culinaria no es asunto de poca monta. La hábil preparación de los alimentos es una de las artes más esenciales. Debe ser considerada como entre las más valiosas de todas, por estar íntimamente relacionada con la vida. Tanto la fuerza física como la mental dependen, en gran medida, del alimento que ingerimos; por lo tanto, la persona que prepara el alimento ocupa un puesto importante y elevado.

Tanto a los jóvenes como a las señoritas se les debe enseñar a cocinar económicamente y a abstenerse de toda carne. No se estimule de ninguna manera la preparación de platos que contengan carne; porque esto es regresar a la oscuridad y a la ignorancia de Egipto, más bien que dirigirse a la pureza de la reforma pro salud.

Especialmente las mujeres deben aprender a cocinar. ¿Qué parte de la educación de una niña es tan importante como esta? Cualesquiera que sean sus circunstancias en la vida, este es un conocimiento que ella puede practicar. Es un ramo de ocupación que tiene una influencia muy directa sobre la salud y la felicidad. Hay religión práctica en un buen pan.

La cultura en todos los puntos de la vida práctica hará a nuestros jóvenes útiles después de que salgan de la escuela para ir a países extranjeros. No tendrán, entonces, que depender de las gentes a quienes vayan para que cocinen, o cosan para ellos o les edifiquen casas. Ejercerán mayor influencia si demuestran que pueden enseñar a los ignorantes a trabajar de acuerdo con los mejores métodos y producir los mejores resultados. Se requerirán menos fondos para sostener a tales misioneros, debido a que el trabajo útil y práctico, combinado con sus estudios, les permitió dedicar al mejor uso posible sus facultades físicas. Esto será apreciado en los lugares donde sea difícil obtener recursos. Revelará que los misioneros pueden ser educadores y enseñar a trabajar. Y, dondequiera que vayan, todo lo que hayan ganado en este sentido les permitirá destacarse.

Las artes comunes

La habilidad en las artes comunes es un don de Dios. Él provee tanto el don como la sabiduría para usarlo correctamente. Cuando él deseaba que se hiciera cierto trabajo en el Tabernáculo, dijo: "Mira, yo he llamado por nombre a Bezaleel hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá; y lo he llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría y en inteligencia, en ciencia y en todo arte" (Éxo. 31:2, 3). Mediante el profeta Isaías, el Señor dijo: "Estad atentos, y oíd mi voz; atended, y oíd mi dicho. El que ara para sembrar, ¿arará todo el día? ¿Romperá y quebrará los terrones de la tierra? Cuando ha igualado su superficie, ¿no derrama el eneldo, siembra el comino, pone el trigo en hileras, y la cebada en el lugar señalado, y la avena en su borde apropiado? Porque su Dios le instruye, y le enseña lo recto; que el eneldo no se trilla con trillo, ni sobre el comino se pasa rueda de carreta; sino que con un palo se sacude el eneldo, y el comino con una vara. El grano se trilla; pero no lo trillará para siempre, ni lo comprime con la rueda de su carreta, ni lo quebranta con los dientes de su trillo. También esto salió de Jehová de los

ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría" (Isa. 28:23-29).

Dios otorga sus dones según le agrada. Concede un don a una persona, y otro don a otra, pero son para el beneficio de todo el cuerpo. Está de acuerdo con el designio de Dios que unos sirvan en un ramo de trabajo y otros en otros ramos, sirviendo todos bajo el mismo Espíritu. El reconocimiento de este plan será una salvaguardia contra la emulación, el orgullo, la envidia o el desprecio recíproco. Fortalecerá la unidad y el amor mutuo.

Un número mucho mayor de jóvenes necesita aprovechar las ventajas de nuestras escuelas. Necesitan el curso de adiestramiento manual, que les enseñará a vivir una vida activa y enérgica. Bajo dirigentes sabios, juiciosos y temerosos de Dios, se ha de enseñar a los estudiantes diferentes clases de trabajo. Cada tarea ha de ser dirigida de la manera más cabal y sistemática, tanto como la mucha experiencia y la sabiduría pueda permitirnos planear y ejecutar.

Despierten los maestros y vean la importancia de este asunto, y enseñen la agricultura y las otras industrias, cuya comprensión es esencial para los alumnos. Procuren alcanzar los mejores resultados en cada departamento de trabajo. Introdúzcase en el trabajo la ciencia de la Palabra de Dios, con el fin de que los estudiantes puedan comprender los principios correctos y alcanzar la norma más alta posible.

¿Recompensa financieramente?

En muchas mentes surgirá la pregunta: ¿Puede conseguirse en nuestros colegios que el trabajo industrial compense financieramente? Y si no puede lograrse, ¿debe llevarse adelante?

Sería sorprendente el obtener de las industrias una

compensación financiera apenas sean iniciadas. A veces Dios permite que se produzcan pérdidas para enseñarnos lecciones que nos ayudarán a no cometer equivocaciones que entrañarían pérdidas mucho mayores. Los que han tenido pérdidas financieras en su trabajo industrial procuren cuidadosamente descubrir las causas y esfuércense por remediarlas de tal manera que en lo futuro no se repita la pérdida.

Recordemos todos que somos miembros de la familia de Dios, y recordemos también que Satanás y toda su hueste están tratando constantemente de obligarnos a cometer errores, con el fin de que se destruya nuestra confianza en nosotros mismos y en los demás. Pero, cuando surgen perplejidades, ¿nos conformaremos con permanecer en la ignorancia sin hacer nada? No lo permita Dios.

Se producirán fracasos aparentes en la obra, pero esto no debe desalentarnos. Los libros de cuentas pueden demostrar que el colegio sufrió cierto atraso financiero al llevar adelante el trabajo industrial; pero, si en estas actividades los estudiantes aprendieron lecciones que fortalecerán la edificación de su carácter, los libros del cielo arrojarán una ganancia que excederá por mucho la pérdida financiera. Hasta el Día del Juicio no sabremos nunca cuántas almas ha contribuido a salvar este trabajo. Satanás halla travesuras para las manos ociosas; pero, cuando los estudiantes se mantienen atareados en el trabajo útil, el Señor tiene oportunidad de obrar por ellos.

Si, después de impartir la preparación manual durante un año, los directores del colegio encuentran que ha habido pérdida, procuren descubrir la razón y precaverse contra ella en lo futuro. Pero, no prevalezca el espíritu de censura, porque el Espíritu de Cristo queda agraviado cuando se pronuncian palabras de crítica cruel contra los que han hecho lo mejor que podían. En la Palabra de Dios hay palabras de estímulo tanto como de prevención. No

permita Dios que sean debilitadas las manos de los que están procurando llevar adelante una actividad.

Quiero instar a que se aliente a nuestras escuelas en sus esfuerzos para el adiestramiento de los jóvenes en la agricultura y otras actividades industriales. Cuando, en los negocios comunes, se inicia algo y se hacen preparativos para el desarrollo futuro, con frecuencia hay una pérdida financiera. Pero, recordemos la bendición que imparte a los alumnos el ejercicio físico. Muchos estudiantes han muerto mientras procuraban adquirir una educación, debido a que se limitaban demasiado al esfuerzo mental.

No debemos ser estrechos en nuestros planes. En el adiestramiento industrial hay ventajas que no se perciben, que no pueden ser medidas ni calculadas. No lamente nadie el esfuerzo necesario para llevar adelante con éxito el plan que durante años nos ha sido presentado como de importancia primordial.

Los maestros tendrán que arrostrar pruebas. Los desalientos se acumularán sobre ellos mientras vean que su trabajo no es apreciado. Satanás se esforzará por afligirlos con achaques corporales, esperando inducirlos a murmurar contra Dios, a cerrar sus ojos con respecto a su bondad, su misericordia, su amor y el excelso peso de gloria que aguarda al vencedor. En tales ocasiones, recuerden los maestros que Dios los está conduciendo a una confianza más perfecta en él. Si en su perplejidad quieren mirar a él con fe, los sacará del horno de prueba refinados y purificados como el oro que es probado en el fuego.

Diga la persona apremiada y cruelmente probada: "Aunque él me matare, en él esperaré". "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová,

y me gozaré en el Dios de mi salvación" (Job 13:15; Hab. 3:17, 18) (*Consejos para los maestros*, págs. 292-301).

46

Trabajo y educación

Nuestro ánimo ha sentido mucha ansiedad durante días y noches con respecto a nuestros colegios. ¿Cómo han de ser dirigidos? ¿En qué ha de consistir la educación y la preparación de los jóvenes? ¿Dónde debe ser ubicado nuestro Colegio Bíblico de Australia? Me desperté esta mañana a la una con una grave preocupación en el alma. El asunto de la educación me ha sido presentado en diversas direcciones, en aspectos variados, por medio de muchas ilustraciones y con especificaciones directas, ya sea acerca de un punto, ya sea de otro. Creo, ciertamente, que tenemos mucho que aprender. Somos ignorantes en cuanto a muchas cosas.

Al escribir y hablar acerca de la vida de Juan el Bautista y la vida de Cristo, he tratado de presentar aquello que me ha sido revelado con respecto a la educación de nuestros jóvenes. Tenemos, para con Dios, la obligación de estudiar este asunto sinceramente; pues merece un examen detenido y crítico en cada uno de sus aspectos. Cristo declaró acerca de Juan el Bautista: "Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor" (Mat. 11:11). Dicho profeta fue dirigido por el Espíritu de Dios al desierto, fuera de las influencias contaminadoras de la ciudad, con el fin de adquirir una educación que lo habilitara para recibir instrucción de parte de Dios más bien que de parte de los doctos escribas. No debía relacionarse con los rabinos; cuanto menos se familiarizara con sus enseñanzas, sentencias y tradiciones, tanto más fácilmente podría el Señor impresionar su mente y su corazón, y darle el molde puro de verdad que había de ser dado a la gente para preparar el camino del Señor. Las enseñanzas de los escribas y los fariseos eran de tal carácter que iban a apartar a la gente de la verdad genuina que el Gran Maestro debía presentar cuando diera comienzo a su misión.

La única esperanza de la gente estaba en abrir su corazón y su inteligencia a la luz enviada del Cielo por medio de su profeta, el precursor de Cristo.

Estas lecciones son para nosotros. Los que pretenden conocer la verdad y comprender la gran obra que ha de hacerse para este tiempo han de consagrarse a Dios en alma, cuerpo y espíritu. En el corazón, el vestido, el lenguaje, en fin, en cada detalle, han de estar separados de las modas y las prácticas del mundo. Han de ser un pueblo singular y santo. No es el vestido lo que los hace singulares, sino que debido a que son un pueblo singular y santo no pueden llevar las marcas de semejanza con el mundo.

Como pueblo, tenemos que aparejar el camino del Señor. Cada ápice de capacidad que Dios nos ha dado debe ponerse en uso para preparar a la gente según el dechado de Dios, según su molde espiritual, con el fin de que permanezca firme en este día grande de la preparación de Dios y para que estas solemnes preguntas: ¿Qué es la eternidad para nosotros? ¿Cómo soportará mi caso el juicio investigador? ¿Cuál será mi suerte y mi destino?, se susciten en el corazón de los amadores del mundo. Muchos que suponen que van al cielo tienen los ojos vendados por el mundo. Sus ideas acerca de lo que constituye una educación y una disciplina religiosas son vagas y sólo se apoyan en probabilidades; y hay muchos que no tienen una esperanza bien comprendida y corren un gran riesgo al practicar precisamente las cosas que Jesús enseñó que no debieran hacer, en el comer, el beber y el vestir, atándose así al mundo de diversas maneras. Tienen que aprender todavía las solemnes lecciones tan esenciales para crecer en espiritualidad con el fin de salir del mundo y separarse de él. El corazón está dividido; la mente carnal apetece conformidad, semejanza con el mundo de tantas maneras que la señal distintiva con respecto al mundo es apenas notable. El dinero, el dinero de Dios, se gasta para crear una apariencia con arreglo a las costumbres del mundo; la experiencia

religiosa se contamina con la mundanalidad, y ni el mundo ni el universo celestial disciernen la evidencia del discipulado: la semejanza de Cristo en la abnegación y en el llevar la cruz.

En este país [Australia], Satanás se ha entronizado de la manera más sorprendente, para manejar a los dirigentes del Gobierno nacional. La educación que han recibido desde la niñez es errónea. Muchas cosas se consideran importantes y tienen el efecto más perjudicial sobre las personas. Los muchos días feriados han tenido una influencia funesta sobre la mente de los jóvenes; su efecto es desmoralizador para el Gobierno y son enteramente contrarios a la voluntad de Dios. Propenden a alentar una excitación artificial, un deseo de diversiones. Las personas son inducidas a disipar el precioso tiempo que debiera emplearse en el trabajo útil para sostener honradamente a sus familias y mantenerse libres de deudas. La pasión por las diversiones y el despilfarro de dinero en las carreras de caballos, en las apuestas y en varias cosas por el estilo están aumentando la pobreza del país y ahondando la miseria, que es el resultado seguro de esta clase de educación.

Nunca podrá darse la debida educación a los jóvenes en este país o en otro cualquiera, a menos que estén separados por una larga distancia de las ciudades. Las costumbres y las prácticas propias de las ciudades inhabilitan la mente de los jóvenes para la entrada de la verdad. El beber licores, el fumar y jugar, las carreras de caballos, el ir al teatro, la gran importancia atribuida a los días de fiesta, todo ello es una especie de idolatría, un sacrificio sobre el altar de los ídolos. Si las personas asisten concienzudamente a sus negocios legítimos en días de fiesta se las considera como miserables y antipatriotas. El Señor no puede ser servido de esta manera. Los que multiplican los días de placer y diversión están, en realidad, favoreciendo a los expendedores de bebidas y quitando a los pobres los mismos recursos con que habrían de comprar alimento y ropa para sus hijos, recursos que, usados con

economía, pronto proveerían de un hogar a sus familias. Y no puedo más que mencionar de paso estos males.

No es correcto el plan de situar los edificios escolares donde los alumnos hayan de tener constantemente ante sus ojos las prácticas erróneas que han estado amoldando su educación durante toda su existencia, larga o corta. Esos días de fiesta, con todo su séquito de mal, tienen por resultado veinte veces más miseria que bienestar.

En una proporción grande, la observancia de esos días es realmente compulsiva. Hasta personas que se han convertido de veras encuentran difícil romper con esas prácticas y costumbres. Si se situaran los colegios en las ciudades o a pocos kilómetros de ellas, sería más difícil contrarrestar la influencia de la educación anterior recibida por los alumnos con respecto a esos días de fiesta y las prácticas relacionadas con ellos, tales como las carreras de caballos, el juego y la oferta de premios. La atmósfera misma de esas ciudades está llena de un ponzoñoso ambiente. No se respeta la libertad de acción individual; el tiempo de un hombre no se considera como cosa realmente suya: se espera que proceda como los demás. Si se situara nuestro colegio en una de esas ciudades o a pocos kilómetros de ella, habría en acción constante una influencia oponente a la cual hacer frente y vencer. La consagración a las diversiones y la observancia de tantos días feriados suministran gran ocupación a los tribunales, a los funcionarios y los jueces, y acrecientan la pobreza y la miseria, cosas estas que no tienen por qué aumentar.

Todo esto es falsa educación. Encontraremos necesario establecer nuestros colegios fuera y distantes de las ciudades, si bien no tan lejos que no puedan estar en contacto con ellas, para hacerles bien y permitir que la luz resplandezca en medio de las tinieblas morales. Los alumnos tienen que ser colocados bajo las circunstancias más favorables para contrarrestar en gran parte el

efecto de la educación que han recibido.

Familias enteras necesitan una transformación cabal en sus costumbres e ideas antes de que puedan ser verdaderos representantes de Jesucristo. Y, en gran medida, los niños que hayan de recibir educación en nuestras escuelas harán mucho mayor progreso si están separados del círculo familiar en que recibieron una educación errónea. Podría ser necesario que algunas familias se situaran donde puedan tener a sus hijos consigo y evitar gastos; pero, en muchos casos, esto demostraría ser un impedimento más bien que una bendición para sus hijos. La gente de este país aprecia tan poco la importancia de los hábitos de laboriosidad que los niños no son educados para efectuar trabajo verdadero y diligente. Esto debe ser parte de la educación dada a los jóvenes.

Dios proporcionó ocupación a Adán y a Eva. El Edén fue la escuela de nuestros primeros padres y Dios su instructor. Aprendieron a labrar la tierra y a cuidar de las cosas que el Señor había plantado. No consideraban el trabajo como cosa degradante, sino como una gran bendición. El trabajo era un placer para ellos. La caída de Adán cambió el orden de las cosas: la tierra fue maldita; empero, el mandato de que el hombre se ganara el pan con el sudor de su frente no fue dado como una maldición. Por medio de la fe y la esperanza, el trabajo tenía que ser una bendición para los descendientes de Adán y Eva. Dios no tuvo jamás el propósito de que el hombre no tuviera nada que hacer. Pero, cuanto mayor y más profunda es la maldición del pecado, tanto más se altera el orden establecido por Dios. La carga del trabajo reposa pesadamente sobre una clase determinada, pero la maldición de la ociosidad se halla sobre muchos que están en posesión del dinero de Dios, y todo ello debido al falso concepto de que el dinero acrecienta la valía moral de los hombres. El trabajo es para los seres humanos lo que ellos hacen de él. El sumirse en constante

faena y buscar alivio momentáneo en la bebida y en las diversiones excitantes hará a los hombres poco mejores que las bestias.

Necesitamos, en este país, colegios para educar a niños y jóvenes, con el fin de que sean *amos* del trabajo y no *esclavos* de él. La ignorancia y la ociosidad no elevarán a ningún miembro de la familia humana. La ignorancia no aliviará la suerte del que trabaja duramente. Repare el trabajador en el beneficio que puede obtener en la ocupación más humilde, haciendo uso de la capacidad que Dios le ha dado como un don. De este modo, puede llegar a ser un educador que enseñe a otros el arte de trabajar inteligentemente. Puede comprender lo que quiere decir amar a Dios con el corazón, el alma, la mente y la fuerza. Las facultades físicas han de ponerse al servicio como resultado del amor hacia Dios. El Señor quiere la fuerza física; ustedes pueden revelar su amor hacia él por el empleo debido de sus facultades físicas, haciendo precisamente el trabajo que es necesario hacer. No hay acepción de personas para con Dios. Cuando se construyó el Tabernáculo en el desierto para el servicio de Dios, el trabajo se hizo bajo la dirección divina. Dios fue el diseñador; los obreros fueron enseñados por él, y pusieron en la obra corazón, alma y fuerza. Había trabajo penoso que hacer, y el vigoroso artesano esforzaba sus músculos y sus nervios, manifestando su amor hacia Dios en la tarea hecha para su honra.

Hay, en el mundo, una gran cantidad de trabajo penoso y abrumador que hacer, y aquel que trabaja sin poner en acción las facultades de la mente, del corazón y del alma, dadas por Dios, y emplea sólo la fuerza física, hace del trabajo una fatigosa carga. Hay hombres con mente, corazón y alma que consideran el trabajo como una actividad baja y tediosa, y se entregan a él con resignada ignorancia, haciendo las cosas sin ganas, sin esforzar las aptitudes mentales para hacer mejor el trabajo.

Hay ciencia en las ocupaciones más humildes, y si todos lo

consideraran así verían nobleza en el trabajo. El corazón y el alma han de ponerse en cualquier clase de trabajo; entonces habrá alegría y eficiencia. En ocupaciones agrícolas o mecánicas, los hombres pueden demostrar a Dios que aprecian el don de las facultades físicas como también el de las mentales. Empléese la capacidad ya educada en idear mejores métodos de trabajo. Esto es lo que el Señor desea. Hay honra en cualquier clase de trabajo cuya ejecución sea esencial. Hágase de la ley de Dios la norma de la acción, y ella ennoblecerá y santificará todo trabajo. La fidelidad en el cumplimiento de cada deber ennoblece la obra y revela un carácter que Dios puede aprobar.

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas" (Mar. 12:30). Dios desea el amor que se expresa en el servicio hecho de corazón, en el servicio prestado con la mente, en el servicio realizado mediante las facultades físicas. No hemos de ser mezquinos en cualquier servicio que prestemos a Dios. Cualquier cosa que nos haya dado prestada hemos de usarla para él inteligentemente. El hombre que ejercita sus facultades las fortalecerá seguramente; con todo, debe tratar de hacer lo mejor que puede. Se requieren inteligencia y habilidad educada para idear los mejores métodos en la labranza, en la construcción y en cualquier otro ramo, con el fin de que el obrero no trabaje en vano.

No es una virtud que hombres o mujeres toleren la lentitud y la chabacanería en el trabajo, sea cual fuere su carácter. Los hábitos de lentitud deben vencerse. El hombre despacioso y que hace su trabajo sin producir beneficio no es obrero de valor. Su lentitud es un defecto que es necesario ver y corregir. Dicho obrero tiene que hacer uso de la inteligencia, para idear cómo emplear el tiempo de modo que logre los mejores resultados. Cuando uno está siempre trabajando y el trabajo jamás se termina, la causa de ello se debe a que la mente y el corazón no están puestos en el trabajo. Algunas

personas emplean diez horas en hacer aquello que otras ejecutan fácilmente en cinco. Tales obreros no aplican tacto ni método a su trabajo. Hay que aprender algo cada día acerca de cómo mejorar en la manera de trabajar, de modo que se termine la tarea y se tenga tiempo para otra cosa. Es deber de todo obrero poner no sólo sus fuerzas, sino también su mente y su intelecto en aquello que va a hacer. Algunos de los que se ocupan en el trabajo doméstico están siempre trabajando y esto no porque tengan tanto que hacer sino porque no hacen planes para disponer de tiempo. Debieran fijarse un tiempo determinado para cumplir sus tareas y hacer que cada uno de sus movimientos sirva para algo. La torpeza y la ignorancia no son virtudes. Ustedes pueden elegir estereotiparse en un proceder erróneo por no tener la determinación de reformarse, o pueden cultivar sus facultades como para prestar el mejor servicio, y en este caso se verán solicitados en todas partes. Serán estimados en todo lo que valen. "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas" (Ecl. 9:10). "En lo que requiere diligencia, no perezosos, fervientes en espíritu, sirviendo al Señor" (Rom. 12:11).

Australia necesita que la levadura del sentido común sano y sólido se introduzca en todas sus ciudades y sus poblaciones. Hay necesidad de educación apropiada. Se debieran establecer colegios que respondan al propósito de que en ellos se obtengan no sólo conocimiento libresco sino también nociones de laboriosidad práctica. En diversas comunidades se necesitan hombres que indiquen a la gente cómo obtener las riquezas provenientes del suelo. El cultivo de la tierra dará su recompensa.

Por la observancia de los días de fiesta, las personas, tanto del mundo como de las iglesias, han sido enseñadas para que crean que los días de asueto son esenciales para la salud y la felicidad; sin embargo, los resultados revelan que dichas personas están llenas de maldad, la que a su vez está arruinando al país. Los jóvenes, por

lo general, no son educados como para que formen hábitos de diligencia. Las ciudades y hasta los pueblos del campo se están volviendo como Sodoma y Gomorra, y como el mundo de los días de Noé. La disciplina de los jóvenes en aquellos días era similar a la forma en que se educa y disciplina a los niños en esta época; esto es: amar la excitación, glorificarse a sí mismos y seguir tras la imaginación de sus corazones perversos. Ahora como entonces, la depravación, la crueldad, la violencia y el crimen son los resultados.

Todas estas cosas constituyen lecciones para nosotros. Pocos son, en la actualidad, realmente laboriosos y económicos. La pobreza y el dolor se hallan por doquier. Hay hombres que trabajan arduamente y obtienen muy poco por su trabajo. Se necesita conocimiento mucho más vasto acerca de la preparación del terreno. No hay visión suficientemente amplia con respecto a lo que se puede obtener de la tierra. Se sigue una rutina estrecha e invariable, con resultados desalentadores. La valorización de la tierra ha maldecido este país y se han pagado precios exorbitantes por terrenos comprados a plazos. Se debe luego desmontar el terreno para la labranza y hay que tomar más dinero prestado; la edificación de una casa en que vivir demanda más dinero aún; y después el interés, abierta su boca, se traga todas las utilidades. Se acumulan las deudas, luego viene el cierre y la quiebra de los bancos, y la consiguiente pérdida de los bienes hipotecados. Miles han sido expulsados de sus empleos; familias hay que pierden todo lo que poseen; solicitan préstamos una vez y otra, y al fin abandonan su propiedad y salen sin un centavo. Mucho dinero y arduo trabajo se han dedicado a la compra de chacras a plazos, o heredadas con un gravamen. Los ocupantes vivieron con la esperanza de llegar a ser los verdaderos propietarios, lo que habría podido realizarse a no ser por las quiebras de los bancos por todo el país.

El caso de un hombre que tenga su propiedad libre de gravamen es una dichosa excepción a la regla. Los comerciantes quiebran, y las familias sufren por falta de alimento y de vestido. Ningún trabajo se presenta de suyo; pero los días de fiesta son muchísimos y sus diversiones se buscan con avidez. Todo el que pueda hacerlo gastará sus centavos y sus pesos ganados a duras penas en el disfrute de un placer, en bebida fuerte o en alguna otra satisfacción. Los periódicos que informan acerca de la pobreza de la gente tienen avisos permanentes de carreras de caballos y de los premios presentados por diferentes clases de deportes excitantes. Las salas de espectáculos, los teatros y toda esa clase de diversiones desmoralizadoras están sustrayendo el dinero del país, y la pobreza aumenta constantemente. Hombres pobres invierten su último centavo en una jugada de lotería con la esperanza de sacar un premio, y tienen luego que mendigar el alimento necesario para sostener la vida o, si no, andar hambrientos. Muchos mueren a causa del hambre y otros tantos ponen fin a su existencia. Pero no se termina con esto. Algunos los llevan a ustedes a sus plantíos de naranjas, limones y otras frutas, y les dicen que el producto no cubre el trabajo empleado en ellos. Resulta casi imposible subvenir a las necesidades de la familia, por lo cual los padres deciden que sus hijos no serán agricultores; no tienen valor y esperanza para enseñarles a labrar la tierra.

Lo que se necesita son colegios para educar y preparar a los jóvenes de modo que sepan cómo vencer este estado de cosas. Ha de haber enseñanza de las ciencias, y de planes y métodos para trabajar la tierra. En la tierra hay esperanza; pero han de aplicarse el cerebro, el corazón y la fuerza al trabajo de cultivarla. El dinero dedicado a las carreras de caballos, al teatro, al juego y a la lotería; el gastado en las tabernas, en cerveza y bebidas alcohólicas inviértase en hacer productiva la tierra, y veremos un estado de cosas diferente.

Este país necesita agricultores educados. El Señor da la lluvia copiosa y la luz benéfica del sol. Da a los hombres todas sus facultades; por lo tanto, consagren ellos corazón, mente y fuerza a hacer su voluntad, en obediencia a sus mandamientos. Despréndanse de todo hábito pernicioso; no gasten jamás un centavo en cerveza u otro licor cualquiera, ni tampoco en tabaco; no tengan nada que ver con las carreras de caballos o deportes similares y encomiéndense luego a Dios, trabajando con toda su fuerza física, y su trabajo no será en vano. El Dios que hizo el mundo para beneficio del hombre proveerá, de la tierra, recursos para sostener al obrero diligente. La semilla colocada en el suelo perfectamente preparado rendirá su cosecha. Dios puede tender mesa en el desierto para su pueblo.

Hay que aprender los diversos oficios y ocupaciones, los cuales ponen en acción una gran variedad de aptitudes mentales y corporales. Las ocupaciones que exigen una vida sedentaria son las más peligrosas, por cuanto apartan a los hombres del aire libre y de la luz solar, y disciplinan cierto número de facultades, en tanto que otros órganos se debilitan a causa de la inacción. Hay hombres que fomentan su trabajo, perfeccionan sus negocios y pronto bajan al sepulcro. Mucho más favorable es la condición de uno cuya ocupación lo mantiene al aire libre, donde ejercita los músculos y, mientras el cerebro está igualmente obligado a trabajar, todos los órganos tienen el privilegio de hacer lo mismo. Nuevas escenas se les revelan de continuo a aquellos que pueden vivir fuera de las ciudades y trabajar al aire libre contemplando las obras del gran Artista maestro. Mientras hacen del libro de la naturaleza su objeto de estudio, obra en ellos una influencia que enternece y subyuga, porque reconocen que el cuidado de Dios está sobre todo, desde el glorioso sol de los cielos hasta el pequeño gorrión o el diminuto insecto que tenga vida. La Majestad del cielo nos ha indicado estas cosas de la creación de Dios como una evidencia de su amor. El que formó las flores ha dicho: “Considerad los lirios del

campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?" (Mat. 6:28-30). El Señor es nuestro Maestro, y enseñados por él podremos aprender las más preciosas lecciones provenientes de la naturaleza.

El mundo está bajo la maldición del pecado; sin embargo, es hermosísimo aun en su decadencia. Si no estuviera manchado por los actos inicuos y corruptos de los hombres que andan sobre la tierra, podríamos, con la bendición de Dios, gozar de nuestro mundo así como es. Pero, la ignorancia, el amor a los placeres y los hábitos pecaminosos que corrompen el alma, el cuerpo y el espíritu llenan al mundo de lepra moral; un mortífero ambiente moral está destruyendo a millares. ¿Qué ha de hacerse para salvar a nuestros jóvenes? Nosotros podemos hacer poco, pero Dios vive y reina, y él puede hacer mucho. Los jóvenes son nuestra esperanza para la obra misionera.

Debieran establecerse colegios donde la naturaleza ofrezca más atractivos que deleiten los sentidos y den variedad al paisaje. A la par que evitamos lo falso y artificial, descartando las carreras de caballos, el juego de naipes, las loterías, las disputas de premios, el beber licor y usar tabaco, debemos proporcionar fuentes de placer puras, nobles y elevadoras. Debiéramos escoger, para nuestro colegio, un sitio apartado de las ciudades, donde los ojos no tengan que descansar constantemente sobre las moradas de los hombres sino sobre las obras de Dios; donde los alumnos encuentren lugares que les interese visitar, más bien que lo que la ciudad ofrece. Colóquese a nuestros estudiantes donde la naturaleza hable a los sentidos y en su voz puedan oír la voz de Dios. Estén donde puedan mirar sus obras maravillosas y a través de la naturaleza contemplar al Creador de ella.

Los jóvenes de este país necesitan más ferviente labor espiritual que los de cualquier otro que hayamos visitado. Las tentaciones son fuertes y muchas, y las continuas festividades y los hábitos de ociosidad son muy desfavorables para ellos. Al ocioso, Satanás lo hace partícipe y colaborador de sus tretas, y el Señor Jesús no habita en su corazón por la fe. No se enseña a los niños y los jóvenes a reconocer que la influencia que ejercen es o buena o mala. Se les debiera hacer ver constantemente lo mucho que pueden llevar a cabo; se les debiera animar en el sentido de alcanzar la más alta norma de rectitud. Empero, desde su juventud en adelante se les ha enseñado la idea popular de que los días de fiesta establecidos deben ser respetados y observados. Según la luz que el Señor me ha dado, tales días no tienen más influencia en el sentido del bien que la que tendría la adoración de las deidades paganas; pues, en realidad, su observancia no equivale a nada menos. Esos días son ocasiones de cosecha especiales de Satanás. El dinero extraído a hombres y mujeres se gasta en lo que no es pan. Los jóvenes aprenden a amar lo que es desmoralizador, lo que la Palabra de Dios condena. La influencia es mala y solamente mala de continuo.

La ocupación manual para los jóvenes es esencial. La mente no ha de ser recargada constantemente, con descuido de las fuerzas físicas. La ignorancia de la fisiología y el descuido en observar las leyes de la salud han llevado al sepulcro a muchos que podrían haber vivido para trabajar y estudiar inteligentemente. El apropiado ejercicio de la mente y del cuerpo desarrollará y fortalecerá todas las facultades. La mente y el cuerpo serán preservados y podrán hacer una variedad de trabajo. A los ministros y los maestros les es necesario ilustrarse acerca de estas cosas y también practicarlas. El empleo debido de la fuerza física, así como el de las facultades mentales, equilibrará la circulación de la sangre y mantendrá a cada órgano de la maquinaria viviente en ordenada marcha. A menudo se hace mal uso de la mente: se la

lleva a la locura al proseguir en un sólo género de ideas. La ocupación excesiva del cerebro y el descuido de los demás órganos del cuerpo originan una condición enfermiza en el organismo. Puede emplearse toda facultad de la mente con relativa seguridad si se utilizan igualmente las facultades físicas, y se varía el tema de pensamiento. Necesitamos un cambio de ocupación, y la naturaleza es un maestro vivo y saludable.

Cuando los alumnos entran en el colegio para educarse, los instructores debieran tratar de rodearlos de objetos del carácter más agradable e interesante, con el fin de que la mente no se limite al estudio muerto de los libros. El colegio no debiera estar ni dentro ni cerca de una ciudad, debido a que su lujo, sus placeres inicuos, y sus costumbres y prácticas malvadas requerirán constante trabajo para contrarrestar la iniquidad reinante, con el fin de que no envenene la atmósfera misma respirada por los alumnos. Todos los colegios debieran situarse, mientras sea posible, donde la vista pueda contemplar las cosas de la naturaleza en vez de un grupo de casas. El paisaje siempre variable dará satisfacción al gusto y dominará la imaginación. Es la naturaleza un maestro vivo que enseña constantemente.

He estado inquieta por muchas cosas tocantes a nuestros colegios. En su trabajo, los jóvenes están asociados con las jóvenes y hacen el trabajo que corresponde a las mujeres. Esto es aproximadamente todo lo que hay para ocuparlos, según se hallan ubicados actualmente; pero, por la luz que se me ha dado, no es esta la clase de educación que los jóvenes necesitan. No les proporciona el conocimiento que deben llevar consigo a sus hogares. Debiera haber una clase de trabajo diferente a su alcance, que les diera la oportunidad de mantener ocupadas las facultades físicas lo mismo que las mentales. Debiera haber tierra para cultivo. No está muy lejos el tiempo cuando las leyes contrarias al trabajo dominical sean más rigurosas, por lo que debiera hacerse un esfuerzo para

adquirir terrenos lejos de las ciudades, donde puedan cultivarse frutas y verduras. La agricultura ofrecerá recursos para el propio sostén; además, podrían aprenderse otros oficios. Este trabajo real y activo demanda fuerza intelectual lo mismo que muscular. Se requieren método y tacto para cultivar con éxito frutas y verduras. Los hábitos de laboriosidad serán una ayuda importante para que los jóvenes resistan la tentación.

Hay, en la agricultura, campo abierto para dar salida a sus aprisionadas energías, las cuales, si no se emplean en ocupación útil, serán fuente constante de prueba para ellos y para sus maestros. Pueden idearse muchas clases de trabajos, adaptados a diferentes personas. Empero, el trabajo de la tierra será para el obrero una bendición especial. Existe una falta grande de hombres inteligentes para labrar la tierra, hombres que sean íntegros. Este conocimiento no será un obstáculo para la educación esencial para los negocios o la utilidad en cualquier sentido. Para aumentar la capacidad productiva de la tierra se requiere cuidado e inteligencia. Ello no sólo desarrollará los músculos sino también las aptitudes para el estudio, en virtud de quedar equilibrada la acción del cerebro y de los músculos. Debiéramos disciplinar a los jóvenes de tal manera que llegue a gustarles trabajar la tierra y a deleitarles mejorarla. La esperanza de promover la causa de Dios en este país está en crear un nuevo gusto moral en el amor al trabajo, lo cual transformará la mente y el carácter.

Se ha dado un falso testimonio al condenar la tierra, la cual, si fuese debidamente trabajada, produciría cuantiosas ganancias. Los planes mezquinos, el poco vigor empleado y el reducido estudio de los mejores métodos piden a gritos una reforma. La gente tiene que aprender que el trabajo paciente hará maravillas. Hay mucha lamentación a causa del terreno improductivo, mientras que si los hombres leyeran los escritos del Antiguo Testamento verían que el Señor conoce mucho mejor que ellos lo referente al trato adecuado

de la tierra. Después de haberse cultivado durante varios años ciertas porciones del terreno y de haber obtenido sus tesoros, se les debiera conceder descanso, y cambiar las sementeras. Mucho podríamos aprender también del Antiguo Testamento en cuanto al problema del trabajo. Si los hombres quisieran seguir las instrucciones de Cristo acerca de recordar a los pobres y suplir sus necesidades, ¡cuán diferente sería este mundo!

Tengan siempre en vista la gloria de Dios, y si la cosecha fracasa no se desanimen; hagan una nueva tentativa; sin embargo, recuerden que no podrán tener cosecha a menos que el terreno sea debidamente preparado para la semilla. El fracaso puede deberse enteramente al descuido de este punto.

El colegio por establecerse en Australia debiera destacar el asunto de las industrias y revelar el hecho de que el trabajo corporal tiene su sitio en el plan de Dios para cada hombre, y que su bendición acompañará a dicho trabajo. Los colegios establecidos por aquellos que enseñan y practican la verdad para este tiempo deben ser dirigidos de manera que se añadan frescos y nuevos incentivos a todas las clases de trabajo práctico. Habrá mucho que pruebe a los educadores; sin embargo, se habrá logrado un objetivo grande y noble cuando los alumnos sientan que ha de revelarse el amor hacia Dios no sólo en la consagración del corazón, de la mente y del alma, sino también en la apta y sabia consagración de sus fuerzas. Será mucho menor el número de sus tentaciones, y de ellos, por el precepto y el ejemplo, resplandecerá una luz entre las teorías erróneas y las costumbres que rigen en el mundo. Su influencia tenderá a corregir la falsa idea de que la ignorancia es el distintivo de un hombre de bien.

Dios sería glorificado si vinieran a este país hombres de otras partes que hayan adquirido una inteligente noción de la agricultura y que, mediante precepto y ejemplo, enseñen a la gente

a cultivar la tierra para que produzca abundantes riquezas. Se necesitan hombres que enseñen a otros a arar y a hacer uso de las herramientas propias de la agricultura. ¿Quiénes van a ser misioneros para llevar a cabo este trabajo y para enseñar métodos adecuados a los jóvenes, como también a todos los que se sientan dispuestos y lo bastante humildes para aprender? Si algunos no quieren que se les den ideas mejores, dense las lecciones silenciosamente, mostrando lo que puede hacerse con establecer huertos y sembrar granos; que la cosecha hable con elocuencia en favor de los métodos de trabajo correctos. Dirijan una palabra a su vecino cuando puedan, perseveren en el cultivo de su propio terreno, y se educará.

Algunos podrán insistir en que nuestro colegio debe estar en la ciudad con el fin de dar influencia a nuestra obra, y en que, si se halla en el campo, se pierde la influencia sobre las ciudades; pero este no es necesariamente el caso.

Los jóvenes que asisten por primera vez a nuestro colegio no están preparados para ejercer una influencia correcta en ninguna ciudad como luces que resplandezcan en medio de la oscuridad. No estarán preparados para reflejar la luz hasta que las tinieblas de su propia educación errónea se disipen. En lo futuro, nuestro colegio no será lo mismo que ha sido en lo pasado. Entre los alumnos, ha habido hombres de sano juicio y de experiencia que han sacado provecho de la oportunidad de obtener más conocimiento para hacer una obra inteligente en la causa de Dios. Estos han sido una ayuda en el colegio, por cuanto han contribuido a su equilibrio; pero, en lo futuro, el colegio estará compuesto mayormente de alumnos cuyo carácter tiene que ser transformado, y a quienes habrá que dedicar mucho trabajo paciente; tendrán que desaprender y aprender de nuevo. Llevará tiempo el desarrollar el verdadero espíritu misionero; y cuanto más se los aleje de las ciudades y de las tentaciones que las inundan, tanto más fácil les

será adquirir el verdadero conocimiento y desarrollar caracteres bien equilibrados.

Los agricultores necesitan mucha más inteligencia en su trabajo. En la mayoría de los casos, ellos tienen la culpa si no ven a la tierra rendir su cosecha. Debieran aprender constantemente cómo obtener una variedad de riquezas de la tierra. La gente debiera aprender, hasta donde sea posible, a depender de los productos que pueda obtener del suelo que cultiva. En cada fase de esta clase de trabajo, puede educarse la mente para trabajar por la salvación de almas, por las cuales murió Cristo. "Vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios" (1 Cor. 3:9). Lleven consigo los docentes de nuestros colegios a sus alumnos a los huertos y los terrenos, y enséñenles a trabajar la tierra en la forma más excelente. Sería bueno si los pastores que trabajan en palabra o doctrina pudieran ir a los campos y pasar parte del día en ejercicio corporal con los alumnos. Podrían hacer como hizo Cristo, cuando dio lecciones de la naturaleza para ilustrar la verdad de la Biblia. Tanto los maestros como los alumnos, tendrían entonces mucha más sana experiencia en las cosas espirituales, inteligencias más poderosas y más puros corazones para interpretar los misterios eternos que con sólo estudiar libros tan de continuo y hacer trabajar el cerebro sin dar ocupación a los músculos. Dios ha dado a los hombres y a las mujeres facultades de raciocinio, y quisiera que emplearan la razón en lo tocante al uso de su maquinaria física. Podrá preguntarse: "¿Cómo puede adquirir sabiduría aquel que maneja el arado y dirige los bueyes?" Buscándola como a plata e inquiriendo por ella como por tesoros escondidos. "Así su Dios le enseña lo que es conveniente, y le instruye". "Esto también procede de Jehová de los ejércitos, el cual es maravilloso en consejo y grande en sabiduría" (Isa. 28:26, 29, VM).

El que enseñó a Adán y a Eva en el Edén a cuidar el huerto enseñará a los hombres hoy día. Hay sabiduría al alcance de aquel

que maneja el arado y siembra la simiente. La tierra tiene sus tesoros escondidos, y el Señor quisiera que trabajaran el suelo millares de los que se aglomeran en las ciudades en espera de una oportunidad para ganarse una bagatela. En muchos casos, esa bagatela no se convierte en pan, sino que es puesta en el cajón del tabernero a cambio de lo que destruye la razón del hombre formado a la imagen de Dios. Los que lleven a sus familias al campo las colocarán, con ello, lejos de las tentaciones. Los niños cuyos padres aman y temen a Dios están en cualquier forma ventajosamente situados para aprender del gran Maestro, Origen y Fuente de la sabiduría. Tienen una oportunidad muy favorable para obtener la idoneidad necesaria para el Reino de los cielos. Mándese a los niños a la escuela situada en la ciudad, donde cada clase de tentación espera para atraerlos y desmoralizarlos, y la tarea de edificar el carácter será diez veces más ardua para los padres y los niños.

Se ha de hacer que la tierra rinda su productividad; con todo, sin la bendición de Dios no podría, de suyo, hacer nada. En el principio Dios contempló todo lo que había hecho, y dijo que era bueno en gran manera. A consecuencia del pecado, la tierra fue maldita. Pero ¿ha de multiplicarse esta maldición por el aumento del pecado? La ignorancia está haciendo su obra funesta. Siervos perezosos están acrecentando el mal a causa de sus hábitos ociosos. Muchos no están dispuestos a ganarse el pan con el sudor de su frente y se niegan a cultivar la tierra. Pero la tierra oculta bendiciones en sus profundidades para los que tienen el valor, la voluntad y la perseverancia para recoger sus tesoros. Los padres y las madres que poseen un pedazo de tierra y un hogar cómodo son reyes y reinas.

Muchos agricultores no han obtenido utilidades proporcionadas de sus tierras debido a que emprendieron ese trabajo como si fuese una ocupación degradante; no ven que hay en él una bendición

para sí mismos y para sus familias. Todo lo que pueden discernir es un estigma de servidumbre. Sus huertos son descuidados, las mieses no se almacenan en el momento debido y se hace un trabajo superficial en el cultivo de la tierra. Muchos desatienden sus labranzas por guardar los días de fiesta, y para concurrir a las carreras de caballos y a los clubes de juego; gastan el dinero en espectáculos, loterías y holgazanerías, y luego alegan que no pueden obtener dinero para cultivar la tierra y mejorar sus labranzas; sin embargo, si tuviesen más dinero, el resultado sería la misma cosa (*Special Testimonies on Education*, febrero de 1894; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 310-327).

***

Todos los que están en la escuela de Dios necesitan una hora tranquila para la meditación, a solas consigo mismos, con la naturaleza y con Dios. En ellos tiene que manifestarse una vida que en nada se armoniza con el mundo, sus costumbres o sus prácticas; necesitan, pues, experiencia personal para adquirir el conocimiento de la voluntad de Dios. Cada uno de nosotros ha de oír la voz de Dios hablar a su corazón. Cuando toda otra voz calla, y tranquilos en su presencia esperamos, el silencio del alma hace más perceptible la voz de Dios. Él nos dice: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios" (Sal. 46:10). Esta es la preparación eficaz para toda labor para Dios. En medio de la presurosa muchedumbre y de las intensas actividades de la vida, el que así se refrigera se verá envuelto en un ambiente de luz y paz. Recibirá nuevo caudal de fuerza física y mental. Su vida exhalará fragancia y dará prueba de un poder divino que alcanzará a los corazones de los hombres (*El ministerio de curación*, pág. 37).

47

La preparación manual

No se nos ha dado la vida para que la pasemos en la ociosidad o dándonos gustos, sino que se han puesto grandes posibilidades ante todo el que quiera desarrollar las aptitudes que Dios le ha dado. Por esta razón, la preparación de los jóvenes es un asunto de la mayor importancia. Cada niño nacido en el hogar es un cometido sagrado. Dios dice a los padres: "Tomen a este niño, y críenlo para mí, con el fin de que sea una honra para mi nombre y un canal por medio del cual mis bendiciones fluyan hacia el mundo". Con el fin de preparar al niño para una vida semejante, se requiere algo más que una educación parcial y asimétrica, la cual desarrolla las facultades mentales a expensas de las físicas. Todas las facultades de la mente y del cuerpo tienen que desarrollarse, y esta es la obra que los padres, ayudados por el maestro, tienen que hacer por los niños y los jóvenes confiados a su cuidado.

Las primeras lecciones son de gran importancia. Es costumbre mandar a la escuela a niñitos muy pequeños. Se requiere de ellos que estudien en los libros cosas que recargan sus tiernas inteligencias, y a menudo se les enseña música. Con frecuencia, los padres sólo cuentan con limitados recursos e incurren en gastos que no pueden soportar; pero hay que hacer cualquier cosa para desviarse de ese género artificial de educación. Dicho proceder no es prudente. Un niño nervioso no debiera ser recargado en ningún sentido y no debiera aprender música hasta que esté bien desarrollado físicamente.

La madre debiera ser la maestra y el hogar la escuela donde todo niño reciba sus primeras lecciones; y esas lecciones debieran incluir las referentes a hábitos de laboriosidad. Madres, dejen a los

pequeños jugar al aire libre; que escuchen el canto de las aves y entiendan el amor de Dios según se revela en sus hermosas obras. Enséñenles lecciones sencillas del libro de la naturaleza y de las cosas que los rodean, y a medida que se ensanchen sus inteligencias podrán añadirse lecciones sacadas de los libros y grabárselas firmemente en la memoria. Pero que aprendan también, aun en sus más tiernos años, a ser útiles. Enséñenles a pensar que, como miembros de la familia, tienen que desempeñar una parte interesada y provechosa, compartiendo las responsabilidades domésticas, y buscar ejercicio saludable en el cumplimiento de los deberes propios del hogar.

Importa a los padres el hallar provechosa ocupación para sus hijos, la cual ha de incluir el llevar responsabilidades a medida que su edad y sus fuerzas lo permitan. Se debiera dar a los niños algo que hacer que no sólo los tenga ocupados sino también les interese. Esas manos y esos cerebros activos deben ser ocupados desde sus más tiernos años. Si los padres dejan de encauzar las energías de sus hijos por rumbos de utilidad, les hacen un grave daño; pues Satanás está preparado para hallarles algo que hacer. ¿No se les han de escoger los quehaceres y no han de ser los padres sus enseñadores?

Cuando el niño tiene edad suficiente para que se lo mande a la escuela, el maestro debe cooperar con los padres, y la preparación manual debe continuarse como parte de sus deberes escolares. Hay muchos alumnos que ponen reparos a esta clase de trabajo en los colegios. Consideran las ocupaciones útiles, como aprender un oficio, como cosa degradante; pero tales personas tienen una idea incorrecta de lo que constituye la verdadera dignidad. Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, el cual es uno con el Padre, el que manda en los atrios celestiales, fue el instructor y guía personal de los hijos de Israel; y entre ellos fue requerido que cada joven aprendiera a trabajar. Todos tenían que educarse en algún ramo de

actividad, con el fin de que poseyeran un conocimiento de la vida práctica y no sólo se sostuviesen a sí mismos sino también fuesen útiles. Esta fue la instrucción que Dios dio a su pueblo.

En su vida terrenal, fue Cristo un ejemplo para toda la familia humana, y en el hogar fue obediente y útil. Aprendió el oficio de carpintero y con sus propias manos trabajó en el pequeño taller de Nazaret. Había vivido en medio de las glorias del cielo; sin embargo, cubrió su divinidad con humanidad con el fin de poder asociarse con la humanidad y llegar a los corazones por el camino común de la simpatía. Y, siendo hallado en condición de hombre, se humilló a sí mismo, y trabajó por la restauración del alma humana, adaptándose a sí mismo a la situación en la que halló a la humanidad.

La Biblia dice de Jesús: "El niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él" (Luc. 2:40). A medida que trabajaba, durante su infancia y juventud, su mente y su cuerpo se desarrollaban. No empleó sin miramiento sus fuerzas físicas, sino que les proporcionó una clase de ejercicio tal como para mantenerlas en buen estado, con el fin de poder hacer el trabajo mejor en cualquier dirección. No quería ser defectuoso ni aun en el manejo de las herramientas. Era perfecto como obrero y era perfecto en cuanto al carácter. Por precepto y ejemplo, Cristo ha dignificado el trabajo útil.

El tiempo pasado en ejercicio físico no es perdido. El estudiante que tiene constantemente los ojos sobre los libros y hace poco ejercicio al aire libre se perjudica a sí mismo. Un ejercicio proporcionado de todos los órganos y las facultades del cuerpo es esencial para el mejor trabajo de cada uno. Cuando el cerebro está constantemente recargado, en tanto que los demás órganos de la maquinaria viviente se hallan inactivos, hay una pérdida de fuerza física y mental. El sistema físico es despojado de su saludable tono,

la mente pierde su frescura y su vigor, y una excitabilidad morbosa es la consecuencia.

El beneficio mayor no se obtiene del ejercicio hecho a modo de juego o de ejercicio simplemente. Hay cierto beneficio que se deriva de estar al aire puro y también del ejercicio de los músculos; pero, conságrese la misma cantidad de energía al cumplimiento de deberes provechosos, y el beneficio será mayor y se experimentará un sentimiento de satisfacción; pues un ejercicio de esa naturaleza lleva consigo la sensación de lo beneficioso y la aprobación de la conciencia por el deber bien cumplido.

En los niños y los jóvenes se debe despertar la ambición de hacer ejercicio ejecutando algo que sea beneficioso para sí mismos y de ayuda para otros. El ejercicio que desarrolla la mente y el carácter, que enseña a las manos a ser útiles y prepara a los jóvenes para llevar lo que les toca de las cargas de la vida es el que proporciona fuerza corporal y aviva cada facultad. Y hay recompensa en la laboriosidad virtuosa y en el cultivo del hábito de vivir para hacer bien.

No se debiera privar a los niños de los ricos de la gran bendición de tener algo que hacer para aumentar así el vigor del cerebro y de los músculos. El trabajo no es una maldición sino una bendición. Dios dio a los inmaculados Adán y Eva un hermoso jardín que cuidar. Era un trabajo agradable, y nada sino trabajo agradable es lo que habría entrado en nuestro mundo si la primera pareja no hubiera violado los mandamientos de Dios. La ociosidad apática y la complacencia egoísta producen inválidos; sólo pueden hacer de la vida una cosa vacía y estéril en todo sentido. Dios no ha dado la razón a los seres humanos ni coronado sus vidas con su benevolencia para que sean maldecidos por los resultados inevitables de la ociosidad. Los ricos no han de ser privados del privilegio y la bendición de tener un lugar entre los trabajadores

de este mundo. Debieran darse cuenta de que son responsables del uso que hagan de las posesiones que se les ha confiado; de que han de emplear sabiamente su fuerza, su tiempo y su dinero, y no para alcanzar fines egoístas.

La religión cristiana es práctica. Ella no inhabilita a uno para el fiel cumplimiento de cualquiera de los deberes importantes de la vida. Cuando el doctor de la ley preguntó a Jesús: "¿Haciendo qué cosa poseeré la vida eterna?" Jesús devolvió la pregunta para que la contestara el mismo doctor de la ley, diciendo: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquel, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás" (Luc. 10:25-28). Lo que se bosqueja aquí no es una religión de inacción sino una religión que requiere el empleo enérgico de todas las facultades mentales y físicas.

El ensueño indolente, la contemplación ociosa, no es religión. Dios demanda de nosotros que apreciemos los dones diversos que poseemos, y los multipliquemos mediante uso constante y práctico. Su pueblo ha de ser modelo de corrección en todas las relaciones de la vida. A cada uno de nosotros nos ha dado una obra que hacer de acuerdo con nuestra capacidad, y es nuestro privilegio gozar de su bendición mientras consagramos el vigor del cuerpo y de la mente a su fiel ejecución, teniendo en vista la gloria de su nombre.

La aprobación de Dios descansa con apacible confianza sobre los niños que toman parte alegremente en las obligaciones de la vida doméstica, compartiendo las cargas del padre y de la madre. Ellos serán recompensados con salud corporal y paz mental, y experimentarán el gozo de ver que sus padres disfrutan su porción de sociabilidad y sana recreación, prolongando sus vidas de esta

manera. Los niños preparados para los deberes prácticos de la vida saldrán del hogar para ser miembros útiles de la sociedad. Su educación supera en mucho a la obtenida mediante la estrecha reclusión en la sala de clases durante su tierna edad, cuando ni la mente ni el cuerpo son lo bastante fuertes para soportar la tensión.

Los niños y los jóvenes debieran tener constantemente ante sí, en el hogar y en la escuela, por precepto y por ejemplo, la lección que les enseñe a ser veraces, desinteresados y laboriosos. No se les debiera permitir que pasen el tiempo en la ociosidad; sus brazos no debieran cruzarse en la inacción. Padres y maestros debieran trabajar por la realización de este propósito: el desarrollo de todas las facultades y la formación de un carácter correcto; con todo, cuando los padres reconozcan sus responsabilidades, quedará mucho menos que hacer para los maestros en la preparación de sus hijos.

El cielo está interesado en esta obra en pro de los jóvenes. Los padres y los maestros que mediante sabia instrucción se acostumbren, con calma y determinación, a pensar en otros y a cuidar de ellos, ayudarán a los jóvenes a vencer su egoísmo y cerrarán la puerta a muchas tentaciones. Ángeles de Dios cooperarán con estos fieles instructores. Los ángeles no han sido comisionados para hacer por sí mismos este trabajo; pero darán fuerza y eficiencia a los que, en el temor de Dios, traten de preparar a los jóvenes para una vida útil (*Special Testimonies on Education*, 11-5-1896; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 416-420).

48

Diversiones peligrosas para los jóvenes

El deseo de excitación y agradable entretenimiento es una tentación y una trampa para el pueblo de Dios y especialmente para los jóvenes. Satanás está preparando constantemente seducciones que distraigan las mentes de la obra solemne de preparación para las escenas que están a punto de sobrevenir. Por medio de los agentes humanos, mantiene una excitación continua para inducir a los incautos a participar en los placeres mundanales. Hay espectáculos, conferencias y una variedad infinita de entretenimientos calculados para inducirlos a amar al mundo; y esta unión con el mundo debilita la fe.

Satanás es un obrero perseverante, un enemigo artero y mortífero. Cuandoquiera que se pronuncia una palabra, sea en adulación o para inducir a los jóvenes a mirar algún pecado con menos aborrecimiento, se aprovecha de ella, y nutre la mala semilla con el fin de que eche raíces y dé una cosecha abundante. Es, en todo el sentido de la palabra, un engañador, un hábil encantador. Tiene muchas redes de mallas finas, que parecen inocentes, pero que han sido preparadas hábilmente para atrapar a los jóvenes incautos. La mente natural se inclina al placer y la complacencia propia. Es el propósito de Satanás llenar la mente con un deseo de diversiones mundanales, con el fin de que no haya tiempo para atender a la pregunta: ¿Cómo está mi alma?

Una época desgraciada

Estamos viviendo en una época desgraciada para los jóvenes. La influencia que prevalece en la sociedad favorece el dejarlos seguir la inclinación natural de sus propias mentes. Si sus hijos tienen

mala conducta, los padres se consuelan pensando que cuando sean mayores y razonen por su cuenta dejarán sus malos hábitos, y llegarán a ser hombres y mujeres útiles. ¡Qué error! Durante años permiten a un enemigo que siembre malos hábitos en el jardín del corazón, y dejan que crezcan y se fortalezcan, no discerniendo, aparentemente, los peligros ocultos y el terrible fin de la senda que les parece ser el camino de la felicidad. En muchos casos, toda la labor que se haga más tarde en favor de estos jóvenes no servirá de nada.

En la generalidad de los que profesan ser cristianos, la norma de la piedad es baja, y es difícil para los jóvenes resistir a las influencias mundanales estimuladas por muchos miembros de la iglesia. La mayoría de los cristianos nominales, aunque profesan vivir para Cristo, están realmente viviendo para el mundo. No disciernen la excelencia de las cosas celestiales y, por lo tanto, no pueden amarlas de veras. Muchos profesan ser cristianos porque consideran honorable el cristianismo. No disciernen que el verdadero cristianismo significa llevar la cruz, y su religión tiene poca influencia para impedirles tomar parte en los placeres mundanos.

Algunos pueden entrar en el salón de bailes y participar de todas las diversiones que proporciona. Otros no pueden ir hasta allí, pero pueden asistir a fiestas de placer, *pic-nics*, espectáculos y otros lugares de diversión mundanal; y el ojo más avizor no alcanza a discernir diferencia alguna entre su apariencia y la apariencia de los incrédulos.

La preparación de los niños

En el estado actual de la sociedad, no es tarea fácil para los padres refrenar a sus hijos e instruirlos de acuerdo con la regla del bien que dicta la Biblia. Los niños se vuelven a menudo impacientes bajo las restricciones, y quieren hacer su voluntad, e ir y venir como les

place. Especialmente entre los 10 y los 18 años se inclinan a sentir que no hay daño alguno en ir a reuniones mundanas de compañeros jóvenes. Los padres cristianos experimentados pueden ver el peligro. Se han familiarizado con los temperamentos peculiares de sus hijos, y conocen la influencia que esas cosas tienen sobre su mente; y, porque desean su salvación, debieran impedirles esas diversiones excitantes.

Cuando los niños deciden por su cuenta abandonar los placeres del mundo y hacerse discípulos de Cristo, ¡de qué preocupación se ve librado el corazón de los padres cuidadosos y fieles! Aún entonces no deben cesar las labores de los padres. Esos jóvenes tan sólo comenzaron en serio la guerra contra el pecado y los males del corazón natural, y necesitan en un sentido especial el consejo y cuidado vigilante de sus padres.

Un tiempo de prueba para los jóvenes

Los jóvenes observadores del sábado que han cedido a la influencia del mundo tendrán que ser probados. Los peligros de los postreros días están por sobrecogernos, y espera a los jóvenes una prueba que muchos no han anticipado. Se verán envueltos en perplejidad angustiosa, y la sinceridad de su fe será probada. Profesan esperar al Hijo del Hombre; sin embargo, algunos de ellos han sido un miserable ejemplo para los incrédulos. No han estado dispuestos a renunciar al mundo, sino que se han unido a él asistiendo a *pic-nics* y otras reuniones de placer, lisonjeándose de que participaban de diversiones inocentes. Sin embargo, son precisamente estas complacencias las que los separan de Dios y los hacen hijos de este siglo.

Algunos están inclinándose constantemente hacia la mundanalidad. Sus opiniones y sus sentimientos armonizan mucho mejor con el espíritu del mundo que con el de los abnegados seguidores de Cristo. Es perfectamente natural que prefieran la

compañía de aquellos cuyo espíritu concuerde mejor con el suyo, y los tales tienen demasiada influencia entre el pueblo de Dios. Tienen parte con él y son nombrados entre él; pero son un libro de texto para los incrédulos y para los débiles no consagrados de la iglesia. En este tiempo de refinación, estos creyentes profesos serán completamente convertidos y santificados por la obediencia a la verdad o serán dejados con el mundo para recibir su recompensa con él.

Dios no reconoce como seguidor suyo al que busca el placer. Únicamente los abnegados, los que viven con sobriedad, humildad y santidad, son verdaderos seguidores de Jesús. Y los tales no pueden disfrutar de la conversación frívola y vacía del que ama al mundo.

Separación del mundo

Los verdaderos seguidores de Cristo tendrán que hacer sacrificios. Rehuirán los lugares de diversión mundanal porque no hallan a Jesús allí, ni influencia alguna que los predisponga para el cielo y aumente su crecimiento en la gracia. La obediencia a la Palabra de Dios los inducirá a abandonar todas estas cosas y a separarse de ellas.

"Por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:20), declaró el Salvador. Todos los que sigan verdaderamente a Cristo llevarán frutos para su gloria. Su vida testifica que el Espíritu de Dios ha realizado una buena obra en ellos, y dan fruto para la santidad. Su vida es elevada y pura. Las acciones correctas son el fruto inequívoco de la verdadera piedad, y los que no llevan fruto de esta clase revelan que no tienen experiencia en las cosas de Dios. No son uno con la Vid. Dijo Jesús: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste

lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:4, 5).

Los que quieren adorar al verdadero Dios deben sacrificar todo ídolo. Jesús dijo al doctor de la ley: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento" (Mat. 22:37, 38). Los primeros cuatro preceptos del Decálogo no permiten que separemos de Dios nuestros afectos. Ninguna cosa debe compartir nuestro supremo deleite en él. No podremos avanzar en la experiencia cristiana mientras no pongamos a un lado todo lo que nos separa de Dios.

La gran Cabeza de la iglesia, que ha elegido a su pueblo entre los del mundo, requiere de él que se separe del mundo. Quiere que el espíritu de sus mandamientos, atrayendo a sus seguidores a sí, los separe de los elementos mundanales. El amar a Dios y guardar sus mandamientos es algo que dista mucho de amar los placeres del mundo y su amistad. No hay concordia entre Cristo y Belial.

Promesas a los jóvenes

A los jóvenes que siguen a Cristo les espera una guerra; tienen que llevar diariamente la cruz al salir del mundo e imitar la vida de Cristo. Pero, hay registradas muchas promesas preciosas para los que buscan temprano al Salvador. La Sabiduría invita a los hijos de los hombres: "Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan" (Prov. 8:17).

"Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir" (1 Ped. 1:13-15). "Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos

los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras" (Tito 2:11-14) (*Consejos para los maestros*, págs. 309-314).

49

La recreación cristiana

Mientras procuramos refrescar nuestro ánimo y vigorizar nuestro cuerpo, Dios requiere de nosotros que empleemos todas nuestras facultades, en todo momento, con el mejor propósito. Podemos y debemos dirigir nuestras recreaciones de tal manera que nos dejen en mejores condiciones para desempeñar con éxito los deberes que nos incumben y que se acreciente el beneficio de nuestra influencia sobre aquellos con quienes tratamos. Podemos volver de esas ocasiones a nuestros hogares con mejor ánimo, refrigerados físicamente, y preparados para reanudar nuestro trabajo con más esperanza y valor.

Pertenecemos a la clase de quienes creen que es su privilegio glorificar a Dios en la tierra cada día de su vida; que no viven en este mundo sólo para divertirse y agradarse a sí mismos. Estamos aquí para beneficiar a la humanidad y a la sociedad; pero, si permitimos que nuestra mente vaya por el cauce bajo de la de muchos que buscan solamente la vanidad y la insensatez, ¿cómo podremos beneficiar a nuestra especie humana y a nuestra generación? ¿Cómo podemos ser una bendición para la sociedad que nos rodea? No podemos participar inocentemente en cualquier diversión que nos incapacitará para el desempeño más fiel de nuestros deberes comunes.

Entre las compañías frecuentadas por los seguidores de Cristo para obtener recreación cristiana y las reuniones mundanas para obtener placer y diversión existirá un notable contraste. En vez de la oración y la mención del nombre de Cristo, y de las cosas sagradas, se oirá de los labios de los mundanos la risa insensata y la conversación trivial. El objetivo es divertirse en forma general. Sus

diversiones comienzan con insensatez y terminan con vanidad. Debemos conducirnos y dirigir nuestras reuniones de tal manera que, al volver a nuestros hogares, podamos tener una conciencia libre de ofensa hacia Dios y los hombres; una seguridad de que no hemos herido ni perjudicado en nada a aquellos con quienes hemos estado asociados, ni hemos ejercido una influencia perjudicial sobre ellos.

La mente natural se inclina hacia el placer y la complacencia propia. Es política de Satanás fabricarlos en abundancia. Él procura llevar la mente de los hombres con un deseo de diversión mundanal, para que no tengan tiempo de hacerse la pregunta: ¿Cómo está mi alma? El amor a los placeres es infeccioso. Entregada a él, la mente vuela de un punto a otro, buscando siempre una diversión. La obediencia a la ley de Dios contrarresta esa inclinación y construye barreras contra la impiedad.

Los jóvenes deben recordar que son responsables de todos los privilegios que han disfrutado, del aprovechamiento de su tiempo y del debido uso de sus capacidades. Pueden preguntar: "¿No tendremos diversión o recreación?" "¿ Trabajaremos, y trabajaremos y trabajaremos, sin ninguna variación?"

No será peligrosa cualquier diversión a la cual ustedes puedan dedicarse y pedir con fe la bendición de Dios. Pero, cualquier diversión que los descalifique para la oración secreta, para la devoción ante el altar de la oración o para tomar parte en la reunión de oración no sólo no es segura, sino peligrosa (*Consejos para los maestros,* págs. 320, 321).

50

Las diversiones mundanales

Si hay algo en este mundo que debe inspirar entusiasmo, es la cruz del Calvario. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él" (1 Juan 3:1). "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). Se debe aceptar a Cristo, creer en él y exaltarlo. Lo precioso que es Cristo ha de ser el tema de la conversación...

Partidas de placer

Al mismo tiempo que se ha temido tanto la excitación y el entusiasmo en el servicio de Dios, se han manifestado esas mismas características en otras actividades con las cuales muchos parecen congeniar. Me refiero a las partidas de placer que se han celebrado entre nuestros hermanos. Estas ocasiones han requerido mucho tiempo y atención de personas que profesan ser siervos de Cristo; pero ¿propendían esas reuniones a la gloria de su nombre? ¿Fue Jesús invitado para presidirlas?

Las reuniones para el trato social pueden ser altamente provechosas e instructivas cuando los que se reúnen tienen el amor de Dios ardiendo en sus corazones, cuando se reúnen para cambiar pensamientos en cuanto a la Palabra de Dios, o considerar los métodos de hacer progresar su obra y hacer bien a sus semejantes. Cuando nada se dice o hace para agraviar al Espíritu Santo de Dios, sino que se lo considera un huésped bienvenido, entonces Dios es honrado, y los que se reúnan serán refrigerados y fortalecidos.

"Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe" (Mal. 3:16, 17).

Pero hay una clase de reuniones sociales de un carácter completamente diferente, partidas de placer que deshonran nuestras instituciones y la iglesia. Estimulan el orgullo de la indumentaria y la apariencia, la complacencia propia, la hilaridad y el espíritu trivial. Satanás es agasajado como un huésped honrado y toma posesión de los que patrocinan esas reuniones.

Me fue mostrada una visión de una compañía tal, donde se habían congregado los que profesan creer la verdad. Uno estaba sentado frente a un instrumento de música, y se oían cantos que hacían llorar a los ángeles que todo lo observaban. Había alegría, había risa grosera, había mucho entusiasmo, y cierta clase de inspiración; pero la alegría era de la clase que sólo Satanás puede crear. Es un entusiasmo y una infatuación de los cuales se avergonzarán todos los que aman a Dios. Prepara a quienes participan en ello para los pensamientos y los actos profanos. Tengo motivos para creer que algunos de los que participaron en aquella escena se arrepintieron de corazón de su actuación vergonzosa.

Muchas reuniones tales me han sido presentadas. He visto la alegría, la ostentación de la indumentaria, el atavío personal. Todos quieren ser considerados brillantes y se entregan a la hilaridad, a las bromas insensatas, a la adulación baja y grosera, y a las risas ruidosas. Los ojos chispean, las mejillas están rojas, la conciencia duerme. Comen, beben y se alegran, y hacen cuanto pueden para olvidarse de Dios. La escena de placer es su paraíso. Y el cielo mira, viéndolo y oyéndolo todo...

El tenor de la conversación revela el tesoro del corazón. Las palabras triviales, comunes, de adulación, los dichos que se creen ingeniosos, expresados para causar risa, son mercadería de Satanás, y todos los que participan en esta conversación están negociando con sus mercaderías. El oír estas cosas hace impresiones similares a las que se hicieron en Herodes cuando la hija de Herodías bailó delante de él. Todas estas acciones quedan registradas en los libros del cielo; y en el último gran día aparecerán en su verdadera luz delante de los culpables. Todos discernirán, entonces, la acción engañosa y seductora del diablo para llevarlos al camino ancho y la puerta espaciosa que conducen a la ruina.

Satanás ha estado multiplicando sus trampas en_____; y los cristianos profesos, pero superficiales en su carácter y su experiencia religiosa, son empleados por el tentador como lazos para entrampar. Esta clase está siempre lista para las reuniones de placer y los deportes, y su influencia atrae a otros. Los jóvenes y las señoritas que procuran ser cristianos de acuerdo con la Biblia son inducidos a unirse al grupo atraídos en el círculo. No consultan con oración la norma divina, para saber lo que dijo Cristo en cuanto a los frutos que debe llevar el árbol cristiano. No disciernen que estos entretenimientos son realmente el banquete de Satanás, preparado para impedir que las almas acepten la invitación a la Cena del Cordero y reciban el manto blanco del carácter, que es la justicia de Cristo. Se confunden en cuanto a lo que es correcto hacer como cristianos. No quieren que se los considere singulares, y se inclinan naturalmente a seguir el ejemplo de los demás. Así, caen bajo la influencia de los que nunca han sentido el toque divino sobre su mente o su corazón...

La debida actitud del cristiano

El Dios eterno ha trazado la línea de demarcación entre los santos y los pecadores, los convertidos y los inconversos. Estas dos clases

no se fusionan imperceptiblemente una con otra, como los colores del arco iris. Son tan distintas como el mediodía y la medianoche.

Los que están procurando la justicia de Cristo se espaciarán en los temas de la gran salvación. La Biblia es el alfolí que proporciona a sus almas alimento nutritivo. Meditan en la encarnación de Cristo, contemplan el gran sacrificio hecho para salvarlos de la perdición, para ofrecerles el perdón, la paz y la justicia eterna. El alma queda inflamada por estos temas grandiosos y elevados. La santidad y la verdad, la gracia y la justicia ocupan sus pensamientos. Muere el yo y Cristo vive en sus siervos. Mientras contemplan la Palabra, sus corazones arden en ellos como los de los dos discípulos que iban a Emaús mientras Cristo caminaba con ellos y les abría las Escrituras acerca de sí mismo.

¡Cuán pocos comprenden que Jesús, invisible, anda a su lado! ¡Cuán avergonzados se sentirían muchos si oyesen su voz hablándoles, y supiesen que él oyó todas sus conversaciones insensatas y triviales! ¡Y cuántos corazones arderían de santo gozo, si supiesen que el Salvador está a su lado, que la santa atmósfera de su presencia los rodeaba, y que se están alimentando del pan de vida! ¡Cuánto agradaría al Salvador el oír a sus seguidores hablar de sus preciosas lecciones de instrucción, y saber que aprecian las cosas santas!

Cuando la verdad mora en el corazón, no hay lugar para criticar a los siervos de Dios, o hallar defectos en el mensaje que él envía. Lo que hay en el corazón fluye de los labios. No puede ser reprimido. Las cosas que Dios ha preparado para los que lo aman serán el tema de la conversación. El amor de Cristo es, en el alma, como un manantial de agua, que brota para vida eterna, enviando raudales vivos, que esparcen vida y alegría dondequiera que fluyan (*Special Testimony to the Battle Creek Church*, 18 de noviembre de 1896).

***

Los cristianos tienen muchas fuentes de felicidad a su disposición, y pueden decir con infalible exactitud qué placeres son legítimos y correctos. Pueden disfrutar de las recreaciones que no disipen la mente ni degraden el alma, que no siembren desilusión, ni una triste influencia ulterior para destruir el respeto propio o estorbar el camino a la utilidad (*Consejos para los maestros*, págs. 322-326).

51

Las fiestas para Dios

¿No sería bueno que nosotros dedicáramos a Dios fiestas durante las cuales podríamos hacer revivir en nuestra mente el recuerdo del trato que él nos ha dispensado? ¿No sería bueno considerar sus bendiciones pasadas, recordar las amonestaciones impresionantes que dirigió a nuestras almas para que no nos olvidásemos de él?

El mundo tiene muchas fiestas, y los hombres se han dejado enfrascar en deportes, carreras de caballos, juegos, hábitos de fumar y emborracharse. Muestran claramente bajo qué estandarte se hallan. Evidencian que no se hallan bajo el del Príncipe de la vida, sino que el príncipe de las tinieblas los rige y domina.

¿No tendrá el pueblo de Dios, con más frecuencia, santas convocaciones para dar gracias a Dios por sus ricas bendiciones? ¿No hallaremos tiempo para alabar a Cristo por su descanso, paz y gozo, y manifestar por nuestro agradecimiento diario que apreciamos el gran sacrificio que hizo en nuestro favor con el fin de que pudiésemos participar de la naturaleza divina? ¿No hablaremos del reposo que nos espera en el paraíso de Dios, y de la honra y la gloria que aguardan a los siervos de Jehová? "Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo" (Isa. 32:18). Vamos hacia el hogar, en procura de una patria mejor, a saber, la celestial.

El mundo está lleno de excitación. Los hombres obran como si se hubiesen enloquecido por cosas viles, comunes, que no satisfacen. ¡Cuán agitados los he visto por los resultados de un certamen de *cricket*! He visto las calles de Sidney densamente atestadas por cuadras enteras; y, al preguntar cuál era el motivo de la excitación,

se me dijo que algún experto jugador de *cricket* había ganado la partida. Me sentí hastiada.

¿Por qué no son más entusiastas los escogidos de Dios? Están luchando por una corona inmortal, por una patria donde no se necesitará la luz del sol ni de la luna, ni vela encendida; porque el Señor Dios les da su luz, y reinarán por siempre jamás. Tendrán una vida que se comparará con la vida de Dios; pero la vela de los impíos se apagará en tinieblas ignominiosas, y entonces los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre...

No recomiendo las partidas de placer en las cuales los jóvenes se congregan simplemente para divertirse, para dedicarse a la conversación vulgar y sin sentido, y donde se ha de oír la risa ruidosa y jactanciosa. No recomiendo las reuniones en las cuales se degrada la dignidad, y se presencian escenas de debilidad e insensatez.

Muchas veces los jóvenes por quienes los seres celestiales han estado aguardando para contarlos como misioneros de Dios son atraídos a las reuniones de diversión, y son arrebatados por las fascinaciones de Satanás. En vez de temer el continuo trato con niñas cuya profundidad mental es fácil de medir y cuyo carácter es vulgar, se han enamorado y comprometido con ellas. Satanás sabe que si estos jóvenes se comprometen con niñas de tendencias vulgares, amantes de los placeres, de disposición mundanal e irreligiosa, se vincularán con piedras de tropiezo. Su utilidad se verá grandemente estorbada, si no lo es completamente destruida. Aun si los jóvenes mismos logran hacer una entrega sin reservas a Dios, encontrarán que los estorba grandemente el estar ligados a una esposa sin preparación, disciplina ni semejanza a Cristo, y que está muerta para Dios, la piedad y la verdadera santidad. Sus vidas resultarán carentes de satisfacción y felicidad.

Las reuniones destinadas a la diversión confunden la fe y hacen

que el motivo sea mixto e incierto. El Señor no acepta un corazón dividido. Quiere todo el ser. Él hizo todo lo que hay en el ser humano. Ofreció un sacrificio completo para redimir el cuerpo y el alma del hombre. Lo que requiere de aquellos a quienes ha creado y redimido queda resumido en las siguientes palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. 22:37-39). Dios no aceptará ninguna cosa menor que esto (*Special Testimonies on Education*, págs. 80-83; reproducido en *Consejos para los maestros*, págs. 327-329).

52

Cómo pasar las fiestas

La recreación es necesaria para los que se dedican al trabajo físico, y es aún más esencial para aquellos cuya labor es principalmente mental. No es esencial para nuestra salvación, ni para la gloria de Dios, mantener la mente trabajando constante y excesivamente, ni siquiera en temas religiosos. Hay diversiones como el baile, los naipes, el ajedrez, las damas, etc., que no podemos aprobar, porque el Cielo las condena. Estas diversiones abren la puerta a un gran mal. No son benéficas en su tendencia, sino que tienen una influencia excitante, y producen en algunas mentes una pasión por los juegos que los llevará a jugar por dinero y a la disipación. Todos estos juegos deben ser condenados por los cristianos, y deben sustituirse por algo que sea perfectamente innocuo.

Vi que nuestras fiestas no deben celebrarse según la manera en que las celebra el mundo; sin embargo, no deben pasar inadvertidas, porque ello producirá descontento en nuestros hijos. Existe durante esos días el peligro de que nuestros hijos estén expuestos a las malas influencias, y salgan corrompidos por los placeres y la excitación del mundo. Estudien, pues, los padres la manera de ofrecerles algo que reemplace esas diversiones peligrosas. Que comprendan que buscan su bien y felicidad.

Únanse varias familias que viven en una ciudad o un pueblo y, dejando las ocupaciones que los han cansado física y mentalmente, realicen una excursión al campo, al lado de un hermoso lago o a un lindo bosque, donde el panorama de la naturaleza sea hermoso. Deben proveerse de alimentos sencillos e higiénicos, las mejores frutas y cereales, y tender la mesa a la sombra de un árbol o bajo la bóveda celeste. El viaje, el ejercicio y el escenario despertarán el

apetito, y disfrutarán de una comida que los reyes podrían envidiar.

En tales ocasiones, padres e hijos deben sentirse libres de cuidados, trabajos y perplejidades. Los padres debieran hacerse niños con sus hijos y acomodarlo todo tan placenteramente para ellos como sea posible. Dedíquese todo el día a la recreación.

A aquellos cuyo empleo sea sedentario o los obligue a estar entre cuatro paredes, el ejercicio al aire libre les resultará benéfico para la salud. Todos los que puedan hacerlo deben considerar como un deber el seguir esta conducta. No perderán nada, sino que ganarán mucho. Podrán volver a sus ocupaciones con nueva vida y valor, para dedicarse a su trabajo con celo, y estarán mejor preparados para resistir las enfermedades (*Testimonies for the Church*, t. 1, págs. 514, 515).

***

Muchos permiten a los jóvenes asistir a partidas de placer, pensando que la recreación es esencial para la salud y la felicidad; pero ¡qué peligros hay en este camino! Cuanto más se complace el deseo de placer, tanto más se cultiva y más fuerte se vuelve. La experiencia de la vida consiste mayormente en complacencia propia y diversión. Dios nos ordena ser cuidadosos (*Consejos para los maestros*, págs. 330, 331).

53

El peligro de las diversiones

Incidentes recientemente ocurridos en nuestros colegios y nuestros sanatorios me inducen a presentar de nuevo las instrucciones que el Señor me dio para los maestros y los alumnos de nuestro colegio de Cooranbong, Australia.

Durante abril de 1900, en el colegio de Avondale se decretó un día de asueto para los obreros cristianos. El programa del día requería una reunión en la capilla por la mañana, en la cual varias otras personas y yo nos dirigimos a los alumnos, llamando su atención a lo que Dios había hecho para la edificación de ese colegio, y a sus privilegios y oportunidades como alumnos.

Después de la reunión, los alumnos dedicaron el resto del día a diversos juegos y deportes, algunos de los cuales eran frívolos, rudos y grotescos.

Durante la noche siguiente, me pareció estar presenciando las actuaciones de la tarde. La escena me fue presentada claramente, y se me dio un mensaje para el administrador y los profesores del colegio.

Se me mostró que, en las diversiones del colegio aquella tarde, el enemigo había ganado una victoria; los profesores habían sido pesados en la balanza y hallados faltos. Sentí mucha angustia y preocupación al pensar que los que ocupaban puestos de responsabilidad hubiesen podido abrir la puerta y, por así decirlo, invitar al enemigo; porque fue lo que hicieron al permitir las diversiones que se realizaron. Como profesores, debieran haberse mantenido firmes y haberse opuesto a dar lugar al enemigo en

cualquier manera. Por lo que ellos permitieron, mancillaron su foja de servicios y agraviaron al Espíritu de Dios. Los alumnos fueron estimulados en una conducta cuyos efectos no se iban a borrar fácilmente. No tiene fin la senda de las diversiones vanas, y todo paso dado en ella es un paso en la senda por la cual Cristo no ha viajado.

Esta introducción de planes erróneos fue la primera cosa contra la cual debieran haberse puesto celosamente en guardia. El colegio de Avondale se estableció, no como los colegios del mundo, sino según Dios lo reveló, para ser un colegio modelo. Y, puesto que esto había de ser, los docentes debieran haberlo perfeccionado todo de acuerdo con el plan de Dios, descartando cuanto no estuviese en armonía con su voluntad. Si sus ojos hubieran estado untados con el colirio celestial, se habrían dado cuenta de que no podían permitir, sin deshonrar a Dios, las actividades que se realizaron aquella tarde.

El miércoles de mañana, cuando dirigí a los alumnos y a los demás que se habían congregado las palabras que el Señor me dio que hablara, no sabía nada de lo que había de realizarse después; porque no se me había comunicado nada de ello. ¿Cómo podían los que dirigían el colegio armonizar con las palabras pronunciadas las cosas que siguieron, que eran de un carácter tal que anulaban las instrucciones que acababan de llegarles de Dios? Si sus percepciones no hubiesen estado tan oscurecidas, habrían comprendido que esas instrucciones reprobaban todo proceder de esa naturaleza.

Yo sentía profundamente la importancia de las palabras que el Señor me dio en esa ocasión para los profesores y los alumnos. Esas instrucciones presentaban a los alumnos deberes del más alto orden; y cuando, por las diversiones a las cuales se dedicaron más tarde, se borraron las buenas impresiones hechas, era decir

virtualmente: "No queremos tu camino, oh Dios; queremos el nuestro; queremos seguir nuestra propia sabiduría".

Durante la noche fui testigo de lo que se realizaba en los terrenos del colegio. Cumplieron el propósito del enemigo los alumnos que participaban en la grotesca pantomima que se vio, y algunos de ellos lo hicieron en forma muy inconveniente. Me fue presentada una visión en la cual vi a los alumnos jugando partidas de tenis y *cricket*. Luego se me instruyó acerca del carácter de esas diversiones. Me fueron presentadas como una especie de idolatría, como los ídolos de las naciones.

Había más espectadores que los visibles en el terreno. Satanás y sus ángeles estaban allí, haciendo impresiones en las mentes humanas. Los ángeles de Dios, que ministraban a los que han de heredar la salvación, estaban también presentes, no para aprobar, sino para desaprobar. Se avergonzaban de que una exhibición tal fuese presentada por los profesos hijos de Dios. Las fuerzas del enemigo obtuvieron una victoria decidida, y Dios fue deshonrado. El que dio su vida para refinar, ennoblecer y santificar a los seres humanos quedó agraviado por lo que se realizó.

Oí una voz, y me di vuelta para ver quién me hablaba. Entonces, con dignidad y solemnidad, Alguien dijo: "¿Es esta la manera de celebrar el aniversario de la apertura del colegio? ¿Es esta la ofrenda de gratitud que ustedes presentan a Dios por las bendiciones que les ha dado? El mundo podría traer una ofrenda tan aceptable como esta en esta ocasión memorable. Los maestros están cometiendo el mismo error que se ha cometido vez tras vez. Deben adquirir sabiduría de los incidentes pasados. El mundo negligente y ateo puede ofrecer muchas ofrendas como esta, de una manera mucho más aceptable".

Dirigiéndose a los profesores, dijo: "Ustedes han cometido un error cuyos efectos será difícil borrar. El Señor de Israel no queda

glorificado en el colegio. Si en este momento el Señor permitiera que acabase su vida, muchos se perderían, eternamente separados de Dios y de los justos".

Consecuencia de apartarse una vez de lo recto

Estas cosas son una repetición de la conducta de Aarón, quien al pie del Sinaí permitió un primer comienzo de mala conducta al dejar que penetrara, en el campamento de Israel, un espíritu de jolgorio y de vulgaridad. Moisés estaba en el monte con Dios, y Aarón había quedado encargado del pueblo. Manifestó su debilidad al no mantenerse firmemente contra las propuestas del pueblo. Podría haber ejercido su autoridad para impedir que la congregación hiciera el mal; pero, así como en su casa fracasó con sus hijos, demostró la misma administración deficiente en el manejo de Israel. Su debilidad como jefe se vio en su deseo de agradar al pueblo, aun sacrificando los principios. Perdió su poder de mandar al conceder el primer permiso que dejó al pueblo contrariar las órdenes de Dios en el menor detalle. Y, como resultado, entró el espíritu de idolatría, y la corriente puesta en movimiento no pudo ser detenida hasta que se hubieron tomado medidas severas y decisivas.

Se necesitó tiempo, y mucho trabajo y pesar, para borrar la influencia de lo sucedido en el colegio de Avondale en aquel miércoles de tarde. Pero, el incidente fue una lección que ayudó a los encargados del colegio a comprender la tendencia de tales diversiones.

¡Qué exhibición fue aquella para que los alumnos informaran de ella a sus lejanos amigos y conocidos! Fue un testimonio que revelaba, no lo que Dios había realizado en el colegio, sino lo que Satanás había logrado. Grave es la consecuencia de una sola ocasión en la que alguien se aparta así de la instrucción que Dios ha dado concerniente a nuestros colegios. Una vez quebrantadas

las vallas, el progreso del enemigo será importante, a menos que el Señor humille los corazones y convierta las mentes.

El esfuerzo para reconquistar lo que se perdió con las cosas que se hicieron en aquella tarde costó a los profesores mucho trabajo. Fueron severamente probados. Entre los alumnos se mostró un deseo de más placeres y menos consideración por la instrucción de la Palabra de Dios. El Señor del cielo quedó así deshonrado, y la complacencia de los deseos del corazón humano en el pecado y en el amor al placer fue la educación recibida.

Gobiérnense los que están educando a los jóvenes de acuerdo con los elevados y santos principios que Cristo ha expuesto en su Palabra. Recuerden que, hasta donde sea posible, tienen que reconquistar el terreno perdido, y que han de introducir en nuestras escuelas la espiritualidad que reinaba en las escuelas de los profetas.

La Biblia como nuestra consejera

Los maestros necesitan un profundo conocimiento de la Palabra de Dios. La Biblia, y solamente la Biblia, debe ser su consejera. La Palabra de Dios es como las hojas del árbol de la vida. Allí se satisface toda necesidad de los que aman sus enseñanzas y las ponen en práctica en su vida. Muchos de los alumnos que vienen a nuestras escuelas son inconversos, aunque hayan sido bautizados. No saben lo que significa ser santificados por la fe en la verdad. Se les debe enseñar a escudriñar y comprender la Biblia, a recibir sus verdades en el corazón y ejecutarlas en la vida diaria. Así se fortalecerán en el Señor, porque los tendones y los músculos espirituales estarán nutridos por el Pan de vida.

El Señor desea que sus dispensadores cumplan fielmente sus deberes, en su nombre y en su fortaleza. Al creer en su Palabra y actuar de acuerdo con sus enseñanzas, pueden avanzar venciendo

y para vencer. Pero cuando los hombres se apartan de los principios de la justicia, conciben una alta opinión de su propia bondad y capacidad, e inconscientemente se exaltan a sí mismos. El Señor permite a los tales que anden solos y sigan su propio camino. Así les da oportunidad de verse tal como son, y manifestar a otros su debilidad. Él procura enseñarles que el camino del Señor debe seguirse siempre muy de cerca, que su Palabra ha de ser aceptada tal como se la lee y que los hombres no han de idear planes de acuerdo con su propio juicio, sin tener en cuenta su consejo.

Nuestras escuelas han de ser como las de los profetas. En ellas se han de estudiar fervorosamente las verdades de la Biblia. Si son presentadas debidamente al intelecto y los alumnos se espacian reflexivamente en ellas, estas verdades les darán un deseo por lo que es infinitamente más elevado que las diversiones mundanales. A medida que se acerquen a Dios, llegarán a participar de la naturaleza divina, y las diversiones nacidas de la tierra se hundirán en la insignificancia. Las mentes de los alumnos se encaminarán más arriba y, al contemplar el carácter de Jesús, se esforzarán por ser como él.

El empleo útil y el placer egoísta

En lugar de proveer diversiones que simplemente entretienen, deben hacerse arreglos para que haya ejercicios benéficos. Los alumnos son enviados a nuestras escuelas para que reciban una educación que los habilite para salir como obreros de la causa de Dios. Satanás quisiera inducirlos a creer que las diversiones son necesarias para la salud física; pero el Señor ha declarado que, para ellos, la mejor manera de obtener ejercicio físico es por medio del adiestramiento manual y permitiendo que el empleo útil reemplace el placer egoísta... El deseo de diversiones, si es complacido, no tarda en desarrollar desagrado por el ejercicio útil y saludable del cuerpo y de la mente, que podría hacer a los

alumnos eficientes para ayudarse a sí mismos y beneficiar a otros.

Dios les concede talentos a los hombres, no para que los sustraigan de la actividad o los empleen en la complacencia propia, sino para que los dediquen a beneficiar a otros. Dios les concede a los hombres el don del tiempo con el propósito de que lo glorifiquen. Cuando ese tiempo se dedica al placer egoísta, las horas así pasadas son perdidas para toda la eternidad (*Consejos para los maestros*, págs. 333-339).

54

La importancia de la preparación física

El siglo presente se destaca por un interés sin paralelo en la educación. La extensa difusión del saber por medio de la prensa, que pone al alcance de todos los medios para su propia cultura, despertó un anhelo general de mejora intelectual.

Aunque reconocemos agradecidos las crecientes facilidades con que contamos, no debemos cerrar los ojos ante los defectos del actual sistema de educación. En el ávido esfuerzo por alcanzar una cultura intelectual, se ha descuidado tanto la disciplina física como la moral. Muchos jóvenes salen de las instituciones de enseñanza con las costumbres degradadas y las facultades físicas debilitadas, sin ningún conocimiento de la vida práctica y poca fuerza para cumplir los deberes de ella.

Al ver estos males, he preguntado: ¿Deben nuestros hijos y nuestras hijas convertirse en alfeñiques morales y corporales con el fin de obtener una educación en las escuelas? No debe ser así ni lo será tampoco si los maestros y los alumnos son fieles a las leyes de la naturaleza, que son también las leyes de Dios. Todas las facultades de la mente y el cuerpo han de ponerse en ejercicio activo para que los jóvenes lleguen a ser fuertes, hombres y mujeres bien equilibrados.

Muchos alumnos tienen tanta prisa por terminar su educación que no son perfectos en nada de lo que emprenden. Pocos son los que tienen valor suficiente y dominio propio para proceder por principios. La mayor parte de los estudiantes no llega a comprender el verdadero objetivo de la educación; de donde resulta que no proceden de tal suerte que lo consigan. Se aplican al

estudio de las matemáticas o de los idiomas, en tanto que descuidan un estudio mucho más esencial para la felicidad y el éxito de la vida. Muchos de los que pueden explorar las entrañas de la tierra con el geólogo o atravesar los cielos con el astrónomo no demuestran ni el más mínimo interés por el mecanismo maravilloso de sus propios cuerpos. Otros saben decir con exactitud cuántos huesos hay en el esqueleto humano, y describir correctamente cada órgano del cuerpo y, no obstante, son tan ignorantes en cuanto a las leyes de la salud y la curación de la enfermedad como si la vida fuese regida por un ciego destino más bien que por una ley definida e invariable.

La salud física se halla en la base misma de las ambiciones y las esperanzas de todos los estudiantes. De aquí la preeminente importancia de adquirir un conocimiento de aquellas leyes por las cuales se obtiene y se conserva la salud. Cada joven debiera aprender a regular sus hábitos dietéticos; es decir, saber qué, cuándo y cómo comer. Debiera instruírselos acerca de cuántas horas dedicar al estudio y cuánto tiempo al ejercicio físico. El cuerpo humano puede compararse a una máquina esmeradamente ajustada, la cual requiere cuidado para mantenerla en ordenada marcha. Una parte no debe estar sujeta a constante desgaste y presión, en tanto que otra se oxida por la inacción. Cuando se atarea la mente, los músculos debieran tener también su parte de ejercicio.

La regulación debida de los hábitos en el comer, dormir, estudiar y hacer ejercicio es un deber que todo estudiante tiene para consigo mismo, para con la sociedad y para con Dios. La educación que hará de los jóvenes una bendición para el mundo es la que los habilita para alcanzar un verdadero y noble desarrollo. El estudiante que estudia arduamente, duerme poco, hace poco ejercicio y come con irregularidad alimentos inapropiados o de calidad inferior está obteniendo preparación intelectual a

expensas de la salud, de las costumbres, de la espiritualidad y, acaso, de la vida.

Los jóvenes gustan, por naturaleza, de la actividad, y si no encuentran legítimo desahogo para sus aprisionadas energías después del confinamiento del aula se vuelven inquietos e impacientes a causa de la disciplina y son así inducidos a entregarse a los deportes rudos indignos de hombres, que deshonran a tantas escuelas y tantos colegios, y hasta a sumirse en escenas de verdadera disipación. Muchos de los jóvenes que dejaron sus hogares siendo inocentes se hallan corrompidos a causa de sus relaciones en la escuela.

Toda institución de enseñanza debiera hacer provisión para el estudio y la práctica de la agricultura y las artes mecánicas. Se debiera emplear a maestros competentes para instruir a los jóvenes en las diversas tareas industriales, así como en las diferentes ramas de estudio. Al paso que se consagra una parte de cada día al mejoramiento mental, dedíquese un tiempo determinado al trabajo físico, y un tiempo conveniente a las prácticas devocionales y al estudio de las Escrituras.

Esta disciplina fomentará hábitos de confianza propia, firmeza y decisión. Los graduados en tales instituciones estarían preparados para empeñarse con éxito en los deberes prácticos de la vida. Tendrían valor y perseverancia para sobreponerse a los obstáculos y firmeza de principios que no se rendiría a las malas influencias.

Si los jóvenes no pudieran educarse más que en una sola dirección, ¿cuál sería de mayor importancia: el estudio de las ciencias, con todas sus desventajas para la salud y las costumbres, o una perfecta preparación en los deberes prácticos, con sanas costumbres y buen desarrollo físico? Sin vacilar, respondemos: lo último. Empero, con el debido esfuerzo pueden conseguirse ambas cosas, en la mayoría de los casos.

Los que combinan el trabajo provechoso con el estudio no tienen necesidad de ejercicios gimnásticos. Y el trabajo ejecutado al aire libre es diez veces más beneficioso para la salud que el trabajo a puerta cerrada. Tanto el artesano como el agricultor hacen ejercicio físico; con todo, el agricultor es el más sano de los dos. Nada menos que el aire y la luz solar, medios vigorizadores de la naturaleza, satisfará plenamente las demandas del organismo. El labrador del terreno encuentra en su trabajo todos los movimientos que se puedan practicar en el gimnasio. Los campos son su gimnasio. El pabellón del cielo es su techo; la tierra sólida, su pavimento. Allí, él ara y pasa la azada a la tierra, siembra y cosecha. Obsérvenlo cómo, durante la siega del heno, guadaña y rastrilla, maneja la horquilla, se contuerce, levanta fardos y los carga, los arroja de sí, los prensa con los pies y luego los apila. Estos diversos movimientos exigen la acción de huesos, coyunturas, músculos, tendones y nervios del cuerpo. Su vigoroso ejercicio produce inspiraciones y exhalaciones plenas, profundas y fuertes, que dilatan los pulmones y purifican la sangre, transmitiendo la cálida corriente de la vida a borbotones por las arterias y las venas. Un labriego que sea moderado en todas sus costumbres goza por lo general de buena salud. El trabajo le es agradable. Tiene buen apetito. Duerme bien y puede estar contento.

Contrástese la condición del activo labriego con la del estudiante que descuida el ejercicio físico. Este se sienta en una habitación cerrada, se inclina sobre su escritorio o su mesa; el pecho se le contrae y se le aprietan los pulmones. No puede hacer aspiraciones plenas y profundas. Su cerebro está atareado hasta lo sumo, en tanto que su cuerpo está tan inactivo como si no hubiese uso para él. La sangre se le mueve lentamente en el organismo. Sus pies están fríos, su cabeza caliente. ¿Cómo puede tener salud semejante persona?

Haga el estudiante regularmente ejercicio que lo obligue a respirar profunda y plenamente, llevándole a los pulmones el aire puro y vigorizador del cielo, y será entonces un nuevo ser. No es tanto el estudio penoso lo que destruye la salud de los estudiantes, como su menosprecio de las leyes de la naturaleza.

En las instituciones de enseñanza se debiera emplear a maestros expertos para instruir a las jóvenes en los misterios de la cocina. El conocimiento de los deberes domésticos es de incalculable valor para toda mujer. Hay familias sin cuento cuya felicidad queda arruinada por la ineficiencia de la esposa y madre. No es tan importante que nuestras hijas aprendan pintura, trabajos de fantasía, música, ni siquiera la "raíz cúbica", o las figuras de la retórica, como que aprendan a cortar, confeccionar y componer su propia ropa, y a preparar el alimento en forma saludable y apetitosa. Cuando una niña tiene 9 o 10 años de edad, se debiera exigir de ella que tome sobre sí una parte de los deberes domésticos permanentemente, a medida que sea capaz, y se la debiera tener por responsable de la manera en que la desempeña. Fue un padre sabio aquel que, cuando le preguntaron lo que se proponía hacer con sus hijas, respondió: "Me propongo hacerlas aprendizas de su excelente madre con el fin de que aprendan el arte de aprovechar el tiempo, y se preparen para ser esposas y madres, cabezas de familia y miembros útiles de la sociedad".

El lavar la ropa sobre la antigua tabla de fregar, barrer, quitar el polvo, y una variedad de otros deberes de la cocina y el jardín, constituirán un ejercicio valioso para las jóvenes. Un trabajo provechoso como este debe ocupar el lugar del *croquet*, del arco, del baile y de otras diversiones que no benefician a nadie.

Muchas damas, tenidas por bien educadas y graduadas con honores en alguna institución de enseñanza, son vergonzosamente ignorantes en cuanto a los deberes prácticos de la vida. Carecen de

las cualidades necesarias para el correcto manejo de la familia, cosa esencial para su felicidad. Pueden hablar de la elevada esfera de la mujer y de sus derechos y, no obstante, estar ellas mismas muy por debajo de la esfera verdadera. Es derecho de toda hija de Eva poseer un perfecto conocimiento de los deberes domésticos y ser enseñada en cada ramo de sus ocupaciones. Toda joven debe estar educada de tal modo que, si se la llama a ocupar el puesto de esposa y madre, pueda presidir como una reina en sus dominios. Debiera ser del todo competente para guiar e instruir a sus hijos y para dirigir a sus sirvientes o, si necesario fuese, suplir con sus propias manos las necesidades de su familia. Tiene el derecho de comprender el mecanismo del cuerpo humano y los principios de la higiene, lo referente a la dieta y el vestido, el trabajo y la recreación, y a un sinnúmero de otras cosas que se relacionan íntimamente con el bienestar de su familia. Tiene el derecho de obtener un conocimiento de los métodos mejores para el tratamiento de las enfermedades, que le permita cuidar a sus hijos cuando estén enfermos en lugar de abandonar sus preciosos tesoros en las manos de enfermeras y médicos extraños.

El concepto de que la ignorancia acerca de la ocupación provechosa constituye una característica esencial del verdadero caballero o la dama es contrario al designio de Dios en la creación del hombre. La ociosidad es un pecado y la ignorancia acerca de los deberes ordinarios es el resultado de la insensatez; y, en el resto de la vida, dará amplio motivo para lamentarla amargamente.

Los que hacen de servir y honrar a Dios su regla de vida prestarán atención al mandato del apóstol: "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Cor. 10:31). Tales estudiantes mantendrán su integridad frente a la tentación y saldrán del colegio con inteligencias bien desarrolladas, y con salud de cuerpo y de alma (*Signs of the Times*, 29 de junio de 1882; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 71-76).

***

El tiempo del que disponemos es corto. Sólo una vez podemos pasar por este mundo; saquemos, pues, al hacerlo, el mejor provecho de nuestra vida. La tarea a la cual se nos llama no requiere riquezas, posición social ni gran capacidad. Lo que sí requiere es un espíritu bondadoso y abnegado, y firmeza de propósito. Una luz, por pequeña que sea, si arde siempre, puede servir para encender otras muchas. Nuestra esfera de influencia, nuestras capacidades, oportunidades y adquisiciones podrán parecer limitadas; y, sin embargo, tenemos posibilidades maravillosas si aprovechamos fielmente las oportunidades que nos brindan nuestros hogares. Si tan sólo queremos abrir nuestros corazones y nuestras casas a los divinos principios de la vida, llegaremos a ser canales por los que fluyan corrientes de fuerza vivificante. De nuestros hogares saldrán ríos de sanidad, que llevarán vida, belleza y feracidad donde hoy por hoy todo es aridez y desolación (*El ministerio de curación*, págs. 273, 274).

55

El Ejemplo divino

Desde los más remotos tiempos, los fieles de Israel prestaron mucha atención al asunto de la educación. El Señor había indicado que a los niños, aun desde sus primeros días, se los instruyera acerca de su bondad y grandeza, especialmente como se revelaba en su ley y en la historia de Israel. Mediante el canto, la oración y las lecciones de las Escrituras adaptadas a la incipiente inteligencia, los padres y las madres tenían que enseñar a sus hijos que la ley de Dios es una expresión de su carácter, y que a medida que recibiesen en el corazón los principios de esa ley la imagen de Dios se delinearía en la mente y en el alma. En la escuela y en el hogar, gran parte de la enseñanza era oral; pero los jóvenes aprendían también a leer los escritos hebreos, y los rollos de pergamino de las Escrituras del Antiguo Testamento se abrían a su estudio.

En los días de Cristo, se tenía por cosa de tanta importancia la instrucción de los jóvenes que el villorrio o la ciudad que no habilitaran escuelas con aquel propósito eran considerados como si estuviesen bajo la maldición de Dios. Con todo, tanto en la escuela como en el hogar, la enseñanza se había vuelto mecánica y formal. Puesto que convenía que Jesús "en todo fuese semejado a sus hermanos" (Heb. 2:17, VM), y él obtuvo conocimiento como podemos hacerlo nosotros, la íntima familiaridad con las Escrituras que hizo patente en su ministerio testifica de la diligencia con que en sus primeros años se entregó al estudio de la Santa Palabra.

Y diariamente obtenía conocimiento de la gran biblioteca de la naturaleza animada e inanimada. El que había creado todas las

cosas, era ahora un hijo de la humanidad, y estudiaba las lecciones que su propia mano había escrito en la tierra, en el mar y en el firmamento. Las parábolas por medio de las cuales le gustaba enseñar sus lecciones de verdad, durante su ministerio, demuestran cuán abierto estaba su espíritu a las influencias de la naturaleza y cómo, en su juventud, se había deleitado en recoger la enseñanza espiritual de aquello que rodeaba su vida cotidiana. Para Jesús, el significado del mundo y de las obras de Dios se desplegaba gradualmente a medida que trataba de comprender la razón de las cosas como cualquier joven trataría de hacerlo. Cultivaba pensamientos y conversación santos. Todas las ventanas de su alma estaban abiertas hacia el sol, y a la luz del cielo su naturaleza espiritual se fortalecía y su vida ponía de manifiesto la sabiduría y la gracia de Dios.

Cada niño puede obtener conocimiento de las obras de la naturaleza y de las páginas de la Santa Palabra de Dios como lo hizo Jesús. A medida que tratemos de familiarizarnos con nuestro Padre celestial por medio de su Palabra, los ángeles se nos acercarán, se fortalecerán nuestras mentes, se elevará y refinará nuestro carácter y llegaremos a ser más semejantes a nuestro Salvador. Y, a medida que contemplemos lo bello y grandioso en la naturaleza, nuestros afectos se dirigirán a Dios; en tanto que el espíritu se recoge, el alma se vigoriza al ponerse en contacto con el Infinito por medio de sus obras. La comunión con Dios por medio de la oración desarrolla las facultades mentales y morales, y las facultades espirituales se fortalecen a medida que cultivamos pensamientos de carácter espiritual.

La vida de Jesús estaba en completa armonía con Dios. Cuando era niño, pensaba y hablaba como niño; sin embargo, ningún rastro de pecado manchaba la imagen de Dios que llevaba dentro de sí. Desde los primeros albores de su inteligencia, creció continuamente en gracia celestial y conocimiento de la verdad

(*Special Testimonies on Education*, 1896; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 442, 443).

56

Palabras de un maestro divino

En sueños de la noche, me hallaba yo entre una gran compañía en la que el tema de la educación agitaba la mente de todos los presentes. Muchos presentaban objeciones en cuanto a cambiar el carácter de la educación que había estado en boga por largo tiempo. Uno, que desde mucho tiempo había sido nuestro enseñador, hablaba a los congregados. Decía: "El asunto de la educación debiera interesar a toda la organización adventista del séptimo día. Las decisiones concernientes al carácter de nuestra obra escolar no debieran dejarse del todo a los directores y los maestros".

Algunos insistían enérgicamente en que se estudiaran ciertos autores incrédulos y recomendaban los mismos libros condenados por el Señor y que, por lo tanto, no debieran, en manera alguna, sancionarse. Después de mucha conversación y discusión acaloradas, nuestro instructor se adelantó y, tomando en la mano ciertos libros por los cuales se había abogado calurosamente, considerándolos esenciales para una educación superior, dijo: "¿Hallarán en estos autores sentimientos y principios que permitan colocarlos sin peligro alguno en manos de los alumnos? Las inteligencias humanas quedan con facilidad fascinadas por los engaños de Satanás, y estas obras producen desagrado por el estudio de la Palabra de Dios, la cual, si se la recibe y aprecia, asegura la vida eterna. Ustedes son seres sujetos a hábitos, y deben recordar que los hábitos correctos son bendiciones tanto en sus efectos sobre su carácter como en su influencia benéfica sobre los demás; empero, los malos hábitos, una vez establecidos, ejercen un poder despótico y esclavizan las inteligencias. Si nunca hubieran leído una sola palabra en estos libros, serían hoy mucho más

capaces de comprender el Libro más digno de ser estudiado y que da las únicas ideas correctas sobre educación.

"El hecho de que haya sido costumbre incluir estos autores entre los libros de texto, y de que esta costumbre sea muy antigua, no es ningún argumento en su favor. El largo uso no recomienda necesariamente a dichos libros como seguros o esenciales. Han llevado a millares adonde Satanás llevó a Adán y a Eva, esto es, al árbol del conocimiento cuyo fruto Dios nos ha prohibido comer. Han inducido a los alumnos a dejar el estudio de las Escrituras por una clase de estudios que no es esencial. Con el fin de que los alumnos educados de esa manera lleguen alguna vez a ser idóneos para trabajar por las almas, tendrán que desaprender mucho de lo que han aprendido. Encontrarán, empero, que desaprender es un trabajo difícil, por cuanto ideas censurables han echado raíces en sus mentes como la maleza en un jardín; y, como resultado, algunos jamás podrán discernir entre lo correcto y lo erróneo. El bien y el mal se han mezclado en su educación. Se han ensalzado, para que las contemplasen, las caras de los hombres y las teorías humanas; de manera que, cuando intentan enseñar a otros, la poca verdad que pueden repetir está entretejida con opiniones, dichos y hechos de los hombres. Las palabras de hombres que demuestran no tener un conocimiento práctico de Cristo no debieran encontrar sitio en nuestras escuelas, pues sólo constituirán obstáculos para la debida educación de la juventud.

"Tienen la Palabra del Dios vivo y con sólo pedirlo pueden recibir el don del Espíritu Santo con el fin de hacer de dicha Palabra un poder para los que creen y obedecen. La obra del Espíritu Santo es guiar a toda verdad. Cuando dependen de la Palabra del Dios vivo con el corazón, la mente y el alma, el conducto de comunicación queda expedito. El estudio profundo y ferviente de la Palabra, bajo la dirección del Espíritu Santo, les suministrará maná fresco, y el mismo Espíritu hará eficaz su empleo. El esfuerzo de los jóvenes

con el objetivo de disciplinar la mente para altas y santas aspiraciones será recompensado. Los que hacen esfuerzos perseverantes en esta dirección, aplicando la mente a la tarea de comprender la Palabra de Dios, están preparados para ser obreros juntamente con Dios.

"El mundo reconoce como maestros a algunos a quienes Dios no puede aprobar como instructores seguros. Dejan de lado la Biblia y, en cambio, recomiendan las producciones de autores ateos como si ellas contuviesen aquel sentir que debiera entrelazarse con el carácter. ¿Qué pueden esperar de una siembra tal? En el estudio de estos libros censurables, tanto la mente de los maestros como la de los alumnos se corrompe y el enemigo siembra su cizaña. No puede ser de otra manera. Al beber de una fuente impura, se introduce veneno en el organismo. Los jóvenes inexpertos a quienes se hace seguir este orden de estudios reciben impresiones que encauzan sus pensamientos por canales fatales para la piedad. Jóvenes enviados a nuestras escuelas han aprendido de libros tenidos por dignos de confianza, debido a que se usaban y favorecían en las escuelas del mundo. Pero, de las escuelas mundanas, imitadas de esta manera, han salido muchos alumnos convertidos en ateos por el estudio de estos mismos libros.

"¿Por qué no han ensalzado la Palabra de Dios por encima de toda producción humana? ¿No basta con mantenerse unido al Autor de toda verdad? ¿No están satisfechos con sacar agua fresca de las corrientes del Líbano? Dios tiene fuentes vivas con las cuales refrigerar al alma sedienta y depósitos de precioso alimento con el cual vigorizar la espiritualidad. Aprendan de él, y él los habilitará para dar a los que la solicitan una razón de la esperanza que hay en ustedes. ¿Han pensado que un conocimiento mejor de lo que el Señor ha dicho tendría efecto deletéreo sobre maestros y alumnos?"

Hubo silencio en la asamblea y la convicción se apoderó de cada corazón. Hombres que se habían creído entendidos y fuertes vieron que eran débiles y carentes del conocimiento de aquel Libro que concierne al eterno destino del alma humana.

El mensajero de Dios tomó entonces, de las manos de varios profesores, los libros que habían estado estudiando, algunos de los cuales, escritos por autores incrédulos, contenían sentimientos ateos, y los puso a un lado diciendo: "Jamás ha habido momento alguno en la vida de ustedes en que el estudio de estos libros haya contribuido a su bien y su progreso actuales o a su bien eterno futuro. ¿Por qué habrían de llenar sus anaqueles con libros que apartan de Cristo la inteligencia? ¿Por qué gastan dinero en aquello que no es pan? Cristo les ruega: 'Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón' (Mat. 11:29). Necesitan comer del Pan de vida que descendió del cielo. Les es necesario ser estudiantes más diligentes de las Sagradas Escrituras y beber de la Fuente de la vida. Saquen, saquen de Cristo en oración ferviente. Logren una experiencia diaria con respecto a comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios. Nunca podrán los autores humanos satisfacer la gran necesidad de ustedes para este tiempo; pero, contemplando a Cristo, Autor y Consumador de su fe, serán transformados a su semejanza".

Poniendo la Biblia en manos de ellos, siguió diciendo: "Ustedes saben poco de este libro. Ignoran las Escrituras y el poder de Dios, y tampoco comprenden la profunda importancia del mensaje que ha de proclamarse a un mundo que perece. Lo pasado ha demostrado que tanto los maestros como los alumnos saben muy poco de las imponentes verdades que son asuntos vitales para este tiempo. Si el mensaje del tercer ángel fuera proclamado en todos sus aspectos a muchos de los que ocupan el puesto de profesores, no lo comprenderían. Si ustedes tuvieran el saber que viene de Dios, su ser entero proclamaría la verdad del Dios vivo a un mundo

muerto en sus transgresiones y pecados. No obstante, se exaltan libros y periódicos que poco contienen de la verdad presente y los hombres se vuelven demasiado doctos para seguir un 'así dice Jehová'.

"Cada maestro de nuestras escuelas debe ensalzar al único Dios verdadero; pero, muchos de los centinelas están durmiendo. Son como ciegos que guían a otros ciegos. Mas el Día del Señor está por sobrecogernos. Como ladrón, viene con paso furtivo y sorprenderá a todos los que no velan. ¿Quiénes, entre los maestros, están despiertos y, como fieles dispensadores de la gracia de Dios, están dando a la trompeta un sonido inconfundible? ¿Quiénes proclaman el mensaje del tercer ángel e invitan al mundo a prepararse para el gran Día de Dios? El mensaje que damos tiene el sello del Dios vivo".

Señalando la Biblia, añadió: "Las Escrituras del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento se han de combinar en la obra de preparar a un pueblo que subsista en el Día del Señor. Aprovechen fervorosamente sus oportunidades actuales. Hagan de la Palabra del Dios viviente su libro de texto. Si siempre se hubiera hecho esto, ciertos alumnos ahora perdidos para la causa de Dios serían misioneros. Jehová es el único Dios verdadero, y ha de ser reverenciado y adorado. Los que respetan las palabras de autores incrédulos e inducen a los alumnos a considerar estos libros como esenciales en su educación menoscaban su fe en Dios. El tono, el espíritu, la influencia de estos libros, son deletéreos para los que dependen de ellos con el fin de adquirir conocimiento. Los estudiantes han sido hechos el blanco de influencias que los indujeron a apartar los ojos de Cristo, la Luz del mundo, y los malos ángeles se regocijan porque quienes profesan conocer a Dios lo niegan en la forma en que se lo ha negado en nuestros colegios. El Sol de Justicia ha estado resplandeciendo sobre la iglesia, para disipar las tinieblas, y para llamar la atención del pueblo de Dios a

la preparación esencial para los que quieren resplandecer como luminares en el mundo. Los que reciban esta luz la comprenderán; los que no la reciban andarán en tinieblas, no sabiendo dónde tropiezan. Nunca está el alma segura a menos que se halle bajo la dirección divina. Entonces será guiada a toda verdad. La palabra de Cristo caerá con vivo poder sobre los corazones obedientes y, mediante la aplicación de la verdad divina, se reproducirá la imagen perfecta de Dios, y en el cielo se dirá: 'Estáis completos en él' (Col. 2:10)".

En ningún caso debe permitirse a los alumnos emprender tantos estudios que no puedan asistir a los cultos (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 429-433).

57

Carácter y obra de los maestros

La obra hecha en nuestros colegios y nuestras escuelas no ha de asemejarse a la que se hace en los colegios y los seminarios del mundo. En la grandiosa tarea de la educación, la enseñanza de las ciencias no ha de ser de carácter inferior, pero se ha de considerar de primera importancia aquel conocimiento que habilite a un pueblo para estar firme en el gran Día de la preparación de Dios. Nuestros colegios deben asemejarse más a las escuelas de los profetas. Deben ser colegios preparatorios donde los alumnos sean puestos bajo la disciplina de Cristo, para aprender del gran Maestro. Deben ser colegios familiares, donde cada estudiante reciba ayuda especial de parte de sus docentes como los miembros de la familia debieran recibirla en el hogar. Se han de fomentar la ternura, la simpatía, la unidad y el amor. Debe haber docentes abnegados, consagrados y fieles, que constreñidos por el amor de Dios y llenos de ternura cuiden de la salud y la felicidad de los alumnos, y procuren hacerlos progresar en toda rama importante del saber.

Deben elegirse docentes entendidos para nuestros colegios y nuestras escuelas que se sientan responsables ante Dios por grabar en las inteligencias la necesidad de conocer a Cristo como Salvador personal. Desde el grado más alto hasta el más bajo, deben demostrar especial cuidado por la salvación de los alumnos y, mediante su esfuerzo personal, procurarán guiar sus pies por senderos rectos. Deben mirar con compasión a aquellos que han sido mal enseñados en la infancia y tratar de remediar defectos que, si se conservan, perjudicarán grandemente el carácter. No puede hacer esta obra quien no haya aprendido primero en la escuela de Cristo la debida manera de enseñar.

Todos los que enseñan en nuestros colegios deben tener una unión íntima con Dios y una perfecta comprensión de su Palabra, con el fin de que puedan volcar la sabiduría y el conocimiento divinos en la obra de educar a los jóvenes para su utilidad en esta vida y para la vida futura e inmortal. Deben ser hombres y mujeres que no sólo conozcan la verdad sino también sean hacedores de la Palabra de Dios. El "Escrito está" debiera manifestarse en sus vidas. Mediante su propio proceder, deben enseñar sencillez y hábitos correctos en todas las cosas. Nadie debe unirse a nuestros colegios como educador si no ha tenido experiencia en obedecer a la Palabra del Señor.

Los directores y los profesores tienen necesidad de ser bautizados con el Espíritu Santo. La ferviente oración de las almas contritas será acogida ante el Trono de Dios, y él la contestará a su debido tiempo si por la fe nos aferramos de su brazo. Piérdase el yo en Cristo y Cristo en Dios, y habrá una manifestación de su poder que enternecerá y subyugará los corazones. Cristo enseñó de una manera completamente diferente de los métodos ordinarios; y nosotros debemos cooperar con él.

La enseñanza significa mucho más de lo que muchos suponen. Se requiere gran habilidad para hacer comprender la verdad. Por esta razón, cada docente debe procurar que aumente su conocimiento de la verdad espiritual; pero no puede obtener este conocimiento si se aparta de la Palabra de Dios. Si quiere que mejoren diariamente sus facultades y sus aptitudes, debe estudiar; debe comer y asimilar la Palabra, y trabajar como trabajó Cristo. Cada facultad del alma que se nutre con el Pan de vida será vigorizada por el Espíritu de Dios. Esta es la comida que para vida eterna permanece.

Los maestros y los profesores que aprendan del gran Maestro percibirán la ayuda de Dios como la percibieron Daniel y sus compañeros. Les es necesario ascender hacia el cielo en lugar de

permanecer en el llano. La experiencia cristiana debe combinarse con la educación verdadera. "Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 Ped. 2:5). Los docentes y los alumnos deben estudiar esta ilustración y ver si pertenecen a la clase que, en virtud de la abundante gracia ofrecida, alcanza la experiencia que ha de tener todo hijo de Dios antes de que pueda pasar al grado superior. En toda su enseñanza, deben impartir luz del Trono de Dios, porque la educación es una obra cuyos efectos se verán durante los siglos sin fin de la eternidad.

Deben inducir a los alumnos a pensar y a comprender claramente la verdad por sí mismos. No basta que el profesor explique o que el alumno crea; se ha de provocar la investigación e incitar al alumno a enunciar la verdad en su propio lenguaje, para demostrar que ve su fuerza y se la aplica. Con esmerado esfuerzo, deben grabarse así en la mente las verdades vitales. Podrá ser este un procedimiento lento; pero vale más que recorrer con demasiada prisa asuntos importantes sin darles la consideración debida. Dios espera de sus instituciones que sobrepujen a las del mundo, por cuanto lo representan. Los hombres verdaderamente unidos con Dios mostrarán al mundo que él es quien maneja el timón.

Nuestros maestros necesitan aprender de continuo. Los reformadores deben reformarse a sí mismos no sólo en sus métodos de trabajo, sino también en su corazón. Necesitan ser transformados por la gracia de Dios. Cuando Nicodemo, un gran maestro de Israel, fue a Jesús, el Maestro le expuso las condiciones de la vida divina, enseñándole el alfabeto mismo de la conversión. Nicodemo preguntó: "¿Cómo puede ser esto?" "¿Tú eres un maestro de Israel –respondió Jesús– y no entiendes esto?" (Juan 3:9, 10, VM). Esta pregunta podría dirigirse a muchos de los que ahora ocupan el puesto de profesores, pero que han descuidado la

preparación esencial que los habilita para dicha tarea. Si las palabras de Cristo fueran recibidas en el alma, habría una percepción mucho más elevada y un conocimiento espiritual mucho más profundo de lo que constituye un discípulo, un sincero seguidor de Cristo y un educador a quien él pueda aprobar.

Deficiencias de los maestros

Una buena parte de nuestros docentes tiene mucho que desaprender y mucho que aprender, de diferente carácter. A menos que estén dispuestos a hacer esto, a menos que lleguen a familiarizarse perfectamente con la Palabra de Dios y sus inteligencias se apliquen a estudiar las gloriosas verdades referentes a la vida del gran Maestro, fomentarán precisamente los errores que el Señor está tratando de corregir. Planes y opiniones que no debieran concebirse se grabarán en su mente, y con toda sinceridad llegarán a conclusiones erróneas y peligrosas. De este modo se sembrará una semilla que no es grano verdadero. Muchas costumbres y prácticas comunes en la obra escolar, y que tal vez se tienen por cosas pequeñas, no pueden ahora introducirse en nuestras escuelas. Podrá ser difícil para los profesores abandonar ideas y métodos por largo tiempo acariciados; con todo, si quieren, sincera y humildemente, preguntarse a cada paso: ¿Es este el camino del Señor?, y se entregan a su dirección, él los conducirá por senderos seguros, y sus maneras de ver cambiarán a medida que vayan adquiriendo experiencia.

Los docentes de nuestros colegios tienen necesidad de escudriñar las Escrituras hasta que las comprendan individualmente, abriendo sus corazones a los preciosos rayos de luz que Dios ha dado y andando en ellos; entonces serán enseñados por Dios y trabajarán en direcciones enteramente distintas, vertiendo en su enseñanza menos de las teorías y los sentimientos de hombres que jamás tuvieron unión con Dios. Honrarán mucho menos la sabiduría finita y sentirán en el alma un hambre profunda por aquella

sabiduría que procede de Dios.

A la pregunta formulada por Jesús a los Doce: "¿Queréis acaso iros también vosotros?", Pedro contestó: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente" (Juan 6:67-69). Si los maestros entrelazan estas palabras con la labor de sus aulas, el Espíritu Santo estará presente para efectuar su obra sobre las mentes y los corazones (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 425-428).

La obra del docente

Los docentes han de ser obreros juntamente con Dios, promoviendo y llevando adelante la obra que Cristo, con su propio ejemplo, les ha enseñado a hacer. Tienen que ser, en efecto, la luz del mundo, por cuanto manifiestan los virtuosos atributos revelados en el carácter y la obra de Cristo, atributos que enriquecerán y embellecerán sus propias vidas como discípulos de Cristo.

¡Qué obra solemne, sagrada e importante es el empeño de representar el carácter de Cristo y su Espíritu a nuestro mundo! Ella es privilegio de todo director y de todo docente vinculado con la obra de educar, preparar y disciplinar la mente de los jóvenes. A todos les es necesario tener la convicción inspiradora y firme de que están llevado, en efecto, el yugo de Cristo y su carga.

Se encontrarán pruebas en esta tarea; el desánimo oprimirá el alma a medida que los docentes vean que sus labores no son siempre apreciadas. Satanás ejercerá sobre ellos su poder mediante tentaciones, desalientos y aflicciones por enfermedades, con la esperanza de que podrá hacerlos murmurar contra Dios, y cerrar su entendimiento a su bondad, su misericordia y su amor, y al sobremanera grande peso de gloria que ha de ser el galardón del

vencedor. Pero Dios está guiando a estas almas a una confianza más perfecta en su Padre celestial. Su ojo está sobre ellos cada momento, y si ellos elevan a él su clamor con fe, si apoyan en él sus almas en las perplejidades, el Señor los sacará como oro purificado. El Señor Jesús ha dicho: "No te desampararé, ni te dejaré" (Heb. 13:5). Dios puede permitir que sobrevenga una serie de circunstancias que los mueva a huir a la Fortaleza y, por la fe, se extiendan hacia el Trono de Dios a través de densas nubes de oscuridad; pues su presencia también se oculta en ellas. Pero él siempre está listo para librar a todos los que en él confían. La victoria obtenida de esa manera será más completa, el triunfo más seguro; porque la persona probada, abatida por la pena y afligida, podrá decir: "He aquí, aunque él me matare, en él esperaré; no obstante, defenderé delante de él mis caminos" (Job 13:15). "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación" (Hab. 3:17, 18).

Una súplica personal

Suplico a los docentes de nuestras instituciones educativas que no permitan que retrograden el fervor y el celo religiosos. No hagan movimientos de retroceso; empero, sea su lema "Adelante". Nuestras escuelas y nuestros colegios deben subir a un plano de acción más alto; se han de tener miras más vastas; ha de haber fe más poderosa y más profunda piedad; la Palabra de Dios ha de ser la raíz y rama de toda sabiduría y conquistas intelectuales. Cuando el poder convertidor de Dios eche mano de ellas, se verá que el conocimiento de Dios abarca un campo más vasto que los llamados "métodos avanzados" de educación. En toda la instrucción impartida, deben los docentes recordar las palabras de Cristo: "Vosotros sois la luz del mundo" (Mat. 5:14). Entonces, no tendrán

tan grande impedimento en la preparación de misioneros que salgan e impartan su conocimiento a otros.

Tenemos todo don en cuanto a aptitudes y toda facilidad para cumplir con los deberes que se nos han confiado; y debiéramos estar agradecidos a Dios que por su misericordia tenemos dichas ventajas y poseemos el conocimiento de su gracia, de la verdad presente y del deber. ¿Están ustedes, entonces, como maestros, tratando de conservar la falsa educación que han recibido? ¿Están perdiendo las preciosas oportunidades que se les han concedido para estar mejor equipados con los planes y los métodos de Dios? ¿Creen en la Palabra de Dios? ¿Están volviéndose cada día más capaces de comprender, de entregarse al Señor y de que se los use en su servicio? ¿Son misioneros para hacer la voluntad de Dios? ¿Creen en la Biblia y prestan atención a lo que dice? ¿Creen que estamos viviendo en los últimos días de la historia de esta tierra? Y ¿tienen corazones capaces de sentir? Tenemos una gran obra delante de nosotros; hemos de ser portadores de la sagrada luz del mundo, que ha de iluminar a todas las naciones. Somos cristianos; por lo tanto, ¿qué estamos haciendo?

Tomen, docentes, su lugar como verdaderos educadores y, mediante palabras y expresiones de interés por las almas de sus alumnos, derramen en sus corazones la viva corriente del amor redentor. Consulten con ellos antes de que sus mentes se preocupen con su trabajo literario. Ínstenlos a buscar a Cristo y su justicia. Háganles presentes los cambios que seguramente se realizarán si el corazón se da a Cristo. Fijen la atención de ellos en él; esto cerrará la puerta a las locas aspiraciones que naturalmente se manifiestan y preparará la mente para la recepción de la verdad divina. Se ha de enseñar a los jóvenes que el tiempo es oro y que corren peligro con pensar que pueden sembrar excesos juveniles sin cosechar el dolor y la ruina. Se les ha de enseñar a tener sobrias inclinaciones y a admirar lo bueno en el carácter de otros. Se les ha

de enseñar a poner la voluntad en conformidad con la voluntad de Dios, para que puedan cantar el nuevo cántico y mezclarse con las armonías celestiales.

Desechen todas las manifestaciones de encumbramiento personal, porque esto no les puede servir de ayuda en su trabajo; y, ello no obstante, les ruego que estimen altamente su propio carácter, por cuanto han sido comprados a un precio infinito. Sean cuidadosos, dedíquense a la oración, sean serios. No piensen que les es posible mezclar lo profano con lo santo. Esto se ha hecho tan continuamente en lo pasado que el discernimiento espiritual de los docentes se ha oscurecido, y no pueden distinguir entre lo santo y lo profano. Han tomado fuego extraño, y lo han exaltado, alabado y mantenido vivo; por lo que el Señor se ha apartado con desagrado. Docentes, ¿no sería mejor hacer una consagración plena de ustedes mismos a Dios? ¿Pondrán en peligro sus almas a causa de un servicio dividido?

Por medio de la pluma y la voz, den a Dios la honra debida. Santifiquen al Señor Dios en sus corazones y estén siempre preparados para dar, a todo aquel que se la pidiera, razón de la esperanza que hay en ustedes; pero con mansedumbre y temor (1 Ped. 3:15). ¿Entenderán esto los docentes de nuestras escuelas y nuestros colegios? ¿Tomarán la Palabra de Dios como el libro de texto que puede hacerlos sabios para salvación? ¿Impartirán a los alumnos esta sabiduría superior, dándoles ideas claras y precisas de la verdad, con el fin de que sean capaces de presentar esas ideas a otros? Podrá parecer que la enseñanza de la Palabra de Dios tiene poco efecto sobre las mentes y los corazones; pero, si el trabajo del docente ha sido hecho en Dios, algunas lecciones de divina verdad quedarán hasta en la memoria de los más indiferentes. El Espíritu Santo regará la semilla sembrada y, a menudo, brotará después de muchos días y llevará fruto para gloria de Dios.

El gran Maestro del cielo no ha indicado a los docentes el estudio de ninguno de los grandes autores, reputados por tales. Él dijo: "Venid a mí... aprended de mí... y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat. 11:28, 29). Cristo ha prometido descanso, y lo hallaremos aprendiendo lecciones de él. Le fueron entregados todos los tesoros del cielo con el fin de que pudiera dar esos dones al que los buscara con diligencia y perseverancia. Nos ha sido hecho por Dios "sabiduría, justificación, santificación y redención" (1 Cor. 1:30).

Los docentes deben comprender qué lecciones impartir o, de otra suerte, no podrán preparar alumnos para que se los promueva al curso superior. Deben estudiar las lecciones de Cristo y el carácter de su enseñanza. Deben considerar su independencia del formalismo y la tradición, y apreciar la originalidad, la autoridad, la espiritualidad, la ternura, la benevolencia y el carácter práctico de su enseñanza. Los que hacen de la Palabra de Dios su libro de estudio, los que cavan en busca de los tesoros de verdad, se compenetrarán del Espíritu de Cristo y, por la contemplación, serán transformados a su semejanza. Los que aprecian la Palabra enseñarán como discípulos que se han sentado a los pies de Jesús y se acostumbraron a aprender de él. En vez de introducir en nuestras escuelas libros que contienen las hipótesis de los grandes autores del mundo, dirán: No me tienten a menospreciar al mayor Autor y Maestro, por quien tengo yo la vida eterna. Él nunca se equivoca. Es el gran Manantial de donde fluye toda sabiduría. Siembre, pues entonces, cada docente la semilla de la verdad en la mente de los alumnos. Cristo es el Maestro modelo.

***

La Palabra del Dios eterno es nuestra guía. Por su medio, hemos sido hechos sabios para salvación. Esta Palabra ha de estar siempre en nuestros corazones y en nuestros labios. "Escrito está" ha de ser

nuestra ancla. Los que hacen de la Palabra de Dios su consejero reconocen la debilidad del corazón humano y el poder de la gracia de Dios para subyugar todo impulso no santificado e impío. Sus corazones están siempre entregados a la oración y se les ha concedido la custodia de santos ángeles. Cuando el enemigo viene cual avenida de aguas, el Espíritu de Dios levanta por ellos bandera contra él. Existe armonía en el corazón, porque la influencia preciosa y potente de la verdad es la que domina. Hay una manifestación de la fe que obra por el amor y purifica el alma.

Oren para que ustedes nazcan de nuevo. Si tienen este nuevo nacimiento, se deleitarán, no ya en los caminos torcidos de sus propios deseos, sino en el Señor. Desearán estar bajo su autoridad. Procurarán constantemente alcanzar una norma más alta. No sean solamente lectores de la Biblia, sino también estudiantes fervorosos de ella, con el fin de que conozcan lo que Dios requiere de ustedes. Necesitan un conocimiento experimental de cómo hacer su voluntad. Cristo es nuestro Maestro.

Que cada docente de nuestras escuelas y nuestros colegios, y cada administrador de nuestras instituciones, estudie qué cosa le es esencial para trabajar en las filas del Señor, y llevar consigo un sentimiento de perdón, consuelo y esperanza.

Mensajeros celestiales son enviados para ministrar a los que han de ser herederos de salvación, y aquellos se comunicarían con los docentes si ellos no estuviesen satisfechos con el muy trillado camino de la tradición, si no tuviesen temor de apartarse del amparo del mundo. Los docentes deben tener cuidado, no sea que cierren la puerta de modo que el Señor no halle entrada en el corazón de los jóvenes (*Testimonies for the Church*, t. 6, págs. 156-161).

58

El carácter cristiano ejemplificado en docentes y alumnos

En nombre de mi Señor, suplico a los jóvenes y las señoritas que pretenden ser hijos e hijas de Dios que presten obediencia a la Palabra de Dios. Suplico a los docentes de nuestras escuelas y nuestros colegios que den un ejemplo correcto a aquellos con quienes se relacionen. Los que quieren reunir las condiciones para poder modelar el carácter de los jóvenes deben contarse como estudiantes en la escuela de Cristo, con el fin de que sean mansos y humildes de corazón, como lo fue el Modelo divino. En el vestido, en el porte, en todas sus maneras, debieran ejemplificar el carácter cristiano, poniendo de manifiesto el hecho de que están bajo las sabias reglas disciplinarias del gran Maestro. El joven cristiano debiera ciertamente estar preparado para llevar responsabilidades con corazón valiente y manos voluntarias. Debiera estar listo para afrontar las pruebas de la vida con paciencia y fortaleza. Debiera tratar de formar un carácter de acuerdo con el Modelo divino, siguiendo los principios dignos y afianzándose en hábitos que lo capaciten para obtener la corona del vencedor.

En la vida escolar, los jóvenes pueden sembrar semillas que rindan fruto, no ya de espinas sino de precioso grano para el granero celestial. No hay tiempo más favorable que el pasado en la escuela y el colegio, tiempo en que se conoce el poder de la gracia salvadora de Cristo, en que se es gobernado por los principios de la Ley divina; e interesa al propio alumno llevar una vida piadosa. La gloria culminante de la vida resulta de la unión con Cristo. Nadie vive para sí. La vida de ustedes está entretejida con todas las demás en la trama común de la humanidad, y tienen que ser obreros

juntamente con Dios en pro de la salvación de aquellos que perecen en la degradación y la miseria. Tienen que ser instrumentos para inclinar el ánimo de aquellos con quienes se asocian hacia una vida mejor y para guiar la mente a Jesús.

Juan escribe: "Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno" (1 Juan 2:14). Y Pablo manda a Tito que exhorte a los jóvenes a que sean "prudentes" (Tito 2:6). Eleven su alma con el fin de ser como Daniel, un servidor leal e invariable del Señor de los ejércitos. Consideren bien la senda de sus pies; pues ustedes se hallan sobre tierra santa y los ángeles de Dios están a su alrededor. Es justo que sientan que deben subir hasta el peldaño más alto de la escalera de la educación. La filosofía y la historia son estudios importantes; con todo, su sacrificio de tiempo y dinero no valdrá nada si no usan lo que alcancen para la honra de Dios y el bien de la humanidad. A menos que el conocimiento de la ciencia sea un escalón para alcanzar los más elevados propósitos, carece de valor. La educación que no suministre conocimiento tan duradero como la eternidad no tiene objetivo. A menos que tengan presente el cielo y la vida inmortal futura, lo que alcancen no tiene valor permanente. Pero, si Jesús es su Maestro, no simplemente un día en la semana, sino cada día, cada hora, pueden tener su favor en la prosecución de conocimientos literarios.

Daniel tuvo siempre presente la gloria de Dios, y ustedes también debieran decir: Señor, yo quiero conocimiento, no para la glorificación del yo, sino para ponerme a la altura de lo que Jesús espera; esto es: que perfeccione un inteligente carácter cristiano mediante la gracia que me ha dado. ¿Quieren los estudiantes ser fieles a los principios como lo fue Daniel?

En lo futuro habrá más apremiante necesidad de hombres y mujeres de cualidades académicas de la que ha habido en lo

pasado, pues vastos campos se abren delante de nosotros, ya blancos para la siega. En esos campos pueden ser obreros juntamente con Dios. Pero, si son amadores de los placeres más que de Dios, si son livianos, si permiten que pasen las áureas oportunidades sin adquirir conocimiento, sin poner sólidas vigas en el edificio de su carácter, serán enanos e inválidos en cualquier ramo de trabajo que emprendan.

Si bien una buena educación es un gran beneficio cuando el que la posee la combina con la consagración, los que no tienen el privilegio de alcanzar grandes conquistas académicas no tienen por qué creer que no les es posible avanzar en la vida intelectual y espiritual. Si quieren sacar el mejor partido del conocimiento que poseen, si quieren tratar de juntar diariamente algo para sus almacenes y vencer todas las perversidades de su temperamento mediante el diligente cultivo de los rasgos del carácter propios de Cristo, Dios les abrirá conductos de sabiduría y podrá decirse de ellos, como antiguamente se dijo de los jóvenes hebreos, que Dios les dio sabiduría y entendimiento.

No es cierto que los jóvenes vivaces alcanzan siempre el mayor éxito. ¡Con cuánta frecuencia se ha colocado en puestos de confianza a hombres de talento y educación, y han resultado un fracaso! Su brillo tenía la apariencia del oro; pero, cuando se lo probó, no resultó ser más que oropel y escoria. Fracasaron en su trabajo a causa de su infidelidad. No fueron industriosos y perseverantes, y tampoco fueron hasta el fondo de las cosas. No estuvieron dispuestos a comenzar desde la parte inferior de la escalera y, con trabajo paciente, ascender peldaño tras peldaño hasta alcanzar la cumbre. Andaban al resplandor de las chispas (sus vivos resplandores de pensamiento) producidas por ellos mismos. No dependían de la sabiduría que Dios solamente puede dar. Su fracaso no se debió a su falta de oportunidad, sino a su carencia de buen sentido. No percibieron que sus ventajas

educacionales les eran valiosas, de modo que no avanzaron, como podrían haberlo hecho, en el conocimiento de la religión y la ciencia. Su entendimiento y su carácter no fueron equilibrados por los elevados principios de rectitud.

Sean nuestros jóvenes sensatos y consideren los senderos de sus pies. Rehuyan el pecado, por ser destructivo en sus tendencias y desagradable para Dios. Disciernan las posibilidades que están a su alcance y busquen a Dios para que les conceda gracia con el fin de mantenerse en las sendas de la justicia. Busquen el consejo y la dirección del Señor con el fin de que puedan dedicar sus vidas para su gloria en el mundo.

Al adquirir educación no ha de considerarse el éxito como cuestión de oportunidad o destino; este proviene del Dios que leyó el corazón de Daniel, que miró con placer la pureza de sus motivos, la firmeza de su propósito de honrar al Señor. Daniel no anduvo a la luz de las chispas de su propia producción, sino que hizo del Señor su sabiduría. La filosofía divina fue la base de su educación. Recibió con agrado el consejo del Señor. ¡Ojalá que los estudiantes fuesen como Daniel! Pero muchos no advierten la importancia de someterse a la divina disciplina.

¡Ojalá que todos se dieran cuenta de que sin Cristo no pueden hacer nada! Los que con él no recogen, desparraman. Sus pensamientos y sus acciones no tendrán el carácter debido, y su influencia será destructora del bien. Nuestras acciones tienen una influencia doble, pues afectan a otros tanto como a nosotros. Esta influencia será una bendición o una maldición para aquellos con quienes nos relacionemos. ¡Cuán poco apreciamos este hecho! Las acciones forman los hábitos; y los hábitos, el carácter. Por lo que, si no cuidamos de nuestros hábitos, no estaremos en condiciones de unirnos con los agentes celestiales en la obra de salvación, ni listos para entrar en las celestes mansiones que Jesús ha ido a preparar;

porque allí no habrá nadie fuera de aquellos que rindieron su voluntad y su propósito a la voluntad y el propósito de Dios. Aquel cuyo carácter está probado, que ha soportado el experimento de la prueba, que es partícipe de la naturaleza divina, se hallará entre aquellos a quienes Jesús declare bienaventurados.

Sin Cristo nada podemos hacer. Los principios puros de integridad, virtud y bondad proceden todos de Dios. Un concienzudo cumplimiento del deber, la simpatía propia de Cristo, el amor por las almas y por la de ustedes mismos, por cuanto pertenecen a Dios y han sido comprados con la preciosa sangre de Cristo, los harán obreros juntamente con Dios y les conferirán poder persuasivo y atrayente. Tienen que respetar su propia fe con el fin de presentarla con éxito a otros. Tanto por ejemplo como por precepto, deben demostrar que reverencian su fe, hablando reverentemente de cosas sagradas. No permitan jamás que escape de sus labios una expresión de ligereza o trivialidad cuando citan las Escrituras. Al tomar la Biblia en sus manos, recuerden que están sobre tierra santa. Hay ángeles a su alrededor, a quienes podrían ver si fuesen abiertos sus ojos. Sea tal su conducta que dejen sobre cada alma con la cual se relacionan la impresión de que los rodea una atmósfera pura y santa. Una palabra vana, una risa trivial, puede inclinar a un alma en la dirección indebida. Terribles son las consecuencias de no tener una relación constante con Dios.

Absténganse de todo mal. Los pecados comunes, por insignificantes que se los considere, echarán a perder su sentido moral y apagarán la impresión interior del Espíritu de Dios. El carácter de los pensamientos deja su huella en el alma y una conversación rastrera corrompe el entendimiento. Todas las malas obras arruinan a aquellos que las hacen. Dios podrá perdonar al pecador que se arrepiente; pero, aunque sea perdonado, su alma está dañada; queda destruida la fuerza del pensamiento elevado del que es capaz la mente cuando no ha recibido ningún daño.

Siempre lleva, el alma, la cicatriz. Busquemos, entonces, aquella fe que obra por el amor y purifica el corazón, con el fin de que representemos ante el mundo el carácter de Cristo (*Review and Herald*, 8 de diciembre de 1891; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 191-195).

59

A los docentes y los alumnos

A los docentes y los alumnos de nuestro Colegio de Battle Creek y de todas nuestras instituciones educativas

Durante la noche, se me han dado mensajes para ustedes, los de Batt1e Creek, y para todas nuestras escuelas y nuestros colegios. Al paso que Dios quiere que las facultades físicas se disciplinen, así como también las mentales, el ejercicio físico debiera estar, por su carácter, en completa armonía con las lecciones dadas por Jesucristo a sus discípulos. Lo que se da al mundo debiera verse en la vida de los cristianos, de modo que, con respecto a la educación y la preparación personales, los seres celestiales no tengan que anotar, en los libros del cielo, el hecho de que los alumnos y los docentes de nuestras instituciones son "amadores de los deleites, más que de Dios" (2 Tim. 3:4). Esto es lo que se anota ahora respecto de un gran número de ellos: "Amadores de los deleites, más que de Dios". De este modo, Satanás y sus ángeles están colocando trampas para las almas de ustedes, y Satanás mismo obra sobre los docentes y los alumnos con el propósito de inducirlos a que se entreguen a ejercicios y diversiones que llegan a ser intensamente dominantes, pero cuyo carácter es tal que fortalece las facultades más bajas, y crea apetitos y pasiones que han de asumir la dirección y estorbar de la manera más decidida las acciones y la obra del Espíritu Santo de Dios sobre el corazón humano.

¿Qué les dice el Espíritu Santo? ¿Cuál fue su poder y su influencia sobre sus corazones durante el congreso de la Asociación General y los congresos en otros Estados? ¿Han prestado atención especial en cuanto a ustedes mismos? ¿Han sentido, los docentes del colegio,

que tienen que prestar atención? Si Dios los ha señalado como educadores de los jóvenes, son también "obispos [sobreveedores] del rebaño" [Hech. 20:28]. No están en la obra escolar con el fin de idear planes de ejercicios y juegos que formen pugilistas; no están para rebajar las cosas sagradas hasta el nivel de lo profano.

Yo estaba hablando a los docentes, dirigiéndoles mensajes de reprensión. Todos los docentes necesitan ejercicio, un cambio de ocupación. Dios ha indicado que ese ejercicio lo debiera constituir un trabajo provechoso y práctico; pero se han apartado del plan de Dios, para seguir invenciones humanas, y ello con detrimento de la vida espiritual. Ni una jota ni una tilde de la influencia posterior de una educación tal los habilitará para hacer frente a los severos conflictos de estos últimos días. ¿Qué clase de educación están recibiendo nuestros docentes y nuestros alumnos? ¿Ha ideado y proyectado Dios esta clase de ejercicio para ustedes o la han introducido las invenciones y las imaginaciones humanas? ¿Cómo está preparada la mente para el estudio y la meditación, los pensamientos serios, y la oración ferviente y contrita que procede de los corazones subyugados por el Santo Espíritu de Dios? "Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre" (Mat. 24:37). "Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal" (Gen. 6:5).

El Señor presentó ante mí la necesidad de establecer un colegio en Battle Creek, que no debiera imitar a ningún colegio existente. Debemos tener docentes que guarden sus almas en el amor y el temor de Dios. Los docentes tienen que enseñar acerca de cosas espirituales, tienen que preparar a un pueblo para estar firme en la penosa crisis que está delante de nosotros; pero ha habido una desviación del plan de Dios en muchas maneras. Las diversiones están haciendo más en el sentido de estorbar la obra del Espíritu Santo que cualquier otra cosa, y el Señor es agraviado.

"Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo [pero no os detengáis aquí; id adelante en seguir la luz de la Palabra]; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Isa. 1:16-18). Atañe a ustedes ejercitar el intelecto y tener la oportunidad de hacer ejercicio. "Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra" (Isa. 1:19).

"¿Cómo te has convertido en ramera, oh ciudad fiel? Llena estuvo de justicia, en ella habitó la equidad; pero ahora, los homicidas. Tu plata se ha convertido en escorias, tu vino está mezclado con agua. Tus príncipes, prevaricadores y compañeros de ladrones; todos aman el soborno, y van tras las recompensas; no hacen justicia al huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda" (Isa. 1:21-23).

"Venid, oh casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Jehová" (Isa. 2:5). "Dejaos del hombre, cuyo hálito está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?" (Isa. 2:22). "No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación. Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos. Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios" (Sal. 146:3-5). "Pueblo mío, los que te guían te engañan, y tuercen la carrera de tus caminos" (Isa. 3:12).

Estoy alarmada por ustedes, los de Battle Creek. Los docentes son muy rigurosos en acusar y castigar a los alumnos que violan los reglamentos más insignificantes, sin mala intención y más bien por negligencia; o se presentan circunstancias cuando un contraventor es tratado como si hubiera faltado gravemente, cuando en realidad no era una falta desviarse de las reglas existentes que no debieran

ser mantenidas con inflexibilidad si se las transgrede. Ahora bien, yo pido que ustedes, docentes, consideren el lugar en que están situados, que razonen y pronuncien juicio contra ustedes mismos; por cuanto no sólo han infringido las reglas sino también han sido rígidos y severos con los estudiantes; y, lo que es más, existe una controversia entre ustedes y Dios. No se han hecho senderos derechos para sus pies de modo que el cojo no saliese del camino. Se han apartado de las sendas de seguridad. Digo "docentes"; no menciono nombres. Esto lo dejo a su conciencia, para que ella haga la aplicación. El Señor Dios de Israel ha obrado en medio de ustedes vez tras vez. Han tenido grandes evidencias de las pisadas majestuosas del Altísimo. Pero, un período de gran luz, de maravillosas revelaciones del Espíritu y del poder de Dios, es un período de gran peligro, no sea que la luz no se aproveche. ¿Quieren considerar Jeremías 17:5 al 10 y 18:12 al 15? Están, con toda seguridad, cayendo bajo la censura de Dios. La luz ha estado brillando con rayos claros e invariables sobre ustedes. ¿Qué ha hecho esta luz por ustedes? Cristo, el Príncipe de los pastores, los contempla con desagrado, y pregunta: "¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermosa grey?" (Jer. 13:20). "Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre" (Hech. 20:26-28). "Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto" (1 Ped. 5:2).

Los docentes que no tienen una experiencia religiosa progresiva, que no aprenden diariamente lecciones en la escuela de Cristo con el fin de ser dechados de la grey, sino que aceptan su salario como cosa más importante, no son idóneos para el puesto solemne, terriblemente solemne, que ocupan. Según los pasajes citados, es

propio de todos nuestros colegios establecidos como Dios se propuso que lo fueran, esto es, según el orden o ejemplo de las escuelas de los profetas, impartir la clase más elevada de conocimiento, el cual constituye una representación de valiosos principios, y esto sin mezclar la escoria con la plata ni el vino con el agua. Las ideas falsas y las prácticas malsanas leudan lo puro y corrompen lo que siempre debiera conservarse en ese estado, y ser mirado por el mundo, por los ángeles y por los hombres como instituciones del Señor, como colegios donde se haga primordial la enseñanza de amar y temer a Dios. "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3). "No como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey" (1 Ped. 5:3).

Que los docentes que profesan ser cristianos aprendan diariamente las lecciones de Cristo en la escuela de Cristo. "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat. 11:29). Pregunto: ¿Lleva cada educador del colegio el yugo de Cristo o está fabricando sus propios yugos, para ponerlos sobre el cuello de otros, yugos que ni ellos mismos llevarían –rígidos, severos, exigentes–, y esto cuando ellos mismos se comportan negligentemente con Dios, ofendiéndolo diariamente en asuntos grandes y pequeños, y evidenciando en las palabras, en el espíritu y en las acciones que no son un ejemplo adecuado para los alumnos y que no sienten que están bajo la disciplina del más grande Maestro que el mundo haya conocido? Es necesario que haya una norma más elevada y más santa en el colegio de Battle Creek, y en otros colegios que lo han imitado. Las costumbres y las prácticas del colegio de Battle Creek pasan a todas las iglesias y las pulsaciones de dicho colegio se sienten por todo el cuerpo de creyentes.

No forma parte del plan de Dios que se gasten miles de dólares en ampliaciones y agregados en las instituciones de Battle Creek. Ya hay por demás ahora. Tomen esos recursos sobrantes y establezcan la obra en regiones necesitadas de otros campos con el fin de dar carácter a la obra. He dicho la palabra de Dios en este respecto. Existen razones que muchos no ven y que no estoy en libertad de presentarlas ahora; pero les digo en el nombre del Señor que cometerán un error en añadir edificio a edificio, pues se están concentrando en Battle Creek responsabilidades que son excesivas para un solo sitio. Si estas responsabilidades se dividieran y se colocasen en otras localidades, sería muchísimo mejor que amontonar tanto en Battle Creek, privando a otros campos desprovistos de las ventajas con que Dios quisiera privilegiarlos.

Hay demasiados amos en el colegio, que quieren gobernar sobre la heredad del Señor. Se manifiesta demasiado poco del espíritu de Cristo y demasiado del yo. Pero, los que están bajo el mandato del Espíritu de Dios, bajo el gobierno de Cristo, son ejemplos para el rebaño y, cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibirán la corona inmarcesible de gloria.

"Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes" (1 Ped. 5:5). Todo el engreimiento de ustedes produce su resultado natural y los reviste de un carácter que Dios no aprobará ni por un momento. "Separados de mí –dice Cristo– nada podéis hacer" (Juan 15:5). Trabajen y enseñen, trabajen a la manera de Cristo, y entonces no harán el trabajo mediante su débil capacidad sino que tendrán la cooperación de lo divino combinado con la aptitud humana conferida por Dios. "Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad [no en jugar al fútbol ni en aprender los juegos censurables que deberían hacer sonrojar a todo cristiano con mortificación al reflexionar];

porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" (1 Ped. 5:7, 8). Sí, está en el patio de recreo de ustedes, mirando sus diversiones, cazando a cada alma a quien encuentra sin cautela, sembrando sus semillas en las mentes y rigiendo el humano intelecto. En nombre de Cristo, hagan alto en el Colegio de Battle Creek y consideren el efecto que tienen, sobre el corazón, el carácter y los principios, esas diversiones copiadas de las costumbres de otros colegios. Han estado progresando, invariablemente, en los caminos de los gentiles, y no según el ejemplo de Jesucristo. Satanás está en el terreno del colegio; está presente en cada actividad práctica de las aulas. Los alumnos, cuyas mentes se han excitado profundamente en los juegos, no se hallan en la mejor condición para recibir la instrucción, el consejo y la reprensión, que son para ellos de la mayor importancia en esta vida y para la vida inmortal futura.

La Escritura declara de Daniel y sus compañeros: "A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños" (Dan. 1:17). ¿De qué manera se están preparando para cooperar con Dios? "Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros" (Sant. 4:8). "Resistid al diablo, y huirá de vosotros" (4:7). Estúdiese la alimentación cuidadosamente; no es saludable. Los platos diversos preparados para postres son dañinos, en vez de beneficiosos y saludables; por lo que, en virtud de la luz que se me ha dado, debe haber un decidido cambio en la preparación de los alimentos. Debiera haber un cocinero hábil y concienzudo que suministre con abundancia platos sustanciosos al apetito de los alumnos. La educación en este sentido de las provisiones no es correcta, sana ni satisfactoria, y se impone una reforma. Esos alumnos son la heredad de Dios; y, por lo tanto, se han de introducir en los colegios de internos los principios más sólidos y sanos con respecto al régimen alimenticio. Los platos de comidas blandas, las sopas y los alimentos líquidos, o el uso copioso de la

carne, no es lo mejor para proporcionar músculos y órganos digestivos sanos o cerebros despejados. ¡Oh, cuán tardos somos para aprender!

De todas las instituciones de nuestro mundo, el colegio es la más importante. En él ha de estudiarse la cuestión de la alimentación; no se han de seguir el apetito, los gustos, la costumbre o los antojos de nadie; sin embargo, hay necesidad de gran reforma, porque el perjudicarse para toda la vida será el resultado seguro de la manera de cocinar actual. De todos los puestos de importancia en dicho colegio, el principal es el de la persona que dirige la preparación de los platos que se han de poner delante de los hambrientos alumnos; pues si su trabajo se hace con negligencia, la mente no estará preparada para hacer el suyo, por haber sido el estómago tratado imprudentemente y no poder trabajar como conviene.

Se necesitan inteligencias fuertes. El intelecto humano debe adquirir amplitud, vigor, agudeza y actividad. Se le ha de obligar a hacer trabajo arduo; de otra suerte, se volverá débil y deficiente. Se requiere poder cerebral para pensar más seriamente; se ha de exigir al cerebro el máximo con el fin de resolver y dominar problemas difíciles, o de otra manera la mente decrecerá en fuerza y capacidad de pensar. La mente debe idear, trabajar y esforzarse con el fin de dar solidez y vigor al intelecto; por lo que, si los órganos físicos no se mantienen en la más sana condición por medio de alimentos sustanciosos y nutritivos, el cerebro no recibe la nutrición que le corresponde para poder trabajar. Daniel comprendía esto, y adoptó un régimen sencillo y nutritivo, rechazando los manjares de la mesa del rey. Los postres, cuya preparación lleva tanto tiempo, son, muchos de ellos, perjudiciales para la salud. Los alimentos sólidos, que requieren masticación, serán mucho mejores que los alimentos blandos o los líquidos. Insisto en esto como cosa esencial. Envío mi amonestación al

Colegio de Battle Creek, para que de allí pase a todas nuestras instituciones de enseñanza. Estudien estos asuntos, y que los alumnos adquieran una educación apropiada en la preparación de alimentos sólidos, sanos y apetitosos, que nutran el organismo. Ellos no tienen ahora, ni la han tenido en lo pasado, la debida preparación y educación acerca de los alimentos más sanos para formar tendones y músculos igualmente sanos, y proporcionar nutrición al cerebro y al sistema nervioso.

El intelecto ha de mantenerse despierto con trabajo nuevo, activo y ardoroso. ¿Cómo ha de hacerse esto? El poder del Espíritu Santo debe purificar los pensamientos y limpiar el alma de su contaminación moral. Los hábitos corruptores no sólo envilecen el alma sino también degradan el intelecto. La memoria sufre, sacrificada sobre el altar de prácticas bajas y dañosas. "Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna" (Gál. 6:8). Cuando los docentes y los estudiantes consagren a Dios alma, cuerpo y espíritu, y purifiquen sus pensamientos por medio de la obediencia a las leyes de Dios, recibirán continuamente una nueva dosis de fuerza física y mental. Entonces habrá ardientes anhelos de Dios y ferviente oración para discernir con claridad. El oficio y la obra del Espíritu Santo no consisten en que lo usen, como muchos suponen, sino en que el Espíritu Santo los use a ellos, amoldando, adaptando y santificando toda facultad. Entregar las facultades a prácticas concupiscentes trastorna el cerebro y la fuerza nerviosa, y quienes lo hagan, aunque profesen la religión, no son y jamás serán agentes que Dios pueda usar; porque él desprecia las prácticas impuras, las cuales destruyen la energía nerviosa vital. Este pecado de impureza merma el vigor físico y las capacidades mentales, de modo que cualquier esfuerzo mental se volverá tedioso al poco tiempo. La memoria se vuelve vacilante y ¡oh, qué detestable ofrenda se presenta delante de Dios!

De manera que, cuando contemplo las escenas que se me han presentado, cuando considero los colegios establecidos en diferentes lugares, y los veo quedar muchísimo más abajo de toda semejanza con las escuelas de los profetas, mi angustia sobrepuja todo cálculo. El ejercicio físico fue señalado por el Dios de la sabiduría. Debieran dedicarse algunas horas, todos los días, a la educación útil en ramos de trabajo que ayuden a los estudiantes a aprender los deberes de la vida práctica, esenciales para todos nuestros jóvenes. Pero esto se ha eliminado, y se han introducido diversiones que simplemente proporcionan ejercicio sin que haya ninguna bendición especial por la práctica de acciones buenas y justas, que es lo que constituye la educación y la preparación esenciales.

Cada uno de los alumnos necesita la más perfecta educación acerca de las obligaciones prácticas. El tiempo empleado en ejercicio físico, el cual, paso a paso, conduce al exceso y a la ansiedad –en los juegos y en el ejercicio de las facultades–, debiera emplearse en las filas de Cristo, con lo que se lograría la bendición de Dios. Todos debieran salir de nuestros colegios con perfeccionada eficiencia, de modo que cuando se vean librados a sus propios recursos posean un conocimiento del que puedan hacer uso y que sea esencial para la vida práctica. El idear formas de emplear activamente las facultades conferidas por Dios para no efectuar nada bueno, nada que puedan llevar con ustedes a la vida futura, como el recuerdo de acciones buenas y misericordiosas, está registrado en el libro del cielo así: "Pesado en la balanza y hallado falto" (Dan. 5:27).

El estudio diligente es esencial, como también el arduo trabajo diligente. El juego no es esencial. Entre los alumnos, la influencia de su consagración a las diversiones ha estado creciendo hasta convertirse en un poder fascinador que contrarresta la influencia de la verdad sobre la mente y el carácter humanos. Una mente bien

equilibrada no se logra, por lo general, consagrando las facultades físicas a las diversiones. El trabajo físico que se combina con el esfuerzo mental con el fin de ser útil es una disciplina en la vida práctica, dulcificada siempre por el pensamiento de que está habilitando y educando la mente y el cuerpo para hacer mejor la obra que Dios se propuso que hicieran los hombres en ramos diversos. Cuanto más perfectamente entiendan los jóvenes cómo cumplir los deberes de la vida práctica, tanto más vivo y saludable será el gozo que diariamente les proporcionará el ser útiles a los demás.

La mente educada así para gozarse en el esfuerzo físico en la vida práctica, se ensancha y, mediante la cultura y la preparación, se disciplina bien y se abastece abundantemente para prestar servicio; adquiere, además, el conocimiento esencial para ser una bendición para los propios jóvenes y para otros. Piense y diga cada alumno: Yo estudio y trabajo para la eternidad. Pueden aprender a ser pacientemente laboriosos y perseverantes en sus esfuerzos combinados de trabajo físico y mental. ¡Qué despliegue de fuerza se manifiesta en sus partidos de fútbol y otras invenciones de ustedes a manera de los gentiles, es decir, ejercicios que a nadie benefician! Apliquen las mismas fuerzas a la ejecución de trabajo útil, y díganme si no les resultará más agradable hacer frente al registro de su vida en el gran Día de Dios.

Cualquier cosa que se haga bajo el estímulo santificador de la obligación cristiana, por el hecho de que ustedes son mayordomos a quienes se han confiado talentos que usar con el fin de que sean una bendición para ustedes mismos y para otros, les proporciona verdadera satisfacción, porque todo se hace para gloria de Dios. No puedo encontrar ningún caso en la vida de Cristo que demuestre que él haya dedicado tiempo al juego o a la diversión. Él era el gran Educador para la vida presente y futura. No he podido hallar ningún caso que indique que haya enseñado a sus discípulos a

entregarse a la diversión del fútbol o a partidas de pugilato con el fin de hacer ejercicio físico, o a representaciones teatrales; y, no obstante, Cristo fue nuestro modelo en todas las cosas. Cristo, el Redentor del mundo, dio a cada uno su obra y manda, diciendo: "Negociad [ocupaos, versión inglesa] entre tanto que vengo" (Luc. 19:13). Y, al hacer su obra, el corazón arde para tal empresa, y todas las facultades del alma se alistan en una obra asignada por el Señor y Maestro, que es importante y elevada. El educador y el estudiante cristianos quedan habilitados para llegar a ser dispensadores de la gracia de Cristo y para ser siempre diligentes.

Todo lo que puedan hacer para Jesús han de hacerlo con fervor, teniendo el deseo ardiente de mostrar a Dios su gratitud en el cumplimiento más diligente de cada obligación que se les ha impuesto, con el fin de que, mediante su fidelidad para con Dios, respondan al grande y maravilloso don de su Hijo unigénito, a quien dio para que por fe en él no perezcan, mas tengan vida eterna.

Es necesario que cada uno de los que se hallen en cualquier escuela o institución esté, como lo estuvo Daniel, en tan estrecha relación con la Fuente de toda sabiduría que sus oraciones lo habiliten para alcanzar la norma más elevada en sus deberes cotidianos en cualquier dirección, y que pueda cumplir sus obligaciones estudiantiles no solamente bajo docentes capaces sino también bajo la inspección de las inteligencias celestiales, sabiendo que el ojo que todo lo ve y que jamás duerme está sobre él. El amor y el temor de Dios estaban delante de Daniel, quien educó y disciplinó todas sus facultades para responder hasta el máximo al amante cuidado del gran Maestro, consciente de su responsabilidad para con Dios. Los cuatro jóvenes hebreos no estaban dispuestos a consentir que móviles egoístas y el amor a las diversiones ocuparan los áureos momentos de esta vida. Trabajaron con corazón dispuesto y ánimo pronto. Esta no es una

norma más elevada de la que pueda alcanzar cualquier cristiano. Dios demanda de todo estudiante cristiano más de lo que se le ha dado. Ustedes son "espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres" (1 Cor. 4:9) (*Special Testimonies on Education*, octubre de 1893; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 220-230).

60

Palabras a los estudiantes

Toda alma está rodeada de una atmósfera peculiar a cada individuo. Esta atmósfera puede estar llena de una exhalación espiritual malsana, que envenene los principios de la justicia. Pero, al asociarnos con otros, no nos serán necesarios días o semanas para convencernos de si la atmósfera del espíritu es de Cristo o de Satanás. La influencia de la compañía no es jamás tan potente como en la vida escolar; pero el alumno que vaya a la escuela o al colegio con el ardiente deseo de ser una ayuda y una bendición para sus compañeros cuidará de ejercer la debida influencia, y buscará compañeros que se unan con él en el cultivo de costumbres y principios correctos.

Los alumnos debieran sentir su responsabilidad en hacer de su vida escolar un éxito. Debieran encaminar todo esfuerzo en la dirección debida, de modo que no chasqueen a sus padres o sus tutores, que trabajan arduamente para tenerlos en la escuela o el colegio, y que sienten profunda ansiedad por su bienestar presente y eterno. Los alumnos debieran hacer la decisión de alcanzar una calificación de la cual no se avergüencen en el Día del Juicio. Un alumno circunspecto en su conducta, a quien las malas influencias no lo inclinen a la una o la otra parte, ejercerá un poder restrictivo sobre aquellos que en la escuela o el colegio se complacen en exhibir su independencia y entregarse a deportes impíos, desobedeciendo los reglamentos, y llenando además de tristeza y desaliento el corazón de sus profesores.

La vida es un problema que debemos resolver individualmente por nosotros mismos. Nadie puede formar un carácter para otro; cada uno de nosotros tiene una parte que hacer en cuanto a decidir

su propio destino. Somos agentes de Dios libres y responsables, y cada uno tiene que llevar a cabo la obra de su propia salvación con temor y temblor, mientras Dios obra en él el querer y el hacer conforme a su buena voluntad. Los alumnos pueden hacer lo bueno o lo malo; pero "lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gál. 6:7).

Estamos individualmente a prueba, bajo el examen de Dios. Las inteligencias celestiales están todas alistadas con el fin de ayudar a cada alma que sea atraída a Jesús, y todo aquel que lo ama verdaderamente cooperará con los agentes celestiales en procurar arrancar a las almas de aquello que es insensato, bajo y frívolo. Los seguidores de Cristo no trabajarán en favor de Satanás con el fin de debilitar la fe en la religión verdadera, de depravar a otros, esparciendo a su alrededor una atmósfera ruinosa para las costumbres y para el carácter. Con todo, nos apena decir que hasta en nuestras escuelas y nuestros colegios hay personas que son cristianas solamente de nombre. No será necesaria una larga familiaridad con esos profesos para convencerse de que son, y con éxito, agentes de Satanás. Hay, en nuestras escuelas y nuestros colegios, personas de corazón corrompido que tienen, no obstante, un agradable donaire y alcanzan éxito en fascinar a cierta clase de gente; y, antes de que los incautos se percaten de ello, la influencia de esas personas ha cambiado sus sentimientos y los ha modelado de acuerdo con el carácter censurable de esas personas corrompidas. Pero, los que llevan la vestidura del cristianismo y son, no obstante, gobernados por las costumbres y las doctrinas del mundo, son corruptores morales. Pretenden buscar los tesoros celestiales, pero la atmósfera que rodea sus almas está cargada de miasmas espirituales mortíferos, por lo que debieran ser esquivados por los que quieren permanecer sin mancha del mundo.

El joven que posea discernimiento puede, enseguida, percibir qué

clase de personas son estas, aun cuando no pretenda profesar el cristianismo; pues sabe que no son semejantes a Cristo. Pero ¿ha de permitir que sean piedras de tropiezo para él? Tiene un Libro guía que describe a aquellos que están de parte del Señor. Si sabe que su proceder es incompatible con una profesión del cristianismo, si comprende lo que significa llevar una vida piadosa, será hecho responsable por la luz y el conocimiento que posee. Será responsable en cuanto a hacer la voluntad del Maestro, en cuanto a mostrar al mundo lo que constituye el verdadero concepto del cristianismo; esto es, lo que es tener una vida y un carácter semejantes a Cristo.

Tenemos un poderoso enemigo, quien no sólo aborrece a todo ser humano hecho a la imagen de Dios, sino también, con la enemistad más amarga, aborrece a Dios y a Jesucristo, su Hijo unigénito. Cuando los hombres se entregan a sí mismos como esclavos de Satanás, este no manifiesta hacia ellos la enemistad que evidencia contra los que llevan el nombre de Cristo y se dan a sí mismos al servicio de Dios. A estos los odia con un odio mortal. Sabe que puede contristar a Jesús con sujetarlos al poder de sus engaños, con hacerles daño, con debilitar su fe, con incapacitarlos para servir a Dios como se les exige hacerlo bajo su Capitán Jesucristo. Satanás consiente en que gocen de cierta medida de tranquilidad los que están atados a su carro como esclavos, pues son sus cautivos voluntarios; pero, se despierta su enemistad cuando los alcanza el mensaje de misericordia, y ellos procuran zafarse de su poder con el fin de seguir al verdadero Pastor. Es entonces cuando trata de atarlos con cadenas adicionales, para mantenerlos en su cautiverio. El conflicto entre el alma y Satanás comienza cuando el cautivo empieza a forcejear en la cadena y suspira por verse libre, pues el agente humano comienza a cooperar con las inteligencias celestiales cuando la fe se aferra de Cristo. Es entonces cuando el Poderoso sobre todos los guerreros llega a ser el auxiliador del alma, y el pobre cautivo es fortalecido por el Espíritu Santo para

conseguir su libertad.

Dios tiene un profundo y ardiente amor por cada miembro de la familia humana; nadie es olvidado ni dejado sin amparo y engañado de modo que el enemigo lo venza. Y si los que se alistaron en el ejército de Cristo quieren vestirse de toda armadura de Dios y hacer uso de ella, estarán a cubierto de todos los asaltos del enemigo. Los que en realidad desean ser enseñados por Dios y andar en sus caminos tienen la segura promesa de que si sienten su falta de sabiduría y la piden a Dios, él se la dará abundantemente y no les zaherirá por ello. El apóstol dice: "Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos" (Sant. 1:6-8). Dios responde por cada promesa, y con nada podemos deshonrarlo más que con dudar y vacilar, con pedir y no creer, y más tarde con dar expresión a la duda. Si ustedes no reciben inmediatamente lo que piden, ¿han de andar enfadados y ser incrédulos? Crean, crean que Dios hará lo que ha prometido. Sigan ascendiendo sus oraciones, y velen, trabajen y esperen. Peleen la buena batalla de la fe. Digan a su corazón: "Dios me ha invitado a venir a él. Ha oído mi oración. Ha empeñado su palabra, prometiendo recibirme, y él cumplirá su promesa. Puedo confiar en Dios, porque de tal manera me amó que dio a su Hijo unigénito para que muriese por mí. El Hijo de Dios es mi Redentor". "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mat. 7:7). "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Luc. 11:13).

Los jóvenes que empiezan y prosiguen la vida escolar con el verdadero objetivo en vista no se sentirán nostálgicos o desilusionados. No estarán intranquilos e incómodos sin saber qué

hacer consigo mismos. Hallarán en el Omnipotente un ayudador. Tendrán un propósito en vista, y este será el de ser hombres y mujeres de principios, que alcancen la norma establecida por Dios, beneficien a la humanidad y glorifiquen a Dios. No considerarán su vida escolar como ocasión para buscar placeres, diversiones ociosas y extravagantes locuras, sino que se empeñarán en sacar el mayor provecho de las oportunidades y los privilegios que Dios les concede, de modo que no chasqueen a sus padres y sus maestros o contristen a Dios y los seres celestiales.

Solemne cosa es morir; pero cosa aún más solemne es vivir y formar un carácter que nos habilite para ingresar en la escuela de los celestes atrios en lo alto. Estamos viviendo en tierra enemiga, y hemos de esperar dificultades y conflictos. Los jóvenes han de ser capaces de soportar penalidades como buenos soldados de Jesucristo. No es lo mejor que se haga su sendero perfectamente llano y fácil, que se les suministre dinero, y no se les enseñe a sentir la necesidad de practicar la abnegación y la economía.

Cuando un joven llega a la conclusión de que necesita una educación, debiera considerar cuidadosamente cuál es el móvil que lo lleva al colegio. Debiera preguntarse a sí mismo: ¿Cómo podría yo emplear el tiempo mejor con el fin de cosechar todo el beneficio posible de mis oportunidades y mis privilegios? ¿He de ponerme toda la armadura de Dios, la cual me ha sido provista por el don del unigénito Hijo de Dios? ¿He de abrir mi corazón al Espíritu Santo con el fin de que se despierte cada una de las facultades y las energías que Dios me ha confiado? ¿Pertenezco a Cristo y estoy ocupado en su servicio? ¿Soy un dispensador de su gracia?

Aun cuando –según el juicio humano de ustedes– algunos de los que profesan el cristianismo no estén a la altura de su concepto del carácter cristiano, no debieran contristar el corazón de Cristo llevando una vida incompatible con su profesión; pues otros están

en peligro de ser influidos por su proceder incorrecto. Ustedes están luchando por la corona de la vida, y no en darse por satisfechos con alcanzar una baja norma.

El Señor no acepta un trabajo hecho a medias; no debe haber, de parte de ustedes, equivocaciones en la sagrada obra de Dios. No confíen en ustedes mismos; antes bien, sometan a Dios su voluntad, sus ideas y sus caminos, y hagan sólo su voluntad. Vivan para agradar al Ser que los tuvo en tan grande estima que dio a Jesús, su Hijo unigénito, para salvarlos de sus pecados. Por sus méritos serán aceptos. En su vida escolar tengan presente el pensamiento de que aquello que valga la pena hacerse es digno de que se haga bien. Confíen en Dios por sabiduría con el fin de que no desanimen a ningún alma en hacer lo bueno. Trabajen con Cristo en atraer hacia él las almas. Pero nada adelantarán si, mientras condenan la tibieza de los demás y señalan sus errores, fracasan como ellos, por no haberse puesto de parte de lo justo y de lo leal. Aun cuando las reglas y las disposiciones parezcan innecesariamente gravosas, sean obedientes a ellas, porque ustedes pueden errar en su experiencia. Hagan lo mejor que puedan en cualquier cosa que emprendan. Jesús es su Salvador; fíense de él para que los ayude de día en día, y no siembren cizaña sino la buena simiente del Reino.

"La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas" (Mat. 6:22, 23). Como estudiantes, deben aprender a ver con el cerebro lo mismo que con los ojos. Deben educar su criterio de modo que no sea débil e ineficiente. Deben orar por dirección y encomendar su camino al Señor. Deben cerrar su corazón a las insensateces y al pecado, y abrirlo en cambio a toda influencia celestial. Deben sacar el mayor provecho de su tiempo y sus oportunidades con el fin de desarrollar un carácter simétrico. No pueden albergar chistes, tonterías e indolencias si imitan al Modelo, Cristo Jesús, y diariamente llegan a

ser más entendidos en cuanto a lo que deben hacer para ser salvos.

Jóvenes estudiantes, su vida no puede ser gobernada por los impulsos sin que sobrevenga un completo fracaso como resultado. No pueden seguir sus inclinaciones naturales sin que tengan que afrontar una gran pérdida. Si quieren andar con seguridad, tienen que guardar el camino del Señor. Su entendimiento tiene que ser refinado y purificado; tienen que obrar de acuerdo con el plan de Dios o, de otra suerte, no tendrán éxito. Deben estar siempre creciendo y adelantando en gracia y conocimiento. No podrán hacer nada aceptable en su vida estudiantil si no adoptan hábitos de sistema y de orden. El trabajar al acaso acarreará un fracaso seguro.

Tienen que estudiar cuidadosamente la cuestión de las diversiones. Háganse la pregunta: ¿Cuál es la influencia de las diversiones sobre la mente y el carácter, y sobre la obra que he venido a hacer? ¿Qué relación tiene la cuestión de las diversiones con mi vida religiosa, sobre mi carácter de cristiano? Los juegos en que participan ¿los predisponen para ocuparse en la oración y en el servicio de Dios? ¿Los ayudan a poner igual suma de celo y ardor en la obra del Señor que la que demuestran en ellos? Esas diversiones a las que ustedes se entregan ¿no absorbieron su interés a tal punto que no podían añadir todo el fervor que debían al estudio de sus lecciones? ¿Cuál ha de tener la supremacía: el servicio de Dios o el servicio del yo? Examine cada estudiante el terreno en que pisa.

Queridos jóvenes, están decidiendo ahora su destino eterno. Deben aplicar esfuerzo persistente a su vida cristiana si quieren perfeccionar un carácter recto. Si tienen una experiencia religiosa sin desarrollo, débil e infantil, será para su perdición eterna. Tenemos que estar "completos en él" (Col. 2:10). "Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él" (2:6).

Esto significa que tienen que estudiar la vida de Cristo. Tienen que estudiarla con tanto más fervor que el que ponen en el estudio de las materias comunes del saber cuanto que los intereses eternos son más importantes que las investigaciones temporales, terrenas. Si aprecian el valor y el carácter sagrado de las cosas eternas, aportarán sus pensamientos más agudos, sus mejores energías para la solución del problema que comprende su eterno bienestar; pues cualquier otro interés desaparece por insignificante en comparación con aquel.

Tienen el Modelo: Cristo Jesús. Anden en sus pisadas, y estarán capacitados para ocupar cualquier puesto que se les llame a desempeñar. Serán "arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias" (Col. 2:7). No deben sentir que son esclavos, sino hijos de Dios; que son grandemente favorecidos por el hecho de que se los ha estimado de tan grande valía que Dios los ha hecho suyos pagando un rescate infinito por su libertad. Dice Jesús: "Ya no os llamaré siervos... pero os he llamado amigos" (Juan 15:15). Cuando aprecien su maravilloso amor, el amor y la gratitud serán en su corazón como una emanación de gozo.

No acepten la adulación, ni aun en su vida religiosa. La adulación es un arte por medio del cual Satanás está al asecho para engañar al agente humano y hacerlo ensoberbecerse con elevados conceptos de sí mismo. "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo" (Col. 2:8). La adulación ha sido el alimento con que se ha nutrido a muchos de nuestros jóvenes, y aquellos que los alabaron y adularon creyeron que procedían bien; pero han hecho mal. La alabanza, la adulación y la indulgencia han hecho más en el sentido de llevar almas preciosas a senderos falsos que cualquier otro arte inventado por Satanás.

La adulación forma parte del sistema del mundo; pero no del de Cristo. Mediante la adulación algunos pobres seres humanos, llenos de flaquezas y enfermedades, llegan a creer que son eficientes y meritorios, y se ensoberbecen en su mente carnal. Se envenenan con la idea de que poseen aptitudes que superan a las poseídas en realidad, y en consecuencia se desequilibra su experiencia religiosa. Perderán su alma a menos que, por la providencia de Dios, se vuelvan de esos engaños, se conviertan y aprendan el ABC de la religión en la escuela de Cristo.

Muchos jóvenes han hecho alarde de poseer aptitudes como un don natural, cuando las aptitudes que creen tener solamente pueden obtenerse por medio de diligente disciplina y cultura, aprendiendo la mansedumbre y la humildad de Cristo. Creyéndose naturalmente dotados, no consideran necesario entregarse a la tarea de dominar sus lecciones y, antes de que se percaten, se hallan ligados por los lazos de Satanás. Dios permite que sean atacados por el enemigo con el fin de que reconozcan su propia flaqueza. Se les permite cometer algún evidente desatino, hundiéndoselos después en dolorosa humillación. Pero, cuando agonizan bajo el sentimiento de su propia debilidad, no se los ha de juzgar con aspereza. Ese es el momento, por sobre todos los demás, en que necesitan un consejero juicioso, un verdadero amigo que tenga discernimiento del carácter. Ese es el momento en que necesitan un amigo que esté guiado por el Espíritu de Dios, que proceda fiel y pacientemente con el extraviado, y levante el alma que está caída. Esta no ha de ser levantada por medio de la adulación. Nadie está autorizado para echar en el alma ese engañoso veneno de Satanás. Más bien, se han de señalar los primeros peldaños de la escalera y los resbalantes pies han de ser colocados en el escalón más bajo de la escalera del progreso. Pedro dice: "Añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto

fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo" (2 Ped. 1:5-8).

Anímese al extraviado a ascender paso a paso, peldaño tras peldaño. El esfuerzo le podrá ser doloroso; pero superará en mucho a la mejor lección que haya aprendido alguna vez, porque al proceder así llegará a conocer su propia flaqueza y, de esa manera, se pondrá en condiciones de evitar en lo futuro los errores de lo pasado. Merced a la ayuda de sabios consejeros, sus derrotas se tornarán en victorias. Pero nadie intente comenzar por la cumbre de la escalera. Empiece cada uno por el peldaño más bajo y suba paso a paso, mediante Cristo, adhiriéndose a Cristo, a la estatura de Cristo. Esta es la única manera de avanzar en dirección al cielo. Nada desvíe la atención de la gran obra que ha de hacerse. En el estudio de la Palabra y la voluntad de Dios, exíjase el máximo de rendimiento a los pensamientos, las aptitudes y la capacidad mental. El Señor tiene un lugar para la aptitud mejor que haya confiado a los hombres. En la obra de cimentar su Reino, podemos emplear cada una de las aptitudes que Dios nos ha dado con tanta fidelidad y fervor como lo hizo Daniel en Babilonia, quien fue hallado fiel a todos los deberes de un hombre y leal para con su Dios.

Dios pide mucho más tacto, más sabia táctica que la que sus agentes humanos le han dado en el servicio. Hay necesidad de agudo y santificado pensar, y ardoroso trabajo, para contrarrestar los ingeniosos planes de Satanás. Se llama a alcanzar una norma más elevada, a desplegar en la obra del Señor un esfuerzo más santo, más resuelto y más abnegado. Se ha de educar a nuestros jóvenes de modo que alcancen la más encumbrada norma, que entiendan que están decidiendo ahora su propio destino eterno. No hay seguridad para nadie si no se tiene en el corazón la verdad tal cual es en Jesús. Esta debe implantarse allí por el Espíritu Santo.

Mucho de lo que ahora se llama religión desaparecerá de la vista cuando sea asaltado por las huestes de Satanás. Nada permanecerá sino sólo la verdad, la sabiduría que procede de lo alto y que ha de santificar el alma.

No se imagine nadie que la complacencia propia es religión. No se acaricie el egoísmo. Aprendan los jóvenes a refrenar sus deseos y a cuidarse del derroche en el empleo de los recursos. Miren todos a Jesús, contemplen su carácter y sigan en sus pisadas. "Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad; y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad" (Col. 2:9, 10) (*Youth's Instructor*, 3, 10, 17 y 24 de mayo de 1894; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 297-306).

***

"Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros. Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, con el fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado. Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente. El labrador, para participar de los frutos, debe trabajar primero. Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo" (2 Tim. 2:1-7).

61

Los internados

Al asistir a nuestros colegios, muchos jóvenes quedan separados de las tiernas y refrenadoras influencias del hogar. Precisamente en la época de la vida en que necesitan observación vigilante son arrebatados de la restricción de la influencia y la autoridad paternas, y puestos en la compañía de un gran número de jóvenes de igual edad, y de caracteres y costumbres de vida diversos. Muchos de estos han recibido en su infancia escasa disciplina, y son superficiales y frívolos; otros han sido regidos hasta el exceso y, al alejarse de las manos que tenían tal vez demasiado tirantes las riendas del mando, creyeron que tenían libertad para proceder como quisieran. Desprecian hasta el mismo pensamiento de la restricción. Esas compañías aumentan grandemente los peligros de los jóvenes.

Los internados de nuestras escuelas han sido establecidos con el fin de que nuestros jóvenes no sean llevados de aquí para allá y expuestos a las malas influencias que abundan por doquiera, sino que, hasta donde sea posible, se les ofrezca la atmósfera de un hogar, para que sean puestos a cubierto de las tentaciones conducentes a la inmoralidad y sean guiados a Jesús. La familia del cielo representa lo que debiera ser la familia de la tierra, y los hogares de nuestras escuelas, donde se reúnen jóvenes que buscan una preparación para el servicio de Dios, debieran aproximarse tanto como fuera posible al modelo divino.

Los maestros que están a cargo de esos hogares llevan graves responsabilidades, pues tienen que hacer las veces de padres y madres, demostrando, lo mismo para uno que para todos los alumnos, un interés semejante al que los padres demuestran por

sus hijos. Los diversos elementos del carácter de los jóvenes con quienes tienen que tratar les imponen muchas cargas pesadas, y necesitan mucho tacto y paciencia para inclinar en la dirección debida las inteligencias que han sido desviadas por la mala enseñanza. Los maestros necesitan gran capacidad directiva; deben ser fieles a los principios y, sin embargo, prudentes y benignos, uniendo la disciplina al amor y a la simpatía propia de Cristo. Debieran ser hombres y mujeres de fe, sabiduría y oración. No debieran manifestar una dignidad severa e inflexible, sino mezclarse con los jóvenes e identificarse con ellos en sus gozos y tristezas, como también en la diaria rutina del trabajo. Por lo general, una obediencia alegre y amante será el fruto de tal esfuerzo.

Deberes domésticos

La educación que los jóvenes de uno y otro sexo que asisten a nuestros colegios debieran recibir en la vida doméstica merece especial atención. En la tarea de edificar el carácter, es de gran importancia que se enseñe a los alumnos que asisten a nuestros colegios a hacer el trabajo que se les asigna y librarse de toda tendencia a la pereza. Han de familiarizarse con los deberes de la vida diaria. Se les debiera enseñar a cumplir bien y esmeradamente sus deberes domésticos, con los menores ruido y confusión posibles. Todo debiera hacerse decentemente y con orden. La cocina y cualquier otra parte de la casa debe tenerse barrida y limpia. Los libros debieran poder guardarse hasta el momento debido y los estudios no debieran ser más que los que sea posible atender sin descuidar los deberes domésticos. El estudio de los libros no debiera absorber la mente con descuido de las obligaciones del hogar, de las cuales depende la comodidad de la familia.

En el cumplimiento de estos deberes debieran vencerse los hábitos de indiferencia, descuido y desorden; porque, a menos que

se corrijan, esos hábitos serán introducidos en toda fase de la vida y esta verá arruinada su utilidad para la verdadera obra misionera. Si no se corrigen con perseverancia y resolución, vencerán al estudiante para el presente y para la eternidad. Se ha de estimular a los jóvenes a formar hábitos correctos de vestir, de modo que su apariencia sea aseada y atractiva; se les ha de enseñar a conservar sus vestidos limpios y cuidadosamente remendados. Todas sus costumbres debieran ser de tal carácter que hagan de ellos una ayuda y un alivio para otros.

Se dieron a los ejércitos de los hijos de Israel instrucciones especiales para que, en sus tiendas y alrededor de ellas, todo estuviese limpio y en orden, no fuese que el ángel de Dios pasara por medio de su campamento y viese sus inmundicias. ¿Era el Señor tan meticuloso que reparara en estas cosas? Sí, pues se declara que si hubiese de ver sus inmundicias no podría salir con sus ejércitos a la batalla contra sus enemigos. Asimismo, todas nuestras acciones son notadas por Dios. Aquel Dios que tuvo tanto cuidado para que los hijos de Israel adquirieran hábitos de limpieza no sancionará hoy impureza alguna en el hogar.

Dios confió a los padres y los maestros la tarea de educar a los niños y los jóvenes en estas direcciones, y de cada acto de la vida se les puede enseñar lecciones espirituales. Al inculcarles hábitos de limpieza física, debemos enseñarles que Dios quiere que sean limpios tanto en su corazón como en su cuerpo. Al barrer una habitación pueden aprender cómo el Señor purifica el corazón. No les bastaría cerrar puertas y ventanas después de poner en la pieza alguna sustancia purificadora, sino que abrirían las puertas y las ventanas de par en par y, con esfuerzo diligente, eliminarían todo el polvo. Del mismo modo, las ventanas de los impulsos y los sentimientos han de abrirse hacia el cielo, y se debe expulsar el polvo del egoísmo y de la vanidad mundana. La gracia de Dios ha de barrer las cámaras de la mente, y todo elemento de la

naturaleza ha de ser purificado y vitalizado por el Espíritu de Dios. El desorden y el desaliño en los deberes diarios llevarán al olvido de Dios y a observar una forma de piedad en la profesión de la fe, pero sin la realidad de ella. Tenemos que velar y orar; de otra suerte, estaremos asiéndonos de la sombra y perderemos la sustancia.

Como hebra de oro, una fe viva debe entretejerse con la experiencia cotidiana en el cumplimiento de las pequeñas obligaciones. Entonces, los estudiantes serán inducidos a comprender los principios puros que, según lo ha dispuesto Dios, han de motivar cada acto de sus vidas. Entonces, todo el trabajo diario será de tal carácter que promueva el crecimiento cristiano. Entonces, los principios vitales de la fe, la confianza y el amor hacia Jesús penetrarán hasta en los detalles más íntimos de la vida diaria. Se contemplará a Jesús y el amor hacia él constituirá el móvil continuo que dé fuerza vital a cada obligación asumida. Habrá porfía por la justicia y una esperanza que "no avergüenza" (Rom. 5:5). Todo lo que se haga se hará para gloria de Dios.

A cada estudiante del internado le digo: Sé fiel a las obligaciones domésticas. Sé fiel en el cumplimiento de las pequeñas responsabilidades. Sé, en realidad, un cristiano lleno de vida en el hogar. Gobiernen los principios cristianos tu corazón y fiscalicen tu conducta. Presta atención a toda sugestión dada por el maestro; pero obra de modo que no sea necesario decirte siempre lo que tienes que hacer. Discierne las cosas por ti mismo. Ve tú mismo si en tu habitación todas las cosas están limpias y en orden; procura que nada de lo que haya en ella ofenda a Dios, sino que cuando los ángeles santos pasen por tu pieza se sientan movidos a detenerse, atraídos por el orden y la limpieza que hay en ella. Cumpliendo tus deberes con buena voluntad, con esmero y fidelidad, obras como misionero. Testificas por Cristo. Demuestras que la religión de Cristo no te hace, ni en principios ni en práctica, desaliñado,

ordinario, irrespetuoso para con tus maestros al punto de prestar poca atención a su consejo y su instrucción. Si practicas la religión de la Biblia, ella te hará bondadoso, reflexivo, fiel. Te inducirá a no descuidar las cosas pequeñas que deben hacerse. Adopta por lema las palabras de Cristo: "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel" (Luc. 16:10).

La sociabilidad y la cortesía cristianas

El pueblo de Dios no cultiva bastante la sociabilidad cristiana. Esta rama de la educación no debe descuidarse ni perderse de vista en nuestras escuelas.

Se debe enseñar a los alumnos que no son átomos independientes, sino que cada uno es una hebra de hilo que ha de unirse con otras para completar una tela. En ningún departamento puede darse esta instrucción con más eficacia que en el internado escolar. Es allí donde los estudiantes están rodeados diariamente de oportunidades que, si las aprovechan, los ayudarán en gran manera a desarrollar los rasgos sociales de su carácter. Pueden aprovechar de tal modo su tiempo y sus oportunidades que logren desarrollar un carácter que los hará felices y útiles. Los que se encierran en sí mismos y no están dispuestos a prestarse para beneficiar a otros mediante amigable compañerismo pierden muchas bendiciones; porque, merced al trato mutuo el entendimiento se pule y refina; por el trato social se formalizan relaciones y amistades que acaban en una unidad de corazón y en una atmósfera de amor agradables a la vista del cielo.

Especialmente aquellos que han gustado el amor de Cristo debieran desarrollar sus facultades sociales; pues de esta manera pueden ganar almas para el Salvador. Cristo no debiera ser ocultado en sus corazones, encerrado como tesoro codiciado, sagrado y dulce, que sólo ha de ser gozado por ellos; ni tampoco debieran ellos manifestar el amor de Cristo sólo hacia aquellos que

les son más simpáticos. Se debe enseñar a los alumnos la manera de demostrar, como Cristo, un amable interés y una disposición sociable para con aquellos que se hallan en la mayor necesidad, aun cuando los tales no sean sus compañeros preferidos. En todo momento y en todas partes, manifestó Jesús amante interés en la familia humana y esparció en derredor de él la luz de una piedad alegre. Se debe enseñar a los estudiantes a seguir sus pisadas. Se les ha de enseñar a manifestar interés cristiano, simpatía y amor hacia sus compañeros jóvenes, y a empeñarse en atraerlos a Jesús; Cristo debiera ser, en sus corazones, como un manantial de agua que brote para vida eterna, que refresque a todos aquellos con quienes tratan.

Es este ministerio voluntario y amante prestado a otros en momentos de necesidad el que Dios aprecia. De esta manera, aun mientras asisten a la escuela, los alumnos pueden ser, si son fieles a su profesión, misioneros vivos para Dios. Todo esto lleva tiempo; pero el tiempo así empleado es de provecho, porque así aprende el alumno a presentar el cristianismo al mundo.

Cristo no rehusó alternar con otros en trato amistoso. Cuando era invitado a un banquete por un fariseo o un publicano, aceptaba la invitación. En tales ocasiones, cada palabra que pronunciaba tenía sabor de vida para sus oyentes; porque hacía de la hora de la comida una ocasión para impartir muchas lecciones preciosas adaptadas a sus necesidades. De este modo, Cristo enseñó a sus discípulos cómo debían conducirse cuando se hallaran en compañía tanto de los que no eran religiosos como de los que lo eran. Por su ejemplo, les enseñó que al asistir a alguna reunión pública su conversación no tenía por qué ser como la que se solía consentir en tales casos.

Si el Señor Jesús habita en el alma de los alumnos cuando estos se sientan a la mesa, saldrán del tesoro de su corazón palabras puras

y elevadoras; si Cristo no habita allí, se hallará en la frivolidad, las chanzas y los chistes una satisfacción que estorbará el crecimiento espiritual y causará pesar a los ángeles de Dios. La lengua es un miembro ingobernable; pero no debiera ser así. Se la debe convertir, pues el talento del habla es valiosísimo. Cristo está siempre dispuesto a impartir sus riquezas, y nosotros debiéramos adquirir las joyas que proceden de él para que, cuando hablemos, esas joyas se desprendan de nuestros labios.

El temperamento, las peculiaridades personales, los hábitos de los cuales se desarrolla el carácter, todo lo que se practica en el hogar, se revelarán de por sí en todas las relaciones de la vida. Las inclinaciones seguidas culminarán en pensamientos, palabras y acciones del mismo carácter. Si cada alumno de los que componen la familia escolar se esforzara por reprimir toda palabra adusta y descortés, y por hablar a todos con respeto; si tuviera presente que se está preparando para ser miembro de la familia celestial; si protegiera su influencia por medio de sagrados centinelas, para no apartar a nadie de Cristo; si se esforzara para que cada acto de su vida hiciese públicas las alabanzas del Ser que lo ha llamado de las tinieblas a su luz admirable; ¡qué influencia reformadora provendría de cada internado escolar!

Ejercicios religiosos

De todas las fases de la educación que se ha de impartir en los internados de nuestras escuelas, los ejercicios religiosos constituyen la más importante. Debe considerárselos con las mayores solemnidad y reverencia, si bien se les ha de añadir, hasta donde sea posible, todo aquello que los haga agradables. No se los debe prolongar al extremo de que se vuelvan tediosos, por cuanto la impresión hecha así en la mente de los jóvenes les haría asociar la religión con todo lo que es árido y desprovisto de interés; e induciría a decidirse por el partido del enemigo a muchos que, si fuesen debidamente enseñados, llegarían a beneficiar al mundo y a

la iglesia.

A menos que sean sabiamente dispuestos y vitalizados, además, por el Espíritu Santo, las reuniones del sábado, y el culto de la mañana y de la tarde en el hogar y en la capilla llegarán a ser los ejercicios más formalistas, desagradables, faltos de atracción y, para los jóvenes, los más incómodos de todos los ejercicios escolares. Las reuniones de testimonios y todos los demás cultos religiosos debieran proyectarse y dirigirse de tal modo que no sólo sean provechosos sino a tal punto agradables que sean positivamente atrayentes. El orar juntos ligará los corazones con Dios por medio de lazos que perdurarán; el confesar a Cristo franca y valientemente, mostrando en nuestro carácter su mansedumbre, su humildad y su amor, encantará a otros con la belleza de la santidad.

En todas estas ocasiones debiera ensalzarse a Cristo como "el más señalado entre diez mil", como Aquel que "es del todo amable" (Cant. 5:10, 16, VM). Debiera presentárselo como la Fuente de todo verdadero placer y satisfacción, como el Dador de toda dádiva buena y perfecta, como el Autor de toda bendición, como aquel en quien están concentradas todas nuestras esperanzas de vida eterna. Aparezcan, en todo ejercicio religioso, el amor de Dios y el gozo de la experiencia cristiana en su verdadera belleza. Preséntese al Salvador como el que restaura de todo efecto del pecado.

Para lograr este resultado, debe evitarse toda mezquindad. Se necesitará devoción sincera, ferviente y cordial. Será esencial que haya, en los docentes, piedad ardiente y activa. Pero hay poder para nosotros, si queremos tenerlo. Hay gracia para nosotros, si queremos apreciarla. Para sernos dada, el Espíritu Santo aguarda tan sólo que la pidamos con un ardor de propósito proporcional al valor del objetivo que perseguimos. Los ángeles del cielo están

tomando nota de toda nuestra obra y observando para ver cómo ministrar a cada uno de modo que todos reflejen la imagen de Cristo en el carácter y se amolden a la similitud divina. Cuando los encargados de los internados de nuestras escuelas aprecien los privilegios y las oportunidades que tienen, harán para Dios una obra que el Cielo aprobará (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 434-441).

62

La administración de los colegios

Desearía tener tal dominio del lenguaje que pudiese expresar claramente la importancia de la debida administración de nuestros colegios. Todos debieran considerar que nuestros colegios son los medios por los cuales el Señor quiere darse a conocer. Por doquiera se necesitan hombres y mujeres que hagan las veces de conductos de luz. La verdad de Dios tiene que ser llevada a todos los países, con el fin de que los hombres sean iluminados por ella.

Por ser el pueblo que tiene más luz, debiéramos idear medios por los cuales formar un ejército de misioneros educados que ingresen en los diferentes departamentos de la obra de Dios. Necesitamos jóvenes y señoritas bien disciplinados y adelantados, en nuestros colegios y nuestros sanatorios, en la obra misionera médica y las casas editoras, en las Asociaciones y en el campo en general. Necesitamos jóvenes y señoritas que, por tener alta cultura intelectual, sean idóneos para hacer la mejor obra para el Señor. Hemos hecho algo en el sentido de alcanzar esta norma, pero aún estamos muy por debajo de lo que el Señor indicara. Como iglesia y como individuos, si queremos estar sin culpa en el juicio, debemos hacer esfuerzos más liberales para la educación de nuestra juventud, con el fin de que esté mejor preparada para los diversos ramos de la gran obra confiada a nuestras manos. Como pueblo que tiene gran luz, debiéramos hacer planes sabios para que las ingeniosas inteligencias de los que poseen talento se fortalezcan, disciplinen y pulan, y así la obra de Cristo no sea estorbada por falta de obreros expertos que hagan su trabajo con fervor y fidelidad.

Algunos se contentarían con dar una educación acabada a unos

cuantos de los jóvenes más promisorios que tenemos; pero todos nuestros jóvenes necesitan educarse con el fin de estar preparados para ser útiles en esta vida, capacitados para ocupar puestos de responsabilidad tanto en la vida privada como en la pública. Hay gran necesidad de planes para proveer gran número de obreros competentes, y muchos debieran prepararse para ser docentes, con el fin de que otros puedan ser adiestrados y disciplinados para la gran obra futura. La iglesia debe considerar la situación, y por su influencia y sus recursos tratar de alcanzar este tan deseado fin.

Libres de deudas

Con el fin de que nuestros colegios cumplan noblemente el propósito para el cual fueron establecidos, debieran estar libres de deudas. No se los debiera dejar llevar la carga de pagar intereses. Al establecer colegios destinados a preparar obreros, especialmente en campos nuevos, donde los hermanos son pocos y sus recursos limitados, en vez de retardar la obra, sería mejor suscribir préstamos entre los partidarios de la empresa; pero, siempre que sea posible hacerlo, nuestras instituciones deben dedicarse libres de deudas.

El Señor tiene, en las manos de sus dispensadores, medios para su obra, y mientras nuestros colegios mantengan deudas contraídas en su establecimiento, en la construcción de los edificios y en la provisión de las facilidades necesarias, es nuestro deber presentar el caso a nuestros hermanos y pedirles que reduzcan dichas deudas. Nuestros ministros debieran sentir una responsabilidad por esa obra. Debieran estimular a todos a trabajar armoniosamente y a ayudar en proporción con su capacidad. Si esa tarea hubiese sido emprendida con fidelidad y diligencia en lo pasado, las deudas que pesan sobre nuestros colegios más antiguos podrían haberse cancelado hace mucho.

Economía

En la construcción de edificios escolares, en su equipo y en cada detalle de su administración, debe practicarse la más estricta economía. Nuestros colegios no deben dirigirse con planes estrechos o egoístas. Tienen que ser tan semejantes al hogar como sea posible, y en cada detalle deben enseñar lecciones correctas de sencillez, utilidad, parsimonia y economía.

Los alumnos acuden para recibir una preparación especial y familiarizarse con todos los ramos de trabajo, de modo que si tuviesen que ir como misioneros podrían valerse a sí mismos y ser aptos, merced a sus perfeccionadas aptitudes, para proporcionarse las comodidades y las facilidades necesarias. Sean hombres o mujeres, deben aprender a remendar, lavar y tener en orden su ropa. Deben ser capaces de hacerse la comida. Deben familiarizarse con la agricultura y con los trabajos de mecánica. De este modo, pueden reducir sus gastos y, por su ejemplo, inculcar principios de parsimonia y economía. Estas lecciones pueden enseñarse mejor donde se practica concienzudamente el ahorro en todas las cosas.

No sólo a causa del bienestar financiero de los colegios, sino también como educación para los alumnos, debiera estudiarse fielmente la economía, y aplicársela concienzuda y diligentemente. Los administradores deben vigilar cuidadosamente cada detalle, con el fin de que no haya gastos innecesarios que acarreen deudas al colegio. Todo alumno que ame a Dios por sobre todas las cosas ayudará a llevar la responsabilidad en este asunto. Los que han sido enseñados para proceder así podrán demostrar, por precepto y ejemplo, a aquellos con quienes se pongan en contacto, los principios enseñados por nuestro abnegado Redentor. La complacencia propia es un mal grande, y debe ser dominado.

Algunos prefieren que los alumnos no conozcan la situación financiera apremiante de los colegios. Pero será muchísimo mejor que vean y comprendan nuestra falta de recursos, porque así

podrán ayudar en la práctica de la economía. Muchos de los que concurren a nuestros colegios provienen de hogares sin lujo alguno, donde se acostumbraron a comer alimentos sencillos, con prescindencia de muchos platos. ¿Qué influencia tendrá nuestro ejemplo sobre ellos? Enseñémosles que, mientras tenemos tantos modos de emplear nuestros recursos y miles se hallan sumidos en la mayor miseria, muriendo a causa de plagas, hambre, derramamiento de sangre y fuego, es propio que cada uno piense cuidadosamente y no adquiera cosas innecesarias sólo con el fin de satisfacer el apetito o el deseo de aparentar.

Si nuestros colegios son dirigidos como es debido, las deudas no se amontonarán, y hasta podrán los alumnos gozar de comodidad y la mesa surtirse de alimento abundante, bueno y sustancioso. Jamás debe el deseo de ahorrar inducirnos a proporcionar comidas escasas. Los alumnos deben tener abundancia de alimentos saludables. Pero, los que estén encargados de cocinar deben saber recoger los fragmentos, para que nada se pierda.

Se debiera enseñar a los alumnos a proteger cuidadosamente las cosas que les pertenecen, como también las del colegio. Se les debiera inculcar la obligación de evitar cualquier gasto innecesario, tanto en el colegio como cuando van y vienen de sus casas. La abnegación es esencial. Debemos escuchar la instrucción recibida, porque nos estamos acercando al fin del tiempo. Cada vez más estaremos obligados a hacer planes para economizar. No podemos administrar las cosas como si tuviésemos un banco de donde sacar en caso de emergencia; por lo tanto, no debemos meternos en apreturas. Como individuos y como administradores de las instituciones del Señor, tenemos necesariamente que suprimir todo lo que tenga carácter ostensivo y ajustar nuestros gastos dentro del estrecho círculo de nuestros ingresos.

La buena administración

En algunos de nuestros colegios, la administración financiera puede mejorar mucho. Debe aplicarse a la obra más prudencia y reflexión. Deben introducirse métodos prácticos para detener el aumento de los gastos, los cuales llevarían a la deuda. En Battle Creek y en College View se ha gastado, en general, demasiado dinero en construcciones y más de lo que era necesario en amueblar los internados.

Cuando los administradores de un colegio encuentran que este no produce para cubrir sus gastos, y las deudas se acumulan, deben proceder como serenos hombres de negocios, y cambiar sus métodos y sus planes. Cuando un año ha demostrado que la administración financiera ha sido desacertada, hágase oír la voz de la prudencia. Haya entonces una reforma resuelta. Los docentes pueden manifestar una dignidad propia de Cristo al trazar e idear serios y sólidos planes para mejorar el estado de las cosas. Deben apoyar de todo corazón los planes de los administradores y compartir sus cargas.

Tarifas demasiado bajas

En algunos de nuestros colegios, las tarifas de la enseñanza han sido demasiado bajas. Esto ha sido, en muchos sentidos, perjudicial para la obra educativa. Ha ocasionado deudas desalentadoras; ha arrojado sobre la administración la constante sospecha de malos cálculos, falta de economía y planes desacertados; ha sido muy desalentador para los docentes e induce a exigir precios proporcionalmente bajos en otros colegios. Cualquiera que haya sido el propósito al establecer la tarifa de la enseñanza en una suma menor que el costo de mantenimiento, el hecho de que un colegio se haya endeudado mucho constituye razón suficiente para reconsiderar los planes y fijar los precios de modo que en lo futuro las cosas vayan mejor. La cantidad cobrada por la enseñanza, la pensión y la residencia debiera bastar para el pago de los sueldos del personal docente, para surtir la mesa con abundancia de

alimentos saludables y nutritivos, para conservar el moblaje de las habitaciones, para conservar reparado el edificio y hacer frente a otros gastos corrientes que sean necesarios. Este es un asunto importante y no demanda un cálculo estrecho sino una investigación consumada. Se necesita el consejo del Señor. La escuela debiera tener ingresos suficientes no sólo para pagar los gastos corrientes que son necesarios, sino también para proporcionar a los alumnos durante el curso escolar algunas cosas esenciales para su trabajo.

No se deben dejar acumular las deudas año tras año. La clase de educación más alta que pueda darse es la consistente en evitar las deudas tanto como se evitaría la enfermedad. Cuando pasa un año tras otro y no hay señales de que la deuda disminuya, sino más bien de que aumente, debe hacerse un alto. Digan los administradores: "Nos negamos a dirigir el colegio por más tiempo a no ser que se idee algún sistema seguro". Será mejor, sí, mucho mejor, cerrar el colegio hasta que los administradores aprendan la ciencia de hacerlo marchar sobre bases de solvencia. Por causa de Cristo, como pueblo escogido de Dios, dedíquense a la tarea de establecer un sólido sistema financiero en nuestros colegios.

Siempre que sea necesario elevar las tarifas, sométase dicho asunto primero a los patrocinadores de la institución, mostrándoles que los precios han sido fijados demasiado bajos y que, como resultado, las deudas se acumulan y estorban la obra. El aumentar debidamente los precios de la enseñanza disminuirá posiblemente la asistencia; pero una gran asistencia no debiera causar tanto regocijo como el estar libres de deuda.

Uno de los resultados de los bajos precios de la enseñanza que regían en Battle Creek ha sido la reunión en un solo sitio de un mayor número de estudiantes y de familias que el aconsejado por la prudencia. Si los dos tercios de las personas de Battle Creek

fueran plantas del Señor en otras localidades, tendrían lugar para crecer. Se habrían visto mayores resultados si una parte del tiempo y de la energía que se dedicó a conservar en buenas condiciones higiénicas el gran colegio de Battle Creek se hubiese empleado en colegios de otras localidades donde hay sitio para ocupaciones agrícolas que podrían fomentarse como una parte de la educación. Si hubiese habido voluntad para seguir los caminos del Señor y sus planes, muchos establecimientos estarían ahora creciendo en otros lugares.

Vez tras vez nos ha llegado la palabra del Señor diciéndonos que debieran levantarse capillas y escuelas en otras localidades, que había ya excesivas responsabilidades en un solo lugar. La instrucción dada es: Salga la gente de los grandes centros y establezca intereses en otros lugares. Si se hubiese prestado oído a esta instrucción, si hubiese habido una distribución de medios y facilidades, el dinero empleado en los edificios adicionales del Colegio de Battle Creek habría alcanzado con holgura para dos nuevos edificios en otras localidades, y el árbol habría crecido y llevado fruto en forma que no ha sido posible porque los hombres prefirieron seguir su propia sabiduría.

Nuestros hermanos dicen que, de parte de pastores y de padres, llegan indicaciones suplicantes de que veintenas de jóvenes de nuestras filas necesitan los beneficios de nuestros colegios preparatorios y no pueden asistir a menos que sea baja la tarifa de la enseñanza. Pero, aquellos que abogan por precios reducidos debieran pesar el asunto con cuidado en todas sus fases. Si los alumnos no pueden disponer por sí mismos de medios suficientes para pagar los gastos reales de un buen trabajo para su educación, ¿no es mejor que sus padres, sus amigos, las iglesias a las que pertenecen o hermanos generosos de su Asociación los ayuden en vez de dejar pesar una deuda sobre el colegio? Será mucho mejor que los muchos clientes de la institución compartan los gastos y no

que el colegio funcione con deudas.

Se han de idear métodos para impedir la acumulación de deudas sobre nuestras instituciones. No debe hacerse sufrir a la causa entera por deudas que no se cancelarán a menos que haya un cambio completo y la obra se rija por principios diferentes. Que todos los que han tenido una parte en atraer sobre sí esta nube de deudas sientan ahora que es su deber hacer todo cuanto puedan para hacerla desaparecer.

Ayuda a estudiantes meritorios

Las iglesias de diferentes localidades deben sentir que pesa sobre ellas una solemne responsabilidad en cuanto a preparar jóvenes y educar talentos a ocupar en la obra misionera. Cuando vean que hay en la iglesia quienes dan promesa de ser obreros de provecho, pero que no pueden por sí mismos sufragar sus gastos escolares, deben asumir la responsabilidad de enviarlos a alguno de nuestros colegios preparatorios. Existen, en las iglesias, excelentes aptitudes que es necesario poner en servicio. Hay personas que prestarían buen servicio en la viña del Señor; pero muchas son demasiado pobres para obtener, sin ayuda, la educación que necesitan. Las iglesias debieran considerar un privilegio el contribuir a costear los gastos de tales personas.

Los que tienen la verdad en su corazón son siempre generosos y ayudan donde es necesario. Ellos empiezan y otros imitan su ejemplo. Si hay quienes debieran gozar de los beneficios del colegio pero no pueden pagar el precio completo de la enseñanza, manifiesten las iglesias su liberalidad ayudándolos.

Aparte de esto, en cada Asociación debiera formarse un fondo para hacer préstamos a estudiantes pobres, pero meritorios, que desean dedicarse a la obra misionera, y en algunos casos debieran estos también recibir donativos. Cuando empezó a funcionar el

colegio de Battle Creek, había un fondo en la Review and Herald en beneficio de los que querían obtener una educación pero que carecían de recursos. Varios estudiantes se valieron de tal fondo hasta haber logrado un buen comienzo; luego, con sus ingresos, reponían lo utilizado con el fin de que otros fuesen beneficiados por dicho dinero. Los jóvenes han de comprender claramente que tienen que abrirse camino por sí mismos hasta donde sea posible y costear así parcialmente sus gastos. Lo que poco cuesta será tenido en poco; pero, todo aquello por lo cual se pague un precio que se aproxime a su verdadero valor será apreciado en proporción.

Enseñando la dependencia propia

Por precepto y ejemplo, enseñen la abnegación, la economía, la generosidad y la dependencia propia. Todo aquel que posea un carácter firme estará capacitado para hacer frente a las dificultades y pronto para seguir un "Así dice Jehová". Los hombres no están preparados para comprender su obligación para con Dios hasta no haber aprendido en la escuela de Cristo a llevar su yugo de restricción y obediencia. El sacrificio es el comienzo mismo de nuestra obra de hacer progresar la verdad y de establecer instituciones. Es una parte esencial de la educación. El sacrificio debe llegar a ser habitual en toda la formación de nuestro carácter en esta vida si queremos tener un edificio no hecho con manos, eterno, en los cielos.

Las ideas erróneas relativas al uso del dinero exponen a los jóvenes a muchos peligros. No se los debe sostener y suministrarles dinero como si hubiese una provisión inagotable de la cual pueden sacar para satisfacer cualquier necesidad imaginaria. Se ha de considerar al dinero como un don que Dios nos ha confiado para llevar a cabo su obra, para establecer su Reino, y los jóvenes deben aprender a poner freno a sus deseos. Enseñen que nadie corrompa sus facultades por la complacencia y la satisfacción propias. Aquellos a quienes Dios ha dotado de aptitudes para obtener

recursos tienen para con él la obligación de emplear dichos recursos, mediante la sabiduría que el Cielo les imparta, para la gloria de su nombre. Cada centavo gastado en la propia complacencia, o dado a determinados amigos que lo gastarán para satisfacer el orgullo y el egoísmo, es sustraído a la tesorería de Dios. El dinero gastado en atavíos destinados a realzar las apariencias debiera haberse usado para hacer progresar la causa de Dios en lugares nuevos. ¡Oh, que Dios dé a todos un verdadero concepto de lo que significa ser cristiano! Ello significa ser semejante a Cristo, y Cristo no vivió para complacerse a sí mismo.

Nuestras Asociaciones dirigen su mirada a nuestros colegios en busca de obreros educados y bien preparados, por lo que debieran prestar a los colegios el auxilio más generoso e inteligente. Ha sido dada clara luz en cuanto a que los que ministran en nuestras escuelas enseñando la Palabra de Dios, explicando las Escrituras, educando a los alumnos en las cosas de Dios, deben ser sostenidos con el diezmo. Hace mucho que fue dada esta instrucción y recientemente ha sido repetida vez tras vez.

Dondequiera que haya colegios establecidos, se han de proporcionar administradores entendidos, hombres "de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia" (Éxo. 18:21), hombres que harán lo mejor que puedan para cumplir con las responsabilidades diversas de sus puestos. Deben tener aptitud para los negocios; pero, de mayor importancia aún es que anden humildemente con Dios y sean guiados por el Espíritu Santo. Hombres tales serán enseñados por Dios y buscarán el consejo de sus hermanos que sean hombres de oración.

Los administradores de nuestras escuelas deben trabajar con móviles puros. En su abnegación, recordarán que otras partes del gran campo necesitan las mismas facilidades provistas para la escuela que está a su cargo. En cada plan, recordarán que la

igualdad y la unidad deben conservarse. Calcularán cuidadosamente los gastos de cualquier empresa y se esforzarán para no absorber tan grande cantidad de dinero que por tal motivo otros campos misioneros se vean privados de las facilidades indispensables para el buen éxito de la obra.

Demasiado a menudo se encargó a ministros responsabilidades que de ninguna manera estaban preparados para llevar. Pónganse estas responsabilidades sobre hombres que tengan tacto comercial, hombres que puedan entregarse a los negocios, que puedan visitar las escuelas y tomar nota de la condición financiera, y que puedan, además, dar instrucción en cuanto a llevar las cuentas. La obra de la escuela debiera inspeccionarse varias veces al año. Actúen los ministros como consejeros, pero no se les impongan las responsabilidades financieras.

El Señor me ha indicado que hombres entendidos y con aptitud para las finanzas visiten nuestras escuelas en cada país y tomen nota de su situación financiera. Este asunto no debe dejarse a los ministros o a los que forman las comisiones, pues no tienen tiempo para asumir dicha responsabilidad. Los maestros no deben ser cargados con ella. Los asuntos comerciales de las escuelas exigen talentos que no han sido provistos.

Si los dirigentes hubiesen usado juicio avispado en los años pasados, las desalentadoras condiciones financieras que tanto han estorbado la obra últimamente no habrían podido existir.

Si nuestra obra educativa hubiese sido fomentada de acuerdo con la instrucción dada para nuestra dirección, la negra sombra de pesadas deudas no gravitaría hoy sobre nuestras instituciones.

Finanzas de las escuelas de iglesia

Los mismos principios que, si se siguiesen, acarrearían éxito y

bendición a nuestras escuelas preparatorias y superiores, debieran gobernar nuestros planes y trabajo en pro de las escuelas de iglesia. Participen todos en los gastos. Repare la iglesia en que aquellos que deban recibir sus beneficios estén asistiendo a la escuela. Se debe ayudar a las familias pobres. No podemos llamarnos verdaderos misioneros si descuidamos a aquellos que están a nuestras mismas puertas, que se hallan en la edad más crítica, y que necesitan nuestra ayuda para obtener el conocimiento y la experiencia que los capacite para el servicio de Dios.

El Señor quiere que se hagan afanosos esfuerzos en la educación de nuestros niños. La verdadera obra misionera hecha por maestros que son enseñados diariamente por Dios hará conocer a muchas almas la verdad tal cual es en Jesús; y los niños así educados impartirán a otros la luz y el conocimiento recibidos. ¿Darán los miembros de la iglesia recursos para adelantar la causa de Cristo entre los demás y dejarán, de paso, a sus propios hijos fomentar la obra y el servicio de Satanás?

A medida que se establezcan escuelas de iglesia, el pueblo de Dios recibirá una valiosa educación al aprender a dirigirlas con éxito financiero. Si esto no puede hacerse, ciérrese la escuela hasta que, con la ayuda de Dios, puedan idearse planes para sostenerla sin que pese sobre ella el oprobio de las deudas. Hombres aptos para las finanzas debieran revisar las cuentas una, dos o tres veces al año, para comprobar la verdadera situación de la escuela y ver que no se hagan gastos enormes, que produzcan una acumulación de deudas. Debemos esquivar las deudas como esquivaríamos la lepra.

***

Muchos de nuestros jóvenes que desean educarse manifiestan demasiada indiferencia en lo que se refiere a verse envueltos en deudas. Contemplan el estudio de los libros como el medio

principal de educarse. No reconocen el valor de una educación comercial práctica, y se sienten satisfechos con cursar años de estudio a costa de otras personas más bien que abrirse camino por sí mismos. No contemplan con ojo crítico las consecuencias de esto. No estudian partiendo de causa a efecto.

Con frecuencia, el resultado de semejante proceder es un desarrollo desequilibrado de las facultades. El alumno no comprende los puntos débiles de su carácter; no se da cuenta de sus deficiencias. Al depender de otros, se priva de una experiencia de la vida práctica que le será difícil recuperar. No aprende a depender de sí mismo. No aprende a valerse de la fe. La verdadera fe habilita al alma para elevarse de un estado imperfecto y embrionario, y para comprender en qué consiste la verdadera sabiduría. Si los estudiantes desarrollan armoniosamente cerebro, huesos y músculos, estarán mejor capacitados para estudiar y para hacer frente a las realidades de la vida. Pero, si siguen sus propias ideas erróneas acerca de aquello que constituye la educación, no llegarán a ser hombres y mujeres cabales y de iniciativa propia (*Joyas de los testimonios*, t. 2, págs. 465-476).

63

En auxilio de nuestros colegios

Un ejemplo de generosidad

Cuando el Señor invitó a Israel a que contribuyera para la construcción del Tabernáculo en el desierto, hubo una respuesta generosa: "Y vino todo varón a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, con ofrenda a Jehová para la obra del tabernáculo de reunión". Vinieron todos los hombres y las mujeres que eran de corazón voluntario. Los hombres trajeron sus dones de oro y plata, tejidos finos y maderas valiosas. Los príncipes contribuyeron con piedras preciosas, especias de gran precio y aceite para el alumbrado. "Además todas las mujeres sabias de corazón hilaban con sus manos, y traían lo que habían hilado". Traían "ofrenda voluntaria cada mañana" hasta que fue dicho a Moisés: "El pueblo trae mucho más de lo que se necesita para la obra que Jehová ha mandado que se haga" (Éxo. 35:21-25; 36:3-5). Este servicio espontáneo y generoso fue agradable al Señor; y, cuando se terminó el Tabernáculo, él mostró su aceptación de la ofrenda. "Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo" (Éxo. 40:34).

Análoga a este ejemplo de servicio voluntario ha sido la obra hecha en pro de nuestros colegios con la publicación y la venta del libro *Palabras de vida del gran Maestro*. Nos regocijamos de que tan crecido número de nuestros hermanos se entregara a esta obra y que sus esfuerzos resultaran tan prósperos. Nos regocijamos de que los administradores de nuestras Asociaciones y nuestras Sociedades de Tratados hayan prestado su influencia y su energía a esta gran empresa; y de que los pastores, los obreros bíblicos, los

colportores y miembros de iglesia se dedicaran tan espontáneamente al esfuerzo especial, para quitar cuanto antes el gravamen que pesa sobre nuestros colegios. La forma generosa y espontánea en que nuestras casas editoras y nuestros hermanos y nuestras hermanas en general han echado mano de esta empresa es muy agradable al Señor. Está de acuerdo con su plan.

El plan del Señor

Hay, en la divina providencia, períodos especiales en que debemos levantarnos en respuesta al llamado de Dios y hacer uso de nuestros recursos, de nuestro tiempo y nuestra inteligencia, de nuestro ser entero, cuerpo, alma y espíritu, para cumplir sus requerimientos. El presente es un tiempo tal. Los intereses de la causa de Dios, las instituciones del Señor, están en peligro. Debido al terrible peso de las deudas bajo las cuales luchan nuestros colegios, la obra está impedida por doquier. En nuestra gran necesidad, Dios ha abierto camino en medio de la dificultad y nos ha invitado a cooperar con él en llevar a cabo su propósito. Era su plan que el libro *Palabras de vida del gran Maestro* fuera dado para aliviar a nuestros colegios, y suplica a su pueblo que haga su parte en colocar dicho libro en el mundo. En esto está probando a su pueblo y a sus instituciones para ver si se ponen a trabajar en unidad, y son de un mismo ánimo en la abnegación y el sacrificio.

Cooperación de todos

Se ha hecho un buen comienzo en la venta de *Palabras de vida del gran Maestro*. Lo que ahora se necesita es un esfuerzo ferviente y unido para terminar la tarea tan bien empezada. Leemos, en las Escrituras: "No perezosos en los quehaceres, fervorosos en espíritu, sirviendo al Señor" (Rom. 12:11, VM). Cada ramo de la causa de Dios merece diligencia; sin embargo, nada puede ser más digno de ella que la actual empresa. Una obra decidida ha de hacerse en cumplimiento del plan de Dios. Que cada esfuerzo

represente algo para el Maestro en la venta de *Palabras de vida del gran Maestro*. Que todo el que pueda se una a los obreros.

Por el éxito de los esfuerzos ya hechos, vemos que es mucho mejor obedecer los requerimientos del Señor hoy que esperar lo que pudiéramos tener por ocasión más favorable. Hemos de convertirnos en hombres y mujeres del momento oportuno de Dios, porque hay grandes responsabilidades y posibilidades al alcance de todos los que se han alistado por toda la vida bajo la bandera de Cristo.

Dios nos llama a la acción con el fin de que nuestras instituciones educativas se vean libres de deudas. Llévese a cabo el plan de Dios según él lo ha ordenado.

La presente es una oportunidad que no podemos perder. Suplicamos a todo nuestro pueblo que ayude hasta el máximo de su capacidad precisamente ahora. Le suplicamos que haga una obra que ha de ser agradable a Dios, al comprar el libro. Pedimos que todo recurso eficaz se use para contribuir a su circulación. Suplicamos a los presidentes de nuestras Asociaciones que consideren de qué manera les será posible promover esta empresa. Suplicamos a nuestros ministros que, al visitar a las iglesias, animen a hombres y mujeres a que salgan como colportores y avancen decididamente en el camino de la abnegación, dando una parte de sus ganancias en auxilio de nuestros colegios.

Un movimiento general es necesario, y ha de empezar con iniciativas individuales. En toda iglesia, cada miembro de cada familia ha de hacer esfuerzos resueltos por ser abnegado y ayudar en la promoción de la obra. Desempeñen los niños una parte. Cooperen todos. Hagamos lo mejor que podamos en este tiempo, para dar a Dios nuestra ofrenda, con el fin de llevar a cabo su voluntad manifestada y crear así una ocasión para dar testimonio en su favor y en el de su verdad, en un mundo de tinieblas. La

lámpara está en nuestras manos. Resplandezca su luz brillantemente.

Jóvenes, ustedes que piensan entrar en el ministerio, emprendan esta tarea. El manejo del libro que el Señor ha colocado en sus manos constituirá su medio educativo. Aprovechando esta oportunidad, progresarán en verdad en el conocimiento de Dios y de los mejores métodos para alcanzar a la gente.

El Señor pide que jóvenes y señoritas entren en su servicio. Los jóvenes son receptivos, fuertes, ardientes y esperanzados. Una vez que hayan gustado la bendición del sacrificio propio, no estarán satisfechos a menos que estén aprendiendo constantemente del gran Maestro. El Señor abrirá caminos ante los que quieran responder a su llamado.

Apliquen a la obra el ferviente deseo de aprender a llevar responsabilidades. Con fuerte brazo y corazón valiente, láncense al conflicto en el cual todos deben entrar, conflicto que se hará más y más severo a medida que nos aproximemos a la lucha final.

Preparación para la obra

Los que se ocupan en esta obra debieran primeramente entregarse sin reserva a Dios, colocarse donde puedan aprender de Cristo y seguir su ejemplo. Él los ha invitado así: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mat. 11:28-30). Hay ángeles comisionados para salir con los que emprenden esta tarea con verdadera humildad.

Hemos de orar sin cesar y vivir nuestras oraciones. La fe aumentará grandemente con el ejercicio. Los que están

colportando con *Palabras de vida del gran Maestro* deben aprender las lecciones enseñadas en el libro con el que trabajan. Aprendan de Cristo. Tengan fe en su poder para ayudarlos y salvarlos. La fe es la misma sangre vital del alma. Su presencia suministra ardor, salud, estabilidad y sano juicio. Su vitalidad y su vigor ejercen una poderosa aunque inconsciente influencia. La vida de Cristo en el alma es un pozo de agua que brota para vida eterna. Induce al cultivo constante de los dones celestiales y a una dócil sumisión en todas las cosas a Dios.

A los obreros, jóvenes y viejos, que trabajan con nuestros libros, y especialmente a los que colportan con el libro que está cumpliendo actualmente su misión de misericordia, digo: Ejemplifiquen en la vida las lecciones dadas por Cristo en su Sermón del Monte. Esto producirá una profunda impresión y tendrá una influencia más duradera sobre los ánimos que los sermones predicados desde el púlpito. Puede ser que no puedan hablar elocuentemente a aquellos a quienes desean ayudar; pero, si hablan modestamente, ocultando el yo en Cristo, sus palabras serán dictadas por el Espíritu Santo, y Cristo, con quien están cooperando, impresionará el corazón.

Pongan en práctica aquella fe que obra por el amor y santifica el alma. Nadie permita ahora que el Señor se avergüence de él a causa de su incredulidad. La pereza y el descorazonamiento jamás logran nada. Dios permite, a veces, que sobrevengan trastornos en los negocios seculares, con el fin de mover las facultades indolentes a una acción más fervorosa, de modo que él pueda honrar la fe confiriendo ricas bendiciones. Este es un medio de adelantar su obra. Mirando a Jesús no sólo como nuestro ejemplo sino también como el Autor y Consumador de nuestra fe, sigamos adelante, confiando en que él nos suministrará fuerza para cumplir con cada obligación.

Mucho esfuerzo afanoso se requerirá de parte de los que tienen la responsabilidad de esta obra, pues ha de darse debida instrucción para poder mantener ante los obreros el sentimiento de la importancia de la obra, y de que todos fomenten el espíritu de abnegación y sacrificio ejemplificado en la vida de nuestro Redentor. Cristo hizo sacrificios a cada paso, sacrificios que ninguno de sus seguidores podrá hacer jamás. En toda la abnegación requerida de nosotros en esta obra, en medio de todas las cosas desagradables que ocurren, tenemos que considerar que estamos uncidos con Cristo, y somos partícipes de su espíritu de bondad, paciencia y renunciamiento propio. Este espíritu abrirá el camino delante de nosotros y nos dará éxito, por cuanto Cristo es nuestra recomendación ante la gente.

La obra en todos los países

Nuestro pueblo debiera emprender, en todos los países, la tarea de aliviar a nuestros colegios. Comiéncenla nuestras iglesias de Australasia. Nuestro colegio allí necesita ayuda, y si nuestro pueblo se une para echar mano de la tarea, puede hacer mucho en el sentido de quitar el peso de la deuda; puede dar aliento al corazón de los que están trabajando para robustecer esto [el colegio], el instrumento del Señor; y puede ayudar a extender su influencia de bendición lejos, hasta los países paganos y las islas del mar.

Confiamos en que nuestra casa editora de Australasia hará arreglos liberales en la publicación de *Palabras de vida del gran Maestro*. El Señor ha bendecido grandemente a esa institución, y ella debiera presentarle una ofrenda de gratitud, haciendo una donación no escasa tendiente a librar de deudas al colegio. Estamos seguros de que emprenderá la tarea y hará su parte noblemente. Y esta cooperación con Dios dará por resultado tan grande bendición para la casa editora de Australasia como lo fue para nuestras instituciones de América.

Avancen en esta obra, mis hermanos de Australia. "Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Heb. 11:1). ¿No hemos comprobado esto en lo pasado? Al avanzar confiando en la promesa de Dios, cosas no vistas, excepto por el ojo de la fe, se convirtieron en cosas visibles. A medida que hemos andado y trabajado por fe, Dios nos ha cumplido toda promesa realizada. La evidencia que tenemos de lo fidedignas que son sus promesas debiera detener todo pensamiento de incredulidad. Es pecado dudar y no creemos que nuestros hermanos de Australasia se hagan culpables de ello.

El Señor ha hecho mucho por ustedes en todos sus confines. Levanten los ojos y miren los campos ya blancos para la siega. Alaben a Dios porque su palabra se ha cumplido más allá de todo lo que podían imaginar.

Suplico a nuestro pueblo que emprenda fervorosa y desinteresadamente la tarea de librar al colegio de deudas. Haga la casa editora su parte en la publicación del libro. Eche mano, nuestro pueblo de toda Australasia, de la venta de *Palabras de vida del gran Maestro*. Dios los bendecirá en esta obra.

Los obreros de Inglaterra debieran hacer todo esfuerzo posible para vender este libro con el fin de establecer un colegio en ese país. Mis hermanos de Inglaterra, Alemania y de todos los países europeos donde la luz de la verdad está resplandeciendo: echen mano de esta tarea. Que se traduzca este libro a los diversos idiomas y se lo haga circular en los diferentes países de Europa. Anímese a todos nuestros colportores de todas partes de Europa a ayudar en su venta. La difusión de este libro hará mucho más que ayudar a librar de deudas a nuestras instituciones: abrirá el camino para que nuestros libros más grandes encuentren un mercado preparado. De este modo la verdad alcanzará a muchos que de otra manera no la recibirían.

Me dirijo especialmente a nuestros hermanos de Escandinavia. ¿No echarán mano de la tarea que Dios les ha dado? ¿No trabajarán hasta el máximo de su poder para aliviar a las instituciones de su campo que se ven trabadas por las deudas? No piensen con desesperación, diciendo: "No podemos hacer nada". Dejen de proferir palabras de desaliento. Aférrense del brazo del Poder infinito. Recuerden que sus hermanos de otros países se unen para ayudarlos. No desmayen ni estén desanimados. El Señor sostendrá a sus obreros de Escandinavia, si ellos quieren hacer su parte con fe, oración y esperanza, esforzándose cuanto puedan para adelantar su causa y apresurar su venida.

Haga nuestro pueblo de Inglaterra el más ardiente esfuerzo para inspirar en sus hermanos de Escandinavia fe y valor. Hermanos, debemos acudir en ayuda de Jehová, en ayuda de Jehová contra los poderosos.

Recuerden que cuanto más nos acerquemos al tiempo de la venida de Cristo, tanto más fervorosa y firmemente tenemos que trabajar; pues está contra nosotros toda la sinagoga de Satanás. No necesitamos excitación febril, sino aquel valor que nace de la fe genuina.

Resultados de la obra

En virtud del trabajo de aliviar a nuestros colegios, se obtendrá una bendición cuádruple: una bendición para los colegios, el mundo, la iglesia y los obreros.

Al paso que se reúnen fondos para el desahogo de nuestros colegios, se coloca en manos de muchísima gente el mejor material de lectura, pues de otra manera, si no se hiciese este esfuerzo, jamás esa gente vería Palabras de vida *del gran Maestro*. Hay almas, en lugares solitarios, que serán alcanzadas por este esfuerzo. Las lecciones de las parábolas de nuestro Salvador serán, para

muchísimos, como las hojas del árbol de la vida.

Es propósito del Señor que *Palabras de vida del gran Maestro*, con su preciosa instrucción, unifique a los creyentes. Los abnegados esfuerzos hechos por los miembros de nuestras iglesias resultarán ser un medio de unirlos, con el fin de que sean santificados en alma, cuerpo y espíritu, como vasos para honra preparados para recibir el Espíritu Santo. Los que procuran hacer la voluntad de Dios, empleando cada talento de la manera más provechosa, llegarán a ser sabios para trabajar en pro de su Reino. Aprenderán lecciones del más grande valor y experimentarán la satisfacción más alta de una mente racional. Paz, gracia y poder intelectual les serán dados.

Al llevar este libro a los que necesitan la instrucción que contiene, adquirirán los obreros una valiosa experiencia. Esta obra constituye un medio de educación. Los que quieren hacer lo mejor de que son capaces, como manos auxiliadoras del Señor, en hacer circular *Palabras de vida del gran Maestro*, adquirirán una experiencia que los habilitará para ser obreros prósperos para Dios. Muchísimos, merced a la preparación obtenida en esta tarea, aprenderán a colportar con nuestros libros más grandes, que tanto necesita la gente.

Todo aquel que se ocupe en la tarea debidamente, con alegría y esperanza, hallará que es una bendición grandísima. El Señor no fuerza a nadie para que trabaje en su obra; pero, a aquellos que se pongan decididamente a su lado les dará una voluntad decidida. Él bendecirá a todos los que fomenten el espíritu que él mismo alienta en ellos. A tales obreros les concederá favor y éxito. A medida que se vaya entrando en un campo tras otro, nuevos métodos y nuevos planes surgirán de las nuevas circunstancias. Nuevos pensamientos vendrán con los nuevos obreros que se entreguen a la obra. A medida que busquen al Señor por ayuda, él

se comunicará con ellos. Recibirán planes formulados por el Señor mismo. Se convertirán almas e ingresará dinero. Los obreros encontrarán yermos de la viña del Señor al lado mismo de campos ya trabajados. Cada campo ofrece nuevos lugares que conquistar. Todo lo hecho trae a luz lo mucho que aún queda por hacer.

A medida que trabajamos con el gran Maestro, se desarrollan las facultades mentales. La conciencia está bajo la dirección divina. Cristo toma bajo su gobierno al ser entero.

Nadie puede estar verdaderamente unido con Cristo, practicar sus lecciones, someterse a su yugo de restricción, sin comprender aquello que jamás puede expresar con palabras. Nuevos y ricos pensamientos se le presentan. La inteligencia recibe luz, y la voluntad determinación, la conciencia sensibilidad y pureza la imaginación. El corazón se vuelve más tierno, los pensamientos más espirituales, el servicio más semejante al de Cristo. En la vida se ve aquello que ninguna palabra puede expresar: veracidad, fidelidad, amante consagración del corazón, mente, alma y fuerza a la obra del Maestro.

Después de haber hecho, mediante santificada energía y oración, todo lo que podemos en la obra en pro de nuestros colegios, veremos la gloria de Dios. Cuando se haya hecho cabalmente la prueba, habrá un bendito resultado.

Si se obra con un espíritu libre y voluntario, Dios convertirá en éxito el movimiento en pro de nuestros colegios. Nos capacitará para quitar el oprobio acarreado sobre nuestras instituciones educativas. Si todos quieren echar mano de la obra con el espíritu de abnegación por causa de Cristo y de la verdad, no pasará mucho tiempo sin que el himno de libertad del jubileo se cante en nuestros confines.

Nos se cansen de hacer el bien

Me alegro de que haya habido esfuerzo tan armonioso para llevar a efecto el propósito de Dios y aprovechar hasta el máximo su providencia. Este esfuerzo por poner en circulación *Palabras de vida del gran Maestro* está demostrando lo que se puede hacer en el campo de colportaje. A los pastores, alumnos, padres, madres, y jóvenes y señoritas que se hayan empeñado en esta tarea, quiero decirles: No se debilite su interés. Siga adelante esta obra sin fluctuar, en forma perseverante y sublime, hasta que la última deuda quede eliminada de nuestros colegios y se forme un fondo destinado al establecimiento de colegios en campos importantes, donde exista gran necesidad de obra educativa.

A medida que se llame a otras labores a los pastores y los obreros bíblicos, díganles los miembros de nuestras iglesias: "Vayan adelante con el trabajo que se les ha señalado; nosotros continuaremos trabajando por la circulación de *Palabras de vida del gran Maestro* y por librar de deudas a nuestros colegios". Que nadie piense que esta tarea debe terminar con el esfuerzo especial de 1900 y 1901. El campo jamás está agotado, y dicho libro debe venderse en bien de nuestros colegios durante los años por venir.

Tengamos fe en Dios. En su nombre, llevemos adelante su Palabra sin vacilar. La obra que nos ha mandado hacer, él la convertirá en una bendición para nosotros. Y, cuando su plan para aliviar a nuestros colegios haya sido vindicado, cuando la tarea señalada haya sido plenamente cumplida, él nos indicará lo que debemos hacer a continuación.

Por tanto tiempo como el mensaje de misericordia deba darse al mundo, habrá un pedido de esfuerzos en pro de otras instituciones y empresas similares a la de librar de deudas a nuestros colegios. Y, por tanto tiempo como dure el tiempo de gracia, habrá para el colportor oportunidad de trabajar. Cuando las confesiones religiosas se unan con el Papado para oprimir al pueblo de Dios, el

colportaje evangélico abrirá lugares en los que exista libertad religiosa. Si en un lugar la persecución se vuelve severa, hagan los obreros como indicó Cristo: "Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra" (Mat. 10:23). Si la persecución llega allí, vayan todavía a otro lugar. Dios guiará a su pueblo, haciéndolo una bendición en muchos lugares. Si no fuera por la persecución, no sería tan vastamente esparcido para proclamar la verdad. Y Cristo declara: "No acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo de Hombre" (10:23). Hasta que en el cielo no se pronuncien las palabras "Hecho está" (Apoc. 21:6), siempre habrá lugares donde trabajar y corazones que reciban el mensaje. "No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos" (Gál. 6:9) (*Testimonies for the Church*, t. 6, págs. 468-478).

64

La educación para servir

El verdadero objetivo de la educación es formar hombres y mujeres idóneos para servir, desarrollar y poner en ejercicio activo todas sus facultades. La obra de nuestros colegios y nuestras escuelas preparatorias debe ser fortalecida año tras año; porque, en ellos, nuestros jóvenes han de prepararse para entrar en el servicio del Señor como obreros eficientes. El Señor invita a los jóvenes a ingresar en nuestras escuelas con el fin de prepararse rápidamente para una obra activa. El tiempo es corto. Por doquiera se necesitan obreros para Cristo. Incentivos urgentes deben ofrecerse a los que debieran estar hoy empeñados en un esfuerzo ferviente por el Maestro.

Nuestras escuelas han sido establecidas por el Señor; y, si son dirigidas en armonía con su propósito, los jóvenes enviados a ellas serán rápidamente preparados para dedicarse a diversos ramos de la obra misionera. Algunos se alistarán para entrar en el campo como enfermeros misioneros; otros, como colportores; otros, como evangelistas, y aun otros, como ministros evangélicos. Algunos estarán preparados para encargarse de las escuelas de iglesia, en las cuales se ha de enseñar a los niños los rudimentos de la educación. Esta obra es muy importante, y exige gran habilidad y estudio cuidadoso.

Satanás está procurando apartar a los hombres y las mujeres de los principios correctos. El enemigo de todo bien desea ver a los seres humanos adiestrados de tal manera que ejerzan influencia de parte del error, en vez de usar sus talentos para beneficio de sus semejantes. Y muchos que profesan pertenecer a la verdadera iglesia de Dios caen bajo sus engaños. Los induce a desviarse de su

fidelidad al Rey de los cielos.

Las señales demostrativas de la inminencia de la venida de Cristo se cumplen rápidamente. El Señor llama a nuestros jóvenes para alistarse como colportores y evangelistas, a trabajar de casa en casa en lugares donde la verdad no ha sido proclamada todavía. Habla a nuestros jóvenes, diciendo: "No sois vuestros... Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Cor. 6:19, 20). Los que salgan a la obra bajo la dirección del Maestro serán bendecidos maravillosamente.

El Señor pide voluntarios que quieran ponerse firmemente de su parte y que se comprometerán a unirse con Jesús de Nazaret, para hacer la obra que es necesario hacer ahora mismo. Los talentos del pueblo de Dios han de ser empleados para dar el último mensaje de misericordia al mundo. El Señor ordena a los que están relacionados con nuestras escuelas, sanatorios y casas editoras que enseñen a los jóvenes a hacer obra evangélica. Nuestro tiempo y nuestro dinero no deben emplearse en establecer sanatorios, fábricas de productos alimenticios, almacenes de dichos productos y restaurantes hasta el punto de hacer descuidar otros ramos de la obra. Los jóvenes que debieran dedicarse al ministerio, a la obra bíblica y al colportaje no deben ocuparse en empleos mecánicos.

Para fortalecer a los jóvenes contra las tentaciones del enemigo, hemos establecido escuelas donde pueden prepararse para ser útiles en esta vida y servir a Dios durante toda la eternidad. Los que son sinceros para la gloria de Dios desearán fervorosamente prepararse para un servicio especial; porque el amor de Cristo tendrá una influencia controladora sobre ellos. Este amor imparte una energía más que finita, y prepara a los seres humanos para realizaciones divinas.

La labor de Cristo por la humanidad

El trabajo de los que aman a Dios hará manifiesto el carácter de sus motivos; porque la salvación de aquellos por quienes Cristo pagó un precio infinito será el objetivo de sus esfuerzos. Toda otra consideración: el hogar, la familia, los goces serán hechos secundarios a la obra de Dios; ellos seguirán el ejemplo de aquel que manifestó su amor por el hombre caído al abandonar un cielo de bienaventuranza y el homenaje de los ángeles para venir a este mundo. El Salvador trabajó con esfuerzo incansable para ayudar a los seres humanos. No se detuvo ante ningún sacrificio, no vaciló ante ningún renunciamiento; por amor de nosotros se hizo pobre, para que con su pobreza fuésemos enriquecidos. Su simpatía hacia los perdidos lo indujo a buscarlos dondequiera que estuvieran. Y sus colaboradores deben trabajar como él trabajó, sin vacilar en la búsqueda de los caídos, sin considerar esfuerzo alguno como demasiado penoso, ni excesivo sacrificio alguno, con tal de que puedan ganar almas para Cristo. El que quiere ser obrero eficiente para Dios tiene que estar dispuesto a soportar lo que Cristo soportó, a encontrar a los hombres como él los encontró.

Es verdadera educación únicamente la que pone al alumno en estrecha relación con el gran Maestro. Se ha de enseñar a los jóvenes a mirar a Cristo como su guía. Se les han de impartir lecciones de tolerancia y confianza, de verdadera bondad y amabilidad de corazón, de perseverancia y firmeza. Su carácter ha de responder a las palabras de David: "Sean nuestros hijos como plantas crecidas en su juventud, nuestras hijas como esquinas labradas como las de un palacio" (Sal. 144:12).

El estudiante convertido ha roto la cadena que lo ligaba al servicio del pecado, y se ha puesto en la debida relación con Dios. Su nombre está registrado en el libro de la vida del Cordero. Está bajo la solemne obligación de renunciar al mal, y cae bajo la jurisdicción del Cielo. Por la oración fervorosa ha de aferrarse a Cristo. Descuidar esta devoción, negar este servicio, es convertirse

en juguete indefenso de las trampas de Satanás.

Mientras cultiva su mente, el estudiante debe también cultivar la integridad de corazón y la lealtad a Dios, con el fin de desarrollar un carácter como el de José. Entonces despreciará el pensamiento de ceder a la tentación, y temerá mancillar su pureza. Como Daniel, resolverá ser fiel a los principios y usará de la mejor manera las facultades que Dios le ha dado.

Los largos cursos de estudio

Son muchos los que piensan que, con el fin de ser aptos para un servicio aceptable, deben seguir un largo curso de estudio con maestros sabios en alguna escuela del mundo. Es verdad que deben hacer esto si desean obtener lo que el mundo llama educación. Pero no decimos a nuestros jóvenes: Estudien, estudien, manteniendo su mente todo el tiempo en los libros. Ni les decimos: Deben dedicar su tiempo en la escuela a adquirir la así llamada "educación superior". La causa de Dios necesita obreros experimentados. Pero no debemos pensar que hay que trepar al más alto eslabón del conocimiento en cada ciencia. El tiempo es corto y debemos trabajar fervorosamente por las almas. Si los alumnos quieren estudiar la Palabra de Dios con diligencia y oración, hallarán el conocimiento que necesitan.

No es necesario que todos conozcan varios idiomas; pero sí que todos tengan experiencia en las cosas de Dios. No digo que no debe haber quienes estudien idiomas. Deben estudiarse los idiomas. Antes de mucho, habrá necesidad positiva de que muchos abandonen sus hogares y vayan a trabajar entre pueblos de otras lenguas; y los que tienen ciertos conocimientos de estos idiomas podrán comunicarse con quienes no conocen la verdad.

El carácter de los docentes

El bienestar, la felicidad, la vida religiosa de las familias con las

cuales están relacionados los jóvenes, la prosperidad y la piedad de la iglesia de la cual son miembros, dependen mayormente de la educación religiosa que ellos reciban en nuestras escuelas y nuestros colegios. Debido a que nuestras escuelas han sido establecidas con un propósito tan alto y santo, los docentes deben ser hombres y mujeres cuya vida haya sido purificada por la gracia de Cristo, que sean cultos y refinados en sus modales. Y deben tener un sentido vívido de los peligros de este tiempo y de la obra que es necesario hacer para preparar a un pueblo que ha de permanecer en pie en el Día de Dios. Deben siempre seguir una conducta que merezca el respeto de sus alumnos. Los jóvenes tienen derecho a esperar que un docente cristiano alcance una norma elevada, y pronunciarán un juicio severo sobre el que no la cumpla.

Los docentes de nuestras escuelas y nuestros colegios necesitan manifestar amor, tolerancia, sabiduría, como los manifestó Cristo. Vendrán a los colegios estudiantes que no tienen un propósito preciso, ni principios fijos ni comprensión de lo que Dios requiere de ellos. Se los ha de inducir a reconocer sus responsabilidades. Se les debe enseñar a apreciar sus oportunidades, y llegarán a ser ejemplos de laboriosidad, sobriedad y utilidad. Bajo la influencia de profesores sabios, puede inducirse a los indolentes a despertarse, y a los irreflexivos a volverse serios. Por esfuerzo esmerado, los alumnos menos promisorios pueden ser preparados y disciplinados de tal manera que saldrán del colegio con motivos elevados y principios nobles, preparados para llevar con éxito la luz en las tinieblas del mundo.

Se necesitan docentes pacientes y concienzudos, para despertar esperanza y aspiración en los jóvenes, para ayudarlos a comprender las posibilidades que les aguardan. Se necesitan docentes que preparen a sus alumnos para prestar servicio al Maestro; que anhelen hacerlos progresar intelectual y

espiritualmente. Tienen que esforzarse por comprender la grandeza de su obra. Necesitan visión ampliada; porque su obra, por su importancia, se compara con la del ministro cristiano. Con fe perseverante han de asirse del Infinito, diciendo como Jacob: "No te dejaré, si no me bendices" (Gén. 32:26).

Ofrezcamos a Dios lo mejor que tenemos

Los estudiantes han de ofrecer a Dios nada menos que lo mejor que poseen. El esfuerzo mental se hará más fácil y satisfactorio cuando ellos se dediquen a la tarea de comprender las cosas profundas de Dios. Cada cual debe decidir que no será un alumno de segunda categoría, que no permitirá que otros piensen por él. Debe decir: "Lo que otras mentes han adquirido en la ciencia y en la Palabra de Dios, lo adquiriré por esfuerzo esmerado". Debe movilizar las mejores facultades de su mente, con un sentido de su responsabilidad para con Dios, y hacer lo mejor que pueda para vencer las dificultades. En cuanto sea posible, debe procurar la sociedad de los que pueden ayudarlo, que puedan discernir sus errores, y ponerlo en guardia contra la indolencia, la simulación y el trabajo superficial.

Siempre hay que recordar a los alumnos el verdadero motivo del servicio. La preparación que reciben tiene que ayudarlos a desarrollarse como hombres y mujeres útiles. Debe emplearse todo medio que los haya de elevar y ennoblecer. Enséñeseles a emplear sus capacidades en armonía con la voluntad de Dios, y recuérdeseles siempre el valor de la influencia ejercida por una vida fiel y pura. Esto los ayudará en su preparación para servir. Diariamente, crecerán más fuertes, mejor preparados por la gracia de Cristo y el estudio de su Palabra, para hacer esfuerzos agresivos contra el mal.

Ningún otro conocimiento es tan firme, tan consistente, tan abarcador como el obtenido del estudio de la Palabra de Dios. En

ella está la fuente de todo conocimiento verdadero (*Consejos para los maestros*, págs. 479-485).

65

La educación más esencial para los obreros evangélicos

Hay obreros cristianos que no recibieron educación en ningún colegio, porque les era imposible conseguirla; pero Dios ha dado evidencia de que los ha escogido y ordenado, para que vayan y trabajen en su viña. Los ha hecho eficaces colaboradores suyos. Tienen un espíritu susceptible de ser enseñado; sienten que dependen de Dios. Y el Espíritu Santo está con ellos para ayudarlos en sus flaquezas. Vivifica y vigoriza la mente, dirige los pensamientos y ayuda eficazmente en la presentación de la verdad.

Cuando el obrero se halla delante de la gente para impartir las palabras de vida, se oye en su voz el eco de la voz de Cristo. Es evidente que anda con Dios, que ha estado con Jesús y ha aprendido de él. Ha introducido la verdad en el santuario íntimo del alma; es para él una realidad viviente, y presenta la verdad con demostración del Espíritu y de poder. La gente oye la grata proclama; Dios habla a su corazón por el hombre consagrado a su servicio.

Cuando el obrero ensalza a Jesús por el Espíritu, se vuelve realmente elocuente. Es fervoroso y sincero, y muy amado de aquellos por quienes trabaja. ¡Qué pecado recaería sobre cualquiera que escuchara a un hombre tal simplemente para criticarlo, tomar nota de sus faltas de gramática o su pronunciación incorrecta, y ridiculizar esas faltas!...

El orador que no ha tenido educación cabal puede a veces caer en errores de gramática o de pronunciación; tal vez no emplee las expresiones más elocuentes, o las imágenes más bellas; pero, si se

ha alimentado él mismo del Pan de vida, si bebió de la Fuente de vida, puede alimentar a las almas hambrientas y dar agua de vida al sediento. Sus defectos serán perdonados y olvidados. Sus oyentes no sentirán cansancio ni disgusto, sino que agradecerán a Dios por el mensaje de gracia a ellos enviado por su siervo.

El mejoramiento propio de los obreros

Si el obrero se ha consagrado plenamente a Dios y es diligente en la oración para obtener fuerza y sabiduría celestiales, la gracia de Cristo le enseñará, él vencerá sus defectos y llegará a ser cada vez más inteligente en las cosas de Dios. Pero nadie debe basarse en esto para ser indolente, malgastar el tiempo y las oportunidades, y descuidar la preparación que es esencial para llegar a ser eficiente. Al Señor no le agradan los que, teniendo ocasión de adquirir conocimientos, dejan de aprovechar las oportunidades que tienen.

Sobre todos los otros habitantes de la tierra, el hombre cuya mente ha sido educada por la Palabra de Dios sentirá que debe dedicarse con mayor diligencia a la lectura de la Biblia y a un estudio concienzudo de las ciencias; porque su esperanza y su vocación son mayores que las de cualquier otro. Cuanto más íntimamente esté relacionado un hombre con la Fuente de todo conocimiento y sabiduría, tanto más podrá ser ayudado intelectual y espiritualmente. El conocimiento de Dios es la educación esencial, y todo verdadero obrero estudiará constantemente para obtener este conocimiento (*Consejos para los maestros*, págs. 495, 496).

66

"Conforme a lo que uno tiene"

Dios puede y quiere emplear a quienes no han recibido instrucción cabal en las escuelas de los hombres. Dudar de que puede hacer esto es incredulidad manifiesta. Nuestro Salvador no pasó por alto el saber ni despreció la educación; sin embargo, eligió para la obra del evangelio a pescadores sin letras, porque no habían recibido escuela en las falsas costumbres y tradiciones del mundo. Eran hombres de buena capacidad natural y espíritu humilde, dispuestos a recibir enseñanza; hombres a quienes podía educar para su gran obra.

En las vocaciones comunes de la vida, hay muchos que trabajan pacientemente, cumpliendo la rutina de sus tareas diarias, sin tener conciencia de las aptitudes latentes que, puestas en acción, los pondrían entre los grandes dirigentes del mundo. Se necesita el toque de una mano hábil para despertar y desarrollar estas facultades dormidas. Fueron hombres tales los que Jesús relacionó consigo; y les dio la ventaja de prepararse tres años bajo su propio cuidado. Ningún curso de estudio seguido en las escuelas de los rabinos o en las galerías de los filósofos podría haber igualado a esto en valor.

Una vida dedicada a Dios no debe ser una vida de ignorancia. Muchos hablan contra la educación, porque Jesús eligió a pescadores sin letras para predicar el evangelio. Aseveran que él manifestó preferencia por los analfabetos. Pero, muchos hombres sabios y honorables creyeron en las enseñanzas de Jesús. Si hubiesen obedecido intrépidamente a las convicciones de su conciencia, lo habrían seguido. Su capacidad habría sido aceptada y empleada para el servicio de Cristo, si se la hubiesen ofrecido.

Pero, frente a los ceñudos sacerdotes y los celosos gobernantes, no tenían fuerza moral para confesar a Cristo y aventurar su reputación en relación con el humilde Galileo.

El que conoce todos los corazones comprendía esto. Si los educados y nobles no querían hacer la obra para la cual estaban preparados, Cristo iba a elegir hombres que serían obedientes y fieles en hacer su voluntad. Eligió a hombres humildes y los relacionó consigo, con el fin de educarlos para que llevasen adelante por toda la tierra la gran obra cuando él la dejara.

Cristo era la Luz del mundo. Era la Fuente de todo conocimiento. Podía preparar a los pescadores sin letras para que ejecutaran la gran comisión que les iba a dar. Las lecciones de verdad dadas a estos hombres humildes eran de gran significado. Habían de conmover la tierra. Parecía cosa sencilla que Jesús relacionara a estas personas humildes consigo; pero fue un suceso que produjo tremendos resultados. Sus palabras y sus obras habían de revolucionar al mundo.

Dios aceptará a los jóvenes con sus talentos y sus preciosos afectos, si ellos quieren consagrarse a él. Pueden alcanzar el punto más alto de la grandeza intelectual; y, si son equilibrados por principios religiosos, pueden llevar adelante la obra que Cristo vino a cumplir desde el cielo.

Los alumnos de nuestros colegios tienen valiosas ventajas; no sólo en cuanto al conocimiento de las ciencias, sino también respecto de aprender a cultivar y practicar virtudes que les darán caracteres simétricos. Son agentes morales responsables delante de Dios. Los talentos de riqueza, posición e intelecto son confiados por Dios al hombre para que los aproveche sabiamente. Ha distribuido estos diversos cometidos en forma proporcional a las facultades y las capacidades conocidas de sus siervos; a cada uno, su trabajo.

Y el Dador espera resultados concordantes con lo dado. El don más humilde no debe ser despreciado. Cada uno tiene su esfera y su vocación peculiares. El que saca el mejor partido de las oportunidades que Dios le ha confiado devolverá al Dador, en su aprovechamiento, un interés proporcional al capital entregado.

No es la mayor cantidad de trabajo lo que el Señor recompensa. Él no considera la magnitud de la obra tanto como la fidelidad con que se ha hecho. El siervo bueno y fiel es recompensado. En la medida en que cultivemos las facultades que Dios nos ha concedido, creceremos en conocimiento y percepción.

La perseverancia en la adquisición de conocimientos, regida por el temor y el amor de Dios, dará a los jóvenes crecidas fuerzas para el bien en esta vida; y los que saquen el mejor partido de sus oportunidades para alcanzar altas realizaciones las llevarán consigo a la vida futura. Han procurado y obtenido lo que es imperecedero. La capacidad de apreciar las glorias que "ojo no vio, ni oído oyó" (1 Cor. 2:9) será proporcional a las realizaciones alcanzadas.

Los que despojan su corazón de vanidad y escoria, por la gracia de Dios, pueden purificar la mente y hacer de ella un alfolí de conocimiento, pureza y verdad, que estará continuamente expandiéndose más allá de los estrechos limites del pensamiento mundanal, a la vastedad de lo infinito (*Consejos para los maestros*, págs. 497-499).

67

Los jóvenes como misioneros

Los jóvenes que desean entrar en el campo como ministros o colportores deben recibir antes un grado adecuado de preparación mental, como también una preparación especial para su vocación. Los que no son educados, preparados y refinados no están listos para entrar en el campo, donde personas de poderosa influencia por sus talentos y su educación combaten contra las verdades de la Palabra de Dios. No pueden tampoco arrostrar con éxito las extrañas formas del error, religiosas y filosóficas combinadas, cuyo desenmascaramiento requiere conocimiento tanto de la verdad científica como de la bíblica.

Especialmente los que tienen el ministerio en vista necesitan sentir la importancia del método bíblico en la preparación ministerial. Han de participar cordialmente en el trabajo y, mientras estudian en las escuelas, aprender del gran Maestro su mansedumbre y su humildad. Un Dios que cumple su pacto ha prometido que, en respuesta a la oración, su Espíritu será derramado sobre los que aprenden en la escuela de Cristo, para que puedan ser ministros de justicia.

Hay que hacer un trabajo duro para desalojar de la cabeza el error y las falsas doctrinas, con el propósito de que la verdad y la religión de la Biblia puedan hallar cabida en el corazón. Los colegios fueron establecidos entre nosotros como un medio ordenado por Dios con el objetivo de educar a los jóvenes para los diversos departamentos de la labor misionera. Es voluntad de Dios que formen no sólo unos pocos obreros, sino muchos. Pero Satanás, que está resuelto a derrotar este propósito, ha conseguido muchas veces para sí a aquellos a quienes Dios quería preparar

para los puestos de utilidad en su obra. Son muchos los que trabajarían si se los invitara a servir, y salvarían sus almas trabajando. La iglesia debe sentir su gran responsabilidad por ocultar la luz de la verdad y restringir la gracia de Dios dentro de sus propios y estrechos límites, cuando el dinero y la influencia debieran emplearse copiosamente para enviar a personas competentes al campo misionero.

Centenares de jóvenes debieran estar preparándose para desempeñar una parte en la obra de diseminar las semillas de la verdad junto a todas las aguas. Queremos hombres que contribuirán a los triunfos de la Cruz; hombres que perseverarán bajo los desalientos y las privaciones; que tendrán el celo, la resolución y la fe indispensables en el campo misionero...

Los idiomas extranjeros

Hay entre nosotros quienes, sin el trabajo y la demora de aprender un idioma extranjero, podrían prepararse para proclamar la verdad en otras naciones. En la iglesia primitiva, los misioneros eran dotados milagrosamente de un conocimiento de las lenguas en las cuales debían predicar las inescrutables riquezas de Cristo. Y si entonces Dios estaba dispuesto a ayudar así a sus siervos, ¿podemos dudar de que su bendición descansará sobre nuestros esfuerzos para preparar a los que poseen naturalmente idiomas extranjeros y que, con el debido estímulo, llevarían a sus compatriotas el conocimiento de la verdad? Podríamos haber tenido más obreros en los campos misioneros del extranjero, si los que entraron en tales campos se hubiesen valido de todo talento que estaba a su alcance...

Puede ser que, en algunos casos, sea necesario que los jóvenes aprendan idiomas extranjeros. Esto pueden hacerlo con más éxito, si se asocian con la gente al mismo tiempo que dedican parte de cada día a estudiar el idioma. Esto debe hacerse, sin embargo,

solamente como un paso preparatorio necesario para educar a los que están ya en el campo misionero y que, con la debida preparación, pueden llegar a ser obreros. Es esencial que se insista para que entren en el servicio aquellos que pueden hablar en su lengua materna a los habitantes de diferentes naciones. Es una gran empresa para un hombre de edad madura aprender un idioma extranjero y, a pesar de todos sus esfuerzos, le resultará casi imposible hablarlo tan fácil y correctamente como para llegar a ser un obrero eficiente.

Se necesita a los jóvenes para los lugares difíciles

No podemos restar a nuestros campos principales la influencia de los ministros de edad madura y ancianos, y enviarlos a campos lejanos para empeñarse en una obra para la cual no están preparados y para la cual ningún caudal de preparación podría adaptarlos. Los hombres así enviados dejan vacantes que los obreros inexpertos no pueden suplir.

Pero la iglesia puede preguntar si a los jóvenes se les pueden confiar las graves responsabilidades que entraña el establecer y dirigir una misión en el extranjero. Contesto que Dios quiso que, en nuestros colegios y por tratar en el trabajo con hombres de experiencia, se preparasen para prestar un servicio útil en diversos departamentos de esta causa. Debemos manifestar confianza en nuestros jóvenes. Debieran ser "pioneros" en toda empresa que signifique trabajo y sacrificio, mientras que los recargados siervos de Cristo deben ser apreciados como consejeros, para estimular y beneficiar a los que asestan los golpes más fuertes para Dios. La Providencia puso en temprana edad a estos padres experimentados en posiciones de responsabilidad y prueba, cuando sus facultades físicas e intelectuales no estaban plenamente desarrolladas. La magnitud del cometido a ellos confiado despertó sus energías, y su labor activa en la obra contribuyó a su desarrollo físico y mental.

Se necesitan jóvenes. Dios los llama para los campos misioneros. Por estar comparativamente libres de cuidados y responsabilidades, se encuentran más favorablemente situados para dedicarse a la obra que aquellos que deben proveer educación y sostén a una gran familia. Además, los jóvenes pueden adaptarse más fácilmente a nuevos climas y nuevas sociedades, y pueden soportar mejor los inconvenientes y las penurias. Con tacto y perseverancia, alcanzarán a la gente en su ambiente.

La fuerza se obtiene por el ejercicio. Todos los que hacen uso de la capacidad que Dios les ha dado podrán, en crecida medida, dedicarla a su servicio. Los que no hacen nada en la causa de Dios dejarán de crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad. Un hombre que, acostándose, se negara a ejercitar sus miembros, no tardaría en perder la facultad de usarlos. Así también, el cristiano que no quiera ejercitar las facultades que Dios le ha dado no sólo deja de crecer en Cristo, sino también pierde la fuerza que ya tenía; y viene a ser un paralítico espiritual. Los que, con amor hacia Dios y sus semejantes, se esfuerzan por ayudar a otros son los que llegan a ser establecidos, fortalecidos y arraigados en la verdad. El verdadero cristiano trabaja para Dios, no por impulso, sino por principio; no un día ni un mes, sino durante toda su vida.

El Maestro pide obreros evangélicos; ¿quién responderá? No todos los que entran en el ejército han de ser generales, capitanes, sargentos ni aun cabos. No todos tienen la carga y la responsabilidad de los dirigentes. Hay duro trabajo de otras clases que hacer. Algunos deben cavar trincheras y erigir fortificaciones; otros han de hacer de centinelas, o llevar mensajes. Aunque hay tan sólo pocos oficiales, se requieren muchos soldados para formar las filas de un ejército; sin embargo, el éxito de este depende de la fidelidad de cada soldado. La cobardía o la traición de un solo hombre puede producir un desastre para el ejército entero...

El que dio "a cada uno su obra" (Mar. 13:34), según su capacidad, no dejará sin recompensa el cumplimiento fiel del deber. Cada acto de lealtad y fe será coronado con señales especiales del favor y la aprobación de Dios. A cada obrero se hace esta promesa: "Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas" (Sal. 126:6) (*Testimonies for the Church*, t. 5, págs. 390-395).

***

Una familiaridad con los idiomas de las diferentes naciones es de ayuda en la obra misionera. El comprender las costumbres de los que vivían en tiempos bíblicos, como también el lugar y el tiempo en que se produjeron los acontecimientos, es un conocimiento práctico, porque ayuda a presentar con claridad las figuras de la Biblia y a recalcar las lecciones de Cristo (Counsels to Parents, Teachers, and Students, pág. 518; reproducido en Consejos para los maestros, pág. 504).

68

La obra misionera de los estudiantes

No basta con llenar la mente de los jóvenes con lecciones de profunda importancia; deben aprender a impartir lo que han recibido. Cualquiera que sea el puesto o las posesiones de la persona que conozca la verdad, la Palabra de Dios le enseña que todo lo que tiene le ha sido dado en cometido. Le es prestado para probar su carácter. De sus negocios mundanales, talentos, recursos y oportunidades de servir, de todo, en fin, tendrá que dar cuenta a aquel a quien pertenece por la creación y la redención. Dios nos concede sus dones para que podamos ministrar a otros y llegar a ser así semejantes a él. El que procura obtener conocimiento para poder trabajar en favor de los ignorantes que perecen desempeña su parte en cumplir el gran propósito de Dios para con la humanidad. En el servicio abnegado para beneficiar a otros alcanza el alto ideal de la educación cristiana.

Entre los alumnos de nuestras escuelas hay quienes tienen preciosos talentos, y debe enseñárseles a usar estos talentos. Nuestras escuelas deben ser dirigidas de tal manera que maestros y estudiantes se vuelvan cada vez más eficientes. Poniendo fielmente en uso práctico aquello que han aprendido, aumentarán su capacidad de usar el conocimiento.

Es necesario, para su completa educación, que los estudiantes tengan tiempo para hacer obra misionera, para familiarizarse con las necesidades espirituales de las familias que viven en derredor de ellos. No deben estar tan recargados de estudios que no tengan tiempo para usar el conocimiento que han adquirido. Tienen que ser estimulados a hacer esfuerzos misioneros en favor de los que están en el error, llegando a conocerlos y llevándoles la verdad.

Trabajando con humildad, buscando sabiduría de Cristo, orando y velando en oración, pueden comunicar a otros el conocimiento que enriqueció sus vidas.

Los maestros y los estudiantes de nuestras escuelas necesitan el toque divino. Dios puede hacer por ellos mucho más de lo que ha hecho, porque en lo pasado han restringido su camino. Si se estimula el espíritu misionero, aun cuando quite algunas horas al programa de los estudios regulares, se recibirá mucha bendición del Cielo, con tal que haya más fe y celo espiritual, mejor comprensión de lo que Dios quiere hacer.

Hay muchas actividades en las cuales los jóvenes pueden hallar oportunidad de hacer esfuerzos útiles. Hay que organizarlos y educarlos cabalmente en grupos, para que trabajen como enfermeros, visitadores evangélicos, obreros bíblicos, colportores, ministros y evangelistas misioneros médicos.

Al finalizar los cursos, hay oportunidad para que muchos vayan al campo como colportores evangélicos. El colportor fiel entra en muchos hogares, donde deja material de lectura que contiene la verdad para este tiempo. Nuestros estudiantes deben aprender a vender nuestros libros. Hay necesidad de que hombres de profunda experiencia cristiana, hombres de mente bien equilibrada, fuertes y bien educados, se dediquen a este ramo de la obra. Algunos tienen el talento, la educación y la experiencia que los capacitarían para educar a los jóvenes en el colportaje, de tal manera que se obtenga mucho más de lo que se hace ahora. Los que poseen esta experiencia tienen un deber especial que cumplir en la enseñanza de los demás.

La obra del colportaje es uno de los instrumentos señalados por Dios con el fin de difundir el conocimiento de la verdad para este tiempo. El esfuerzo hecho en algunas escuelas para hacer circular *Palabras de vida del gran Maestro* ha demostrado lo que pueden

realizar los alumnos en el colportaje. El Señor ha bendecido los esfuerzos hechos para aliviar de deudas nuestras escuelas, y los que han participado en la obra han obtenido una experiencia excelente. Al entrar en ella desinteresadamente, han recibido gran bendición. Muchos han adquirido así un conocimiento de cómo vender nuestros libros mayores.

Dondequiera que sea posible, los estudiantes deben participar durante el año escolar en la obra hecha en las ciudades. Deben hacer obra misionera en las ciudades y los pueblos circundantes. Pueden organizarse en grupos que hagan obra caritativa. Deben asumir una visión amplia de sus actuales obligaciones para con Dios. No tienen que mirar hacia adelante a un tiempo en que, después de que las clases han terminado, harán alguna obra grande para Dios, sino que deben estudiar ahora, durante su vida estudiantil, para ver cómo pueden unirse con Cristo en un servicio abnegado por los demás.

Hay poder en el ministerio del canto. Los estudiantes que han aprendido a cantar dulces himnos evangélicos con melodía y claridad pueden hacer una buena obra como evangelistas cantores. Hallarán muchas oportunidades para emplear el talento que Dios les ha dado, y llevarán melodía y alegría a muchos lugares solitarios, oscurecidos por el pesar y la aflicción, cantando para aquellos que tienen pocas veces el privilegio de asistir a una iglesia.

Estudiantes, salgan a los caminos y los vallados. Esfuércense por alcanzar a los de las clases superiores tanto como a los de las clases humildes. Entren en los hogares de los ricos como en los de los pobres y, a medida que tengan oportunidad, pregunten: "¿Les agradaría que cantáramos algunos himnos evangélicos?" Luego, al enternecerse los corazones, se abrirá el camino para que ofrezcan algunas palabras de oración pidiendo la bendición de Dios. Pocos se

negarán a escuchar. Un ministerio tal es verdadera obra misionera.

Estudiantes, edúquense para hablar el lenguaje de Canaán. Pongan a un lado toda conversación insensata y broma, todas las diversiones triviales. Por la fe, aférrense de las promesas de Dios y resuelvan que serán cristianos aquí en la tierra, mientras se preparan para ser trasladados. Si se despojan de todo lo que estorba al progreso en la vida cristiana, el Espíritu Santo obrará sobre su mente, y llegarán a ser pescadores de hombres. La salvación de Dios saldrá de ustedes como una lámpara que arde. Si su propio corazón está lleno de la luz celestial, dondequiera que estén esparcirán luz sobre los demás. El Señor bendecirá su servicio, y verán su salvación.

Al tercer ángel se lo vio volando por en medio del cielo, proclamando los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. El mensaje no pierde nada de su poder en su vuelo hacia adelante. Juan vio la obra crecer hasta que toda la tierra quedaba llena de la gloria de Dios. Con celo y energía intensificados, hemos de llevar adelante la obra del Señor hasta el fin del tiempo.

En el hogar, en la escuela, en la iglesia, hombres, mujeres y jóvenes han de prepararse para dar el mensaje al mundo. Nuestras escuelas deben ser cada vez más eficaces y seguras desde un punto de vista humano, más semejantes a las escuelas de los profetas. Los maestros deben andar muy cerca de Dios. El Señor pide jóvenes fuertes, consagrados y abnegados, que avancen hacia el frente y que, después de un corto tiempo pasado en la escuela, salgan preparados para dar el mensaje al mundo.

De nuestros colegios y nuestras escuelas preparatorias deben ser enviados misioneros a los campos lejanos. Mientras están en la escuela, aprovechen los estudiantes toda oportunidad de prepararse para este trabajo. Aquí se los prueba, para ver cuál es su adaptabilidad y si tienen confianza en el Cielo. Si tienen una

relación viva con el Cielo, ejercerán una buena influencia sobre aquellos con quienes lleguen a tratar.

Una experiencia valiosa

Mientras vivíamos en Cooranbong, donde está establecido el colegio de Avondale, hubo que considerar la cuestión de las diversiones. "¿Qué proveeremos para la diversión de nuestros estudiantes?", preguntó el personal docente. Hablamos del asunto, luego me presenté ante los estudiantes y les dije: "Podemos ocupar nuestra mente y nuestro tiempo provechosamente sin procurar idear métodos para divertirnos. En vez de dedicar el tiempo a los juegos que tantos estudiantes juegan, esfuércense por hacer algo para el Maestro.

"La mejor conducta que pueden seguir consiste en participar en la obra misionera en favor de la gente del vecindario y de las colonias cercanas. Cada vez que escuchen un discurso interesante, tomen notas y anoten los pasajes que usa el ministro, con el fin de poder repasar cuidadosamente el tema. Luego, después de un estudio cabal, pronto podrán presentar una sinopsis de los discursos, en forma de estudios bíblicos, a algunos de los que no vienen a nuestras reuniones".

Los estudiantes mayores decidieron seguir esta sugestión. Celebraban reuniones nocturnas para estudiar juntos las Escrituras. Trabajaron primero unos por otros, y como resultado de los estudios bíblicos entre sí unos cuantos de los no convertidos fueron ganados para la verdad. Y el esfuerzo que hicieron en favor de los vecinos fue una bendición, no solamente para ellos mismos, sino también para aquellos en favor de quienes trabajaban.

A aquellos que salieron a trabajar por sus vecinos se les pidió que informaran de cualquier caso de enfermedad que encontrasen; y los que tenían preparación para dar tratamientos a los enfermos

fueron animados a usar sus conocimientos de una manera práctica. Trabajar para el Maestro vino a ser considerado como una recreación cristiana.

Después de un tiempo, hubo que considerar la cuestión del trabajo dominical. Parecía que pronto se iban a estrechar de tal manera las restricciones en derredor de nosotros que no podríamos trabajar en domingo. Nuestra escuela estaba situada en el corazón de los bosques, lejos de cualquier aldea o estación de ferrocarril. Nadie vivía bastante cerca para ser molestado por cualquier cosa que hiciéramos. Sin embargo, se nos vigilaba. Se instó a los funcionarios a que observaran lo que estábamos haciendo en los terrenos de la escuela; y ellos vinieron, pero no parecieron notar a los que estaban trabajando. Su confianza y su respeto por nuestro pueblo habían sido ganados por la obra que habíamos hecho en favor de los enfermos de aquella comunidad, de tal modo que no querían estorbar nuestra labor inocente del domingo.

En otra ocasión, cuando nuestros hermanos se hallaban amenazados de persecución, y me preguntaron qué debían hacer, di el mismo consejo que había presentado en respuesta a la pregunta relativa al empleo del domingo para los juegos. Dije: "Empleen el domingo en hacer obra misionera para Dios. Maestros, vayan con sus alumnos. Llévenlos a las casas de la gente, lejos y cerca, y enséñenles a hablar de tal manera que proporcionen beneficio. Dejen saber a la gente que se interesan en la salvación de sus almas". La bendición de Dios descansó sobre los estudiantes mientras escudriñaban diligentemente las Escrituras con el fin de saber presentar las verdades de la Palabra de tal manera que estas verdades fuesen recibidas con favor.

Dediquen los maestros de nuestras escuelas el domingo al esfuerzo misionero. Lleven consigo a los estudiantes para que

celebren reuniones en favor de los que no conocen la verdad. El domingo puede dedicarse a fomentar varios ramos de trabajo que lograrán mucho para el Señor. En este día, puede hacerse obra de casa en casa, celebrarse reuniones al aire libre y en casas particulares. Hagan intensamente interesantes estas reuniones. Canten verdaderos himnos de reavivamiento, y hablen con poder y seguridad del amor del Salvador. Hablen de la temperancia y de la verdadera experiencia religiosa. Así, aprenderán mucho acerca de cómo trabajar y alcanzarán a muchos corazones.

Los alumnos que obtienen más beneficio de la vida son los que, en su relación y su trato con sus semejantes, viven de acuerdo con la Palabra de Dios. Los que reciben para dar experimentan la mayor satisfacción en esta vida. Los que viven para sí mismos se hallan siempre en necesidad; porque nunca están satisfechos. No tenemos cristianismo cuando encerramos nuestra simpatía egoístamente en nuestro propio corazón. El Señor ha ordenado conductos por medio de los cuales deja fluir su bondad, su misericordia y su verdad; y hemos de ser colaboradores con Cristo para comunicar a otros la sabiduría y la benevolencia prácticas. Hemos de impartir alegría y bendición a sus vidas, haciendo así una obra buena y santa.

Esfuerzos útiles en la escuela

El estudiante tiene una obra especial que hacer en la escuela misma. En el salón de clases y en el hogar de la escuela hay campos misioneros que aguardan sus labores. Allí se halla reunida una variedad de mentes, muchos caracteres y disposiciones diferentes. Siendo él mismo una ayuda y una bendición para ellos, cada estudiante tiene oportunidad de demostrar la sinceridad de su amor hacia Cristo y su voluntad por aprovechar las ocasiones de servir que se le deparen. Mediante palabras y acciones útiles y bondadosas, puede impartir a sus asociados la gracia que Dios le ha concedido.

Dios quiere que los jóvenes se ayuden mutuamente. Cada uno tiene pruebas que soportar, tentaciones que afrontar. Mientras que uno es fuerte tal vez en algunos puntos, puede ser débil en otros, y tener graves defectos que vencer. Dios dice a todos: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo" (Gál. 6:2).

No todos los jóvenes son capaces de comprender rápidamente las ideas. Si ven a un condiscípulo que tiene dificultades para comprender sus lecciones, explíquenselas. Expresen sus ideas en lenguaje claro y sencillo. Con frecuencia, las mentes en apariencia obtusas perciben las ideas más rápidamente de un condiscípulo que de un maestro. Sean pacientes y perseverantes, y poco a poco desaparecerán la vacilación y el embotamiento. Recibirán ayuda en sus esfuerzos por ayudar a otros. Dios les dará poder para progresar en sus estudios. Él cooperará con ustedes, y en el cielo se pronunciarán estas palabras acerca de ustedes: "Bien hecho, buen siervo y fiel".

Comprenda cada estudiante que está en la escuela para ayudar a sus condiscípulos a cooperar con Dios y a cooperar con las oraciones que se elevan en su favor. Con simpatía y amor, debe ayudar a sus asociados a avanzar hacia el cielo.

Estudien, cooperen con sus maestros. Al hacerlo, les darán esperanza y valor, y al mismo tiempo se ayudarán a ustedes mismos a progresar. Recuerden que incumbe mayormente a ustedes el que sus maestros estén en terreno ventajoso, y que su obra tenga un éxito reconocido. Apreciarán todo esfuerzo hecho por ustedes para cooperar con su trabajo.

Los estudiantes deben tener sus propios momentos de oración, cuando puedan ofrecer fervientes peticiones en favor del director y los maestros de la escuela, para que se les imparta fuerza física, claridad mental, fuerza moral, discernimiento espiritual, con el

objetivo de ser preparados por la gracia de Cristo para hacer la obra con fidelidad y amor fervoroso. Deben orar para que los maestros puedan ser agentes por los cuales Dios obre y haga prevalecer el bien sobre el mal. Cada día el estudiante puede ejercer una influencia silenciosa, cargada de oración, y así cooperar con Cristo, el Misionero Jefe.

Estamos muy rezagados en comparación con el punto donde debiéramos estar en la experiencia cristiana. Estamos rezagados en cuanto a dar el testimonio que debiera ser dado por labios santificados. Aun cuando estaba sentado en la mesa, Cristo enseñaba verdades que infundían consuelo y valor al corazón de sus oyentes. Cuando su amor habite en el alma como un principio vivo, brotarán del tesoro del corazón palabras adecuadas a la ocasión, no palabras livianas ni triviales, sino palabras elevadoras, palabras de poder espiritual.

Estén los maestros y los estudiantes atentos para aprovechar las oportunidades de confesar a Cristo en su conversación. Un testimonio tal será más eficaz que muchos sermones. Son pocos los que representan verdaderamente a Cristo. Él necesita formarse en el corazón, la esperanza de gloria; entonces será reconocido como el Dador de todo bien y don perfecto, y el Autor de todas nuestras bendiciones, aquel en quien se concentra nuestra esperanza de vida eterna.

Estudiantes, hagan que su vida escolar sea tan perfecta como fuere posible. Pasarán por este camino una sola vez, y son preciosas las oportunidades a ustedes concedidas. No sólo habrán de aprender a practicar las lecciones de Cristo; mientras se educan, tienen oportunidad de hablar de las maravillosas verdades de la Palabra de Dios. Aprovechen toda ocasión. Dios bendecirá cada minuto pasado de esta manera. Conserven su sencillez y su amor por las almas, y el Señor los conducirá por su senda segura. La rica

experiencia que adquieran será de más valor para ustedes que el oro, la plata o las piedras preciosas.

No saben a qué puesto podrán ser llamados en lo futuro. Dios puede usarlos como empleó a Daniel, para comunicar el conocimiento de la verdad a los poderosos de la tierra. Les incumbe decir si tendrán la habilidad y el conocimiento necesarios para hacer esta obra. Dios puede darles habilidad en todo su saber. Puede ayudarlos para que se adapten a los ramos de estudio que emprendan. Hagan que su primer interés consista en adquirir principios correctos, nobles y elevadores. Dios desea que testifiquen por él. No quiere que permanezcan inmóviles; quiere que corran en el camino de sus mandamientos.

Cristo desea emplear a todo estudiante como su agente. Habrán de cooperar con aquel que dio su vida por ustedes. ¡Qué ricas bendiciones recibirían nuestras escuelas y nuestros colegios si docentes y estudiantes se consagraran, de corazón, mente, alma y fuerza, al servicio de Dios, como su mano auxiliadora! ¡Su mano auxiliadora! Esto es lo que pueden ser si se entregan a su custodia. Él los conducirá con seguridad y los capacitará para que hagan sendas rectas para ustedes mismos y para los demás. Les dará conocimiento, sabiduría e idoneidad para un servicio más completo (*Consejos para los maestros*, págs. 531-540).

69

Los jóvenes deben llevar responsabilidades

"Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno" (1 Juan 2:14).

Con el fin de que la obra pueda avanzar en todos los ramos, Dios pide vigor, celo y valor juveniles. Él ha escogido a los jóvenes para que ayuden en el progreso de su causa. Para hacer planes con mente clara y ejecutarlos con mano valerosa, se requiere energía fresca y no estropeada. Los jóvenes están invitados a dar a Dios la fuerza de su juventud, para que por el ejercicio de sus capacidades, por reflexión aguda y acción vigorosa, le tributen gloria e impartan salvación a sus semejantes.

En vista de su elevada vocación, nuestros jóvenes no tienen que buscar diversiones ni vivir para la complacencia egoísta. La salvación de las almas debe ser el motivo que los inspire a obrar. En la fuerza que Dios les ha dado, han de elevarse por encima de todo hábito que esclavice y degrade. Deben medir bien la senda de sus pies, recordando que adonde ellos vayan otros los seguirán. Nadie vive para sí; todos ejercen una influencia para bien o para mal. Debido a esto, el apóstol exhorta a los jóvenes a ser sobrios y serios. ¿Cómo pueden ser de otra manera si recuerdan que han de ser colaboradores con Cristo, participantes con él de su abnegación y sacrificio, de su longanimidad y benevolencia misericordiosa?

A los jóvenes de hoy, tan ciertamente como a Timoteo, se dirigen las palabras: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad". "Huye también de las pasiones juveniles, y

sigue la justicia, la fe, el amor y la paz" (2 Tim. 2:15, 22). "Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza" (1 Tim. 4:12).

Los que entre nosotros han estado llevando cargas van siendo segados por la muerte. Muchos de los que estuvieron al frente, realizando las reformas instituidas por nosotros como pueblo, han pasado ya el meridiano de la vida, y están decayendo en su fuerza física y mental. Con la más profunda preocupación, se puede preguntar: ¿Quiénes ocuparán sus puestos? ¿A quiénes serán confiados los intereses vitales de la iglesia cuando caigan los actuales portaestandartes? No podemos sino mirar ansiosamente a los jóvenes de hoy como a quienes deben llevar las cargas y las responsabilidades. Ellos deben reanudar la obra donde otros la dejan, y su conducta determinará si la moralidad, la religión y la piedad vital prevalecerán o si la inmoralidad y la incredulidad corromperán y agostarán todo lo valioso.

Los que tienen más edad deben enseñar a los jóvenes, por el precepto y el ejemplo, a desempeñar los requerimientos que les hace la sociedad y su Hacedor. Sobre estos jóvenes han de recaer graves responsabilidades. La cuestión es: ¿Son ellos capaces de gobernarse a sí mismos y mantenerse de pie en la pureza de la virilidad que Dios les dio, aborreciendo todo lo que sepa a maldad?

Nunca antes hubo tanto en juego; nunca dependieron resultados tan importantes de una generación como de la que ahora entra en el escenario de acción. Ni por un momento deben pensar los jóvenes que pueden ocupar aceptablemente algún puesto de confianza sin un buen carácter. Sería tan razonable esperar cosechar uvas de los espinos, o higos de los cardos.

Un buen carácter debe construirse ladrillo tras ladrillo. Estas características que habilitan a los jóvenes para trabajar con éxito en la causa de Dios deben ser obtenidas por el ejercicio diligente de

sus facultades, por el aprovechamiento de toda ventaja que la Providencia les da y relacionándose con la Fuente de toda sabiduría. No deben quedar satisfechos con una norma baja. Tanto el carácter de José como el de Daniel son buenos modelos para ellos, y en la vida del Salvador tienen un dechado perfecto.

A todos se da oportunidad de desarrollar el carácter. Todos pueden ocupar sus puestos señalados en el gran plan de Dios. El Señor aceptó a Samuel desde su infancia porque su corazón era puro. Había sido dado a Dios como ofrenda consagrada, y el Señor hizo de él un conducto de luz. Si los jóvenes de hoy quieren consagrarse como fue consagrado Samuel, el Señor los aceptará y los empleará en su obra. Acerca de su vida, podrán decir con el salmista: "Oh Dios, me enseñaste desde mi juventud, y hasta ahora he manifestado tus maravillas" (Sal. 71:17).

Los jóvenes deberán pronto llevar las cargas que están llevando ahora los obreros de más edad. Hemos perdido tiempo y descuidado de impartir a los jóvenes una educación sólida y práctica. La causa de Dios está progresando constantemente, y debemos obedecer la orden: Avancen. Se necesitan jóvenes que no sean arrastrados por las circunstancias, que anden con Dios, oren mucho y hagan esfuerzos fervientes para obtener toda la luz que puedan.

El que trabaja para Dios debe emplear las más altas energías mentales y morales con que la naturaleza, la cultura y la gracia de Dios lo han dotado; pero el éxito será proporcional al grado de consagración y abnegación con que haga su obra, más bien que a sus dotes naturales o adquiridas. Necesita hacer un esfuerzo continuo y ferviente para adquirir la preparación que lo hará útil; pero, a menos que Dios obre con la humanidad, esta no puede realizar bien alguno. La gracia divina es el gran elemento del poder salvador; sin ella, todo esfuerzo humano es inútil.

Siempre que el Señor tiene una obra que hacer, pide no sólo oficiales de comando sino también toda clase de obreros. Hoy está llamando a jóvenes fuertes y activos de mente y cuerpo. Desea que ellos aporten las facultades sanas y vigorosas de su cerebro, sus huesos y sus músculos al conflicto contra los principados, las potestades y las malicias espirituales en las alturas. Pero deben tener la preparación necesaria. Algunos jóvenes que no tienen idoneidad para la obra insisten para que se los acepte en ella. No comprenden que necesitan ser enseñados antes de que ellos puedan enseñar. Mencionan a hombres que tuvieron poca preparación y que han trabajado con cierta medida de éxito. Pero, si estos hombres tuvieron éxito fue porque pusieron su corazón y su alma en la obra. Y ¡cuánto más eficaces podrían haber sido sus labores si desde el principio hubiesen recibido una preparación adecuada!

La causa de Dios necesita hombres eficientes. La educación y el adiestramiento son considerados correctamente como una preparación esencial para la vida comercial; y, cuánto más esencial es la preparación cabal para la obra de presentar el último mensaje de misericordia al mundo. Esta preparación no puede adquirirse solamente por escuchar la predicación. En nuestras escuelas, los jóvenes deben llevar cargas para Dios. Han de recibir una preparación cabal, bajo maestros experimentados. Necesitan hacer el mejor uso posible de su tiempo en el estudio y poner en práctica el conocimiento adquirido. Se necesita estudio y trabajo arduo para tener éxito como ministro o como obrero en cualquier ramo de la causa de Dios. Nada que no sea un cultivo constante desarrollará el valor de los dones que Dios ha concedido, para que sean sabiamente aprovechados.

A menudo se ocasiona un gran perjuicio a nuestros jóvenes permitiéndoles que comiencen a predicar cuando aún no tienen suficiente conocimiento de las Escrituras para presentar nuestra fe

de una manera inteligente. Algunos de los que entran en el campo son novicios en las Escrituras. En otras cosas son también incompetentes y deficientes. No pueden leer las Escrituras sin vacilar, pronunciar mal las palabras y acumularlas de tal manera que maltratan la Palabra de Dios. Los que no pueden leer correctamente deben aprender a hacerlo, y necesitan hacerse aptos para enseñar antes de intentar ponerse frente a un auditorio.

Los docentes de nuestras escuelas y nuestros colegios están obligados a aplicarse debidamente al estudio, con el fin de prepararse para instruir a otros. Estos docentes no son aceptados hasta haber pasado un examen crítico, y su capacidad para enseñar debe ser probada por jueces competentes. No debiera ejercerse menos cautela en el examen de los ministros; los que están por ingresar en la obra sagrada de enseñar la verdad bíblica al mundo deben ser examinados cuidadosamente por hombres fieles y experimentados.

La enseñanza impartida en nuestros colegios no ha de ser la misma que se da en otros colegios y seminarios. No ha de ser de un orden inferior; el conocimiento esencial destinado a preparar a un pueblo que pueda subsistir en el gran Día de Dios debe ser considerado como el tema de suma importancia. Los estudiantes han de ser aptos para servir a Dios, no solamente en esta vida, sino también en la futura. El Señor requiere que nuestros colegios preparen alumnos para el Reino hacia el cual se dirigen. Así estarán preparados para participar en la santa y feliz armonía de los redimidos.

Muchos maestros corren el peligro de mecanizar su enseñanza. Hay peligro de que un servicio ceremonial reemplace la obra genuina que debe hacerse en el corazón. En tal caso, la religión llegará a ser poco más que una forma. Los estudiantes de nuestros colegios y los miembros de nuestras iglesias necesitan algo más

profundo que esto. Una religión intelectual no satisfará el alma. La preparación intelectual no debe ser descuidada, pero no basta. A los estudiantes se les debe enseñar que están en este mundo para prestar servicio a Dios. Hay que enseñarles a poner su voluntad de parte de la voluntad de Dios.

Ocupen ahora prontamente sus lugares en la obra del Señor los que han sido preparados para el servicio. Se necesita quienes trabajen de casa en casa. El Señor pide que se hagan esfuerzos decididos en lugares donde la gente no conoce la verdad bíblica. Se necesita cantar, orar y dar estudios bíblicos en los hogares de la gente. Ahora, ahora mismo, es el momento de obedecer a la comisión: "Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mat. 28:20). Los que hagan esta obra deben tener un conocimiento apropiado de las Escrituras. El "Escrito está" debe ser su arma de defensa. Dios nos ha dado luz respecto a su Palabra, para que podamos dar esta luz a nuestros semejantes. La verdad pronunciada por Cristo alcanzará los corazones. Un "Así dice el Señor" caerá en el oído con poder, y fructificará dondequiera que se preste un servicio honrado (Escrito en 1882).

70

Un mensaje para nuestros jóvenes

Hay libros de vital importancia, los cuales ni miran nuestros jóvenes debido a que no son tan interesantes para ellos como alguna lectura liviana.

Debiéramos aconsejar a nuestros jóvenes que echen mano de ese material de lectura como cosa recomendable para la edificación del carácter cristiano. En la memoria de nuestros jóvenes debieran grabarse los puntos más esenciales de nuestra fe. Han tenido una vislumbre de dichas verdades, pero no una familiaridad tal con ellas que los induzca a considerar su estudio favorablemente. Nuestros jóvenes debieran leer lo que tenga sobre su ánimo un efecto saludable y santificador. Esto es lo que necesitan con el fin de poder discernir lo que es religión verdadera. Hay mucha lectura buena que no es santificadora.

Ahora es nuestro momento y nuestra oportunidad de trabajar por la juventud. Díganles que estamos ahora en una crisis peligrosa, y necesitamos saber discernir la verdadera piedad. Nuestra juventud necesita ser ayudada, levantada y alentada, pero de la manera debida; no, por ejemplo, como ella lo querría, sino de la manera que la ayude a tener mentes santificadas. Necesitan religión buena y santificadora más que cualquier otra cosa.

Yo no espero vivir mucho tiempo. Mi obra está casi hecha. Digan a nuestros jóvenes que deseo que mis palabras los estimule a esa manera de vida que es más atractivo para las inteligencias celestiales, y que su influencia sobre otros sea la más ennoblecedora.

En visiones de la noche estuve eligiendo y poniendo aparte libros que no son de beneficio alguno para los jóvenes. Debiéramos escoger para ellos libros que los estimulen a una vida sincera y los guíen a la comprensión de la Palabra. Esto me ha sido presentado en lo pasado, y pensé presentárselo para asegurarlo. No podemos dar a nuestra juventud lectura inútil. Se necesitan libros que sean una bendición para la mente y el alma. Estas cosas se consideran con demasiada ligereza; por tanto, nuestro pueblo debiera estar enterado de lo que estoy diciendo.

No creo que tendré más "testimonios" para nuestro pueblo. Nuestros hombres de sólidas inteligencias saben lo que es bueno para levantar y edificar la obra. Pero, con el amor de Dios en sus corazones, es necesario que profundicen cada vez más en el estudio de las cosas de Dios. Estoy muy ansiosa de que nuestra juventud tenga la debida clase de lectura; entonces, los mayores la conseguirán también. Debemos mantener nuestros ojos en la atracción religiosa de la verdad. Debemos mantener abiertos la mente y el cerebro a las verdades de la Palabra de Dios. Satanás se acerca cuando los hombres están desprevenidos. No debemos estar satisfechos porque el mensaje de amonestación ha sido presentado una vez. Debemos presentarlo una y otra vez.

Podríamos empezar un curso de lectura tan intensamente interesante que atraería a muchas inteligencias e influiría sobre ellas. Si se me dispensa la vida para ulterior trabajo, gozosamente ayudaré a preparar libros para los jóvenes.

Hay una obra que hacer para los jóvenes por medio de la cual sus inteligencias serán formadas y modeladas por la santificadora verdad de Dios. Es mi sincero deseo que nuestra juventud halle el verdadero significado de la justificación por la fe y la perfección de carácter que ha de prepararla para la vida eterna. No espero vivir mucho tiempo, y dejo este mensaje para los jóvenes con el fin de

que el objetivo que se propongan no se frustre.

Exhorto a mis hermanos a estimular a los jóvenes a mantener muy en alto la belleza y la gracia de Dios. Trabajen y oren constantemente para que comprendan el elevado valor de la verdadera religión. Reclamen la bendición y el atractivo de la santidad y de la gracia de Dios. He sentido pesadumbre con respecto a esto, porque sé que se ha descuidado.

No tengo seguridad de que mi vida dure mucho tiempo, pero siento que soy acepta al Señor. Él sabe lo mucho que he sufrido al presenciar las bajas normas de vida adoptadas por los así llamados cristianos. He sentido que era imperativo que la verdad se viera en mi vida y que mi testimonio alcanzara a la gente. Deseo que hagan todo lo que puedan para colocar mis escritos en manos de la gente en tierras extranjeras.

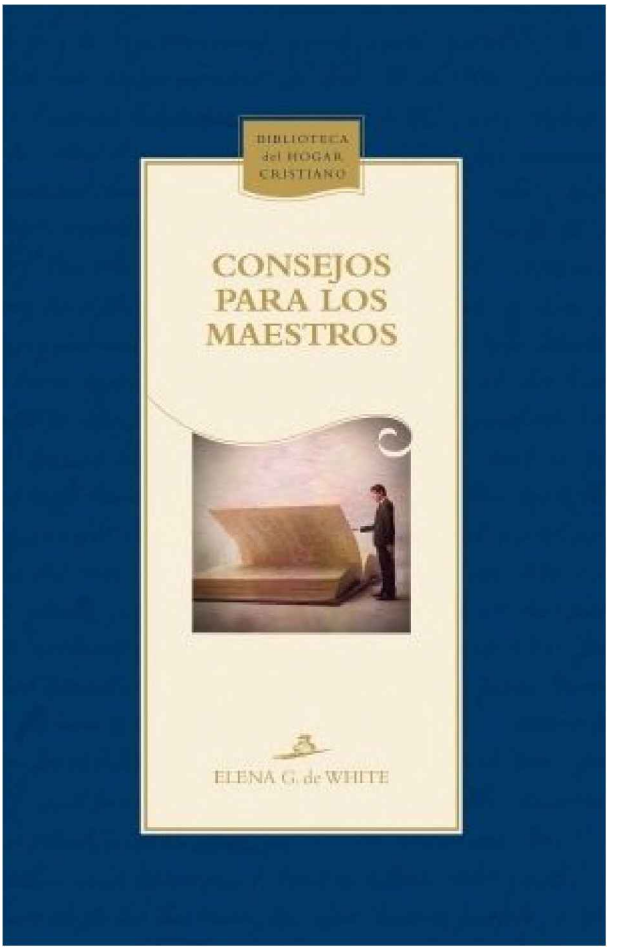
Digan a los jóvenes que ellos han tenido muchas ventajas espirituales. Dios quiere que hagan fervientes esfuerzos para presentar la verdad a la gente. Tengo la impresión de que es mi especial deber decir estas cosas (*Review and Herald*, 15 de abril de 1915; reproducido en *Fundamentals of Christian Education*, págs. 547-549).

El ministerio de la bondad

de White, Elena G.
9789877981858
363 Páginas

"En la providencia de Dios, los hechos han sido así ordenados para que los pobres estén siempre con nosotros, y lo es con el único propósito de que pueda haber en el corazón humano un

constante ejercicio de los atributos de la misericordia y el amor. El hombre ha de cultivar la ternura y la compasión de Cristo; no ha de separarse de los dolientes, los afligidos, los necesitados y los angustiados" Elena de White, Signs of the Times, 13 de junio de 1892.

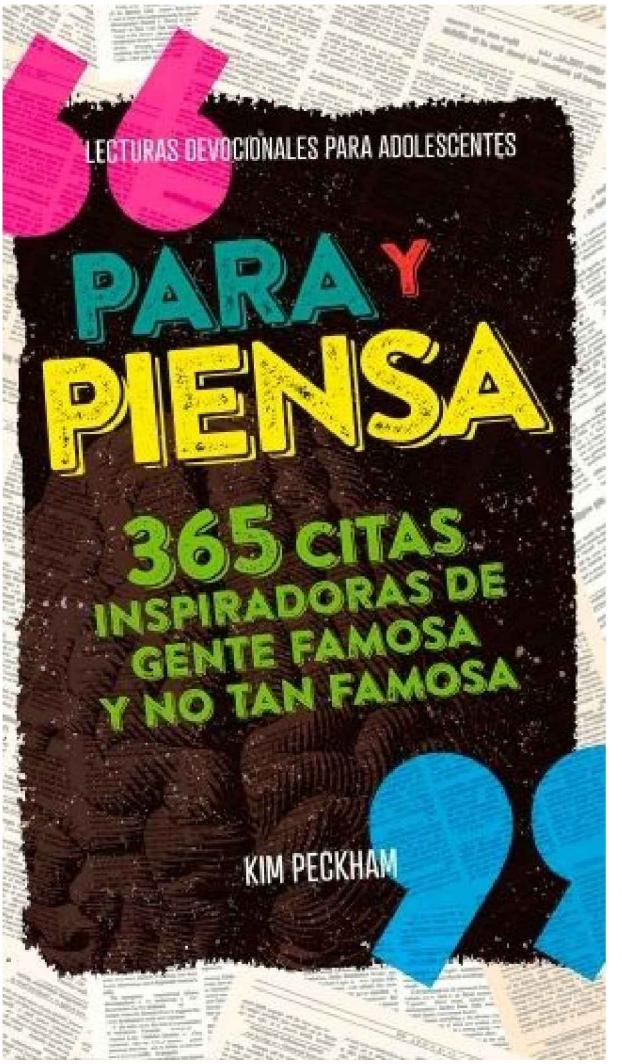


Consejos para los maestros

de White, Elena G.
9789877980769
512 Páginas

"La educación superior es un conocimiento experimental del plan de la salvación, y se la obtiene por el estudio fervoroso y diligente de las Escrituras. Esta educación renovará la mente y

transformará el carácter, restaurando la imagen de Dios en el alma. Fortalecerá la mente contra las engañosas insinuaciones del adversario, y nos habilitará para comprender la voz de Dios. Enseñará al alumno a ser colaborador con Jesucristo, a disipar las tinieblas morales que lo rodean e impartir luz y conocimiento a los hombres. La sencillez de la verdadera piedad es nuestro pasaporte de la escuela preparatoria de la tierra a la escuela superior del cielo" (p. 10).

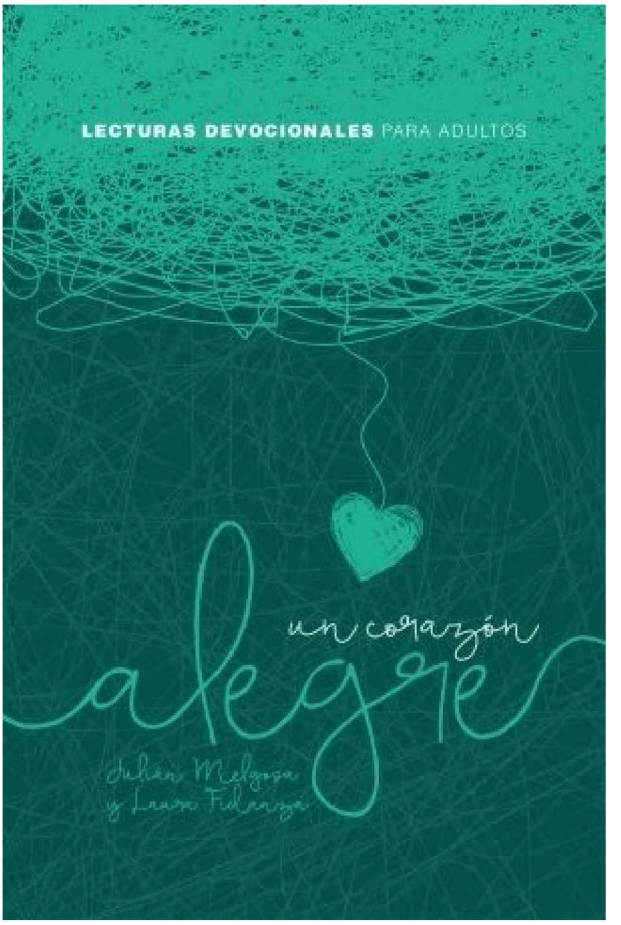

LECTURAS DEVOCIONALES PARA ADOLESCENTES
PARA Y PIENSA
365 CITAS INSPIRADORAS DE GENTE FAMOSA Y NO TAN FAMOSA
KIM PECKHAM

Para y piensa

Peckham, Kim
9789877980554
384 Páginas

A veces las citas pueden ser graciosas. A veces pueden ser

inspiradoras. A veces son famosas. Y, a veces, nos hacen detenernos y pensar. Cada lectura devocional de Para y piensa comienza con una cita. Reconocerás algunas de ellas, como: La curiosidad mató al gato. Al que madruga, Dios lo ayuda. La limpieza sin duda está al lado de la piedad. Y algunas no serán tan fáciles de reconocer. Crecí como una maleza olvidada: desconocía la libertad. El que ha superado sus miedos será verdaderamente libre. La mejor terapia curativa es la amistad y el amor.Pero la idea es que todas te hagan detenerte a pensar, y a examinar tus valores y las decisiones que tomas cada día. La mayoría de estas citas son de personas famosas. Algunas se le atribuyen a la tradición. Otras fueron dichas por alguien demasiado insignificante como para recordar quién era, pero no tienes que ser famoso para marcar la diferencia. Cada día comienza con una cita y termina con un versículo bíblico, para recordarnos que la verdadera sabiduría viene solo de Dios. Si pasamos tiempo con él, cualquiera (incluso un adolescente anónimo) puede marcar la diferencia.

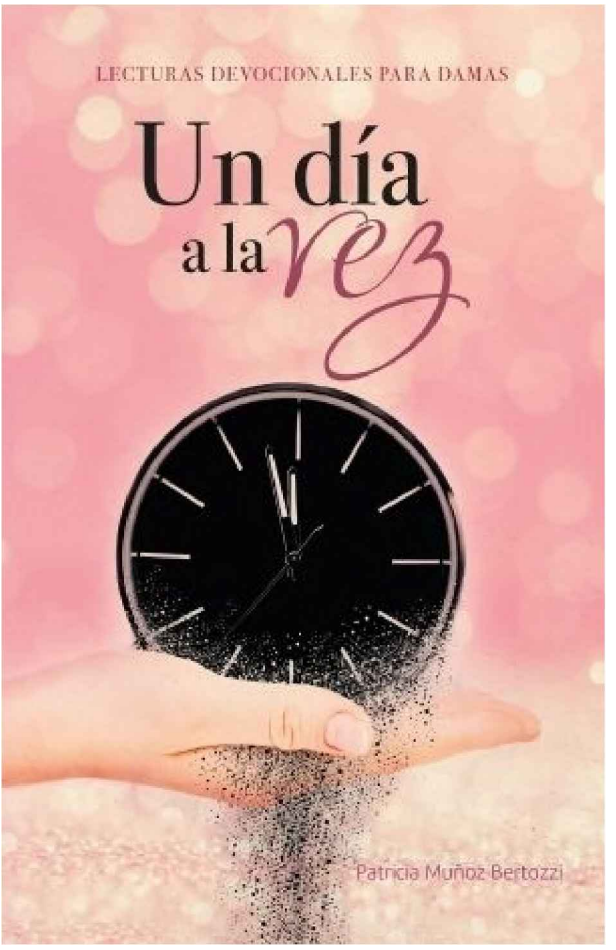


Un corazón alegre

Melgosa, Julián
9789877980530
376 Páginas

El ser humano fue creado para ser feliz, para relacionarse de forma perfecta con su Creador y con su prójimo, para estar lleno de serenidad y amor. Hoy, a pesar del pecado y de los desafíos que presenta la vida, el ideal de Dios para tu vida

sigue siendo la felicidad. Un corazón alegre presenta meditaciones diarias, divididas por temas, para fortalecer tu autoestima y tus relaciones familiares, así como para afianzar tus valores. Además, incluye mensajes que te ayudarán a hacer frente a la ansiedad, la depresión y a vivir con la certeza de la salvación por la gracia de Dios, entre otros.



Un día a la vez

Muñoz Bertozzi, Patricia
9789877980547
376 Páginas

Cada día nos llega con sus bendiciones y sus dificultades. Para saber entender y aceptar plenamente unas y otras hace falta sabiduría; esa sabiduría que viene de lo alto y de la que encontramos las claves en la Biblia. Un día a la vez intenta

poner a tu alcance, en pequeñas dosis diarias, esas gemas de sabiduría que Dios nos ha dejado en su Palabra, para que en este año vivas... creciendo en la gracia... motivada a ser la mejor tú que puedes llegar a ser; inspirada cada día a estrechar tu relación con Dios; libre de angustias y temores; comprometida con el evangelio y siendo una luz para los demás. Disfruta de estas 366 lecturas pensadas especialmente para ti, que eres mujer.